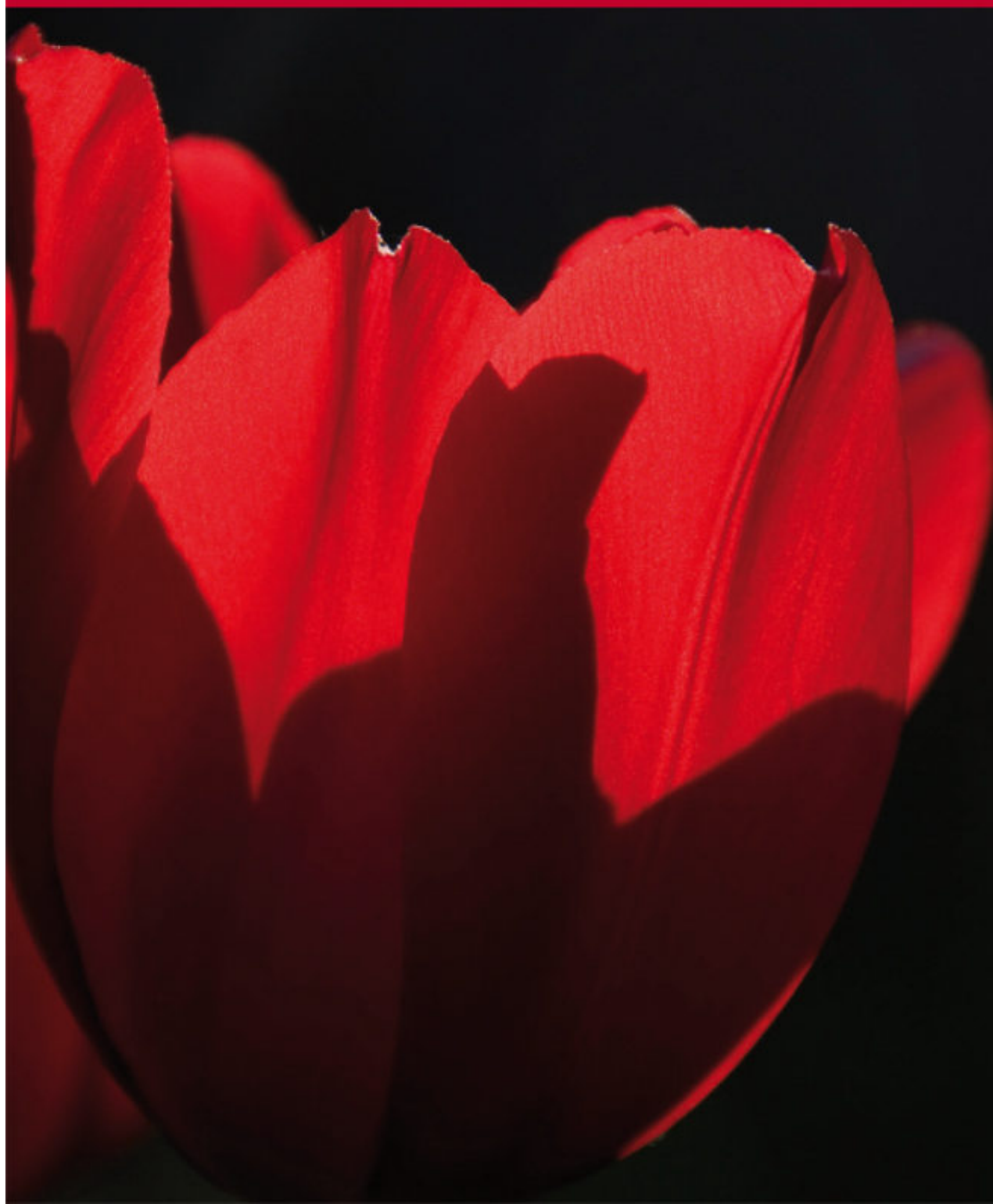


El amor verdadero

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

Nuevos Tiempos Siruela



JOSÉ MARÍA
GUELBENZU

El amor verdadero



Ediciones Siruela

Table of Contents

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Parte cuarta](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Parte final](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Epílogo](#)

[Reconocimientos](#)

[Créditos](#)

[Notas](#)

Índice

<u>Cubierta</u>	
<u>Prólogo</u>	
<u>Primera parte</u>	
<u>Capítulo I</u>	
<u>Capítulo II</u>	
<u>Capítulo III</u>	
<u>Capítulo IV</u>	
<u>Segunda parte</u>	
<u>Capítulo I</u>	
<u>Capítulo II</u>	
<u>Tercera parte</u>	
<u>Capítulo I</u>	
<u>Capítulo II</u>	
<u>Parte cuarta</u>	
<u>Capítulo I</u>	
<u>Capítulo II</u>	
<u>Parte final</u>	
<u>Capítulo I</u>	
<u>Capítulo II</u>	
<u>Epílogo</u>	
<u>Reconocimientos</u>	
<u>Créditos</u>	
<u>Notas</u>	

José María Guelbenzu

El amor verdadero

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

El amor verdadero

*Para Alicia y Nicolás,
por amor*

Toda una vida estaría contigo, no me importa en qué forma, ni cómo ni dónde, pero junto a ti.

Oswaldo Farrés

Prólogo

Tu t'en venais, rire des eaux, jusqu'à ces aîtres du terrien.*

Saint-John Perse

La vida demuestra que la experiencia personal es intransmisible. La experiencia colectiva, en cambio, no tiene por qué serlo, pues así como el humano es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, la Historia tropieza siempre en piedras distintas aunque se hallen en el mismo camino. La experiencia personal es singular y representa al Destino.

Un hombre pasea inquieto alrededor de su experiencia y medita. Ese hombre inquieto, tras un titubeo estratégico, apaga su pensamiento durante un momento y activa su mirada. Dos aves cruzan el horizonte. Admira su vuelo pausado y decidido. Todos los años pasan rumbo a un destino preciso, un viejo nido que renuevan cada vez. La experiencia, para ellas, es un camino recto. Todo cambio procede del exterior, de fuera de sí mismas; un viento contrario o favorable, una temperatura distinta, un bosque quemado que el año anterior verdeaba, un hilo de agua nuevo o un cauce agotado... Ellas repiten sin desmayo el viaje y transmiten su experiencia natural a sus pollos, ya genéticamente, ya por aprendizaje. El ser humano carece de esa capacidad de recibir por transmisión su experiencia vital compleja, un conocimiento que ha de ser sustancial en su vida. Tan sólo en el ocaso es posible que la inteligencia se aventure a reflexionar sobre la experiencia; pero la experiencia, entre los humanos, es personal, por eso es intransmisible. ¡Qué situación aciaga!: El rey de la creación incapacitado para asumir algo que a los animales les es natural; la experiencia de las cigüeñas, o la de los leopardos, no es personal sino colectiva, propia de la especie. Característico del ser humano es volver la mirada en el último tramo del camino: ahí queda la línea de su vida al descubierto. Entonces es siempre tarde, siempre se dice: si yo hubiera sabido... O: si yo tuviera ahora treinta años... Dinero, gloria, poder, sexo... ¿por qué no acaban de ser una compensación ante la dolorosa contemplación de la luz en la decadencia? Pero queda lo que en verdad acompaña a los más afortunados, a aquellos que han conocido, por sentimiento, inteligencia y esfuerzo, el amor verdadero.

Es la hora del amanecer. Una luz entre rosácea y anaranjada se eleva por detrás de la línea de tierra tiñendo el cuadro. No hay nubes en el cielo, que pronto clareará hacia el azul. En la llanura tan sólo se distingue la tierra plana e islas de vegetación. Por el justo medio del horizonte, con un vuelo pausado y elegante, avanzan dos cigüeñas hacia su meta. Buscan un campanario que conocen bien, en la meseta castellana. Va a comenzar la primavera del año de gracia de 1945 y la Segunda Guerra Mundial está a punto de finalizar. El país, España, despierta entre el miedo y el hambre. En una casa cercana al campanario una mujer sufre los dolores del parto. «Viene con la luz del día», murmura una mujer asomando la cabeza por detrás de la comadrona. En la planta baja, el padre, con el chaleco desabotonado y en mangas de camisa, vacía de golpe el resto de una copa de cazalla, la posa en la mesa que preside el comedor, junta sus manos a la espalda en posición de firme y, por fin, se dirige a la ventana y descorre las cortinas. La oscuridad escapa apresuradamente. La campana de la torre de la iglesia da la hora, pero el silencio no huye como la oscuridad, sino que resiste en la habitación, por lo que el espacio se vuelve más suyo cuando la campana calla. Los cascos de un caballo y el ruido de las pesadas ruedas que le siguen resuenan sobre los adoquines de la calle. Huele a ropa usada y a madera vieja. Hay una fotografía de boda enmarcada sobre el aparador. Junto a ella un jarroncito con unas flores ajadas, un cenicero con varias colillas, una jarra de cristal mediada de agua y un vaso de vidrio. Un perdiguero echado en el zaguán mira con ojos lánguidos al hombre, que pasea de un lado a otro. Entonces se escucha el llanto y el perro alza las orejas. El hombre se queda quieto y rígido. Aguarda.

Una mujer desciende con pasos quedos y apresurados por la escalera.

–Es un varón –dice.

Amanece y no ha dormido en toda la noche.

«Te llamaré Andrés», murmura descargando su excitación en el nombre. Es un gesto contenido, que apenas sale de adentro. Pausa.

En cuanto al amor, éste es como la materia del universo; siempre cambiante, pero siempre existente. Otro titubeo; el pensamiento ha vuelto a ocupar su lugar y la mirada se distrae, luego recupera la atención. Hace rato que las cigüeñas han cruzado el cuadro y desaparecido por la derecha. El sol se manifiesta de pronto, brillante y anaranjado, y llena los ojos a medida que emerge. La tierra y el cielo padecen por la luz hasta que el cielo por fin vira al azul y la tierra se muestra suavemente dorada. El sol es ahora una yema de huevo que asciende rodeada por un halo. El amor, la experiencia, las ondulaciones de la tierra, el cuerpo desnudo, la caricia solar. El pensamiento se funde.

Llora. Llora, pequeña novedad. La criatura cuelga boca abajo como un pollo desplumado. Te llamó Andrés. ¿Cuántas cosas han sucedido para que nazcas tú? ¿Cuánto se ha movido el mundo? ¿Y tu padre sobre tu madre? El pensamiento vuela.

La comadrona le habrá cortado el cordón y todo eso y dado un azote en el minúsculo culo para que llorase. ¡Qué inmensidad el espacio en el que cuelga por

los pies! ¡Perdido en qué lugar extraño, distante, vacío! Agitaría sus manitas buscando quizá el calor perdido, el líquido en el que flotaba, el latido unánime, sí, el pollo desplumado. Bienvenido a la vida, caballere.

–¡Ohé, Cadavia! –grita Baldomero Delcampo abrochándose apresuradamente el chaleco.

Cadavia, al otro lado de la ventana, parado en la calle, mira hacia adentro como tratando de averiguar de dónde procede la voz. Es un hombre delgado o, más bien, escuchimizado, vestido de manera estrafalaria con una chaqueta de color indefinible que le queda corta de mangas, y unos pantalones tobilleros; una camisa sin remeter asoma por debajo de la chaqueta y se cubre la cabeza con un sombrero de fieltro de ala recta y corta y copa aplanada. Otea el interior de la casa a través de la ventana entrecerrando los ojillos y adelantando la cabeza, hace un gesto desdeñoso y espera con las manos en los bolsillos a que la voz se manifieste de nuevo.

Baldomero aparece a la puerta de su casa haciendo señas al hombre para que se acerque. Éste se hace el remolón, sin sacar las manos de los bolsillos, balanceándose alternativamente sobre uno y otro pie. Baldomero insiste.

–¡Cadavia! –grita de nuevo–. Ven a cobrar tu estipendio.

El llamado Cadavia comienza a dar unos pasos hacia el otro en actitud displicente. Poco a poco va acercándose a él y se detiene al llegar a su altura. El otro ha esperado con paciencia. Lleva el chaleco abrochado, como el cuello de la camisa, blanca inmaculada, y en los puños luce gemelos grandes y redondos. Baldomero Delcampo tiene una figura esbelta, ha de medir más del metro setenta y lleva el pelo peinado hacia atrás y pegado al cráneo; se ajusta los pantalones con trabillas, planchados con raya impecable. A la vista está que cuida su porte y se considera un elegante. Se lleva la mano al bolsillo, saca un fajo de billetes, separa unos cuantos y se los tiende al escuchimizado, que no hace ademán de recogerlos.

–¿Y esto por qué? –dice Cadavia.

–Ha sido un varón y te lo debo –dice Baldomero metiéndole los billetes en el bolsillo superior de la chaqueta; Cadavia los mira inclinando ligeramente la cabeza.

–Estupendo estipendio –comenta.

Baldomero contempla con arrobó amoroso a su mujer, dormida y exhausta. Cerca del lecho conyugal está la cuna del recién nacido, que duerme también, tras haber tomado el pecho por primera vez, escondido entre velos y encajes. Baldomero apenas se atreve a levantarlos por evitar que el niño despierte y despierte a la madre, sin percatarse aún de que sólo el hambre lo despertará cuando llegue. Por fin se aparta sigilosamente, retrocede hasta la puerta del dormitorio y desciende al piso bajo. Cadavia y el doctor están charlando en el recibidor, de pie.

–Una criatura sana y robusta, amigo Delcampo, no tendrá usted queja –dice el doctor frotándose las manos con satisfacción.

–Gracias a que llegó usted a tiempo –contesta Baldomero–. ¿Le apetece tomar algo? ¿Un estimulante?

–Un caldito, si puede ser –dice el doctor.

Baldomero llama a la criada.

–Ahora –empieza a decir Cadavia, que no se ha quitado el sombrero al entrar– no me queda más remedio que conjurar una niña.

–Usted y sus conjuros, Cadavia, acabarán en el infierno, se lo digo yo –señala el doctor–. El cura ya le tiene echado el ojo y éstos no son tiempos para andarse con tonterías.

–¿Qué niña? –Baldomero pregunta como el que acaba de volver a tocar tierra después de un vuelo místico.

–¿Cuál ha de ser? –responde Cadavia–. La niña que tengo destinada a tu primogénito.

–¿Tú? –salta Baldomero–. ¿Quién demonios eres tú para tomar esa decisión? ¿Quién te crees que eres, pedazo de acémila, para entrometerte en la vida de mi hijo?

Cadavia se pone en jarras ante Baldomero.

–Soy quien ha obrado el milagro –dice altivo.

–*¡Vade retro, Satanna!* No pongas esa palabra en tu boca, abominación! Los milagros son cosa del cielo, no del infierno –el vozarrón del cura irrumpe como un portazo en la estancia–. Aquí no hay nada que afecte a tu negociado, así que punto en boca sobre estas cuestiones porque pertenecen a la Santa Iglesia, de la cual tú eres un réprobo –se planta en mitad del salón como si estuviera tomando la plaza, pero ninguno de los presentes parece sorprendido.

–¿Tengo que retirarme? –dice Cadavia por toda respuesta, dirigiéndose al dueño de la casa.

–No –dice éste de mal humor–, pero hálame de esa niña.

–Baldomero –el cura interviene otra vez con severidad–, no juegues con fuego. La magia y la brujería son cosa de farsantes, cuando no de algo más peligroso. Malo es que admitas en tu casa a gentes de esta calaña, pero más grave aún es que les des crédito. Olvidemos este asunto y hablemos del futuro de esta nueva vida, de esta criatura con la que Dios ha bendecido tu hogar. ¡Un varón, además!

–Lo que es cierto y digo como hombre de ciencia –comenta el médico después de

paladear el caldo que Baldomero le ha servido– es que la inesperada fertilidad y el buen parto de Asunta son, sobre todo la primera, lo más parecido a un milagro que yo haya podido contemplar –se queda pensativo, como si analizara en profundidad lo que acaba de decir, y luego, aparentemente satisfecho, da un nuevo trago a su taza.

–El poder del Altísimo –empieza a decir el cura, que ha tomado asiento como quien se adueña de la situación.

–¡Oído al parche, Cadavia! ¡A ver de qué estamos hablando! ¿Qué es eso de la niña? –reclama Baldomero con autoridad.

La primera vez que vi a Clara sentí un golpe en el corazón. Fue un golpe duro y seco, como el de una mano abierta dando de plano sobre el pecho. Lo sentí adentro, no en la piel, y lo recuerdo como si acabara de suceder. Por lo general, lo que se conoce con el nombre de flechazo es más propio de un sentimiento intenso y repentino, una especie de revelación emocional. Mi caso es distinto: fue un golpe al corazón, un golpe físico, quiero decir. De hecho fue tan real que me dolió y me dejó aturdido, incapaz de reaccionar ni de asimilar. Es evidente que ella no me golpeó, fue su presencia. Todavía no comprendo bien cómo pudo producirse una reacción semejante, pero fue así. Quizá por ello nuestra historia es tan peculiar.

Un golpe duro en el pecho, en el lado del corazón, es una señal importante. Los pecadores lo practican tanto más enérgicamente cuanto mayor es su arrepentimiento y lo mismo cabe decir de quienes afirman con ese gesto su fidelidad a un hombre o a una causa; pero no fue el golpeo de un puño cerrado, semejante al de un centurión romano, sino el de una palma abierta contra el pecho; no fue externo sino que nació dentro; no fue una decisión o una elección o una afirmación mía ante un hecho impactante, porque no intervino mi voluntad; fue sólo una sensación invasiva tan repentina como una revelación, algo inexplicable que, de pronto, formaba parte de mí, que se manifestó dentro de mí, tan auténtica e insólita a la vez que me quedé anonadado, incapaz de asumir que sólo era el efecto de una reacción emocional brutal por un sentimiento desconocido hasta entonces; porque no es que a esa edad –yo acababa de cumplir quince años– no nos atrajeran las chicas, sino que nadie de entre nosotros podía llegar a imaginar que la sola presencia real de una de ellas fuera capaz de producir un impacto tan impresionante.

Porque la verdad es que yo me asusté. No podía entenderlo y, sin embargo, su evidencia era absoluta. Ella lo advirtió, lo vi en su gesto, en su ademán y en todo su ser, y me sobrevino una vergüenza extrema en medio de mi estupor, así que el desconcierto fue doble. Recuerdo perfectamente, como si estuviera viviendo la escena de nuevo, que ella caminaba hacia mí con dos amigas y que, en el preciso instante en que recibí el golpe, perdí el dominio de mi cuerpo, quedé extático, todo se borró alrededor –la plaza, la recua que abrevaba en el pilón, el mulero que se apoyaba en su bastón, la puerta de mi casa, las amigas de Clara, la campana de la iglesia...– y sólo quedó ella. E inmediatamente comprendí que desde ese momento quedaba ligado a ella.

Yo había oído hablar del amor, pero era un concepto. El sentimiento más parecido respondía hasta entonces a otra palabra: querer. Quería a mis padres, quería a mis tíos, quería a mis primos –o los detestaba, según el momento–, había que querer al prójimo y a la Virgen María, mis padres se querían... El amor humano era algo desconocido para mí hasta ese instante asombroso. El amor entre un hombre y una mujer. De hecho, lo sentí, pero no lo reconocí hasta más tarde, cuando el concepto se hizo carne, como el Verbo, y habitó dentro de mí. Y, sin embargo, acababa de vivirlo por arte de magia, como quien dice, como uno de esos momentos centrales en la vida de una persona; y el conocimiento quedaba ahí,

balanceándose igual que una boya en el mar, una baliza sujeta al fondo marino, sobre la enorme y expectante extensión de mi vida futura.

El niño Andrés Delcampo tardaría mucho en saber que un día del mes de abril de 1950, Clara Zubia, de domingo con su vestidito de piqué blanco, calcetines de perlé y unas diminutas merceditas también blancas, llevada de la mano por el hombre apellidado Cadavia, entró en su casa a la hora de la siesta y ambos se dirigieron en derechura a la habitación donde dormía el niño. Era el día siguiente a la luna llena, el cielo estaba despejado, el sol lucía sin castigar y tanto la calle como la casa de la familia Delcampo estaban sumidas en el silencio y el retiro. Todo el mundo dormía la siesta, unos en su cama y otros amodorrados en la butaca, la mecedora o a la sombra de un árbol. Andrés dormía también, respirando apaciblemente por la boca. Cadavia y la niña llegaron hasta la cama y se situaron junto a la cabecera contemplando al durmiente. Clara miraba con curiosidad y alternativamente al hombre y al niño y ambos guardaban un respetuoso silencio semejante al que antecede al comienzo de una ceremonia. La niña tenía su mano derecha cogida de la de Cadavia y la izquierda cerrada con fuerza. Al cabo de un minuto, ella miró significativamente a Cadavia y éste asintió con un gesto; la niña se soltó de su mano, se inclinó atentamente hacia la cabeza de Andrés, abrió entonces la mano izquierda, tomó entre los dedos el pequeño anillo que apareció en la palma y, con infinito cuidado, lo depositó bajo la lengua del durmiente. Luego retrocedió, volvió a cogerse de la mano de Cadavia y ambos se quedaron de nuevo inmóviles, contemplando al niño. El silencio de la casa era el silencio de la eternidad, y los dos parecieron hallarse dentro de ella y fuera del mundo por unos instantes. Luego, el niño se agitó ligeramente y la realidad descendió de nuevo sobre ellos. Cadavia soltó a la niña y retrocedió unos pasos; ella, en cambio, permaneció junto a la cabecera de la cama, mirando con la misma curiosidad de antes. Entonces, repentinamente, Andrés abrió los ojos y la vio. La miró con extrema fijeza y ella, sorprendida, lo miró igual. Unos instantes después los párpados de él se cerraron borrando su mirada y siguió durmiendo. Clara volvió su carita hacia Cadavia con un gesto interrogante y él asintió con la cabeza al tiempo que le tendía su mano, a la que la niña se cogió retrocediendo para ponerse a su altura. Después, Cadavia se aproximó de nuevo a la cabecera, introdujo dos dedos en la boca del niño, que se removió inquieto, extrajo el anillo y extendiendo la otra manita de la niña, lo puso en ella. Era un anillo muy sencillo, de metal noble, que la niña miró y remiró en su mano con curiosidad y satisfacción antes de cerrarla sobre él. Aún se mantuvieron allí unos instantes, ella mirando su mano, él contemplando al pequeño Andrés con un leve rictus de complacencia en sus labios, y luego retornaron por donde habían venido. Nada ni nadie interrumpió el silencio sesteante de la casa. Ganaron la calle, también silenciosa y desierta, y abandonaron el lugar con paso tranquilo. El reloj de la iglesia dio la hora mientras cruzaban la plaza.

Ésta fue, caballerete, la primera vez que te fijaste en Clara Zubia. Tenías cinco años y mucho sueño, pero la viste. La segunda vez fue cuando sentiste aquel golpe de plano en el corazón, pero en la vibración central de ese golpe, tu memoria reconoció sin saberlo a la niña que depositó el anillo bajo tu lengua y de ese modo te cautivó para siempre.

Primera parte

I

*I met a lady in the meads
Full beautiful, a fairy's child*.*

John Keats

–*Erras, amici* Baldo –dice Cadavia en tono admonitorio–, porque has de saber que la astrología es una forma de conocimiento del mismo modo que la astronomía es una ciencia. Y yerras de nuevo negándote a saber lo que su carta astral dice de tu hijo, porque su destino se me aparece como extraordinario.

–¡Pamplinas! –responde Baldomero Delcampo–. ¡Superchería! Malamente acepto que el mismo Dios conozca nuestro destino como para hacerte caso a ti, además.

Los dos hombres se encuentran en el despacho del último. Es una habitación rectangular, sobria, con una pared ocupada en su mayor parte por una librería de madera de roble que contiene libros sobre temas de agricultura e historia, novelas de acción y aventura, principalmente de Julio Verne y Hugo Wast, clásicos españoles y varias colecciones encuadernadas de revistas como *La Hormiga de Oro* o *Blanco y Negro*. En el centro de la gran librería se abre un hueco que cubre por entero un cuadro que representa al viejo Baldomero Delcampo, abuelo del que hoy se sienta a la mesa de despacho. Frente a él, en una silla, se halla Cadavia, que da la espalda a la puerta de doble hoja. Una de las paredes laterales se abre a la galería por una puerta cristalera que se encuentra cerrada y la otra está desnuda de todo ornamento.

–Algún día me darás la razón –prosigue Cadavia, impertérrito–, y quizá entonces lamentos no haber estado atento a lo inevitable.

–¡Inevitable! –dice Baldomero en tono sarcástico–. Permite que te diga que lo inevitable lo es por definición, así que bien poco puede afectarme el conocerlo de antemano. Quizá, incluso, me ahorre algún disgusto.

–No me estoy refiriendo a ninguna clase de determinismo, sino a un carácter y un destino que tú eres el encargado de orientar –responde Cadavia–. El niño tiene ya ocho años y, por las muestras que da, responde a mis expectativas, lo cual debería interesarte.

–Un día acabarás en la cárcel por desafecto y por hereje, Cadavia, no juegues con esas cosas. Bastante bien librado saliste del juicio que pudieron haberte hecho; no tientes a la suerte con tus brujerías que no está el horno para bollos.

–¿Por qué? –dice Cadavia revolviéndose en la silla–. Yo estas cosas las hago para mí y, además, no son política ni ofenden al régimen.

–Este país está lleno de ojos y orejas, Cadavia, y hay mucha mala gente que busca congraciarse delatando a infelices o inventando acusaciones, lo cual me avergüenza, pero es así. No te metas en más líos de los que has tenido por tu mala cabeza...

–Por mis convicciones –le interrumpe el otro.

–Por tu mala cabeza –insiste malhumorado Baldomero–, como tantos otros que ahora pagan con cárcel o algo peor. En fin, punto en boca sobre este asunto y sobre tus actividades. Y ándate con tiento con el cura –añadió–, que te tiene enfilado.

–A sus órdenes, mi capitán –responde Cadavia.

La galería se extiende por el todo el frente posterior de la casa, con vista al jardín. Tiene la forma de un ancho pasillo y se comunica con el despacho y con el comedor. Está cerrada con vidrieras fijas y ventanas de guillotina. En el extremo opuesto al de la puerta que da al despacho de Baldomero Delcampo, se encuentran su esposa, Asunta, y doña Carmela, su suegra. Están sentadas en sendas butacas de cesto ante una mesa camilla con faldones sobre la que reposa un servicio de té.

–Este año los higos van a venir tardíos –dice doña Carmela apartando la mirada de las frondosas ramas de la higuera que sube por la esquina de la galería. En septiembre las dos mujeres suelen afanarse en recoger los que quedan al alcance de su mano, tanto en el huerto como desde las ventanas junto a las que se encuentran.

–Con tal de que a Andresín no le dé por trepar hasta la terraza... ¿te acuerdas? –dice Asunta.

–Calla, hija, por Dios, ¡no me voy a acordar! Sólo de verlo aparecer por aquí, a la altura de la ventana...

–Con lo endebles que son estas ramas.

–Blandas. Las ramas de higuera son blandas, se comban con poco peso –precisa la madre.

–No podía bajar ni subir el pobre, con el susto en el cuerpo. Tuvo que venir Baldo a entrarlo por la ventana, ¿te acuerdas?

–Y luego la tripotera de higos que le dio; menuda trastada...

–Pobrecito, qué susto llevaba.

–Por consentido, Asunta. Si no hay castigo no hay arrepentimiento. Y como este niño se atreve con todo...

–Mamá: es un niño.

–¿Y qué pasa? ¿Que tiene bula? –dice altiva doña Carmela.

–Los niños...

–Los niños, los niños –rezonga la madre–. El caso es buscar una excusa. Los niños son como los demás y tienen que aprender a distinguir entre lo que está bien y lo que está mal. Si no lo aprenden ahora, lo sufrirán mañana, cuando ya no haya remedio. Bien le vendría una temporada en el internado con los jesuitas.

–Ay, mamá, es que es tan tierno aún...

–¿Y qué quieres, dejarlo aquí, en la escuela del pueblo?

En el despacho:

–¿Tú no has pensado –dice Baldo– en ir a la ciudad a vivir?

–¿A la ciudad? –pregunta Cadavia sorprendido–. ¿A qué voy a ir yo a la ciudad?

–Hombre, no sé; con esa afición que tienes a estudiar de todo... Aquí poco has de

encontrar de eso.

–Bah, la ciudad –dice Cadavia con desprecio–. Si todavía me dijeras al extranjero... Este país está hecho polvo, Baldo. Tanta guerra para nada: hambre, miseria y burricie. Se van unos y vienen otros; nada nuevo.

–No me seas zoquete, Cadavia, que eres un derrotista. Pues anda que no han cambiado las cosas. Ahora por lo menos hay orden, no te engañes. Orden, Cadavia, y dignidad. Los dos hemos luchado por eso, no me jorobes.

–Yo no soy derrotista. Yo tengo ojos en la cara y los uso para mirar. Y ¿qué es lo que veo? Lo mismo que tú. ¿Tú quieres que no me engañe? Pues tampoco te engañes tú.

–Las guerras son lo que son: un horror; pero la nuestra no la trajimos nosotros sino ellos. Había que hacer algo.

–Ya lo sé, Baldo, ya lo sé –Cadavia lía un cigarrillo pensativamente–. Lo que pasa es que luchábamos para mejorar y esto no es mejorar, esto es empeorar. Todos estamos viendo lo que pasa: pura venganza, Baldo, asunto de miserables y de cobardes.

–Eso ya pasó. Son los descontrolados de siempre. Pasa lo inevitable: que a río revuelto, ganancia de pescadores. Pero ahora hay orden.

–Los pescadores como Dios manda no pescan en río revuelto, sólo los ventajistas; faltaría más –dice Cadavia altanero.

–Pues yo –dice Baldomero volviendo al inicio de la conversación– estudié en Madrid porque me mandó mi padre, pero en acabando los estudios, me vine para acá. A mí me gusta esto –concluye satisfecho–. Por ahora.

–Hombre, estaría bueno que siendo ingeniero agrónomo olvidaras las tierras de tu familia –comenta el otro–. De no ser así, cada uno de nosotros dos hubiera hecho la guerra por su lado. Si te llega a pillar en Madrid...

–Habría acabado por pasarme a los nuestros a la menor oportunidad. Pero, a lo que importa: la hicimos juntos y, gracias a ti, estoy vivo. Eso es lo que importa.

–Pues no pienso ir a la ciudad. Aquí estoy tan a gusto. Yo no me meto con nadie y nadie se mete conmigo.

–Tú sigue con tus cosas raras y ya verás si se acaban metiendo contigo.

–Puede que sí, puede que no –comenta Cadavia, que ha terminado de liar el cigarrillo, mientras extrae del bolsillo su encendedor de mecha.

En la galería:

–Esta noche se me ha metido el frío en el cuerpo y mira que dejé la estufa encendida –dice doña Carmela–. Tengo el frío en los huesos y, encima, este dolor en los brazos y en las piernas.

–Eso es el reuma, mamá, ya te lo dice el médico.

–El reuma. Me río yo del reuma. Esto es lo mal que hemos comido todos estos años con la guerra. Lo que yo tengo es avitaminosis, porque comíamos hasta cáscara de patata.

–Es que te cogió en Madrid, mamá.

–Con los rojos. Qué vergüenza. Todavía me acuerdo, justo después de la liberación, de la llegada de tu hermano, que nos traía guardado el tabaco que le daban en el frente, porque él no fumaba, y yo salía a la calle a cambiarlo por azúcar, o café o lo que hubiera.

Asunta se ríe a carcajadas:

–Siempre me ha divertido mucho imaginar la escena que nos contaste, tú por mitad de la calle andando entre la gente y diciendo por lo bajo: tengo tabaco, tengo tabaco.

–Sí, tú ríete, que te pasaste la guerra al abrigo de tu padre en Burgos. Lo que es la suerte. La guerra es lo que tiene, que según donde te toque... Lo pasamos fatal hasta que llegó Franco; hija mía, tenías que haber visto lo que era Madrid. Pues anda, que cuando vinieron a registrar la casa buscando a tu hermano y a tu padre y yo ahí con mis dos hermanas, que no nos quedaba ni ropa que ponernos...

–Pobre papá, lo que le hubiera gustado verte antes de morir.

–No sé yo. A ése lo que le hubiera gustado de verdad es levantarse de la cama, ponerse el uniforme e ir a pegar tiros al frente. Menudo era tu padre.

–Ay, mamá, no hables así de él.

–Pues, hija, qué quieres que te diga; a su aire, era bueno; pero día a día era insoportable. En fin, espero que el Señor lo tenga en su gloria, aunque no me extrañaría que estuviese armando una buena en el cielo. ¡Qué carácter, por Dios!

–Mamá, era capitán de la Guardia Civil.

–Sí, de los de verdad, como decía él, de los de Ahumada. Pues peor.

–Baldomero también era capitán.

–No. Baldomero era y es un civil. Ha sido capitán por méritos de guerra, pero no pertenece a la carrera. No es lo mismo. Tu padre era un militarote de los pies a la cabeza; que no es que yo se lo reproche, Dios me libre, pero que tenía su perenguendengue... eso sólo lo sé yo.

–Era tan guapo... –dice Asunta, soñadora.

En el despacho:

–Dicen que este verano va a ser muy malo; el año está siendo muy seco – comenta Cadavia.

–El trigo no levanta una cuarta; otro año perdido.

–La guerra, que todo lo deja estéril.

–No me seas pesado con la guerra. Hay sequía porque hay sequía y ya está –dice Baldomero, molesto.

–Cuando se abren las puertas a los demonios todo se torna en confusión, amigo Baldo, y la desolación cabalga libre por todas partes. Secan los ríos, matan los árboles, traen vientos abrasadores, atizan los fuegos, enferman el ganado y enloquecen a los hombres.

–¡Pero qué dices! ¡Tú, que siempre estás tratando con el mundo de los espíritus! Tus lecturas sí que te están secando la sesera. Con razón dice el cura que son libros heréticos y diabólicos.

–Esotéricos, no heréticos. Y tampoco son diabólicos sino daimónicos, que es muy diferente. Yo sigo las enseñanzas de la Tradición, no como ese cura que todo lo convierte en cielo e infierno. ¡Vaya ignorante!

–Sí, pero es el cura.

–¡Bah! –dice Cadavia con gesto despectivo.

En la galería:

–Y hablando de Andresín, ¿dónde lo vais a mandar a estudiar por fin? –pregunta doña Carmela.

–¡Anda que no falta! Por ahora le enseño yo y va muy adelantado. Lee y escribe y sabe sumar. Ni falta que le hace el colegio. Hasta que no haga la primera comunión, nada de colegio.

–Pero, hija, que el niño no tiene que aceporrarse aquí en la escuela. Yo creo que os convendría pensar en tener un pie aquí y otro en la ciudad para que el niño pueda ir a un buen colegio de pago. No le vais a mandar a un Instituto...

–Para eso –dice la hija– ya hablaremos con el padre Víctor a ver qué es lo más conveniente.

–A ver qué es lo que dice tu marido. Yo creo que no le tiene mucha simpatía a la Iglesia.

–¡Mamá, qué cosas dices! El niño irá al colegio que le corresponde, no faltaba más. Lo de la ciudad... no sé, ya veremos –Asunta se queda pensativa–. La verdad es que sí que habría que ir a la ciudad, porque no me apetece la idea de meterlo interno.

–Pues si continuáis aquí, no veo yo otra solución.

–Pero no sé si Baldomero puede alejarse así como así de las tierras. Él va a menudo a la ciudad, claro, pero no tanto como para vivir allí –vuelve a quedar pensativa–. En fin, no sé, ya veremos...

–Ese niño es especial –dice doña Carmela–. Llegará mucho más lejos que el padre.

–¿Qué tiene de malo el padre?

–Mujer, que un ingeniero como él se dedique al campo...

–Mamá, te recuerdo que es ingeniero agrónomo.

–Sí, y podría estar en Madrid, en un alto cargo y codeándose con quien debe, y no aquí, tratándose con ese sinsustancia de Cadavia y toda esta gente pueblerina. Nosotros, hija, somos de ciudad.

–Porque a papá lo destinaron allí.

–Por lo que fuera, somos de ciudad. Y es lo que deberíais ser vosotros. Allí es donde está el meollo. Yo, aquí, la verdad es que me consumo.

En el despacho:

–Ya he visto –dice Cadavia– la que has organizado al fondo del huerto.

–Este año tengo que hacer vino. Hay que sacar rendimiento a las vides y voy a

probar. Todo lo que está montado en el almacén pertenece a la bodega que tenía mi padre. Llevamos todo el año limpiando y reparando. ¿Has visto las barricas que me han traído? Este año empiezo. Quiero mi vino, como hacía mi padre. Y si la cosa se da bien, no te diría yo que no me he de meter a bodeguero. Oye, que el del vino es un oficio noble.

–Y antiguo. Tan antiguo como el ser humano –apostilla Cadavia.

–Tan antiguo como el oficio más viejo del mundo, diría yo, pero más digno, sin comparación.

Los dos ríen.

–¿Dónde va a parar! –dice Cadavia, riendo todavía–. ¡El espíritu del vino! Ése sí que es un misterio profundo.

–Y yo diría que ha llegado el momento de que nos sirvan dos vasos y un plato de chorizo; vamos, si no te opones –dice Baldomero a su amigo.

–Me pliego a tus designios –responde Cadavia con fingida humildad.

Baldomero se levanta ágilmente, sale a la puerta y grita:

–¡Clotilde! ¡Al despacho!

En la galería:

–Ya está ése dando voces –dice con un mohín de disgusto doña Carmela.

–Qué te importa, mamá, ya voy yo. Seguro que es para pedir el aperitivo.

–Pues no son formas.

–Mamá, no te metas, todos tenemos nuestras virtudes y nuestros defectos.

–Unas tienen las virtudes y otros los defectos –dice la madre, digna.

–Mamá, no te quejes. Ellos han pasado mucho más que nosotras, luchando en el frente. Ahora tenemos poco, pero hay tranquilidad y hay respeto. Déjalos que desahoguen, que poco a poco las cosas se van a ir templando. Imagínate lo que hubiera sido esto si llegan a ganar los otros.

–No quiero ni pensarlo. ¡Ni pensarlo! –contesta la madre, decidida–. Pero lo que yo digo es que lo último que se deben perder son las formas –añade, con un deje de rencor en la voz.

–Todo se andará –dice la hija; luego se levanta y entra en el comedor–. ¡Clotilde! –llama a su vez, en voz alta.

En el despacho:

–Tu suegra se ha instalado en casa con todas las de la ley –dice Cadavia.

–Con todas las de la ley –confirma Baldomero.

–Tengo la impresión –anuncia Cadavia– de que si no se ha movido de aquí desde que vino a asistir a su hija tras el nacimiento del pequeño Andrés, su intención ha de ser la de afincarse en la casa por el tiempo que le parezca conveniente.

–Tengo mis dudas acerca de que su intención sea quedarse aquí; y, por cierto, ¿a qué vienen estas observaciones? –apunta Baldomero.

–De todos modos, tu suegra es una persona educada –dice Cadavia, cambiando

de tercio.

- Bueno -dice Baldomero, lacónico.
- Y está de buen ver para su edad -aventura Cadavia.
- Si a ti te lo parece... -asiente Baldomero.
- Y es una mujer de carácter -propone Cadavia.
- Es una manera de decirlo -concede Baldomero.
- Elegante a su manera -apunta Cadavia.
- A su manera -admite cáustico Baldomero.
- Aunque... -Cadavia titubea antes de seguir- quizá un poquito antipática.
- Mucho -corta Baldomero tajante-. *Muy* antipática.

Ahora, al observarla, recuerdo el día en que Clara llegó a nuestra casa de Madrid. ¿Qué es lo que rige nuestra vida: el azar o la experiencia? ¿O quizá lo que llamamos experiencia es tan sólo experiencia del azar? Clara está mirando el mar, descalza sobre la arena, la mano izquierda sujetando el antebrazo derecho a su espalda; de la mano que cae cuelgan las ligeras sandalias con un tranquilo, rítmico y casi imperceptible balanceo que responde a su estado de ánimo. Se siente feliz ante el agua que llega mansamente a la orilla, es evidente. A contraluz, su pelo rizado y ligeramente alborotado parece deshilacharse por los bordes formando un halo del color del cielo al atardecer. Así como está, de espaldas a mí y de frente al mar, es la misma muchacha de la que me enamoré en mi juventud. De vez en cuando se eleva sobre las puntas de los pies, como si fuera a recibir un regalo, y luego vuelve a apoyar los talones en la arena.

Ya vivíamos en Madrid cuando llegó a nuestra casa. Era una casa cuya fachada daba a los Bulevares, un piso muy luminoso con cinco balcones a la calle. Yo no tenía la menor noticia y ella llegó con toda naturalidad, preguntando por mamá. «Hola, ¿está tu madre?», dijo cuando le abrí la puerta. En ese instante no me sentí tan conmovido como la primera vez que la vi, allá en el pueblo, pero su presencia me alteró completamente. Además, esa manera de aparecer preguntando, como si fuera una habitual de la casa... Me quedé tan descolocado al verla que sentí un vivo rechazo de la frescura con la que me habló. «Vaya una manera de presentarse», pensé después de que ella pasara por delante de mí al encuentro con mi madre, que apareció de repente en el vestíbulo. Si lo pienso, creo que lo que me escoció fue que prescindiera de mí tomándome por una pieza más de la casa. «Hola, ¿está tu madre?» Como si nos encontráramos cada dos por tres, como si fuéramos vecinos. Tiene gracia: no la veía desde que dejamos el pueblo, cuando yo acechaba su paso convertido en un desolado y embobado adolescente incapaz de explicarse aquello que lo tenía en vilo; y después, durante los encuentros junto al río, en el lugar secreto, aquel último verano en el pueblo antes de venir a Madrid con mis padres, que yo no podía apartar de la memoria. Y de repente reaparecía como si no hubiera sucedido nada, ajena a todo cuanto yo hubiera sentido y sufrido por ella. Así son las mujeres.

Traía el pelo rizado, revuelto y largo, de un precioso color castaño claro, que ahora comparte con las canas. La familia Zubia estaba formada por padre, madre y dos hijas. Ése era, digámoslo así, el núcleo duro. Además, en la planta alta del caserón familiar vivían la abuela Zubia y la tía abuela Zubia, hermana mayor de la abuela; y en lo que llamaban la cabaña, independiente del caserón, vivía el tío Cadavia, hermano menor de la madre y hombre que tenía toda la sensibilidad que le faltaba a su cuñado. Un tercer hermano había sido fusilado al comienzo de la Guerra Civil por unos milicianos exaltados que aparecieron de pronto para juntarse con dos o tres del pueblo y, cumplida su misión de sangre, desaparecieron como por ensalmo dejando un rastro de dolor triste y seco. El nuestro era un pueblo de gente fatalista, pero no resignada. La llegada de los nacionales, que pareciera que venían pisándoles los talones, fue acogida con una celebración de

venganza sobre las familias de los que se habían unido a los milicianos. Mi padre y Cadavia, que tras haberse escondido reaparecieron de inmediato para alistarse en las filas de los nacionales, acabaron luchando en el frente, en una compañía de zapadores de la que mi padre, por su formación, era el capitán. De esta experiencia sólo conozco su relato explicándome cómo excavaban las trincheras entre medias de los dos bandos y cómo atendían a las bromas y pullas que se lanzaban unos a otros hasta que empezaban a calentarse los ánimos y de las palabras pasaban a los hechos, momento en que, a una orden de mi padre, la compañía se tiraba de cabeza al fondo de las trincheras a medio excavar mientras sobre sus cabezas comenzaban a silbar las balas. Y así hasta que el encono se disipaba y volvían las bromas y ellos a asomar la cabeza y, tras comprobar el cambio de ánimos y de actitud, la compañía reemprendía su trabajo de zapa.

Clara tenía, aquella mañana en que llamó a la puerta de casa, diecisiete, y llegaba a Madrid para cursar Preuniversitario a pesar de las reticencias de sus padres que consideraban que aquello no era propio de una mujer decente (y mucho menos su intención de ingresar en la Universidad, si sacaba el curso adelante). Las reticencias, según descubrí con el tiempo, las superó la tenacidad de Cadavia, su tío, que, además, aprovechó la ocasión para instalarse a su vez en Madrid con la promesa solemne de cuidar de su sobrina en todo momento. De hecho, esta última fue la verdadera razón de su traslado, pues aunque echase de menos la compañía de mi padre, y más en aquel pueblo encerrado en su inmovilismo, temía –ésa era la palabra exacta– a la ciudad. Cadavia tardó en encontrarse a gusto en Madrid y de no ser por su buen talante habría acabado por volverse loco. Mi padre y él reemprendieron su amistad, no perdida, sí apagada por la distancia, pero ya nada fue lo mismo que antes, cuando el ambiente cerrado del pueblo los reunía tarde tras tarde provistos de farías y brandy para darse el gusto de discutir por discutir.

«Hola, ¿está tu madre?», me dijo con el mayor descaro, como si viviera en el portal de al lado y viniese todos los días por cualquier recado. Yo no sabía que estaba en Madrid ni que venía a estudiar, asunto que mis padres sí conocían. Me pareció tan guapa que me dejó sin habla, plantado ante ella como un tonto, sin acertar a decirle que pasara, lo que no hizo falta pues ella misma entró en la casa, cerró la puerta y se me quedó mirando con gesto interrogante. «¿Qué pasa? ¿Tengo monos en la cara?», dijo de inmediato. Entonces volví a la realidad, le di la mano en vez de un beso, lo que revelaba más desconcierto que cortesía, y llamé a mi madre a gritos, que era algo que ella no soportaba en casa, justo cuando aparecía ya en el vestíbulo. En fin, que no di una a derechas y aún hoy me avergüenzo de aquel comportamiento impropio de un adolescente medianamente educado. De vez en cuando, al recordar la escena, me he preguntado si Clara era entonces tan cautivadora como para dejarme así de inerte.

El claro recuerdo es el de una muchacha esbelta y más bien pizpireta, que cada dos por tres parecía ponerse de puntillas por puro nervio, lo que, sin embargo, le daba un aire encantador y desenvuelto, una mezcla de simpatía y actividad que le hacía a uno desear que se dedicase sólo a él. Peinaba coletas, pero no tenía aspecto infantil, como cuando las chicas saltaban doubles a la comba, sino deliciosamente

juvenil. Ese día llevaba un vestido ligero de algodón estampado, con las mangas muy cortas y como abullonadas, falda de vuelo amplio hasta la rodilla y unas zapatillas rosas que hacían juego con los colores del dibujo de la tela; las llevaba sin cordones, lo que me llamó mucho la atención. También traía una rebeca ligera sobre los hombros y un paquete que sujetaba contra el cuerpo. Estábamos en primavera, eso lo recuerdo bien porque tuve la sensación intensa de que vestía de primavera.

Clara no era entonces ni ha sido nunca una mujer guapa, de bandera, una Ava Gardner; ha sido mucho más que eso: una mujer muy atractiva que atrapaba a la gente con su expresividad; tenía un cuerpo ligero y muy bien formado; los ojos eran muy alegres, pero misteriosos, con una mirada profunda que mostraba a veces una especie de veladura clara que la hacía irresistible y otras veces una chispa de profundidad y zumba, una suerte de inmunidad burlona con la que te colocaba a la distancia adecuada, lo que hacía de una manera natural, sin altivez alguna. Los ojos eran de un color marrón verdoso muy singular; cuando me miraban, yo tenía la sensación de que era el hombre más interesante de la tierra, y de esa forma quedabas atrapado, entre la fascinación y la indecisión, siempre queriendo más, siempre queriendo que esa mirada no se apagara ni se apartase de ti. Y, sobre todo, eran ojos que irradiaban inteligencia: precisamente por eso te sentías importante al ser mirado por ellos. Después, ella miraba a otro, a otra persona, y veías que lo suyo era un don y que a todos miraba igual; pero eso, en vez de desanimarte, te encendía aún más porque la querías sólo para ti, esa mirada. Clara tenía además la virtud de la simpatía; a todo el mundo le gusta la gente simpática, sobre todo si emite su encanto como ella lo hacía; así que, sin ser una belleza de canon, se llevaba de calle a las almas sensibles como la mía.

El hechizo se desvaneció cuando llegó mi madre desde el fondo del pasillo y Clara se lanzó hacia ella. Yo me quedé desvalido y plantado en mitad del vestíbulo y sólo al cabo de un rato se me ocurrió ocuparme de cerrar la puerta y adentrarme en casa sin saber muy bien adónde dirigirme. Clara y mi madre habían formado al instante un dúo tan compacto y se comunicaban tan alegremente que no me dejaban otro papel que el de observador. En vista de lo cual, preferí retirarme lentamente a mi cuarto, algo mohíno, arrastrando los pies, disimulando las ganas de quedarme plantado delante de ellas. Y me acuerdo muy bien de esa escena porque dentro de mí rebrotó el impacto de aquella vez, la primera que vi a Clara y sentí un golpe en el corazón, un golpe duro y seco como el de una mano abierta, solo que ya no era un pasmo lo que crecía dentro de mí sino una especie de trance eufórico. Lo cierto es que el primer impacto fue uno de esos descubrimientos que te dejan atónito y te impiden asumir a qué se debe; en cambio, mientras ellas parloteaban, en el momento en que, descolgado, me retiraba reculando hacia mi cuarto, sentí una excitación resplandeciente.

Ahora, cuando la veo de espaldas, cuando la veo disfrutar en cuerpo y espíritu ante el mar, con las manos cruzadas a la espalda y las leves sandalias colgando de sus dedos, alzándose de cuando en cuando de puntillas como hacía de joven, me enternece. Creo que se levanta así para avistar un poco más allá, por encima de la

línea del horizonte, en busca del lugar donde nació el mundo y hacia el que navegan las almas después de su periplo en la Tierra, y que lo busca con la preciosa curiosidad de su mirada atenta, siempre tan atenta a la vida.

Cadavia está hablando solo. Se agita, gesticula y, de pronto, queda callado, como sumido en una grave preocupación, y entonces detiene el paso y avanza y retrocede hasta que de nuevo recupera el hilo, un hilo perdido en medio de su agitación, y vuelve a echar a andar gesticulando, abriendo los brazos y cargándose de razón con enérgicas aseveraciones de cabeza. Está en el camino de las eras que se extienden hasta la ermita, que se alza sobre un otero a vista del pueblo, al otro lado de la carretera.

En lontananza aparece por la misma carretera, pedaleando en su bicicleta, el médico del pueblo. Poco a poco se va acercando al punto en que se encuentra Cadavia, que no se percata de su presencia hasta tenerlo encima. El doctor, que viene fijándose en la extraña danza ritual de Cadavia, afloja la marcha hasta quedar detenido muy cerca de él. Durante unos instantes, pie a tierra sobre su bicicleta, se limita a observar, con una mezcla de intriga y socarronería, los gestos y ademanes de su vecino.

–¡Cadavia! –grita de pronto–. Para, hombre, que parece que te ha dado el baile de San Vito.

Cadavia, desconcertado, se detiene instantáneamente y trata de disimular la vergüenza que le produce haber sido sorprendido *in fraganti*.

–Si te pilla el cura –continúa el médico con sorna–, te exorciza aquí mismo con su hisopo. Pero ¿tú te has visto?

Cadavia mueve la cabeza arriba y abajo con displicencia tratando de ganar tiempo mientras recupera un porte digno, se cala el sombrero chato y mete las manos en los bolsillos, siempre mirando alrededor, evitando los ojos del otro. Frunce rápido los labios una y otra vez, un gesto que trata de parecer incluso desdeñoso, aunque irritado. Al cabo de unos momentos, levanta la cabeza hacia su interlocutor.

–Señor doctor –dice por fin–, quizá le haya llamado la atención mi estado de ánimo.

–Pues ahora que lo mencionas te diré que sí –comenta el médico con la misma sorna anterior–, que venía observándolo desde el crucero –es una encrucijada cien metros más atrás por la carretera de donde parten tres caminos, dos hacia el pueblo y uno hacia la ermita– por ver si reconocía los síntomas.

–¿Eh? –salta Cadavia alarmado–. ¿Qué síntomas?

–¿Qué síntomas van a ser? Los de tu mala cabeza, majadero.

Cadavia respira aliviado.

–Estaba ofuscado –dice con aire de determinación.

–Pues acompáñame y me lo cuentas –el médico se apea totalmente de la bicicleta, la toma del manillar y echa a andar junto a ella. Cadavia le acompaña tras un breve titubeo.

–No hay nada que contar –dice Cadavia al cabo de un rato en el que ambos han caminado en silencio–. Estaba practicando.

–¿Qué cosa? ¿Conjuros diabólicos? ¿Diatribas astrológicas? –el médico se detiene, saca un puro del bolsillo superior de la chaqueta y se entretiene en

encenderlo; cuando lo encuentra a su gusto, inhala y exhala con satisfacción el humo y prosigue-. ¿O tiene algo que ver con el traslado de don Baldomero a la capital?

Cadavia da un brinco.

-Ah, ya veo, ¡ahí está el busilis! Lo que pasa contigo es que cuesta más hacerte admitir las cosas que torcer la voluntad de un mulo. Pero no creas que eres tú solo el perjudicado con la marcha de don Baldomero, que bien me fastidia a mí perder un contertulio en este villorrio. Las cosas no pintan bien para nosotros, amigo Cadavia; claro que yo he sido siempre un cenizo. Hay que estar atento a lo que pasa y lo que yo creo que pasa es que en esto de las guerras a menudo no se acaba de saber quién gana de verdad, pero lo que siempre queda claro es quién pierde. Un servidor es un ejemplo; salvo que conservar la vida sea ganar, que a lo mejor lo es, dadas las circunstancias. Pero a lo que iba: el país está jodido. Jodido de verdad, y don Baldomero se marcha por eso. ¡A ver, si no hay nada de nada! Allá en la capital tiene futuro, un ingeniero, imagínate, pero aquí... la tierra no da más que disgustos y, además, él no puede aplicar su ingenio en este paniego dejado de la mano de Dios. Uno no estudia para acabar atocinándose en esta tierra de cereal. Así que se va y nosotros nos jodemos un poco más. Pero quién sabe: a lo mejor acabamos yendo de vez en cuando a Madrid con la excusa de visitarle.

-A Madrid tengo de irme yo, doctor, pierda cuidado.

-Pues a ver cómo lo haces.

Cadavia se encoge de hombros. Es un gesto que probablemente impresiona al doctor, a juzgar por lo que dice su cara. Cadavia no tiene oficio ni beneficio y vive de las rentas familiares, que ahora han de ser exiguas. Al doctor le parece estar viendo a un niño grande, pero sabe que las apariencias engañan. Cadavia es culto y tenaz; es capaz de seguir a su amigo y capitán Baldo a Madrid y echar raíces si hace falta. Pero cuando lo ve así, tal y como camina a su lado, flaco, enteco, desgarrado, con su sombrero chato y su aire de echar a volar por cualquier golpe de viento, siente lástima y ternura a la vez y se pregunta:

-¿Qué pecado hemos cometido en este país, Cadavia, para que el cielo se nos haya echado tan encima?

Cadavia echa la vista arriba y luego al frente, al horizonte, entonces se detiene y se queda mirando estupefacto al doctor.

-¿Sabe que tiene usted una vena poética? -dice.

-No hay poesía que valga -contesta el doctor dando otra calada a su cigarro-. Lo que pasa es que todo esto está muerto y el cielo es una losa. Pero de esto que te estoy diciendo -añade mirando a un lado y a otro-, chitón; ni una palabra.

-Por la cuenta que nos tiene -admite Cadavia, aún admirado por la facundia poética del doctor.

El muchacho se halla sentado en el suelo medio escondido en el cobertizo junto al camino de tierra y su aspecto es penoso. Se ha dejado caer contra el muro. Sus ropas están sucias, gastadas y destrozadas, y las suelas de las botas muestran visibles agujeros. Parece guapo y es muy joven, pero en su cara se dejan ver un hambre y un sufrimiento que lo hacen irreconocible. Fue a sentarse allí, a un lado del casetón de los aperos, en cuanto comprendió que de nada le servía seguir llamando a la puerta. Había estado llamando un buen rato, espaciando los golpes, cada vez más débiles a medida que interiorizaba la negativa. Ya no mira a la casa, tiene la cabeza caída y se le escapan las lágrimas, que corren por su rostro demacrado.

–Está llorando de hambre.

–Yo no tengo la culpa; ha sido la maldita guerra. Todavía hoy tenemos que ver a gente como ésta.

–Además, que no lo reconozco. A lo peor quiere entrar a robar.

–No debiste darle nada al que vino ayer; ahora, mira: se nos ha pegado éste como una ventosa.

–Solamente le dimos un pedazo de pan, qué iba a hacer. Fue por caridad cristiana. ¿Has oído lo que decía? ¿Y si es cierto?

–Yo no he oído nada. Ése quiere oler la cocina a ver qué hay. Si le damos de comer, pronto la gente se imaginará que aquí almacenamos provisiones. Si nos las requisan acabaremos como él, yendo a pedir de casa en casa. Calla, calla, que la caridad bien entendida empieza por uno mismo.

La niña quiere asomarse a la ventana, ver también ella al muchacho, que le ha parecido muy triste y muy guapo, aunque da pena.

–¿Es un príncipe, Adela? –pregunta su hermana pequeña, tirando de la faldita de la niña.

–Niña, no te acerques a la ventana. Anda a jugar con tu hermana y no molestes.

La madre las aventa como pollitos asustados y regresa junto a su marido.

–Aparte, es raro, porque la guerra acabó; un muchacho tan joven y muerto de hambre; a ver si no va a ser por otra cosa por lo que anda así...

–¿Qué quieres decir?

–Alguien que ha tenido que escapar con lo puesto porque lo andaban buscando, me parece a mí.

–Cualquier cosa.

–Vaya una a saber. Dicen que todavía están fusilando a mucha gente.

–Habladurías. El que no ha hecho nada no tiene por qué esconderse, y el que lo ha hecho... tiene que pagarlo. Acuérdate. Lo que le pasa a éste es que como estamos a las afueras del pueblo, aquí sí se atreve a llamar. ¿Por qué no entra en el pueblo y habla con el cura?

A media mañana.

–¿Sigue ahí?

–Sin moverse.

–Será cabrón. ¿Por qué no se va de una vez? ¿Es que ésta es la única casa en la que se puede pedir? ¿Qué es lo que quiere?

–Comida. Da pena verlo. Ya no llora. Yo creo que es porque no tiene ni fuerzas. La verdad, Cosme, se me parte el alma. ¿Y si nuestro hijo estuviera igual, no querrías que lo asistieran? ¿Has oído quién dijo que es? ¿Por qué se ha plantado aquí? Yo no estoy tranquila, Cosme.

–¿Qué lo vamos a conocer! ¡Nosotros no conocemos a nadie con esa pinta!

–Pero ha mencionado algo de Zárate; yo no lo reconozco, puede que sea familia de Zárate.

–Ni hablar. Y además que Zárate no era de fiar, no te olvides. Éste está esperando que nos enternezcamos, pero si le dejamos pasar, le faltará tiempo para vocear que aquí hay comida, y entonces, ¿qué? La gente es una fiera. Yo me he ocupado de almacenar, ¿no? He sido previsor, ¿no? ¿Por qué los demás no han hecho lo mismo? Deja que en el pueblo se enteren y ya verás lo que pasa con nuestras provisiones. Que hubiesen acopiado ellos. ¿Te acuerdas que te lo dije? Guarda aquí, guarda allá...

–Ya lo sé, si estuviste muy listo. Pero es que Zárate...

–Ni lo menciones, ¿me oyes? Ni lo menciones. Y este vivo quiere aprovecharse. No sabemos quién es. Alguien que ha oído campanas y viene con la cantinela aprendida.

–Es que da una pena... A lo mejor se calla y no dice nada.

–Lo dirá, lo dirá. Y si no lo dice se quedará aquí a presionarnos y sabe Dios a qué más. El hambre vuelve a la gente mala.

–Mira. Está desfallecido.

–Eso es lo que pretende que pensemos. ¿Desfallecido? ¡Ca, hombre! Ofrécele pan y verás qué rápido se levanta. ¿Por qué, si no, se queda ahí en lugar de seguir buscando? En alguna parte le darán socorro, que no sea un particular. Si tuviera verdadera hambre ya estaría dando vueltas por ahí. Yo creo que es un haragán.

–¿Qué es un haragán, papá?

–Niña, vete a tu cuarto con tu hermana, anda, que aquí no hacéis nada.

–Ya me voy, pero ¿qué es un haragán?

–Uno que no tiene ganas de trabajar, hija.

–Pero dice Clarita que no tiene fuerzas. ¿No ves cómo se ha caído?

–¡Será desvergonzada la niña esta! ¿Es que no has oído lo que te ha dicho tu madre?

–Le podemos dar un poco de nuestra comida; a Clarita y a mí no nos importa.

–¡Que te vayas a tu cuarto, cojones! Y como se te ocurra darle algo a ese... te doy una tunda que no te sientas en una semana.

–Anda, hija, haz lo que dice tu padre, que tú eres aún muy pequeña para entender estas cosas.

La niña mayor se encoge de hombros, toma a su hermana pequeña de la mano y sale de la habitación. Por el pasillo, le dice a su hermana a media voz:

–Se va a morir, ¿sabes, Clarita?

Tras el almuerzo.

–Me está sentando mal la comida, Cosme.

–No me pienso ablandar, pero te digo una cosa: si esta noche no desaparece salgo y lo echo de ahí. Bastante paciencia estoy teniendo. ¡Es que la ha tomado con nosotros! Y estoy seguro de que lo ha mandado alguien; alguien que está esperando un descuido para caer sobre nuestra despensa. Hay mucha mala leche ahí afuera.

–Hace ya un buen rato que no se mueve.

–No estará muerto, ¿verdad? Estará dormido.

–Además que no sabemos si ha pasado ahí la noche. Habrá ido y habrá vuelto, por eso digo que la ha tomado con nosotros. Ha debido creer que te compadecías cuando le abriste la puerta y está ahí al acecho, esperando aprovecharse de tu debilidad.

–¿Y qué iba a hacer? Si llaman tengo que abrir.

–Depende a quién. A éste no había más que verle.

–Si no abro, lo mismo se piensa que la casa está vacía. Además que no estuve débil con él, le dije que se fuera.

–Sí, cuando aparecí yo.

–Bueno, deja de discutir por todo, que estás cada día más insoportable. Le despaché y ya está. No quiero más disgustos.

–¿Sabes lo que te digo?: que voy a avisar a la autoridad. Esto es una amenaza que no se puede admitir, tenerle ahí plantado delante de casa. La gente va a pensar que es un pariente o algo así o que tengo algo que ver con él si lo aguanto ahí delante sin rechistar y nos van a echar mala fama.

–Cosme, que el camino es común, tú no puedes hacer nada.

–Yo no, pero la autoridad, sí. Ahora mismo voy a ver al alcalde. Se me ha acabado la paciencia. El camino es del que va de un lado a otro, no del que se tira como un bulto. Los bultos se quitan de en medio.

–Pero, hombre de Dios, si es un muerto de hambre.

–Pues que se vaya al carajo, que se vaya.

A la noche.

–Era un ángel que estaba muy triste porque había perdido las alas y ya no podía volar. Estaba llorando porque ya no podía volar y nadie le hacía caso. La gente le miraba y a todos les daba pena, pero no le podían ayudar. Entonces pasó un día y luego pasó otro día y el ángel seguía allí y lloraba y estaba muy flaco porque los ángeles se ponen muy flacos cuando se caen y no los ayuda nadie. Y a la segunda noche llegaron unos hombres y lo cogieron por los pies y la cabeza y lo metieron en un carro y se lo llevaron muy lejos y estuvo lloviendo toda la noche y toda la mañana después porque los ángeles del cielo lloraban por el ángel que se había caído del cielo y no podía volar.

–¿Pero era un príncipe, Adela?

-No, Clarita, no era un príncipe. Te he dicho que era un ángel.
-Ah.

Andrés Delcampo siempre había creído que sus encuentros iniciales con Clara Zubia fueron como fogaradas repentinas e inesperadas que lo dejaban inerme ante ella. Inerme y rendido, aunque esto último no acabara de asumirlo porque la sorpresa iba siempre por delante del discernimiento debido a su inocencia medio infantil, medio adolescente. La rendición la confundió con la timidez, por lo que atribuyó a su carácter, y no a la respuesta primaria masculina, el turbador descubrimiento del encanto femenino. ¡Lo que es la inexperiencia!

Aquellos años de infancia y adolescencia lo fueron también de carencias, pero no de pobreza para la familia Delcampo, que era prominente en el pueblo y adicta al bando vencedor de la Guerra Civil, habiendo llegado el cabeza de familia a alcanzar el grado de capitán en el ejército de Franco. Los Zubia eran gente de menores recursos, mas en modo alguno impecune. El padre era secretario del Ayuntamiento y, tras el corto tiempo en que obligadamente perteneció a la República y se vio obligado a esconderse en una localidad cercana, en casa de una familia republicana con la que tenían antiguos lazos de amistad, se le repuso en el cargo y su beneficio, no desdeñable en una población de más de tres mil habitantes como era aquélla. Cosme Zubia hizo alarde de celo por la causa nacional desde la palanca del Ayuntamiento y pronto empezó a moverse en la Administración territorial y en los medios políticos provinciales en busca de una posición. Baldomero Delcampo, que era un hacendado de estirpe, le consideraba un arribista y, como suele suceder en la vida, el arribista acabó poniéndose por delante del hacendado. De hecho, cuando Baldomero tomó la decisión de trasladarse a la capital para ocupar un puesto de relevancia en el Servicio Nacional del Trigo, arrendó algunas tierras y vendió otras, una parte de las cuales adquirió Cosme Zubia. Mucho más tarde vendería todo excepto su casa, desligándose en buena parte de la relación familiar, que venía de antiguo, con el pueblo que le vio nacer, pero éste es un asunto del que habrá que ocuparse en otro momento.

También Cosme, que llegó a ser alcalde, abandonó el pueblo, que no sus propiedades, para trasladarse a la capital de la provincia, donde prosiguió su carrera política. Así pues, los Zubia en provincias y los Delcampo en la capital de España, se alejaron geográficamente entre sí y alejaron a sus vástagos, Andrés y Clara, hasta que ambos volvieron a encontrarse en Madrid, justo cuando él le abrió la puerta de su casa y se quedó conmocionado al reconocerla. Andrés estaba por cumplir diecisiete años, los mismos que ella, cursaba también Preuniversitario y ya tenía decidido que iba a estudiar Derecho en la Universidad Complutense el curso 61-62, es decir, el curso anterior a los acontecimientos estudiantiles que supusieron no sólo el segundo enfrentamiento grave entre los estudiantes y el régimen franquista –el primero fue en 1956–, sino también el preludio de la posterior caída del Sindicato Español Universitario, adicto al régimen, cuatro años más tarde. El edificio político-represivo del franquismo empezaba a resquebrajarse, pero la inercia del poder, que es el campo donde dormita el miedo, lo mantenía en pie. La inercia provenía del estado mecánico en reposo del Movimiento Nacional –admirable y paradójica situación–, estado que se mantenía

indefinidamente al no haber causa externa que lo alterara. El Movimiento Nacional era el reducto azul de la reacción, pero ésta se extendía a todos los órdenes de país por lo que, al fin y al cabo, las algaradas estudiantiles y las protestas sociales apenas inquietaban más de lo que un hijo díscolo pudiera inquietar a la institución familiar. Lo cierto era que el edificio presentaba grietas y lo falso que se acometiese la reparación por la estructura; en consecuencia, se procedió a tapar la fachada, pues la fe en la inmovilidad de lo establecido corría parejas con la otra fe, la católica, apostólica y romana, verdadero aparato circulatorio del Estado confesional dentro del cuerpo social. El cuartel, el púlpito y la mesa camilla eran los tres pilares del régimen.

No es de extrañar, por tanto, que, siendo Andrés un muchacho despierto, apenas ingresado en la Universidad se deshiciera de los últimos escrúpulos y perdiera de golpe, como el que abate las cartas de la última baza sobre el tapete y abandona el juego, la práctica de la religión y la fe en la familia. Todo ello con decisión, pero con remordimiento. De la tercera institución, el Ejército, no pudo librarse hasta que cumplió su servicio militar: tres veranos arrojados a los perros en las milicias universitarias.

¿Y qué decir de su segundo encuentro emocional con Clara Zubia? Antes del golpe en el pecho y el reconocimiento adolescente había tenido muchos encuentros, pues vivían en el mismo pueblo y habían jugado y peleado juntos; pero una cosa es el trato en la infancia cómplice y otra muy distinta la primera percepción de la hembra. Tras el primer encuentro, Andrés no supo encontrar explicación a su reacción emocional y, debido a ello y por toda respuesta, él y su pandilla empezaron a distanciarse instintivamente de Clara y sus amigas, de modo que la única modificación apreciable de la conducta de aquellos chavales se manifestó en una forma de comportamiento tradicional: los juegos dejaron de ser juegos comunes y se sustituyeron por un intencionado intercambio de pullas y chanzas. Este rito de paso fue el de la agrupación por sexos, pero no duraría mucho.

El encuentro decisivo sí que lo entendió Andrés correctamente. La percepción de la irradiación física de Clara, convertida en misterio, era para Andrés la evidencia de que su propia navegación por la vida le había conducido a arribar a una bahía de gran calado. Como en espejo, su reacción ante la persona de Clara –una reacción total, de cuerpo y alma– le devolvía la clara conciencia de la explosiva transformación de la personalidad de la muchacha en un principio de atracción al que él era intensamente receptivo. No quiere esto decir que hasta ese momento no hubiera sentido la llamada general del sexo opuesto, sino que esta vez entendía que se trataba de un asunto exclusivo y selectivo, y, por lo mismo que se sentía atraído y aturdido a la vez, pugnaba por sobreponerse y vislumbrar la razón de que le invadiera de manera tan directa y personal. En fin, lo que intentaba asimilar era la emoción inexplicable que lo dejaba fijado a ella y que mezclaba y revolvía en su ánimo el deseo y la confusión. Entonces fue cuando se reconocieron verdaderamente, en el lugar secreto.

Pero existía una diferencia entre ambos que él no podía ni sospechar y que ella

conocía perfectamente: la establecida aquel día en que, guiada por su tío Cadavia, depositó el anillo bajo la lengua de Andrés dormido. Éste era el privilegio que le concedía toda la ventaja en aquella relación sellada entonces y confirmada ahora, al tiempo que ella franqueaba la casa madrileña de Andrés.

«¿Qué pasa? ¿Tengo monos en la cara?», le había dicho con el mayor descaro al reconocer la sorpresa y la turbación pintadas en el rostro de Andrés.

«Siempre me ha divertido esta escena, lo confieso –diría más tarde Andrés–, pero lo que en verdad en aquel momento me descolocó por completo fue su olvido de nuestro primer encuentro amoroso dos años atrás. ¿Cómo era posible que nada en su actitud delatase lo sucedido aquella vez en mi lugar secreto? Ella parecía haberlo borrado de manera absoluta, como si no hubiera existido, y yo tuve que pellizcarme para aceptar que estaba ante aquella misma muchacha dos años después y que no sufrí de alucinaciones aquel verano.»

¡Hasta qué punto, señores, la ansiedad nubla la perspicacia!

Clara se ha alejado hacia la orilla del mar, caminando con pasos quedos que parecen de baile, pisando con las puntas como si pretendiera atisbar por encima de la línea del horizonte; su figura de espaldas, manteniendo siempre las manos detrás y las ligeras sandalias colgando de sus dedos, dibuja una curva alegre y graciosa que se dibuja contra la luz, y puedo seguir sus huellas en la arena, leves como las que dejan las gaviotas; su paso es tan airoso que de pronto adquiero la certeza de que justo al llegar a la línea del agua echará a volar; pero no, se detiene antes de que la ola que marca la orilla bañe sus pies, incluso se aparta con la misma gracia mientras la ola retrocede a su vez. El desencuentro es fugaz: vuelve el mar, simula buscarla, y se retira de nuevo. ¿Lo está retando o juega con él a que-no-me-pillas?

Ella se asoma con placer, pero el mar es cruel. Lo es con la indiferencia del que carece de compasión porque no tiene memoria. La compasión está íntimamente unida a las cicatrices que deja la vida. Después de cada calamidad –un naufragio, una galerna, una encalmada, un maremoto– el mar vuelve a su ser y en la superficie no queda rastro alguno del desastre. Mata y devasta sin piedad y sin emociones, lenta o bruscamente, engulle personas y cosas en su seno, pero en la orilla y celebrado por la luna, avanza y se retira con regularidad; allí, suave en la arena, fiero en la roca, se expone a la curiosidad y el deseo del confiado paseante con maldad artera. Clara es una nadadora excelente, aún hoy, y conoce bien las artimañas del mar que atrae a los cuerpos a la perdición con el canto de sirena de su oleaje. Yo, en cambio, lo temo porque una vez el mar me llevó consigo.

Debía de tener catorce años o así me lo parece en el recuerdo. Ese curso escolar, el primero en Madrid, había aprendido a nadar en la piscina del club de un círculo religioso del que mis padres me hicieron socio, un club que discriminaba por razón de sexo. El agua cautiva de la piscina es peligrosa, pero mucho menos que las pozas de los ríos bajo cuya apariencia de remanso se esconde el remolino que te atrapa por los pies y te succiona para arrojarte unos kilómetros más allá, hinchado, enredado en las raíces que cuelgan por la ribera. El agua de la piscina es transparente y azulada, la de las pozas muestra un color verde atractivo y tenebroso. Sin embargo, en ambas la orilla es una esperanza. El mar, en cambio, te llama con una promesa clara y luminosa, deja que entres en la corriente y con ella te arrastra y te aleja a donde, sin solución de continuidad, el agua se oscurece y sobreviene la inmensidad; es aquella superficie que mirabas complacido desde la orilla, dando rienda suelta a la fantasía y que, inesperadamente, te atrapa y se convierte en un sobrecogedor espacio ondulante de soledad sin límites, una terrible manifestación de la infinitud, donde la muerte aguarda a que el miedo y el frío te agoten para enviarte a la oscura profundidad donde habrás de desaparecer sin dejar huella.

Ese descenso del cuerpo exánime al fondo marino, lento y misterioso como un sueño vagando en la mente, lo imaginé entonces, mientras nadaba por salvar la vida. Convenientemente aleccionado de los peligros que una playa semiabierta reserva a los incautos en el Cantábrico, una mañana en la que buscaba piedras de

formas regulares talladas por el agua y retenidas por la arena tras la bajamar, me acerqué a un extremo de la orilla que se replegaba sobre sí misma originando una especie de entrada de agua tranquila, una piscina natural protegida por una barrera fantasma que hacía morir el oleaje a distancia. El mar eviterno se agitaba al otro lado y, perdido el temor instintivo a lo que nace y no muere, me adentré en el agua. Nadaba con felicidad porque la libertad del mar es lo opuesto al artificio de una piscina y porque me sentía pez en la Naturaleza. Yo disfrutaba en la piscina del club, sí, pero el mar era incomparable, con su promesa de misterio y aventura, con su extensión portentosa.

Clara debía de estar aún en el pueblo donde nos criamos. Para ella, en aquel entonces, los veranos no cambiaban de localización sino de ocupación: no había clases, no había deberes, no había madrugones, pero no había otro lugar, ni viajes, ni agua que no fuera la del mismo río de todo el año. Entonces no sabía nadar, porque en el pueblo los muchachos se bañaban desnudos en una poza donde trataban de atrapar las escurridizas truchas con las manos y las niñas no se bañaban nunca solas, sino junto a la orilla y acompañadas siempre por las mujeres de la familia. Más tarde, las muchachas aprendieron a escaparse de la estrecha vigilancia a la que eran sometidas: antes de eso yo sólo pensaba en ella con extrañeza y más tarde como compañeros de juego; excepto en el último verano, y así ocurrió aquello; pero la verdad es que en el primer encuentro, el del golpe al corazón, me sobresalté más que otra cosa, recuerdo, y a ella le cogí tirria por sus aires de niña pitonga. Tenía la costumbre de fijarse en mí de una manera insistentemente burlona, que por una parte me intimidaba y, por otra, me exasperaba. En fin, los cambios de la infancia a la pubertad.

Ahora Clara contempla el mar y, al hacerlo, sé que contempla el cielo y el tiempo y la luz como un todo, porque su sabiduría de la vida es tan extensa como la misma superficie del mar y fluye y refluye con la misma constancia con que la Luna gobierna las mareas. Pero entonces yo era solamente un muchacho impulsivo, despreocupado y alegre por las vacaciones que no paraba de disfrutar. Jugaba a mi aire y con mi imaginación y me parecía bastante, aunque también daba largos paseos con mis padres, sobre todo con mi padre, que era un trotacamino y además le encantaba hacer excursiones monte adentro, adonde no le seguía mi madre, siempre al abrigo del mundo urbanizado. En la playa ambos se instalaban bajo un toldo de alquiler, delante de las casetas de baño, dejando que me entregara a mis andanzas solitarias. Había otros chicos, pero estaban obsesionados con correr tras la pelota y únicamente me unía a ellos, y no siempre, cuando se lanzaban en tromba y a la carrera a meterse en el agua, porque era muy excitante y, además, yo podía exhibir mis cualidades natatorias, muy superiores a las suyas. Había aprendido a nadar gracias a las clases que pagó mi padre.

A lo que iba: ese día que no se me olvida, y que recuerdo siempre que me encuentro de cara al mar, fui nadando por la piscina marina hasta la misma linde donde el oleaje se agitaba y una vez allí me decidí a volver. Nadaba a *crawl*, pausado y con determinación, como me habían enseñado, y de pronto al sacar la cabeza del agua para situarme advertí que la orilla parecía estar tan lejos como al

principio. Extrañado, giré la cabeza para mirar atrás, pues llevaba un rato nadando, y entonces me percaté de que estaba ya entre las olas. Inmediatamente me empeñé en nadar con toda determinación hacia la playa, pero pronto pude comprobar que, en lugar de avanzar, retrocedía. Ése fue el momento del pánico: primero busqué con la mirada, pero no había nadie en la orilla que me mirase a mí; luego grité y en seguida comprendí que el sonido del mar ahogaba mi voz; después traté de alzar los brazos y agitarlos para llamar la atención, inútilmente; entonces me di cuenta de que iba a ahogarme solo y perdido en la inmensidad del mar. ¿Cómo era posible tener la playa a la vista, alguna gente paseando por ella, los árboles, el edificio del hotel, las casas por detrás de la línea del tendido eléctrico del tranvía, el sol en lo alto, el cielo azul... mientras yo me alejaba para siempre de la creación y de la vida? Tenía los ojos llenos de lágrimas y no era por miedo ni impotencia, era por la pena que me daba despedirme del mundo.

Una fuerza tiraba de mí hacia dentro, no hacia abajo sino hacia dentro del mar, y entonces dejé de nadar. Uno nunca sabe cómo va a reaccionar en una situación extrema; ni siquiera hoy, apoyado en la experiencia, puedo decir que lo sabría. De modo que no sé explicar bien mi reacción en aquel momento, pero recuerdo con toda claridad lo que sucedió. Como primera medida, en el momento en que me di cuenta de que estaba totalmente aislado, es decir, que sólo dependía de mí, me dejé llevar. La corriente que me había atrapado, y que por unos momentos me acercó a la roca que cerraba la embocadura de la playa, cambió de dirección y se adentró en el mar. Ése fue el punto culminante de mi aventura porque supe que iba ya derechamente hacia mar abierto, que la separación de la tierra era definitiva, que estaba siendo engullido por la inmensidad del mar. Y sólo entonces recordé lo que necesitaba para salvarme.

Recordé una conversación sorprendida a los comensales de la mesa contigua a la nuestra en el restaurante del hotel. El hombre de pelo entre rubio y canoso peinado hacia atrás, de voz cordial, nariz prominente y un jersey echado sobre los hombros, y que utilizaba con deslumbrante habilidad la uña de una pata del centollo para extraer la carne del cuerpo, había dicho: «Si la corriente te lleva mar adentro, sólo has de nadar en paralelo hasta que puedas salirte de ella; no angustiarse, no forzarse y nadar sin prisa. No hay otra manera».

En la piscina del náutico, los monitores nos habían enseñado bien y yo era capaz de hacer varios largos sin cansarme; por eso pude nadar, despacio pero regularmente, tratando de seguir en paralelo la corriente. Al principio me parecía un ejercicio cómodo porque tenía la sensación de que los brazos y las piernas respondían sin gran esfuerzo. En tal situación sólo te salva la fe. Nadé tratando de convencerme de que podría hacerlo. Duró mucho, o yo creo que duró mucho porque el tiempo, en esos momentos, es otra cosa, pero de pronto, como el gesto simple e inesperado con que liberas un pie atrapado en una trampilla tras luchar denodadamente por extraerlo, me percaté de que estaba libre y avanzaba con ligereza; sin pensarlo, porque en tal circunstancia la sabiduría pertenece al cuerpo; comprendiendo que estaba fuera de la corriente, giré a mi izquierda y empecé a nadar vigorosamente hacia la playa. No quería mirar, sólo sabía que iba a

acercarme a la orilla. Y así fue: cuando al fin me animé a levantar la cabeza, porque empezaba a agotarme, vi la playa y la gente a unos metros de mí y pronto hice pie. Fue como sentir el suelo de la vida y empezar a caminar por él. Había un tipo en la playa que me miraba atentamente, un gordo embutido en unos calzones enormes acompañado por una mujer muy pequeñita con gafas y cara de bulldog, y el gordo me dijo con voz torcida:

–No te metas tan adentro, chaval, que este mar es muy traicionero –y luego añadió, dirigiéndose a la mujer–. ¿Dónde estarán sus padres, digo yo?

Mi padre, que estaba, como mi madre, en su tumbona y no se había percatado del suceso, aprovechó mi llegada para acercarse al quiosco, una caseta de madera donde se vendían golosinas, frutas y refrescos y se curaban las picaduras de faneca, y me compró una manzana, roja como la vida que había estado a punto de abandonar para siempre, aunque yo no pensaba decir una palabra acerca de mi aventura. Cuando fui a morderla me empezaron a temblar las piernas y hube de inventar una excusa para sentarme sobre la arena. Creí que me iba a desmayar, pero todo se quedó en un amago de mareo. Mi padre murmuró no sé qué sobre la inconveniencia de estar demasiado tiempo expuesto al sol, aunque yo aún tenía el pelo empapado. La manzana era bonísima, carne prieta y restallante de frescor, dulzura y aroma, y me recuperé en segundos. Era como morder la fuente misma del placer.

Ésa fue la primera vez que estuve cara a cara con la muerte. Después hubo otras, pero la primera queda fija en la memoria porque sientes que es a la que debes la suerte de seguir vivo; es la primera vez, también, que comprendes que el Absoluto no existe por sí mismo sino que es una percepción personal: la única amenaza absoluta a la vida es la Nada, y la Nada responde a su nombre con toda justeza: no hay modo de sentirla puesto que en ella se extingue todo ser. La certeza de morir duró unos segundos –o eso creo– antes de que empezara a nadar para salvarme. En esos momentos, uno aprende lo que es el adiós a la vida. No es lo mismo que darse por vencido, pues cuando sucede esto último siempre queda la esperanza de obtener alguna forma de gracia a cambio: un perdón o, cuando menos, la gracia misma de seguir vivo. No es así con la muerte. La imperturbabilidad de la muerte, su frialdad y su indiferencia, las tengo asociadas al gran mar oscuro e infinito de fondo abisal. Lo que hieló el corazón es la evidencia de la Nada, la privación absoluta, ese inconcebible dejar de ser acentuado trágicamente por la visión del mundo y la vida que delante de ti, náufrago desdichado, se va convirtiendo en una borrosa ilusión: los gritos y las voces, la gente, la playa, la costa, las casas, las colinas a cincuenta metros de tu cabeza y de la mano que alzas como si pudieras aferrarte a ellos; mundo y vida que se alejan a medida que el mar te arrastra y parece decirte al hacerlo: mira lo que dejas para siempre, para siempre, para siempre.

Lo que no sé es lo que ocurrió después de la manzana, al día siguiente y durante el resto de las vacaciones. Recuerdo con nitidez no ya el suceso estricto sino las sensaciones que lo acompañaron, pero no recuerdo nada más de aquel verano. En realidad, por extraño que parezca, éste es un suceso que en su día se separó del

conjunto de mi experiencia. Retorna a mi memoria de vez en cuando, solo, afilado; muy posiblemente lo hace cuando en la vida percibo esa suspensión del ánimo que se produce al manifestarse una amenaza extrema; en ese caso, puedo establecer con él una relación simpática e íntimamente estremecedora; pero existe aislado e independiente de mí, es como si aquella mañana yo hubiera muerto realmente y después yo mismo fuera alguien que camina con esa imagen de la muerte colgando solitaria de un gancho en una cámara fría y vacía de mi memoria, igual que pende el cuerpo de un animal sacrificado. Una experiencia inquietante.

Clara empieza a pasear. No ha abandonado su postura –las sandalias colgando, las manos a la espalda– y avanza perezosamente, un paso tras otro, con estudiada lentitud; parecería desinterés, abandono, pero yo sé que está disfrutando; camina erguida con la cara vuelta al mar y el cabello agitado por la brisa que ha empezado a soplar; siempre ha caminado erguida, es una manera de estar en el mundo; al principio yo lo confundía con un aire de superioridad e incluso insolencia. Es curioso cómo se toman las actitudes de las personas y cuánto dependen del estado en que se encuentre tu relación con ellas. Adoro esa manera erguida de andar y de estar, su espalda recta como la fe de una espada; pero hubo un tiempo en el que lo tomaba como señal de arrogancia y circunspección. Por lo general esta imagen no procede del agente emisor sino del receptor; yo decidí cubrir esa recta apariencia con el velo del prejuicio, interpretando que se trataba de una actitud de rechazo y dominación y recibéndola como una forma de distanciamiento, y sólo cuando aparté el velo que yo mismo había echado sobre ella, me entregué a esa forma de ser y aprendí a disfrutarla como una preciosa expresión de belleza personal. Lo que antes tomaba por desdén se convirtió en la representación de una elegancia moral. La preciosa espalda de Clara se mantiene perfectamente enhiesta a pesar de los años. Cuántas veces no la habré recorrido con mano absorta, dejando correr suavemente los dedos por su delicada superficie, vestida o desnuda.

–¡Qué es de tu vida, Cavaradossi!

Juan de Septiembre se desprende bruscamente de sus ensoñaciones y levanta la cabeza; probablemente intenta fijar la voz y mira a derecha e izquierda buscando de dónde procede; también debe de estar buscando en su memoria, pues la voz oída, a juzgar por su expresión, forma parte de ella. La cola de gente en la que se encuentra también mira con curiosidad, sacudido su aburrimiento. Entonces descubre a unos metros de distancia, plantada en la acera que linda con la fachada retranqueada del teatro ante el que espera la apertura de las taquillas, la magra figura de Cadavia con los brazos en jarras aguardando una respuesta.

–¡Merlín de Caermyrddin! ¿Tú por Madrid? –responde jubiloso.

Juan de Septiembre es de mediana estatura y corpulento. Tiene la nariz ancha y pronunciada, los ojos pequeños y vivos, el pelo peinado hacia atrás y la cara grande y arrebatada; el resto del cuerpo lo cubre con una gabardina ajada que debió de ser *beige* en sus inicios y unos zapatos de cordobán noblemente gastados sobre los que descansan los bajos de un pantalón de franela gris algo pelado por el uso. Tiene voz de barítono y habla de manera melodiosa. A su lado, un hombre cimbrenño de edad indefinida, ojos finos y claros y pelo rubianco, con barba de dos días, mira intrigado a Cadavia. Lleva una bufanda anudada al cuello, jersey grueso de mezclilla, pantalones de pana basta de color entre verde y marrón y botas de montaña. Observa a Cadavia, mientras éste se aproxima a ellos, con mirada apreciativa. Hace frío y todos llevan las manos en los bolsillos, pero al reunirse Cadavia y Juan se abrazan vivamente y se palmean las caras con afecto. El otro observa sin inmutarse y el resto de la cola los convierte en una distracción momentánea que aprovechan para sacudirse, removerse y patear el suelo, como si el encuentro de los amigos los sacase de la modorra de sus pensamientos blancos.

–Pero ¿qué haces tú por Madrid, compañero? –pregunta Juan de Septiembre–. Éste es un mago –dice a su inmóvil acompañante–. Hace conjuros y cocimientos y te echa el mal de ojo si fuera menester. Nos conocimos en el frente, en una compañía de zapadores, ¿verdad que sí? –vuelve a dirigirse a Cadavia–. Anda que no lo pasamos mal ni nada. Te lo voy a presentar: éste es mi amigo Cadavia; y éste –señala a su acompañante– es el bardo Palacius, poeta feérico.

Cadavia y Palacius se dan la mano ceremoniosamente. La gente de la cola retorna poco a poco a su actitud de indiferencia.

–¿Se puede saber qué te trae por Madrid? –pregunta animosamente Juan de Septiembre–. ¿Qué es lo que te ha hecho abandonar tu conejera? ¿Una mujer? ¿Una bicoca? ¿El puro espíritu aventurero?

Cadavia esboza una sonrisa triste.

–El aburrimiento, Juan. La estrechez de miras. Allí ya no queda nada que pueda decir que es mío –recita.

–¿Ni tu pequeña hada?

–Ah, mi pequeña hada. Está aquí en Madrid, también. Dice que ha venido a estudiar. En fin, su padre, mi cuñado, se ha convertido en un insoportable capitoste local...

–Shhhh –recomienda Juan mirando subrepticamente a un lado y a otro.

–... que está de mierda hasta los codos, como todos estos que mandan ahora – termina diciendo Cadavia en voz baja–. Ya sabes, falangistones.

–Calla, imprudente –susurra Juan echándole el brazo al hombro. Luego hace un guiño de complicidad a Palacius–. Éste, como es de pueblo, no sabe comportarse en el ambiente de la capital –dice, y Palacius asiente con gesto de entendimiento–. Tú quédate con nosotros, que en cuanto nos hagamos con las entradas vamos a tomar un vaso de vino aquí cerca.

–¿Qué es lo que vais a ver? ¿Puedo apuntarme?

–Eh, oiga –dice una voz cercana–, que aquí hay que hacer cola como todo el mundo. A ver qué va a ser eso de colarse por la cara.

–¿Ves lo que te decía? Aquí hay más orejas que moscas en un corral –advierte Juan antes de encararse con el que ha hablado–. Escuche, amigo: el señor viene con nosotros y llega tarde por un asunto de necesidad, así que no se altere ni saque conclusiones precipitadas e impropias porque no es el caso.

El otro, quizá intimidado por la retórica de Juan y porque nadie más le secunda, calla aunque se queda rezongando.

–Tu amigo Palacius –dice Cadavia mientras empieza a liar un cigarrillo– parece hombre de pocas palabras.

El bardo Palacius sonríe achinando los ojos, un amistoso gesto de comprensión y asentimiento. Cadavia golpea ligeramente con su dedo índice el cuerpo de la petaca para distribuir proporcionalmente la picadura de tabaco en el papel que sostiene entre los dedos de la otra mano. Palacius observa con admiración el modo en que con el meñique de esta última sostiene a la vez el librillo de papel de fumar. Con un ágil cruce de dedos de la mano derecha enfunda la petaca, la guarda en el bolsillo del abrigo, recupera el librillo de la mano izquierda, que va también al bolsillo, y ya sin más obstáculo se dedica a dar forma al cigarrillo, engomarlo con la lengua y cerrarlo por una punta. Cuando levanta los ojos se encuentra con la mirada de sus compañeros.

–¿Ocurre algo? –dice.

–Qué obra de arte, qué precisión, qué vuelta a la Naturaleza –comenta Juan de Septiembre admirativamente mientras extrae de su bolsillo un paquete de Peninsulares, que ofrece al bardo. Éste escoge uno y saca su mechero, ofreciendo fuego a los otros dos.

–Hace un frío de cojones –comenta a la vez que encienden sus cigarrillos.

–Concierto número uno para piano y orquesta de Brahms –informa Juan–. Eso para abrir boca. Y detrás la *Tercera*. En fin, estamos aquí desde la helada de la madrugada para coger sitio. Oye –dice de pronto, iluminado por una idea, bajando la voz y torciendo la boca–, ¿tienes monis?

–Algo –contesta Cadavia–. ¿Por qué?

Juan de Septiembre cambia una mirada de inteligencia con el bardo Palacius.

–Para invertir. Escucha –le echa el brazo al hombro en conciliábulo–, porque nos puede salir gratis el asunto. ¿Tú sabes lo que es la reventa?

Atardece. Baldomero Delcampo contempla tras los cristales del balcón de su despacho el otoño de Madrid. Ha vuelto a su casa todo mojado por la lluvia, ha dejado los chanclos a la entrada, su mujer ha llegado aprisa para ayudarlo a deshacerse del abrigo, recoger los chanclos y llevarlos al cuarto de baño del servicio para que no empapen el suelo; acto seguido se ha internado en su territorio y ha aceptado un café con leche que le están preparando. Sentado junto al ventanal en su sillón favorito, mira el color gris panza de burro que se extiende como una untura uniforme por el cielo y contempla los tejados de las casas vecinas, rojizos y brillantes por el agua, y los muros pardos, rezumantes y agrietados, y los canalones de zinc que gotean. Parece cansado. Sostiene entre las manos una carpeta de informes que no se decide a abrir y que deja por fin a un lado.

Sobre la mesa, un libro usado y cuidado. Con un suspiro, se incorpora, lo toma, vuelve al sillón y lo hojea distraídamente, con la cabeza en otra parte. Lo deja colgar entre los dedos. Esa vieja lectura.

*Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida...*

Es el ritmo doliente y resignado del poema lo que siempre lo atrajo de él, su admirable dignidad de dicción.

*...cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,
da dolor;
cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.*

Anochece. Baldomero continúa en la misma posición. Las sombras han invadido el despacho. Los papeles de la carpeta están desordenados en la mesa de trabajo a la que ha estado sentado toda la tarde. Es evidente que algo le preocupa y ese algo se resume en cifras: las que ha extraído de los informes que esa mañana recogió en su despacho del Ministerio. Sabe que son papeles que un funcionario público no debe retirar nunca de su archivo correspondiente, pero la única forma de consultarlos con la debida atención y minuciosidad era sacarlos de allí y trabajar en su casa con ellos. Los datos obtenidos y contrastados son elocuentes y también

alarmantes. Ya no se trata, lo sabe bien, de denunciar un delito, que casi le parece lo de menos, sino de evitar que el rateo de almacenes continúe en aumento. El caso es llamativo y se pregunta también cómo es posible que sólo él lo haya detectado. La respuesta le parece clara: hay un silencio culpable. La cuestión es que si el escándalo estalla, a él, quizá junto a algún otro, le afectará aunque no sea más que por haber callado, y si no se detiene la sangría de las reservas es posible que él acabe siendo el chivo expiatorio, porque comprende muy bien que su cabeza se encuentra estratégicamente colocada en la escala jerárquica. Es un sistema bien sencillo: cada kilo pesa novecientos gramos y estamos hablando de toneladas.

*No se engañe nadie, no,
pensando que ha de durar
lo que espera
más que duró lo que vio...*

Madrugada. Baldomero Delcampo se levanta y se dirige a la cocina en busca de un vaso de agua. Está despierto desde hace un buen rato y atacado de insomnio. Su conciencia le dice que debe dar cuenta de su hallazgo, pero se pregunta a quién. No sabe a quién acudir, también por miedo a que la denuncia se vuelva contra él. No sabe quién está implicado y teme dar con el interlocutor equivocado, lo que equivaldría a ponerse en sus manos. La dependencia entre unos y otros es atroz. Las piezas de la cadena de mando están perfectamente enlazadas. Cada día se pone en marcha, gira sin fin y no basta una simple sacudida para sacarla de su eje. La rutina y la conformidad engrasan la máquina y el ruido monótono y constante ahoga todo comentario antes de que pueda manifestarse. Él ha tenido ocasión de comprobarlo por los cuchicheos que se deslizan de boca en boca y que nunca trascienden. Se dice, se comenta, se susurra... Desde que llegó a Madrid y se incorporó a un puesto cuya importancia estratégica le ha permitido comprender cuál es la resistencia de las corrientes oscuras a la luz, sabe que el miedo y la mediocridad acaparan la mayor parte del esfuerzo del trabajo. La ineficiencia y el descargo de responsabilidad se han convertido en un estado de ánimo. La indiferencia acaba con los escrúpulos. No es cobarde, pero la escasez acucia en todo el país, el cerramiento es firme, la adhesión, incondicional, y él teme con razón hacerse preguntas que podrían dejarlo a la intemperie. Cada vez más, el trabajo le produce sed y cansancio y sensación de derrota. Ahora, en la cocina, apura su vaso de agua y se sirve otro. Tiene la boca seca. Entre las sombras de la noche, el mundo le parece un lugar envenenado.

Amanece. Baldomero abre los ojos a la primera luz del día. Ha conseguido dormir una hora, quizá dos, pero ha sido un sueño agitado y lleno de fantasmas. Sin embargo la solución se le revela de inmediato, quizá debido al estado de tensión que viene soportando desde la tarde anterior. Hay que conducirse con cautela, piensa. No va a sacar a la luz el resultado de la investigación llevada a cabo

por su cuenta. La curiosidad puede ser muy peligrosa. No va a denunciar nada de momento y devolverá la carpeta al archivo. Nadie va a notar su corta ausencia. Primero es necesario tranquilizarse y después, tomando toda clase de precauciones, puede que empiece a manifestar una extrañeza liviana, que suelte un comentario de pasada a alguien, quizá al mismo subsecretario, que le permita observar su reacción; estará atento a los movimientos que se produzcan, si es que se producen, y, si va sintiendo confianza, se atreverá a dar un paso más allá. Se trata de esperar y ver. Cada paso ha de darlo de manera confidencial, casi cómplice, un acto de prudencia que no le comprometa e incluso que, de entrada, parezca un guiño de comprensión ante la eventualidad de estar dirigiéndose a alguno de los implicados. Pero se trata de una estafa al Estado y a los españoles. En ese momento le ataca la tristeza. Piensa que quizá debió haberse quedado en el pueblo batallando por sus tierras, que al menos allí no hubiera tenido que enterarse de lo que acaso prefería no saber.

A las nueve de la mañana Baldomero Delcampo llega al Ministerio y se dirige a su despacho. Saluda a su secretaria y entra a dejar el abrigo y el sombrero; después, con la carpeta en su cartera, se dirige al archivo. Al llegar, encuentra la puerta abierta y a un subalterno revisando nerviosamente las carpetas de uno de los archivadores, justamente el que aloja la que él lleva en la cartera. No hay nadie más en la habitación, pero él sabe que sí hay alguien más detrás de la actividad del subalterno; éste le mira con gesto de desolación. Sin soltar la cartera manda salir al hombre y permanece dudando ante el archivador, aunque sabe bien que es inútil devolver la carpeta a su lugar. Toma aliento. Luego, con decisión, se dirige al despacho de su jefe superior. Sólo quiere ver su mirada, no la del subalterno. Apenas la cruza con la suya, y a pesar de la sonrisa con que le recibe, sabe perfectamente que está en el asunto. De golpe, todo el escenario ha cambiado y la situación con él. Por un segundo la mide como si fuera a confrontarse con ella y al instante sabe que no tiene más que dos opciones. Sin decir una palabra, Baldomero abre su cartera y entrega los documentos a su jefe superior. Sólo aguarda la expresión del rostro de éste. De ella depende su suerte y, naturalmente, la explicación que ha de elegir. Pero la suerte está echada y no queda más que vestir la elección o desnudarla. Entonces es cuando comprende que ha perdido la fe y se pregunta cómo ha de ser la vida sin ella. La bandera nacional que adorna el despacho de su jefe, el retrato del Generalísimo y el crucifijo le intimidan por primera vez. La tristeza le oprime.

*...cómo, a nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.*

Durante unos meses, Andrés Delcampo, que se había convertido al pasar del colegio a la Universidad en un joven aguerrido y de convicciones antifranquistas, pero alejado de toda militancia, estuvo acompañando a su amigo Rabanera, un tipo que posaba de poeta antisistema y que era director del Aula Cultural de la Facultad de Derecho, a los urinarios del edificio cada vez que éste necesitaba hacer uso de ellos. La razón pura y simple era que en una sesión-homenaje al poeta Luis Cernuda se habían leído varios de sus poemas, entre ellos el que contiene los versos que dicen

*Si yo soy español, lo soy
A la manera de aquellos que no pueden
Ser otra cosa: y entre todas las cargas
Que, al nacer yo, el destino pusiera
Sobre mí, ha sido ésa la más dura.*

Los versos, debidamente amplificados y propagados a todo el ámbito de la Facultad por algún patriota irascible, rebotaron contra el Aula de Cultura en la persona de su director a partir de la aparición de una pintada de inequívoca procedencia e intención en el muro del edificio, junto a la puerta de entrada: «Rabanera, maricón, te vamos a cortar los cojones. ¡Viva España!», firmada por los Guerrilleros de Cristo Rey.

Rabanera, que tenía sus atributos en gran estima, decidió que toda precaución era poca ante la posibilidad de pérdida tan sensible y se hacía acompañar de una guardia de corps de aficionados a la lectura, Andrés Delcampo entre ellos. Durante un trimestre entero, en el que no bajaron la guardia un solo día, ni en el recinto de la Facultad, ni en el campus, ni en el tranvía que los comunicaba con la Plaza de la Moncloa –puerta del barrio de Argüelles, feudo estudiantil–, pudo verse a Andrés empuñando un viejo paraguas del que no se separaba un instante fuera de las aulas y con el que acompañaba a su amigo Rabanera a todas las horas lectivas o de descanso y también a la hora de orinar, lo que hacían juntos y echando miradas a la puerta atentos a lo que pudiera entrar por ella. Por alguna razón, quizá basada en el imaginario creado a partir de las películas carcelarias del cine negro, la representación de la brutalidad de una paliza infligida sin piedad la tenían asociada a la imagen fría y sórdida de las paredes alicatadas de los urinarios. Aquel año Madrid soportaba una primavera seca, por lo que Andrés y su paraguas portado a guisa de arma defensiva adquirieron cierta notoriedad entre el alumnado.

La amenaza no se llegó a cumplir, para alivio y, en cierto modo, decepción de Andrés, que a finales de curso empezó a encontrarse ridículo yendo por el recinto universitario paraguas en mano con una temperatura cada vez más cálida y soleada. Además era un estorbo para intentar acercamientos a las muchachas desconocidas, pues recelaban de él al verlo portar semejante utensilio en los

radiantes días del mes de mayo. Había una chica en particular, de cara pecosa, pelo castaño claro y un estilo muy elegante a la que, venciendo audazmente su timidez, se acercó una vez mientras conversaba con una compañera, sentadas las dos en un banco (nunca se quedaba sola, eso ya lo había advertido al seguirla de lejos), y les preguntó si podía hablar con ellas. Por toda respuesta, la chica miró primero el paraguas y luego al infinito, y así se quedó, como si se hubiera vuelto de piedra, mientras su amiga le observaba de reojo con curiosidad antes de adoptar la misma postura. El estremecedor desaire lo dejó sin habla y, luego de unos segundos de desconcierto, inició la retirada balbuceando una excusa que se perdió en el espacio. A medida que se alejaba, afloró en él un repentino odio hacia el género femenino que tardaría varios días en disiparse; después, se dedicó a ensayar diversos gestos sarcásticos cada vez que se cruzaba con ella por los pasillos o en el campus, y finalmente la olvidó con toda naturalidad.

Lo que no olvidaría nunca, por más que el tiempo y la vida le dieran motivos suficientes, fue la impresión recibida al encontrarse un día con Rabanera (en la barra de un bar que solían frecuentar a la salida de las clases a causa de su extraordinaria ensaladilla rusa) acompañado por Clara Zubia. Rabanera y él estaban ya en segundo curso de Derecho, enfrentados a la memorización del temible libro rojo de Derecho Civil del profesor De Castro, mientras que Clara cumplía su segundo año de Filosofía. En un primer momento el estupor lo dejó sin habla; y aunque reaccionó en cuestión de segundos mediante un gran esfuerzo de autocontrol, volvió a perderlo cuando Rabanera le presentó formalmente a Clara, quien le plantó un beso muy divertida. Y justo cuando trataba de recuperar de nuevo la compostura y de adoptar un cierto aire de hombre de mundo, le venció la sensación incontestable de que ella era sólo suya y que una horrorosa broma del destino le colocaba en una situación insuperable, un no-puede-ser surgido como el verso de Vallejo

Ese no puede ser, sido

y acto seguido se desató una tormenta en su interior. Execró de la ensaladilla, boicoteó todas las propuestas de Rabanera para hacer un plan de tarde, se dedicó a preguntar con obsesivo impudor el grado de conocimiento y compromiso de la pareja y, cuando estaba a dos pasos de la agresión física, la intervención de Clara vino a poner las cosas en su sitio. Ella estaba en el bar disfrutando de una caña de cerveza y una ración de ensaladilla porque, al pasar por delante, recordó que Andrés le había mencionado las delicias del local y, estando en la barra, se le acercó Rabanera con la indisimulada intención de entablar conversación, lo que Clara explicó con toda naturalidad para desesperación de Andrés, que volvió a sangrar por la herida del rechazo del que le había hecho objeto la muchacha sentada en un banco de la Facultad. Así de obtusos son los hombres.

Por la noche, de vuelta en casa, Andrés recapituló. Desde que Clara llegara a

Madrid y se presentara en casa de Andrés, sus relaciones habían sido como fogonazos. Cada vez que ella aparecía, él quedaba deslumbrado. Después ella se iba de su vida, como la bombilla quemada del flash se desprende del foco, y así hasta la siguiente vez. Pero en todos estos fugaces encuentros nunca hubo ninguna alusión, por mínima que fuera, al lugar secreto. La vida de Andrés transcurría aparte de la suya excepto en esos ocasionales encuentros, que solían acontecer bien en casa de sus padres, bien en la Universidad. A cada encuentro él se quedaba como perdido, ella le embromaba y la situación se repetía. Para Andrés, Clara era como esa prima interesante que hay en todas las familias, a la que se puede llegar a adorar hasta caer rendido y desearla día y noche, que es como se desea en la juventud. Bien, pero la distancia había recolocado las cosas situando la relación en el terreno de lo que podríamos llamar un trato de simple parentesco. ¿O no las había recolocado y seguían estando tan unidos como en el lugar secreto? La verdad es que él continuaba deseándola como a un fruto prohibido, pero nunca, hasta el momento en que la ensaladilla rusa y Rabanera se cruzaron con Clara, pasó por el imaginario de Andrés que ella pudiera tener una relación sentimental e incluso física con otra persona. No es que no pudiera darse el hecho, sino que no lo concebía. Clara no era suya, ciertamente, pero tampoco era de nadie; simplemente era; al menos, así estaban las cosas dispuestas en el absurdo orden antinatural de sus no menos absurdas relaciones. Porque ¿qué era aquello que existía entre ellos? ¿Timidez? ¿Desconcierto? ¿Tontuna adolescente? ¿Ganas de perder el tiempo? Y de pronto, Rabanera, un falso poeta, un progresista revirado, maligno, desaseado y repentinamente bajo sospecha, rompía el clima familiar de su no-relación, se internaba en ese campo tan íntimo como extravagante y le birlaba una parte de su mundo delante de sus narices.

¿Suyo? Cuando se hubo hecho esta pregunta cayó en un profundo abatimiento. Empezó a preguntarse qué podría haber visto Clara en Rabanera para aceptarlo así por las buenas, a continuación qué clase de mujer era ella y, acto seguido, por qué las mujeres se interesan siempre por los hombres que no les convienen, por qué se inclinan siempre hacia los tramposos, los fingidores, los que carecen de moral, los mentirosos, en vez de sentirse atraídas por gente recta y sincera como él. Porque Rabanera, ahora lo veía claro, era uno de esos tipos que se hacen pasar por francos y solidarios cuando en realidad son arteros e interesados, ladrones de almas y saqueadores de cuerpos que se alimentan de la ingenuidad de sus semejantes para utilizarlos primero y abandonarlos después, una vez saciados.

¡Si al menos fuese un seductor irresistible! Pero Rabanera era feo y grosero. Sin duda en Clara, como en la mayoría de las mujeres, había un componente de atracción por el abismo oscuro muy difícil de vencer y, aunque muchas de ellas lograban contenerlo dentro de los límites del sentido común, no era menos común a todas una fatal atracción; y por esa puerta falsa las tentaciones acechaban, hacían acto de presencia en cualquier momento y las arrastraban con ellas. Era necesaria mucha entereza para enfrentar esa inclinación innata, pues el carácter de las mujeres, veleidoso y también voluptuoso, bajo estos efectos alcanzaba a debilitar la intención más firme. Andrés se desesperaba imaginando a Clara en los brazos de

Rabanera, imagen que le estremecía como la de un íncubo ejecutando su maligna coyunda entre las sombras revueltas de un dormitorio en plena noche, en el que se colaría con la claridad de la luna a través de una ventana anhelosamente abierta. El abatimiento le conducía desde la frustración, por haber descubierto esa inesperada e incontrolable cara del comportamiento de Clara, hasta la desesperación por no haber actuado antes y evitado lo que ya era un desastre irremediable, pues el mal había abierto las puertas por las que el peligro succionaba a la pobre Clara Zubia, la mujer por la que su corazón había latido con la fuerza de un seísmo personal por vez primera en su vida. Pero ¿qué prevención cabía haber tomado? El detestable encuentro entre Rabanera y Clara le había cogido de improviso, lo había dejado inerme, sin recursos, lejos de toda reacción inmediata.

¿Qué había sido de ella desde aquel no tan lejano descubrimiento del amor en el remanso? ¿Cómo lo contemplaba a él ahora? ¿Cómo se había apartado de su vida de aquel modo? ¿Cómo la incompreensión del desprecio actual sólo era superada por el golpe de angustia que sentía? ¿Cómo era posible que la Tierra siguiera girando sin detenerse siquiera a mostrar un gramo de compasión? La desesperación había hecho presa en él, eso era indudable, y así, mientras ellos charlaban animadamente, Andrés consumía su ensaladilla con reconcentrada ofuscación, dándose a todos los demonios, tan reconcentrado en su mal que sólo el delicioso punto de ajo de la mayonesa le procuraba un mínimo alivio. Mientras tanto ellos charlaban descaradamente habiendo olvidado la ensaladilla rusa, que a ojos de Andrés se convertía ahora en un pretexto, tratándose el uno al otro con una camaradería que a él le resultaba insoportable. Se limitó a rebañar el plato con los picos crujientes que servían de acompañamiento, y que apenas recogían los restos desperdigados por carecer de miga, y se puso a fumar, dispuesto a completar su autodestrucción. A pesar de todo, comprendía bien que no podía arrancar a Clara de las garras de aquel aprovechado en ese preciso momento, y mucho menos sacudirle con el paraguas con el que había venido haciendo el ridículo en la Facultad durante todo el trimestre sólo para protegerlo de una amenaza que nunca se cumplió. Un resto de lucidez, asociado al regusto que la inefable ensaladilla había dejado en su ánimo, le hizo ver que semejante acción sería como golpearse a sí mismo; así pues, esperaría; esperaría a recomponer la figura y el dominio de sí mismo antes de actuar. Lo importante ahora era no perder los nervios, no dejarse arrastrar por una calentura. Incluso empezó a razonar acerca del porqué de su ataque de furia incandescente y eso mismo la fue apagando en su interior.

Naturalmente, con el retraso y la inmadurez propias de la primera juventud, aunque intuyera que de nuevo estaba perdidamente enamorado de Clara Zubia, era totalmente incapaz de formulárselo; y mucho menos estaba capacitado para constatar que ella se sentía seriamente atraída por él, lo cual se traslucía en el atrevido contraste entre el brillo de sus ojos cuando le miraba y su actitud de aparente desentendimiento, lo que la hacía doblemente incitante, y era, sobre todo, un indicio claro que cualquier persona versada en la observación de su prójimo habría advertido en seguida. Pero eso es lo malo de la inexperiencia y por eso se sufre tan vanamente y tan a menudo, incluso aunque el destino de uno

parezca estar señalado y refrendado por la mano infantil que deposita un anillo de amor bajo la lengua del durmiente. Misterios de la juventud alegre y loca.

Los juegos con Clara. Antes de venir a Madrid, después del golpe al corazón, hubo un verano distinto, el verano de los juegos. Los dos habíamos empezado a establecer una intimidad sentimentalmente enredada entre la amistad y el deseo. Y así, el gran momento surgió de repente, entre el calor y el zumbido de las cigarras; no puedo recordar la fecha ni el momento, pero sí las emociones. Ella se alzaba sobre las puntas de los pies como lo está haciendo ahora junto a la orilla, y agitaba la mano en alto para que la viera; entonces yo tomaba por el estrecho sendero que conducía al claro del remanso que acariciaba la franja de tierra donde crecían los zumaques. Era un lugar recóndito e ideal para recogerse y sólo estaba al alcance de quien recorriese la margen del río en busca de un buen puesto, que era mi caso, aunque yo pescaba con un rústico aparejo formado por una rama de fresno bien recta y limpia, hilo de coser como sedal y anzuelos fabricados cuidadosamente con alfileres del costurero de mi madre. Y así pescaba río arriba; barbos pequeños, pero pescaba. En el remanso, que no era hondo, también me bañaba. Alguna vez, estando a la orilla, vi entrar una trucha que, después de trazar un par de vueltas en círculo, desaparecía en seguida como si se hubiera equivocado.

Ése era el lugar secreto que compartí con Clara al final de mi último verano en el pueblo, cierto, cuando ya sabía que mis padres se trasladaban a Madrid y yo con ellos. Y quizá fuera ésa la razón por la que me apresuré a compartirlo con ella. No lo recuerdo con suficiente precisión, pero creo que tuvo el sentido de una despedida. Si me paro a pensarlo, creo que fue el resultado de una intuición adolescente porque entonces las distinciones entre chico y chica estaban tan nítidamente definidas que la formalidad pesaba de manera abrumadora. Mis paseos secretos con Clara eran, simple y llanamente, un suceso impensable a ojos de los adultos, y ambos éramos conscientes de ello, por lo que nuestros encuentros tenían mucho del escalofrío del riesgo y la aventura, pero también del misterio de lo tácitamente prohibido. Porque, después de todo, ¿qué era lo que hacía que a la transgresión se uniera aquella excitación de los sentidos? En los pueblos, las cosas del sexo y la muerte se perciben a una edad muy temprana, pero nosotros éramos hijos de dos de las tres o cuatro familias pudientes y, como tales, muy constreñidas por la apariencias, que se cultivaba como signo de distinción.

El remanso era una pequeña lengua de agua que se internaba bajo los árboles aprovechando un recodo del río, un recodo que quedaba fuera de la corriente y también de la vista desde la orilla opuesta. No era peligroso, pues el agua no llegaba a cubirme estando de pie; en realidad se trataba de una hondonada en un desnivel del cauce que se llenaba por un paso estrecho y no tan profundo como aquél, pero sí suficiente para renovar el agua con cada crecida. Luego había una franja de tierra y detrás el macizo de zumaques y la emboscadura, que lo separaban del sendero que corría en paralelo al río, por donde transitaban de tarde en tarde los que se dirigían a las tierras cultivables de más arriba. Para llegar allí había que adentrarse primero en la emboscadura y después abrirse paso entre la tupida formación de zumaques. Un escondite perfecto.

Mi intención, aunque no quisiera confesármela, era evidente. Desde aquel día del

golpe al corazón, la curiosidad, el miedo y el deseo me tuvieron revuelto de cuerpo y mente incluso durante el tiempo en que nos separamos la pandilla de chicos de la de chicas. Sin embargo, no me atreví a proponerle una escapada a mi lugar secreto de pesca hasta bien avanzado el verano anterior a nuestro traslado definitivo a Madrid. Yo era vagamente consciente de que se trataba de la última oportunidad antes de que la vida nos separase y también de que lo que iba a desaparecer con mi partida era el ambiente, el círculo, el escenario de nuestra presencia real y, con él, el espacio mismo que nos había acercado, que contenía nuestro olor, nuestra risa, nuestro aliento, nuestra ansiedad. No concebía a Clara sin aquel aire, aquel cielo y aquella tierra, sin los huertos de las casas ni la plaza que ordenaba el pueblo, sin las excursiones al río y las tardes en las eras o el recinto de la ermita, sin la carretera y la camioneta que traía el correo. Mi corazón estaba allí con el suyo, como la certidumbre de una iluminación o la atadura de un conjuro, pero mi marcha inminente fue el agente encargado de oscurecer la luz y desatar la apretada emoción que en ese momento constituía el nudo de mi vida.

Todo esto, sin embargo, latía en el aire, entre nosotros o en nuestra imaginación, pues nunca habíamos intercambiado más que un roce, una caricia, un beso al descuido. Todo sucedía en ese medio intangible de las miradas y la gestualidad, de la intuición y la presunción. Es un misterio magnífico que un mundo de sensaciones se despliegue y alcance su certidumbre de una manera tan etérea y tan categórica a la vez. En realidad, al descubrirle yo por primera vez mi lugar secreto, ambos sabíamos cuál era el propósito que nos llevaba hasta él y todo era tan claro que no sentíamos vergüenza ni turbación alguna, sino confianza y libertad. Hay una preciosa mezcla de inocencia y culpabilidad en esos primeros momentos en los que cualquier sugerencia se llena de incitación y excitación a la vez.

Los juegos con Clara eran los de dos adolescentes temerosos y maravillados. Eran juegos de caricias, de complicidades, de explosiones de alegría de los cuerpos, de ternura y de fiereza. Se nos hacía un mundo la espera de la ocasión. Soñábamos cada uno con el otro ausente y disimulábamos al encontrarnos ante los demás. Nadie se había percatado de nada excepto, no sé bien cómo, el viejo Cadavia. Ante su mirada me sentía descubierto –no así Clara, extrañamente, aunque ahora sé por qué–, y supongo que fue la presión ambiental de los severos e intolerantes dictados moralistas bajo los que vivíamos entonces lo que evitó que acabara saliendo a la luz. Nuestros conocimientos en materia de sexualidad eran muy deficientes, más bien tentativos. De hecho, por más que descubrimos y escudriñamos nuestros cuerpos ese día, un último mandato de alerta nos impidió llegar al final, pero las deliciosas compensaciones que aún tuvimos tiempo de descubrir creo que enlazaron y cerraron un nudo de afecto muy especial, una ligadura sensible y vinculante con el sello de un amor verdadero. La torpeza y el temor se convirtieron por fortuna en la vía que nos ayudó a descubrirnos, a descubrir el espacio y el tiempo del encuentro amoroso.

La iniciativa, una vez que alcanzamos el lugar secreto, fue suya. No sabíamos bien lo que era, pero lo deseábamos. Fue Clara quien echó una mirada en derredor y me ordenó con los ojos brillantes: «Date la vuelta». La obedecí y de ese modo ella

se quedó sola, pero yo me encontraba en tal estado de sinestesia que llegué a sentir cómo se desprendía de su vestido sin que el oído me guiara ni los ojos me ayudasen y sólo me recuperé al escuchar el sonido de un líquido al ser hendido tentativamente por un cuerpo sólido. Aguardé que algo más sucediera y al fin me llegó su voz de nuevo: «Ya», dijo. Entonces volví la cabeza y miré: estaba agachada dentro del agua, que la cubría hasta los hombros y ahora era su sonrisa la que brillaba entre las luces partidas por el ramaje de los árboles que cubrían el remanso. La invitación que contenía su mirada me hizo sentir pudor y, aunque con torpeza, empecé a desnudarme yo también. Entonces Clara se alzó y me esperó con el agua a la cintura y de pronto, como si comprendiera mi turbación, cerró los ojos. Así, con el torso desnudo y los ojos cerrados, descubriendo una sensualidad carnal inimaginable para mí hasta ese momento, aparecía indefensa y triunfante a la vez, y yo me apresuré a llegar a su lado, salpicándola. Al oírme y recibir las salpicaduras se estremeció y rió, abrió los ojos, reímos los dos y la abracé por primera vez.

Al recibir su piel con la mía, sus sentidos con los míos, me embargó también un terror abismal. ¿Qué estábamos haciendo? No podía desprenderme de ella ni del miedo que me recorrió todo el cuerpo al pensar en que alguien estuviera viéndonos, que aquel encuentro se expusiera a los ojos de los demás, pero también pensé, o sentí, que aquel acto modificaba definitivamente nuestro ser, como en esos momentos en los que alguien decide su destino con un ademán que impide toda vuelta atrás. El cuerpo desgarrado de adolescente que yo abrazaba, medio sumergidos los dos en el agua fresca del verano, encendía el mío como si lo atravesara una corriente de emociones maravillosas y desconocidas y se ceñía a mí con toda la fuerza de la vida y la inocente timidez de la voluptuosidad recién descubierta.

Sólo después el temor se impuso. Estábamos haciendo algo tremendo aunque no nos arrepentíamos. En realidad la transgresión se me antojaba de tal magnitud que no encontraba excusa, pero no me atrevía a comentarlo y ella tampoco. Fuera del agua ya, abrazados en la hierba, asimilando el ardor de la descarga emocional, asustados por la fuerza de la pasión, reconociendo nuestros cuerpos adolescentes, entregados a caricias que nos negábamos a abandonar porque con ellas el mundo se nos antojaba interminable y maravilloso, dejamos pasar el tiempo, el último tiempo de esa mañana. El verano tocaba a su fin. El temor también lo sentíamos dentro del cuerpo, no sólo en el pensamiento: poco a poco se iba introduciendo por las fisuras que la relajación abría en el estado de encantamiento del que veníamos. ¿Qué pensar ahora acerca de nuestras familias, el pueblo, la moral feroz, de nuestra misma precariedad? Yo me negaba a considerarlo y me abrazaba a Clara, mas no podía alejarlo de mis pensamientos: estaba ahí, habíamos roto una norma que merecía un castigo terrible.

Así, cuerpo a cuerpo, sucedió sólo una vez, sin mayores consecuencias porque no lo consumamos –temor y torpeza- y las circunstancias impidieron que se repitiese; había dos razones: que el verano se terminaba y que no hubo ocasión de volver a pasar inadvertidos.

El cuerpo de Clara era como el remanso del que había surgido ante mí desnuda.

Aún se estaba formando, pero tenía la serenidad y la transparencia de ese agua. Un pecho que aún no estaba lleno, unas caderas todavía escurridas, el vello breve entre los muslos, las piernas finas, como los brazos, de muchacha desgarbada, los largos dedos de sus manos que acariciaban desvergonzadamente mi sexo y me provocaban una hermosa sensación de entrega y confianza, sus labios que no me cansaba de besar... y sus ojos, que al mirarme ya me pertenecían. Hay algo mágico en la mirada de unos ojos que, de pronto, se fijan en los tuyos y te reconocen de un modo distinto a todos los demás; esa mezcla de entrega y reconocimiento era la última y la más placentera de todas las sensaciones, aunando ternura y energía, ofreciendo y exigiéndolo a la vez, también como la viva representación de un carácter abierto de par en par.

–Ya no te quiero –dijo muy dulcemente–. Ya no te voy a querer más.

Su mirada, su sonrisa al decirlo. Nunca más regresamos al lugar secreto y de repente se acabó el verano. Lo que ahora no me parece tan natural como entonces es que no llegáramos a consumir el acto. Ahora mismo ella está volviendo hacia donde yo me encuentro desde la orilla del mar y me hace una seña; quiere que la acompañe a dar un paseo por la orilla. Estamos acostumbrados a sentir la naturaleza juntos, quizá sea por el modo en que nos descubrimos el uno al otro aquella primera vez. A pesar de que avanza a contraluz, segura de que tendrá que tirar de mí para sacarme de mi comodidad, puedo imaginar perfectamente esa mirada, esa sonrisa invitadora que se aproxima por la arena y a través del tiempo.

–Ya no te quiero, ¿sabes? No te quiero nada.

John Palacius, el poeta feérico, se llamaba en realidad Juan de Dios Álvarez Palacios, pertenecía a una conocida familia que le tenía por extraviado y su único sustento era una modesta renta proveniente de una abuela inglesa. Se hacía llamar John Palacius aprovechando sus conocimientos del idioma inglés y llevaba varios años traduciendo a William Yeats y habitando en el mundo de las hadas. Los otros flancos de su subsistencia los cubría traduciendo cualquier cosa, desde folletos hasta manuales. Prefería vivir de noche y dormir de día. Había nacido en Gijón y añoraba el mar al que estaba acostumbrado desde niño. Al poco tiempo de tratarlo, Cadavia llegó a la conclusión de que era un loco transparente, con lo cual Juan de Septiembre estuvo muy de acuerdo y completó el diagnóstico añadiendo por su cuenta que ése era un rasgo muy asturiano. Tras ganarse su confianza, Cadavia adoptó la costumbre de llamarle indistintamente John Palacius o Jan Palast, porque le encantaba hacer estas variaciones y quería también acrecentarle el ego. Palacius era hombre tímido, hasta el punto de confesar una vez a Clara, que trataba de animarle a que soltara la lengua un poco:

–Yo es que no tengo conversación.

Juan de Septiembre, en cambio, carecía de origen y de pasado, pues a él le gustaba decir que había aparecido sobre la tierra así por las buenas, tal y como era en la actualidad, un tipo predestinado. Lo único que a Cadavia le producía curiosidad de su inexistente evolución era la procedencia de sus conocimientos musicales. Lo había conocido en la guerra cavando trincheras, en el mismo regimiento de zapadores del bando nacional que capitaneaba Baldomero Delcampo, y podía dar fe de que, en efecto, ya entonces era igual a sí mismo. Cuando, sorprendidos en plena faena, debían arrojar al fondo de la misma trinchera que estaban cavando, mientras balas y obuses volaban sobre sus cabezas, Juan solía cantar con su robusta voz fragmentos de ópera que rivalizaban con el fragor del combate, haciendo correr por el cauce de aquella hoyada que ellos mismos habían abierto en la tierra el alivio de un aire musical que ventilaba el miedo de sus camaradas. En abierto contraste con su compinche Palacius, que era un flaco contumaz de nuez pronunciada, nariz aguilena y orejas como soplillos, la robustez de Juan, que no sobrepasaba el metro sesenta y poco, recordaba la oronda importancia de un canónigo, desmentida de inmediato por el aire de incredulidad con que contemplaba el mundo tras sus pequeñas y ajustadas lentes de miope guasón. El rostro chupado del uno junto a la cara ancha y flemática del otro componía una estampa pintoresca que era acogida en la calle y en los locales decentes con una mirada de soslayo de la concurrencia.

Cadavia ya no usaba su sombrero plano, descuajado de su cabeza por el manotazo de un energúmeno a la salida de un bar el mismo día que llegó a Madrid, lo que tomó por aviso para navegantes. El energúmeno se entretuvo en fastidiar y ridiculizar a Cadavia a costa de su sombrero y fue cargándose hasta que se sintió lo bastante excitado como para emprenderla con la prenda, ofendido por lo que debió de considerar una imagen injuriosa de su ideal imperial del hombre español; Cadavia se limitó a recoger la prenda del suelo, salir por pies con la dignidad justa,

pero herida, y guardarlo en el armario de la pensión a la espera de tiempos más liberales en el trato de las personas. Cadavia no era persona rencorosa, de manera que se tomó el tiempo necesario para adormecer cualquier actitud de venganza y, disipada ésta, procedió a realizar una serie de conjuros de maleficio extraídos de la profundidad de sus conocimientos que, si no surtieron efecto, lo pareció, pues un buen día pudo verse al energúmeno sentado en el banco de un parque del barrio con la pierna enyesada y un par de muletas al lado.

Cadavia no era un mago, sino en todo caso un teósofo modesto y de precarios recursos, a tono con la España del momento. En realidad la fama de mago o de brujo le venía de una vez que, siendo niño, se perdió en el monte. Por aquel entonces vivía con sus padres y hermanos en un pueblo de León, y aunque el pueblo entero salió a buscarle con la ayuda de la Guardia Civil a los tres días lo dieron por muerto, pues el invierno estaba en puertas y en esa época y a la intemperie parecía de todo punto imposible hallarlo con vida; continuaron buscando, por no dejar el cadáver a las alimañas, hasta que el día que cumplía los siete de su desaparición una mujer lo trajo de vuelta al pueblo. Esta mujer vivía sola en el interior del bosque y tenía fama de bruja, razón por la cual la gente del lugar –como en todos los lugares de vida cerrada donde la envidia y el rencor crecen como la correhuela y la fertilizan con el abono de la superstición– en seguida dio en decir que ella había raptado al niño y lo había embrujado. Esto no empeoró la fama de la mujer, simplemente la afirmó. De no ser por la Guardia Civil y los propios padres del niño, que en cualquier caso estaban agradecidos, la vida se le hubiera torcido a la bruja, que regresó al interior del bosque como si la cosa no fuera con ella. Entonces, una parte del pueblo hubo de desviar su atención hacia una nueva víctima, el niño, que pronto fue sorprendido un par de veces musitando oraciones misteriosas e incomprensibles que llegaron a oídos de un cura aficionado a los exorcismos. De manera que los padres, al comprender que se disponían a marcar al rapaz con el sambenito de embrujado –y de paso a la familia–, tomaron el camino de salida. Lo hicieron con alivio, pues lo cierto es que, algo más lúcidos o menos atocinados que sus vecinos, comprendían que en semejante lugar sólo les quedaba pudrirse bajo el moho con que la mezquindad y la maledicencia cubrían el romo espíritu de sus habitantes; y así fue como llegaron al pueblo de los Delcampo, de quienes eran parientes en tercer grado.

Algo debió de haber entre el niño y la bruja porque aquél manifestó a partir de entonces un celo extremo por el Conocimiento –actitud esta por completo ajena a la familia, que no despegaba la mente de la tierra– y un celo igualmente excluyente por su intimidad. El chico se aferraba a todo libro que se encontrase a su alcance y así devoró la biblioteca del cura, desde el Apocalipsis de San Juan hasta la *Leyenda áurea*; lo mismo hizo con las colecciones de revistas de la biblioteca de los Delcampo, donde también encontró obras de Luis Vives, Baltasar Gracián o el padre Suárez mezcladas con las de los hermanos Valdés, San Juan de la Cruz y Santa Teresa; allí descubrió, medio escondido, un ejemplar de *El tesoro de los lagos de Somiedo*, de Mario Roso de Luna, que sacó a hurtadillas de la casa y nunca devolvió, aunque tampoco fue echado en falta, y que le puso en contacto con la

secta de los teósofos.

Lo que también devoró el joven Cadavia, y lo que más tarde encendería la imaginación del joven Andrés, fue la lectura de la leyenda del rey Arturo y sus nobles caballeros de la Mesa Redonda, probablemente una edición para adolescentes, que quedó grabada en su mente hasta el extremo de volverse, con el tiempo, un verdadero experto en el mundo de la *Queste*. Tanto era así que sus amigos, Juan de Septiembre entre ellos, le apodaron Merlín de Caermyrddin, lo cual él aceptaba complacido porque sonaba bien elegante, aunque solía cuidarse de precisar a sus interlocutores, por evitar malentendidos respecto de sus conocimientos, que en realidad el topónimo se correspondía con «ciudad de Myrddin», que fue el nombre primero de Merlín. Porque Cadavia, en lo tocante a este y otros muchos detalles de sus saberes, era muy puntilloso.

Cadavia se unió a los dos primeros desde su llegada a Madrid y juntos formaban un trío entregado a las artes, la conspiración y el noctambulismo. Se les tenía por extravagantes, su caldo de cultivo natural era la gente de la bohemia y, aunque componían en realidad un terceto de infelices que sobrenadaba entre la pobretería y la mediocridad de un país acultural, procuraban divertirse provocando con sus propias extravagancias, las cuales sólo soliviantaban a los más intolerantes de una triste clase media tan olvidada del mundo como lo estaban ellos mismos. Porque, señores, estamos hablando de tres almas cándidas y dolidas que brujuleaban por las calles del centro de Madrid entre un ir y venir de bigotillos fascistas que desfilaban de una oficina a otra, ruidosos tranvías a los que de vez en cuando se les soltaba la catenaria, vahos de coliflor que emanaban de los portales (eso por el día) y borrachines, desamparados, putas, artistas y otra gente de precario mal vivir (por la noche). Solían auparse hasta el gallinero en los conciertos, acudían al teatro con entradas de claqué, asistían a los espectáculos de Los Vieneses, al circo de Price e incluso al Teatro Chino de Manolita Chen, y participaban de una curiosa red de préstamos de libros usados, bien entre particulares, bien mediante pago; todo lo cual lo practicaban con encomiable espíritu infantil, que es el único capaz de soportar la depresión ambiente con cuarto de pipas en el bolsillo.

El negocio de préstamo de libros llegó a tentar a Juan de Septiembre, que era el más emprendedor (y el más fantasioso) a la hora de soñar con hacer fortuna. Había en algunas calles unas pequeñas casetas de madera, plantadas en la acera, donde se instalaba una señora que ejercía de prestamista bibliotecaria. El negocio consistía en adquirir unos cuantos libros en alguna liquidación y cambiarlos por los que traían los clientes, previo pago de uno o dos reales (o una peseta si el libro estaba nuevo o seminuevo) a modo de depósito. Cada vez que el cliente terminaba un libro, lo cambiaba por otro, pagando de nuevo, de modo que el minúsculo almacenillo del vendedor nunca decaía. Los más asentados se instalaban en una especie de tabuco o chiscón con salida a la calle que se encontraba en algunos edificios viejos y que quizá fueron antes depósitos de leña o carbón o algo semejante. Juan de Septiembre acarició la idea con entusiasmo e incluso empezó a acarrear maderas para fabricarse un chamizo callejero, pero no pasó del intento.

–No tenía que haber vendido las tierras –dice Baldomero Delcampo.

–Fue una buena decisión –responde Cadavia.

Están sentados a una mesa junto a la ventana del café Teide, que queda por debajo del nivel de la calle. Las piernas de los transeúntes pasan por encima de sus cabezas al otro lado del cristal. Baldomero las siente pasar, pero no mira. Está inclinado sobre su taza de café mientras acaricia con los dedos la tapa del azucarero. Cadavia se sienta recto como un palo de escoba y mira a su amigo, que más parece estar hablando consigo mismo. Las piernas de los transeúntes se cruzan entre sí, piernas de hombre y piernas de mujer, marcando el ritmo de la ciudad.

–Me apena verte tan desanimado, capitán –dice Cadavia.

–Estamos jodidos, amigo Cadavia, estamos jodidos –murmura Baldomero–. Y lo peor es que esto no tiene remedio: ni hay vuelta atrás ni hay camino por delante. Yo no me lo imaginaba así.

–Nadie –contesta Cadavia–. No sabemos escarmentar en cabeza ajena sino en la propia.

–Ya ves: sólo con hacer la vista gorda tendría el camino expedito; sin mancharme las manos, sólo con hacer la vista gorda.

–Tú no eres de éstos.

–Sí, pero entonces... explícame qué hago yo aquí.

Cadavia se queda mirando un par de piernas femeninas que se han detenido ante la ventana. Es una mujer joven con falda por debajo de las rodillas y zapatos de tacón. Gira alternativamente sobre un pie y sobre el otro sin moverse de su sitio. La costura de las medias, impecablemente recta, realza la suave musculatura de los gemelos y se pierde bajo la falda con altanería. De pronto echa a andar con viveza y desaparece en un segundo: sin duda ha reconocido a su hombre.

–Qué hago aquí, en Madrid –prosigue Baldomero–. Yo no tengo cuajo, Cadavia, para meter mano a la caja, pero tengo que ver cómo lo hacen y tengo que callar porque ahora resulta que el sueldo lo necesito, no como antes. Y los demás saben que sabes y que callas y que no sacas nada en limpio y me siento mirado como un gilipollas, un gilipollas incómodo además; yo, Cadavia, Baldomero Delcampo. ¿Qué te parece?

–La política, capitán...

–¡Pero qué política ni qué niño muerto! –Baldomero levanta la cabeza y golpea seco en la mesa con la palma de la mano; ahora está erguido y furioso y Cadavia reconoce esa actitud–. ¿Por dónde se ha colado esta partida de ladrones?

–Son los mismos, Baldo, aunque te cueste reconocerlo. Los mismos de antes. Éste es un país de ignorantes y exaltados, pero ahora es mejor no levantar la voz. Uno mira alrededor y entiende muchas cosas porque hay mucha necesidad; y donde hay necesidad hay mercaderes, por abajo y por arriba; tú has topado con los de arriba y yo lidio con los de abajo.

Un hombre se ha detenido ante la ventana. Se agacha, rodilla en tierra, para atarse los cordones del zapato. El zapato es basto, de suela gruesa de goma y punta

redondeada. Termina de anudar los cordones y aprovecha para limpiar subrepticamente con la mano el polvo, primero un pie, luego el otro; después se sacude las manos una contra la otra, se incorpora, seca las manos en la vieja gabardina, se sacude las rodilleras del pantalón y reemprende el camino. Ni una sola vez ha mirado al interior del café. Es un hombre de mediana edad, flaco, de manos nerviosas.

–Pues peor –dice Baldomero–. Si hay necesidad, peor. En el frente era igual: los aprovechados y los que daban la cara. Yo me pregunto...

–Tú eres de otra pasta, Baldo. Tú eres de los que están a pie de obra, no en los despachos. Un pringado, vamos. Las órdenes se dan en los despachos, la maquinaria se engrasa en los despachos, los ascensos se cuecen en los despachos... Eso no hay quien lo arregle. Y tú estás en el lado malo, en el frente, a pie de obra, así es la cosa.

–Esta situación me está matando, Cadavia, y no veo la salida. Total, va a ser lo mismo en todas partes... No tenía que haber vendido las tierras; pero la mujer, la suegra, que le calienta las orejas, el brillo de la capital... Estoy jodido, Cadavia.

–Ya veo. No hace falta que lo jures. En fin, gracias por la confianza.

–No hay de qué. No tengo dónde agarrarme. Estoy pensando en montar algo, un negocio con lo que me queda, que no tenga que tratar con esta tropa.

–También debe de haber gente de ley, gente como tú.

–Cualquiera sabe.

Ahora, las piernas de una mujer hidrópica cruzan cansinamente por delante de la ventana. De pronto se detienen y un bolso grande muy gastado se desploma en el suelo. Dos pares de pantalones grises que asoman bajo un abrigo del mismo color se colocan a ambos lados. Cadavia advierte las correas que trepan desde el cinturón por el uniforme. Uno de los policías se inclina sobre el bolso y lo escudriña, luego lo levanta y los tres pares de piernas echan a andar, aunque la mujer parece resistirse o, quizá, protestar, y desaparecen por el lateral del marco. En seguida cruzan por delante piernas apresuradas de transeúntes. Uno de ellos se vuelve a mirar atrás.

–Yo no volvería nunca. Al pueblo –dice Cadavia.

Baldomero levanta la cabeza, echa mano al bolsillo de la chaqueta y ofrece un cigarrillo que el otro acepta.

–Tú no, Cadavia, a ti te gusta esta vida de zascandil que allá no podrías llevar. Pero yo...

–Tú te asfixiarías igual que yo. Y con la familia encima –hace una pausa para encender su cigarrillo–. Desengáñate, capitán, ¿dónde vas a estar mejor que aquí? Aquí, al menos, hay vida; pobre, pero vida.

–¿Vida? ¿Qué vida? Yo aquí me ahogo.

–*Coraggio*, Baldo, *coraggio*, como dicen en las óperas italianas –Cadavia sonrío alentador–. Que no se diga que el capitán Delcampo se rinde al enemigo.

–Y sin honor, además. No sé qué decirte, Cadavia, no estoy de humor.

–Pues no quiero verte cabizbajo, demontre. Apechuga. Al mal tiempo, buena cara. La mentira no dura eternamente.

-Tú no ves lo que yo estoy viendo cada día -suspira-. Tampoco el cáncer dura eternamente, pero es porque mata. Qué simple eres para ciertas cosas, Cadavia.
-Ése es un triste defecto, sí señor -concluye Cadavia.

-Jo, macho, no me digas que no te hace caso.
-Ni puto caso.
-Pero ¿cómo puede ser? Pero si vosotros...
-Ya. Pues ya ves. Ahora, de repente, cariño de primos.

-Marcelo, ponnos unos vinos de la frasca que tienes escondida ahí debajo.
-Que no se empeñe usted, don Augusto, que no tengo más frasca que la que está a la vista.
-Pero... me vas a decir tú a mí... Anda, mira, danos de ese vino bueno y déjate de joder.

-Yo es que no lo entiendo, de verdad, es como si estuviéramos en blanco, de nuevas, hola: hola. Que te digo yo que nos hemos dado el lote; y en pelotas, en el río.

-Pues si no lo has soñado, no tiene explicación.

-¿Soñar? Vamos, no me jodas. Será que le da vergüenza. Es como si no hubiera pasado nada, como si hoy conozco a una prima que tenía escondida en un pueblo remoto. Muy simpática, muy graciosa... pero nada.

-A ver, ¿tú le has dicho algo? ¿Te has insinuado?

-Pero ¿cómo insinuarse? ¿No te digo que nos hartamos de meternos mano en el río? Vale que hayamos estado dos años sin vernos, pero ha venido a Madrid. Digo yo que esas cosas no se olvidan. Te digo: yo no sabía qué hacer hasta que fui por la tremenda, me la llevé a mi cuarto, le pegué un abrazo y un beso y me soltó una bofetada en toda la cara. ¿A ti te parece normal?

-A lo mejor la asustaste.

-Tú no conoces a mi prima.

-Esto es vino, Marcelo, no esa aguachirle que das al personal.

-Por Dios, don Augusto, calle usted, que le van a oír; que yo no aguado nada, cómo puede usted decir eso.

-Porque lo digo yo y ya está. Y porque no hay tabernero en Madrid que no agüe el vino ni carnicero que no engañe en el peso. Pero, hombre, a mí con ésas...

-Que no don Augusto, que yo...

-O sea, que no se piensa acostar contigo.

-Es que no me da ni la mano.

-Pero ¿tú le has hablado de ti, de tus sentimientos?

-¿Yo? ¿Para qué?

-Andrés, no me jodas. ¿Después de lo que pasó entre vosotros, no te atreves a

decirle nada...?

–Macho, si lo que pasó no es suficiente... Me ha sacudido una torta.

–La verdad es que no se entiende bien esa distancia. Mira, macho, las mujeres son un misterio.

–Pero no. Dime qué estoy haciendo mal. No me dejes así. De verdad, ¿qué es lo que tengo que hacer?

–Marcelo, estoy con mis amigos, venimos de buen grado a beber en tu taberna, ¿qué tal si nos pones unas tapas? ¿Es que ya no hay respeto? ¿Es que tengo que recordarte cuál es tu sitio y cuál es el mío? No es tan difícil, ¿no?, aprender a hacer bien las cosas. Dime, ¿dónde estabas tú antes de abrir esta taberna?, ¿eh?

–Usted lo sabe, don Augusto, estaba en el servicio de cocina, a sus órdenes.

–¡Pues entonces! –un silencio–. Compórtate. Distingue. Pon aquí unas gambas. Ten un respeto. Y un orden.

–Como usted diga, don Augusto.

–La pierdo, sé que la pierdo. Es como si lo que pasó no hubiera pasado. Está en otro mundo y yo no puedo hacer nada. De ésta, me suicido.

–Pero tíratela antes, ¿no?

–¿Por qué no te tiras tú a tu puta madre?

–Cuidado ahí.

–Oye que yo...

–Cuidado. Ni una palabra más. Cuidado.

–Hecho –Andrés recapacita, bebe de su vaso, se desespera–. Pero ¿se puede saber por qué a las mujeres les gustan siempre los más degenerados?

–Será por degenerados. Nosotros es que somos unos membrillos, me parece a mí; unos ilusos. Ellas sí que saben lo que se hacen.

–Ésa no tiene bastante con el marido, menudo pedazo de mujer. Y el tío lo soporta, porque tú me dirás si no. Yo creo que lo sabe y que se hace el longuis; pero no es que ella le haga un feo a propósito, o que no lo respete, es que es mucha hembra.

–No hay más que verla entrar por la puerta.

–¿Aquí?

–Aquí mismo. Sólo con verla entrar y pisar ya te haces una idea.

–Y cómo está, madre mía.

–Lo que os digo: una mujer de bandera, una real hembra. Marcelo, diles aquí a los señores.

–Lo que usted dice, don Augusto.

–¿Eh? ¿Eh? Pues cada mañana, justo antes del aperitivo. Viene y si le gusta uno se lo queda. Lo que yo os diga.

-¿Y tú...?

-¡Hombre! La duda ofende.

-Pero qué pregunta, si Augusto es un figura...

-Ahí estamos.

-¿Sabemos si tiene novio...?

-¡Y yo qué sé! Yo sólo sé que no me hace ni puto caso. Ella, todo el rato, «primo» por aquí, «primo» por allá... Yo creo que lo hace a mala leche.

-Eso no estaría mal; eso querría decir que tiene interés.

-Que no, que es pura mala leche, sin más; si es que no es posible que se haya olvidado. Que aquello era amor total.

-¿Y por qué no te olvidas de ella?

-¡Porque no puedo! ¡Porque se me viene el mundo encima!

-Pues háblalo, joder, háblalo a las claras.

-Pero... y entonces... ¿lo que pasó no cuenta nada?

-Me parece que te estás obsesionando con lo que pasó, macho.

-Es que no lo entiendo, no lo entiendo...

Andrés sentía una admiración oculta hacia la figura de su padre; le impresionaba su honestidad, cualidad descubierta a través de la escucha casual de conversaciones familiares ajenas a él y pilladas a medias, como el día en que le sorprendió hablando con su madre sobre un intento de soborno del que debió de haber sido testigo, una comisión ofrecida a cuenta de favores y que él consideraba con evidente desprecio.

«Pero si tú no coges esa pasta la va a coger otro», pensaba Andrés; y como suponía que su padre también se habría hecho la misma reflexión, su admiración se acrecía; lo cual no era óbice para que las disputas entre ellos, a medida que él iba cumpliendo años, fueran haciéndose más frecuentes y más ásperas. Su madre observaba y comprendía; comprendía tanto que su actitud tenía un algo de indiferencia, de la que Andrés se aprovechaba en busca de apoyo cuando le parecía necesario. Así que, salvo los encontronazos con su padre, la vida le parecía halagadora. Tan sólo estaba empañada por el temor a los exámenes y por la vida alegre de su prima Clara, que mostraba un gran interés por la mayoría de sus amigos contestatarios: Rabanera, al que Andrés veía como la encarnación de un sátiro marxista, Jorge Basco y su inseparable, un tipo granujiento al que apodaban Chéspir... y otros de la misma cuerda, pretendidos artistas como los dos últimos o revolucionarios como el primero. Clara estudiaba Filosofía y su Facultad estaba frente a Derecho, con el campus por medio.

Los años transcurridos desde aquel último verano en el pueblo, pródigo en acontecimientos como hemos visto, parecían haber borrado en ella la memoria del encuentro a orillas del río; Andrés, que, en cambio, había recuperado repentina y contundentemente el interés amoroso, hubo de reconocer que también en él se había adormecido a lo largo de esos años. Esto debería haberle hecho meditar antes de empezar a desesperarse por la frialdad que observaba en ella: Clara era una joven afectuosa, simpática, extrovertida y trataba a su primo con la misma atención que a otros compañeros, lo cual le sacaba de quicio; pero el caso es que ella no daba la menor muestra de recordar aquellos momentos de intenso erotismo ni había hecho referencia alguna: actuaba como si aquello no hubiera sucedido. Eso era lo que Andrés, en su inocencia, pensaba y, como era de esperar, equivocó la estrategia optando por la insistencia y subrayándola con la incompreensión. Nunca se le ocurrió pensar que la suma de ambas era como acudir noche tras noche bajo su balcón a dar la tabarra con una serenata desafinada. Si esperaba de Clara que recuperase el deseo amoroso (que, digámoslo cuanto antes, nunca había perdido), lo cierto es que ella acabó huyendo del asfixiante marcaje al que la sometía. Total, que como su primo se había convertido en un pelmazo, ella decidió poner tierra por medio como primera medida de protección, y nada mejor para eso que rodearse de *chevaliers servants*, con lo que demostraba poseer ya a su joven edad una notable sabiduría de la vida, pues, por una parte, la protegían de él y, por otra, se neutralizaban entre sí. Ella, por su parte, en vista del silencio de Andrés, prefirió tomar por el camino del pragmatismo: esperar y ver.

A Andrés se lo llevaban los demonios. Ese mismo curso Clara se hizo muy amiga

de una pelirroja que acabaría dando con su mente en la Liga Comunista Revolucionaria en los años setenta, una petrolera de mucho cuidado que repartía sus favores entre dos tipos con fama de experimentados, López Mansur y Andrés Palacio (nada que ver con el poeta feérico), a los que Clara se unió no por razones revolucionarias sino más bien emocionales, conformando un cuarteto del que se decía que practicaba el sexo indistintamente, comidilla que acabó por desquiciar a Andrés. Andrés detestaba a la izquierda pre-trotskista porque según él eran los más necios de toda la izquierda estudiantil, pues sostenían, entre otros dislates, que el motor de agua ya había sido inventado, lo cual traería consigo el derrumbe del capitalismo al hundir el negocio del petróleo, pero que, precisamente por eso, era el capitalismo el que se había ocupado de silenciar el hecho para que el invento no pudiera ser explotado por los desheredados de la tierra. También sostenían que había que destruir los libros, que eran igualmente un producto contaminante del capitalismo, y cuando Rabanera preguntó que si también habría que destruir los libros de Trotsky, le respondieron dándole la espalda con el más helado de los desprecios por respuesta.

En fin, que Andrés hizo todo lo posible por equivocarse y lo hizo a conciencia. La experiencia, como quedó dicho al principio de este relato, es intransmisible y cada uno debe construir la suya cometiendo todos los errores reglamentarios. En cierto modo podría decirse que existe una experiencia del revés: una experiencia de los errores, no de los aciertos, que es adonde se supone que debería conducirnos la experiencia o para lo que ésta debería servir. Sea como fuere, Andrés cumplió con el destino que para su mal se había trazado y Clara Zubia se fue apartando de él hasta que donde hubo fuego no quedó ni rescoldo, o eso pensaba Andrés. Ni Rabanera, ni Basco, ni el resto de los amigos fueron capaces de hacerle ver sus problemas de conducta. La historia de amor se había acabado, así de simple era la cosa. Y al término del curso, el cuarteto formado por la pelirroja, Clara, Mansur y Palacio se fue a Formentera a pasar el verano sin luz eléctrica y en pelotas. Andrés, en cambio, se fue a Londres a vender helados por la calle y aprender el idioma. Fue su primera salida al extranjero.

Corría el año de 1963. Un año antes, además de la revuelta universitaria, se había inaugurado el Concilio Vaticano II, lo que a gente de formación católica tradicional de base familiar como Andrés produjo un impacto enorme. Andrés había dejado de cumplir ya con el precepto dominical, pero la formación pesaba y siguió con gran atención el desarrollo del Concilio que traía vientos de renovación a la Iglesia católica y causaba profunda irritación en la sociedad española más tradicional, y no se diga ya en los ambientes del nacionalcatolicismo imperante. Algo había empezado a moverse y Andrés estaba en la edad de percibirlo con avidez. Luego, en junio, murió Juan XXIII y en noviembre mataron al presidente Kennedy. El sombrío final del 63 dejó a Andrés con un mal cuerpo que no acertaba a explicarse.

II

*O primavera, gioventù dell'anno! Gioventù, primavera della vita**.

Giovanni Battista Guarini

Anoche soñé con el ángel. Adela no lo recuerda, pero Adela sólo recuerda lo que le interesa. Yo creía que era un príncipe y ella decía que era un ángel.

–¡Cómo a va ser un príncipe con esas pintas!

Yo le pregunté si eran pintas propias de un ángel, porque si no lo eran de lo uno tampoco de lo otro, y entonces dijo que no se acordaba. Pero yo soñé con él la noche antes y, en efecto, tenía una pinta terrible y me desperté llorando por él.

Allí tirado delante de casa, rechazado, desarrapado, con el pelo revuelto y sucio y la cara famélica, sin fuerzas para moverse, o sin ganas de hacerlo, o solamente rendido, al límite de sus fuerzas, esperando una ayuda, un pedazo de pan y un poco de sopa, una caricia, pienso yo... obstinado, febril y obstinado, ¿por qué eligió quedarse delante de nuestra casa?, ¿por qué papá no lo atendió, ni mamá tampoco, sino que estaba furioso porque no se iba? Un ángel, dijo Adela; muy pequeña y muy tonta era yo. Pero lo cierto es que luego, varias veces, soñé con el ángel. Se había quedado rondando dentro de mi cabeza desde entonces, en algún rincón escondido, con la esperanza de que un día yo le diera sopa y un pedazo de pan, aunque fuera en sueños.

Tendría que habérselo contado a Andrés antes. Ahora ya no merece la pena. Algún día se lo contaré. O no se lo contaré porque está hecho un fatuo desde que ha terminado la carrera. Total, un licenciado en Derecho más; una carrera que tiene muchas salidas: conductor de tranvía, dependiente de mercería, vendedor de seguros, camarero, barrendero, acomodador, jefe de personal, pasante, chupatintas, asesor de chanchullos... un sinfín de posibilidades; en realidad es la carrera más abierta, con diferencia. No es como Filología, que sólo te permite ser filóloga, profesora de inutilidades, o nada, que es lo que me va a ocurrir a mí.

¿Qué estará haciendo ahora ese sinsustancia? No sólo se portó como un zopenco sino que, además, se ofendió a muerte porque, por lo visto, me fui a Formentera con un par de pelmazos hace dos veranos. ¡Dos veranos y aún sigue ofendido! La que debería estar ofendida soy yo por seguir confiando en él. Mi tío Pedro Cadavia se troncha de risa cuando le oye renegar de mí, y me lo cuenta. ¡Menudo zopenco! Yo no voy a darle ninguna satisfacción que él no se busque antes, eso por descontado, ¡pues no faltaría más! No sabe, el pobre, el martirio que le espera. Hay gente que cree que las cosas pasan en balde. Los hombres son de una petulancia para estas cosas... Pero éste lo va a tener claro: si quiere volver conmigo le va a costar más que opositar a notarías, vaya eso por delante. Porque va a volver; y cuanto más tarde, más rendido.

Lo que no sé es por qué me encanta hacerle rabiar. Bueno, sí que lo sé: mi tío dice que los hombres son como las tencas, que no es necesario ni cebar el anzuelo porque sólo con echarlo al agua acuden en tropel. Les pasa lo mismo a los catalanes –dice él– ante la menor provocación a la catalanidad. Mi tío sabe bien lo que dice porque lee a Carles Riba en catalán, pero no se lo aprecian. Mi tío es un gran lector. Yo tampoco sé catalán, pero utilizo su diccionario. Las decisiones del tío Cadavia son muy extrañas; siempre estuvo metido en el tinglado de lo esotérico, pero no se ocupó de la poesía –aunque él dice que el esoterismo es un saber que tiene mucho de poético– hasta que se juntó con esa calamidad de Juan de Septiembre y su amigo el poeta feérico. Sin embargo, su pasión por los poetas catalanes le vino de parte de un cómplice de sus rituales de magia, uno de Tarragona que debe de ser como ellos. En fin, que me pegó la afición porque rinde culto a dos santos en Cataluña, Riba y Carner; son maravillosos, pero ellos están en el cielo y yo de quien estoy enamorada, lo que se dice enamorada, es de un poeta que vive en San Cugat del Vallés que se llama Gabriel Ferrater. He estado por mandarle al ceporro de Andrés un poema de Riba, en catalán, para que no lo entienda y se fastidie pensando que contiene un mensaje secreto, que lo contiene, porque mi tío lo buscó y me lo entregó mientras yo me quedaba callada y pensando si no habría hecho mal en decírselo, en contarle nuestro encuentro en el remanso del río; abrió las *Elegies de Bierville* por la página donde estaba el poema, la elegía cuarta, y me lo hizo leer:

*Pura en la solitud i en l'hora lenta, una dona
fa lliscà, amb moviment d'arbre o de crit amorós,
al llarg dolç dels braços alçats, la túnica. Mentre
brilla ja el tors secret, resta captiva en el lli,
dalt, la testa. Un instant o dos. Ah! ¿són prou perquè es trenqui
foscament el lligam entre la bella i aquest
tímid juny que d'ella, nua dins l'ona, esperava
joia i impuls fluvial per a perfer-se?...**

y yo me veía, «pura en la soledad y en la hora lenta», por los ojos del poeta, como cuando Andrés me miró aquel día, saliendo del agua.

El tío Pedro, que vino a Madrid cuando yo vine, me dice que el anillo que le puse bajo la lengua es un vínculo de amor que no puede romperse salvo por un exorcismo mágico muy complejo. En realidad yo deposité aquel anillo bajo su lengua porque mi tío me indujo a ello, aunque él sostiene que vio en mi atención hacia Andrés el espectro de mi propio deseo, pero yo era una niña de cinco años y no tengo muy clara la clase de deseo a la que se refiere el tío Pedro. Según él, lo que permanece bajo la lengua de Andrés es la huella del anillo y ése es el símbolo del encantamiento que sólo puede borrarse por un exorcismo, según mi tío. O sea, que el pobre Andrés está condenado, a no ser que yo decida liberarlo explicándole

el modo de hacerlo. Lo haría, si él lo quisiera, pero como iba a reírse de mí si le contase la verdad, prefiero dejarlo penando de amores, sí. Además, me gusta; ¿por qué iba a decirle nada y renunciar a él?

Mi madre, que es una mujer de pueblo, diga lo que diga ahora, muy católica, muy tradicional, siempre tuvo al tío Pedro por un feble incapaz de ganarse la vida, y mi padre lo despreciaba, lo ha despreciado siempre, por eso creo que se vino a Madrid, para escapar de mis padres. La verdad es que no es precisamente un hombre práctico ni un carácter resolutivo y nunca hará nada de lo que se considera útil en la vida; o sea, dinero. Mi padre se ha forrado y el tío Pedro está con una mano detrás y otra delante. No quiero ni pensar cómo sobrevive, ahí metido en una oficina del Estado, en la que ni siquiera es funcionario porque lo enchufó el padre de Andrés. El padre de Andrés sí que le aprecia, pero ni él consigue que se presente a unas oposiciones para hacerse con la plaza, el testarudo de mi tío. Mi padre dice: «Ese inútil acabará debajo de un puente con sus mejunjes y sus ideas». El padre de Andrés, en cambio, dice: «Antes de la guerra era un muchacho cabal, pasamos la guerra juntos y fue el mejor camarada, ahora es un bohemio». Mi madre, como es su hermana, sólo dice que es un dejado. Y la madre de Andrés, igual. Yo lo encuentro genial, el hombre más ingenioso y bondadoso que he conocido hasta ahora, aunque un poco incapaz, la verdad.

Lo cierto es que me gusta Andrés, me encanta Andrés, estoy enamorada de él, pero tiene que sufrir. Hasta que no sufra no hay tu tía. Si a los chicos les pones las cosas fáciles, prepárate a que te dejen colgada o, lo que es peor, te tengan ahí aparcada mientras ellos vienen y van. No es que a mí me guste este plan, es que las cosas son así.

Ahora mismo, sin ir más lejos, ahora que estoy medio estudiando medio pensando en la vida, que hace un día estupendo, que veo un cielo azul uniforme y limpio, un aire tan transparente, siento la brisa deliciosa que entra por la ventana, tengo un disco de Tony Bennett que me voy a poner ahora mismo en el pick-up porque yo soy tan moderna que paso de Bill Haley y sus Comets, paso de Los Llopis, paso de twist y me pongo romántica a más no poder... ahora mismo yo estaría encantada de pasar la tarde con Andrés, bailando, yendo al cine o paseando por el Parque del Oeste. Pero no estoy. ¿Y por qué no estoy? Para que sufra pensando en mí y yo pensando en él. Así es la vida. Romántica y retorcida.

Me pregunto qué pensarían mis padres si supieran que Andrés y yo nos vamos a casar un día. Me pregunto incluso qué pensaría Andrés en este momento. Mi padre, la verdad, no acaba de saber si me quiere o no. La niña de sus ojos es mi hermana Adela. Esto de que yo esté aquí en Madrid en una habitación alquilada, aunque sea en casa de la viuda de Segarra, lo que tranquiliza mucho a mamá, les parece fatal en el fondo; bueno, en el fondo, a mi madre; a mi padre le parecía fatal a las claras. Papá vive esperando que el día menos pensado yo le eche abajo su reputación, lo que no me extraña teniendo en cuenta que sólo vive para la política y el dinero. Yo creo que el padre de Andrés no lo ve con buenos ojos; es una intuición, pero lo creo como si fuera cierto. El padre de Andrés, según me dijo él una vez, una de esas en que nos vemos en plan primos, no quiso meter la nariz en un chanchullo y eso le costó quedarse estancado, al revés que mi padre, que la ha debido de meter en todos a juzgar por cómo le va. En el pueblo el señor era Baldomero, pero ahora manda mi padre; menos mal que estoy aquí, bien lejos. Andrés admira mucho a su padre.

Mamá, en cambio, es muy provinciana, la pobre; se le nota un montón aunque ella se da unos aires que me ponen mala, porque, en el fondo, está permanentemente fuera de sitio. En realidad lo que está es aturdida por el cambio de vida. Donde yo me sentía a gusto en familia era en el pueblo; luego ya, con la carrera política de mi padre las cosas cambiaron mucho, pasaron de vivir en un pueblo a medrar en capital de provincia. Adelita, encantada, ya tiene un novio que es lo que antes se llamaba un pollo pera, o sea, un espanto, y allí son los Marqueses de Aquiestoy. Lo bueno de ser rebelde es que me tenían tanto miedo que la idea de venirme a Madrid a estudiar también les pareció un alivio. Si no, de qué. ¡La niña estudiando en la Universidad! ¡Menudo disparate! Pero el caso es que Adelita me ayudó, fue ella la que se acordó de que la viuda de Segarra alquilaba habitaciones en Madrid. Bueno, ella y mi tía, la madre de Andrés, que es tía por contagio, porque, la verdad, Andrés y yo no somos primos ni nada, pero como si lo fuéramos. Eso es una ventaja porque no hay que pedir dispensa al Papa. En fin, que

la tía Asunta, como yo la he llamado siempre, despejó el camino. Ahora, como todo cambia, incluso los padres, les parece de buen tono que yo esté en la Universidad y se felicitan y todo delante de sus amigos por haber tenido la preclara idea de enviarme a estudiar a la Complutense, según me cuenta Adelita. Lo que hay que ver.

¡Dios mío, cómo canta Tony Bennett *Begin the beguine*! Es el único, es el mejor, es el rey. ¿Sinatra?: un manta. ¿Los Beatles? Bueno, a lo mejor son tan buenos como Cole Porter, pero cantar... eso es otra cosa, eso es cosa de Tony. ¿Y *I left my heart in San Francisco*? Ésa es definitiva. ¿Y *The shadow of your smile*? La gente a la que no le guste es que no tiene corazón. ¿Y yo misma aquí en mi habitación esta maravillosa mañana de domingo? En qué estará pensando Andrés ahora mismo... Bueno, la habitación no es como para tirar cohetes, lo reconozco, pero es *mi* habitación aunque la decoración sea *su* decoración, la de la viuda. En realidad lo suyo son los muebles: el armario, la cómoda, la cama, la butaca, la silla...; lo mío es el tablero con las borriquetas, la librería de módulos de madera de pino y los libros que ya no caben haciendo pila ante la pared. Resulta equitativo. Lo más duro con la viuda fue retirar sus cuadros. Uno de ellos, madre mía, era la clásica estampa de Jesús con la mano derecha sobre el corazón en llamas y dos dedos de la otra señalando el Pilar de Zaragoza. Pero ahí los tengo, mis pósters: Tony Bennett, los Beatles en *A hard's day night*, Ava Gardner, la mujer más guapa del mundo, y la alegoría de la primavera de Botticelli, además del tablero de corcho con las fotos, que es donde tengo la foto en pelotas de Formentera que le puso a Andrés a doscientos y en la que no se me ve nada, como si en esta vida ir en pelotas fuera lo mismo que tirarse a todo el que tienes al lado. En eso Andrés es peor que la viuda, que se limitó a mirarme con gesto de conmiseración después de reconocermelo en ella un día que se dedicó a inspeccionar mi habitación, cosa que no hace casi nunca, al menos conmigo delante. Se lo diría la criada. Pero lo de Andrés no tiene pase: a su edad andarse con esas tonterías... Y no es sólo él, son todos: unos moros de libro, todo el día pensando en el sexo con las otras y luego moralizando con la tuya. ¡Ésa es la propiedad privada que hay que abolir y no la de los bienes materiales! Porque, claro, yo todavía soy virgen, pero no pienso decírselo; ya verás qué sorpresa se lleva.

Son las once y ni siquiera me he duchado, si la viuda me pilla en albornoz camino del baño me voy a ganar una buena reprimenda porque no le gusta nada que la gente vaguee, pero hoy es domingo y la criada hace la vista gorda, así que no hay caso. Me encanta estar aquí tirada sin hacer nada y escuchando música. Lo malo es que la viuda toca en la puerta cada vez que le parece que está demasiado alto el volumen. A la viuda le molesta todo lo que tiene que ver con la felicidad, francamente. Eso echo de menos: una casa propia para poner la música a todo meter. El sol entra felizmente por la ventana abierta y tengo que empezar a coger color y tengo que depilarme las piernas y se está de maravilla en la butaca sintiendo el aire, el sol, el día, la luz, cierro los ojos, así, y me dejo llevar, acuérdate de las cosas hermosas, el Mediterráneo, por ejemplo, los versos de Rubén Darío, ¿cómo eran? Eran: *Aquí frente al mar latino/ siento en roca, aceite y vino/ yo mi*

antigüedad. ¡Toma! ¡Lo recordé! El mar turquesa y la brisa entre los pinos, el cuerpo, sentirse divina, todavía no aprieta el sol de Madrid ni la ciudad huele a calor pesado, no puedo dejarme dormir, no puedo, no puedo quedarme frita, pero no me quiero mover, qué pereza tan dulce, el sol en las piernas, la caricia del aire que lo alza y lo deposita otra vez, recuerda que tienes que depilarte, y ahora suena, ¿qué suena? *Fly me to the moon*, no me lo puedo creer, lo está haciendo a propósito para dejarme *groggy*, querido Tony, está cantando para nosotros dos y tú debes estar tan enfurruñado como siempre, o quién sabe, quizá no, quizá estás pensando en mí en tu habitación, oh, sí, llévame a la luna esta noche, mi amor, *and let me play among the stars*, a la caída de la tarde, caminando abrazados por el Paseo de Rosales como nos gusta, perdidos luego los dos por el Parque del Oeste, envueltos en el olor a hierba del anochecer y el frescor que sube del río, el aire vivo, las risas espontáneas que se expanden de repente en la oscuridad como el olor de la madre selva, las voces inocentes de los amantes que se cantan en susurros, *and let me sing for evermore*, porque estoy soñando, soñando contigo, pensando en ti a través de este descanso delicioso y de la dulce y perezosa mañana que pasa al compás de la música y, sí, *in other words: I love you*.

La noche oscura ha caído sobre mí y me levanto. Las paredes están torcidas. La habitación está toda torcida. Una lámpara en mis manos que no se enciende, no sirve para nada, no la quiero, pero la llevo. Tengo las manos ocupadas y camino sin ver el suelo. Me puedo caer y Adela duerme y duerme. La colcha de su cama se hincha, sube y baja y se hincha cada vez más, así que no voy a poder encontrarla debajo y no podrá ayudarme. Su cama está apoyada en el ángulo de dos paredes torcidas, muy lejos de mí cuando vuelvo el cuello y la cabeza para gritarle. Estoy torcida yo también y no tengo voz para gritarle. Yo estoy torcida hacia atrás mirando la colcha de la cama de Adela hincharse e hincharse como un suflé y mientras tanto avanzo hacia delante con la lámpara en la mano. La lámpara no, es una cazuela de sopa espesa y humeante, aunque no me quemo. Estoy fuera del cuarto, pero no sé cómo no me he caído porque no veo el suelo. Camino y cada vez que avanzo un pie temo encontrarme en el vacío. Sin embargo bajo las escaleras, bajo las escaleras, bajo las escaleras y no hay vacío. Tengo miedo, mucho miedo de caerme y no puedo parar. No, no quiero parar. Ando sin caerme. Ando y no se derrama la sopa a pesar de los escalones. La sopa no se mueve. Abajo en el salón sólo veo el reloj y el perchero gigante. No hay nada más. El perchero está desnudo. Las paredes también. Todo falta, no hay muebles ni nada, solamente la puerta de la calle, que está también torcida. Por la ventana del salón entra una luz torcida que llega hasta el zaguán, adonde he llegado yo con la sopa. No sé por qué estoy aquí. En el suelo del zaguán ha crecido la hierba de pronto y se pega a mis pies. Avanzo hasta que no puedo despegar los pies y me quedo quieta esperando. No tengo miedo. No me importa esperar. Entonces comprendo que tengo que salir. Debe de hacer un frío tremendo ahí afuera. El ángel debe de estar sufriendo mucho porque sólo tenía una camisa hecha jirones y una manta rota por encima. Ahora lo entiendo. Esta sopa es para él. Lo que pasa es que se olvidaron de darle de comer y me dejaron la cazuela debajo de mi cama para que yo me levantara y se la llevara.

¿Por qué no se la llevan ellos? ¿Por qué le odia mi padre? Me han dejado la sopa para que yo se la lleve y fuera hace mucho frío, en el perchero no hay ningún abrigo ni nada que pueda ponerme. El portal está cerrado. De repente no sé qué hacer y me echo a llorar y las lágrimas gotean en la sopa. No me muevo, no puedo hacer nada, es como si me hubiese convertido en piedra y nadie va a venir a ayudarme. La luz torcida de la ventana va a alcanzarme. Es la luz de la luna, dura y fría. Entonces la luz cambia y todo está lleno: los muebles, el perchero, la hierba ha desaparecido del suelo y está la estera otra vez. La casa está derecha y llena de cosas que conozco. No sé qué ha pasado con mi sopa. De repente la luz es ambarina y caliente y el portón empieza a girar sobre sí mismo, se abre, entra un sol cegador y después del sol aparece la calle vacía. El ángel no está. Quizá se ha levantado y se ha ido. Quizá comió mi sopa, se ha levantado y se ha ido. No sé cómo ha sucedido, ya no tengo la cazuela ni los pies pegados a la hierba seca. Los pies calientes. El sol me pinta. Tengo los pies calientes. Toc, toc, toc. ¿Quién toca en mis pies? Pero son blandos, no pueden sonar como madera. ¡Señorita Clara, señorita Clara! Oh, dejadme, tengo sueño y he perdido a mi ángel. Sólo siento el calor en las piernas, en los pies. Me duele el cuello. Abro los ojos.

–¿Quién está ahí?

–Señorita Clara, ¿estaba dormida?, ¿puedo hacer la habitación?

¿La habitación? ¿Qué? Brisa y sol. El balcón abierto. Mi ángel ha volado. *Prefiero* que haya volado lejos, por el balcón. El sol me calienta las piernas. La criada va a pensar que ésta no es la postura debida de una señorita decente. En el balcón, al otro lado de la calle, un joven mira hacia aquí, un mirón. Deja que me cierre el albornoz, salido. Me he quedado frita, qué vergüenza. Ya deben de ser las doce. Pues no, ni diez minutos. Santo cielo, qué sueño tan profundo, parece que esté saliendo del fondo de un pozo. Determinación.

–Me voy al baño y le dejo la habitación libre. Gracias, María.

Dios mío. He soñado con el ángel. Otra vez. El ángel. Ha vuelto. ¿Por qué viene el ángel? ¿Qué pasa con el ángel?

Despierta de una vez. Qué rancio es este pasillo, de repente.

Héctor Mendina, alias Cuchi, se persigna ampulosamente, de la frente al estómago y de un hombro a otro, trazando un arco vertical de arriba abajo y un nuevo arco de izquierda a derecha; después lleva su mano al miembro viril y lo agita en el aire hasta que el glande asoma sonriente; lo alza con el pulgar de la mano derecha mientras la palma recoge en su concavidad ambos testículos y se queda ensimismado observando el conjunto. Está completamente desnudo. Andrés Delcampo, igualmente desnudo y tendido sobre una toalla de baño con las piernas recogidas y abiertas, se masturba indolentemente al sol. A prudente distancia, aparecen desperdigadas algunas figuras de bañistas, sentados o tendidos, lejos unos de otros sobre la arena y las rocas de la isla mediterránea. Más lejos aún, por la orilla, pasean las siluetas de dos muchachas envueltas en sendos pareos empujados por el viento. Cuando llegan a la perpendicular de los dos jóvenes vuelven la cara y cuchichean entre ellas. Cuchi Mendina las sigue con la mirada y los brazos en jarras, pero Andrés, cada vez más atento a su juego, no parece advertirlas. Cae un sol de justicia sobre la playa y sobre los cuerpos dorados de los dos jóvenes. El mar se agita continuamente en un vaivén de pequeñas olas cuyas crestas espumeán. Hay una luz cegadora y el calor se extiende como una caricia sobre la piel. Gotas de sudor aparecen en la cara y el pecho de Andrés; todo su cuerpo se va humedeciendo conforme aumenta el rimo de frotación de su miembro duro y enhiesto como un astil. A veces la mano resbala por la humedad y el miembro escapa airoso, pero lo recupera y lo enardece cada vez más intensamente. También los testículos exudan. Una sensación feliz lo tiene a punto de licuarse. Entonces, de pronto, arquea el cuerpo, detiene su mano y exprime el bálano con verdadera furia. Un líquido blanco y viscoso salta en gotas sobre el plexo; luego se deja caer, convulso, respirando anhelosamente, acogiendo el miembro y los testículos que rezuman sudor, acariciándolos ya despacio, con mimo, dejándose llevar. Cuchi Mendina, estimulado por su compañero y en pie, exhibe clamorosamente su verga recta ante las jóvenes que se alejan de espaldas y la divertida sorpresa de una pareja que ocultaba sus jugueteos bajo una gran toalla y que no puede evitar fijarse en la dedicación de los dos amigos antes de volver a su entretenimiento. Mendina, la cara alzada al sol y los ojos cerrados, fricciona con fiereza hasta que el glande escupe su carga, gime y se desliza al suelo de rodillas mirando el órgano genital con embeleso y gratitud. Después se deja caer de espaldas. Los dos amigos resoplan con los ojos cerrados, como poseídos por una paz celestial.

–*Liberté, Égalité, Fraternité!* –exclama Mendina.

Andrés abre los ojos y le mira.

–Ésta ha sido la mejor de la semana –dice Mendina con voz ahogada.

–Y que lo digas –responde lánguidamente Andrés.

La playa es una amplia franja de arena al pie de una costa pelada y fragosa. Un lugar semidesierto batido por el viento, de escondido y complicado acceso. Hay que dejar el coche, un baqueteado Dos Caballos de alquiler, donde acaba el camino de tierra, superar una loma de maleza, cardos y calvas de tierra y descender un

buen trecho por las escarpaduras del terreno rocoso. Hoy el viento sopla fuerte y el sol agobia. No hay vegetación y el único refugio y alivio posible es el agua, por lo que, apenas repuestos, los dos amigos se lanzan en carrera hacia el mar. En toda la playa no hay más de una docena de personas diseminadas sobre la fina arena gris que se ignoran y se cuecen a distancia. La conjunción de arena y mar forma un amplio arco de libertad, un ámbito natural donde uno puede perderse de una manera abierta, extendida, ilimitadamente acogedora. Los dos jóvenes nadan y chapotean y vuelven a donde dejaron las toallas para secarse al sol. Rendidos, el cansancio inmediato los inmoviliza y se dejan llevar por la pereza.

–Dos días para completar la semana –dice Andrés.

–No seas cenizo, chaval; piensa en dos días más de no dar golpe –contesta Mendina.

Andrés emite un largo suspiro entre la duda y la indolencia.

–¿Te vas a decidir? –pregunta Mendina.

Andrés vuelve a suspirar.

–No lo sé. No quiero hacer oposiciones.

–Pues algo vas a tener que hacer. ¿Qué dice tu padre?

–Que haga oposiciones a lo que sea, pero oposiciones. Como todos.

–El mío no, chaval. El mío está como unas castañuelas.

–Porque el nene trabaja en el negocio de papá.

–¡Y una polla, que fue decisión mía! Tú te quedaste en la Facultad a apechugar como un cabrón, pero yo soy más listo. Ya lo ves: trabajo, tengo pasta, si quiero me podré quedar con el negocio y, si no quiero, me lo montaré por mi cuenta. Así que un respeto.

Andrés extiende la mano buscando la cajetilla de cigarrillos, la atrapa, y se la ofrece a su compañero junto con la caja de cerillas antes de escoger el suyo. Luego fuman en silencio.

–Tengo que encontrar algo, un trabajo –dice al fin.

–¿Y para eso has tenido que terminar una carrera?

–Y yo qué sé. Tenía que hacerlo. Tenía a mis padres encima.

–El mío te da trabajo si quieres. Hay que empezar desde abajo, pero, oye, con lo inteligente que tú eres te haces con ello en seguida.

–No me va la pañería.

–Mira al señorito. Escucha: pronto o tarde vas a acabar en el comercio. ¿Que lo mismo te da uno que otro? El caso es aprender a moverte. ¿O tú te crees que yo pienso quedarme en las telas? Ni hablar. Yo estoy viendo y aprendiendo. Por cierto, esto no se lo digas a mi padre.

–¿Yo? ¿A cuento de qué iba a decirle nada? Tú es que ya me ves ahí saliendo a vender contigo. Que no. Que yo busco otra cosa. No me entiendas mal: no te estoy haciendo un feo, es que no me motiva.

–Tú sigue así, que ya verás dónde acabas. ¿No te fastidia? La cosa va de entrar en el tinglado y luego elegir, cuando ya tienes una experiencia, cuando ya has visto lo que hay. Pero echarse a pensar a ver qué quiero hacer... ¡vamos, no me jodas!

Andrés se incorpora y entierra la colilla del cigarrillo en la arena.

–Está bien esto de discutir el futuro en pelotas –comenta.

Cuchi Mendina se da la vuelta y queda tendido boca abajo sobre la toalla.

–Voy a ver si termino de tostarme el culo. A las chavalas les pone a cien.

–Tú es que no sales de la pasta y el follaje, macho; yo creo que estás de psiquiatra.

–Pues no te diría yo que no –acepta Cuchi–. No hay nada mejor. Bueno, sí –recapacita–, el ideal sería vivir de las mujeres.

Andrés vuelve a tenderse, también boca abajo. Han venido diariamente a la playa y el color de la piel, convenientemente tratada con cremas solares, es uniformemente dorado. Han evitado las quemaduras que se ven en otros cuerpos en los que el blanco y el rojo conviven dolorosamente.

–A todos estos turistas les da igual quemarse. Andan por ahí colorados como cangrejos y tan contentos. Es acojonante.

–Pobres... no están acostumbrados.

–Nadie está acostumbrado a quemarse, no digas chorradas.

–Y si se queman –dice Andrés cambiando radicalmente de actitud–, peor para ellos. Que se jodan. Con esos aires de superioridad.

–Tú lo has dicho, chaval.

La mañana parece haberse detenido bajo el cenit. De pronto el viento ha dejado de soplar y el sol castiga con saña. Sin ponerse de acuerdo, los dos amigos se incorporan a un tiempo y echan a correr hacia la orilla. Entran en el agua a la carrera, saltando y haciendo aspavientos, y nadan hasta perder el aliento. Andrés se tiende de espaldas en el agua con los brazos abiertos y se queda flotando felizmente a la deriva.

Al cabo de un rato, porque no se deciden a abandonar el frescor del agua, salen chorreando a la orilla. Se cruzan con una pareja que les observa disimuladamente. Al alejarse, la mujer vuelve la cara por encima del hombro de su compañero y Cuchi aprovecha para tocarse ostensiblemente los genitales. La mujer esboza una sonrisa.

–Eh, que se te va a empinar –dice Andrés.

–¿Has visto cómo miraba la chorba esa? Y agarrada a su novio, o lo que sea. Cómo son las mujeres de putas, chaval.

–Tú qué sabrás –dice Andrés, despectivo.

–Más que tú, seguro. Por cierto, ¿cómo te va con la chavala esa?

–¿Con quién?

–Venga, hazte el inocente. ¿Con quién va a ser? Tu amor eterno.

–¿A qué viene eso ahora?

–A que me intereso por ti, por tu bienestar.

–Pues primero deja lo de chavala porque tiene nombre.

–Oye, no te ofendas, que era una manera de hablar.

–Tú tienes unas maneras muy peculiares de hablar, sobre todo de las mujeres; y a Clara no me la menciones como si fuera una de tus niñas cachondas.

–Vale, vale, don Ofendido. Si así es como te gusta disfrutar de la vida, no seré yo el que te lo reproche; allá tú con tus finuras. Pero déjame que te diga una cosa: el

sexo es para disfrutar, no para romperse la cabeza dándole vueltas ni para ponerlo en los altares. Un hombre es un hombre, una mujer es una mujer, y hacen lo que tienen que hacer y lo hacen todos de la misma manera.

–Como si tú te pasaras el día follando, ¡no te digo...! Tú tienes la misma hambre y la misma falta que yo, así que deja de hacerte el experto, que ya estamos fardando a la española: de boquilla.

–Pues esa tía quería guerra, te lo digo yo.

–Vale.

Andrés se deja caer en la toalla en busca de un cigarrillo, lo enciende parsimoniosamente y empieza a fumar con aire pensativo.

–Oye –dice al fin–, estoy pensando que Rabanera... ¿Te acuerdas de él?, ¿el rojo total? Bueno, pues sucede que su padre le metió de meritorio o algo así en los servicios jurídicos de un banco o una caja, no me acuerdo ahora, y por ahí... Porque yo lo que necesito es foguearme; nadie te coge si no tienes práctica y para tener práctica te tiene que coger alguien, es una serpiente que se muerde la cola. Pero de meritorio, con un enchufe...

–De pasante –sentencia jocosamente Cuchi.

–De lo que cojones quieras, a mí qué más me da. Yo no me llevo mal con mis padres, puedo aguantar. No es que me guste el Derecho, pero termino ya y todavía me acuerdo de lo que estudié. Lo que no puedo hacer es quedarme papando moscas. Me he chupado tres veranos haciendo la puta milicia universitaria y he pasado de no ver unas vacaciones a tirarme un trimestre trabajando de camarero en Londres, intentar hacer el doctorado y estorbar en casa. Total, si no puedo ganar una pasta y alquilarme un apartamento y me tengo que quedar en casa dependiendo del dinero de mis padres, por lo menos hacer un meritoriaje te tiene ocupado, aprendes y... puede que te salgan cosas, ¿no te parece?

–Lo que no va a venir nadie es a buscarte por tu cara bonita.

–Ni a ti ninguna niña por tu culo tostado, macho.

–Vale. Venga. Intenta lo del meritoriaje.

–Eso digo yo.

–Y lánzate con Clara de una vez. O eso o moja en otro lado, pero moja.

–Mira que eres basto, ¿eh?

–Pues sí. Es un don.

El viento ha vuelto a levantarse, lo que les alivia del calor.

–Podíamos dar una vuelta –dice Cuchi.

–Sí, hombre, por esta playa tan interesante y llena de atractivos.

–No sé si te has dado cuenta, pero hay atractivos femeninos sueltos.

–Lo que me faltaba a mí es exhibirme por ahí a ver quién se fija en mis partes.

–Lo que pasa es que te da corte andar paseando en pelota por delante de todo el mundo.

–No. Yo prefiero estar cerca de mi ropa, porque la verdad es que me haría poca gracia que apareciese la Guardia Civil.

–¡Pero cómo van a venir a esta playa!

–Igual que van a otras. Les entusiasma levantar nudistas. A mí me ha llegado a

amenazar un guarda jurado en el Parque del Oeste por estar besando a una niña echados en la hierba.

–En Madrid, sí, pero esto es el culo del mundo. Seguro que ni saben que existe.

–Ya. Como que no saben dónde buscar.

–¿Y quién era la chavala?

–¿Qué chavala?

–La del Parque del Oeste.

–¿Y a ti qué coño te importa?

–¿De verdad que os levantó un guarda?

–¿En qué país te crees que vives, macho?

–Qué cabrones.

Los dos amigos se quedan mirando al mar, repentinamente silenciosos. Las dos muchachas que pasaron ante ellos regresan caminando. Son dos chicas jóvenes y esbeltas con aspecto extranjero. Una de ellas aún muestra restos de quemaduras en la piel que asoman en los hombros y por el pareo abierto por el viento. La otra viste sólo un slip de baño y ambas cargan con cestos de mimbre al hombro. Cuchi da un codazo de aviso a su amigo. Las dos jóvenes caminan en su dirección aunque es evidente que están de retirada. A medida que se van acercando, los dos amigos las observan descaradamente, dejándose ver. Las chicas, que también se percatan, cambian entre sí unas risas cómplices.

¡Madre mía, ha pasado un año y yo sin enterarme! Estoy a un mes de terminar la carrera, no sé qué voy a hacer. No puedo volver a casa, no soportaría volver a casa, pero tampoco puedo quedarme en Madrid. Papá no me lo pagará, mamá está deseando que vuelva, Adela se dispone a ser una coneja que pare sin cesar en cuanto se case. Ahora sí que me gustaría tener cerca a Andrés para contárselo, pero el maldito se ha ido a pasar unos días a la playa con el crápula de Cuchi Mendina; seguro que me está poniendo los cuernos. No es que seamos nada, no es que yo pueda exigirle nada porque no somos nada, ni novios, ni amantes, ni nada, pero el tío es capaz de ponerme los cuernos. Ya me estoy cansando de esta situación. Seguro que a él se le ocurre una manera de que yo siga en Madrid, además le interesa, está colado por mí, no le va a hacer ninguna gracia que me vaya a casa de mis padres. ¿A qué, además?, ¿a esperar qué? Tengo que encontrar un trabajo como sea. ¿Y el verano? ¡Madre mía, qué verano infame me espera! Hay que pensar algo y deprisa. No, tengo que aprobar primero, no vaya a ser que con la angustia me cateen. Pero luego debo pensar en algo y ese zángano de Andrés tirado en no sé qué playa de no sé dónde sin tener la menor idea de lo que me ocurre. ¿A quién se lo voy a contar? A Carlota, a Fátima, a Lourdes, a... ¿qué me van a solucionar ellas? Bueno, a lo mejor, el veraneo; o parte del veraneo; los padres de Carlota tienen casa en Santander. ¡Pero no! Voy a trincar a Andrés, ya está bien de jugar al gato y al ratón, o sea, a la gata y al ratón. Aunque también lo puedo dejar para después del verano, sí, buena idea, que espere un poco más, él también tiene que solucionar su vida. Aunque, reconócelo Clara, te encantaría pasar el verano con él. Pero ¿dónde? ¿Sin dinero? Es un sueño. Qué asco ser jóvenes.

Andrés es terco y no se apea fácilmente de sus errores. Pero si el tío Pedro Cadavia se decide a ayudarme, idea que se me acaba de ocurrir, podemos adelantar acontecimientos. El tío Pedro es capaz de mover voluntades, estar en dos sitios a la vez y volar sobre los tejados de la ciudad. No es que yo piense que necesito su ayuda para seducir a Andrés, porque eso es algo que puedo conseguir yo sola en cuanto me lo proponga, sino que debería utilizarle para convencer a mi padre de que me pague un piso en Madrid. O de que lo compre y me lo deje para vivir. O no, porque entonces empezarían a utilizarlo ellos para venir a Madrid y ésa sí que es una trampa; mejor la idea del alquiler. La estrategia sería que el tío Pedro lo sugiriera y mi padre se opusiera porque la idea viene de mi tío. Como mi padre se enconará con la idea por venir de quien viene, ese mismo encono hará que la idea se adentre en su cabeza y se quede ahí. Primera fase. Ése es el momento en que entro yo, que astutamente atacaré por el lado de mi madre y me compararé con mi hermana, a la que han dado de todo. Mi madre empezará a comerle la moral a mi padre porque tiene mala conciencia por haber beneficiado sobre todo a mi hermana Adela, y ya tenemos el asunto encarrilado. Segunda fase: que el tío Pedro –que se prestará, seguro– confiese a mi padre que la idea de alquilar un piso en Madrid es un error por el que pide excusas; entonces mi padre, por llevar la contraria, empezará a considerar que no es mala idea lo del piso alquilado y soltará la pasta. ¿Por qué le tendrá esa manía mi padre al tío Pedro, digo yo?

Una vez el tío Pedro me llevó a volar con él. Es estupendo volar sobre una ciudad, aunque hay que tener bastante cuidado para no engancharse con los cables de la luz, las antenas de televisión y las chimeneas. En los tejados de la ciudad hay una vida increíble, sobre todo de noche, que es cuando más me gusta volar. Mi preferida es la gente gatuna, ladrones que visten mallas negras, jerséis negros para protegerse del frío y se cubren la cabeza con un capillo de lana negro para que nadie les reconozca. Visten de negro para confundirse con la noche y se deslizan como sombras en busca de alguna ventana abierta por la que colarse en las casas a robar lo que puedan. Sólo roban lo que necesitan, razón por la cual la gente a la que sustraen cosas piensa que las han perdido, no que se las han robado. Los ladrones venden al final de la noche su botín

*y dilapidan sus dineros
con mujeres y malandrinos,
en posadas y merenderos,
en milongas y clandestinos.*

El tío Pedro los acompaña a veces, ellos le conocen bien, saben que es un mago y un camarada noctívago. Los ladrones

*son humanos, inhumanos,
fatalistas, sentimentales,
inocentes como animales
y canallas como cretianos.*

Y los vemos deslizarse por los tejados, bien en las noches oscuras, bien en los claros de luna; nos saludan con la mano; nos ofrecen tabaco y castañas asadas que llevan en sus faltriqueras; a veces mi tío se sienta cómodamente en una chimenea, enciende su pipa y les recita unos versos de González Tuñón; los ladrones se arremolinan en torno y escuchan complacidos los poemas; luego se dispersan en busca de sus rateos de la noche; son silenciosos y astutos y a mí me encanta verlos partir en todas direcciones, y mientras espero que el tío Pedro termine de fumarse su pipa contemplo el parpadeo de las luces de la ciudad a mis pies. Solemos volver pronto a casa, él me deja en el balcón de mi habitación, que siempre dejo entornado, y luego desaparece quién sabe adónde, seguro que a seguir la noche por otros barrios donde se encontrará con Juan de Septiembre y el poeta feérico y gente de la misma horma. Yo prefiero irme a la cama, en parte porque no formo parte de sus ceremonias nocturnas y en parte porque él es muy pudoroso y yo percibo que no quiere mi compañía más que hasta una hora de la noche que considera que yo no debo traspasar. Sabe Dios lo que harán a medida que se

hunden en la noche cerrada y clandestina, cuando todo cierra y sólo permanecen despiertas puertas secretas que al entreabrirse dejan escapar por unos segundos un resplandor rojo como el del mismo infierno. A veces, cuando hay luna, me quedo un rato en el balcón viendo la calle vacía iluminada por los faroles de gas de mi viejo barrio, por la que de tanto en tanto resuenan algunos pasos apresurados o el eco del chuzo de un sereno al golpear contra el suelo y luego el silencio se adueña del espacio y lo ahueca. Mi tío Pedro es un buen bebedor; en realidad es el mejor del mundo porque tiene una característica que lo destaca inmediatamente de todos los demás borrachines nocturnos de esta ciudad: cuanto más bebe, más encantador se vuelve. Los borrachos, por lo general, o se convierten en zombies y se ponen pesadísimos explicándote lo mismo dieciocho veces o tienen mal vino y puedes acabar a tortas. El tío Pedro, no: a él el alcohol lo convierte en un alma de Dios hasta tal punto que lo puedes encontrar en medio de una refriega tan tranquilo, impoluto e indemne, con su vaso de vino en la mano y una expresión beatífica en el rostro, viendo volar sillas y botellas a su alrededor. Y tú te preguntarás, Clara, ¿cuándo has visto semejante escena? Y yo me responderé: cuando me la contó el poeta feérico al día siguiente de salir de Urgencias; y como yo tengo mucha imaginación, no me cuesta nada verlo.

En esta ciudad todo lo que es interesante ocurre de noche, por eso salimos tanto. Yo me quedaría hasta mucho más tarde, pero la viuda es un cancerbero irreductible e incansable y no se va a la cama hasta que la última de sus pupilas vuelve a casa. Somos tres y nos llevamos lo suficientemente bien como para encubrirnos las unas a las otras, pero nada más. Casilda es incluso antipática, pero nos soportamos: la necesidad hace extraños compañeros de casa. Fátima, en cambio, es más llevadera y a veces se viene a mi habitación a escuchar música en el pick-up. También le gusta Tony Bennett, pero no el que más. Bueno, el caso es que si una va a volver a hora intempestiva y avisa, otra se queda despierta para abrirle cuando llega, porque la viuda echa el cerrojo una vez que supone que estamos cada una en su cuarto. A la viuda le cuesta coger el sueño, por eso vigila hasta tarde. Pero es verdad, Madrid es una ciudad muerta y acochinada hasta que cae la noche; entonces empieza la vida.

*Voici le soir charmant, ami du criminel;
Il vient comme un complice, à pas de loup; le ciel
Se ferme lentement comme une grande alcôve...*

El poema fetiche de Andrés. El poeta feérico lo recita tan bien... Todo lo bueno sucede a oscuras, en calles iluminadas por los faroles y bares penumbrosos. De noche todos los gatos son pardos y parece que el mundo es más grande y mayores las ganas de vivir. Nadie te mira mal y estamos alegres, bebemos y bailamos y charlamos y reímos fuera del alcance y de las miradas de los bienpensantes. No es verdad, pero lo parece y somos felices. En cambio, a la luz del día, la cara severa y

malhumorada, penitencial y dominante de la autoridad nos acusa siempre, sospecha de nosotros, manifiesta su disgusto permanente. El próximo fin de semana le toca salir a Casilda y a mí quedarme de guardia. ¿Será más amable con el novio que tiene? Seguro que sí. Un día se nos metió en casa, de regreso por la noche, y se encerraron en su habitación, pero venían un poco colocados, hicieron ruido y la viuda se levantó a ver qué era. Total, que estaba yo en mi balcón cuando veo al otro salir al de la habitación de Casilda medio en cueros con la ropa en la mano, y el frío que hacía, y empezar a vestirse, que yo creí que se caía a la calle. No veas qué número hasta que conseguimos que la viuda dejara de sospechar, y el tío pudo entrar y luego salir sigilosamente del piso, que no quería. Lo tuve que acompañar hasta abajo para abrirle el portal y, cuando subí, Casilda se había echado a dormir y alguien había pasado el cerrojo por dentro (la muy gilipollas me dijo que había sido ella sin darse cuenta, del susto que llevaba). Total, a sentarme en el descansillo. Menos mal que Fátima, que también se despertó con el revuelo, acabó por comprender que algo raro ocurría al no volver yo y salió a ver y vio el cerrojo echado. Madre mía, qué sofoco. Cierro los ojos y el tío Pedro me lo va contando todo como si lo viera. Tengo que reconocer que, después de Andrés, lo que más me gusta es salir con esos tres locos. No es que no tenga amigos, tengo demasiados, es que esos tres me matan. Con Juan de Septiembre lo genial es ir al Rastro o a los conciertos del Monumental. Palacios me lleva a la Tertulia Literaria Hispanoamericana. Mi tío Pedro ha diseñado un plan para introducirme en la historia secreta del viejo Madrid. Pero al final todos se juntan y acabamos en las verbenas, la de San Miguel, la de San Isidro, la de San Antonio, que es la que más me gusta porque la ponen en una orilla del río y las chicas van a la ermita, que tiene esos frescos maravillosos de Goya que no me canso de mirar, a pedirle al santo un novio para casarse; yo no se lo pido, claro, por razones obvias, pero me encanta verlas acudir allí, siempre en grupo, tan alegres como los geranios en los balcones; o nos juntamos en El Ventisquero de Las Vistillas, en Casa Mingo con pollo y sidra, en los toros aguantando un sol de justicia, en el Museo del Prado, donde los vigilantes les observan a los tres como si fueran a arramblar con alguna pieza de la colección, con esas pintas; o en la fuente de la vida del Parque del Oeste o en las veladas de lucha libre del Campo del Gas. De esto ni mis padres ni los de Andrés saben una palabra, porque de la felicidad no hay que hablar mucho en este país para que no te castiguen; de hecho, ni siquiera Andrés sabe ni la mitad de la vida que me pego con ellos. Y no es que a él no le quieran; es más, saben que lo nuestro es inevitable; pero, mientras llega, se ocupan de mí como de una reina.

El tío Baldomero –porque si a la tía Asunta la llamo tía, el tío Baldomero ha de ser forzosamente tío– es un hombre serio, de poco hablar, como muy metido en lo suyo, pero mi madre me dice que antes no era así, que era un hombre abierto, muy señor, eso sí, pero abierto y hablador; el tío Cadavia también lo dice y él lo debe de saber mejor que nadie porque son uña y carne desde la guerra, o sea que se conocían de antes, pero en la guerra fue donde fraguó una relación como de hermanos de sangre. Total, que el tío Pedro dice que ha perdido mucho, que es una sombra de lo que era; y conste que él lo quiere de verdad, así que lo dice con pesar.

En cambio, al tío Baldomero le parece que el tío Pedro se ha chiflado por el camino. Yo al tío Baldomero lo veo bien, callado, pero animoso, con buena pinta, la verdad es que tiene muy buena pinta y viste como un señor. Y, sin embargo, creo que el tío Pedro tiene razón: hay algo perdido en su manera de estar, como si de pronto, cuando se encuentra entre nosotros, se escapara hacia otro lugar, un sitio lejano y solamente suyo, con un punto de desolación.

A todo esto, lo importante es que voy a convertirme en una licenciada en Filología y no sé qué voy a hacer conmigo. Un mes y medio y se acabó. A lo mejor si suspendo me puedo quedar un año más en Madrid. Ah, pero no, una tiene su dignidad. El hueso más duro de roer es mi padre; sin embargo, ni mi madre ni Adela me van a echar una mano. A pesar de que me hago ilusiones. Y no digamos el pobre Cadavia. Bueno, Adela quizá sí, aunque por hermana, no por convicción. Y mamá es tan justita, tan poca cosa para mandar... No me queda otra que plantarle cara a mi padre y ver si le saco algo, un año más en Madrid aunque sea, y, mientras, voy buscando algo... O a lo mejor gano el tiempo que me lleve hacer el doctorado y luego me puedo plantear hacer oposiciones, no sé, a Instituto. Y, por otra parte, tú me dirás qué otra salida tengo. ¿Profesora en un centro privado, quizá? No. Eso es pisar el terreno de la Iglesia y hasta ahí hemos llegado. A ver, Clara, ¿cómo es que te ha pillado el toro de esta manera? ¿Es que eres tonta? ¿Es que no piensas?

Mañana, discoteca. Es la moda. Lo de los guateques queda ya un poco ñoño, la verdad, pero esto tampoco me parece la panacea. Será que me estoy haciendo vieja. El poeta feérico me dijo el otro día que le parezco un poco naïf. Pues no me extrañaría. También Juan de Septiembre me dice que a ver si espabilo con Andrés. Yo creo que estamos haciendo el tonto a base de bien.

Luis Bonafé y Andrés Delcampo caminan apresuradamente por una de las calles aledañas de la Gran Vía. Al fondo se escucha una algarabía sorda, gritos, pitos y ruido de pasos a la carrera, aparte del tráfico. Los dos amigos se alejan a paso vivo, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, en dirección a la Plaza de la Ópera. Pronto cruzan la plaza y se internan en las callejuelas del viejo Madrid por la calle de Las Hileras. En el camino se emparejan con o adelantan a otros que proceden inequívocamente de la misma desbandada. Andrés mira atrás de vez en cuando y Luis le recrimina.

–No te pares y no mires tanto; tienen a los de la Social por los alrededores siguiendo a la gente para trincarla o para ver adónde van. Tú, como si esto no fuera contigo.

–Tampoco tenemos tanta pinta de contestatarios –gruñe Andrés.

–Que te crees tú eso. Para ellos, cantamos que da gusto. Mira, vamos a meternos en ese bar a ver qué pasa. Aquí la cosa está más tranquila.

Entran en un bar de inequívoca factura gallega decorado con redes y cascos vacíos y decolorados de centollo y piden dos cañas de cerveza en la barra. El suelo al pie de la barra está lleno de servilletas de papel arrugadas, cáscaras de gambas, huesos de aceituna y colillas de cigarrillos. Andrés Delcampo aparta los restos con el pie.

–Qué asco de bares, de verdad. Éste es un país de guarros –dice malhumorado.

–*Un intratable pueblo de cabreros* –cita Luis, con pesadumbre.

–Que en cuanto se ponen a pensar, les duele la cabeza –apostilla Andrés.

Es una tarde fría y desapacible, de luz mortecina bajo el cielo gris. Ambos jóvenes miran reconfortados sus cañas, a las que han dado un buen envite para aliviar la sequedad de sus gargantas. Un hombre mayor lee el periódico en una mesa de un rincón. En la barra hay dos corrillos de hombres de mediana edad. Entre la escasa clientela del bar reina la indiferencia. El local parece un espacio ajeno a la realidad exterior, pero las calles, que ambos observan inquietos y atentos, no manifiestan ninguna alteración, la gente camina por las aceras con normalidad, una señora mayor arrastra detrás de sí el carro de la compra, un operario pasa cargando su maletín metálico, dos hombres que vienen hablando se detienen un momento ante las cristaleras del bar, como para precisar un punto de la conversación, y prosiguen su camino.

–Hoy va a caer bastante gente –dice Luis Bonafé.

–En fin, a ver si se calma un poco esto y podemos salir sin llamar la atención.

–De momento, aguanta. A ver qué pasa. A mí quien me preocupa es mi padre, que se lo va a oler.

–El mío, no sé. Es bastante autoritario, pero no te machaca. Está un poco de vuelta con el Régimen.

–Aquí está todo el mundo con el Régimen, no te engañes, menos los coñazos de los cuadros del Pecé, las bases y unos cuantos que vamos por libre. Anda, que convocar una manifestación después de un Estado de Excepción...

–Entonces, ¿por qué hemos venido?

–Por gilipollas. Esos cabrones, con la cosa de que los cuadros no pueden quemarse, nos sacan a nosotros y a un montón de pardillos de carne de cañón. ¿Que pegan a alguien, o le cogen?, pues mejor: así se conciencia. Ésa no es manera de hacer las cosas.

–Chist, baja la voz, que te están oyendo.

Bonafé se calla. Los dos amigos tienen, de pronto, la sensación de que la clientela del bar ha dejado de hablar para poder escucharlos. Es un efecto momentáneo porque en seguida empieza otra vez el parloteo de las conversaciones suspendidas. Luis y Andrés miran cautelosamente alrededor, pero nadie parece reparar en ellos. Ambos cruzan una mirada cómplice de alivio.

–Esto me mata –dice Andrés–. Hace ya dos años que terminé la carrera y estoy en blanco. Yo tendría que irme de casa, pero no puedo, no tengo trabajo, no tengo un duro. No sé qué voy a hacer.

–¿Y yo? Al fin y al cabo, con tus padres se puede tratar. Lo que es yo con los míos, es decir, con mi padre, porque mi madre está a lo que diga el otro... no sabes lo que es eso.

–Ya, pero tienes trabajo.

–Tengo una mierda. Eso es lo que tengo –Bonafé calla y adopta un aire meditabundo antes de continuar–. Ahora que, tal y como están las cosas, yo me largo aunque sea a una pensión. Estoy buscando algo, con algún amigo... Si tú pudieras... –ante el gesto de impotencia de Andrés, se encoge de hombros–. Pues eso es lo que pasa, que no es fácil.

–Los padres aguantan.

–Ya. El que no aguanta soy yo. Y ni eso, tal y como está mi padre, por menos de nada me echa a la calle y ya está. *Fait accompli*.

–Sería genial poder coger un piso los dos juntos.

De repente se advierte movimiento en la calle. Todos los parroquianos alzan la cabeza y se vuelven a mirar. Varios grupos de jóvenes disgregados han pasado a la carrera, pero no parece seguirlos nadie. Durante un par de minutos el ambiente del bar se tensa, se convierte en un reflejo de la calle, uno de los clientes despotrica quedamente y otro suelta un exabrupto. Entre los clientes de la barra, separados en dos corrillos, se produce un contacto empático. Instintivamente, los dos amigos se encogen, vueltos hacia sus cañas, sin querer mirar al exterior. Luego lo hacen cautelosamente. La calle ha vuelto a la normalidad.

–Todavía andan por ahí –comenta Bonafé a media voz.

–A ver cuándo vamos a poder salir de aquí.

Bonafé, que ha recuperado ya un aire más desenvuelto, llama al camarero y pide otras dos cañas. El camarero, con el paño al hombro y las mangas de la camisa recogidas hasta los codos, les pone dos tapas de patata frita y anchoa con las cervezas.

–Yo es que no veo salida profesional. No quiero hacer oposiciones porque es una cosa pasiva, de dejarte los codos y quedar al albur de una plaza. No quiero ejercer la abogacía, ahí en un bufete a hacer de meritorio y todo ese rollo que consiste en que se aprovechan de ti miserablemente. Además, tampoco me veo en un juicio. Mi

padre quiere que asegure algo, un funcionariado, yo qué sé, y luego que vea si me sale otra cosa por ahí, porque al menos tendré siempre algo seguro. Y digo yo, si me convierto en un puto funcionario seré un puto funcionario toda mi vida. Uno no viene al mundo para ser funcionario.

–Míralo de otra manera: ha terminado el Estado de Excepción; estamos en abril, que es un mes alegre, aunque Eliot diga que no; plantéate buscar a fondo de aquí al verano; a lo mejor en verano, que es cuando se producen los cambios, te sale algo, aunque sea provisional y te machaque el veraneo, lo que importa es meter la cabeza y luego ya se verá; además, en verano es cuando se quedan más pisos libres y podemos mirar a ver...

–Pero es que leyendo las ofertas de los periódicos te vienes abajo; no ofrecen más que puestos de vendedor. ¿Tú me ves a mí vendiendo de puerta en puerta? ¿O de comisionista de una empresa de seguros? Si es que para eso hay que tener un temperamento que yo no tengo, macho. Yo soy un inútil. He hecho una carrera universitaria para nada.

La puerta del bar se abre de pronto y dos tipos, uno de ellos con gabardina y el otro a cuerpo, entran en el local. Una corriente de aire frío e intimidante acompaña su entrada. Uno de ellos, el de la gabardina, permanece en pie junto a la puerta abierta, sujetándola con la mano, y el otro se adentra unos pasos para observar a la escasa concurrencia. El local se ha achicado repentinamente. El hombre que lee el periódico en la mesa del rincón ante una taza de café vacía levanta la vista, los mira y sigue leyendo; los dos corrillos de la barra detienen por unos instantes sus conversaciones; el camarero observa a los dos aparecidos con gesto de indiferencia y Andrés y Luis sienten que se les seca la garganta. Es un minuto en el que el corazón bombea con fuerza y ambos creen que esa tensión se traduce en sus caras, que sus cuerpos los traicionan, no saben adónde es conveniente mirar y eso les turba aún más. Luis se agarra al vaso para beber, pero siente que no podrá controlar el temblor de la mano y permanece en esa postura. Andrés prueba a fijar la vista en la cristalera, tratando de ignorar al escrutador, pero a continuación hace un esfuerzo supremo y enfrenta los ojos del otro con un fingido gesto de indiferencia. Sabe que tiene que mirarlo para evitar que se acerque, pero teme que el miedo asome porque el otro puede olerlo como lo hacen los perros. El escrutador termina de barrer el local con la mirada, se vuelve a su compañero, le hace una seña con la cabeza y los dos salen del bar hacia la calle. Andrés expira el aire que se le había solidificado en la garganta. El hombre sentado en la mesa de la esquina le mira fugazmente sobre el periódico abierto y luego vuelve a su lectura con una media sonrisa en los labios. La charla en los corrillos ha seguido su curso.

–Joder –exclama Andrés a media voz.

Luis Bonafé se lleva el vaso a los labios y, aunque ya no le importa, la mano que lo sostiene tiembla ligeramente. Ambos dan la espalda a la calle y se apoyan en la barra para relajarse.

–Joder –repite Andrés, expulsando el aire otra vez.

Afuera, en la calle, cualquier sonido agresivo –pitos, carreras, gritos– ha desaparecido. También ha empezado a llover.

–Van a ser cuatro gotas –comenta un hombre del corrillo que está más cercano a ellos.

–Sí, pero mete a la gente en casa –dice el camarero.

–O en los bares, no te jode –contesta otro del corrillo–. El caso es quejarse –dice dirigiéndose a los que le acompañan.

Andrés se incorpora y se acoda de lado en la barra.

–Eh, tú.

Luis se incorpora también y mira discretamente alrededor.

–Tengo la sensación –dice en voz baja– de que todos estos nos han calado.

–Entonces es que no son mala gente.

–Ya, pero no nos hubieran echado una mano.

–Hombre, sólo faltaba. Si la poli te trinca, bastante tienen con disimular. A veces tienes ideas de bombero.

Luis Bonafé se separa de la barra, se dirige a la puerta cristalera y, sin atravesarla, otea el exterior con aire despreocupado. Luego regresa.

–Yo creo que no hay moros en la costa –dice.

–Esperamos todavía un poco, ¿no?

–Mejor, aunque ahí afuera parece que está todo tranquilo.

–Por seguridad.

–¿De qué estábamos hablando antes?

–De lo que sea. Ya no tengo ganas.

Toda la culpa la tiene Andrés. A ver si no. Yo no sé si es muy soberbio o muy tímido. Tú le ves y parece soberbio, pero luego, cuando nos tropezamos –porque más que encontrarnos lo que hacemos es tropezarnos–, se encierra como un erizo. O sea, que llevamos casi siete años, desde que yo me vine a Madrid, jugando al gato y al ratón. ¿Tú te crees que es normal? De acuerdo, yo empecé el juego de hacerme la interesante a ver por dónde salía él después de lo de aquel verano, pero también es verdad que yo me esperaba otra clase de recibimiento, algo verdaderamente emocionante, una exultación apoteósica; después de que la niña del río libre una batalla de muerte por salir de su pueblo y seguir a su amor a Madrid, el tío va y se pone en plan de: ¡Ah! ¿Eres tú? Valiente gilipollas. Y como desde ese día cada uno se ha encastillado en su personaje, pues así estamos los dos, recelando y rabiando. Porque él, que no se haga el indiferente: rabia igual que yo. Pero ¡siete años! Es como el noviazgo con un opositor a notarías.

Lo malo es que me estoy quedando sola. Fátima ya ha caído en brazos de un sórdido penene de Políticas que le lleva quince años y está separado de su mujer, uno de esos que viene dispuesto a vivir una segunda juventud con un guayabo y de paso a ejercer de Pygmalión con ella; y Lourdes se ha integrado en una célula feminista comandada por una trepa, que eso es lo que es la tal Amanda con todo su feminismo a cuestas, trepando pene por pene mientras adoctrina a las más simples. Yo reconozco que soy sarcástica, sí, lo reconozco, pero me acuerdo muy bien del verano que pasé en Formentera y ahí se retrató Amanda. Ellas no la han visto y yo sí; por eso no le hace mucha gracia que yo aparezca por sus reuniones, supongo; siempre con una sorna que ya me está tocando los ovarios; por eso lo hace, me parece a mí: enseñar los dientes como primera línea de defensa. Una advertencia, ¿no?, por si ésta decide deslenguarse; eso debe de pensar. Y, claro, como no nos vamos a tirar del moño, porque sabe que no soy de esas, pues toca aguantarse. Y te dirás: entonces, ¿por qué vas a esas reuniones? Pues porque me da la gana, lo primero, y lo segundo que me interesa el tema. A ver si resulta que voy a tener que desinteresarme porque anda por medio la trepa esa; que la folle un pez, no te fastidia... Bueno, y porque son unas reuniones bastante divertidas y nos echamos unos porros de vez en cuando. Lo único sorprendente es que la mayoría de las chicas de la célula –como, además, Amanda es trostka, utilizamos ese lenguaje–, la mayoría, digo, están colgadas de tipos que las ningunean; muy cariñosamente si quieres, o incluso nada cariñosamente, pero unos perfectos y repulidos machistas. Yo, al menos, con esto del mal rollo con Andrés, estoy a salvo; salgo con compañeros o en panda y nada serio; porque Andrés tampoco es manco como machista, si quieres que te diga la verdad; o que me la diga, porque llevo no sé cuánto tiempo hablando sola, pero es que hace una día tan bueno, es abril, no hay una nube en el cielo que está tan limpio como el aire y yo estoy tan a gusto conmigo misma, aquí sentada en una de las terrazas del Paseo de Rosales, con mi vermut y mis aceitunas con anchoa y los pies en la silla de enfrente y las piernas recién depiladas y estupendas; sí, señora, a punto de terminar mi tesina, preparando además unos cursos de español para extranjeros que me he agenciado

en Salamanca, con mi padre cotizando para mantenerme lejos de casa... ¿qué más se puede pedir? A ver, déjame pensar... pues mi mano, por ejemplo, si Andrés tuviera un poco más de carácter para estas cosas. Es lo que dice Carlota: si no tiene un arranque, ¿para qué quieres un novio así? Tú vive tu vida y a lo que salga; lo mismo encuentras un novio ideal y te olvidas de Andrés y Andrés por fin se decide y así tienes a dos y te desvirgas de una vez... Sí, claro, tiene razón, pero ella no sabe lo del hechizo. Y que soy una naïf, como me dijo el poeta feérico.

Siete años de espera y ni una hora de novios de verdad. Unas veces por lejos y otras por cerca, pero nada de contacto. Me dan ganas de sacudirle por las solapas. Lo más frustrante es que en todo lo demás de la vida, Andrés es un lanzado; por ejemplo, en comparación con Luis Bonafé, que ése sí es un verdadero tímido. Parecen complementarios; en realidad, el estructurado y, a la vez, inseguro, es Luis; en cambio, Andrés, mucha fachada porque va pisando fuerte y es muy activo y... tiene menos estructura, menos temple, al menos por ahora. Conmigo es un falso tímido: encantador y divertido y todo eso, pero no hay manera de que se arranque. Luego, a la hora de ligar, es el que da la cara y Luis se retrae más. En cambio, conmigo nada de dar la cara. Entonces Lourdes dice que estoy pasmada, obsesionada con él, que si liga tanto por qué no se atreve conmigo; y yo tengo que explicarle: por eso, justamente por eso, porque de mí está enamorado y de las otras no; quien le da canguelo soy yo, no las otras. Entonces va y me dice que ésa es la excusa que me doy yo para explicarme el rechazo mientras él se está pegando el lote con las demás. Sí, sí, rechazo... como si no conociera yo a Andrés. Lo que tiene es un miedo a que yo le diga que no, a que le rechace yo, que lo paraliza, eso es lo que pasa. Hay que ser tonto del culo. Mira que pensar que le voy a dar calabazas... Pues así casi siete años, es que es de no creer. Pero esto se va a acabar.

Luis Bonafé sí que es majo. Si no fuera por Andrés, creo que le echaría los tejos. Tan serio, tan buen tío... la ternura de Luis. Es un chaval demasiado recto, no como Andrés, que tiene algo de pillo, que es lo que me gusta. Es de ley, pero pillo. Eso tiene mucho encanto. Al tío Cadavia, en cambio, no le acaba de convencer Luis; le cae bien, le parece un chaval de ley, pero no le acaba de convencer; dice que cuando uno va demasiado a las claras o es un simple o tiene recovecos inquietantes. Ahí se equivoca, porque Luis, de simple, nada; y no va tan a las claras como dice el tío Pedro; Luis es claro cuando decide tratar contigo, lo que pasa es que, como buen tímido, hay muchas ocasiones en las que se escurre, que no se moja, por eso, por timidez, no por retranca sino por timidez. Eso es lo que yo creo que le ocurre. En fin, cuando le cuento estas ideas sobre esos dos a mi adorado tío Cadavia me sale con la matraca de la inexperiencia, la juventud, la falta de sentido crítico para entender suficientemente el fondo de las cosas... Falta de sentido crítico, ¿no te fastidia?, y eso lo dice él, que está todo el día con el rollo del esoterismo y la teosofía y la Tradición auestas. Nosotros somos jóvenes y también somos distintos, vivimos juventudes distintas y experiencias distintas, así son las cosas.

A ver, ¿qué he hecho y qué voy a hacer hoy? Me he levantado con la luz, tan pronto que en la casa no se oía el vuelo de una mosca, he ocupado el cuarto de

baño con toda tranquilidad, he desayunado haciendo un poco de ruido en la cocina hasta que la criada ha aparecido toda suspicaz, he vuelto a mi cuarto para vestirme y he decidido recibir a la primavera como se merece. En Madrid no se advierte la llegada de la primavera. El tío Pedro tiene la costumbre de abrir una botella de buen vino el día justo en que comienza la primavera. Entonces he decidido acercarme al Parque del Oeste para ver si los lilos que hay por el lado del Puente de los Franceses estaban ya florecidos. He bajado andando por Marqués de Urquijo, he cruzado el parque, he llegado hasta el fondo y sí, allí estaban en flor. Pero ¿qué hacía yo a las nueve y media de la mañana delante de los lilos? El año siguiente al verano de Formentera estuve también aquí, no es fácil olvidarlo. O sea que debió de ser en la primavera del 63. Era el último año del Concilio Vaticano II y ya se había muerto Juan XXIII; si no recuerdo mal lo cerró Paulovi –le llamábamos Paulovi– al final del año. Por entonces yo ya había dejado de ir a misa, pero la gente estaba muy interesada, había sido un vuelco enorme en la manera de pensar y todo el mundo estaba tan esperanzado.

Esto de no ir a misa fue de la noche a la mañana y me quedé tan pancha, pero Andrés no, porque sus amigos, Bonafé entre otros, eran practicantes y con el Concilio les vino Dios a ver; ja, ja, qué chiste. Yo ya le había dado vueltas al asunto y comprendido que lo de la religión no tenía remedio porque aquello, tomara los derroteros que tomara, no había quien se lo creyera; y si alguien persistía en el empeño, ahí estaba el ejemplo de las monjas y de los curas para desmentirlo: por cada buena persona había cien fariseos; sólo era cuestión de abrir los ojos. Mira que creer en la transustanciación y todo eso...; o en el dogma de la Inmaculada Concepción...; en fin, lo importante era lo de los lilos. Yo estaba allí porque me había llevado un compañero de Luis Bonafé, uno de su grupo de meditación, o de trabajo espiritual, o de lo que fuera aquello que se traían entre manos los católicos progres. El tipo aquel era un sensible como muy educado, muy puesto, uno de esos chicos dotados de alegría evangélica que dan un poco de grima. Su intención era descubrirme los lilos florecidos y con la emoción me cogió por la cintura.

Yo, a mi edad y habiendo pasado por una Facultad como la de Filosofía y Letras, debería estar ya un poco curtida porque desde el curso 61-62, que fue cuando echaron a Aranguren y a García Calvo y se armó la gorda, era una Facultad como para curtirse. Yo entré al curso siguiente, pero precisamente por eso a los diecinueve tendría que haber estado al corriente de cómo se las gastaban los compañeros. Pues no: estábamos poco menos que besando el suelo que pisaban aquellos héroes de la revuelta estudiantil y vivamente agradecidos de que nos permitieran acceder al honor de dejarnos fascinar y adoctrinar por ellos. Sí, claro, ¡ahora me iban a camelar a mí! Pero a los diecinueve, y a los diecisiete, y a los dieciocho, yo estaba subida a mi guindo particular con las piernecillas colgando por fuera de la rama tan contenta y, si me caía, volvía a subirme llena de ilusión para dejarme enredar de nuevo con su labia y sus largas manos y otra vez al suelo. Menos mal que, como yo estaba enamorada de Andrés, era una defensa. Total, que el de los lilos empezó por la cintura; yo, cortada, le dejé; él, lanzado, siguió explorando, y al final el muy sensible se llevó una bofetada y yo otra. Ahora que lo

pienso, la suya debió de ser una reacción de desconcierto más que otra cosa, de puro nervio, de puro descontrol, pero yo vi que aquello acababa en pelea callejera y eché a correr; en mi vida he corrido tanto. Al día siguiente me fui a hablar con Luis, que se quedó helado, pero, oye, ¡caray con los jóvenes católicos comprometidos!

¿En dónde estaba? Ah, sí, delante de los lilos, esta mañana. Bueno, pues luego he subido por mitad del parque en plan de paseo lánguido y nostálgico y universitario y me he sentado en un banco. La verdad es que soy un poco Antoñita la Fantástica y cuando me pongo a imaginar se me pasan las horas. Volví a recordar, así de repente, sin venir a cuento, la imagen de mi ángel. No sé por qué la tengo ahí en la memoria, un juego de niñas montado sobre un mendigo que se acercó por casa. Supongo que me impresionó mucho, tanto como para acordarme aún de él. Mi hermana Adela estaba conmigo. Tengo que preguntarle, ahora que ya somos adultas. Recuerdo a mi padre furioso porque estaba allí caído delante de casa, esperándonos. Pero luego... luego hubo algo; algo pasó en casa, bastante tiempo después, una horrible sensación de malestar o de algo ominoso que estaba relacionada con el ángel; ¿o soy yo la que lo relaciona con el ángel? No: es una percepción, fue una percepción, lo que pasa es que no soy capaz de reconstruirla, no sé a qué responde. Sí, tengo que hablar con Adela. Ella sabe.

En fin: después de imaginar las delicias de mi futuro como profesora de español para extranjeros, de imaginar la culminación de la tesina, del doctorado, de la tesis y de una brillantísima carrera docente que empezaría por un lectorado y terminaría en una cátedra en provincias que sería la admiración de propios y extraños, me levanté del banco y de mis ensoñaciones y decidí celebrar mi espléndido porvenir con un vermut y unas aceitunas rellenas en una de las terrazas de los chiringuitos del Paseo de Rosales; y aquí estoy, feliz como una perdiz. La primavera de Madrid es, como siempre, desapacible y revuelta, pero hoy toca día de sol, brisa suave y buen tiempo. Lo que no quiero es volver a mi casa, o sea, a mi habitación en casa de la viuda de Segarra. Si mi padre se estirase un poco podría buscarme un piso por ahí, por el barrio de la Concepción o así, con una o dos amigas. Sería otra cosa.

Eso es lo que ha hecho Luis Bonafé con dos amigos. Su casa es una leonera, pero se les ve a gusto. Yo sería incapaz de tenerla así, que lo mismo te encuentras un calzoncillo tirado en mitad del pasillo que un plato con restos de chorizo en una repisa, pero la sensación de libertad es absoluta. Luis ha cambiado mucho desde que estuvo en París el año pasado y volvió con una afección de los ojos que lo ha tenido bastante fastidiado. Ha sido por los gases lacrimógenos: mira que siempre le toca estar en medio de todos los fregados, con lo tranquilo que es. Antes era un cristiano consciente y ahora es un cristiano radicalizado, pero siempre con ese aire tan tierno, tan suave. Es un sol.

Tengo que sacar dinero de alguna parte. O mi padre me financia mi plan, el doctorado y la tesina y todo eso, o voy a tener que buscar algo, pero quiero un lugar mío, quiero mi piso con mis compañeras. Luis dice que en el barrio de la Concepción hay pisos de dos dormitorios con salón: es suficiente y sólo necesito

una amiga. O una compañera de piso que sea maja, sin más. Tengo que conseguirlo. Tengo que conseguirlo.

Mendo Méndez y Andrés Delcampo están sentados en una mesa del bar Chun Chao delante de un cuaderno abierto y dos cervezas. Mendo Méndez, de aspecto aniñado salvo por una imprecisa pelusa de bigote de lampiño, se llama así por decisión de su padre, un coronel de infantería autoritario y chusquero admirador del humor grueso de don Pedro Muñoz Seca.

–Porque la hermana que me sigue –Mendo repite una vieja cantinela– se llama Mencía, que es un nombre raro y rancio de dama castellana, pero de alcurnia, y se llama así gracias a la protección de mi madre, que se plantó y porfió por ella. En cambio yo debo mi entera desgracia a mi padre, que se ve que me detestaba ya desde el momento mismo de la concepción –Méndez se detiene un momento para dar un sorbo a su cerveza–. Los de las tres pequeñas son más normales, dentro de lo que cabe: Agustina, Isabel y Fernanda. Nombres heroicos del Imperio español, sí, pero soportables. ¿Por qué no me puso Rodrigo, como el Cid? Rodrigo Méndez, ¡menuda diferencia! Pero como es muy chusco el hombre, muy gracioso y le encanta reírse con sus amigos, pues Mendo Méndez. ¿Será cabrón?

–Macho, o te cambias el nombre o lo aceptas de una vez; lo que no puede ser es que todavía sigas reconcomido por eso –dice Andrés.

–Tendré que esperar a que se muera, porque si me lo cambio estando él con vida me pega un tiro. A ver, ¿qué te parecería si a ti tu padre te hubiera puesto Floro? Floro Delcampo, chúpate ésa. Menudo cachondeo en el colegio, ¿no? Pues así he tenido que vivir yo, conque no te las des de consejero.

–Oye, que yo no me río de ti. Lo siento, de veras. Somos amigos, ¿no? Venga, vamos a seguir con la lista.

–Sin comentarios que no vengán al caso –exige Méndez.

–Sin comentarios que no vengán al caso –acepta Andrés, conciliador–. Repasemos: los diez peores defectos de España al término del decenio de los sesenta. ¿Leo? –Mendo asiente–. Aquí hay un primer desacuerdo. Tú has puesto la envidia.

–Obvio.

–De obvio, nada. Eso es un tópico para enmascarar algo mucho más cierto.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo: la hipocresía.

–Ése también.

–De también, nada. *Ése* es el mal. La envidia es una consecuencia, una compañía necesaria, pero de segundo rango.

–No me digas, tío listo –Mendo está, evidentemente, sin respuesta.

–Te digo. Y te lo digo con toda autoridad porque ésa es la cualidad más significada de la Iglesia católica, una cualidad fundacional en el caso de la nación española. ¿Y por qué es fundacional?, te preguntarás; pues muy sencillo, te responderé, porque éste es un país follado y fecundado por la Iglesia, que es la principal responsable del atraso cultural, vital e histórico de nuestro odiado país.

Mendo Méndez ha quedado aplastado por la aseveración de su amigo.

–Nunca lo había visto así –murmura convencido.

-Segundo defecto: la chulería. Quedan asociados a este apartado la ignorancia, la prepotencia y el avasallamiento.

-Bien.

-Tercero: la mediocridad. La *aurea mediocritas* como empeño nacional. Nada de Imperio: por la mediocridad hacia Dios. Quedan asociados a este apartado la ranciedad, la ñoñez, el ropero y Cáritas Diocesana.

-Lo veo perfecto.

-Cuarto defecto: el complejo de inferioridad.

-Ése es el más doloroso.

-Quinto: el autodesprecio disfrazado de destino racial. Se propone como ejemplo una frase de uso corriente que lo resume a la perfección: «Si es que no se nos puede dejar sueltos».

-También valdría: «Aquí lo que hay que hacer es cortar una cuantas cabezas».

-Ése es complementario.

-Vale. El sexto.

-Sexto defecto nacional: el silencio.

-Muy sutil. Ése está muy bien visto. El séptimo.

-¡Alto! Aquí es donde se divide la doctrina. Se barajan varias opciones, pero ninguna tan clara como los defectos señalados hasta ahora. También se propone llamarlos males y no defectos.

-Males endémicos.

-Por ahí va la cosa. Los defectos parecen un problema menor y corregible, mientras que los males son constitutivos.

-Macho, qué lenguaje tan imponente.

-Estoy pensando que no hemos hecho ninguna referencia al sexo.

-El sexo está aplastado bajo ese cúmulo de defectos.

-También es verdad; pero soy partidario de una mención explícita.

-¿Te refieres a lo de que fornicar no es un pecado sino un milagro?

-No, olvidemos el lado sarcástico; necesitamos algo más contundente -precisa pensativo Andrés.

-¿Qué te parece Impotencia Espiritual y Sexual? Eso les tiene que joder bastante. Piensa que están todo el día machacándonos con que son «la reserva espiritual de Occidente».

-La reserva de los putos indios carpetovetónicos, eso es lo que somos.

-De todos modos, lo de la Impotencia no lo veo claro como defecto nacional.

-Mal.

-¿Qué es lo que está mal?

-Digo que Mal, no defecto sino Mal, Mal Nacional.

-Ah, hecho: Mal Nacional. Bueno, pues que la Impotencia no la veo yo como un Mal Nacional. Si acaso, como un defecto, ahora que lo pienso.

-Bien visto. Somos gente desentrenada, pero no impotente.

-Atención, Andrés, un mal importante: el cainismo.

-Ése sí que es fuerte. Anotado: el séptimo -acepta Andrés.

-Además viene avalado por don Antonio Machado.

–No sé yo si los poetas son autoridad suficiente...

–¿Que Machado no es autoridad suficiente? Ahora mismo te retractas o me cago en todos tus muertos hasta la quinta generación.

–Se me ocurre otra autoridad: Goya.

–También, sí señor. Pero ése es caso aparte, porque tú estás pensando en *Dos forasteros* –Andrés hace un gesto de extrañeza–. Sí, macho, el cuadro de los dos hombres hundidos en la tierra que se están sacudiendo el uno al otro –Andrés hace un gesto de reconocimiento–. Pero yo me refiero a toda la obra, porque ahí está este jodido país retratado como nadie lo ha hecho ni lo hará nunca. Y todo es tan cierto y tan actual como que tú y yo estamos sentados aquí.

–Joder, Mendo, no tenía noticia de este dominio de lo artístico que encierra tu cacumen.

–Porque no sé si sabes que soy licenciado en Historia del Arte.

–Ahora me explico la manía que te tiene tu padre. Eso no se le hace a un coronel de artillería.

–De infantería.

–Pues peor me lo pones.

Los dos jóvenes se quedan un rato en silencio, meditando.

–Bueno –dice al fin Mendo–, ¿seguimos con la lista?

–Bah, déjalo, ya no me apetece. Me apetece tan poco como vivir en este país, te lo digo de verdad.

–Pues no hay otra opción, por ahora.

–Desgraciadamente.

Nuevo silencio.

–Hay un disco nuevo de Dylan.

–¿Has oído ya *Nashville skyline*?

–Sí. ¿Lo tienes?

–Lo tiene Cuchi y no lo suelta –pausa–. Bob Dylan es un tío grande. ¿Te imaginas, qué vida la suya? Él está haciendo música en el centro del mundo y nosotros estamos aquí tirados como colillas en el patio de atrás de ese mismo mundo.

–Como gatos hurgando en los cubos de basura. Esa canción, *Lay Lady Lay...* es una belleza. Ha cogido el country y lo ha reconvertido para cantarlo él: acojonante. Hay una, *Girl of de North Country*, que canta con Johnny Cash, que te puedes morir. Es Dios. Dylan es Dios.

–Bueno, no te precipites. Dios es Jacques Brel y Dylan es, hasta ahí concedo, el Arcángel San Gabriel.

–¡Afrancesado!

–¡Gringo de mierda!

Se acaba el 69 (me imagino la cantidad de bromas obscenas que haría el niño Méndez con semejante aseveración). Sin embargo, nadie olvida el 68 y todo el mundo sigue excitado, es una experiencia única, Bonafé dice que nos marcará para siempre. Pero es mejor que el 69 se vaya, ha sido un año triste y flojo y yo misma arrastro esa flojera hasta las puertas de la Navidad. Que se termine de una vez. Lo que ya tengo terminada es la tesina, una pequeña isla en el mar hosco del año. Y ahora, ¿qué? ¿La tesis? No la tengo clara, o sea, como yo misma (es un juego de palabras). Hay un pequeño resquicio: la posibilidad de conseguir un lectorado en el extranjero. Es tentador salir afuera, ves las cosas de manera distinta, con otra perspectiva, sí, pero me tiene que salir el puesto. Y luego está Andrés, lo que exige una decisión, y quizá en parte estoy cansada y desanimada por eso mismo; parece como si nunca fuera a suceder nada. ¿Tendré que agarrarle yo de la corbata? Porque lleva corbata; desde que ha encontrado trabajo, lleva corbata y la verdad es que le sienta bastante bien, pero es como si se hubiera despedido de los viejos tiempos, cuando se dedicaba a la farra y a estudiar lo justo; bueno, nos dedicábamos, pero yo estudiaba cien veces más que él. O sea, que está más contento que unas castañuelas trabajando en un bufete de medio pelo. ¡Qué vas a pedir cuando empiezas! El tío Baldomero está contento también, por eso y, sobre todo, porque no trabaja para el Estado. A pesar de que le empujaba a hacer oposiciones, por seguridad y todo eso, los padres ya se sabe, en el fondo está encantado de que no sea un vil funcionario. No me extraña. Yo no sé las razones, pero sé que el tío Baldomero está muy quemado desde que abandonó el Servicio Nacional del Trigo, eso dice la tía Asunta, aunque sigue siendo un funcionario del Estado, o sea que sigue quemado. Es un detalle que no haya forzado a Andrés y ahora se alegra porque es un hombre decente. Qué pena, con lo elegante y bien plantado que era el tío Baldomero, que no le tosía nadie en el pueblo, el más señor de todos, el de más autoridad, siempre tan educado, un poco imponente, pero muy educado... y ahora sigue alicaído, a veces se le escapa esa media sonrisa triste que estoy segura de que no quiere que nadie advierta. Me fijo porque me gusta mirar a la cara a la gente. Entonces la tía Asunta suspira, pero a mí me parece que más bien se lo reprocha, que es como si con esa elevación de cejas tan característica suya le estuviera diciendo: «Ya estamos otra vez con lo mismo». Es un gesto que parece de resignación cristiana, pero resulta hiriente y ella lo sabe; tendría que darse cuenta. Y mi padre definitivamente convertido en un preboste provincial, haciendo dinero a base de bien, comprando pisos en la ciudad, comprando medio pueblo, él por un lado y mi madre por otro, mamá metida en una vorágine de señora de preboste local que la ha cambiado por completo, a ella, que nunca ha sido de mucha vida social. Al menos a mi padre le veo que me deja en paz. En cambio para mamá es como si ya me hubiera dado por perdida y se dedicase sólo a la pobre Adela, condenada a ser madre coneja y ama de casa social como ella. Ahora resulta que para quien soy una desnortada es para mi madre, y, por el contrario, lo mismo mi padre me aprecia a escondidas. Ver para creer.

En fin, mírate. Tienes veinticuatro años y la vida por delante. Si te vas, es para un

año, puede que dos, no se sabe qué vendrá después; si te quedas, tienes más de lo mismo: vivir a costa de tu padre, empezar la tesis, hacer vida de biblioteca... Creo que, por preferir, prefiero irme, siempre hay tiempo de hacer la tesis; pero, entonces, Andrés... No me acabo de creer que vaya a ejercer la abogacía, que haya encaminado ya su vida y todo sea seguir el camino marcado, un profesional de prestigio, una vida resuelta... es demasiado pronto. Tendríamos que mandar todo a la mierda por una temporada y dedicarnos a viajar, por ejemplo, en lugar de quedarnos aquí como pasmarotes cumpliendo con nuestras obligaciones, convirtiéndonos en un señor y una señora que ponen casa y reciben. Pero ¿qué digo? Primero tendría que declararse, y yo aceptaría, claro, y entonces nos casaríamos, y yo habría estudiado Arqueología en vez de Filología francesa y nos largaríamos a Egipto, donde él haría toda clase de negocios turbios mientras yo me dedicaba a excavar tumbas; y durante los veranos, como debe de hacer un calor infernal, viajaríamos por el norte de Europa.

Se echan encima las Navidades y no sé qué hacer. No sé si volver a casa en Nochebuena, que es lo que ellos esperan, o quedarme en Madrid y pasarla en casa de Andrés con sus padres y el tío Pedro, supongo. En mi casa va a ser una Nochebuena de pereza mortal porque me toca de víctima, o sea, que todos, incluido el tontaina de mi cuñado, van a tratar de demostrarme que son la crema, la elite de la provincia, soltando nombres, relaciones y posesiones para apabullar, ¿a quién?, ¿a mí? Trabajo inútil. La verdad es que son pesadísimos, no es que no los quiera, es que son pesadísimos, que si tenemos la cena en casa de las Marquínez, que si vamos a merendar a casa de los Valdivielso... además de que este año, con lo del Estado de Excepción, mi padre estará que echa chispas. Y como, naturalmente, yo soy la rebelde, cargarán todos contra mí, me harán responsable del Estado de Excepción, me acusarán de haberme extraviado como una pazguata y de relacionarme sólo con gente de la cáscara amarga y entonces llegaremos a los lamentos por haberme dejado ir a estudiar a Madrid. Qué horror, qué panorama. De ésa no me libra ni el hipotético aprecio secreto de mi padre. Es que son así, es la necesidad de refrotarme lo maravillosas que son sus tristes vidas; será por eso, por lo tristes que son, ahí encerrados en su pequeño mundo. En fin, que me mata de la ilusión ir a cenar el besugo con ellos. Besugo y lombarda, turrónes y peladillas, y acabar medio piripis, como todos los años. Eso es lo único gracioso: ver a mamá soltándose el pelo con dos copas de champán. Por lo demás, menudo plan. Lo temo más que a un nublado, pero es la familia. La familia tira.

En casa de Andrés sí me apetece. No sólo por Andrés, es que será una reunión más contenida, más amable, menos pretenciosa. El tío Pedro y el tío Baldomero, cuando se juntan, da gusto estar con ellos; y eso que cada uno es de su padre y de su madre, porque en los tiempos del pueblo debían de tener más cosas en común que ahora, que cada uno va por libre, pero da gusto verlos juntos; a la tía Asunta la ponen un poco nerviosa; es porque ella es un pelo tiesa, un pelo puesta, y esos dos, en cambio, se desmandan en cuanto se juntan y se ponen a quitarse la palabra de la boca contando cantidad de cosas tronchantes. Y Andrés se anima mucho con ellos, de manera que la Nochebuena en su casa tiene que ser algo genial. Va

también la suegra, la abuela de Andrés, que hace frente con su hija. Cuando coincidimos todos, Andrés y yo lo pasamos en grande viendo las escaramuzas que se cruzan los dos bandos.

A Andrés la Navidad le parece triste, yo creo que es porque está enfadado con el mundo en general y con la vida en particular. La noche de Fin de Año podríamos salir si no me quedo en Nochebuena; si me quedo, mis padres no perdonarán que no vaya en Nochevieja. La Nochevieja en casa es bastante peor que la Nochebuena, porque adónde voy a salir yo esa noche y con quién. La cosa va de quedarse en casa o acompañar a Adela y su marido a la fiesta a la que hayan decidido ir, que será tan espeluznante como corresponde a la gente con la que se tratan. Plan espantoso. Mejor ir en Nochebuena, pero qué pereza. Tendría que quedarme en Madrid, ésa es la verdad, lo que pasa es que al final me va a dar pena no ir a verlos y ya estamos con lo de siempre: las asquerosas emociones familiares. Bonafé dice que las dos separaciones más duras por las que ha de pasar un ser humano son la del seminario y la del Pecé. Yo creo que es aún más traumática la de la familia. Tres en total, para quien las haya vivido, porque yo con la última ya voy servida. ¿Por qué? ¿Qué clase de vínculo es éste? En fin, no sé por qué me pregunto cosas que ya me sé. Lo que pasa es que soy una sentimental incurable; y se lo debo a ellos.

¿Y tú, estúpido Andrés Delcampo? ¿Qué haces ahí dejando que se te pasee el alma por el cuerpo? Al final todos son unos adolescentes que están a ver qué pasa. ¡Si a mí me gustan los tipos con arranque, deberías saberlo ya a estas alturas! A las mujeres también nos gusta ver un poco de coraje. Es que no hay término medio, caramba. Hay que ser más agresivo, oye, hay que saber echarse adelante cuando llega el momento. Yo no le pido a Andrés que sea un prepotente como Cuchi Mendina, pero es que Cuchi es magnético y eso también gusta, hay que tener un poco de todo; ternura sí, cariño sí... y decisión también. Yo reconozco que Cuchi se pasa de decidido y se queda bastante corto de sensibilidad, pero hay que equilibrar un poco, ¿no te parece? ¡Conque ponte en marcha si quieres que me quede aquí en Nochebuena y en Nochevieja, Andrés Delcampo! ¡No me hagas llevarte de las orejas!

La mano fuerte de finos dedos signa una cruz en la frente de la mujer de mediana edad, recorre la línea de sus cejas depiladas, primero a la izquierda y luego a la derecha, regresa al centro, desciende por la nariz prominente hasta sus labios entreabiertos e introduce una especie de pastelillo, que sostiene entre el pulgar y el índice, entre sus labios pintados.

–Te perdono de todo corazón –dice.

La mujer está desnuda de cintura para arriba y arrodillada ante él. El maquillaje exquisito esconde su edad, pero se deja ver que no es joven. En una butaca cercana reposa una chaqueta en cuya solapa destaca un broche de oro y brillantes con la forma de un ave voluptuosa, una blusa de seda blanca con lazo al cuello y un fino sujetador de encaje. Ella cierra los ojos y mastica lentamente, como si aspirara un perfume deleitoso, embriagador. La escena tiene un aire decadente y vicioso. Los pechos de la mujer, ya vencidos por la gravedad, también delatan su edad, pero siguen siendo atractivos. Cuchi Mendina toma su cara entre las manos y la acaricia suave y repetidamente hasta que ella parece perderse en un ensueño. Entonces se desabrocha el pantalón, extrae su miembro y lo frota contra la cara de la mujer. Ella abre los ojos, lo recoge con sus manos y se entrega a él. Cuchi suspira.

Andrés ha abandonado la habitación y pasea por la antesala del dormitorio donde se hallan los otros dos. Están en la suite de un hotel de lujo de Madrid. Enciende un cigarrillo y se sienta en una butaca de manera que no puede ver lo que ocurre en el dormitorio adyacente. Pasa el tiempo. Se levanta y se sirve una copa. Aunque no lo desea, escucha los gemidos, todavía discretos y entrecortados, que se van expandiendo por el aire. Se pregunta qué hace en esa habitación, pero no se atreve a abandonarla porque teme las burlas que recibirá de Cuchi si lo hace.

Los gemidos aumentan y escucha la respuesta mullida del lecho que se estremece. De pronto oye la voz de su amigo.

–¿Te gusta así?

–Me gusta todo lo que me haces –dice una voz que brota roncamente de un deseo incontinido.

Está empezando a excitarse él también. De pronto se le ocurre pensar que Cuchi lo llamará para que se una a ellos y la idea le turba considerablemente. Se pone en pie, da vueltas sobre sí mismo, siente la tentación de asomarse y curiosear cuando el ritmo de los cuerpos sobre las sábanas aumenta prodigiosamente y piensa a la vez que no sabe lo que hace allí ni sabe cómo comportarse. Se encuentra atrapado entre el acaloramiento y el rechazo.

Todo ha empezado en el bar del hotel donde se encontraban ambos tomando una copa. Aún no sabe qué hizo Cuchi para atraer la atención de la mujer que fumaba sola ante su copa en una mesa cercana, pero es evidente que entre ella y su amigo se había establecido una conexión invisible, una especie de onda de calor que no ha dejado de percibir hasta que Cuchi se ha levantado a cambiar unas palabras con ella. Todo ha sido tan sencillo que aún no acaba de digerirlo mientras escucha los estertores que indican el final del espasmo amoroso.

Por un momento siente un vacío en el estómago ante el silencio, apenas roto por

unos susurros, que proviene del interior del dormitorio. Andrés se debate entre el deseo cada vez más punzante de entrar y el deseo de escapar de la suite, que disminuye. Al rato escucha ruidos en el baño y Cuchi sale en seguida, vestido. Sonriente, casi burlón, hace una seña a su amigo para que se adelante hacia la puerta y salen.

Ya en el descansillo, mientras se dirigen al ascensor, Cuchi comenta:

–Creo que a ella le habría gustado que mirases.

Andrés y Clara aguardan en la cola de un cine. Llueve y la cola, para ponerse a cubierto, se ha replegado sobre sí misma en el antevestíbulo y bajo la marquesina, por lo que se apelotonan incómodos, pero con orden, a la espera de que se abra la taquilla. Aunque es media tarde la oscuridad ha invadido ya la ciudad y las gotas de agua brillan al caer por delante de las luces de las farolas. Hace frío y la gente se encoge dentro de sus abrigos y gabardinas y patea el suelo discretamente. En los cartelones pintados de la fachada del cine se anuncia la película: *Toma el dinero y corre*, de Woody Allen.

–¿Qué plan tienes para las Navidades? –pregunta Andrés a media voz.

–No lo sé, y tengo que decidirlo, porque se están echando encima. La verdad es que a mí me encantan las Navidades. A ti no, ¿verdad?

–Las detesto. Todo ese rollo de la alegría obligada y los regalos, todo tan falso...

–A mí no es que me vuelva loca mi familia, pero me gusta verlos en estas fiestas, me gusta la cena, el turrón, el champán, las peladillas... y los regalos.

–Que suelen ser absurdos –apostilla Andrés.

–Tú es que eres muy poco cariñoso y por eso no lo disfrutas; pero si te olvidas y decides ser encantador es divertido. Yo te pienso hacer un regalo.

–¿Ah, sí? Qué bien. Yo... yo también te voy a hacer uno.

–Se te acaba de ocurrir.

–¿A mí? ¡Qué dices! Lo tengo pensado y todo.

–Si da igual. Lo importante es elegir algo para alguien por quien tengas afecto.

–Oye, que yo...

–Que sí, que sí, que vale –Clara decide alejar la discusión–. Yo tengo algo para ti, pero no sé cuándo te lo voy a dar.

–¿Por qué no te vienes a cenar en Nochebuena con nosotros?

–Mmm... no sé; no sé cómo se lo tomarían mis padres.

–Sería genial. En casa seguro que les parece una idea estupenda.

–¿Genial? ¿Sí? –Clara le mira con ojos alegres; luego tuerce el gesto–. Es que a mis padres les va a parecer fatal que no vaya. Sería la primera vez y están en plan de: esta niña se nos está perdiendo en Madrid.

–Podría conseguir que mi padre llamase al tuyo para convencerle; no es lo mismo que si se lo planteas tú.

–Lo sé, pero les va a saber a cuerno quemado.

Andrés aparta la vista de Clara y permanece en silencio con gesto pensativo.

–Si pudiera ser otro día... –deja caer ella al ver que Andrés no sale de su ensimismamiento.

–A ver –dice Andrés, repentinamente iluminado–. El día de Navidad no puede ser porque no te da tiempo a venir y yo la Nochevieja la odio con toda mi alma porque es, de todos los días del año, el único en el que hay que divertirse obligatoriamente; aunque, claro –concede–, acabaré saliendo por ahí, qué remedio. Pero tengo una idea, ¿qué tal la noche de Reyes? En casa siempre se hace cena... y regalos; es la noche de los regalos.

–Me encanta la idea –dice Clara cogiéndole por ambos brazos–. Te mereces un

beso por gentil.

–No me parece mal si eso quiere decir que ya tengo acceso a la lista de los elegidos.

–¿Qué lista?

–Todos esos con los que tontearas por ahí.

–No, si todavía lo dirás en serio.

–¡Y tan en serio! –protesta Andrés–. A ver si te crees que no me doy cuenta de las cosas. Tienes una cola de pretendientes que me río yo de ésta –mira intencionadamente alrededor.

–Andrés, tú es que no te enteras –dice entre enfadada y maliciosa Clara–. Y hazme el favor de no apartar la mirada con el pretexto de la cola, que te conozco.

–¿Pretexto? ¿Pretexto para qué?

–Para no mirarme.

–Vale. Ya. ¿Qué pasa?

–A ver, empieza con la lista de pretendientes, como tú los llamas, que eres más antiguo que el que inventó el hilo.

Andrés, con evidente incomodidad, desgrana nombres que Clara acoge con una sonrisa escéptica y frunciendo cómicamente las cejas.

–Ni uno, es que no has acertado ni uno.

–E incluso Cuchi Mendina –dice Andrés ya enojado.

–¿Cuchi y yo? Andrés, no desbarres. Es un chico que no está nada mal y tú lo sabes tan bien como yo. Que sea un castigador no quiere decir que haya ligado conmigo.

–Pero salís juntos, eso no me lo puedes negar –dice Andrés enérgico.

–A veces, sí; sólo faltaba que no pudiera salir con él.

–Muy a menudo –insiste Andrés.

–¿Qué pasa, que me vigilas?

–Lo que pasa es que quiere acostarse contigo –dice Andrés a media voz, consciente de que pueden oírle.

–¿Y tú? –pregunta Clara, desafiante–, porque tú siempre has sido un despegado, pero un despegado tan amoroso...

Un instante queda suspendido en el tiempo.

–Es lo que más deseo en el mundo –contesta Andrés impetuosamente.

Clara ilumina sus ojos y ladea la cabeza ligeramente, como si se sorprendiera a sí misma observándolo a él. Es un gesto encantador, lleno de coquetería y de una maliciosa inocencia que subraya extendiendo su sonrisa por todo el rostro, que contiene también un toque de sorprendida gratitud. Andrés reconoce ese gesto extraordinario porque es el mismo que ella mostró aquel día desde el agua del remanso en el lugar secreto. Y como entonces, ahora está también a punto de estallar.

–¿Y a qué estás esperando? –dice ella.

A lo largo del año de 1970, Andrés Delcampo cambió de carácter. Si ello se debió a su matrimonio con Clara Zubia, al juicio político contra destacados sindicalistas por el Sumario 1001, y a los movimientos de protesta que lo siguieron, o a su entrada en el mercado del Arte nadie puede afirmarlo con seguridad, pero lo cierto es que fue uno de esos años que lo perfilan a uno como persona. Entre el indeciso y el decidido, tomó la delantera este último; entre el diletante y el preocupado e implicado, lo mismo; entre el profesional desganado y el hombre de acción, ídem de lienzo. La situación profesional de Andrés dio un vuelco gracias a su amistad con Mateo Perdiz. Mateo era un novelista vecino de un pueblo cercano al suyo que había conseguido publicar una novela bajo el paraguas de un lanzamiento editorial que tomó el nombre de Nueva Narrativa Española, una operación que implicó a dos o tres casas editoriales españolas cuya estela siguieron unos cuantos acompañantes menores y que tuvo el menguado éxito de ventas previsible, pero se habló mucho del suceso en la prensa. Mateo era un joven de escritura fácil y gran desenvoltura para entablar relación. Colaboraba asiduamente en una revista de arte, además de en otras varias publicaciones de toda índole, y cazó al vuelo la oportunidad para Andrés: una importante galería nacional con contactos internacionales necesitaba un gestor con formación jurídica.

Andrés y Clara se casaron por la Iglesia, como era de rigor en la época. Previamente declararon al cura bajo secreto de confesión que eran ateos y no creían en el sacramento del matrimonio y éste no tuvo más remedio que casarlos por el rito católico, lo que hizo de buen grado, porque era hombre comprensivo y, sobre todo, porque en todo caso prefería el matrimonio al concubinato. Los nuevos esposos no pudieron salir de luna de miel porque no tenían un duro y el dinero que, de no muy buen grado, aportaron los padres de ambos se gastó en el amueblamiento imprescindible de un pequeño piso alquilado en la calle Cartagena. Ambas familias, o bien esperaban otra clase de cónyuge para su hija (caso Zubia) o bien consideraron que eran demasiado jóvenes para dar un paso que los comprometía de por vida (caso Delcampo), aunque lo más probable es que su actitud respondiera a la suma de ambos factores. Pero si no hubo luna de miel, hubo grandes festejos en su nuevo piso, al que acudieron todos los amigos sin faltar uno; y es que no había mucha gente joven en Madrid con la maravillosa posibilidad de disponer de un piso para ellos solos, lejos de la familia. Así eran las cosas en aquellos tiempos. Por la noche, tras despedir a todos, se entregaban furiosa y apasionadamente al cuerpo a cuerpo porque no tenían que madrugar. Vagancia, sexo e irresponsabilidad momentánea: vivieron en el Paraíso.

Bonafé, Méndez, Mendina, Perdiz y El Figura se constituyeron ese año en el núcleo duro de las amistades de Andrés, aunque no siempre se concentraban los cinco a la vez. Clara los acompañaba en sus salidas, en las que participaban ocasionalmente otras chicas, pero el grupo estaba descompensado porque ella era la única fija y los demás, aunque andaban a la caza y captura, no atinaban con una pareja estable; tampoco Cuchi Mendina, que era un castigador nato. Méndez y El Figura eran uña y carne entre sí, hasta el punto de que el primero siempre

procuraba ligar con las novias que el segundo iba abandonando. El Figura debía su apodo al hecho de haber sido campeón de salto de pértiga en los juegos escolares nacionales, cuando su ídolo era el pertiguista norteamericano Don Bragg. Bonafé y Méndez, que habían estudiado en el mismo colegio de curas que El Figura, celebraban cada uno de sus saltos válidos con un grito, medio de apoyo medio de guerra, que entonaban siempre dirigiéndose a los compañeros de colegio por el que saltaba el rival más directo:

*Macarrón, macarrón, chimpún
Átiburri burri macao
Teu, teu, teu, barínchínchín,
Á-tiburri
Ya lo'a matao.*

Pero al poco de ingresar en la Universidad, se convirtió en un radical y su ídolo pasó a ser Chen Po Ta, un revolucionario que se situaba a la izquierda de Mao. Sin embargo, las relaciones entre todos, pese a la disparidad de ideologías políticas –e incluso de su ausencia, como en el caso de Mendina–, eran excelentes porque coincidían en la ideología vital, que era la de pasarlo lo mejor posible en la vida inmediata. Eso no evitaba las discusiones y los choques subsiguientes, a veces muy duros, como es natural, pero los templaba, y, por otra parte, lo cierto es que existía un acuerdo general con respecto al régimen de Franco, al que consideraban de una mediocridad oprimiente y una ranciedad asfixiante. Ya en la Universidad, pusieron de moda otro grito, éste más elaborado e inteligible, que entonaban en público cada vez que el razonamiento de algún orador les parecía merecedor de su aprobación:

*Eso está bien, eso está bien, eso está bien,
de esa opinión participo yo también.*

Aunque el más celebrado en las reuniones varoniles era, en realidad, una canción de campamento, producto del paso de la mayoría por las milicias universitarias:

*Querida Irene,
querida Irene,
síguete meneando
que ya me viene.*

Ahora, en 1970, la Universidad había quedado atrás, cada uno se buscaba la vida como podía y Andrés y Clara estrenaban trabajo. Él en el mercado del arte, como ya hemos señalado antes, y Clara dando clases en un colegio privado como profesora interina de Lengua y Literatura. Para ellos dos el mundo era, a pesar de todo el ambiente grisáceo e intolerante del país, muy prometedor, porque estaban en la edad del amor, la vitalidad y el primer dinero ganado con su propio esfuerzo. La realidad tangible era que su vida les pertenecía por primera vez y, en esa circunstancia, cualquiera, por adverso que resulte ser el medio en que se ve obligado a desenvolverse, es muy capaz de hacer de su camino en el mundo una vivencia radiante, por mucho que las atávicas, malévolas y patéticas sombras del pasado traten de torcer su rumbo para reencaminarlo –¡oh, el tinglado de la antigua farsa!– por el Imperio hacia Dios.

Y ahora, continuemos con nuestra narración.

III

*Young men riding in the street
In the bright new season
Spur without reason,
Causing their steeds to leap*.*

Ezra Pound

Hoy me he dado cuenta de que el horizonte ha cambiado de significado. Hasta ayer era una imagen de libertad, de espacio absoluto y de expectación; hoy es una marca, un límite, la presencia del fin. El futuro, que retrocede hacia mí, quizá lo detenga momentáneamente ella, tal como está ahora, con los brazos abiertos a contraluz y esa manera de recibir el sol que desciende lentamente y la brisa que se levanta al unísono. Ante su figura caminando por la playa, frente a esa sensualidad inesperada, el futuro retrocede confuso. Ella ha cumplido sesenta años y me parece más bella que nunca; las marcas de la vida se muestran en su cuerpo y en su rostro y revelan una armonía noble y madura y, a la vez, son ligeras y sensuales como su delgadez frente al sol, tan seductora. Se vuelve y me sonríe, me hace gestos alentadores para que la acompañe. Sí, tendré que acudir a su lado y vencer mi pereza. Quizá siempre ha sido así, quizá nuestra relación haya sido siempre así. Ella delante y yo detrás. Ella abriendo los brazos al mundo y yo sentado mirándola feliz con un vaso de ron helado en la mano. O yo alejándome constantemente del centro y ella en el centro de las cosas. Todo depende de la mirada de cada uno y del lugar que ocupa para mirar. Clara se acerca ahora a la orilla, descalza; ha dejado las sandalias sobre la arena y se aleja de ellas hacia el agua que viene a besarle los pies. Yo voy a terminar esta copa, mi única copa en toda la tarde, antes de abandonar la silla y el abrigo de la terraza del bar.

El ron –vaso bajo lleno de cubitos de hielo y ron Saint James blanco– es un hito de la memoria, aunque no recuerdo la primera vez que llené el vaso de hielos y después lo vertí sobre ellos casi hasta el borde. «Por nosotros», le dije a Bonafé el día que entramos en la Universidad, sin saber que sellaba el adiós definitivo a la adolescencia y, sobre todo, sin saber que al otro lado de la barra, justo enfrente de las dos copas que entrechocamos derramando una gotas eufóricas, asomaba en un borroso segundo plano la cara de Mateo Perdiz, el aún por entonces desconocido que, sin proponérselo, con el atolondramiento de las almas aceleradas que siempre se adelantan a sus reflexiones, infligiría mucho después a Clara una herida tan lenta de sanar. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces? No me refiero al tiempo real, mensurable, sino al tiempo vital, el que nos alimenta, el que no tiene perspectiva, el que llevamos encima como una segunda piel.

Cuando era estudiante universitario paseaba a menudo por la Gran Vía, que era lo más parecido de nuestra existencia a recorrer Sunset Boulevard o la calle 42 de

las películas de entonces. Una vía muy ancha que se torcía al llegar a la plaza del Callao, flanqueada por edificios como pasteles de boda coronados de luminosos y plagada de cines de estreno que se sucedían a lo largo de las aceras como suntuosos gigantes del espectáculo enmarcados en tubos de neón; y luego las tiendas y los hoteles, más luz y más brillo, y la galería comercial de Los Sótanos y los clubes a la vista o en las calles aledañas, J'Hay, Morocco, Pasapoga, El Biombo Chino... Era la noche en todo su esplendor, la noche de los gatos y las luciérnagas urbanas, la noche de los faros de los automóviles trazando líneas de color sobre las calzadas, la noche que expulsaba la luz de los días embrutecidos, conformistas y miserables y destapaba y exhalaba el olor de lo clandestino, la euforia de la anarquía y del alcohol que la excita en las esquinas, la estimulante dispersión de los viandantes nocturnos iluminados por las farolas y los escaparates encendidos.

Cierro los ojos y el recuerdo es ahora como un cuadro impresionista. Ya no puedo precisar los detalles, pero la mancha de color es sugerente y precipita la imaginación por medio de los sentidos, que la interpretan despiertos a través de la memoria. Allí se juntaban las gentes más raras de Madrid, tanto más singulares cuanto más avanzaba la noche, la fauna baudeleriana del crepúsculo vespertino. Allí nos encontrábamos como peces en el agua entre rufianes, burgueses vergonzantes, mujeres de vida ligera, matones y turistas, libertarios y reaccionarios, mendigos y poetas, policías de paisano, cerilleras, floristas, provincianos y carteristas, todos mezclados en un bulle-bulle incesante. Es la noche tentadora para los paseantes solitarios que, como yo, andaban y miraban insaciablemente a su alrededor, devorando rostros y cuerpos, mientras se encaminaban en busca de los antros donde habían de reunirse para conspirar y conversar, de una barra donde acodarse y beber y fumar como si el tiempo no existiera y el mañana esperase siempre. ¿Qué es esto? ¿Detestable añoranza? Pero la memoria es fiel en lo esencial y olvidadiza en lo accesorio, interesada, selectiva... Cuando he vuelto a pasear, de noche y con el peso de los años, las emociones habían desaparecido. Ahora carece de intriga, posee todas las antiguas formas, pero es como si hubieran pasado un trapo limpiador por la antigua imagen y ésta se mostrara tan nítida y lustrosa como un recuerdo recién adquirido. O puede que sea la melancolía lo que el trapo se ha llevado consigo. En realidad, lo que salta a la vista carece de relieve porque ha perdido el misterio que le otorgaba la mirada del paseante solitario

*Voici le soir charmant, ami du criminel;
Il vient comme un complice, à pas de loup; le ciel
Se ferme lentement comme une grande alcôve...*

y la realidad sólo se mira a sí misma, monótona y acorde con estos tiempos donde lo único que importa es la superficie de las cosas, de la vida, donde lo inmediato es también el pasado y el futuro en un deseo insensato de inmortalidad.

Clara ha llegado al borde del agua. Contra el sol que desciende hacia su ocaso, su cuerpo delgado y esbelto se transparenta como una sombra viva a través de la ropa. A esta distancia me parece una jovencita encantadora, quizá porque ella es verdaderamente inmortal para mí.

Mateo Perdiz era un hombre de suerte. Delgado como un espárrago, vivaracho y oportunista, había empleado cuatro meses en pergeñar una novela parisién –a cuenta de su estancia de un par de semanas de mayo del 68 enfrentándose a los *flics* y sus gases lacrimógenos y huyendo luego a escape con un par de discos de Jacques Brel en la mochila– y un año y medio en poner a prueba la paciencia de diversas casas editoriales hasta que dio con un editor que se la publicó, aprovechando la corriente de una operación publicitaria en marcha, con la vana esperanza de librarse de él. Mateo, que era hombre empeñoso y narcisista, se vio así convertido en una promesa de la narrativa española contemporánea y entró a formar parte del núcleo duro de la resistencia literaria postuniversitaria justo el mismo año que, debido a sus nuevas relaciones, consiguió un puesto de trabajo a su amigo y compañero de Universidad Andrés Delcampo, a quien todos empezaron a llamar Andrés Duchamp a partir de su ingreso en el dudoso mercado del arte contemporáneo. Andrés no tenía la menor idea de quién era Jacques Brel hasta que escuchó los discos que había traído Mateo Perdiz, a quien llegó a ofrecer una cuantiosa suma de dinero a cambio de la propiedad de los mismos. Mateo, que tenía un punto sádico, se negó a cedérselos, aunque reconocía que los había traído por error, pues a él quien le gustaba realmente era Georges Brassens, y de hecho sólo pasaron a manos de Andrés cuando la melosa e irresistible petición de Clara Zubia hizo su efecto. El resultado final fue que Andrés se enceló y se vio obligado, además, a ceder a Mateo uno de sus dos amados *long plays* de Georges Brassens. Ya con los discos en casa, Clara y él dividieron sus preferencias; ella, sensible como Edith Piaf, eligió por canción favorita *Ne me quitte pas*, y Andrés se decantó por *Le plat pays*. Durante casi un año las canciones de Brel fueron pieza obligada en cada velada y en la intimidad. A la favorita de Clara la llamaban, para hacerle rabiar, *No me quites el pan*.

Una vez que quedó convenientemente deslumbrado por el mundillo del arte, Andrés hizo examen de conciencia. El esplendor que disfrazaba las transacciones tenía por objeto el deslumbramiento del cliente, que era invitado a perderse en los jardines de la estética a la vez que se le susurraba diestramente al oído la conveniencia de la inversión; un dúo este, estética e inversión, que resultaba imbatible para la clase pudiente que aún se estaba quitando el pelo de la dehesa. Sin embargo, resultaba aún más deslumbrante el hecho de tener un trabajo tan lucido, al menos en apariencia, ya que no en remuneración económica, por lo que decidió no ver sino el lado positivo del asunto. Los amigos le envidiaban, Clara estaba contenta y sólo su padre, quizá fastidiado por el abandono del bufete, ponía la nota discordante en el concierto advirtiéndole de que aquello eran castillos en el aire que no iban a reportarle formación ni futuro ni currículo. ¿Quién piensa en el futuro y en su formación cuando dispone de piso donde cobijarse, libertad de acción, algo de dinero y la mujer de su vida para compartirlo? Nuestro amigo, con la inconsciencia de la juventud, cayó en el pecado de orgullo como un chorlito.

El trabajo de Clara como profesora implicaba un horario flexible aunque exigente; el de Andrés era desordenado. Vistos de lejos parecían un par de

bohemios, sobre todo en comparación con las gentes de orden y horario estricto, que eran la mayoría de los empleados y funcionarios de la sociedad madrileña; y también se diferenciaban de ellos en que casi todas las noches o bien salían de copas con los amigos o bien recibían o terminaban la fiesta en casa. La suya era esa edad en que se desconoce la resaca y se tiene una energía que puede con todo, incluso con el estrés. No es de extrañar, pues, que en cualquiera de esas noches locas se encontraran con el tío Cadavia y su pandilla en la barra de cualquier bar. No fue cualquier bar sino el llamado El Avión, que tenía pianista, enclavado en la parte alta del barrio de Salamanca, cerca ya de la plaza de Manuel Becerra, muy frecuentado por la bohemia y el mundillo de las letras entre otros noctámbulos y faranduleros.

Clara era entonces una muchacha demasiado espigada para la media de los españoles. Juan de Septiembre ya le había advertido a Andrés que se anduviera con cuidado porque en España, si uno se instala en la barra de un bar con una mujer más alta que él, el resto de la concurrencia masculina se siente con derecho a entrometerse y gallear ante la mujer con notorio desprecio del novio o marido. Andrés no lo había notado, pero desde que fuera advertido, solía repartir miradas desafiantes entre los parroquianos como medida preventiva, aunque sólo lo hacía cuando Clara calzaba tacones, porque en mocasines quedaba a la misma altura que él. Esa actitud indignaba a Clara, que se consideraba perfectamente capaz de defenderse sola en este país de todos los demonios, como lo llamaba el poeta. «¿Qué se puede esperar –decía– de esos españolazos amigos del tío Cadavia? Pero tú... parece mentira que te dejes llevar por esas ideas tan chocarreras.»

Entre la rechifla o el respeto interesado, el feminismo que prendía entonces entre una minoría empezaba a dar la batalla en notoria inferioridad de condiciones frente a un enemigo retorcido y perverso, cuando no abiertamente hostil. Los varones más avisados o sutiles comprendieron en seguida que el respeto interesado hacia aquella actitud nueva entre las mujeres reportaba mayores beneficios, sobre todo cuando comprobaron que a) no solamente las feas reivindicaban el feminismo y b) que el movimiento traía consigo una implícita y expectante liberalidad en el campo sexual. De este modo, los hostiles fueron inicialmente estigmatizados y los sutiles pródigamente acogidos. A Clara, como a otras muchas, le faltó tiempo para adherirse a los nuevos tiempos, que ocasionaron una masacre psicológica. Ella se libró por casada (y por enamorada) y gracias a que Andrés no era exactamente lo que se considera un «intelectual retorcido», que fueron los peores depredadores de una generación de universitarias confiadas y anhelosas de singularidad e independencia, muchas de las cuales acabaron cayendo en abismos mentales de difícil recomposición.

Mateo Perdiz, como el resto de los amigos de Andrés sin pareja fija, tenía sus ojos puestos en Clara. Era un reconocimiento mítico basado en un cuerpo real, porque Clara representaba para todos ellos un ideal: el de la muchacha alta, atractiva, sensual, deseable, simpática y fiel que todas las noches se va a la cama contigo.

–¿Tú crees? –preguntó El Figura.

–¿A ti no te parece que está para comérsela? –preguntó Mateo a su vez.

–No, ya –precisó El Figura–. Yo me refería a lo de fiel.

–Desgraciadamente, sí –reconoció Mateo.

Clara era consciente de todo ello, como se podrá imaginar, aunque lo disimulaba con el descuido propio de las naturalezas coquetas, lo cual le daba un aire aún más interesante. Andrés se lo tomaba con calma, pero a veces se veía a sí mismo como el león que ha de comer y, al mismo tiempo, proteger a su presa del acoso de las hienas que la rondan. Clara, en cambio, no se sentía concernida ni por los posibles celos de Andrés ni por el anhelo de los admiradores porque se había acostumbrado a la admiración de uno y otros y le gustaba de una manera natural, sin que por su mente pasara la menor intención de coronar a su marido. En fin, que cuanto más cumplía ella con su papel, más se acentuaban los deseos ocultos del grupo y más envanecido se mostraba Andrés de su posición.

Esta situación se prolongó durante lo que quedaba del año 1970; en 1971 la fe de Andrés en el mundo del arte empezó a flaquear, aunque sin consecuencias porque la desidia con que se movía en ese campo coincidió con el descubrimiento de que la mayoría de los artistas plásticos eran unos obsesos ensimismados que se protegían tras la figura de sus mujeres, un modelo mezcla de ama de llaves, madre, esposa, contable y agente artístico. Admiraba a algunos de ellos, pero comprendía que pronto o tarde serían devorados por sus ángeles protectores, ángeles flamígeros en muchos casos, que desconfiaban de él como representante de la galería y le azuzaban con su espada llameante. Mateo Perdiz le recomendó entonces que se iniciara en el mundo de la edición como asesor jurídico y también que se especializara en derechos de autor, campo virgen en aquellos momentos y de mucho futuro a juzgar por los cambios que empezaban a detectarse en la industria de la edición. Andrés al principio no se dejó seducir, posiblemente por pereza y porque, en el fondo, llevaba una vida cómoda aunque un poco ajustada, pero la convicción de que el negocio del mercado del arte estaba en el extranjero le obligó finalmente a revisar sus posiciones y a replantearse el futuro. El problema era la falta de perspectivas y las pocas ganas de empezar otra vez. Además, el día menos pensado se moriría Franco y todo se pondría patas arriba. ¿Por qué no esperar acontecimientos, pues?

En la Navidad de 1970, culminado el proceso de Burgos con seis condenas a muerte, el Gobierno (es decir, el general Franco en persona) las conmutó ante la presión nacional e internacional. Esta decisión hizo pensar al grupo de amigos de Andrés que el Régimen estaba en las últimas porque la concesión era un síntoma de debilidad y, en consecuencia, a poco que la realidad y la sociedad empujaran, el franquismo se derrumbaría como un castillo de naipes; lo cual demuestra que nunca fueron muy perspicaces para la cosa política de su propio país. En 1972 reconoció su error y continuó acumulando dudas sobre su futuro profesional; sobre todo, empezó a ver el horizonte todo negro a comienzos de 1973, con el nombramiento de un Gobierno presidido por el almirante Carrero Blanco y la noticia de que Jacques Brel se retiraba de la escena definitivamente para irse a vivir a las Islas Marquesas. De hecho estaba considerando la posibilidad de

abandonar su ya un tanto desprestigiada carrera de jurista artístico, como la llamaba Clara, e instalarse en el extranjero sin saber bien cómo ni en función de qué, ni de contar con el beneplácito de Clara, cuando amaneció el día 20 de diciembre de 1973.

–Qué atasco –dice Clara dejando el coche en punto muerto–, parece que es todo Serrano lo que está atascado.

–Pon el freno de mano, que se te va a ir el coche –advierte Andrés.

–No lo pongo porque siempre me olvido y arranco con el freno echado.

–Ya. Muy tuyo.

–Oye, cada uno administra sus defectos como puede. ¿Te importa?

–¿A mí? Eres tú la que llega tarde a clase, no yo.

Clara sonríe para sí mientras Andrés enciende un cigarrillo. El mechero no funciona, y al agitarlo furiosamente se le escapa y sale disparado por la ventanilla abierta del coche.

–Hoy nos hemos levantado con el pie izquierdo, ¿eh, amigo?

–Me cago en la mar serena y en los peces de colores –exclama Andrés.

–Tú sí que te vas a cagar como le hayas dado a alguien con el mechero –dice Clara tratando de contener la risa para no ofenderle.

*

–Eh, poeta, ¿estás ahí?

–Qué pasa, Juan, ¿eres tú?

–Sí, abre, date prisa.

Palacios salta de la cama y avanza tanteando en la oscuridad hacia la puerta.

–Venga, carajo, que es para hoy.

–Que no sé dónde está el pantalón, contra.

–Pero ¿qué pantalón? Que me abras la puerta te digo.

–Es que tengo las llaves en el pantalón.

–¿Has encendido la luz?

–No.

–Entonces, ¿cómo vas a encontrar el pantalón, desgraciado?

–Es que tampoco veo el interruptor.

–Joder, Palacios, que tiro la puerta abajo. No sabes el frío que hace aquí en el pasillo.

–Ya está, ya está. Ya lo tengo.

–Pues no te quiero decir lo que va a ser ahora encontrar el agujero de la cerradura. Aquí expiro –dice Juan de Septiembre con voz desfallecida.

Al duro chasquido de la llave al girar, la puerta se abre. Juan de Septiembre entra precipitadamente y cierra la puerta tras él.

–¿Enciendes o qué?

John Palacios gira el interruptor y la estancia se ilumina. Es un cuarto de pensión amplio y abuhardillado. Los libros desbordan las estanterías y se apilan en el suelo. La cama está pegada a una de las paredes laterales con los pies en el punto más bajo del techo, donde la pared a la calle se achica. La pared luce una ventana

casi a ras de suelo con los postigos cerrados. Hay un sillón orejero junto a una mesa camilla y una silla de brazos, y en la pared opuesta a la que recibe la cama, un lavabo y un armario.

–¿No te has enterado? –dice ansioso Juan tomando asiento en la silla.

–¿Yo? ¿De qué? Estaba durmiendo.

–Que parece que ha habido un atentado. Algo gordo. Justo cuando estamos a poco más de dos semanas del solsticio vernal.

–Diantre, qué contrariedad.

*

–¿Y ahí, qué pasa? –pregunta Andrés inclinándose hacia la posición de Clara para ver mejor.

–Y yo qué sé. Han cerrado la calle y todo el mundo tiene que seguir adelante, por eso tenemos atasco.

–Ya, pero es que corre agua por la calzada.

–Habrá reventado una tubería. Lo normal en Madrid.

–¿Y toda esa gente?

–Estarán mirando. A la gente le encanta mirar.

–Clara, ahí pasa algo raro.

–Pues, ahora que lo dices, parece como si hubiera reventado la calle.

–¿Por qué no pones la radio?

–Porque me están pitando los de atrás, que esto se mueve. Y cierra la ventanilla, que hace frío.

–Hoy no llegamos a tiempo ni tú ni yo. La verdad es que no hay quien aguante este tráfico.

*

Juan de Septiembre y el poeta feérico han bajado bien abrigados a la taberna de la esquina a tomar un café. Hay una excitación inusitada. Un grupo de parroquianos se inclina, en un extremo de la barra, hacia un pequeño aparato de radio. Los rostros expresan desconcierto y preocupación.

–Un atentado, pero no se sabe.

–En la calle Maldonado, donde la iglesia de los jesuitas.

–¡Anda! ¿No está ahí enfrente la embajada americana?

–No jodas que han atacado la embajada americana.

–Han dicho en la calle Maldonado. Maldonado. La embajada está en Serrano.

–Pues justo enfrente.

–Palacios, esto es gordo –masculla Juan de Septiembre.

-Si ahí no hay nada; ni centros oficiales ni nada de nada.
-Pues es lo que dice la radio.
-A ver, a ver, callarse que están diciendo algo.
Todos se agrupan en torno al aparato de radio.

*

-Andrés, ¿ya te has enterado?
-No. Acabo de llegar a la oficina. ¿Qué pasa, Luis?
-Que han matado a Carrero Blanco.
-¿Qué?
-Que han matado a Carrero de un bombazo. Que no le encuentran.
-¿Cómo que no lo encuentran?
-Que no ha debido quedar ni un pedacito.
-Bonafé, ¿no te has acostado todavía?
-Que no, macho, que por lo visto le han metido un bombazo que ha reventado la calle y hay un socavón de cojones y no se sabe nada del coche ni de los que iban en él.
-Pero ¿dónde?
-En la calle Maldonado, al principio, parece que salía de misa y lo han reventado.
-Ah, entonces he tenido que pasar por delante con Clara justo después, porque había bastante lío y estaba vallada la calle. ¿Y dices que ha sido a Carrero? ¿Carrero Blanco? Es que no me lo puedo creer... Y tú, ¿cómo sabes todo eso?
-De la boca del caballo, macho.
-Madre mía, la que se va a armar.
-Yo estoy que no me llega la camisa al cuerpo.
-Bueno, hay que esperar a ver, lo primero, quién ha sido.
-Pues ETA, ¿quién va a ser?
-No me jodas.
-Digo yo, ¿no? Esta noche tenemos Estado de Excepción. Seguro. Yo, desde luego, me meto en mi cuarto y no me muevo de allí.
-¿Tú? Oye, que tampoco eres el enemigo público número uno. Los que van a tener que esconderse son Rabanera y su jarca. Ay, Dios mío -reflexiona de pronto Andrés-, que me lo veo en casa.
-No sé qué va a pasar ahora. Lo mismo nos espera una noche de los cuchillos largos. La verdad es que es un momento muy preocupante.

*

-Se han cargado a Carrero.

–Pero si lo acaba de nombrar Franco presidente del Gobierno. ¿Cómo se lo va a haber cargado?

Juan de Septiembre se ha alejado del grupo de oyentes y vuelve junto a Palacius, que está disolviendo el azúcar en su café con leche con gesto entre soñador y meditativo.

–¿Has oído? –le dice a su amigo–. Éste era la mano derecha de Franco. No sé quién lo habrá hecho, pero le han jodido la Sucesión. Era tan carca que escribió un libro sobre Lepanto. No es que yo me alegre de la muerte de nadie si no es su hora, pero te diré sin que nos oiga nadie que de buena nos hemos librado. Este caballero era una antigualla. En otra época, un almirante habría muerto enarbolando la enseña nacional en defensa del honor patrio y de la cristiandad misma; hoy, en cambio, en lugar de saltar por un glorioso cañonazo en plena santabárbara en el fragor de la batalla, te vas por los aires al salir de misa de mañanita. Tiempos de decadencia estos, mi querido Palacius.

Palacius sigue inclinado sobre su taza y prueba el café con la cucharilla.

–Claro, a ti, como eres un poeta feérico, te la sudan estas cosas terrenales. Benditos los poetas, siempre en la luna. Qué rico, un café calentito; me voy a pedir yo otro, compañero.

–Así que nuestro Presidente ha volado –dice de pronto Palacius.

–Muy bien, muy bien. Empieza a hacerse la luz en tu cerebro. Eugenio, pon aquí otra mediana; o no, mejor un desayuno, porque hoy hay que cuidarse.

–Y que lo digas. Ya verás cómo de esto no sale nada bueno. Tanta bomba y tanta hostia –dice el tabernero.

*

–Yo no aparezco por casa en una semana, y eso que mi madre me da bien de comer y sin rechistar, macho –dice Mendo Méndez–. Bien que lo siento, pero cualquiera se pone a tiro de mi padre con la que está cayendo. Debe de estar incendiado, y cuando está incendiado lo ve todo rojo y no deja títere con cabeza.

–Sí, lo tuyo, con un padre militar, es fuerte –dice Bonafé–. Pero yo estoy que no me llega la camisa al cuerpo porque a ver qué va a pasar ahora.

–No perdamos la calma –interviene Mendina–. No tiene por qué pasar nada. Nombran a otro presidente del Gobierno y sanseacabó. ¿Qué va a pasar? ¿Se van a poner a fusilar gente, así, a lo loco?

–Tú, Cuchi, como vas de gigoló por la vida, te importa todo una mierda; pero hay gente que lo puede pasar muy mal.

–Primero, que yo voy de guapo, no de gigoló; y segundo, que mucho antifranquismo y mucha leche, pero a la hora de la verdad os acojonáis en cuanto truena. Pues a mal tiempo, buena cara. ¿O es que os vais a quedar ahí esperando que alguien venga a dar la cara por vosotros?

–No señor, pero el aparato represivo lo tienen ellos.

–El aparato represivo... Tócame los cojones –dice Mendina en tono despectivo–. Ya se sabe que hay aparato represivo; con eso se cuenta, ¿no? ¿No queréis lucha? Pues toma lucha.

–Mira el listo este, qué fácil –dice Méndez–. Tú no tienes ni puta idea de lo que es un aparato represivo. Ni lo has olido, macho. Pero voy a decirte una cosa, y es que cuando éstos empiezan a repartir estopa ni distinguen ni se fijan a quién dan, así que ándate con cuidado.

–Oye –interviene Bonafé–, ya sólo falta que empecemos a zaherirnos entre nosotros. Todos estamos bastante nerviosos, así que vamos a esperar a ver qué pasa sin alterarnos, ¿de acuerdo?

Están los tres reunidos en Chun Chao a la espera de que Andrés pueda desplazarse hasta allí. También esperan al Figura. Los teléfonos de Madrid deben de estar echando chispas si todo el mundo actúa con la misma rapidez y el frenesí con que se han comunicado entre ellos.

*

Cadavia entra por la puerta de la taberna y se apresura a reunirse con sus amigos.

–¡De lo que acabo de enterarme! Han encontrado a Carrero.

–¿Es que se había ido? –preguntó Juan de Septiembre, socarrón.

–Escucha, lo han encontrado dentro de la iglesia de los jesuitas, en la terraza. El coche voló hasta allí arriba y no daban con él. Es puro surrealismo: ponen una bomba al presidente del Gobierno, salta por los aires y desaparece y todo el mundo como loco buscándolo. Si no fuera porque hay muertos, sería para tomárselo a rechifla... Eso lo escribes en una novela y no te lo cree nadie.

–Eh, Palacius –dice Juan de Septiembre–, deja ya de revolver el azúcar y bébete el café, que lo vas a marear con tantas vueltas. Estará helado, además.

Palacius le dirige a Cadavia una sonrisa feliz.

–Desde luego... –comenta Juan con gesto de conmiseración–, si hoy te quedas así de poseído, el día que se muera Franco tú colapsas.

–La literatura –empieza a decir Palacius– es la amiga más fiel y confiable del ser humano.

–En estos momentos no sé yo...

–En estos momentos estoy recordando unos versos de Fray Luis de León que de seguro desconoces –dice Palacius, y empieza a recitar:

*No siempre es poderosa,
Carrero, la maldad, ni siempre atina
la envidia ponzoñosa,
y la fuerza sin ley que más se empina*

*al fin la frente inclina;
que quien se opone al cielo,
cuanto más alto sube, viene al suelo.*

En ese momento se abre la puerta de la taberna al tiempo que un grupo reducido de estudiantes pasa a la carrera por delante cantando:

–Voló, voló, Carrero voló...

–Me quedé embarazada en Navidad, a la semana de que Carrero Blanco volase por los aires, y todavía no sé si fue por la impresión o se me olvidó la pastilla, Carlota.

–O porque Andrés también tenía sus intenciones, digo yo.

Mi amiga Carlota tiene un carácter ideal: no pierde el buen humor ni queriendo. Está preciosa al aire libre, aquí junto al Parque del Oeste, en mi querida terraza de Rosales. Es primavera y el sol se cuele entre las hojas de los árboles. La brisa le agita las guedejas sueltas de su pelo recogido. Las manchas de luz aparecen y desaparecen sobre la mesa, en nuestros vestidos. Me mira con ojos luminosos y luego se inclina hacia mí y me vuelve a dar unas palmaditas en la tripa por debajo de la mesa. Está encantada con el embarazo, y yo también. Me habría gustado tomar mi vermut con aceitunas, pero el alcohol está desterrado hasta que nazca la niña; porque va a ser niña.

–No lo sabes –puntualiza Carlota.

Andrés está atacado, naturalmente. Creo que la idea de que sea niña le atrae más porque le han dicho que las niñas adoran a los padres, pero la responsabilidad de ser padre le atemoriza. Hasta que nazca. Entonces se quedará lelo de emoción y entrará en un éxtasis sentimental mucho más peligroso que la indiferencia o el rechazo. De todos modos yo entiendo su preocupación porque no quiere seguir con el trabajo: ni la galería ni él están contentos y el negocio ellos lo tienen fuera, en París y Nueva York, lo de Madrid es una apuesta demasiado prematura, pensamos. Así que estamos en un momento de incertidumbre para él. Yo, de momento, nada. Baja y reincorporación, pero no sé si es la temporada, el país o qué, el caso es que tampoco me siento muy motivada. Yo no pensaba en acabar dando clases sino en estancias en el extranjero; estuve a punto de ir a Toulouse como lectora de español, ése sí era un buen plan, pero Andrés, yo misma, una cierta pereza, una cierta comodidad a la hora de instalarse aquí en Madrid, casados, con todos los amigos alrededor... una estupidez, en definitiva. Teníamos que habernos ido, porque no habrá otra ocasión.

–Nunca se sabe –dice Carlota.

–Un matrimonio con hijos ya no se desplaza tan fácilmente. Es un compromiso demasiado fuerte. Además, ya puestos, yo no quiero una hija única, de modo que lo mejor será tener los que sean de una vez, en fila india. Andrés dice que no, que con una basta, pero no lo piensa; no es verdad sino miedo. ¿O egoísmo? Yo también soy egoísta y, sin embargo, sí quiero. En fin, todo eso viene a decir que de ahora a los próximos quince años no tendremos libertad de acción; salvo que nuestro trabajo nos lleve de aquí para allá por el ancho mundo. Lo cierto es que estamos contentos y raros, con una criatura a punto de nacer y una notable confusión laboral. Será, pienso, mientras Carlota se ríe de mí, el primer escollo serio con que nos enfrentamos. Andrés y yo. Hasta ahora todo ha sido trabajar, viajar un poco, sobre todo fuera, al extranjero, y divertirnos. Vacaciones estupendas. Playas *au naturel* o mucho museo, mucho pateo de ciudades. Roma nos encantó, tan viejita y tan dulce, tan temperamental y suntuosa. París, claro. Berlín convertida en el

escaparate de Occidente para los pobres del otro lado del muro, qué triste Berlín Este, apagado y gris, qué desagradable la visión de los *vopos*, que me recordaron a nuestros *grises* por la sensación de distancia y amenaza, se me encogió el corazón al verlos. Me acuerdo de que en la misma estación de metro nos cambiaron nuestro dinero por unos billetes que parecían del Palé. Lo hemos pasado tan bien... Pero tendría que haber hecho como tú. Dos años en Inglaterra, qué envidia.

-Sí, pero no de lectora de español -apunta Carlota.

-Bueno, ¿y por qué me he puesto a darte la lata recordando nuestros viajes?

-Porque lo pasabais bien, porque tienes nostalgia, porque te sientes atada... Pero has elegido, Clara. Has elegido. Eso es lo que importa.

-Sí, pero me pesa, Carlota; de repente me pesa.

El nacimiento de la pequeña Beatriz cambió seriamente la vida de sus padres. Al principio, acogida a la baja por maternidad, Clara no advirtió la clase de problema que se les venía encima. Todo eran fiestas y felicidad por la recién nacida, así como sentimientos de orgullo y responsabilidad mezclados con un enternecimiento del que les costaba sustraerse. Cuidar a Beatriz era un juego en el que participaban ambos con similar emoción, pero la realidad no les dio otro respiro que el del inicio. A los tres meses, el panorama cambió completamente, como tenía que ser: Clara volvió a su trabajo, Andrés a cuestionarse el suyo y a la niña hubo que pensar en buscarle precipitadamente una cuidadora por horas. Los padres de Clara, que la consideraban una rebelde, se alegraron tanto del tropiezo que suponía para ella trabajar y atender a la niña, lo que venía a reforzar su idea del matrimonio y la familia tradicional, que ofrecieron pagar una criada para que se ocupara de la casa y la criatura. Los padres de Andrés, que no eran tan vengativos, aportaron también un ingrediente económico, además de cariño y el ofrecimiento de atender al bebé con alguna asiduidad. Lo cierto era que les había emocionado el nacimiento del primer nieto. Al fin y al cabo, Andrés era hijo unigénito.

La novela de Mateo Perdiz no tuvo ningún éxito, pero lo celebraron igual. Era una novela que pretendía ser rompedora, hablar de una nueva sensibilidad y con una nueva sensibilidad, y la crítica se dividió en dos bandos, los que la consideraban simplemente pretenciosa y los que la consideraban innecesariamente pretenciosa. La verdad es que era provinciana y costumbrista por debajo de sus vestiduras vanguardistas, pero esto era algo que ni la crítica ni sus amigos estaban en disposición de apreciar. Los componentes del Club Rutinario, como habían decidido bautizar sus reuniones con su punto de sarcasmo, Bonafé, Andrés, El Figura, Mendo Méndez y Mateo Perdiz, discutieron con pasión acerca del destino de incompreensión y penuria que aguardaba a todo aquel que pretendiera iniciar cualquier camino de innovación en el mundo de las letras, de las artes, de la investigación científica e incluso de la del toreo a caballo. El Club Rutinario acostumbraba a reunirse los sábados a la hora de la sobremesa, en forma de tertulia tácita, en el café Chun Chao para deleitarse negativamente en las deficiencias estructurales y de sociología de la vida cotidiana del país y, de consuno, celebrar el término de otra semana de frustración existencial, espiritual y material, en sus vidas.

Andrés Delcampo se había tomado su vida profesional con desapego. En cierto modo, puede decirse que se había dejado llevar por los acontecimientos. Su paso por la Universidad no había conseguido despertar su interés por una carrera, la de Derecho, que fue aprobando curso por curso gracias a una actitud acomodaticia, su no desdeñable y práctica inteligencia y a algunos golpes de suerte; el Derecho no le interesó nunca, pero consiguió licenciarse a base de tesón y de jornadas maratónicas de estudio cada vez que se acercaban los exámenes. El resto de su vida universitaria fue, de modo mayoritario, una entrega a la amistad y a la diversión. Por eso, cuando entró en la vida adulta no se planteó su futuro profesional como una vocación sino como una mera forma de subsistencia que le

aportara el monto económico imprescindible para comprar momentos de libertad. Esta actitud le alejó de sus padres, demasiado sensibles ante el futuro incierto de aquel vástago en el que depositaran todas sus esperanzas. A Baldomero Delcampo, anclado en una meseta funcionarial de la que nunca saldría profesionalmente debido a un oscuro incidente de dignidad personal, la aparente desidia de su hijo, al que veía convertido en espejo de sí mismo aunque por causa esta vez de la pura dejadez o la flojera, le hirió más de lo que supo aparentar. Confiado en su discreta pero suficiente fortuna personal, producto de la venta de las tierras en su día, desengañado de los ideales por los que luchó durante la guerra, apoyado en una esposa fiel y de carácter tranquilo y a la que amaba a su manera, y tan desarraigado de su lugar de origen como lo estaba de Madrid, solicitó la excedencia y se limitó a tratar con algunos amigos y familiares cercanos y a leer libros de Historia, lo que convirtió en su pasión principal. Amaba a su hijo, pero contemplaba con desengaño y tristeza el rumbo que había tomado en la vida. Lo único que le hacía confiar aún era su matrimonio con Clara, a la que apreciaba tanto como detestaba ahora al resto de la familia Zubia.

Lo que ni su padre ni su madre sabían –ella, Asunta, acostumbrada a manejar la casa con la misma paciencia, dedicación y firmeza con que cedía la apariencia de mando a los dos hombres de su vida– era que Andrés se encontraba en una encrucijada. Desde que los roces entre padre e hijo, por razones cuyo verdadero fondo era la distancia generacional, se fueron acentuando hasta el día de la boda de Andrés y Clara, su labor de mediadora había sido providencial para evitar el desarrollo de una animadversión por un enfrentamiento que ella consideraba, con gran sentido práctico, innecesario, pero inevitable y, estaba convencida de ello, temporal, producto de la juventud del uno y la autoridad del otro; de manera que su empeño principal se distinguió siempre en favor de evitar cualquier situación de exceso que salvara la línea natural de contención y forzase una ruptura drástica. Entre el desánimo del uno y la desidia del otro, Asunta se bandeaba con resignada soltura, siempre atenta a los cambios de humor de su marido y a las señales que emitiera un Andrés evidentemente insatisfecho consigo mismo, cosa que ella adivinaba sin esfuerzo. Hasta que el nacimiento de la pequeña Beatriz empezó a disolver por sí solo los malentendidos y las suspicacias entre padre e hijo. Pero era eso, el nacimiento de la niña, lo que había puesto a Andrés en la encrucijada. Y, a su manera, ella también lo advirtió.

No sólo Andrés sino el resto de la pandilla seguía viviendo en una especie de postadolescencia emocional y vital. Más o menos, todos trabajaban para comprar tiempo de diversión, y ese tiempo solía comenzar siempre a media tarde y prolongarse hasta la madrugada. Era algo parecido al síndrome de Peter Pan, pero referido a ese espacio del desarrollo en el que la primera juventud es prima hermana de la pubertad. Eran algo así como púberes viejos. El trabajo les interesaba poco, se sentían despegados de él, lo cumplían mecánicamente y con marcada tendencia al escaqueo, todo hay que decirlo. Quizá la excepción la representara Bonafé, que era abogado laboralista, lo que le obligaba a una dedicación exigente y no demasiado bien remunerada. De vez en cuando, si llegaba

harto del trabajo al bar donde se reunían todos después de la cena, prometía pasarse al bando del capitalismo empresarial, promesa que se tomaba a beneficio de inventario porque lo cierto era que, si alguien del grupo manifestaba una vocación decidida, ése era él.

Méndez fue el primero, junto con Andrés, que salió del hogar paterno; en su caso, por declarada animadversión a su padre, que no por estar en la reserva era menos coronel de infantería con sus hijos. Cuando parecía destinado a vender enciclopedias a domicilio, que era a lo que le abocaba su licenciatura en Filosofía, especialidad Historia del Arte, un tío suyo lo rescató para el servicio de publicaciones de un banco; y ésa fue su entrada en el mundo de la gran Banca, cuyos óptimos o pésimos resultados, según se enfoque su trayectoria, se verán más adelante. Del resto, El Figura, tras estancarse en unos inadecuados estudios de pseudocarrera pseudouniversitaria, se convirtió en atleta profesional, pero pronto vio que la pértega y el noctambulismo no mezclaban bien y optó por lo segundo. Hasta que, avergonzado por sus compañeros, abandonó el hogar paterno y empezó a integrarse en el negocio de los ultramarinos, tradición de la familia, que tenía una tienda y almacén en el Madrid de los Austrias. En cuanto a Cuchi Mendina, enfocó decididamente, y con una profesionalidad sólo comparable a su descaro, su imparable carrera de vividor. Mateo Perdiz, por su parte, aureolado por la publicación de su primera novela, había conseguido hacerse con una confusa serie de colaboraciones en prensa y radio que justificaban ampliamente ante sus padres el piso que le alquilaban en Madrid y la transferencia bancaria que recibía puntualmente cada mes.

Nada, sin embargo, fue comparable al acontecimiento que supuso el nacimiento de Beatriz Delcampo Zubia. Y quizá fuera éste el acontecimiento, como se señaló antes, que cambió la vida de sus padres. La de Clara porque se convirtió en profesora y madre agobiada. Como tenía buen carácter y era alegre de suyo, el ímprobo esfuerzo inicial lo llevó con gracia y sin dejarse arrastrar por el desánimo. En cambio, Andrés sufrió un repentino ataque de responsabilidad que le hizo replantearse su mal llevada postadolescencia. Comprendió que su trabajo no le reportaba otro beneficio que el de un sueldo ajustado, que no estaba aprendiendo nada y que el mundo del arte le parecía una filfa donde podía haber dinero en un futuro, pero donde el arte brillaba por su ausencia. Además, la presencia de su hija le hizo echar la mirada adelante y comprender que si quería un mínimo de seguridad –y ahora, con esposa e hija, lo quería– era inaplazable tomar alguna decisión de futuro. Con esposa sola, no, porque Clara era muy independiente, pero la hija era otra cuestión. De pronto se vio a sí mismo revestido de autoridad y responsabilidad paternas y no dudó un segundo cuando su amigo Méndez le comunicó que los servicios jurídicos del banco donde trabajaba por influencia de su tío podrían estar interesados en formar a un joven como él, sobre todo si lo recomendaba su tío. Andrés pensó que aquello era entregarse al enemigo, esa formidable fuerza dominante de la sociedad, pero la misma imagen de solvencia e importancia que le sugería la pertenencia a los servicios jurídicos de un banco y el camino que se le abría por delante pudieron con todos sus recelos. Y, por otra

parte, ¿acaso el dominio de una profesión acreditada iba a empañar sus ideales de vida? En modo alguno –le dijo Méndez–, en modo alguno. Más bien al contrario –pensó Andrés–, la realidad hay que conocerla desde dentro, no desde fuera. El saber, el conocimiento, no tiene por qué empañar las ideas sino al contrario: reforzarlas, ajustarlas, aplicarlas, madurarlas. Precisamente España se encontraba en un momento clave de su evolución desde el franquismo duro de los viejos tiempos a una cierta apertura mental y social que necesitaba de una nueva generación para apoyarla. Sí, el régimen seguía estando ahí, pero corrían noticias entre bastidores de que la oposición al franquismo se estaba organizando, que las idas y venidas de significados líderes a París y otras ciudades europeas –pero sobre todo a París– indicaban que algo se estaba cocinando y que había que prepararse para ello. Lo aceptaban todos, desde los democristianos a los radicales del PT y de la ORT, esos que aseguraban estar separados por diferencias sustanciales y excluyentes que, sin embargo, en opinión de Andrés, ni un experto kremlinólogo sería capaz de distinguir. Bonafé estaba a punto de integrarse en Comisiones Obreras para dar carta de naturaleza a una colaboración que venía de atrás. Méndez estaba convencido de la necesidad de entrar en el PC, a lo que se resistían los demás no tanto por razones ideológicas como por el contacto con sus comisarios políticos, como Rabanera, de los que recelaban desde los tiempos de la Universidad. Pero –decía Méndez con soberana exaltación– hay momentos en la vida en que uno tiene que adentrarse intrépidamente en la senda de la realidad inexorable o resignarse a ser arrojado al basurero de la Historia.

–Tú Lenin, yo Martov –le contestó Andrés, enojado.

Y así fue como todos juntos abandonaron definitivamente la época gloriosa de la amistad universitaria y el estado de rebelde inconsciencia vital de su primera y bien protegida juventud de hijos de la burguesía. Para entonces habían cumplido ya los veintinueve años.

–El sexo –afirma solemnemente Juan de Septiembre– es uno de los mayores problemas de la Humanidad. Yo lo he practicado, debo decirlo sin ambages, y creo, al cabo de mis experiencias, que se le da una importancia que no tiene. Es una obsesión, todo el mundo anda de cabeza con ello, parece que no hay otra cosa más importante en la vida de las personas, se tiene presente cuando se practica y también cuando no se practica... en fin, cualquiera diría que el planeta entero gira en torno a él en vez de hacerlo en torno al Sol. Y ¿sabes cuál es mi conclusión?

Clara niega con la cabeza.

–Mi conclusión es que el sexo es más bien desagradable. Todos esos olores, esas partes íntimas, esos fluidos, esa pérdida del control... El sexo es sobre todo desagradable.

–Pero necesario –comenta Cadavia.

–Eso debo reconocerlo –confiesa Juan–. Para ciertas cosas es necesario; si no, no estaríamos aquí. Pero pensad en la pura animalidad física de los cuerpos desnudos, los diversos orificios, algunos dedicados a otros menesteres, el sudor, el frotamiento, la problemática higiene, el aliento avaricioso de los amantes, los ruidos, las cachetadas y los chupeteos, los pelos enredados, el esperma pringoso...

–Te recuerdo –interrumpe Cadavia– que está mi sobrina Clara delante.

–Oh, sí, ciertamente. Me excuso. Pero también debe conocer lo que es la vida y lo que es el sexo o le acabará dando la importancia que yo sostengo que no tiene y que trae a todo el mundo de cabeza. Esa pasión por el cuerpo, una pasión obscena, desagradablemente obscena, impropia de personas educadas y sensibles... Mi conclusión es diáfana: ese cuerpo del que hablo disfruta mucho más alimentándose que jodiendo, aceptémoslo de una vez.

–Al fin te descubres –dice de pronto Palacius–. Por un momento pensé que de verdad aparecías como un alma sensible, pero ¡ca!, no eres más que un materialista; sustituyes un materialismo por otro.

–La cocina es un arte y el sexo un mero desfogamiento. ¡Cómo te atreves a compararlos!

–¿Y no se pueden combinar las dos cosas? –pregunta Clara inocentemente.

–Palacius –dice Cadavia– tiene una visión etérea de la mujer. Su mundo son las hadas; él las ve revolotear en torno, acercarse silenciosamente, prodigar sus encantos y sus simpatías como las que pueblan el bosque en *El sueño de una noche de verano*. Bailan, ríen, alborotan y juegan en torno a la Reina... Acuden a su llamada, pelean y se divierten con los geniecillos y los duendes. Cada uno ve las cosas a su manera.

–Por esa razón no se acerca a ellas –dice Juan–. ¡Hadas, hadas! ¡Santo cielo! Arpías es lo que son. Yo ya, a mi edad, he renunciado al sexo; en cambio, me pirra la comida, que practico tan poco como el sexo, bien es verdad, pero en este caso por falta de efectivo. ¡No hay comparación posible entre un lomo de venado con toda su parafernalia de guarniciones, a la alemana, y una moza que sólo busca perder la cabeza por un rato! La comida es limpia y aromática, amigos, y el sexo es desagradable y maloliente.

–Pues a mí me gusta cómo huele Andrés –dice tímidamente Clara.

–Las mujeres bellas y sensibles sólo huelen a belleza –aporta Palacius.

–Las mujeres bellas y sensibles son las que más se empolvan y cubren sus carnes con afeites y su intimidad con perfumes que confunden. ¡Brrr! Qué espantoso placer.

–Yo creo –dice Cadavia– que tu vieja experiencia de putero es la que verdaderamente pesa en tu alma. En todo caso, insisto en que esta conversación no es la más apropiada para mi sobrina.

–Pura farfolla –contesta vehemente Juan de Septiembre–, pura hipocresía. Si quiere tener hijos, ya sabe lo que le espera. Al fin y al cabo, toda la Humanidad se refocila con este ejercicio y ella lo practicará de todos modos. Sólo el tiempo le enseñará la verdadera importancia de los placeres auténticos.

–Clara es tan espiritual como un hada; no creo que le afecten mucho tus groserías –dice galantemente Palacius.

–Bueno, gracias, pero no exactamente... –empieza a decir Clara.

–Se acabó –corta Cadavia tajante–. Una palabra más sobre este asunto y se disuelve la reunión.

–¡Ja! –exclama Juan de Septiembre sarcástico–. No hay peor sordo que el que no quiere oír.

–Oh, dioses –suspira Palacius–, qué mal he hecho yo para que me hayáis depositado en esta tierra y entre esta gente.

Siempre pensé, en mis tiempos de niño que jugaba en el pueblo, que Cadavia era como Merlín el mago, y ahora, cuando lo recuerdo, cuando Clara y yo lo recordamos y hablamos de él, no dejo de pensar que en realidad no ha muerto sino que está atrapado en la cueva donde lo ha encerrado la espabilada y seductora Viviana. Esta impresión se basa en los sentidos, pues a veces nos parece que su espíritu ronda alrededor y que estará siempre atento a nosotros hasta que la muerte, ésta sí que de verdad, nos lleve consigo. Fueron muchas las damas que aprendieron de Merlín, Morgana, Guinebaut, Mabón, la Dama del Lago, Viviana... aunque esta última fue la única que, aprovechándose de su senilidad, le aprisionó valiéndose de las artes mágicas de las que se apropiara con engaño. En el caso de Cadavia y hasta donde se me alcanza, es verdad que fue tan enamoradizo como Merlín, pero mucho más retraído, por lo que, aparte de Clara y de Mabelle –que es quien lo encerró en la habitación mágica en sus últimos años sobre la tierra–, a ninguna otra transmitió su enseñanza. Fue un amigo leal de mi padre –del que se iba alejando en intereses, pero no en afecto– y constante de sus dos compañeros de andanzas madrileñas, Juan de Septiembre y John Palacius.

Se me hace raro pensar que durante la primera parte de su vida, hasta que llegaron a Madrid, Cadavia y mi padre fueron uña y carne. Un caballero español, rural y medio ilustrado, y un trafalmejas esotérico con un corazón de oro. La unión entre ambos era más que amistad, era una especie de hermandad, pero en Madrid el contacto se resintió, aunque no el espíritu... *la ciudad es el desierto del hombre*. Una ciudad no es un cuerpo cerrado donde las relaciones se cocinan en una sola olla como sucedía en el pueblo; la ciudad dispersa, atomiza, distancia... En fin, no todo el mundo ha tenido la suerte de disponer de un mago y un padre en su juventud y siento una especie de dulce, pesarosa y orgullosa nostalgia de ambos; del uno con su enérgica y aprensiva injerencia en mi vida; del otro con su bondadosa e inconsistente bohemia. Hoy, cuando contemplo el camino de mis hijas, entiendo que la suya fue, simplemente, una de esas extrañas e instintivas formas que adopta el amor.

Es bien curiosa la comprensión que concede la distancia. Mis padres se quedaron pronto solos, en cuanto me casé, lo que no les correspondía por edad ni por entorno familiar, pues el hecho de que yo fuera hijo único era una rareza en aquellos tiempos de familias numerosas. El buen cristiano lo era de cuatro hijos para arriba y había que ver la cantidad de familias de entre siete y once hijos que salían a relucir los domingos por la mañana a la hora del paseo. Ahora me pregunto qué sintieron mis padres cuando, después de mi boda, regresaron a casa y se miraron el uno al otro. En cierto modo, dentro del entorno en que vivían, la vida había terminado para ellos antes de tiempo. Mi padre iba y venía diariamente del Ministerio sin otro interés que el de cumplir la edad reglamentaria de jubilación. Su honradez le había jugado una mala pasada el día que descubrió la desaparición de centenares o miles de toneladas, nunca lo sabré bien, de trigo almacenado. Afortunadamente, aún poseía una modesta fortuna que aprovecharon para viajar, lo que antes nunca habían hecho. Yo entonces los veía como una pareja

de novios viejos resignados a sobrevivir. Por suerte, mi madre se fue creciendo a medida que mi padre se achicaba; es notable el recurso de las mujeres a una suerte de vitalidad ligada, posiblemente, a su carácter terreno, a la imagen mítica de la tierra germinadora, como sostenía Cadavia. Por eso viajaron y, ah nostalgia, con el carácter animoso de Clara empezamos a tomar la costumbre de salir a tomar el aperitivo con ellos los domingos, que solía prolongarse con el almuerzo en su casa. También Cadavia los visitaba a menudo.

La llegada de la pequeña Beatriz los convirtió en abuelos. Recuerdo aquel año 74 como el de la confusión. Era el cuarto año de casados y todo cambió sin que al principio nos percatáramos de ello. Hasta entonces nuestra vida había sido una historia de amor sin fronteras, vivíamos el uno para el otro; gracias a nuestro nuevo estado civil, sólo dependíamos de nosotros mismos; todos los conflictos tenían solución. Nos podíamos permitir el lujo de ser generosos con nuestros padres independientemente de lo que ellos pensarán de nosotros y de nuestro modo de vida. Era una especie de anarcofelicidad tan sólo interrumpida por los vaivenes de la vida política del país, cada vez más agitada bajo la superficie inalterable de un régimen de atrezzo. Pero se estaba produciendo otro cambio, del que apenas me percaté. Clara.

Si algo no ha cambiado en Clara con el paso del tiempo ha sido su carácter activo, su viveza y su buen humor. He de reconocer que los tres primeros años de matrimonio, antes de que se quedara embarazada, fuimos locamente felices y desprendidos de todo compromiso que no fuera el de pasarlo lo mejor posible. Toda la infame mediocridad de la vida nacional desapareció como por encanto. Es verdad que seguíamos al tanto de las cosas del mundo, pero siempre entre la inconsciencia y el despego. Lo único que nos interesaba de verdad era el cuerpo a cuerpo y las noches apuradas al máximo a costa del sueño. Descubrir un cuerpo es tarea lenta, minuciosa e inacabable que exige mucha dedicación. Lo que es por nosotros, el mundo, y el país con él, podían irse al carajo. Tres años en una nube; exactamente hasta que Clara me anunció que estaba embarazada. Fue un embarazo imprevisto porque ninguno de los dos lo había sugerido, pero a mí me dejó completamente descolocado y, en cambio, a ella le sucedió lo contrario.

El embarazo fue lo que la cambió, y yo lo advertí tan poco a poco que, para cuando quise darme cuenta, ya estaba conviviendo con una persona distinta. Siguió siendo tan vivaz y bienhumorada como siempre, pero se había convertido en una dadora de vida, la llevaba dentro, la llevó durante nueve meses, y lo que a mí me parecía un accidente (emotivo, telúrico y todo lo que se quiera, pero accidente) al cual teníamos que adaptarnos, fue en realidad el cumplimiento de un hecho mítico: Deméter dio a luz a Perséfone. No sabía hasta qué punto esta comparación, pensada a la ligera por la caricatura de Zeus que era yo entonces, entraría en mi vida con la fuerza imparable de la realidad.

Cadavia me hizo notar, como al descuido, pero con la tenacidad y oportunidad con que todo mago cumple su intención, la transformación de Clara. No me resultó muy útil porque me dejó intrigado y sin armas para afrontar el cambio. De pronto me hallaba ante una mujer cuya maduración era prodigiosa, una mujer ante la que

me sentía repentinamente inferior, como si se hubiera sustituido a sí misma arrebatándome sin un aviso ni un excusa lo que hasta entonces era un terreno conocido y habitado y exigiéndome ser en otro cuya ubicación y sentido eran del todo nuevos para mí. La luz incidía de otra manera sobre mi vida, los colores eran más armoniosos, el tiempo transcurría con suavidad, las ondas del aire acariciaban con delicadeza los velos del día, la noche se aquietaba en el dormitorio al compás de la respiración de la niña en su cunacho. Y todo ello lo manejaba Clara con una tierna serenidad que la hacía distinta.

De esta manera, la niña se convirtió en una dedicación y un estorbo. Nuestra vida alegre y loca se truncó, pero yo no podía dejar de embobarme con Beatriz. Los fines de semana me vestía elegantemente para sacarla a pasear en un ataque de orgullo, pero al llegar la noche sentía la ausencia de los amigos como la llamada de la selva. Y ésa era la diferencia: que para Clara la existencia de la niña era una forma de plenitud y para mí lo era de celos y pérdida; no me refiero a los celos convencionales sino a la sensación de desplazamiento, por un lado, y a la mala conciencia de abandonarlas de vez en cuando después de cenar para salir a tomar unas copas con la pandilla. La noche seguía siendo el territorio de la libertad y el día, en cambio, aun con el aliciente de mis dos mujeres, se había cerrado en torno a mí.

Una noche, al volver a casa, encontré a Cadavia, Juan de Septiembre y el poeta feérico haciendo compañía a Clara alrededor de una botella de whisky irlandés. El trío se había instalado a sus anchas y de pronto se apoderó de mí la desagradable sensación de que no me necesitaban para nada ninguno de los cuatro, e incluso más: que yo estaba allí de sobra, interrumpiendo una grata tertulia. ¿Desde cuándo venían por casa aquellos tres mientras yo estaba fuera? La pregunta no se asentaba en comprobación alguna sino que fue un ramalazo de intuición lo que me hizo pensar que aquella no era la primera vez; quizá apuntó a ello la sensación de relajación y costumbre que emanaba de los cuatro; quizá tuvo algo que ver, lo recuerdo con cierta vergüenza, la botella de whisky que estaba en la mesita de centro, porque últimamente había notado un descenso inexplicable en las provisiones que no me atrevía a comentar con Clara porque no estaba seguro de que, en realidad, no fuera la amnesia alcohólica la que me jugaba una mala pasada. En fin, sea como fuere, me di cuenta de que Clara había montado su propia *pub* con su clientela fiel en casa mientras yo me escapaba con mis amigos. La única diferencia era que yo lo había pactado y ella no, y a mí me parecía una diferencia muy importante. Clara, a los dos meses del parto, estaba más guapa que antes y más exuberante en general y aquellos tres rijosos se lo hacían notar. Que le agradase, me molestaba aún más, porque ella siempre había sido desenvuelta y animada, pero esta vez me pareció que, además, se había vuelto descarada.

Decidí que nada había cambiado a pesar de mi disgusto, pero recuerdo bien la escena porque fue la primera bronca seria que hubo entre nosotros. Entonces no me di cuenta de que, a lo largo del embarazo y tras el nacimiento de la niña, Clara había vuelto a crecer y yo no avancé por el mismo camino de maduración que ella, sino que me mantuve en mi antigua actitud vital: seguía considerando la

paternidad como un accidente, sin menoscabo de mi ternura hacia el bebé. Hoy pienso que la maduración femenina está más apegada a la tierra y a la Naturaleza y que la masculina se aferra más a lo conceptual y tiende más a la lucubración, lo cual quizá tenga que ver con el hecho de ser menos expresivos. En fin, tampoco quiero generalizar. Todavía me duele aquella bronca, aquellos gritos, aquel primer enfrentamiento que sólo apaciguó la niña cuando la despertamos, lo que nos llenó de vergüenza y confusión.

Me pregunto cómo resolverá Andrés el acuerdo. La verdad es que es muy buena persona aunque tenga la cabeza a pájaros desde el nacimiento de nuestra Bea, que le ha dejado un poco trastornado aunque él no quiera reconocerlo. O no, o lo que tiene es la cabeza puesta atrás, quizá en el comienzo de nuestra vida de pareja, como si deseara retroceder al tiempo en que éramos sólo dos y proyectar y planear el futuro otra vez. Lo que tiene el amor es que en la cama se resuelven muchas cosas. O se olvidan, que viene a ser lo mismo cuando no tienes ganas de pelea. Hay que ser simple para encelarse con un encantador trío de bohemios que me tratan como a una princesa de cuento. Lo único que me preocupa de verdad es la vuelta al trabajo, por lo que me vaya a encontrar, porque mi suplente tiene todas las trazas de quedarse con mi asignatura, y yo de profesora volante, y porque me canso sólo de pensar en la brega que me espera con tanto adolescente en fase de expansión hormonal y primaveral. Estos chicos están ya más sueltos y consentidos de lo que estábamos nosotras y, además, no les interesa nada que tenga alguna relevancia moral o intelectual; o es una pena o yo tengo verdadera mala suerte.

No me gusta la enseñanza, eso lo he comprendido en estos últimos meses. Lo sabía desde mucho antes, pero es tu trabajo y te acostumbras a él. Te metes en ello y no te das cuenta del desgaste, lo aceptas porque crees que es así y, sobre todo, porque no tienes tiempo de salirte de él, la vida corre aprisa. Lo malo es disponer de un par de meses que puedan marcar una distancia tan grande con la vida que tienes encarrilada, un cambio tan fuerte de escenario como es el de dar a luz una hija y ocuparte de ella cuando todos tus sentidos anhelan esa sola dedicación. De pronto el destino cambia y te ves avanzando en dirección opuesta a la que llevabas; o más todavía: en otro espacio, en otra dimensión. Es tan fuerte el contraste que el hecho de reconocerlo te cambia la mirada. Pasas de trabajar para comer y divertirse en lo que puedas a dar vida a un ser nuevo; pasas de amar a tu hombre con toda libertad, sin ataduras, en un espacio vital que conquistas con él, a introducir una vida en tu vida; pero una vida de la que eres responsable físicamente y que ocupa un lugar en tu cuerpo –el cuerpo que le ha dado vida, que la ha madurado durante nueve meses– y en tus sentimientos; te obliga a repensarlo todo, todo lo que es tu mundo, tu esperanza, tu futuro... Y esa felicidad nueva, tan densa, tan poderosa, tan arrolladora, tan alegre también, tan trémula, tan expectante y misteriosa a la vez, ocupa tu vida como ha ocupado tu cuerpo; y crea otra mirada. Entonces, lo que es importante y lo que no lo es cambia como cambia la luz de una habitación cuando el viento y las nubes la esconden y al acudir a la ventana para ver lo que sucede afuera, el espacio exterior te recuerda otra vez que el mundo es enorme y cambiante y tu habitación pequeña y recogida; que la vida se agita fuera y que adentro se esconde; que algo ha cumplido su ciclo y que un ciclo nuevo empieza. Entonces, sí, entonces el trabajo en el colegio se muestra como es: un triste cansancio, una ilusión marchita semejante a una flor ajada que ni el jarrón que la sostiene, ni el cuarto en que se encuentra, ni la luz que la ilumina pueden hacer remontar y devolverle el color y la vida. Eso es lo que me pasa a mí, eso es lo que yo tenía que acabar por ver.

Por eso no me importa que mi sustituta haya estado maniobrando para quedarse con la asignatura, aunque en vez de ser una mala persona, como yo creo que es, tal vez sea sólo alguien que pelea en la vida por necesidad. No me importa porque le espera la vida de la que yo huyo y bastante cruz tiene con eso, y bastante triste me parece su destino y aún más triste que sea eso lo que ella busca, y con malas artes. Un día caerá en la cuenta, no como las tropas norteamericanas desalojando Saigón, que es la noticia del año, pero con el mismo desánimo ante lo increíble de un final tan escandaloso, cuando lo justo es decir que se lo han buscado día a día. Sea como sea, lo sufrirá.

Pero no puedo quedarme en casa. De momento, debo reincorporarme y terminar el curso en las condiciones que sean. Por pundonor. Luego, lo dejo. El verano con la niña va a ser otra cosa. A la vuelta tendré que tomar decisiones, y aprisa; quién sabe, quizá surja algo por sí mismo en todo este tiempo de espera. Por ahora podremos aguantar con el trabajo de Andrés y la ayuda familiar, que los dos detestamos aunque yo no sea tan tajante en ese asunto como Andrés. Tampoco nos ata tanto esa ayuda. «Se lo cobrarán en especie: tirando de la niña», dice él; y yo le contesto: «Todo lo que la acojan y la cuiden ellos es libertad para nosotros, así que no te quejes». Pero no, él erre que erre, como todo hombre de principios; con lo dañinos que son los principios cuando se aplican masculinamente. El problema es qué hago con mi vida. Ahora ya no es posible salir al extranjero como lectora de español, que fue mi opción al principio, porque ya somos un núcleo familiar diferente de la pareja que formábamos hasta hace nada. Como licenciada en Filología francesa no tengo más porvenir que la enseñanza. ¿Por qué hice Filología francesa? Lo acepto: porque tal y como rodaron las cosas era la única manera de entrar en la Universidad y yo tenía que entrar, a lo que fuera, pero tenía que entrar. Claro: ¿qué hago ahora? ¿Saltar de un colegio privado a un Instituto? ¿Me pongo a preparar oposiciones? ¿Para eso me escapo de la rutina, para entrar en la rutina por excelencia que es el funcionariado? ¿A cambio de un puesto inamovible y un sueldo también bastante inamovible? Clara Zubia: tú eres mujer de arrestos, así que a ver cómo te las ingenias para dar un rumbo a tu vida sin quedarte anclada en la mediocridad. La verdad es que tampoco me veo de madre y ama de casa con dedicación exclusiva, sólo me faltaba pasar de la falta de alicientes a la dependencia absoluta. No es que no me guste enseñar, es que no me compensa; los chicos no ponen interés y para que lo pongan te tienes que dedicar en cuerpo y alma a ellos porque la enseñanza va por un lado y tú vas por otro. Y como el que manda es el Ministerio de una Educación católica, apostólica y romana, pues no hay nada que hacer, salvo acabar quemada porque esa gente carece de cualquier clase de sensibilidad. Ordeno y mando. Los pobres alumnos acaban agarrotados o se vuelven maliciosos. Lo que me recuerda algo que me contó Luis Bonafé.

Debía de tener seis años, quizá siete; estaba en el colegio, de los corazonistas o algo parecido; el hermano lego que les daba clase los tenía en el recreo, pero Luis se retrasó o regresó antes a clase; el caso es que, no recuerda el porqué, se entretuvo en pintarrajear el cuaderno que el compañero del pupitre de atrás había

dejado abierto sobre la mesa; en fin, que le destrozó el trabajo que había hecho; todavía se pregunta por qué lo hizo y cree que empezó a hacerlo por tontería y que, de pronto, se vio cogido en la trampa y tuvo que seguir; total, que cuando todos los chicos regresaron al aula, el chaval del cuaderno se encontró con el destrozo y todos los ojos se pusieron en Luis; el hermano lego se ve que decidió dar ejemplo de valentía y honor a los chavales y sacó a Luis a la pizarra para que confesase voluntariamente. Y Luis se negó. Todavía hoy no lo comprende. La evidencia estaba en su contra; todos, empezando por él mismo, sabían que había sido él, pero una y otra vez lo negó; recuerda el gesto del compañero ofendido que le miraba casi con pena, como diciendo: «Pero si sabemos que has sido tú, dílo de una vez». Porque el hermano se estaba exasperando y lo que iba a ser una reprimenda seguida de castigo penitencial se había convertido de pronto en una amenaza de proporciones dantescas. Hasta que por fin, el hermano, fuera de sí ante lo que consideraba una mezcla de cobardía y sinrazón, le sacudió una bofetada que resonó en toda el aula y le dejó la cara ardiendo. Si hasta entonces había sentido una vergüenza progresiva por lo que estaba sucediendo a la vista de todos, la vuelta al pupitre se convirtió en un martirio insufrible, pero lo sufrió y así quedó marcado.

–¿Por qué seguía empeñado –me contó– cuando yo mismo sabía que todos sabían, incluido el hermano Evaristo? Siempre he pensado que la vergüenza de confesarlo me parecía más terrible que la vergüenza de la bofetada, porque recuerdo que luego, al salir de clase, yo aún sostenía ante mis compañeros que no había sido.

Mis años de enseñanza me han servido para algo y se lo expliqué. En realidad yo creo que fue una reacción típica de la mentalidad mágica de los niños. Yo creo que lo único que Luis pretendía era *que no hubiese sucedido*, que a fuerza de negarlo pudiera volver al principio, al antes de pintarrajear, para poder detenerse antes de hacerlo. Y que la tozuda presencia del cuaderno actuaba como un cierre mental, algo que necesitaba desesperadamente exorcizar y que desapareciera de su vista, de la clase, del colegio, de su vida. Luis me miró con asombro cuando le expliqué esto y estuvo un rato reconcentrado, cavilando, y al fin me dijo:

–¿Cómo es posible que uno tarde tanto en entender un hecho fundamental para él? Es como si durante todo este tiempo algo que yo llevaba dentro sin saberlo hubiera estado condicionando muchos de los actos de mi vida.

–Se llama subconsciente –le dije–. O se llamaba, porque ahora parece que los psiquiatras dicen que no existe.

Bonafé ha sido siempre un tipo recto que va con la verdad por delante. La experiencia de aquella escena debió de mostrarle inconscientemente el camino de la rectitud. Y lo mismo le pasa a Andrés. Ahí tiene el ejemplo de su padre, el golpe de decencia que acabó con su carrera política o pseudopolítica. Pero el problema de estos rasgos de honor y dignidad masculinos es que nunca se dejan acompañar de una manifestación sentimental, al menos tal como la entendemos las mujeres; en ellos la dignidad va unida a la impermeabilidad; es como si creyeran que dejar un flanco al descubierto los hace menos hombres, más vulnerables, así que, a

mayor debilidad, mayor fingimiento. ¿Y por qué, digo yo, si todo procede de una cuestión de dignidad? ¿Es que dignidad e impermeabilidad son sinónimos? ¿Es que la fortaleza consiste en reprimir la debilidad? ¿Es que hay que ser de piedra para ser honesto? Luego, cuando se hunden, se hunden del todo, como es natural, porque el desgarrón que los deja al descubierto es total, y entonces sí que no les importa echarse a llorar o tirarse por una ventana.

De manera que a Andrés lo tengo embobado con la niña, pero no sé qué piensa y yo tampoco sé por qué me he puesto a recordar esto.

–Lo que yo digo –dice Andrés– es que a los hijos los gesta la madre a lo largo de nueve meses; durante nueve meses los lleva dentro; luego los saca y les da de mamar; ése es el verdadero lazo: dar vida con tu cuerpo y alimentar de tu cuerpo. Ahora dime, en conclusión, qué pintamos los padres en este acontecimiento. Somos acompañantes, Luis, meros acompañantes, ésa es la verdad.

–Hombre, la educación, el amor, el cuidado...

–Pintamos tan poco que ni nos enteramos de cuándo la mujer queda preñada, pero ella, estoy convencido, lo sabe desde el primer momento. Y a los nueve meses resulta que pasas de ser el marido o el amante a ser el padre. Gran descubrimiento. No hay comparación, Luis. Somos meros acompañantes.

–A ver, Andrés, ¿a ti te coge de nuevas la idea de tener un hijo? ¿No lo habéis hablado?

–Sí, claro; hablado, sí.

–En tal caso, ¿qué más te da? Estabais de acuerdo en tener un hijo, ella se queda embarazada y tenéis el hijo. Es normal.

–No me entiendes, Luis. No planteo una cuestión práctica. Es una cuestión de principios.

–Muchacho, la Naturaleza...

–Ahí voy. La Naturaleza es una hija de puta de mucho cuidado. Se inclina decididamente del lado de Clara y yo me convierto en padre consorte. No es un papel muy lucido, que digamos.

–Pero ¿se puede saber qué mosca te ha picado? ¿A cuento de qué me vienes ahora con esta estupidez? A ti es que te gusta cogértela con papel de fumar, de verdad te lo digo.

–Es algo, mi imberbe amigo, que hay que vivir para sentir. Y ni tú ni yo podemos hacer nada por evitarlo porque la sociedad lo quiere así, lo ha querido así desde la remota antigüedad, es una costumbre que dibuja un modelo de familia, de relación y de poder que arranca de lo más profundo, es...

–Perdona, ¿tenéis algún conflicto personal Clara y tú?

–Sólo se te ocurre reducirlo a una pelea matrimonial, ¿no es eso? Me defraudas, Bonafé. Yo estoy planteando algo mucho más trascendente, un asunto de principios, un análisis de raíces, y me sales con que si estamos peleados. A mí no me engañas: tú lo que quieres es acostarte con Clara.

–¡Tamaña barbaridad!

–Y, desde luego, si estás esperando una ruptura o al menos una quiebra entre nosotros, ya te estás olvidando porque no hay nada de eso. Sencillamente: estás obsesionado con ella y no eres capaz de entender el alcance de lo que yo estoy planteando con toda mi buena fe y, a lo que veo, sin esperanza alguna de ser comprendido. Peor para ti, porque ya te llegará la hora y entonces te acordarás de esta conversación. Y peor, sobre todo, porque si te crees que con Clara hay que esperar a la antigua, o sea, a que desaparezca el obstáculo que te impide acercarte a ella, o sea, yo en estos momentos, para cuando lo intentes el sitio estará ya ocupado por alguien más decidido que tú.

-¿Me estás diciendo que me la ligue?

-¡Ah! ¿Crees que puedes?

-¿Yo?

-Valiente iluso. No he visto un pardillo como tú en mi vida. Y yo haciéndote confidencias personales sobre el verdadero valor de la paternidad mientras tú estás pensando en cómo tirarte a mi mujer. De verdad, Luis, que tenía otro concepto de ti.

-¡Pero si te lo has dicho tú todo!

-Vaya, hombre, el clásico truco dialéctico de un manipulador de la vieja escuela. Ahora resulta que todo son figuraciones mías, que yo no he oído lo que he oído. Mira, Luis, te perdono porque estás muy tierno aún, así que cambiemos de conversación y pasemos a asuntos más propios de tu estatus vital.

Volver a hacer el amor es una bendición. ¿Será que Andrés tenía celos de la niña? La que tendría que haber tenido una depresión posparto era yo, pero no sólo no la tuve sino que incluso cuando salió de mí sentí un placer muy intenso, casi sexual, lo que todavía me tiene suspensa porque no sé lo que significa. Todo el mundo habla de dolor y habla del cuerpo deformado y todos esos horrores y yo sé que debe de ser así, pero no ha sido así. Yo creo que Andrés estaba a la expectativa, sin atreverse a practicar el sexo, rondando en pos de una señal que yo no sabía que tenía que emitir porque, sencillamente, estuve dispuesta en seguida. Lo suyo no debían de ser celos de la niña sino inseguridad pura y simple. O no. La verdad es que ha estado pesadísimo con el rollo de la paternidad y la maternidad. Cuando se esconde tras esas indecisiones se vuelve muy tierno, pero también muy torpe. Pero, tierno y torpe, es el que me gusta. Hay que ver lo que le ha costado reconocer que tiene una niña. Mientras más se colocaba a prudente distancia de cada sonrisa, de cada gesto de ella, más teorizaba sobre lo que consideraba el depreciado rol del padre, así que la tensión era horrorosa. ¡Vaya manera de complicarse la vida! Total, para que al final la niña le adore como es de rigor. Me siento vengativa, me gustaría hacérselo pagar, por narciso. Yo, yo, yo. Cuando babee con ella me encantaría recordarle la paliza que me ha dado estos meses con la alabanza de la madre y el menosprecio del padre, obligarle a pedir perdón, a teorizar sobre su egoísmo; y no lo absolvería hasta que lo reconociera; pero ¡qué va!, entonces dirá que él nunca dijo lo que dijo y teorizará sobre la excelencia y el sentido del rol paterno y me reprochará que yo le recuerde cosas que sólo existieron en mi imaginación y probablemente argüirá que la que tiene celos de la niña soy yo. Los hombres son fantásticos para enredarte, una mezcla de labia y sexo para tenerte enganchada sin desprenderse de uno solo de sus defectos. Y lo asombroso es la cantidad de tontas que caen en ese charco. Claro que quizá no hay otra agua y o te mojas o no cruzas. En fin, el pobre Andrés demasiado poco abusa de esas cualidades, no voy a quejarme ahora. Es sólo lo pesado que se ha puesto. ¿Será posible la lata que me ha dado con este asunto del padre como progenitor de segunda clase? Yo creo que lo que quería era follar y no sabía encontrar el momento ni el pretexto. Ésa es otra de las cualidades de muchos hombres: por no ir a las claras dan tantas vueltas que se acaban enredando en sus propias piernas.

La niña es un amor. Te va a tocar pelearte conmigo, mi bebita, y refugiarte en tu padre, ya lo verás. Y ya lo verá ese descastado, maldición. Pero eres tan guapa, tan pequeña cosa, tan bichito... El arte de sobrevivir de un niño no es la lucha sino su modo de inspirar ternura; no hay quien se resista ante la presencia de un bebé. Parece mentira que un ser tan indefenso desarrolle esa capacidad de defensa. No estamos acostumbrados. Con lo que hay que currar en la vida para hacerse un sitio y estos cachorros están constitutivamente dispuestos para navegar por la tormenta sin la menor noción de lo que es el miedo o el peligro. Bueno, es una manera de hablar, ahora que lo pienso, porque hay que ver cómo se agarra a mi brazo cuando la baño y entra en contacto con el agua, como diciendo: Esta loca me ahoga si no ando lista.

Violeta:

*Ch'ei qui non mi sorprenda
Lascia que m'allontani – tu lo calma
Ai piedi suoi mi getterò –
divisi ei più non ne vorrà – saremo felici
Perchè tu m'ami, tu m'ami,
Alfredo, tu m'ami, non è vero?*

Alfredo:

Oh, quanto! Perchè piangi?

Violeta:

*Di lacrime avea d'uopo –
or son tranquilla –*

Juan de Septiembre extiende los brazos.

Lo vedi? Ti sorrido – lo vedi?

Juan de Septiembre se acerca el puño cerrado a la boca. Lo muerde.

*Or son tranquilla – ti sorrido.
Sarò là, tra quei fior
presso a te sempre
Sempre, sempre presso a te*

Muerde el puño con fuerza. Se lleva la otra mano a la cabeza.

*Amami, Alfredo!
amami, quant'io t'amo –*

Se cubre los ojos.

Addio!

Alza la cabeza mientras dos lágrimas resbalan por sus mejillas

Alfredo:

Ah, vive sol quel cuore all'amor mio!

Juan de Septiembre se enjuga las lágrimas con un pañuelo abultado que extrae del bolsillo mientras se acerca a la ventana y mira al cielo. Es un día luminoso con un aire transparente que permite ver lejos. El paisaje que se ofrece a sus ojos es una sucesión de tejados viejos y apretados que relucen al sol del mediodía, alguna terraza con ropa tendida, chimeneas y antenas de televisión. Tiene hambre porque ha dormido hasta hace poco y no ha desayunado. Del día anterior, antes de perderse por la ciudad noctámbula, evoca los canapés que estuvo picando como cena en la presentación de un libro que ya no recuerda, acompañado del poeta Palacios, pero recordarlo sólo le aguza el hambre. Todavía en pijama, con un abrigo encima que sostiene que ha de ser del mismo paño que don Antonio Machado menciona como «la venganza catalana» –y que posiblemente proceda de aquella época, piensa–, se defiende del frío del otoño madrileño.

–No, señor –se dice–, la novela debía de ser como los canapés: de quinta.

Mira alrededor. La habitación tiene dos ventanas al exterior, pero es todo su reino. Por cocina tiene un infernillo sobre una encimera anclada al suelo con cuatro patas metálicas en la que está encastrado el fregadero. Sobre la encimera, dos baldas que ejercen de vasar. Hay además un armario, una cama de somier metálico, cuatro sillas, una mesa y un sillón de orejas que luce una tapicería muy deslucida y una estufa de gas. Sobre la mesa, la radio. Sobre una vieja consola reposan un plato giratorio montado sobre un sintonizador y dos pantallas de mediano tamaño a ambos lados. Junto a ella se alza un contenedor de discos de cuatro pisos repleto de *long plays*. En la pared, a los pies de la cama, se apoya una vieja librería de madera oscurecida por el paso del tiempo en la que se apilan numerosos libros en estudiado desorden. Juan de Septiembre se lava en el fregadero, el retrete se encuentra en el exterior y es común a las viviendas de esa parte de la planta. Es un edificio finisecular, mal cuidado, pero bien construido, que hace fachada a dos calles estrechas porque toma una esquina completa de la manzana. La zona es el Madrid viejo, de calles estrechas y vecindario acostumbrado a pasar con lo justo. Es una zona degradada, aunque conoció tiempos mejores, como el mismo edificio manifiesta a pesar del descuido. Los pisos están ahora divididos y vueltos a dividir, y la casa es un hervidero de gente, muchos de ellos de edad avanzada, aunque no faltan niños. Son cuatro plantas más las buhardillas y no hay ascensor, por lo que la vida en las escaleras, hacia arriba y hacia abajo, es muy agitada y da para conversar sobre el tiempo, el mercado y los

achagues y compartir información acerca del progresivo deterioro del lugar y las deficiencias de los servicios comunes.

Bajo la encimera tiene Juan de Septiembre organizada la despensa, cubierta por unos faldones de tela. De ahí saldrá el almuerzo de hoy, pero le falta el pan y le da pereza tener que bajar a la calle y volver a subir las escaleras, sólo por eso. Luego se anima pensando que quizá le convenga comprar un poco de mortadela para la cena. Para esta tarde no hay prevista ninguna presentación de libros o evento similar.

Se pone las gafas, agacha su corpachón ante la despensa y estudia con gesto concentrado su contenido. Al cabo de un rato se levanta dificultosamente con una lata de sardinas en la mano y la contempla consternado: ahora sí que necesita una barra de pan para hacerse un bocadillo. En la encimera hay una botella abierta de vino común. Echa una ojeada alrededor como si interrogara a las paredes y la mirada vuelve a la mesa donde reposa la lata de sardinas en aceite. Ése es su almuerzo de hoy y se resigna a bajar a por el pan. El periódico lo leerá en el café, después de comer, en compañía del poeta feérico y de Cadavia.

La música cesa repentinamente. De inmediato, la cuerda inicia una frase *pianissimo*. Juan tararea mentalmente el tema del aria de Alfredo en que se basa y suspende sus cavilaciones.

Violeta:

È strano!

Cessarono gli spasmi del dolore

In me rinasce – m'agita insolito vigore

Ah, ma io ritorno a vivere!

Oh gioia!

Los aplausos del público invaden los últimos golpes del bombo y el *crescendo* final de la orquesta. Luego, el silencio invade la habitación. Juan recoge las gafas de la mesa y se las cala con ambas manos mientras tararea de nuevo «di quell'amor che è palpito». Luego se lleva la mano diestra al corazón y se inclina ante el plato donde aún gira el disco. Después, con la misma mano, vuelve el brazo reproductor a su lugar, que detiene el giro, y se queda observando la quieta superficie de vinilo, pensativo.

La quebrantada salud del dictador anunciaba un otoño inquietante. La muerte estaba a las puertas, pero corrían toda clase de rumores por el país. Los más optimistas daban por cierto que, si no era inmortal, se las arreglaría para parecerlo; los pesimistas hablaban de una muerte sin fecha, sí, pero seguida de una noche de los cuchillos largos. Andrés y sus amigos se limitaban a mantenerse al acecho, convencidos de que el final estaba al caer, aunque la súbita recuperación del anterior agravamiento de salud, que obligó al entonces príncipe y heredero a tomar el timón del Estado, no auguraba una despedida fácil.

–Yo creo que en cuanto vio al príncipe tomar el mando se recuperó como si le hubieran puesto un petardo en el culo –decía Luis Bonafé, derrotista.

–Tanta tradicional amistad con los países árabes y tanta guardia mora y le montan una Marcha Verde ante la que hemos corrido como gallos desplumados –decía Méndez, repentinamente sulfurado–. El mando no tiene cojones.

–A ver si a estas alturas te va a empezar a salir –le decía Andrés, mosqueado– tu ascendencia militar. Sólo faltaba que te diera la ventolera autoritaria y patriótica después de lo que hemos tenido que oírte decir de tu padre.

–Hay momentos en la vida de un hombre... –se defendía enérgico Méndez.

Así pasaban el rato entre parte médico y parte médico. Cada vez que sonaba en el televisor la fanfarria que antecedió a las noticias extraordinarias procedentes del equipo médico especializado que lo atendía de la mañana a la noche, les recorría un sobresalto seguido de una decepción.

–A los que nos van a matar es a nosotros del soponcio con la musiquita –decía el padre de Bonafé cada vez que escuchaba la sintonía.

Porque lo cierto es que llevaban así varios días y la extinción del dictador se eternizaba. Al final de cada día, hasta sus más tibios partidarios acababan hartos de tanta espera. Los fieles, en cambio, creían firmemente en la resurrección. En las esferas políticas se detectaba mucho movimiento, como era natural, y los más listos iban tomando posiciones de cara al futuro. Sin Carrero y con Franco ante su último suspiro, la suerte estaba echada. Otra cosa sería –y eso era lo que se estaba jugando entre bambalinas– el modo en que corriera esa suerte para cada uno, desde la guardia pretoriana hasta los grupúsculos de la izquierda radical. Cuanto más radicales y más ultras, más tontos y más descolocados; cuanto más pragmáticos u oportunistas, más agitados. Pero nadie las tenía todas consigo, pues un brote de cólera ciega o de patrioterismo sangriento es siempre imprevisible, pues al fin y al cabo, como dejó escrito el doctor Samuel Johnson, «el patriotismo es el último recurso de la canalla».

La pequeña Bea cumplió un año en este 1975. Clara no volvió a retomar su puesto en el colegio y aceptaba el dinero que le enviaban sus padres para suplir el agujero económico que les creaba su situación de paro laboral. Pero era un paro momentáneo y ella no estaba dispuesta a quedar reducida a ser sólo ama de casa, por mucho que la dedicación a la niña la tuviera muy entretenida de momento. El verdadero problema era el camino a seguir: su licenciatura en Filología francesa no era precisamente una puerta abierta al mundo del trabajo.

Y fue de nuevo una intervención de Cuchi Mendina la que vino a reconducir la situación de Clara; pero antes conviene atender otros sucesos.

La última novedad del grupo de amigos era un personaje conocido como «el guiputxi Mendieta», que se había aficionado a ir a todas partes del brazo de Méndez. En los últimos años, sobre todo desde el proceso de Burgos, la simpatía por la organización ETA se había ido extendiendo entre la izquierda universitaria y posgraduada, habiendo alcanzado su cenit, y su mayor asombro, con el atentado que costó la vida al almirante Carrero, brazo derecho del dictador. Al guiputxi –que se presentaba como un consumado analista del mundo vasco– lo seguía, como si fuera su sombra, un tal Gorka Pérez Gómez, alias Pelotas. El grupo entero se pasó al análisis del llamado problema vasco con entusiasmo y a reivindicar la ikurriña, y todos acabaron pronto o tarde yendo de pinchos por la parte vieja de San Sebastián, donde Mendieta los pastoreaba con indisimulada satisfacción. La nobleza y rectitud de los vascos, oprimidas por el centralismo franquista, se instaló en sus corazones como una verdad y un canto a la vida cordial y sencilla. Solamente El Figura expresó sus reticencias, pero como era deportista antes que intelectual, se le despachó con unos escogidos comentarios despectivos.

–Vale, lo que queráis –decía El Figura–, pero este tío lo único que quiere es hacerse el interesante y el otro es un tocino.

–Mira quién fue a hablar –le contestó Méndez, picado–. No te jode el atleta...

–Allá vosotros –respondió El Figura–. El día de mañana ya os acordaréis de lo que hoy os digo.

–Solemne, que eres un solemne.

Esta segunda mitad del año 1975 había sido pródiga en acontecimientos de gran relevancia nacional: la detención de los oficiales del Ejército pertenecientes a la Unión Militar Democrática, el Decreto-ley de prevención del terrorismo, que era en la práctica un estado de excepción, las condenas a muerte dictadas por los tribunales militares y, sobre todo, los fusilamientos de tres activistas del FRAP y dos de ETA en septiembre, concitaron las iras de la gente de bien en el interior y en el exterior del país. El régimen respondió con una apresurada concentración en la Plaza de Oriente de Madrid, la quinta y última de las llamadas «manifestaciones patrióticas», en la que el dictador, con un hilo de voz, acusó a los enemigos de España de promover «una conspiración masónica izquierdista en la clase política, en contubernio con la subversión comunista terrorista en lo social, que si a nosotros nos honra, a ellos les envilece», dijo.

–Han tenido que traer mucha gente de fuera en autobuses y ni por ésas han conseguido juntar una cifra decente. Ya sólo vienen los más brutos a desfogarse –comentaba Méndez, satisfecho.

Poco después, Franco volvía a pasar por el quirófano y el joven príncipe asumía otra vez la Jefatura del Estado en funciones, mientras Hassan II de Marruecos apretaba las clavijas en el contencioso del Sáhara con la Marcha Verde formada por trescientas mil personas.

–Otro que tal baila –decía El Figura–. Hay que ver lo que les gusta a los dictadores mover a la gente en plan patriótico.

–Y, encima, el nuestro que ni se muere ni deja de morirse. Qué agonía para todos.

Cuchi Mendina no pertenecía al grupo como tal miembro del grupo, pero de cuando en cuando se dejaba caer por los locales que frecuentaban. Cuchi era el que mejor vivía de todos, lo que ellos atribuían a su misteriosa condición de gigoló que, si bien no apreciaban profesionalmente, no dejaban de envidiar con una mezcla de curiosidad y respeto. Por lo demás, la simpatía de Cuchi era difícil de resistir. Clara le tenía verdadero cariño y solía coquetear descarada y alegremente con él, lo cual no dejaba de molestar a Andrés, que no lo consideraba del mismo modo que ella.

–Pero, Andrés, es un juego que nos traemos desde hace años. No me digas que ahora te vas a poner celoso.

–No estoy celoso. Es que no veo la razón de ese juego.

–Jugar.

Entre las amistades de Cuchi, tan misteriosas y variadas como las mujeres de las que vivía, según la opinión del grupo, estaba el propietario de una casa editorial de cierto renombre. La atención del grupo se centró en él cuando hizo una oferta a Clara para trabajar como documentalista, correctora de estilo e incluso traductora, un trabajo que, si se le daba bien, podría hacer incluso desde su casa, al menos hasta que la experiencia le permitiera hacerse con el puesto a plena dedicación. A ella le pareció de perlas, pero el grupo se apresuró a mover sus fuentes de información para saber a) si Cuchi estaba entreteniendo a la esposa de Andrés y b) si la oferta tenía una base laboral firme. Resultó que sí, que Cuchi se dedicaba a su esposa, que no había otra base laboral que el meritoriaje y el pago por encargo cumplido, y que Clara decidió aceptarlo contra la opinión de todos porque su espíritu animoso y pragmático a la vez le decía que ahí había una oportunidad, quizá no en ese puesto de trabajo concreto, pero sí en el mundo editorial.

–Me han abierto una puerta –resumió– en un círculo muy cerrado. Ya me las arreglaré yo para entrar hasta la cocina.

Al principio trabajó sobre todo en su piso, por lo que siguieron ahorrándose tener una chica en casa para cuidar de la niña, que crecía tan animada como si el mundo la estuviera esperando. Ciertamente era un trabajo mal pagado, una explotación según Andrés, pero descubrió que le gustaba; la corrección de pruebas acabó por hacérsele pesada, pero la corrección de estilo le encantaba. Al poco consiguió una traducción del francés, siempre mal pagada, que le pareció un paso adelante. Era una selección de cuentos de Musset y estuvo absorbida por ellos y por un disco doble de Tommy Dorsey y su orquesta, con un joven y seductor Frank Sinatra ejerciendo de *crooner*. De tanto en tanto se veía obligada a levantarse para darle la vuelta. «El dorso de Dorsey», murmuraba divertida cada vez que tenía que hacerlo. Había un cuento que disfrutó especialmente, *Croisilles*, con un protagonista arruinado y enamorado en tiempos de Luis XIV; le encantaba la imagen del muchacho «devastando a su paso los ubérrimos manzanos de la Normandía» y enfangado en la composición de un madrigal para una señorita, rica heredera muy cortejada; le gustaba especialmente el desenfado con que en tales condiciones pretendía a su amada y el truco con el que burla la oposición del padre y consigue hacerla suya. Era un relato tan romántico y divertido a la vez que le hizo

olvidar momentáneamente el r cano estipendio que percibiría por él. A veces reía para sus adentros pensando en que a su edad y con una niña, estaba otra vez empezando a ganarse la vida, como al salir de la Universidad.

 Y, además, que Cuchi tampoco es un guapo de arrebatarse  dec a Andrés.

 Yo creo que t  estás comido por los celos, Andrés  respond a ella , lo cual es muy peligroso a tus años y pensando en todo lo que te queda por pasar en esta vida.

  Celoso yo?  protestaba Andrés mientras ponía en el tocadiscos *I'm just a gigolo* . Conozco a Cuchi desde mucho antes de que tú te lo echases a la cara.

 Ya  respond a ella , desde aquellos tiempos en que os la cascabais juntos en la playa,  no?

 Oye  le había dicho Andrés sobresaltado ,  y t  cómo sabes eso?

En fin, así estaban las cosas en aquel otoño de 1975.

IV

*The townsmen walked by twos and threes, and talked,
Drinking the blackness in default of air*.*

Robert Browning

–¡Oé, Cadavia! –grita Juan de Septiembre. La noche ha caído sobre la ciudad y la figura del melómano se recorta ante la luz que escapa por la puerta abierta de la taberna taurina. Cadavia avanza por la acera y tras él surge Andrés, como salido de las sombras de la calle. Todas las farolas están apagadas. La luz que siluetea la voluminosa presencia del hombre que vocea parece prenderlo por los bordes y arrebatarlo hacia la relumbre trémula que escapa por la puerta. El jolgorio interior resuena por toda la calle desierta, oscura y silenciosa. En unos segundos, la figura del poeta feérico se une a la de Juan y, cuando ambos se cercioran de que han sido vistos, desaparecen por la boca del local como si el fuego los tragara.

–Qué te parece –dice Cadavia–, el barrio se ha quedado a oscuras, pero la casa de bebidas reluce como un carbón encendido. Esta ciudad es fantasmagórica.

Cadavia, quizá cansado por la edad, se detiene ante la puerta de la taberna bulliciosa para dar más énfasis a su opinión y disimular sus carencias físicas. Alza la mano para aseverar algo y, de pronto, su gesto cambia y también el tema de conversación.

–¿Has dejado a tu mujer y a tu hija en vuestra casa?

–No pensarás que iba a venir con ellas –contesta Andrés impaciente.

–Pensaba, y no te ofendas antes de tiempo –se ha cruzado de brazos, para hablar con toda propiedad–, que no es propio de un buen marido dejar a su esposa en casa y marcharse de juerga, aunque sea con gente adulta y bregada como nosotros, porque, si es propio que la libertad y la ligereza se deban a nuestra soltería, ése no es tu caso. ¿Qué crees que opinaría tu padre al respecto, mequetrefe?

–No necesito recordarte que he cumplido ya los treinta y que habéis sido vosotros los que me habéis citado esta noche, con la evidente irresponsabilidad que cabe esperar de tres bohemios que están fuera de época debido a su provecia edad y a la constancia de sus vicios.

–¡Bien contestado! Te mereces un vaso de vino.

La taberna es un recinto cerrado que se adentra en el cuerpo de un estrecho edificio con muchos años de servicio del barrio de Argüelles. En la fachada, a ras de la acera, sólo hay un portal de acceso a las viviendas –dos balcones por planta a la calle– y la taberna taurina, de notorio renombre. Sobre el portal, el rótulo del número y una placa que reza: «Gas en cada piso», y debajo un aviso: «Asegurada de incendios»; éste se halla ligeramente escorado hacia el cartel que corona la puerta de la taberna, lo que parece una velada alusión a una inminente catástrofe. El cartel está escrito en letra española y reza con aparente modestia o resignación fatalista:

El Sobrero.

Resignación es lo que no abunda en el interior. Las paredes están cubiertas de fotografías enmarcadas que recogen lances del toreo de figuras de todos los tiempos y de carteles de toros de varias plazas, aunque predominan la Monumental de Madrid y La Maestranza, todos ellos bastante modernos y recargados de color. La pared que resguarda la barra, en cambio, ofrece estanterías llenas de botellas coronadas por la testa disecada del sobrero que da nombre al local. Las botellas, para quien tiene buen ojo y buena memoria, representan el recuento de la historia alcohólica de España, aunque destaca una balda completa dedicada a los anises: Machaquito, del Clavel, del Mono, Chinchón de la Alcohólara... Y en el recodo donde barra y pared concurren hay un ventanillo con antepecho de madera que comunica con la cocina y, a su lado, en solitario, una gran fotografía de Rafael de Paula iniciando a pies juntos una verónica en la plaza del Puerto de Santa María en 1977, firmada por Arjona.

En el abigarramiento compiten esta noche la decoración acumulativa del local y la clientela que se apiña dentro. Andrés sigue los pasos de Cadavia, que se desliza entre la parroquia con habilidad y decisión –«por favor, por favor, permitan...»–, hasta una especie de barra estrecha de madera gruesa que corre por la pared opuesta a la de la barra principal; justo donde la madera hace esquina, protegen sus vasos Juan y el poeta y charlan con animación. Cada vez que Cadavia avanza, el hueco que abre se cierra tras él y Andrés debe reemprender la lucha. Cuando llega adonde están los tres amigos, un par de vasos de vino llegan también volando por el aire, pasando de mano en mano, y por fin puede respirar sin agobios. El estruendo es ensordecedor, como corresponde a un bar español, y las conversaciones se cruzan y enredan en un todo inarmónico que se eleva como un cántico en bruto hasta el techo, con el que todos parecen disfrutar. Mirando alrededor, Andrés recuerda el comienzo de un poema de Miguel Hernández:

*Para cantar ¡qué rama terminante,
qué espeso aparte de escogida selva,
qué nido de botellas, pez y mimbres,
con qué sensibles ecos, la taberna!*

y se echa al colete el primer trago de vino de la noche. El concierto de voces ahoga las palabras, que sólo irregularmente y separadas unas de otras se congelan por un instante en su mente, al modo en que se congela una imagen en una película, mientras la mayoría de ellas rebota en sus oídos como fuego cruzado. No alcanza a oír así la discusión que se traen el poeta y el melómano, pero por esas palabras congeladas –crepúsculo, celta, rosa, secreta– colige que están hablando de Yeats. Hace calor, mucho calor; la tasca es un infierno, el vino está caliente y rompe a sudar. Hace un gesto a los otros con la mano y luego señala la puerta de la calle dándoles a entender que va a sacar la cabeza al exterior de la noche. Los otros

asienten y vuelven a enfrascarse en lo suyo.

Afuera, apenas se aleja dos pasos por la acera, el silencio y la oscuridad sustituyen a la barahúnda y la luz ardiente. Lleva el vaso en la mano, se acucilla contra la pared, lo deposita en el suelo y saca un cigarrillo del bolsillo de la camisa. Al encenderlo, se percata de que hay una sombra negra detenida a su lado, una figura que parece crecer vertiginosamente hacia arriba a medida que él levanta la cabeza.

–*Tiens! Un curé!* –exclama sobresaltado.

–¡Diablos! ¡Un pecador francés! –exclama el cura.

Ambos se observan cautelosamente. Después del escrutinio, Andrés se aleja unos pasos con su vaso de vino en la mano. En ese momento, la puerta de la taberna se abre, la algarabía se proyecta al exterior como una bocanada de ruido y luz que explota en la calma del silencio de sombras de la calle y Juan de Septiembre irrumpe en la acera. Por un momento parece desorientado, se rehace y entonces percibe la figura negra. La mira con ojos desorbitados y se precipita de nuevo al interior del establecimiento cerrando la puerta por detrás de él. Ya dentro, busca a sus compinches.

–¡Maldición de maldiciones! –explica sobreexcitado–. Ahí viene el único miembro de la Iglesia católica española que tiene poder sobre mí.

–¿Quién es? –pregunta interesado Cadavia.

–El padre Peor.

–Extraña combinación –dice Cadavia.

–El peor es el mejor –murmura Palacius.

En ese mismo momento, el padre Peor, llevando sujeto del cuello de la camisa a Andrés Delcampo, se abre paso entre la abigarrada parroquia tabernaria.

–Aquí os traigo –dice al reunirse con los tres compinches noctámbulos– a este extraviado a quien, por lo que veo, estáis tratando de convertir en un infeliz como vosotros.

–Páter, te presento al amigo Cadavia, tío de este excelente muchacho. Cadavia, el padre Jesús Peor.

–¿Así se llama? –pregunta Cadavia antes de saludar.

–Lo considero –dice el páter soltando a Andrés– un acto de humildad premonitorio de lo que ha sido y es mi vida, puesto que soy tan inferior a nuestro Salvador.

–Yo diría que se trata más bien de una mortificación –comenta Andrés tratando de recuperar la compostura.

–¿Y qué? –pregunta Juan de Septiembre–. ¿Estamos de ronda?

–Estamos de ronda, como siempre –confirma el páter–. Una sotana siempre impone en estos lugares de disipación y cada noche –esto se lo explica a Andrés– caen varios infortunados que necesitan una buena cura de alma. Mis ovejas son nocturnas porque el clero secular prefiere trabajar de día y alguien ha de hacerse cargo de los desgraciados que vagan de taberna en taberna sin hallar consuelo y sin una meta en la vida.

–Loable dedicación –dice Cadavia–. Aunque ése no sea nuestro caso, ¿acepta

usted un vino a cuenta de la compañía?

–Aquellos que creen bastarse a sí mismos son los que más necesitan un apoyo. Te acepto el vino, siempre que sea un rioja.

La presencia del páter ha creado un espacio alrededor de los cuatro amigos y lo aprovechan para hacerse llegar con presteza una nueva ronda.

–El diablo –comenta Juan de Septiembre– no acostumbra a frecuentar lugares como éste. El diablo anda ocupado en gente de más alto vuelo. Nosotros somos unos simples mortales, todo corazón, cuyas almas apenas se valoran.

–Craso error, amigo mío, craso error –dice el padre Peor–, vosotros sois el fundamento, la base, lo que hay que minar para hacer daño a la Iglesia. Esto se viene abajo, amigos, y el trabajo de cura de almas hay que hacerlo desde la base, donde siempre ha anidado la fe; ¿o qué creéis que hago yo de ronda nocturna día tras día? Por cierto, ¿qué se sabe de la salud del caudillo?

–¿Salud? Ése está más muerto que Carracuca, pero no hay cojones para reconocerlo –dice Juan.

–Triste destino, aunque justo fin para aquel a quien no le tembló el pulso al firmar tanta sentencia de muerte –añade Palacius saliendo de su mutismo.

–Misericordia, amigos. No juzguéis y no seréis juzgados. Y tú que estás casado –dice el páter de pronto, reparando de nuevo en Andrés–, ¿qué haces aquí, fuera del hogar?

–Oiga, padre, métase con los de su edad y a mí déjeme tranquilo.

–Harta culpa demuestra tu respuesta, ¿qué no esconderá tu conciencia cuando me respondes de esta manera? No soy yo quien te señala sino el dedo de Dios, que pregunta por sus hijos.

–¿No está también el diablo en el fondo de ese vaso de vino que está tomando? –pregunta Cadavia, casi con indiferencia.

–Al contrario: *in vino veritas*. El diablo huye de la boca de un cura como Drácula de la luz del día. Este vino está protegido por mi presencia, amigos, y no permitiremos que deje de alegrar nuestros cuerpos y avivar nuestras mentes. Rojo y noble como el corazón de un hombre de bien, así es como hay que beberlo. El diablo bien puede buscar clientela en otra parte por esta noche.

–El diablo, el diablo... –refunfuña Andrés–. Yo no he salido esta noche a hablar de los inventos con los que se asusta a la pobre gente que cree en Dios de buena fe, señor cura.

–Vaya, vaya, un descreído... –dice el cura arremangándose con evidente satisfacción.

–Os espero fuera –dice Andrés en un arrebato de malhumor y se escurre con su vaso de vino entre el gentío en dirección a la salida.

–Lo siento, páter, pero, como ve, no están las nuevas generaciones para confrontaciones teológicas. Se va perdiendo la clientela, el respeto, el interés por los grandes temas...

–Si hay algo perenne somos nosotros, los representantes de Dios en la tierra –afirma el cura–. Y no se entienda lo que digo como un acto de soberbia sino como el reconocimiento desde la humilde mortalidad de este cura de la gloriosa

inmortalidad de nuestro Creador. Así que, estimados amigos, la escapada de este jovencito la tomo como lo que es: una muestra de inmadurez e ignorancia que o bien se cura con la experiencia o *in extremis*, cuando llegue la hora de rendir cuentas, que de ahí no escapa nadie. Y mientras el momento llega, ¿no podríamos encargar unas gallinejas para que el vino no entre en vacío?

La moción se aprueba por unanimidad.

*

La estación siguiente del vía crucis nocturno que el padre Peor dirige con mano firme es un bar de la calle Rodríguez San Pedro. Es un local pequeño, estrecho, feo y descuidado. La barra es de formica azul claro, el suelo de baldosas grises y las paredes muestran el aspecto de no haberse vuelto a pintar desde la inauguración. Hay un par de carteles turísticos enmarcados, uno del desierto australiano y el otro de la ciudad de Melbourne, entre las baldas donde se alinean las botellas. El bar se llama Melbourne. Todos piden unos vinos.

–Aquí lo propio son unas bravas –aconseja el cura y los demás aceptan. De hecho, están cenando informalmente antes de lanzarse a la vorágine de la noche madrileña.

–No deja de ser llamativo –dice Cadavia– esto de salir de ronda con un cura parrandero. En mi pueblo teníamos uno que era adicto a las meriendas que se turnaban en prepararle las feligresas; en lo demás era un hombre recogido para lo suyo, es decir, que se contenía en sus apetitos; fuera de ello, era tonante con las faltas de los demás, pues por ser meticuloso sólo veía faltas en el prójimo, con lo que se pasaba el día azotando las conciencias. Usted, en cambio, veo que anda de bar en bar escogiendo almas que redimir tras los pasos del diablo.

–El diablo hace estragos en la noche, en efecto, y aquí estoy yo, que no temo ni a diez mil diablos juntos. Usted, en cambio, parece hombre descreído... y misterioso.

–Vaya ojo que tiene usted, páter –interviene Juan de Septiembre–, porque aquí donde lo ve, el amigo Cadavia es un verdadero maestro ocultista.

–¡Rayos y centellas! –exclama el cura–. ¡Un mago! ¡Lo que me temía!

–Padre –dice Cadavia en tono conciliador–, debe usted considerar que, al fin y al cabo, la mía es una afición inocua e incluso desprestigiada. ¿Quién hace caso a un mago hoy en día? Ahí tiene usted las apariciones de la Virgen o del mismo Cristo, a las que este país es tan aficionado, que reúnen masas de gente... y de dinero. En cambio yo, ¿qué puedo ofrecer? Unos modestos conjuros y poco más. En fin, que no soy enemigo a temer.

–¡Ah, taimado! Así se presenta también el diablo a las almas relajadas, con modestia e inocencia. Pero se te ve el plumero. ¿O acaso no había una dosis de veneno en la referencia a las apariciones de la Virgen? Esa propensión a la maledicencia, a la insinuación artera, a la insidia dejada caer te delata, porque no puedes evitar, como tampoco el diablo, la envidia de la Verdad.

–¡Pero qué verdad! –salta el joven Delcampo–. ¿Acaso usted no se dedica a hacer hechicerías en su iglesia diariamente? ¡Abajo los hipócritas!

–Solicito un paréntesis –dice de pronto Palacius–. Solicito una pausa. Dejad paso a la poesía que tan grata es a todos, tanto a creyentes como a descreídos, a chamanes como a mistagogos, a santos y a pecadores, y adentrémonos por un instante en el reino de lo inefable, suspendamos nuestro ánimo como las gentes que se quedaban arrobadas bajo el árbol donde cantaba el ruiseñor de Coleridge.

*Canto lo perdido y temo lo ganado,
recorro una batalla que se libra de nuevo,
mi rey un rey perdido, perdida tropa mis hombres;
así corran los pies hacia el alba y el ocaso
siempre golpean la misma piedra breve.*

–He de decir que me parece una hermosa poesía. ¿Quién es su autor? –pregunta Juan de Septiembre.

–Un noble bardo irlandés de nuestro tiempo.

–Tenía que ser Yeats; lo presentía –admitió Juan–. Y bien, ¿no encontráis que los ánimos se han calmado como por ensalmo? Mientras tanto nuestro buen cura se ha terminado las patatas bravas, así que pediré otra ración, con la anuencia de los presentes, para poder acompañar libremente otra ronda.

–Estoy de acuerdo en eso y en templar los ánimos –dice el cura–, pero he de dejar bien claro que el mundo de lo esotérico, siendo un entretenimiento respetable como tal, es contrario a la fe y a la luz del recto entender.

–Contrario a la fe es todo lo racional por la propia exigencia esencial de la fe, esto es: creer sin prueba y sin ver; pero a la luz del entendimiento...

–De qué demonios habláis si todo es lo mismo: se trata de aceptar a ciegas lo indemostrable, lo invisible, lo increíble –dice enfadado Andrés–. Estáis jugando, jugáis como los niños con sus fantasías. Y luego os aferráis a una ración de patatas bravas como náufragos, porque de las fantasías no se alimenta nadie, ¿verdad que no?

–La juventud... –dice Juan de Septiembre rebañando el plato con la última patata–, ¿hay inexperiencia más candorosa y entusiasta que la suya?

–No niego yo que la religión, en lo que tiene de espiritual... –empieza a su vez Cadavia.

–¿Inexperiencia? –protesta Andrés–. La experiencia, señor cura, no es más que una cadena de errores, como todo el mundo sabe, con la excepción, quizá, de la gente que se refugia en la fe para esconderse de la realidad. A ellos sí que se les da una higa la experiencia, si me permite expresarme así. Menudo chollo tienen ustedes con la fe, la resurrección y todas esas hechicerías a las que recurren para mantener la farsa. Sepa usted que estoy bautizado sin que se me consultara, que hice la primera comunión y recibí la confirmación debido a que se aprovecharon,

entonces sí, de mi candorosa inexperiencia; y que, ya adulto, he contraído matrimonio por la Iglesia porque en este país de mierda no hay otra opción que la del sacramento debido a la sumisión del poder civil al eclesiástico. La de ustedes es una dictadura a la sombra de otra dictadura, pero esto se acaba, no lo dude usted, porque el invicto caudillo está ya con un pie en el otro mundo.

–La observación es atinada –interviene Cadavia– en lo que se refiere al poder omnímodo y excluyente de la Iglesia.

–¿Acaso podía ser de otro modo? –dice con gran entusiasmo el padre Peor–. Señores, pregunto: ¿debe la Verdad hacer sitio al error? ¡Al contrario! Lo suyo es combatirlo, desterrarlo, eliminarlo...

–Eso tendría algún sentido si su reino, como el de Jesucristo, no fuera de este mundo –apunta Cadavia.

–¡Porque es en este mundo donde se dirime la eterna lucha entre el bien y el mal, queridos amigos! No hay explicación más sencilla.

–Ni más cínica –masculla Andrés.

–¿Puede repetirme, joven pecador que escapa de su hogar en la noche para entregarse a vicios nefandos, la expresión que me ha parecido oír?

Por segunda vez interviene Palacius exigiendo silencio.

–Escuchad, escuchad –dice.

*He bebido cerveza del País de los Jóvenes
y lloro porque ahora sé todas las cosas*

–Ah, qué nostalgia. Palacius, me has conmovido –dice Juan–. Bien se ve lo que somos ahora, a nuestra edad: carne de nostalgia. En cambio tú, joven Andrés, estás en el punto de aprovechar positivamente tu vida. Que al menos, cuando llegues a nuestra edad, no pienses que has dilapidado tus facultades en fruslerías. Si te he de ser sincero, yo hubiese empleado de mejor manera tanto mis años jóvenes como los de la madurez, pero por entonces andaba tan escaso de numerario como ahora, de modo que los mejores y más caros placeres me han sido negados siempre. Sé un pecador, pero con dinero en el bolsillo.

–Valiente consejo para templar un carácter –interviene el páter–. Mírate, mira dentro de ti, tu alma no vale un céntimo, hasta el mismo diablo la desdeñaría. Joven: recuerda que el pecado es el aguijón de la muerte.

–Eso es de San Pablo, ¿no es verdad? Nunca me ha gustado a mí San Pablo, que era un energúmeno –contesta Juan–. Un converso siempre tiene ese punto. Dios nos libre de la fe del converso.

–No blasfemes, animal, ni hagas retruécano con las cosas sagradas.

–Yo admiro la espiritualidad –interviene Cadavia–, como decía antes, y creo que cuando la religión se atiene a ella es cuando alcanza su verdadero y seminal valor, pero la Iglesia es una institución que tiene bien poco de espiritual y mucho de material. La burocracia, ya sabe usted, los funcionarios de Dios, que hacen del suyo

un oficio de dominación y un puesto de trabajo vitalicio. En cambio, el creyente que se dirige a Dios sí que es, en mi opinión, la verdadera Iglesia.

–¡La anarquía querrás decir! Estaríamos buenos si cada uno pudiera interpretar la doctrina a su libre albedrío –dice el cura–. El caos. La anarquía. Los adoradores del becerro de oro.

–La Reforma y la Contrarreforma, he ahí el intrínquilis. Amigo Peor, hasta Lutero nadie dudó, pero a partir de él, eso de la única vía de salvación empezó a tambalearse. Entonces ustedes cerraron el camino a la duda con la Contrarreforma y el Imperio empezó a resquebrajarse. ¿Qué hubiera sido de la literatura española de no haberse instalado la duda en las almas? ¿Qué habría sido del barroco español sin la conciencia de que Dios ya no estaba con nosotros como antes lo había estado?

–¡Al diablo con la literatura! ¿Quiere usted literatura? ¡Tome las encíclicas de los Papas y lea! ¡Eso sí que es literatura de la buena! ¡Lea usted la doctrina papal, que es la que contiene enseñanza!

–Prefiero leer a San Agustín o a San Isidoro de Sevilla –contesta muy digno Cadavia.

–Señores –dice Palacius–, tengo otro poemilla en la boca que no me resisto a recitar para tranquilizar los ánimos.

*Una vieja atalaya batida por la tormenta,
un ermitaño ciego da la hora.*

*Omnidestructora hoja de espada todavía
en las manos del loco vagabundo.
Seda bordada en oro sobre la hoja de espada,
la belleza y el loco yacen juntos.*

Se produce un momento de estupor entre los circunstantes.

–¿Y eso es una poesía? –dice el páter con voz desfallecida.

–Eso, señor –dice Palacius ofendido–, es un hermoso e insondable poema titulado «Símbolos», debido a la inspiración del señor Yeats.

–Un protestante, seguro –refunfuña el cura.

–Un hombre luminoso que trató de crear y fijar símbolos que permanezcan cuando todo sea ruina de nuevo –responde Palacius.

–Otro loco que se cree Dios, pues –dice el cura con sarcástica comprensión.

–Hay una clase de belleza, señor –contesta serenamente Palacius–, que usted está impedido de recibir por causa de su tonsura.

Saliendo del barrio de Argüelles, los tres compinches y su joven compañero, que han caminado un buen rato a lo largo de los Bulevares, se instalan en una cervecería bulliciosa donde tiran unas cañas de cerveza de justa fama. Los cuatro se congratulan de haber dado esquinazo al cura desviando su atención hacia una pobre alma que bebía melancólicamente un anís en una esquina de la barra del bar.

–Me asombra –dice Cadavia acariciando con los labios la espuma de su cerveza– la facilidad que tienes para juntarte con personajes tan singulares como este cura redentor de noctámbulos.

–Martillo de noctámbulos –precisa el poeta feérico, que esta noche parece haber olvidado su acostumbrado mutismo.

–La noche, amigos míos –perora Juan– es el reino de la fantasía y de lo inesperado. La noche nos iguala, nos oscurece, nos confunde; es la que da alivio al triste, cobijo al solitario, refugio al fugitivo, protección al criminal, excusa a los amantes, cobertura al inseguro, alegría a los juerguistas, ocasión a los tramposos, promesa al jugador. La noche concierta citas a veces desesperadas, a veces traicioneras y a veces triunfantes. La noche hace y deshace relaciones a media luz, atrae al público a la puerta de las tabernas y lo atrae como si fueran polillas ante las farolas de las calles que lo conducen a ellas. La noche es escondite y libertad, es luminosa en la oscuridad para quien tiene ojos como los gatos, es la mentira más verdadera, la que expande nuestros corazones, la dama de nuestros sueños.

–La noche es el olvido –sentencia Andrés–, por eso bebemos en la noche, para olvidar el día.

–La insolente lucidez de la juventud –comenta Juan de Septiembre–. ¿Es que nos vamos a dejar abatir por este pimpollo? Hay algo en tu vida que no funciona, muchacho, que no funciona ni de día ni de noche. ¿Es tu vida de familia? ¿Es tu trabajo? ¿Es el yugo de la dictadura? Dinos qué te pasa y confía en nuestra experiencia.

–Calla, pobretón –contesta Andrés airado–, y preocúpate de tus carencias.

–Son tantas que tendría que ocupar la totalidad de mi vida en ello.

–Mi problema –confiesa repentinamente Andrés– es que no soporto la mediocridad. Me asfixio.

–Y el amor ya no es un lenitivo para ti –comenta Cadavia con dulce sarcasmo, pero Andrés no escucha.

–La mediocridad invade el espíritu como un cáncer el cuerpo. ¿Qué amor nos apoya cuando se nos está yendo la vida? La mediocridad lo corroe todo, incluso el amor. No me conformo.

Juan de Septiembre se inclina hacia Cadavia y hace un aparte.

–Me parece que tu sobrino padece del mal del siglo.

–Es más que eso –contesta Cadavia–. Padece de desesperanza vital. Sus deseos, sus necesidades, sus proyectos, si es que aún los preserva, no caben en la estrechez de este país en el que tú y yo nos hemos resignado a vivir. Mientras tanto, el invicto caudillo agoniza eternamente.

–Rica cerveza –paladea el poeta.

El local consta de una larga barra de mármol, un servicio de productos del mar para acompañar a las bebidas, que se adquieren aparte en un extremo y, del otro lado, separado tan sólo por las vigas de sustentación, un amplio salón con mesas a las que se sientan los clientes hablando todos a una. La falta de un acondicionamiento acústico hace que los sonidos reboten en el techo y vuelvan a proyectarse sobre las paredes, lo que genera una cacofonía que se expande sin freno, pues la gente fuerza la voz para entenderse, lo que a su vez aumenta la intensidad de esa cacofonía que a su vez pone a prueba sus cuerdas vocales. Todo ello, al parecer, es muy del gusto de la concurrencia, pues no sólo no se va nadie sino que el local continúa llenándose.

Una muchacha joven, vestida con lo que parece una enagua tradicional y unos *leggings* negros, se inclina hacia su amiga para hacer un comentario sin apartar los ojos del grupo; al hacerlo, la enagua se abre por el escote y deja ver sus pechos desnudos. Las dos chicas ríen y dos hombres que están junto a Cadavia y los otros se dan por aludidos. Entonces interviene Juan de Septiembre dirigiéndose a ellos:

–Eh, que nosotros las hemos visto primero.

Los dos hombres les hacen un gesto burlón y las chicas vuelven a reír juntando sus cabezas.

–Señoritas –dice Juan inclinándose graciosamente ante ellas–, somos tres veteranos de la Segunda Guerra Mundial que hoy acompañan a este joven cadete en noche de juerga.

Las muchachas se miran, cambian entre ellas un gesto de interrogación, se encogen de hombros y ríen tontamente.

–No hay nada que hacer –sentencia Juan–. Demasiado jóvenes. No sé cómo su madre las deja salir con esos dos pitones bajo la enagua. ¿Estáis solas? –pregunta alzando la voz, dirigiéndose de nuevo a ellas.

Las chicas vuelven a reír con risa indecisa.

–Dejad a las ninfas en su remanso, sátiros –dice de pronto el poeta feérico.

–De todos modos no tenemos nada que ofrecerles... –comenta Juan dándose la vuelta–. ¿Otra cerveza, para olvidar nuestra falta de numerario?

–No es el dinero lo que tienta a una ninfa –sentencia el poeta.

–¿Ah, no? ¿Será acaso un poemilla lascivo lo que las encandile? –pregunta divertido Juan de Septiembre.

–Amigos –dice Cadavia–, no hay duda de que vuestra época ha pasado. En otro tiempo, Juan, tú sólo te habrías puesto en pie ante lo que llamábamos una mujer de bandera. Y tú, Palacius, no rondarías sino a una elegante y espiritual dama. Y ahora, tendríais que haberos visto el uno al otro requebrando a unas colegialas no por el deseo sino por la nostalgia, sombras de lo que fuisteis. Viejos estamos y con los bolsillos vacíos. En cuanto a ti –dice dirigiéndose a Andrés–, recuerda quién te aguarda en casa y compara.

–¿A mí? –protesta Andrés–. ¿Acaso he manifestado el menor interés por estas niñas?

–Quizá por su alma no –afirma Cadavia–, pero te has asomado a su escote juvenil

con el mayor embeleso.

–Es algo atávico –se excusa Andrés.

–Dos blancos senos juguetones, alegres como pajarillos –subraya el poeta con gesto soñador.

–La noche –proclama Juan– es desvergonzada.

–Eso no lo dijiste antes –protesta el poeta.

–Pero lo digo ahora. Es el resumen: desvergonzada. Por eso andamos en ella, ¿o no? Tan desvergonzada como esta jovencita que muestra con tal soltura sus encantos.

–Una verdadera mezcla de inocencia y malicia la de la niña –dice el poeta.

–Bien, no digo que cambiemos de lugar, pero ¿a qué estamos esperando? –dice Andrés, impaciente.

–Lo que esperamos es una señal de muerte –contesta Cadavia.

*

En un viejo y ruinoso local, una suerte de club nocturno perdido en una callejuela, Andrés y Cadavia conversan en la barra, encaramados a sendos taburetes de largas patas. Hay música de jazz de fondo y parejas desperdigadas en la oscuridad. Los dos han perdido a Juan y Palacios, que andan quién sabe por qué otros bares. Ya ha comenzado la madrugada..

–Tu padre ha sido siempre un señor, lo que yo no soy –confiesa Cadavia–. Lo aprecio mucho y ahora está viejo y cansado y te echa de menos. Yo que tú le visitarías más a menudo, aunque te cueste, porque para mí que está mal de salud, además de estarlo de ánimo.

–No tenemos mucho de que hablar. Eso hace que las visitas sean difíciles. Y además está irritable.

–Como todos los viejos.

–Eres injusto. Cuántas veces no se habrá aburrido tu padre de ti y, sin embargo, ha seguido a tu lado.

–Es su elección. Los padres esperan reflejarse en sus hijos y eso los mantiene ocupados.

–Otra vez injusto. Tener un hijo no es un acto de egoísmo sino todo lo contrario: es un vínculo sobre una entrega ilimitada. Tú tienes una hija.

–Sí, pero yo no le requeriré nada: es mi elección, no la suya. Yo no la obligo a quererme. Ella volará.

–Eso dices ahora.

–Déjame que lo piense –Andrés hace una pausa–. Oye, ¿por qué tú eres tan distinto?

–Porque soy una especie de mago, según tú. Porque mi reino es del espíritu, sobre todo. Porque soy un miserable soltero incapaz de vivir con otra persona que no sea yo y eso me obliga a ser más dicharachero. Y porque soy noctámbulo y tu

padre siempre ha sido diurno. Los diurnos son más firmes, más tercos y más de una pieza.

*

–¡Queridos amigos! ¡Queridos amigos! –la voz de Juan de Septiembre se alza por encima del estruendo que infla el espacio del local donde el sonido de una especie de *basso continuo* que emiten los cuerpos arracimados acompaña las voces que ascienden desde el abismo infernal de sus propias tripas llenas de alcohol. *Il fuoco, il fuoco eterno*, parecen cantar esas voces entre las luces rojizas y la humareda del tabaco que se quema con siniestra precipitación–. ¡Acercaos, queridos amigos! ¿Qué os apetece tomar? Ah, pero antes que nada, permitidme que os presente a mi querido amigo, a mi protector, Rolando Singapur –concluyó triunfalmente mientras hacía hueco a un personaje de mediana edad y gesto radiante, pelo engominado, bigote seductor y mirada esplendorosa, un guapo irresistible con gesto y figura de galán venezolano cuya dentadura brilló al quedar descubierta por una sonrisa que iluminó por unos segundos la espesa penumbra del rincón de la barra donde se acodaban.

–Feliz de conocerles –dice el presentado con extrema desenvoltura–. Pedid y se os dará, todo a mi cuenta –añade haciendo una señal de complicidad al barman.

–¿Nunca antes os había hablado de mi amigo Rolando? –pregunta Juan, inquisitivo e hinchando el pecho–. Es un verdadero fenómeno. Actor, empresario, vividor... ¡qué sé yo! ¿Queréis saber cómo nos conocimos? –pregunta de nuevo Juan de Septiembre haciendo un guiño cómplice a su protector–. Pues bien: en una noche como ésta me encontraba yo, junto con mi amigo Palacius, en una barra americana tomando unos tragos cuando tuve la mala fortuna de derramar el contenido de mi vaso sobre un tipo que estaba a mi lado –bebió de su copa y prosiguió–. El tipo era una fiera, un matón nocturno que se revolvió como una serpiente cascabel, me agarró del cuello y me aplastó contra la barra. No he sabido nunca si Palacius llegó a intervenir, pero sí que al mafioso lo acompañaban dos o tres y que aquí al poeta –palmeó cariñosamente la espalda de Palacius– le pusieron un ojo a la funerals. Total, que yo ya me veía convertido en picadillo cuando, de pronto, como si volara sobre los circunstantes, como un supermán nocturno, apareció el amigo Rolando y con dos mandobles echó atrás a la cuadrilla de facinerosos y a nosotros nos llevó en volandas a su mesa, donde nos refocilamos con el mejor alcohol que yo haya probado nunca.

–Nada. Unos *blended* bien seleccionados, eso fue todo –aclara con un brillante gesto de modestia Rolando–. No tiene importancia.

–Su intervención fue un gesto de noble valentía; y su invitación, de la más caballerosa liberalidad –exclama el poeta feérico conmovido.

–Bien. Si ustedes me perdonan, acabo de reconocer a unos amigos, pero me regreso de inmediato. Chaocito –dice el héroe alejándose cordialmente.

Juan de Septiembre bebe mientras ve alejarse a su nuevo amigo con satisfacción y chasquea la lengua al acabar su trago.

–Un tipo de primera –comenta con orgullo.

–Un estafador de primera –murmura entre dientes Andrés.

–Oye, chaval, ¿por qué no esperas a crecer lo suficiente como para permitirte hacer esos comentarios? –dice Juan.

–Porque yo no soy un agradecido bohemio de medio pelo.

–Mira el señorito, hay que ver cómo se le nota la cuna; nosotros, sin embargo – intercambia una mirada sarcástica con el poeta–, acostumbrados a pelear por una raspa de sardina desde la infancia, somos agradecidos y educados y sabemos quién lo merece, porque estos ojos han visto mucho y más que verán, incluyendo a jóvenes presuntuosos como el aquí presente.

Andrés le vuelve la espalda con un gesto de desdén.

–A ver, Andrés –dice Cadavia–, ¿a ti qué mosca te ha picado hoy?

Andrés se encoge de hombros y se aleja al otro extremo de la barra, donde saluda a dos tipos a los que parece conocer.

–Observa con quién se junta el pollo –dice Juan de Septiembre a Cadavia–. Vaya pinta de maleantes que tienen.

–Me parece que lo voy a encaminar a su casa –dice Cadavia preocupado.

–Conviene que aprenda, así que dejémosle –interviene el poeta–. Siempre estaremos a tiempo de rescatarlo si lo abandona su dios.

–Le ha abandonado desde hace un par de copas por lo menos –dice Cadavia.

–Qué va, aún le queda correa para ahorcarse.

–Señores, un poco de seso, que es el hijo de mi amigo.

Juan de Septiembre toma una servilleta de papel, se quita las gafas, exhala sobre los cristales y los limpia parsimoniosamente.

–A los treinta años yo ya era un tipo con la vida sólidamente destrozada, así que no es excusa. A esa edad ya puedes depender de ti mismo. Lo que quizá no ha hecho éste es cortar el hilo.

El poeta asiente.

–Puede –concede Cadavia–. Ahora los chicos son más flojos, han tenido una vida más muelle, han estado bien cuidados, es natural que les cueste más salir al mundo. Tampoco es malo que te lleven de la mano al principio. De acuerdo: tienen mucho más de lo que hemos tenido nosotros, todo depende de cuándo y dónde te echan al mundo.

–También el poeta tenía la vida resuelta, ¿verdad, poeta? Pero se plantó y la echó a perder, con dos cojones. A eso le llamo yo personalidad. Lo que pasa es que tu falso sobrino debe de ser un blando.

–No hay dos caminos iguales.

–Carácter, amigo Cadavia, carácter es lo que falta en este país. Yo, por mi parte, no espero nada, mas no dejo de sentir curiosidad por el futuro que se avecina. Puede que se avecine esta misma noche, ahora que lo pienso. ¿Cómo está el parte?

–pregunta al camarero que pasa ante él.

–¿Qué parte? –inquieta receloso.

–El parte médico de su excelencia, chaval; ¿pero tú dónde vives?

–En mi casa a la hora de desayunar, caballero. A ver qué coño me importa a mí el parte médico ese. Pues si se tiene que morir, ya se morirá.

–Esto no es carácter –dice Juan de Septiembre cargándose de razón–. Esto es puro pasotismo. Dónde se habrá educado este charrán. ¿No te fastidia el barman? –dice forzando con toda intención la última palabra.

–Cada uno sale del agujero como puede –dice Cadavia pacificador–. No se lo tomes en cuenta. Las cosas hoy son de otra manera.

–Las formas, no –insiste Juan–. Las formas son las formas. Sin educación no vamos a ninguna parte.

–Pues nos quedamos aquí y nos tomamos otros whiskies.

–Barman –llama Juan de Septiembre con retintín–. Ponnos aquí tres pelotazos más.

–¿Van a la cuenta de don Rolando? –dice el mozo con un deje intencionado.

–Muy listo, chaval, ya veo que te estás enterando. Y sírvelos generosos.

–A la orden, jefe –contesta el mozo.

Juan de Septiembre se vuelve hacia los otros dos con gesto de suficiencia.

–Lo tengo dominado –dice.

–¡Eh! –exclama Cadavia de pronto–. ¿Dónde se ha metido Andrés?

*

La noche limpia la ciudad. Las luces de las farolas, fijas y vigilantes, se cruzan con las ráfagas de los faros de los automóviles como la urdimbre y la trama del tejido vivo de la oscuridad. Es una oscuridad abierta, poblada, latente en las grandes vías y recogida y sinuosa en las adyacentes. Los luminosos de los cines se han apagado y los anuncios comerciales destacan en lo alto y ocultan el cielo. Esta noche la gente camina con prisa y espaciada y los coches parecen observar a los transeúntes. El aire no se ve y flota en el ambiente una advertencia recelosa. Quizá sea el frío que obliga a subir las solapas de los abrigos y cerrarlas con una mano en torno al cuello, pero la postura sugiere apresuramiento y disimulo. Andrés no lleva abrigo y se cierra la chaqueta con ambas manos, como si luchara con un viento adverso que le obliga a inclinarse hacia delante. Tararea una canción para darse ánimos y de cuando en cuando vuelve el rostro atrás, hacia la calzada, acaso buscando un taxi. De pronto surge en la fachada oscura de un edificio una cristalera iluminada que corresponde a un bar y, sin dudarlo, se introduce en él. Parece que están a punto de cerrar porque el camarero va recogiendo y colocando las sillas boca abajo sobre las mesas, pero aún quedan algunas personas en la barra. El camarero abandona su trajín para ir al encuentro del nuevo cliente, al otro lado de la barra.

–¿Qué va a ser?

–Un carajillo de coñac. Hace frío.

La noche, vista desde el interior del bar, se le aparece extraña, distante, como una película cuyo argumento no entiende. Entonces, la luz del local disminuye a la mitad y la escena de calle se hace más nítida. Andrés se vuelve hacia su carajillo con gesto apresurado.

–Nada. Apure tranquilo. Sólo bajo la luz para que no entre nadie más. Usted es el último –dice el camarero, de espaldas, mientras empieza a desmontar y limpiar la cafetera.

–Se agradece.

Siente la cabeza pesada e, instintivamente, se apoya en el taburete que tiene al lado. Con tiento, se da la vuelta y acomoda la espalda en la barra del mostrador. Vuelve a mirar afuera. De vez en cuando alguien pasa con prisa, como arrastrado por la intemperie. Las luces de los faros de los automóviles que pasan a rachas, en cambio, se esfuman por su mirada turbia. Prueba a separarse de la barra y, aunque al pronto vacila, logra mantenerse erguido. Aguarda unos momentos y, después, sin apoyo alguno, se vuelve hacia la barra, toma aire, ase la taza del carajillo y se la lleva a la boca en perfecto equilibrio. Deja la taza sobre el platillo y respira hondo. Luego sonríe para sí mismo, saca el paquete de cigarrillos del bolsillo de su americana, se queda con él en la mano, pensativo, y por fin ofrece uno al camarero.

–Se lo cojo, pero lo enciendo en cuanto termine con la máquina.

–Usted a lo suyo.

Desde hace unos minutos no ve pasar a nadie por delante de la cristalera, como si la noche se hubiera vaciado. Achica los ojos y mira con curiosidad. También los coches le parece que pasan más espaciados. Los últimos clientes empiezan a despedirse entre sí aunque no abandonan su espacio ante el mostrador. De pronto sus voces se alzan, se precipitan y entonces sí se mueven, girando unos alrededor de otros entre palmadas en la espalda y apretones de mano. Sólo dos quedan apurando su copa, los demás salen. Andrés recibe con displicencia algunas miradas que le dirigen de soslayo.

El bar se aquieta.

–¿Quiere fuego ahora?

–Gracias –el camarero pone toda su atención en la punta del cigarrillo y luego levanta los ojos hacia Andrés–. Va usted cargado –dice.

–Lo sé. Estoy de retirada.

–Pues un carajillo al final...

–Verá usted, el café es para despejarse y el coñac para no perder el hilo; un completo.

–No está mal pensado.

Andrés apura su carajillo. Prueba su estabilidad antes de alejarse de la barra. Después avanza paso a paso hacia la puerta.

–Buenas noches.

–Vaya usted con Dios.

Sí –piensa Andrés–, con Dios de copas, lo que me faltaba –y ríe entre dientes, realmente divertido por esa imagen.

En la calle, el frío le descompensa y está a punto de trastabillar, pero se rehace.

Es verdad que la calle se encuentra prácticamente desierta. La noche, de pronto, se ha vuelto huidiza, las sombras son más persistentes, las farolas deslucen, las escasas personas caminan con paso de retirada, los automóviles cruzan amedrentados. Andrés cierra las solapas de su americana en torno al cuello, indeciso. No hay más luz verde en lontananza que la de los semáforos, los taxis han huido, la idea de caminar hasta su casa se le hace un mundo. Se detiene en un semáforo, luego empieza a caminar, gira en un ángulo de 90º y avanza en línea recta. Mientras medita sobre su situación percibe luces que le sobrepasan. ¿Dónde estoy?, se dice. En la Plaza de España, se responde. Con las manos en los bolsillos, trata de comprender cómo ha llegado hasta allí. ¿Por qué se encuentra tan lejos de su casa? Pero la noche empezó en una calle del barrio de Argüelles, así que algo ha debido de tener que ver el principio con este final tan cercano; porque él sabe bien que está al final; en realidad, lo único que necesita es un taxi para regresar a su casa, que está en Prosperidad, que está en la otra punta de Madrid; por eso no puede pensar siquiera en volver andando. Entonces quizá fuera bueno –piensa– caminar un poco más y llegar hasta la taberna inicial del periplo, adonde quizá hayan regresado sus compañeros de ronda nocturna. Pero ¿estará abierta? ¿Qué hora es?

Una ráfaga de viento frío se le mete por entre las solapas de la chaqueta y levanta la cabeza para orientarse. Entonces descubre que se encuentra sobre la raya blanca continua que delimita los dos sentidos de la calzada. Al instante, sólo se preocupa de su estabilidad: no puede trastabillar hacia ninguno de los dos lados. Hay que tener un cuidado infinito y, afirmando ambos pies en tierra, se lleva el dedo índice a los labios para señalar prudencia. Un coche que pasa a su lado le advierte con la bocina y él hace un gesto de agradecimiento. Por delante cruzan luces y se desvanecen. Gira la cabeza al otro lado, buscando una salida, y entonces ve avanzar un automóvil del que sobresale con medio cuerpo fuera un tipo vestido de negro, con correa y brazo en alto, que le sobrepasa como una exhalación. Andrés levanta el brazo también y luego no sabe qué hacer con él. A Andrés se le encoge el corazón. Un golpe sordo le rebota en el pecho y se siente a la vez indefenso en mitad de la calle. Mira a un lado y a otro y de pronto la ausencia de luces de faros en un carril le empuja a correr hacia la acera de ese lado. Entonces, cuando llega descompensado y exhausto y levanta la cabeza para respirar, vislumbra la luz verde de un taxi libre.

*

- Venga, Cadavia, ¿cuántas veces nos hemos perdido nosotros?
- Nosotros somos perros viejos –dice Cadavia muy afectado–. Me cago en la leche, ¿cómo se nos ha ido así de repente?
- La juventud, los faunos... –dice el poeta.
- No me toques los cojones, Palacios, que no estoy para bromas. El chico ha

desaparecido en muy malas condiciones y yo me siento responsable. Estas noches están llenas de amenazas.

–Como todas –dice Juan de Septiembre.

–Como todas, no. Tenemos al de El Pardo agonizando y hay gente que está muy nerviosa y con ganas de gresca.

–Bah, aquí nunca pasa nada. Tú tranquilo. ¿Otro pelotazo?

–Juanito –dice Cadavia–, estás muy tonto esta noche, así que mejor te dejo y me vuelvo a mi cueva.

*

Andrés dice al taxista que pare.

–Pare aquí, junto al parque. Aquí me quedo y bajo andando.

–Lo que usted mande. Son sesenta justas.

Andrés paga después de buscar trabajosamente en la cartera y, todavía con ella en la mano, sale del coche. Sin darle tiempo a alcanzar la acera, el coche arranca y algunas monedas caen al suelo. Andrés levanta una mano admonitoria hacia el taxi que se aleja y después, parsimoniosamente, se inclina sobre la acera para recoger las monedas. Al levantarse, tropieza con el bordillo y está a punto de caer, pero recupera milagrosamente el equilibrio. Luego cruza la calle desierta sin mirar y alcanza la acera contraria, la que le conduce al portal de su casa, varias manzanas más abajo. Caminando, ve a lo lejos las figuras de dos barrenderos que avanzan hacia él. Su presencia le infunde confianza y, además, sabe que está ya cerca de su casa. Se pregunta por qué no ha indicado al taxista que lo deje en su portal, pues es consciente de que ha sido él quien le ha hecho detenerse antes. Siente las piernas rígidas al andar, como si avanzara a tropezones, y entonces, al acercarse a los dos barrenderos, ve cómo éstos le miran con ojos desorbitados y se apartan a su paso. Al sobrepasarlos queda por un instante desconcertado, pero en seguida sigue adelante, con empeño, hasta que llega por fin al portal del edificio donde habita. Introduce la llave en la cerradura del portal a la primera y hace lo mismo en la de la puerta de su casa. «Estoy trompa, pero lúcido», piensa.

Avanza en la oscuridad, sin encender las luces, y tropieza con un par de obstáculos a los que obliga a callar llevándose el dedo índice a la boca. Al fin entra con extrema lentitud y precaución en el dormitorio y entonces descubre que la luz está encendida y que Clara está sentada en la cama con un libro en las manos.

–Ha llamado Luis hace como media hora –dice con gesto de cansancio–. Que ha muerto Franco. Lo acaban de decir por la radio.

Segunda parte

I

*Malos sueños he.
Me despertaré.*

Antonio Machado

Aquellos dos años después de la muerte del dictador fueron de incertidumbre, no solamente nacional, sino también personal. Sólo hubo un cambio de importancia: al año siguiente, Clara se quedó de nuevo embarazada y en el 77 nació Marta. 1977 fue el año de las primeras elecciones democráticas en España. En realidad todo esto (las niñas, las elecciones, la relación con Clara) fueron evidencias sobrevenidas; ni sabía muy bien qué hacer con mi voto ni sabía qué hacer con las niñas. Dos niñas en tan poco tiempo y tan poco tiempo después de mi boda. No llegué a considerar entonces a mis hijas como indeseadas, pero tampoco las busqué. No estaba preparado, no había comprendido aún lo que significaba ser padre. Me preguntaba qué transformación se había producido en Clara para dejarse embarazar de aquella manera, cuando éramos, sí, una pareja enamorada, pero aún bien poco estabilizada. ¿La costumbre? ¿La tradición? Yo no quería ser padre tan pronto y lo había sido por partida doble. Todo era confusión e inseguridad y, también, la sensación de haber sido cogido en una trampa.

La nuestra era una historia de amor repentina y doblemente interrumpida y finalmente se abrió una brecha entre los dos. No era una brecha donde desfogar malhumores y posiciones encontradas, no; era una brecha que se tapó en seguida con una voluntaria y nada convincente capa de buenas maneras, pero que siguió abierta por una progresiva corriente de incomprensión mutua; y criaba rencor, que es un enemigo formidable. Por mi parte, creo que la desidia tuvo mucho que ver, la desgana por discutir, la desgana aún mayor por defender una actitud que, además de llevar quizá a una situación de consecuencias imprevisibles, no tenía razón de ser por cuanto las dos niñas ya estaban ahí.

Sí, tengo para mí que aquella experiencia fue uno de esos hitos que determinan los misteriosos caminos por los que una vida se dirige hacia su destino. Ya no creo en el destino, salvo que el destino sea yo ahora, en la playa, viendo caminar a Clara. O sea, un resultado. No hay nada fijado de antemano, ni siquiera para aquellos a los que la vida siega la hierba bajo los pies antes de echar a andar; ni siquiera por la inocencia pervertida; ni siquiera por una cruel enfermedad temprana, aunque todo eso ayude, por lo general, a secar un proyecto de vida. El destino es una figura poética, como el mito; son representaciones poéticas de la realidad o, si queremos hablar con más sucia y árida propiedad, muletas para vivir.

Todo el mundo andaba revuelto ante las elecciones. Si el ruido de los partidos que concurrían era ensordecedor, el de nuestras cabezas no lo era menos: echábamos humo. Visto ahora, produce una especie de emoción y compasión. Sólo

el pobre Cuchi Mendina y yo estábamos algo más displicentes, pero la verdad es que mi rebeldía, entonces, la tenía por joven, no por convicciones más hondas. Luis Bonafé, Méndez, Mateo Perdiz e incluso El Figura desbordaban entusiasmo y convicciones a partes iguales. Juan de Septiembre se había convertido en un escéptico, el poeta feérico seguía volando con Yeats y el tío Cadavia torcía el gesto. Mi padre asistía mudo al espectáculo, con gesto grave. El silencio de mi padre me impresionaba. Yo hubiera esperado una actitud más enérgica, un rechazo contundente o, si no, una distancia desdeñosa. Pero el silencio resultó conmovedor. ¿Qué clase de decepción o de resignación llevaba por dentro? Ahora puedo conjeturarlo, no porque haya sabido más de su boca sino por mi edad, tan próxima a la suya entonces, y porque la experiencia se nutre del entendimiento y emite en longitudes de onda semejantes.

El tiempo enseña muchas cosas. Pienso en todos ellos, en los jóvenes radicales y en la extraña y entrañable banda de bohemios. Éstos se fueron convirtiendo en gente de orden cada vez más iracunda. En cuanto a los otros, los radicales, los que se batieron por la causa de la libertad, he llegado a tener muy claro que no lo hicieron en nombre de la democracia o del materialismo dialéctico, como primer impulso; toda su convicción y su empuje provenían de lo que nos hizo todo a todos: la obligada formación religiosa. Lo que viene a confirmar mi teoría del destino; es verdad que no existe, pero, en cambio, toda convicción viene de alguna parte y todo depende del uso que uno haga de ella; así es como abrazar el laicismo, el marxismo o la libertad sexual procede de la enseñanza religiosa. El caldo de cultivo del idealismo fue la formación religiosa; lo que reivindicábamos venía del fondo del mensaje evangélico. No es un contrasentido, es pura lógica consecuente.

Tengo que volver sobre esto.

Mamá se ha empeñado en instalarse en Madrid para acompañarnos a las niñas y a mí. La idea me aterra, pero estoy mal de ánimos y Andrés se lo toma como un caso de fatalidad. Yo creo que lo que ocurre es que mi hermana al fin se ha separado del orden familiar y campa a su aire; muy metida en su nidito, pero en el suyo, y mamá se siente sola. Papá lo único que hace es afanarse en conservar sus prebendas en medio del cambio político; mi cuñado, ídem de lienzo, porque ha acabado haciendo carrera del brazo de papá. Mi hermana está ahora como mamá cuando papá triunfaba en la política, luciendo el estatus de señora de preboste y, claro, le ha cogido el gusto y ya no se pasa el día a la sombra de su madre. Esto de las familias es una vida de sanguijuela. Pegarse unos a otros y succionar. No sé cómo decirle que no venga. Me la imagino muy digna al principio: «Ay, hija, pues si no quieres que vaya tu madre, yo, desde luego, te dejo libre, aunque puedes contar conmigo en cuanto lo necesites». A partir de ahí, llamadas constantes con excusas fútiles que siempre acaban con la coletilla: «Ya sabes que si me necesitas, yo siempre estoy aquí, esperando, hija, tengo tanto tiempo para esperar...». Un día le dices que sí, que venga, con tal de no volver a oír la misma cantinela. Luego te arrepientes, te desesperas por haberte metido tú sola en una trampa que conoces a la perfección, te tiras de los pelos... y aguantas. Eso tan femenino de aguantar, por qué seremos así, por qué no tendremos el despego de los hombres. Y Andrés no va a ayudarme a escapar del cerco de mamá aunque a él le fastidia tanto como a mí. Le fastidia, pero la sufre mucho menos; porque ella, de quien está encima es de mí, no de él; a él lo trata como el varón a respetar; es decir, que le da la lata, pero también le adula y, sobre todo, le otorga, con esa obstinada perseverancia que sólo tienen las madres de su generación, el bastón de mando y una admiración por lo masculino que no es fingida y en la que ella también se siente reconocida al serle aceptada. No, no quiero pensar en ello. Demasiado tengo en casa con Beatriz y la bebé, esta amorosa dependencia que te ahoga; os quiero y me sorbéis la vida.

Andrés marca la distancia. Él quiere a las niñas, sobre todo a Beatriz, que ya le mira con arrobo. Y la otra es como un gatito en su cuna, quién se niega a jugar con ella. A Andrés le gusta jugar y no le gusta ser padre. Pero la mirada de Beatriz es ya personal, no general como la de Martita, y él nota la diferencia, se advierte en el trato a una y otra. Yo también le miro de manera muy personal y luego hacemos el amor, sí, pero hay un espacio vacío que no sé de dónde ha salido, cómo se ha formado, me desazona, no puedo evitarlo; por él se cuelan las preguntas; y las dudas; a veces, en una pausa entre los mil asuntos pequeños en que estoy ocupando mi vida, asoma el vacío y yo lo temo mucho, es como percibir el brote de la inseguridad en la boca del estómago, una aguda sensación de desamparo, entonces pienso en las niñas y estoy a punto de llorar.

Andrés se queja, pero la vida de madre sujeta a dos niñas es mucho peor. Cuando la gente santifica el papel de la madre me pongo a reír sola. Mi heroica ocupación consta de asuntos ínfimos: cambiar, lavar, preparar, alimentar, salir, entrar, cocinar, limpiar, ordenar, comprar toda clase de minucias en toda clase de tiendas, desde ultramarinos a ferretería, ir a la farmacia, ocuparme de los recibos... y

atender a las niñas a lo largo del día. Una vida fascinante. ¿Por qué nadie me advirtió de que esto era ser madre? Todavía me pregunto cuándo tomé la decisión de serlo. ¿Quizá porque veía a Andrés huir del asunto? ¿Ha sido como echarme al río? No tengo excusa, fui yo la que se impuso, pero Andrés no dio la cara ni en una dirección ni en otra: ni acabó de huir, ni acabó de negarse. Ahora la decisión pesa sobre mí y, en cierto modo, creo que Andrés me mira como diciendo: «¿No es esto lo que tú querías?». O me lo parece a mí, tan agobiada. No veo salida, no hay dinero, no podemos permitirnos una interna, no voy a tirar siempre de la madre de Andrés cuando hay un apuro, una salida nocturna... y no quería que mi madre viniera, pero sí, la verdad es que he cedido porque no puedo más o creo que no voy a poder más. Necesito aire, necesito trabajo, aunque sea provisional, de media jornada, necesito salir de casa a ratos. Andrés, sin embargo, contempla la situación como una hecatombe avisada y desoída. «Es tu madre, ¿no? –piensa–, pues apenca con ella.» Bastante hago yo con aceptar que esté aquí todo el santo día. Tiene razón, tiene razón, tiene razón, pero yo necesito ayuda y él me contesta con la rabia contenida de los hechos consumados. Me decepciona, sí, me decepciona. Al final, mi madre, con todos sus defectos, es quien acude en mi auxilio. Oh, sí, lo sé, acude por interés, por necesidad, porque está más sola que la una y ya nadie le hace caso; pero tampoco es un plato de gusto, podría darle por andar de tiendas derrochando el dinero y participando en las cuchipandas de las señoras como ella, todas solas y aburridas y abandonadas, tirando el dinero que les proporcionan sus maridos para mantenerlas apartadas de sus vidas lo más posible, o sea, para que no les den la lata. ¿Esto quieres?, esto tienes; a cambio déjame en paz. Mi hermana lleva ese camino, aunque sea más moderna. El esquema es el mismo, varían las circunstancias. Lo peor de todo es que yo, antes muerta que llevar su vida. Así que mientras debería estar saliendo adelante con Andrés, él y yo, tal como nos hemos querido siempre, estoy como atascada en un cruce de caminos del que salen direcciones que no puedo tomar sola salvo que lo envíe todo a la porra, cosa que no puedo hacer porque no tengo desvergüenza para hacerlo; ni corazón; ni carácter. La postura cómoda es la de Andrés. Le fastidia esta vida, quizá tanto como a mí, pero de otra manera porque él tiene una escapatoria que yo no tengo: su trabajo; aunque en el fondo no le guste, es su alivio. Un trabajo queda, se ve, te ocupa; el mío en la casa no se ve, es un trabajo invisible. Toda la esperanza puesta en la traducción, el trabajo editorial... que se ha quedado en casi nada; todo eso, bueno, lo tengo que hacer a trompicones y ésa no es manera de salir adelante. Me temo que el día menos pensado esa puerta empieza a cerrarse, pero ¿qué puedo hacer yo sola?

Por eso es por lo que Andrés tendría que mojarse. En la vida de pareja no siempre se camina de común acuerdo por el mismo sendero.

Luis Bonafé y Mateo Perdiz esperan a Andrés Delcampo en la barra de la Cervecería de Correos tomando unas cañas y una ración de patatas fritas. Su conversación queda momentáneamente interrumpida por la entrada en el local de un grupo de tres altos funcionarios de Correos que vienen a tomar el aperitivo.

–*Les bourgeois, c’est comme les cochons* –tararea Mateo por lo bajo–. *Plus ça devient vieux, plus ça devient bête...*

–Calla –le apremia Luis–, que se van a mosquear.

–Ésos han dejado ahí al personal subalterno trabajando y se piran a retozar al bar, bien pagados de sí mismos; vaya ganado.

–¿Puedes bajar un poco más la voz?

–¿Qué pasa, que te acojonan los señorones de la Administración del Estado? ¡Seguro que son unos putos de jefes de sección como mucho! –dice Mateo con evidente desprecio.

Los tres altos funcionarios, dos de ellos calvos, bajos y barrigones y el tercero alto y seco como una espátula, han pedido unas cañas y tres ostras para cada uno. Los dos primeros rebosan satisfacción y el tercero observa ceñudo a la pareja de amigos.

–Te apuesto lo que quieras a que los dos gorditos sebosos no follan desde que se murió Franco.

–¿Antes sí? –pregunta Luis interesado.

–El alto, puede que en alguna casa de lenocinio. Mira cómo sorbe la ostra, ¿será vicioso el tío?

–Hoy estás que no dejas títere con cabeza, Mateo; ¿qué te ha hecho la vida esta mañana?

–Esta mañana me han devuelto la novela.

–¿Otra vez?

–Sí, anda, tú, cébate.

–O sea, que te la ha devuelto otra editorial.

–¿A ti qué te parece? ¿Que la envió siempre a la misma cada vez que me la devuelven?

–Oye, que yo sólo estaba precisando.

Luis pasa la mano por el hombro de Mateo y luego le da una palmada de aliento. Los altos funcionarios de Correos han consumido ya sus ostras y ahora pican distraídamente unas patatas fritas con que les ha obsequiado el camarero. Es evidente que esta salida al filo del aperitivo, durante el tiempo de trabajo, les provoca un gozo expansivo que celebran con carcajadas a propósito de alguna anécdota laboral de la mañana que uno de ellos acaba de contar. Mateo Perdiz, dándoles la espalda, hace visajes de desprecio que el camarero sorprende con gesto severo.

–El esclavo siempre del lado de los amos –masculla a media voz Mateo señalando disimuladamente con los ojos al hombre, que seca unos vasos al otro lado de la barra. Su compañero se acerca remoloneando y cambia con él un gesto de inteligencia referido a los dos amigos. Aún faltan unos minutos para que la hora

del aperitivo se consolide y el local conserva el aire frío y distante de la pereza matutina. En el salón interior, un cliente sentado a una mesa lee el periódico extendido sobre ella mientras fuma, y en la esquina opuesta una pareja se arrulla y comparte un platillo de aceitunas rellenas con parsimonia.

–Me pregunto si Andrés habrá podido escaparse del banco –dice Luis.

–Poder, ha podido, porque estaba haciendo una gestión fuera; por eso pensaba acercarse hasta aquí, aprovechando el viaje. A ver si te crees que en un banco te dejan escaparte por las buenas para tomar unas cañas.

–Pues a éstos... –responde Luis señalando al trío que celebra sus ocurrencias detrás de ellos.

–Éstos son funcionarios, macho, que es otro concepto. Y encima, jefecillos.

El bar está emplazado en un semisótano, por lo que las ventanas dan a las pantorrillas de los viandantes. Su aspecto, entre cervecería y catacumba, le da un encanto especial. Tiene mostrador de mármol y barra de latón con reposapiés del mismo material. El mostrador es un rectángulo anclado en la pared por un extremo y con las esquinas redondeadas por el opuesto; dentro de él, se desenvuelve el personal de servicio. Las cañas las sirven tiradas y las colocan sobre unos gruesos posavasos redondos y oscuros, hechos de fibra prensada, que añaden un punto de distinción a la cerveza. Una triple hilera de vasos que da fe de la prosperidad del negocio se alinea sobre un mostrador de uso interno –también de mármol e inscrito en el rectángulo por donde circulan los camareros–, a cuyo extremo se agrupan los platillos con patatas fritas que se sirven como tapa. La hilera de vasos llega hasta la caja registradora situada en el extremo opuesto; es un imponente artefacto cuajado de adornos dorados y asentado en otra pieza de mármol cruzada que lo remata y que se apoya en un mueble alacena de madera y cristal pegado a la pared.

–¿Alguna otra cosita, don Francisco? –pregunta el camarero, que no pierde ojo a la consumición de los tres funcionarios–. ¿Un poquito de mojama, quizá? ¿Unos boqueroncitos en vinagre?

–Ponga una de mojama –dice el interpelado, y el camarero se apresura a cumplir la orden, satisfecha su pericia en el trato con el cliente.

Luis Bonafé reanuda la conversación con su amigo.

–¿Por qué no te presentas a un premio, mejor que andar yendo de un editor a otro por las buenas?

–Pues no te creas que no lo he pensado, pero es que no sé a cuál.

–Pues a todos, macho, uno detrás de otro; y a la vez, si hace falta; se trata de no dejar tecla por tocar. Total, no pierdes nada.

–Hombre, sí, puedo perder la autoestima, que ya está bastante baja de por sí. Es que escribir en este país es llorar, mira que ya lo decía Larra. Yo no sé qué es lo que va a pasar con la literatura.

–Esto va a cambiar. La censura se acaba. Aire fresco.

–Mientras no cambien los editores...

–Cambiarán, como todos. Esto va que chuta. La democracia le va a dar la vuelta a todo.

–No me jodas, Luis. No va a cambiar nada. A ver por qué narices de la noche a la mañana la gente va a empezar a pensar de otra manera. Eso es un camelo.

–Va a empezar a vivir de otra manera y eso les hará pensar de otra manera.

Mateo Perdiz hace un gesto de escepticismo. En ese momento se abre la puerta de entrada y Andrés Delcampo aparece en lo alto de la breve escalera que salva el desnivel con la calle. Se agarra a la barandilla y desciende con alguna inseguridad los escalones.

–Éste viene ciego.

–No, hombre, es que afuera está el día muy claro y al entrar te quedas como perdido en la penumbra.

–Perdón por el retraso –solicita Andrés llegando hasta ellos–. Me han tenido hasta ahora mismo amarrado al duro banco.

–Si es que te vas a dejar la vida en esa profesión.

–De momento, me la gano –contesta indiferente mientras pide una caña.

Bebe mientras sus compañeros le observan.

–A éste le han devuelto la novela –dice Luis Bonafé.

–¿También con la democracia? –dice con sorna Andrés. Luis ríe la broma y Mateo se mosquea.

–Pues yo estoy animado. A ver quién se figuraba que un día llegaríamos a ver cómo daba la vuelta este país –dice Luis.

–Hombre, alguna vez...

–Sí, ya; todo se pudre alguna vez. Ahora vamos a ver si no nos hemos podrido también nosotros mientras esperábamos que Franco palmara.

–Habrás esperado tú, porque yo he estado muy activo, macho. Y éste –añade Luis señalando a Mateo–. Tú es que eres un diletante, Andrés.

–No, perdona. Yo estoy encantado. Ahora vamos a ver si dura y cómo dura la cosa. Acuérdate de la cola que había para ver al caudillo de cuerpo presente el día que lo expusieron en la Plaza de Oriente.

–Pasada la emoción, la mitad de la mitad. Aquí la gente se adapta a todo.

–Pues eso es lo malo.

–Pero, vamos a ver, vivimos en libertad, macho; en libertad. ¿Es que no sabes lo que es eso? Yo pensaba que nunca iba a verlo, que estábamos condenados por la Historia. Hasta ahora mi vida ha consistido en rabiarse en el culo del mundo, como si yo fuera una almorrana despreciable. Y de repente la vida me gusta, esta vida me gusta, este país me gusta, yo me gusto; no sé cómo decirte... Así que deja de hacerte el interesante porque ahora somos una panda de ranas que ha salido de la charca para croar a la orilla de un lago. Un lago, no una charca. Un lago con horizonte, con espacio, con perspectiva, con el cielo arriba y el agua azul. A ti lo que te pasa es que eres un cenizo y sólo eres feliz encontrándole defectos a todo. Lo que tiene que aguantar la pobre Clara.

–Eh, para el carro. ¿Qué pinta Clara en esta conversación?

–¿Qué pinta? Que la estás martirizando, macho, que te pasas el día mirándote el ombligo y pasando de ella y de las niñas, que...

–Pero bueno, ¿se puede saber qué mosca te ha picado?

–Vaya, vaya –comenta Mateo–. Vaya, vaya.

–¿Y a ti qué te pasa? –dice Andrés en tono provocador.

–Nada, por Dios. Yo me limito a sobrentender y punto. Cada uno saca sus conclusiones.

–No, dime qué te pasa. No me gusta ese tonillo tan suficiente. Si tienes algo que decir, dilo, no te cortes.

Las voces de los tres amigos se elevan y el camarero los observa con interés, pero de inmediato abandona su puesto de observación porque la puerta de la calle se abre de golpe y entra en tropel un ruidoso grupo de personas que se acomoda al otro lado de la barra. El ruido invade la sala. La puerta se abre de nuevo y entran más clientes. Es la hora del aperitivo. Es viernes. Ha comenzado el fin de semana.

El primer acontecimiento que relajó el mal cariz que tomaba la relación de Clara y Andrés sucedió en la salita de estar de su casa, cuando Beatriz dio sus primeros pasos y, tras un titubeo que semejaba el reconocimiento del fenómeno, se dirigió sin dudarle hacia su padre, que la observaba sentado en un puf de la época, y se echó en sus brazos. Ante el asombro de Clara, a Andrés se le llenaron los ojos de lágrimas y, tras luchar infructuosamente por articular alguna palabra que ella fuera capaz de entender, abrazó a la niña con tal efusión que estuvo a punto de asfixiarla y en su descontrolado entusiasmo se venció hacia atrás y cayó de espaldas al suelo, pero protegiendo a la niña del trastazo. Beatriz rió encantada y exigió repetirlo, Clara acudió al rescate de un Andrés fuertemente contusionado y los tres celebraron aquella incorporación afectiva de la paternidad a la vida de familia con una alegría desbordante.

El segundo acontecimiento, un año después, alteró por completo la logística familiar y se originó cuando la mejor y más querida amiga de Clara de los tiempos universitarios, que se había trasladado a Roma siguiendo a un amor imposible, reapareció soltera y sola en la vida, y dispuesta a recuperar a su amiga, para lo que empezó ofreciéndose como canguro un par de días a la semana, pudiendo ser uno de ellos el viernes o el sábado. Su otra gran amiga, Carlota, en realidad lo era desde el colegio y eso marcaba las diferencias con la primera, diferencias que lo eran en la manera de compartir las cosas, no en el afecto. No es necesario explicar que, gracias a este golpe de fortuna, a Clara y Andrés se les abrían las puertas de la noche para cerrarlas al amanecer si fuera preciso, porque Julieta –que así se llamaba la amiga- pernoctaba el día elegido en su casa. Julieta Romeo era guapa y dicharachera y pronto atrajo la atención del grupo de amigos de Andrés, e incluso se convirtió, dentro y fuera de la casa, en la estrella emergente de la temporada.

En fin, no merece la pena insistir más en las minucias cotidianas que alimentan los días de la gente que no tiene nada emocionante que hacer en la vida. Si estos sucesos hemos de coronarlos como acontecimientos, está todo dicho.

Los chicos de la panda se fueron casando. Un día, Cuchi Mendina advirtió que, con la excepción de Clara y Andrés, todos los demás matrimonios se estaban celebrando bajo el rito democrático. La advertencia molestó bastante a Andrés.

–El tuyo es un matrimonio franquista, qué quieres que te diga; haber resistido, como hemos hecho nosotros –decía Méndez ufano.

Las relaciones sexuales en la época universitaria de todos estos jóvenes habían sido más psicológicas que físicas. No quiere ello decir que no hubiera contacto físico, que sí lo hubo, sino que la ruptura de tabúes empezó por el camino del adoctrinamiento psicológico al que los hombres sometían a las mujeres contando con la inestimable colaboración de ellas, más francas, más dispuestas y menos retorcidas. En realidad, el adoctrinamiento psicológico era un modo de acercamiento nacido de la inseguridad y la inmadurez sexual, pero tuvieron la suerte de contar con la disposición a desinhibirse físicamente de una parte del elemento femenino, que aceptaba la liberación a la que eran arteramente invitadas como una forma de emancipación y de igualdad. En fin, ya hemos hablado de esto

en otro lugar. Todo ello dio lugar a mucha elaboración teórica como preparación al coito: así caían las hembras en la tela de araña del macho. El refranero español, verdadera enciclopedia de sabiduría mostrenca, también disponía de una definición para esta situación: «A río revuelto, ganancia de pescadores».

El primero en contraer matrimonio democrático fue Luis Bonafé. Un matrimonio incomprensible con una señorita de Guadalajara conocida de la familia. La primera de una serie de concesiones que lo abocaban al desastre fue aceptar el matrimonio religioso, con la novia de blanco, en una iglesia de prestigio burgués. Paulina era hija de un registrador de la propiedad, natural de la Ribera Navarra, pero afincado en Guadalajara y con piso en Madrid. El padre de Bonafé era arquitecto del Ministerio de la Vivienda y ambas familias se reconocieron en seguida como dignamente adecuadas para dar en matrimonio a sus vástagos. Los amigos, con Andrés a la cabeza como hombre de respeto por ser casado, asistieron a la ceremonia y al posterior convite con gesto contrito, falsa alegría, profunda incomprensión y mal disimulado rechazo, todo lo cual se encargó Andrés de atemperar actuando de mediador y hombre de mundo.

El siguiente fue Mendo Méndez, que hizo una boda de rango inferior, pero en semejantes condiciones de renuncia a sus ideales. La novia estaba un escalón por debajo de la de Bonafé en lo tocante a situación social. Era también una chica de la burguesía, pero su padre era el propietario de una tienda de ultramarinos bastante acreditada en el barrio de Retiro. Como despedida al sometimiento paterno, el coronel de artillería Méndez opacó a su hijo en la ceremonia, luciendo como un gallo sus galas militares. Los amigos, azotados de este modo por la vida, descendieron otro peldaño de la maltrecha escalera de sus convicciones.

El Figura fue el que se ocupó de levantar audazmente la moral con un matrimonio civil. A ello ayudó, qué duda cabe, la tibieza religiosa de los padres y sus firmes convicciones democráticas y antifranquistas. La condescendencia con El Figura tuvo como base la propia novia, que, en opinión de la panda, estaba como un queso.

–Así me decido yo también –decía Mateo Perdiz con la voz estrangulada por la lujuria.

Perdiz no contrajo matrimonio porque sostenía que un artista sólo se debe a sí mismo y no debía cometer ninguno de los dos errores capitales: casarse y afiliarse a un partido político. No es que no tuviera conciencia social e interés en la cosa política, sino que reivindicaba así la absoluta libertad del artista –al tiempo que subrayaba el precio de soledad y desamparo que pagaría por ello–, quien no ha de respetar otra disciplina que la que le encadena a su vocación; en este caso, la escritura. El razonamiento sí cuajó entre los amigos; es más, se consideró en aquel momento una muestra de valentía; no ocurrió igual con la escritura de Perdiz, por la que en el fondo de sus almas albergaban serias dudas. Mateo Perdiz acabó contrayendo matrimonio en las condiciones que se conocerán oportunamente, si viene a cuento.

Ésta era la situación sentimental del aún grupo de amigos cuando una celebración nocturna conjunta desembocó en la casa de los Delcampo en busca de

la última copa y se toparon con la canguro y amiga del matrimonio Julieta Romeo echada en el sofá en bata y camisón, a cual más corto y más remangado, leyendo arrobada un libro afortunadamente interminable titulado *El gran momento de Mary Tribune*. Su gesto, mitad de arrobo mitad de concentración tal que ni se percató de la visita hasta que todos la rodearon extasiados, denotaba la convicción de haber hallado al hombre y a la novela de su vida en un mismo volumen. Cuando alzó los ojos, puso el libro abierto en su regazo, los miró a todos con una encantadora sonrisa de sorpresa y dijo:

–Huy, me habéis pillado en bragas.

Los hombres del grupo asintieron complacientes mientras ella pasaba a la postura sedente intentando forzar la longitud de su ropa para cubrirse, sin mucho éxito.

–Las niñas se han dormido sin dar nada de guerra –dijo mientras lo intentaba–. Voy a cerrar la puerta del dormitorio para que no me las despertéis, me pongo algo y salgo.

–No, deja –propuso Mateo–, si estás muy bien como estás.

–Precisamente por eso –puntualizó Julieta.

–Que no, mujer... –protestó débilmente Mateo. Las esposas del grupo lo miraron con dulce zumba y su protesta se desvaneció sin esfuerzo. La escena quedó congelada por unos instantes sin que nadie interviniera.

–Todo lo sólido se desvanece en el aire –murmuró al fin Méndez viendo desaparecer a Julieta por el recodo que daba paso a los dormitorios.

–¿La última copa? –propuso Clara para romper el silencio mayestático que se había apoderado del salón.

–La penúltima –corearon todos al unísono volviendo a la realidad.

-Yo, francamente, te encuentro muy desmejorada, Clara -dice su hermana Adela-. Menos mal que mamá va a hacer el esfuerzo de quedarse un tiempo con vosotros, porque, si no, no sé cómo ibas a salir adelante con dos niñas y sin interna.

Clara termina de cambiar a la pequeña Marta sobre la cama y luego la coloca en el corralito. Beatriz, que ha observado la maniobra muy atenta con la barbilla apoyada en el borde del colchón, se desentiende de su hermana y se desliza hasta el suelo donde le aguarda una muñeca pepona a la que agita con entusiasmo nada más alcanzarla.

-Adela, anda, no me des la lata.

-Si lo hago por tu bien. Deberías dejar de trabajar.

-Trabajo en casa, en los ratos libres, y ya me pesa tener que hacerlo así; pero yo no puedo estar sin trabajar, Adela. No soy como tú, qué quieres que te diga.

-Oye, que yo no paro en todo el día, a ver qué te has creído.

-No paras de ocuparte de ti misma, perdona, Adela.

-¿Que yo...?

-Bueno, déjalo. Yo no te hago ningún reproche; sólo digo que somos distintas y ya está. No te lo tomes por la tremenda.

-Pues sólo faltaba que me hicieras reproches, a mí, que me he echado a la familia sobre las espaldas, aparte de la responsabilidad de atender a la vida de Jose.

-A la vida social, querrás decir.

-A la social y a toda. No te puedes imaginar qué cantidad de compromisos, cenas, en fin...

-Eso es lo malo que tiene casarse con príncipes: la vida de corte.

-Mira quién fue a hablar, la que de niña suspiraba por un príncipe. Pues sí que fuiste a encontrar uno... -Adela ríe con malicia.

-¿Lo dices por mí?

-¿Por quién si no?

Clara se queda pensativa.

-¿Te acuerdas? Yo creía que era un príncipe y tú me dijiste que era un ángel. Qué raro, ¿no? Yo lo recuerdo ahora como herido y cansado y sucio, pero era muy guapo.

-Y tanto. Siempre te ibas con él.

-¿Yo? ¿Irme con él? Pero ¿qué dices?

Adela muestra un gesto de contrariedad.

-¿Es que no sabes quién era?

-¿Es que tengo que saberlo?

Clara se queda expectante mirando a su hermana.

-Vaya, déjalo -dice Adela-. Te estaba vacilando.

-De eso nada. Dime la verdad.

-En serio, que era una broma. No lo tomes así porque no te vuelvo a decir nada más. Es igual que cuando te dije lo del ángel, y tú, como una boba, te quedaste tan convencida de que no era un príncipe sino un ángel. Una broma. Ya está. Lo mismo

que ahora. Y yo qué sé quién sería, pues un vagabundo...

De entre todos los amigos, a quien más echo de menos es a Cuchi. Puede parecer extraño porque nos veíamos de Pascuas a Ramos, pero había una ligazón entre los dos que no sólo venía del colegio sino de una manera de entenderse Cuchi y yo, que teníamos actitudes ante la vida tan distintas e ideas tan enfrentadas. La amistad es un misterio también. Hay un sentimiento que está enredado, creo yo, en los juegos y vivencias de la adolescencia que, por alguna extraña razón, se mantiene incólume y permite que gente como Cuchi y yo nos reconozcamos sólo con vernos, sólo con cambiar unas palabras, con cumplir unos gestos que, vistos hoy a la distancia, estoy convencido de que eran claves de clan. Y esos gestos, miradas o palabras de reconocimiento afloran en la memoria antes de que el pensamiento recuerde y actúe y por eso nos mantienen unidos contra toda diferencia. Muy graves han de ser las diferencias para que se produzca un enfrentamiento, aunque debo reconocer, por lo que me dice la experiencia, que si ese enfrentamiento se produce no puede ser más que a cara de perro. Cuchi y yo nunca nos enfrentamos a muerte porque nuestras diferencias estaban siempre por debajo de la línea del sentimiento y porque utilizábamos el humor más cruel para limar las aristas más afiladas, las que hacen sangre.

Hubo una razón para la ruptura, pero no afectó a nuestro mutuo reconocimiento porque ya era tarde para eso, ya que las consecuencias iban en otra dirección que la de nuestra amistad. Ahora lamento que dejara de verlo en aquellos momentos en que pudo necesitar que yo estuviera cerca de él. Sin embargo, era tan independiente que también dudo acerca de eso. Lo cuidó Clara y ahora me alegro.

Me gusta recordarle con el pelo revuelto, esa sonrisa suya entre cariñosa y displicente, caminando los dos por la noche de Madrid en busca de algún lugar donde charlar un rato al calor de una copa, antes de que él se perdiera por alguna esquina envenenada mientras yo me quedaba en la acera contemplando su desaparición como quien ve al compañero más fuerte adentrarse en un territorio lleno de sombras.

–Hay que vivir peligrosamente –le dije yo un día medio en broma, medio en serio, porque era una frase de la época.

–No, querido. Tú no sabes ni sabrás nunca lo que es vivir peligrosamente, ni yo te dejaré que lo sepas. Esa cara de la vida y de la noche es para mí, no para ti. Ya sabes que soy un amante de la épica, y tu mundo, en cambio, es el de la dramaturgia cotidiana.

Lo dijo con una sonrisa y una condescendencia que, lo reconozco, me enfadó de veras. Y, sin embargo, tenía razón. Yo era carne de orden. Lo que sucede es que el orden bajo el que vivíamos era un desorden para todo aquello que deseábamos: libertad, claridad, independencia, respeto al otro, etcétera. A mí la implantación de la democracia en España me devolvió al orden, no a la sumisión sino al orden, mientras que Cuchi era el prototipo del crápula indomable, como le llamaba en broma Clara. Así ocurrió todas las veces que practicamos el noctambulismo juntos: llegados a un punto de la noche, él y yo nos separábamos; él se desvanecía entre las sombras y yo regresaba a mi casa o a alguno de los bares conocidos donde

siempre podía encontrar a alguien de la pandilla practicando la espuela. Pobre Cuchi, tan cariñoso siempre, tan perdido, tan divertidamente arrogante con su pelo revuelto y la sonrisa cínica y pesarosa de un lúcido dandy.

–Pues bien –dice Juan de Septiembre–, ya tenemos una Constitución. Ya tenemos un Papa que parece duradero. Ya hay un orden, por tanto. ¿Qué les parece a ustedes que necesitamos ahora?

John Palacius, echado en la cama y envuelto en una manta, muestra un semblante abatido, indiferente.

–Aparte de que al papa Luciani es evidente que se lo han cargado por intereses de corte que nos está vedado descubrir, mas no imaginar... –empieza a decir Cadavia.

–Señor –dice Juan de Septiembre con severidad–, me permito recordarle que se está refiriendo usted a una figura que representa a todos los creyentes y a Dios en la Tierra, de manera que su intervención resulta, cuando menos, improcedente en la forma.

–Tierno meapilas, monaguillo rastrero, tú, que no has dejado de practicar ni uno solo de los siete pecados capitales, ¿me vas a venir ahora con ésas? ¿Qué mosca te ha picado para que te revistas de palabrería tan altisonante como achacosa? –dice Cadavia soliviantado–. Mira a nuestro pobre amigo, cómo se revuelve al oírte a pesar de su estado.

–Los poetas, incluso los que no escribimos, amigo mío, estamos por encima de esas adjetivaciones propias de gente sin distinción y nobleza de alma. Si algo me admira del nuevo Papa y no del pusilánime que lo antecedió es esa firmeza, esa voluntad y decisión que todos tuvimos ocasión de ver cuando, en su primera aparición pública, justo tras ser designado, plantó ambas manos en la baranda del balcón bajo el que era vitoreado, echó el torso adelante y empezó a hablar.

–Miedo me dio –comenta Cadavia–. Y miedo me das.

–Yo sé reconocer un carácter –resume Juan.

–Yo creo que la hemos jodido –acierta a decir Palacius con un hilo de su voz–. Ese tío nos va a machacar, os lo digo yo, Juan, que parece que te has convertido a la Iglesia ahora que vas para anciano. Eso –dice antes de perder la voz– es debilidad.

Tose, la tos le hace ahogarse y al respirar por la boca se atraganta y vuelve a toser. Cadavia trata de sacarlo del trance con unas palmadas en la espalda, más animosas que eficaces. En realidad teme que se rompa si lo golpea con más fuerza. Durante unos minutos la habitación se deja invadir por una cacofonía de estertores que los otros dos amigos reciben con resignación y en silencio. Ambos cruzan sus miradas con el alma encogida. La habitación es una habitación con balcón a la calle y buena luz de la pensión en la que habita Palacius desde que llegó a Madrid después de la guerra. Pertenece a un edificio racionalista de la parte alta del barrio de Salamanca, ya cerca de la plaza de Manuel Becerra. Hay una estantería de suelo a techo que cubre toda una pared, llena de libros, un armario de aspecto imponente enfrente y muchos cuadros y fotografías en las paredes; los cuadros son acuarelas en su mayoría, aparte de un retrato suyo a lápiz, y las fotografías son de grupo, pero destacan dos: una que reproduce al poeta Yeats joven, pintado al óleo por John Butler Yeats en 1900, y otra de una mujer muy guapa, joven y elegante, en una pose clásica con traje de noche y sentada en un sillón con un abanico cerrado

en su mano izquierda.

–En mi opinión –musita Cadavia, que se ha llevado aparte a Juan de Septiembre–, deberíamos avisar a la madre.

–Yo soy de la misma opinión –reconoce Juan–, pero no sabemos en qué estado se encuentra ella. Me informaría y lo haría yo mismo con mucho gusto si no fuera porque mi nombre está maldito en esa casa, ya te puedes imaginar por qué.

–Pero yo a la familia no la conozco de nada.

–Razón de más, Cadavia, razón de más. Ésa es tu ventaja. Te puedes presentar como un benefactor inquieto por el estado de salud de Palacius, que es lo que eres, más o menos. Para mí –baja aún más la voz– que a éste no le arreglamos a base de cataplasmas ni linimentos ni vapores. Tú y yo no tenemos dinero para costearle un buen tratamiento. La familia, sí –se queda en silencio, pensativo; luego añade, convencido–: Hay que hacerlo.

–¿Y él se va a dejar?

–Está tan débil que se dejará.

–Lo va a considerar una traición.

–Eh –la voz de Palacius es un suspiro–, ¿qué os pasa? ¿Qué estáis tramando? No tengo nada serio aquí dentro; es esta maldita tos. Lo que necesito son más vapores de eucalipto, más frecuentes. Venga, dejaos... –la voz se desvanece sola a pesar de su débil esfuerzo por no dejarla ir.

Los dos amigos se miran y en los ojos de Juan de Septiembre baila una lágrima. Toma una revista de la mesa de trabajo del poeta y la hojea. Se detiene al paso de una página.

–La verdad –dice– es que, así impreso, el poema sobre el corazón del roble parece el doble de bueno. La letra impresa le da una consistencia, no sé, especial, una consistencia objetiva.

Palacius sonríe débilmente.

–Estoy fundido –confiesa.

–¡Ca! De eso nada –dice Juan animoso–. Ahora te sacamos al sol, como a las plantas, y te rehaces en un dos por tres.

–Como a las plantas –dice Palacius con un hilo de voz moviendo la cabeza–. Eso está bien dicho porque es lo que soy: una planta. Pero dejadme morir aquí, no voy a daros la lata –de pronto un golpe de energía dibuja en su cara un desesperado gesto de rabia–. Es tan duro aceptar que te vas a morir; es tan duro... –dos lágrimas resbalan por su cara dibujando un reguero de impotencia que muere en las comisuras de sus labios fuertemente apretados–, tan duro... –repite como un eco.

Juan de Septiembre y Cadavia le rodean sin saber qué hacer. Luego, cuando cierra los ojos, agotado, se alejan de nuevo.

–Ay, Merlín –gime Juan–, ¿es que ni un mago puede sanarlo?

–Ante la muerte, amigo mío –responde Cadavia con voz oscura–, todos somos impotentes.

–Estamos cada vez más viejos –dice Juan gruñendo.

La noche en que Andrés, acompañado por Clara, volvió a encontrarse con Rolando Singapur estuvo cargada de acontecimientos que, a la postre, trajeron consecuencias. Julieta Romeo se había quedado con las niñas en casa y los señores Delcampo decidieron salir a buscar a la pandilla en un tugurio de la calle Quintana casi esquina al Paseo de Rosales que solían frecuentar. Un sitio barato y escondido, al abrigo de un sótano.

–Y tan barato –protestaba Méndez malhumorado cada vez que salía el lugar a colación–. Como que una vez me dieron un cubalibre de agua.

Estuvieron un buen rato en el local rodeados de caras conocidas o que podrían haberlo sido, sentados en unos bancos corridos de obra con cojines cuadrados encima y ante unas mesas de la misma altura que los bancos donde depositar o tomar los vasos obligaba a violentas inclinaciones del torso; además, se enredaban los pies de unos con los de los otros en tan breve espacio, había que proteger las conversaciones del ruido ambiental... en fin, que, roncos y deslomados, Clara y Andrés, seguidos por Mateo Perdiz, acabaron por escabullirse de la algarabía y salieron a la calle. No tenían muchas ganas de regresar a su casa y a Mateo se le ocurrió la idea de acercarse al Bourbon a ver quién andaba por allí.

El Bourbon era un local con una oscura fachada de ladrillo que parecía más propia de un almacén. Tras deshacerse de las cortinas de la entrada se internaron en la agradable penumbra de tonos rojizos en busca de una mesa mientras en el estrado tocaban a todo meter los de la Canal Street Jazz Band, muy *dixieland* esa noche. Como encontraron todas las mesas de la planta ocupadas, ya se disponían a trepar al piso alto, que se abría como un balcón sobre el pequeño escenario, por ver si encontraban una mesa aunque fuera al fondo, cuando descubrieron a Cuchi Mendina haciéndoles señas frenéticamente. Y ¿quién estaba a su lado en la barra?: pues nada más y nada menos que el resplandeciente galán venezolano Rolando Singapur.

Al acercarse, Andrés advirtió que la exclusiva y excluyente atención de Rolando se dirigía a Clara y todos se sintieron poco menos que empujados a un lado cuando él se acercó a besarle galantemente la mano y la mantuvo entre las suyas mientras sus gestos, aunque no se entendieran las palabras, mostraban una inequívoca y arrebatada declaración amorosa. El encuentro, casi un paso de ballet, tuvo la virtud de detener el tiempo, la escena quedó congelada y con ella los circunstantes hasta que Clara retiró su mano y, como por ensalmo, el movimiento continuó su curso; entonces Rolando saludó al resto de recién llegados, acaparó de inmediato la atención del camarero, solicitó bebidas, buscó un taburete a Clara, la sentó en medio de los cuatro colocándose él a su derecha y sonrió como sólo un galán venezolano sabe hacerlo.

Andrés, que era arisco y paciente, optó por la paciencia y todos se quedaron escuchando a la Canal Street Jazz Band y haciendo comentarios en voz baja. La voz más baja era la de Rolando Singapur, que había pegado su boca al oído de Clara, quien parecía sentirse verdaderamente halagada. Andrés observaba entretanto, sin perder de vista a Clara, a su viejo amigo Cuchi, al que las malas lenguas

adjudicaban la profesión de gigoló, pero que al menos esa noche no parecía estar trabajando. Lo cierto era que Andrés se resistía a creer que estuviera viviendo de las mujeres, aunque tampoco le conocía oficio alguno. La familia tenía dinero.

Sonaba *Struttin' with some barbecue* cuando Andrés se decidió a interrogar a Cuchi mientras seguía el ritmo con el pie.

–¿De qué conoces tú a este guapo, macho?

–De mis correrías nocturnas, como te puedes imaginar. Perseguimos mujeres por la noche.

–¿Qué clase de mujeres? ¿Como Clara? –dijo señalando a Clara, a la que Rolando tenía tomada de la cintura mientras los dos se contoneaban al ritmo de la música.

–Mujeres ricas, macho, que es de lo que se trata.

–No jodas, Cuchi. No me esperaba esto de ti.

Cuchi rió y le revolvió cariñosamente el pelo a su amigo.

–Pero mira que eres membrillo –dijo sonriendo–. La vida de familia mata –comentó luego filosóficamente–. Quién te ha visto y quién te ve, chaval. Aunque, a ti, esto de la noche no te vale más que para hablar de temas trascendentes hasta que se te sale la ginebra por las orejas. La vida es otra cosa, es como esta música, hombre; hay que ser de otra pasta para disfrutar de la vida. Lo tuyo es demasiado previsible.

–Ya –dijo Andrés forzando el sarcasmo–. Tú, en cambio, vives peligrosamente agarrado a las barras de los bares.

–Pero, macho, ¿quién te quiere a ti más que yo? –se chanceó Cuchi–. No hay peligro en las barras, al contrario, es un reposadero. De los peligros de la noche, chaval, tú no tienes ni idea y yo prefiero no contártelo porque será mejor para ti y para la paz de tu alma. Pero te quiero, eres mi amigo, el más gilipollas y el más leal de todos, ésa es la verdad; así que te voy a invitar a otra copa. O mejor, invítanos a tu casa, que quiero conocerla.

–¿Ahora?

–Y tanto, ¿cuándo si no?

–No sé yo si Clara...

–Ah, por mí, encantada –dijo Clara, que de pronto apareció cogida del brazo de Cuchi–. Como ya estoy un poco trompa prefiero terminar la juerga en casa.

–Perfecto –dijo Cuchi haciendo una seña a Rolando, que sacó un puñado de billetes al instante del bolsillo de su americana–. Rolando y yo nos llevamos a Clara y ponemos las bebidas y Mateo y tú os adelantáis a ver si todo está en orden. Por cierto, ¿está la bella Julieta con las niñas?

–La bella... sí, está... ¿por qué lo dices? –logró balbucir Andrés, desbordado por los acontecimientos.

–Te va a encantar –le dijo Cuchi a Rolando, que no dejaba de sonreír a todo el mundo con total dedicación–. Un bombón.

–¿Así lo dicen ustedes acá?

–Ajá.

Mateo y Andrés los vieron salir a los tres, haciéndose bromas, felices como jilgueros.

-Lo que hay que ver -dijo Mateo Perdiz.
-Ese Singapur me da mala espina -comentó Andrés.
-Bah, sólo es un farsante.
-Sí, todo lo farsante que tú quieras, pero se estaba comiendo a Clara con los ojos y con las manos.
-Ni caso. Perro que ladra, no muerde.
-Le estaba mordiendo la oreja.
-Que no, hombre, sólo estaba hablando. Lo que pasa es que con la música no se oye; si te voy a tener que morder la oreja yo a ti para que me entiendas.
-Te entiendo bien, gracias. Venga. Vámonos.
Algo mohínos, con la vaga sensación de haber sido arrollados, ambos amigos salieron del Bourbon a la calle, donde parecieron quedar desorientados. Mateo fue el primero en reaccionar dirigiéndose a la esquina de Diego de León con General Mola en busca de transporte. La calle aparecía semidesierta y por la calzada no se veía asomar la luz verde de un taxi en ninguna dirección. Las luces de los automóviles hendían la perspectiva, la oscuridad se volvía inestable a su paso y después tomaba asiento en el suelo, que parecía de charol a la luz inmóvil de las farolas. Era una noche desapacible que los había sorprendido con ropa ligera. El alcohol ingerido iba y venía por el cuerpo, a ratos cálido, a ratos con el ramalazo de un escalofrío. Mateo Perdiz empezó a jurar por lo bajo, como era su costumbre cada vez que algo se retrasaba o se torcía. Saltaba de la calzada a la acera y de la acera a la calzada mientras Andrés, apoyado en el tronco de un árbol junto al semáforo, le sugería paciencia.
-Me cago en la paciencia y en el frío -respondió Mateo por todo comentario.
Una luz verde titiló al fondo de la calle.
-¿Es un taxi?
-Yo creo que es un semáforo.
-Me lo temía.
-Tú es que confundes el deseo con la realidad, Mateo -dijo Andrés con afectada indiferencia. Pensaba en otra cosa.

Cuando Andrés y Mateo llegaron al hogar del primero, se asombraron de encontrar todas las luces apagadas. Los dos amigos escudriñaron en la oscuridad primero y avanzaron después, con tiento, hasta el pequeño salón, guiándose por la luz que entraba del exterior. Andrés se acercó hasta la ventana, se detuvo ante el distribuidor y, tras unos segundos de vacilación, decidió encender la luz. Mateo llegó hasta él y juntos se aventuraron al interior. En el dormitorio de las niñas entraba la claridad de la iluminación de la calle a través de la ventana. Beatriz dormía en su cama respirando por la boca; la cuna de Marta, también dormida, estaba en medio; y en la otra cama dormía Julieta, destapada.

–Esta chica siempre tiene que enseñar algo –dijo Mateo, libidinoso.

Andrés se asomó a su dormitorio, regresó, sacó a Mateo de su contemplación de la carne femenina y volvieron al salón.

–Qué raro que no hayan venido, con lo que hemos tardado –dijo Andrés con gesto de preocupación.

–Se habrán apalancado en algún bar del camino, digo yo –contestó Mateo camino de la cocina en busca de unos vasos.

El pensamiento de Mateo, que ya venía siendo ocupado por Julieta Romeo desde que decidieran en el Bourbon acercarse a casa de Andrés, se concentró de tal modo en ella a partir del momento en que se asomó al dormitorio de las niñas que lo dejó inútil para cualquier otra dedicación, por lo que Andrés hubo de apartarlo del capítulo de bebidas y encargarse él personalmente. Lo cierto es que si Julieta Romeo hacía estragos entre la cada vez menos compacta pandilla de amigos –pues ocupados en crecer y multiplicarse su tiempo se dispersaba, al igual que sus ocupaciones, en círculos cada vez más abiertos y distantes–, también lo era que el único soltero a esas alturas de la competición, Mateo Perdiz, reclamaba cada pieza femenina con preferencia debido a su estado civil. Así pues, apenas Andrés hubo entrado en la cocina en busca del material étílico y cristalino y expulsado a Mateo, éste se dirigió de nuevo al dormitorio con el objeto de deleitarse en la contemplación de la deseada. Apoyado en el quicio de la puerta, la abrió por completo provocando con ello un agudo chirrido de los goznes que sobresaltó a la durmiente.

–¿Quién anda ahí? –preguntó ella con voz de alerta mientras Mateo, en el paroxismo del terror, se pegaba de espaldas a la pared por fuera del dormitorio con la vana esperanza de pasar desapercibido antes de emprender la huida–. ¿Eres tú, Mateo Perdiz? –dijo la voz, ahora enfadada–. No sólo eres un cerdo sino que, además, estás chiflado.

Andrés y Julieta aparecieron simultáneamente en el salón, cada uno procedente de una estancia distinta, y Mateo quedó atrapado entre ambos con el corazón saliéndosele por la boca.

–Pero, Mateo, ¿cómo se te ocurre meterle mano a Julieta durmiendo?

–Si me llega a meter mano –dijo Julieta furiosa– se la arranco de un mordisco. Estaba mirando, el *Peeping Tom* este.

–Que yo sólo iba a taparla, lo juro –protestó Mateo sin mucha convicción.

–¿Y tú por qué me tienes que tapar a mí, vamos a ver? Como si quiero dormir en pelota.

–Es que estaba la puerta abierta.

–Pues la cierras primero y luego te vas al cuarto de baño a meneártela si estás con la plétora.

La frase de Julieta, la última palabra en concreto, causó tal impacto en ambos amigos que se produjo un silencio cargado de expectación.

–¿La plétora? –acertó a decir Andrés, cauteloso.

–Las pelotas a punto de reventar –especificó Julieta. Vestía tan sólo una camisa que Andrés reconoció como suya y que no se atrevió a reclamar. Ella se limitó a observar a ambos con desdén, lo que a Andrés le pareció injusto en lo que se refería a él, y regresó al dormitorio de las niñas de puntillas para no hacer ruido. A los cinco minutos, reapareció, vestida de calle, en el salón donde los dos compungidos amigos se servían la primera copa. Mientras recogía su abundante pelo rizado en forma de cola de caballo, se echó a reír, ante el estupor de ambos compinches.

–Qué graciosos estáis los dos con vuestro vasito en la mano.

–No nos ofendes –anunció Andrés.

–Anda, servidme una copa, ya que me habéis despertado. Por cierto –añadió mirando significativamente alrededor–, ¿dónde está Clara?

–Donde no debía de estar –dijo Andrés malhumorado mientras Mateo le hacía señas a Julieta para que cambiase de asunto.

–No me hagas señas, Mateo, porque es algo que odio. Yo pregunto y, si me contestan, bien; y si no, también. Pero no me hagas señas de que me calle, ¿vale? O sea, que vuelvo a preguntar: ¿dónde está Clara?

–Ahora viene –dijo Mateo mirando atribulado a su amigo–. Se ha quedado con el Cuchi Mendina y con Rolando Singapur, que han ido a buscar el coche y ya vienen.

–¿Rolando Singapur? No me digas que hay un tío en este planeta que se llama Rolando Singapur.

–Lo que oyes.

–Pues hay que conocerlo.

Mateo se llevó las manos a la cabeza. Pero ¿por qué seré tan complaciente?, ¿por qué seré tan torpe?, parecía decirse. Y, sobre todo –debió de pensar acto seguido–, ¿por qué no me llamaré Rolando Singapur yo también?

–Es un galán venezolano de culebrón –decía entretanto Andrés a modo de explicación.

–Ay, qué célebre, qué ganas tengo de verle. ¿Y va a venir aquí ahora? –preguntó melosa Julieta.

–Sí –contestó Andrés con cara de pocos amigos.

Llegaron casi una hora después y era evidente que habían estado de copas. No se advertía tanto en los dos hombres, pero sí en Clara, que no tenía la misma costumbre. De inmediato, Julieta puso en marcha sus artes de seducción con el galán. Observando la actitud de Rolando, Andrés se percató de la extrañeza de éste por el hecho de que hubiera permitido a su esposa seguir libremente en su

compañía; lo advirtió en su actitud, entre suspicaz y desconcertada; el gesto de Rolando era no tanto tímido como indeciso, dando a entender que no sabía bien a qué conclusión llegar respecto de la liberalidad de costumbres de Clara. Pero la dedicación de Julieta lo absorbió y Andrés se ocupó de conducir a Clara, particularmente alegre y dispuesta a bailar con descaro, hasta el dormitorio conyugal a pesar de las protestas de Cuchi, que la animaba a hacer un *striptease* sin hacer caso de las miradas furibundas de Andrés. La petición derivó entonces hacia Julieta que, no habiendo bebido antes, se negó en redondo. Andrés tuvo que porfiar con Clara hasta que, de repente, se quedó dormida de golpe sobre la cama donde luchaba con su marido para que la dejase hacer su número exhibicionista. Mateo Perdiz estaba empeñado en hacer beber a Julieta, que no se recataba de arrimarse a Rolando, y el juego entre ambos pronto empezó a disgustar a unos y a aburrir a otros, con lo que los dos afectados, Cuchi y Mateo, decidieron tomar el portante y desaparecer. Ya en el descansillo, Mateo le dijo a Andrés:

–Oye, no irás a dejar a esos dos que se pongan a follar en el sofá.

–Por mí –respondió Andrés–, como si lo hacen encima del televisor. Yo me voy a la cama.

Cuchi Mendina tiró de un Mateo Perdiz que ya regresaba al interior del piso con la mayor decisión, lo empujó escaleras abajo y se despidió de Andrés tirándole un beso cómplice.

Andrés cerró la puerta y se apoyó en ella para darse un respiro. Luego cruzó el salón sin mirar a la pareja que reía en el sofá, comprobó que las niñas no se habían despertado con el ruido y se metió en el dormitorio. Clara dormía plácidamente de costado; la descalzó, le retiró cuidadosamente la falda, no se atrevió con la camisa por no despertarla y le echó encima una manta de viaje. Luego se desnudó y se metió en la cama. Meditaba si salir a interpelar a Rolando Singapur cuando un invencible cansancio se apoderó de su cuerpo y le paralizó por completo.

Espero que Julieta se acuerde de cerrar la puerta cuando ese cabrón se largue, pensó un segundo antes de dormirse. Durmió como una piedra, nuestro héroe.

Fueron años, los cinco primeros tras la muerte de Franco, vividos entre la fragilidad y el entusiasmo. Desde las primeras elecciones libres hasta el intento de golpe de Estado de aquellos militarotes decimonónicos, ignorantes y pomposos (y menguados, pues es fama que en este país a los militares los han utilizado siempre en su provecho y de mala manera la Iglesia y la derecha cerril), a cada golpe de esperanza sucedía otro de desánimo. Contemplado ahora, aquel escenario era tan sólido como cabe esperar de un cambio de costumbres que, al revés que el ideológico, más voluble, una vez que se asienta no retrocede, al menos en lo sustancial. Pero en nuestro espíritu, todo aparecía cogido con alfileres como si no nos atreviésemos a gozar plenamente, por si acaso. Esa actitud me recuerda a la de aquellos encuentros eróticos clandestinos en pisos prestados, siempre pendientes de un azar en forma de ruido de ascensor en la planta o de llave que se introduce en la cerradura que nos obligara a vestirnos con tanta presteza como se nos desbocaba el corazón. Ya desde el 79 oíamos ruido de sables con el alma encogida, amplificados por nuestra propia inquietud, lo que revela, más que el miedo a perder una libertad recién adquirida, la parte de suerte o azar que la acompañaba; porque lo cierto, como decía el pobre Bonafé, era que Franco se nos había muerto. Y es verdad, pensamos luego, años más tarde, que la faena que hubiéramos debido completar entonces era la de matarlo para pasar página. No matarlo en sentido estricto sino apartarlo en vida, lo que no habíamos hecho. Esa opinión, que hoy se me antoja bastante inconsistente, creo yo que empezó a cuajar cuando se fueron concretando los caminos de la vida de cada cual y, a medida que el nuevo orden se establecía, la frustración, la envidia y, por qué no, la codicia también, empezaron a hacer mella en los ideales de cada uno. Aquél no era un estado de opinión crítico, como se pretendió presentar, sino algo más parecido a la estrechez de una habladería propia de gente menor que no había logrado situarse donde sus sueños o sus ambiciones les habían hecho concebir esperanzas. Bonafé, que era de espíritu como su apellido, creía de buena fe en el estadio crítico a causa de la ingenuidad que le caracterizaba. Prevalecía en él el revolucionario que quiere cambiar las cosas de abajo arriba y así alimentó su pesimismo, pues no era otra cosa que un nieto puesto al día de los regeneracionistas, venido del alma del 98 y con un toque amargo a lo Larra.

Cuando se produjo el intento de golpe de Estado de 1981 recuerdo que me decía, sumamente alterado: «¡Nos hemos salvado por un pelo!», y yo le insistía: «Lo importante es que lo han querido y no lo han conseguido». Y él volvía: «Ha faltado un pelo para que nos devolvieran a las catacumbas». En fin, la historia del vaso medio vacío y medio lleno; él lo veía medio vacío; yo, medio lleno. Y lo cierto y verdad es que aún no habíamos asimilado el cambio, aún éramos incapaces de creer en nosotros mismos, y sólo cuando España entera salió a la calle para manifestar su apoyo a la democracia, sólo cuando aquel impresionante espectáculo nos unió, nos convencimos. Hasta entonces, en el fondo de nuestro ánimo, habíamos tomado por un mero golpe de suerte lo que era mucho, muchísimo más: el final biológico de una era; y en ese final sí habíamos participado

todos, incluso los reaccionarios, de un modo u otro. Así es como los deseos que nacen de la necesidad transforman la realidad.

Hoy, otras dudas de mayor alcance me afectan más hondamente. Por ejemplo, aún no hemos vuelto la cara al pasado como el futuro nos exige. Ése sí es un asunto determinante. Los alemanes, bien que como vencidos, lo hicieron ante el Holocausto; España y la Rusia actual, por pensar en un país del que solemos, o solíamos, decir aquí que somos parientes de carácter, no lo han hecho. Un pasado sin afrontar es como un saco a la espalda lleno de oscuros silencios, un peso muerto que cada día pesa más: a cada nuevo paso que se da, la inestabilidad aumenta y el portador se tambalea. El olvido no es ligereza, sino esclavitud, cadenas.

Mateo Perdiz llega a la puerta del piso de los Delcampo, pulsa el timbre y espera. Escucha unos pasos que se acercan, el ruido del cerrojo al ser corrido y de inmediato Clara aparece ante sus ojos en el marco de la puerta.

–Pasa, Mateo, y muchas gracias. Perdona que te haya hecho venir, pero es que con las niñas...

Mateo, caballerosamente, detiene con un gesto de la mano las excusas ofrecidas.

–¿Estabas trabajando?

–Estoy con una traducción de un libro de ensayos de Julien Gracq...

–Ah, Gracq; qué interesante.

–¿Lo has leído?

–No.

Pasan al salón y Clara le ofrece una cerveza que Mateo acepta. Mientras se aleja hacia la cocina, Mateo la sigue con la mirada apreciativamente.

–Mateo –la voz viene de la cocina–, ¿por qué eres tan rijoso?

–Es un don natural –contesta Mateo.

–Ya –Clara aparece con la cerveza servida en un vaso–. Lo tuyo es el culo, ¿verdad?

–No; lo mío es, exactamente, el tramo que va de las corvas a la cintura; pero, claro, el ritmo lo representa el culo; en eso te doy la razón. Soy un verdadero experto en culos femeninos.

–Querrás decir como *voyeur*.

–Y como *voleur* –dice Mateo convencido–. La verdad es que más de uno ha caído en mis manos.

–Bueno –comenta Clara–, en todo caso, con el mío no cuentas.

–Pues el tuyo es de los fetenes.

–Da igual, y, además, no te he pedido que vinieras para hablar de culos, ni aunque se trate del mío, sino por otra razón.

–Soy todo oídos –anuncia Mateo.

–Así está mejor, cambiemos de pieza del cuerpo. Escucha: tú eres vecino mío de origen, o sea, del mismo pueblo que yo... Vaya, de al lado.

–Así es.

–Vale –Clara duda unos segundos–. Y tú..., como todo el mundo, sabrás historias, las habrás oído de tu familia, o en tu familia...

–¿Historias de nuestros pueblos?

–Sí.

–Pregunta.

–¿Tú has oído hablar de un muchacho que cogieron en mi pueblo, que era de fuera, llegó herido y lo entregaron a la justicia? ¿Un muchacho que estuvo un día entero tirado en la calle y que...?

–Ya sé quién dices. Vamos, que no puede ser otro –Mateo cambia el tono, habla serio, preocupado–. Me he preguntado más de una vez si lo sabías, pero como nunca hiciste alusión al caso...

–Si sabía ¿qué? –hay un hilo de temor y ansiedad en la voz de Clara.

Mateo se la queda mirando, indeciso.

–Joder, Mateo, habla de una vez –lo apremia.

–Vale. ¿Tú conociste a los Zárate? ¿La familia del médico Zárate?

–No.

–Pero tu familia los tiene que conocer; eran gente conocida entre ellos. La verdad es que en un primer momento protegieron a tu padre, cuando llegó la República. ¿Sabías eso?

–No.

–Jo –murmura Mateo–, qué difícil me lo estás poniendo.

–Por favor, Mateo, cuéntamelo todo.

–Es que es jodido, ¿eh?, pero bueno, ahí va: el chico aquel, el que estuvo tirado en el viejo cobertizo de vuestro patio, era el hijo mayor de los Zárate y... y parece que fue a pedir auxilio a casa de tu padre y...

Clara empieza a llorar en silencio y Mateo se acerca a ella compungido. Clara se aparta bruscamente, le da la espalda y se tapa la cara con las manos. Mateo se aparta a su vez, incómodo. Las niñas empiezan a armar bulla en su cuarto. Clara se seca apresuradamente las lágrimas y acude al rescate. Luego regresa y, apenas entra en el salón, vuelve a llorar, esta vez convulsivamente, sentándose donde estaba antes. Mateo, en pie, mira por la ventana de la terraza con gesto de autorrecriminación. Así pasan los minutos. De repente se da cuenta de que el piso es pequeño e incómodo, el gotelé de las paredes chirría, los muebles no casan entre sí, hay demasiado espacio vacío y tiene un aire provisional que la luz grisácea de la mañana hace aún más frío y desamparado.

–Mi ángel... –oye decir a Clara entre sollozos–. Mi ángel...

–La verdad es que tu padre se comportó como un miserable, Clara, pero tú no tienes nada que ver con eso –dice Mateo de un tirón.

–¿No? –dice ella furiosa–. ¿No? Tengo que ver con que soy su hija y él lo dejó tirado enfrente de casa, no le abrió la puerta, él, que era vecino, que le debía la vida al padre del chico. ¿Tú qué crees? ¿Que no tengo nada que ver? ¿Tú sabes lo que es descubrir que tu padre, además de cobarde, es un hijo de puta? –Clara se deja llevar por la emoción y llora desconsoladamente, casi ahogándose. Mateo se asusta y trata de incorporarla. Ella se desase con fiereza. Mateo le presta su pañuelo, luego sale a la cocina por agua.

Beatriz aparece en la entrada del salón y mira asustada a su madre. Clara se percata y se limpia la cara como puede; luego se dirige a su hija, la alza del suelo y la abraza.

–No pasa nada, mi cielo, no pasa nada. Es que quería llorar un poquito, pero no pasa nada –se aleja con ella hacia el cuarto de las niñas.

Mateo regresa con el agua y se queda en pie, perplejo. Primero hace ademán de irse; luego deja el vaso en la mesita de centro y toma asiento. Enciende un cigarrillo y tras dos caladas urgentes trata de relajarse. Pone cara de espera.

Media hora después la calma regresa a la casa.

El día en que regresé a casa y encontré a Clara convertida en un fantasma emaciado por el sufrimiento no lo olvidaré mientras viva. Tenía un rostro blanco y cerúleo, como el de los muertos, en el que se destacaba la piel irritada en torno a los ojos, de un color rojo lavado que velaba y escondía la luz de la mirada dentro de las cuencas. Era una mezcla de fantasma y espantapájaros por su apariencia de persona exhausta de llorar y por la lentitud de sus movimientos. Además, la escasa iluminación de la casa, propia de un día gris y destemplado, me produjo la impresión de hallarme en un clima de enfermedad y dejación. Estaba cayendo la tarde y las niñas estaban en su cuarto. Clara se echó en mis brazos y así nos quedamos, abrazados en el sofá, sin atreverme yo a preguntar, abrumado por la magnitud de la tragedia que debió de haber ocurrido en mi ausencia, esperando el relato de los acontecimientos.

El estado de consunción de Clara duró cerca de un mes. En todo ese tiempo no quiso hablar con su familia, lo que me pareció prudente pues de su estado sólo salía en ocasionales estados de furia y frustración, uno solo de los cuales hubiera bastado para hacer temblar a sus padres y a su hermana. Al término del mes, recuperado su antiguo aspecto y su tono vital habitual, me anunció que se disponía a visitar a la familia, ella sola, y que me dejaba al frente de la casa. Yo no era muy dado entonces a conformarme sin más, pero en esta ocasión acepté el trato sin una sola protesta y la dejé ir. No estoy orgulloso de mi comportamiento como amo de casa, que estuvo a punto de desquiciarme, pero aguanté la semana por puro amor propio. Además, la idea de verme alejado de un asunto que deberíamos haber compartido me hizo pensar, entre otras cosas, que se habían establecido unos espacios estancos entre nosotros donde la relación estaba rota, donde nos ignorábamos tácita o explícitamente. Hasta ese momento yo los consideraba naturales, propios de la irreductible individualidad de la persona; a partir de entonces, como digo, empecé a percatarme de que no eran sino terrenos escondidos, e incluso robados, a la relación. Una verdadera sorpresa.

Al cabo de esa semana larga, en la que apenas tuve noticia más que por algún golpe de teléfono, quedó claro, con su regreso, que no hablaríamos del asunto. Ni ella lo propuso ni yo lo intenté. El silencio de ambos en torno a ello marcaba de manera definitiva esa distancia, esos espacios propios cuyo alcance yo acababa de detectar. El asunto quedó sellado. Yo intenté averiguar algo por mi cuenta, usando a mi madre, pero saqué más conclusiones del silencio de Clara que de sus vagas e indecisas lucubraciones. En cambio, mi padre me mostró que conocía el incidente y la opinión que le merecía el horrendo acto de cobardía de la familia de Clara. El joven Zárate desapareció y nadie supo dar cuenta de él, por lo que mi padre suponía que o bien lo dejaron morir y lo enterraron luego en una fosa común o, lo más previsible, acabó muriendo en alguna cárcel o fusilado tiempo después en una cuneta. Quién sabe –dijo con verdadera amargura– si no lo sanaron para acabar por darle el paseo después. De la familia nada se supo, desaparecieron del lugar, como tantas otras represaliadas o atemorizadas.

–Con su carácter, que cuando se pone lo tiene bien fuerte, Clara habrá roto la

relación con la familia. Pregúntale a Cadavia, que algo ha de saber.

Cadavia puso cara de enterado y gesto de zapatista y no quiso decir más, así que yo decidí esperar a que escampara. Entonces hablaríamos.

Una segunda preocupación empezó a ocupar el lugar de la primera. Lo que la motivó fue el hecho de preguntarme dónde había estado Clara todos esos días. No durmió en la casa de sus padres por la esencia misma del conflicto y, según ella, tomó habitación en un hotel de la ciudad. En casa de la hermana tampoco estuvo, y era razonable porque la hermana sabía la verdad de la historia del ángel, la había callado y eso Clara lo consideraría imperdonable, al menos de momento. ¿Qué había hecho, entonces? ¿Clavarse en la habitación del hotel y pasear melancólicamente por unos lugares que tenían que resultarle forzosamente odiosos? Me hace gracia recordar ahora la situación, pero entonces se convirtió toda ella en un asunto que me llenó por completo la cabeza y las emociones, tanto que hasta mi trabajo se resintió. Desde su regreso, volvía a casa en cuanto me era posible para estar cerca de ella en un acto que no sé si era de cariño o de acecho o de ambas cosas a la vez. Aparte de hacer el amor, con más efusión unas veces que otras, convivíamos como en una casa de hospedaje, familiar, pero de hospedaje; entonces empecé a llamar a la casa «el hostel», hasta que percibí la irritación con que Clara recibía ese recordatorio de nuestra relación real y lo aparqué. En compensación, me volcaba con las niñas. Pasé de ser un padre receloso a la rendición incondicional. ¿Fue una sensación mía el descubrir una puntada de celos en Clara o fue realidad? Ahora me parece que ni una cosa ni otra, o a lo mejor las dos, porque lo que estaba sucediendo era una mezcla de todo, una crisis, en definitiva; una crisis en la que yo, paradójicamente, estaba en casa más tiempo que nunca. De golpe habían desaparecido el noctambulismo y la pandilla y me había convertido en un padre de familia casero. Sucedió casi sin darme cuenta, como por arte de encantamiento: ahora eres príncipe, ahora eres rana.

Tuvo que ser muy duro para ella, mucho más que para mí. En realidad yo me comporté como un inconsciente o, mejor dicho, como un egoísta, que no está reñido con lo anterior en punto a comportamiento. Porque, en realidad, Clara sufrió de veras, sufrió una desgarradura interior que hizo que todo su mundo personal se tambaleara, y yo, en cambio, me apunté, con la habilidad de los escurridizos, a la protección emocional que me brindaban las niñas. Clara no tenía antídoto y yo sí. Al no asumir esa diferencia fui cruel y, naturalmente, me merecí lo que estaba por venir.

Un día, mucho tiempo antes, mi padre, hablando conmigo de cuestiones políticas y exasperado por nuestras diferencias, me dijo: «Lo más triste para un padre es descubrir que la experiencia es intransmisible. Y lo peor es que algún día lo sentirás tú también en tu propia carne». Me lo podría haber dicho respecto a los estudios, los amores, en fin, sobre cualquier asunto de importancia porque ahora sé que es cierto y entiendo la generosidad de su segunda afirmación. No lo deseaba para mí, pero sabía que era inevitable y eso le dolía más que su propia frustración. Ahora que soy más viejo que mi padre entonces, me pregunto por qué esta condición es así. Es cierto que la experiencia es algo estrictamente personal y, en

buena lógica, eso la hace rebelde al consejo, pero ¿cómo no rebelarse ante un suceso dañino que vemos venir sobre un ser querido y tener que soportar la inconsciencia con que se arroja a su encuentro? Pues bien, fue nuestra inexperiencia, mía y de Clara, la que causó el primer daño serio a nuestra relación, y de no haber sido por la magia, que sigue siendo el mayor encanto de la existencia, quizá nos hubiéramos estrellado. Ésa era la diferencia entre mi padre y Cadavia; mi padre era la experiencia; Cadavia, la magia. Aquel anillo que una niñita depositó bajo mi lengua estando dormido poseía poderes extraordinarios; o así lo hemos creído con una firmeza que para sí la quisieran los santos mártires.

Tras el intento de golpe de Estado, la vida de todas estas almas perdidas tomó un nuevo rumbo. Sin saberlo ellos aún, se acercaban las elecciones en las que triunfaría el Partido Socialista de manera rotunda, un triunfo que tuvo la virtud y la suerte de encarnar la imagen de cambio que el país anhelaba consciente e inconscientemente. La cohesión social que trajo consigo la respuesta popular a la intentona militar granó por necesidad. Los viejos amigos se sintieron más unidos que nunca, lo que prueba su insensatez, y las reuniones se multiplicaron. Bonafé enarbolaba la bandera roja; Méndez se afilió al Partido Socialista; El Figura abrió un bar de copas; Mateo Perdiz consiguió publicar su segunda novela, que fue acogida con retintín por la crítica y con discreta benevolencia por el público; Cuchi Mendina y Rolando Singapur, reputados calaveras, se convirtieron en los reyes de la noche discotequera, aunque el último desaparecía por temporadas para rodar sus culebrones, y Andrés volvió a interesarse por la política, probablemente debido a su desinterés por la Banca. En cuanto al trío de la bencina, una vez que el poeta feérico fue extraído de las garras de la muerte (la neumonía estuvo a punto de acabar con él), volvieron a las andadas: bohemia y costumbre; pero ya no eran los mismos.

Lo que tenía a todo el mundo sobre ascuas era el poder saber si finalmente Julieta Romeo había caído en los brazos de Rolando Singapur. Además, en aquellas fechas apareció en la vida de todos, traído de la mano por Perdiz, un oscuro novelista de pretendido prestigio y dudosa resonancia llamado Arturo Maduro. El maduro personaje, pues ya pasaba de los cincuenta, empezó de inmediato a sembrar su ciencia en la pandilla que, pese a estar encandilada por su sabiduría, no dejó de advertir cómo se le iban los ojos tras las parejas femeninas, en especial tras Clara –que ya había recobrado su aspecto natural aunque no el gesto– y Julieta Romeo. Julieta, que según El Figura era tan inocente como espontánea, llamaba la atención tanto por su disposición a la alegría como por su descuido en el decoro, lo que generaba multitud de malentendidos y situaciones apuradas de las que su honestidad, si bien siempre salía triunfante, lo hacía a costa de dejarse pelos en la gatera. La habilidad de esta muchacha para enseñar sus apetecibles carnes o perder la ropa en momentos delicados sólo era superada por su bondad natural, que todos apreciaban con gratitud.

Singapur, cuya sonrisa cubierta por el fino bigote negro del labio superior se beneficiaba tanto de ese aditamento como de una dentadura deslumbrante, cortejaba a Julieta, que se dejaba, con un brío masculino que era la secreta admiración de todos. Maduro, en cambio, prefería repantigarse al lado de Julieta en cualquier sofá y, apartando con estudiado descuido su larguísima bufanda de colores ocre y piedra, peroraba con la mirada melancólicamente perdida en el vacío y en el escote de Julieta alternativamente. Las esposas de la cuadrilla desmentían de palabra la atracción que ambos varones despertaban en su coquetería y los esposos se embebían a marchas forzadas de aquel curso de seducción acelerado. El dilema estaba en la elección de Julieta, que, por una parte, cargaba de morbo la situación, ya de por sí excitante, y por otra estaba creando un

clima general de sensualidad que amenazaba desbordar los cauces naturales de la amistad y convertir aquello en una orgía de deseos cruzados.

Pero la cosa acabó de manera impensada la vez en que Mateo Perdiz, consumido por los celos, retó a Singapur en duelo, quien, muy caballerosamente, se negó a aceptarlo y aguantó con exquisita educación los improperios que le dirigió Mateo y, por último, cuando Perdiz se salió de sus casillas, se limitó a retorcerle el brazo con benevolencia. Entonces Arturo Maduro, al observar el agradecido, casi lacrimoso embeleso con que Julieta contemplaba la caballerosa actitud del venezolano, comprendió que había perdido la partida. Maldijo a Mateo Perdiz, que a su brazo retorcido hubo de unir las hirientes palabras con que le fulminó su maestro literario, y para cuando los presentes quisieron darse cuenta, Rolando Singapur y Julieta Romeo habían desaparecido de escena.

–Estos latinoamericanos son la hostia –comentaba filosófico El Figura–. ¿Pues no se la ha trincado delante de las narices de todos nosotros?

–Por culpa de Mateo –dijo Bonafé rencorosamente–. Le ha regalado a la chica con su intervención; y el otro, que es un vivo, no ha dejado escapar su oportunidad.

–De eso nada. Había hecho un trabajo de campo extraordinario. Justo premio.

Arturo Maduro se recogió con aire displicente la bufanda.

–Mis jóvenes amigos –empezó a decir antes de interrumpirse estudiadamente para encender un cigarrillo–, no debéis confundir el aprecio con el deseo. Entre una y otra orilla nada una muchacha en flor. ¿Adónde se dirigirá? Y vosotros, ¿dónde la esperaréis? Yo ya soy lo suficientemente viejo como para sentarme a esperar en un claro del bosque. Si la doncella aparece, yo me brindaré a acompañarla a su hogar. Si no, me deleitaré con el rumor de la foresta. Pero ahora no ha sucedido ni una cosa ni la otra, sino que ha sido raptada por un galán aprovechando el aturdimiento que él ha sabido despertar en ella. ¿Cómo? Este joven cazador –dijo señalando al compungido Mateo– ha levantado la pieza y la ha echado en sus brazos. ¿Por qué? Por su impaciencia y su falta de autodominio. Un bocado tan apetitoso, y lo es, lo reconozco, a mí mismo me ha tentado en algún momento, no se debe perder de vista por una trifulca. Quién sabe si ese ladrón de corazones no habrá subrepticamente provocado al cazador para aprovecharse de la refriega con el fin de asestar el golpe de gracia a la conquista que ya tenía medio dominada. Yo hubiese podido contrarrestar ese acto artero, bien es verdad, aun a costa de comprometerme personalmente, pero en honor a la juventud de ustedes he preferido dejar que el agua corriera por su cauce natural, sin desvíos, que su curso quedara a la vista de todos; esos pechos turgentes, ese vientre voluptuoso, esos muslos jugosos, esos pies de ninfa... esa agua cálida, esa promesa explosiva, ay, ese agua ha corrido, vaya si ha corrido. Una corrida tumultuosa, espasmódica, violenta, ardorosa, retumbante, culminante, extasiante... aaagh –dijo y quedó tendido de lado mientras los demás le observaban impresionados.

Al cabo de unos minutos se incorporó y aclaró:

–Hay veces en que no puedo retener mi imaginación cuando rezuma. Es el sino del artista.

Y al cabo de otro minuto:

—¿Creéis que se la habrá llevado a la cama?

El incidente no pasó de ahí y dos días más tarde Rolando Singapur volaba a Caracas para iniciar un nuevo culebrón. Nadie consiguió sacar una palabra a Julieta, salvo, quizá, Clara, porque eran uña y carne, con lo que el morbo adquirió proporciones extraordinarias que volvieron más apetecible que nunca a Julieta. Se la veía rozagante y descuidada, pero tan inflexible como de costumbre, de modo que todo se quedó en excitantes especulaciones. Clara, entretanto, había empezado a levantar cabeza y, de la noche a la mañana, quién sabe si por el benéfico ejemplo de Julieta o por su propia capacidad de superación, el caso es que resurgió de sus cenizas, recobró el color y las carnes y al poco todo el mundo se hacía lenguas de lo buena que estaba ella también. De hecho, ambas empezaron a salir juntas, lo mismo a un mitin que a una obra de teatro vanguardista. En esos casos, no muy frecuentes, quien ejercía de canguro era el propio Andrés, que no ocultaba su contrariedad, pero tampoco quería ser tachado de machista.

En fin, que las aguas bajaban bastante más turbias de lo que cabía esperar en las relaciones entre Clara y Andrés. Las cosas no dichas, las conversaciones no celebradas, los silencios apoyados en la pereza... son hechos muertos que, como piedras, van llenando el saco que un día ha de romper la espalda de quien lo carga. Convertido en costumbre, no se advierte que su peso va en progreso hasta el momento fatal. ¿Llegaría ese momento fatal para nuestros héroes? Las elecciones de 1982, en las que los socialistas obtuvieron la mayoría absoluta en las urnas, levantaron los decaídos ánimos de una mayoría que optaba por poner el cambio en las manos de una generación nueva, una generación a la que también pertenecían Clara y Andrés y sus amigos. Había un espíritu festivo e ilusionante que parecía abatir los últimos restos de la maraña tejida en torno a un país que, convertido en bella durmiente, aguardaba rodeada de espinos en su urna de cristal a quien viniera a besarla, y la idea de que un príncipe socialista fuera el elegido le dio la vuelta al cuento. Era, ciertamente, un príncipe de otra generación. Los viejos hidalgos, la tradición bienpensante, los antiguos próceres y las rancias señoras, todos ellos modelos de ignorancia y altivez, comparecieron en las urnas corridos y desconcertados, mascullando imprecaciones, imaginando la ansiada catástrofe que diera al insolente país su merecido castigo. El matrimonio civil de la princesa y el príncipe usurpador se convirtió en un hecho consumado que no tenía vuelta atrás.

Y justamente el ambiente jubiloso del país fue lo que relajó a nuestra pareja, a lo que contribuyó en no poca medida la presencia de unas niñas que empezaban a tener una participación extraordinariamente activa en la vida de sus padres.

II

*The soul, he said, is composed
Of the external world*.*

Wallace Stevens

Mi suegra me recomendó que hablase con mi madre. Me dijo: «Habla con tu madre cuando pase un poco de tiempo; es por tu bien». Sí, porque yo estaba tan furiosa con mi familia que no hablaba con ellos desde que fui a pedirles explicaciones sobre el chico Zárate. «La familia es la familia por mucho que tú te empeñes en alejarte. Ya lo comprenderás cuando pienses en la tuya propia.» Esas advertencias, cariñosas, sí, pero entrometidas, nunca te hacen gracia, sobre todo porque suenan a consentimiento, a echar responsabilidades fuera del círculo afectivo más cercano, a convertir asuntos trascendentales en minucias del hogar. «Hija, ¿y qué querías que hiciéramos, que nos llevasen presos a nosotros también? Tu hermana y tú erais muy pequeñas...» Los problemas de conciencia de mi madre sólo tenían un referente: ella misma, y eso lo justificaba todo. Pero a mí no dejó de llamarme la atención que la tía Asunta me animase a hablar con mi madre. Pensé que había una connivencia entre ellas para empezar a limar asperezas y lo hubiera seguido pensando de no haber acabado por descubrir la astucia de mi tía. Sí, ella sabía muy bien por qué me empujaba a hablar y, sí, estaba de acuerdo con mi madre, pero no como yo creía, por una connivencia entre ambas, sino por un acto de delicadeza que sólo contemplé en su verdadera dimensión cuando al fin hice caso de su consejo y, a regañadientes, me dispuse a hablar con mi madre.

Coincidió –ahí sí que hubo cálculo en mi tía– con una visita que mi madre le hizo a ella aquí en Madrid. De hecho, mi madre ya se había ofrecido, ante mi preocupación y el horror de Andrés, a venir a pasar unos días con nosotros so pretexto de ayudar con las niñas, lo que reconozco que nos hubiera venido de perlas aunque no al precio de darle cobijo en casa. De hecho, aquella vez, primero acepté y luego tuve que retractarme por Andrés. Ya entonces me debería haber mosqueado la insistencia de mi madre, pero yo no tengo esa infalible intuición de la generación de nuestras madres sino otra bien distinta, es el sino de los tiempos. Nunca más insistió en venir a nuestra casa; todo lo más, hacían mi padre y ella un viajecito de dos o tres días coincidiendo con asuntos de él o se escapaba ella sola en el tren a casa de mi suegra, para ir de compras, como solía decir; y yo la recibía en casa, claro, como visita; muy cariñosa, pero visita. Gran alegría de las niñas, la abuelita, los regalos, bla, bla. Todo ideal.

Y yo tendría que haber supuesto lo que estaba pasando, pero entre mi ensimismamiento, primero, y la ruptura que produjo el descubrimiento de la historia del chico Zárate, después, ni me olí el trance en que se encontraba mi madre. Y el caso es que bastaba con hacer una comparación elemental para

deducirlo.

Uno de los problemas que han tenido los matrimonios tradicionales españoles, los que han estado a la sombra del nacionalcatolicismo, como lo llama Luis Bonafé, es que cuando ascienden socialmente, son los hombres los que medran, mientras que sus mujeres se quedan en lo que eran. El hombre que ya a sus cincuenta años ha pasado de lucir el pelo de la dehesa a convertirse en hombre de mundo (por decir algo) se encuentra de pronto con el éxito social y una esposa provinciana e ignorante colgada del brazo. Una esposa que no sólo no luce sino que, además, avergüenza. La esposa puede ser mansa, pero no suele ser tonta y se da bien cuenta de la situación. Ella es la primera que se avergüenza, que se encuentra en inferioridad cuando hay que acudir a los actos sociales, pero está ahí, no hay forma de esconderla y ella lo sabe y lo sufre, cada una a su manera, mi madre con la resignación y el aguante aprendido y la falta de carácter para sacar partido de la situación, cobrar y largarse a vivir su vida. Ésa es la madre que me encontré, que me he encontrado. Vino a Madrid dispuesta a soportar toda clase de reproches por mi parte con la esperanza de poder colocar su historia; pobre mujer, no tenía con quién desahogarse; al fin y al cabo, mi hermana es de otra generación, y aunque repite el esquema, sabe defenderse en el mundo de su marido y no está dispuesta a hacer el papel de mi madre; tiene otros recursos, otro temple, otra base.

Mi madre vino sólo a pasar un fin de semana. Imagino lo que debió de ser para ella esta visita: una hija que estaba de uñas, un yerno nada complaciente, unas nietas que iban a ser su único apoyo y dos días justos para tratar de colocar su drama. Vino vencida y ésa fue, paradójicamente, su suerte, porque en seguida percibí que estaba más sola y perdida que una cría de gorrión en mitad de la calle. O tal vez hizo de ello su única arma, y no se lo reprocho: ¿qué otra cosa podía hacer si estaba indefensa?, piar esperando que yo me apiadase de ella. Andrés escondía malamente su fastidio y, además, yo no le había contado apenas nada de la historia del chico de los Zárate, él se enteró por su cuenta. Todo era un lío fenomenal y estábamos a un mes de las Navidades.

Las niñas agradecieron la visita y la adularon, la chantajearon, la acapararon y la hicieron feliz. Han sido quienes, inocentemente, le han ofrecido el apoyo emocional que necesitaba para soportar una situación que de entrada pintaba muy difícil. Lo que me asombra es el equilibrio que ha sabido guardar entre la necesidad de explayarse y el cuidado en las formas. ¿De dónde sale la fuerza necesaria para sostener la violencia que hubo de infligirse para no romperse delante de nosotros? Yo sólo tengo una respuesta: que estaba luchando por su vida con la misma intensidad con que lo haría cualquiera que se ve acorralado entre la espada y la pared. Ella lo estaba al extremo entre la realidad y su vida fingida. Porque mi madre, como tantas otras, ha hecho del fingimiento una forma de vida, pero no por una hipocresía asumida sino porque ése es el único modo de sobrevivir que le han enseñado y al que de pronto un viento cambiante deja al desnudo, sin una mala prenda con la que cubrirse. La constante vida fingida sólo es posible aprendiendo a ser ciego al dolor propio y ajeno, lo cual es imposible de soportar porque no hay alma simple que, de entrada, aguante ese peso sobre sus espaldas; ese peso,

llevado con la obstinada constancia de un animal de carga uncido al yugo de la obediencia, sólo se alivia en los humanos con un rencor que, paso a paso, se transforma en esa funesta alegría que llamamos maldad.

La de mi madre era la imagen misma de la fragilidad cuando entró en nuestra casa. Hasta el mismo Andrés se dio cuenta de que no llegaba la suegra impositiva sino una mujer vencida y mansa. Así que yo no pude por menos de sentir un ramalazo de compasión ante quien creía que venía a ocupar un sitio que reclamaba como derecho de madre. Mi rechazo se redobló precisamente ante esa representación, que me pareció de entrada otra cara del fingimiento hasta que algo ¿la famosa intuición? me hizo sospechar con fundamento que la visita tenía un fin bien distinto. Hay padecimientos que son imposibles de ocultar aunque una sea una virtuosa del disimulo, y el suyo lo era porque el desamparo estaba a la vista en su actitud, en sus gestos, en el mismo brote de ternura con el que superó el miedo que traía dentro, miedo a la hija que les había echado en cara su pasado, miedo a la hija a la que habían decepcionado de manera abrasadora. Cuando empezó a hablar por fin, me vino a la cabeza una imagen literaria: carne indecisa. Eso era lo que ella ofrecía, no traía otro equipaje.

Ahora está ahí, en el cuarto de las niñas, despierta aunque pretende que yo no me dé cuenta, oyéndome o quizá sólo sintiéndome aquí en mi cama, junto a Andrés dormido, cada una sabiendo que la otra está con los ojos abiertos en la noche velando su incertidumbre y sus miedos mientras pasan las horas a la espera de que llegue aquella en que los pensamientos, agotados, cedan al sueño. ¿En qué estará pensando ella? Estará repitiéndose lo mismo, dale que te pego, con la conmovedora insistencia del débil, como si temiera que el vacío fuera a apoderarse de ella y a disolverla en un ataque de pánico. Mamá no piensa mucho, más bien se repite las cosas queridas una vez y otra para convencerse de que están ahí; tiene que ser agotador, una tortura. ¿Cuánto tiempo lleva así? Es seguro que mi padre la engaña: con la secretaria, con alguien del partido, con alguna *groupie* de todas estas movidas políticas, señoritas de compañía, en fin, el mundo del macho triunfador. El paso del tiempo se la ha llevado por delante, la sumisión de la familia al jefe es total. Y, paradójicamente, la última agarradera, el clavo ardiendo, lo constituye la hija que se escapó a hacer su vida lejos de lo que antes era el lugar seguro y ahora es un infierno cercado.

Cuando te encuentras así con tu madre comprendes que la vida ha cumplido la vuelta que te deja sola a merced de ti misma. Quizá por eso en este desvelo vienen a acompañarme escenas de mi vida de niña, escenas donde mi madre era mi madre y el mundo estaba bien hecho a pesar de todas las extrañezas que acompañaban mi ingenuidad. Beatriz ya me plantea cuestiones que revelan una sorprendente atención a las contradicciones de la vida e incluso del carácter, pero su padre y yo, su hermana y esta casa (y, ahora mismo, la abuela) seguimos siendo la medida del mundo. Sí, estoy sola, a merced de mí misma, con todos los frentes abiertos y una irreprimible intención de seguir consolando a mi madre; a mi manera, no a la suya, la que ella desea en realidad, pero consolarla; se conformará, se verá muy aliviada, al menos de momento, hasta que el regreso deje paso a la cruda realidad de su

desamparo y de sus miedos y entonces volverá a llamar a mi puerta y... no sé, la verdad, no sé qué haré. No puedo dejarla sola.

¿Sabrían los padres de Andrés la historia de mi padre y el chico de los Zárate? ¿Lo sabría el tío Cadavia? No dejo de sentirme engañada, no dejo de sentirme como si hasta ahora todo el mundo me hubiera tratado como una niñita a la que hay que proteger de los males de la existencia. ¿Lo sabría Andrés? Pero no, yo le he contado a él alguna vez mi imagen del ángel, mi ángel, y si él hubiera sabido algo me lo habría dicho. Lo ha sabido ahora, me dice, y confío en él. No como mi hermana, diciéndome que no era un príncipe sino un ángel que estaba muy triste porque había perdido las alas y no podía volar. ¿Lo creía de verdad o me estaba protegiendo a instancias de mi madre? Más que la crueldad me espanta la cobardía y aquel día ambas vergüenzas se juntaron en una imagen doble: el ángel que no podía volar y la niña que lo miraba sufrir.

Ay, mamá, quién te iba a decir que ahora estarías aquí tratando de recomponer la sensación de sentirte a salvo que tuviste entonces. Quizá la conciencia te doliera esa noche tanto como te pesa en ésta.

–Hija, ¿qué podíamos hacer entonces? Por menos mataban a la gente.

–Sí, mamá, por mucho menos; por un simple chivatazo, por ejemplo.

–Es verdad, es verdad. Tú no tienes idea de las barbaridades que se hacían entonces.

–Sí, mamá. ¿Quién las hacía, mamá?

–Todos, hija, todos. Era la guerra.

–Hasta en la guerra hay gente decente, mamá.

–Qué sabrás tú, hija mía, que eras un alma inocente cuando pasaba todo aquello. No tienes ni idea de lo que hemos sufrido.

–Otros sufrieron más. Otros murieron como perros.

–¿Es que tendríamos que haber muerto nosotros? ¿Qué sería de ti y de tu hermana?

–No, mamá, no hace falta morir para ser valiente. ¿Te he contado lo de mi ángel?

–No, hija, ¿qué es eso del ángel? ¿Tu ángel de la guarda?

–Sí. Debí haberlo sido, pero murió como un perro.

La pena de Clara se fue mitigando. Incluso recibió a su madre en casa, lo recuerdo bien, y no hubo escenas, como si hubiera echado el cierre a aquella desgraciada historia del hijo de los Zárate. Es verdad que las relaciones con su familia siguieron siendo frías, pero ya antes eran distantes, lo fueron desde que dejó a la familia para venir a estudiar a Madrid porque las diferencias de carácter eran evidentes y son las que dieron lugar a la elección. En cambio, lo que a mí me preocupaba era otro asunto: desde la noche aquella en que nos encontramos a Cuchi y a Rolando Singapur en el club de jazz empecé a sospechar que si no había habido una relación sexual entre Rolando y ella (más que nada porque Cuchi estaba con ambos y difícilmente le hubieran burlado, salvo connivencia impensable en aquel momento), la tuvo que haber posteriormente. En un principio me despistó el encontronazo con la familia a cuenta del hijo de los Zárate, pero luego, meditando, empecé a pensar que no se había ido sola o que el galán venezolano se había desplazado tras ella, aprovechando la necesidad de consuelo que un depredador tan experimentado como él no dejaría de rastrear. A todo eso lo acompañaba la extraña tardanza de Clara en volver y la escasa comunicación que hubo entre nosotros dos durante su ausencia.

No deja de tener gracia el asunto, visto hoy. Miro a Clara, que sigue paseando por la playa al borde del agua. La distancia la embellece de otra manera que cuando está cerca, ahora parece casi una muchacha alada, que apenas pisa el suelo al caminar descalza con las sandalias en la mano, esbelta y grácil, una figura que se recorta contra el atardecer aún luminoso, una figura que anda consciente de hallarse entre el mar y la tierra, entre la luz y el espacio y que sin duda percibe el placer de estar viva y sentirlo y lo expresa en la alegre ligereza que desprenden todos sus movimientos, en esta hora en que el verano se recoge sobre nosotros después de habernos dado lo mejor del día. Me encanta observarla de esta manera, es una de las varias formas de felicidad que disfruto ahora que la vejez se ensaña conmigo.

No es que yo quiera presumir de viejo sino de haber vivido, que es todo lo contrario, pero ya que no puedo recuperar a mi cuerpo del estrago del tiempo, que al menos mi alma se beneficie del presente. Ni siquiera ahora dejo de sorprenderme al comprobar la importancia de la incidencia del punto de vista en el juicio a las cosas. Ahora me importa bien poco la existencia de Rolando Singapur, que ha de estar convertido en una grotesca variante del viejo verde, pero he de reconocer que entonces me llevaron los demonios por el camino de los celos. El centro de toda mi indignación estaba puesto en el hecho de que una mujer como Clara se rindiera a un milamores de cabeza hueca, un guapo de película, un ignorante supino. ¿Es que una polla de fama puede nublar todo entendimiento? Reconozco que me exasperó y le deseé interiormente todas las desgracias: la lepra, la impotencia, la desfiguración, la calvicie... y no pude pasar de ahí porque era cinturón negro de judo y ni en pandilla hubiéramos podido darle una lección; aún recuerdo cómo salvó a Juan de Septiembre de una paliza entre borrachos.

El paso siguiente fue que empecé a odiar a Clara en silencio y, a la vez, a hacer el

amor con ella de una manera furiosa, agresiva y constante, una auténtica reivindicación de la vagina frente a la amenaza del guapo que la dejó exhausta y encantada. Un tormento para mí porque lo disfrutaba y al hacerlo redoblaba mis celos, que a su vez me obligaban aún más; en fin, aquella situación era una especie de círculo vicioso en movimiento cuyo epicentro se situaba exactamente sobre el foco del orgullo herido. Todos nosotros, los jóvenes contestatarios del franquismo, sosteníamos el principio de las relaciones libres, lo considerábamos una conquista racional. Nunca fue sino una excusa para convencer a las chicas de que se acostasen con nosotros. No me cuesta reconocerlo hoy porque los hechos acabaron iluminando la turbia realidad mejor que cualquier lucubración sobre el sexo libre. Aquella mezcla de sinceridad y malicia, de doblez y necesidad, escondía una inmadurez que todavía lamento. No es un lamento hipócrita, no es resignación tampoco; es un verdadero pesar por el tiempo perdido, por la inocencia abrasada.

Andrés siempre ha creído que yo vine a Madrid porque no soportaba la vida de familia o, simplemente, porque quería salir de una estrecha vida de provincias. No es cierto. Yo vine a Madrid por él, vine a Madrid porque era el hombre de mi vida y no tenía la menor intención de perderlo. Lo que no quita para que la vida de provincias me pesara tanto como para fortalecer mi decisión de ir a buscarlo. Es una tontería remolonear ante un deseo que tienes claro, pero hemos tardado tanto en casarnos por ser demasiado quisquillosos. Si algo te interesa, hay que ir por ello. Por esa misma vía tuvimos dos hijas. Andrés habría preferido discutirlo, valorarlo, meditarlo, en fin, todas esas argucias que se utilizan para no tomar una decisión; son vacilaciones que en realidad quieren decir: «Toma tú la decisión». Entonces la trampa está tendida porque si sale bien él tuvo la generosidad de complacerme y si sale mal es culpa mía. Típica conducta masculina ante la que no cabe más que hacer lo que a ti te parece bien y afrontar el resultado o dedicarte a titubear con tu pareja en espera del Santo Advenimiento. En la actitud de reserva de Andrés hubo siempre algo que no diré que es cobardía, pero que se le parece tanto que sólo un ingeniero de almas sabría distinguirlo. Es, como dice Fabio Bertoldino, una forma de miedo a la responsabilidad; que luego no resulta tal porque gente como Andrés, a hechos consumados, reacciona con una responsabilidad emocionante; pero a hechos consumados. Fabio Bertoldino es uno de los amigos más recientes, más amigo mío que de Andrés porque vino por mi lado, a consecuencia de mi trabajo de *freelancer* editorial al que parezco estar condenada, pero los dos lo apreciamos de veras. Es poeta y muy bueno y, como tal, vive de la función pública en un servicio de publicaciones de la Comunidad de Madrid. Al contrario que aquel majadero de Arturo Maduro, tiene verdadero talento y respeto entre los suyos y va a su aire, lejos de toda vanidad. Claro que la falta de vanidad, como me confesó una vez, lo que esconde es un orgullo satánico. «Pero –le dije yo– eso es bueno para un escritor.» Bertoldino es un ingeniero de almas aunque esa titulación suele corresponder más bien a los novelistas. Yo creo que es un poeta más dramático que lírico, por encima de todo ama a Shakespeare. Claro que un día en que estábamos hablando de poesía y Mateo Perdiz, muy puesto él, abogó por la poesía de la comunicación frente a la poesía del conocimiento, Fabio le soltó con brusquedad un: «¡Qué poesía de la comunicación ni qué niño muerto! ¡Para comunicarse ya está el teléfono!».

Así que, sí, vine siguiendo a Andrés, que se había ido mucho antes y lo mismo se daba al olvido, aunque el tío Cadavia tratara de tranquilizarme sobre las virtudes del anillo mágico. De hecho, fue el tío Cadavia quien me dio el último empujón. Él estaba ya en Madrid y siempre he sospechado que debió de percibir que la magia del anillo se debilitaba porque me avisó: «Si vas a salir de casa no te demores porque el príncipe se aventura cada vez más lejos del castillo». Qué gracioso el tío Cadavia, con sus esoterismos y sus mundos de fantasía. Yo creo que fui y soy la única verdadera confidente de su mundo ilusorio; al fin y al cabo cada uno se acoraza como puede contra el mal de la vida con el bien de su imaginación. La realidad es el peor enemigo del tío Cadavia.

Yo digo que Andrés es el hombre de mi vida porque sé que no voy a encontrar a nadie mejor con quien pasar una vida juntos. La verdad es que llegas a conocer a gente muy interesante, muy atractiva, hombres que tienen un tirón que te desarma, pero es muy raro dar con alguien que te provoca la certeza de que siempre estarás bien con él, para lo bueno y para lo malo, como te dicen al casarte. El amor es una cosa bastante misteriosa, mucho más fuerte que la pasión, que la amistad, que la buena convivencia, porque tiene de todo eso pero es distinto de todo eso. Yo no sé explicarlo con palabras sino con el sentimiento. Bertoldino dice que el sentimiento es tan poderoso como la inteligencia, que ambos se nutren mutuamente, que una conciencia sin sentimiento no es una conciencia sino una ley seca y árida, que la inteligencia sin él es pura esterilidad. Y yo lo creo.

Yo sé que Andrés y yo estamos atravesando por un período difícil. Hago la cuenta y son doce años los que llevamos juntos, los suficientes para saberlo todo cada uno del otro. La tradición dice que es a los siete años de casados cuando se produce la primera crisis. Nosotros la tuvimos con el embarazo de Beatriz, que nos alejó un tanto debido a que las actitudes de cada uno fueron opuestas: lo que a mí me producía seguridad a él le llenaba de dudas, de hecho le parecía una intromisión en nuestra forma de intimidad y apoyó su actitud en lo que aquel embarazo tenía de azar, de descuido, en lugar de decisión en común. Reconozco que tenía razón, más razón de la que él suponía porque por mi parte no hubo tanto descuido como por la suya. Lo que pasa es que la exigencia de un acuerdo común era engañosa porque Andrés no se hubiera decidido nunca por sí solo. Y la crisis pasó, y lo hizo porque el amor es, en efecto, algo misterioso y nosotros nos queríamos, nos queremos, incluso ahora que las aguas bajan revueltas y cada uno tiene su pequeño secreto escondido. Pero sea como sea yo confío en que el amor es más fuerte que las ocasiones que nos distancian, más fuerte que los errores que se cometen tan a menudo, incluso más fuerte que la ilicitud y la mentira o, mejor dicho, la ausencia de verdad. También el amor está lleno de sospechas, de sombras, de encuentros que provocan vértigos, de vértigos que te asoman al abismo. ¿Quién no necesita asomarse al abismo para luchar por su vida? Lo mismo sucede con el amor. Los riesgos hay que tomarlos, la verdadera fuerza amorosa es la cuerda que te sostiene sobre el abismo hasta que vuelves a sentir la tierra bajo los pies y regresas al lugar amado.

Sí, yo vine a Madrid a estudiar para estar cerca de Andrés y no me arrepiento. Fue un arranque de heroína de novela. ¿Pero no lo fue acaso desde el principio, desde que el tío Cadavia me llevó a depositar el anillo? La historia pertenece al rey Carlomagno, que fue encantado por la doncella que le puso el anillo bajo la lengua, pero en este mundo carente de las hazañas de los tiempos heroicos no hay encantamiento que tenga lugar ni magos prodigiosos sino tipos tan tiernos, maravillosos y extravagantes como el tío Cadavia. El viejo Merlín hoy sería un chalado, un infeliz, un motivo de risa y escarnio en un reino de ignorantes y de cínicos. A veces Bertoldino me recuerda a Cadavia, hay en los dos una especie de sabiduría propia del tiempo de los mitos, cuando la historia de los hombres se expresaba en forma poética. Sí, definitivamente, los poetas siempre tendrán aquí

un lugar al que venir a cantar sus hermosas canciones tristes y alegres.

Invierno de 1982. Bertoldino y Andrés caminan por el Paseo de Rosales en un día gélido embutidos en sus abrigos. Los coches circulan en dirección a la Plaza de España y el Palacio de Oriente. Ellos dos son los únicos paseantes, aparte de una mujer de edad que tira de un perrito cubierto con una manta y el portero de uno de los edificios, que barre la acera con parsimonia. El cielo gris y los árboles sin hojas acentúan la sensación de frío.

–La pandilla, o lo que fuera aquello –dice Andrés–, se ha disuelto prácticamente. Si acaso, nos vemos como te veo a ti ahora, de uno en uno. La vida nos divide.

–Es natural, el ámbito de trabajo, la vida familiar... Los intereses cambian.

–Más valiera que no. Yo me siento, cada día que pasa, más inútil. De lo único que dispongo a cambio es de estabilidad económica.

–Y afectiva –puntualiza Bertoldino.

–Sí. La familia y todo eso. No es suficiente. La vida es más grande que la familia; yo tengo familia, pero no sé dónde me hallo, ésa es la verdad.

–Bueno... eres un tipo inteligente, un buen profesional del Derecho, una persona estimada, tu mujer es todo lo contrario de una esposa adocenada, las niñas adoran al padre, es decir, a ti... y tienes amigos, de uno en uno, pero amigos. El otro día, en la fiesta de *Cambio 16*, os vi bailando a Clara y a ti con verdadera envidia, daba gusto veros evolucionar en la pista entre tanto patoso. Por un momento pensé en esas parejas de cine que se deslizan por la pista con una elegante agilidad que los distingue en seguida del resto de bailarines, que atraen las miradas de la gente, y me dije que estaba contemplando a una pareja encantadoramente ensimismada y feliz.

Andrés deja escapar una sonrisa.

–Siempre nos ha gustado bailar, siempre se nos ha dado bien, y tienes razón, bailando nos abstraemos, entramos en otro espacio que dura lo que dura una pieza; pero luego viene otra, y otra... es una propiedad de felicidad personal –Andrés medita unos instantes antes de seguir hablando–. Tampoco es suficiente.

–Nada es suficiente. Lo cual no debería incordiarte. Entiendo que me incordie a mí, que soy un perseguidor del absoluto. Tú no tienes esa pretensión. Lo que me pregunto ahora es qué le pedías a la vida; no, mejor dicho, qué pretendías hacer con tu vida.

–Estoy perdido, Fabio. Perdido, confundido, extraviado. Supongo que es un problema de falta de alicientes. No sé qué hacer con mi cuerpo.

–No sabes qué hacer con tu persona –replica Bertoldino–. Esto se llama crisis de contingencia; en tu caso, la confusión te la provoca el hecho de estar ya encarrilado por un camino que se te hace tan ajeno como interminable. No ves futuro, no encuentras alicientes, tu familia no te basta o, dicho en tu favor, no quieres encerrarte en ella. Lo que te digo, una crisis de contingencia; eres lo que eres y ya no puedes retroceder, empezar de nuevo, cambiar de camino.

–Triste sino –murmura Andrés.

–No tan triste. El problema es que ahora, ofuscado porque no ves, quizá estás desdeñando lo que eres.

–¿Un jurídico de la Banca? ¿Un semiexperto en coleccionismo de obras de arte? No tengo profesión, soy un producto de las circunstancias y de la carrera de Derecho que, como decíamos entonces, tiene tantas salidas como oficios se conocen en este país, desde fontanero a cobrador de autobús. Estoy donde estoy no porque lo haya buscado sino por... no sé cómo llamarlo, por indolencia, por azar. Tú tienes una vocación y una dedicación consecuente; yo soy un producto de necesidades inmediatas: comer, alquilar un piso, fundar una familia... sobre todo fundar una familia... Es una obligación decisiva.

–Sí, reconozco que ser un poeta soltero tiene sus ventajas, pero también soy un funcionario, que es exactamente lo opuesto al riesgo. Ya sé que lo compensa el estro, pero comer, dormir o descansar forma parte de mi vida en la misma medida que de la tuya.

–Mi problema es que he agotado mi capacidad de sorpresa, de entusiasmo.

–No puedes decir eso con respecto a Clara o a tus hijas. Tu problema no son ellas, que pueden depararte sorpresas y entusiasmo de muchas maneras si estás abierto a ellas. Tu problema es que no empleas tu persona de acuerdo con tus deseos, hasta el punto de que has debido de perder de vista los deseos mismos. De ahí procede tu confusión.

Un golpe de viento repentino agudiza la sensación térmica de frío y los dos amigos se suben las solapas de sus abrigos. Andrés echa una mirada a la acera de enfrente, arriba y abajo, en busca de algún lugar donde cobijarse.

–Aquí cerca hay un local muy inglés que se llama Mr Pick wick y yo creo que ahora que está cayendo la tarde es muy posible que ya haya abierto. Está un poco más atrás, en la esquina de Marqués de Urquijo.

–Vamos allá.

Mr Pickwick es un pub de dos plantas, recogido, con mesitas y sillas bajas en los dos niveles, varios rincones íntimos y una diana de dardos. En el centro de la primera planta hay un cubículo cuadrado, una especie de quiosco abierto a tres lados y coronado por un tejadillo de madera del que cuelgan boca abajo, a lo largo de su perímetro, unas hileras de copas. Debajo está la barra. Uno de los lados abiertos da a un entresuelo o segunda planta al que se llega por un tramo corto de escalera, y si uno quiere quedarse en la barra de ese lado tiene que ocupar uno de los dos bancos corridos tapizados de cuero que hay en los extremos. Más allá hay unas cuantas mesas a lo largo de las cristaleras que dan a la calle. En la pared del fondo del quiosco se alienan botellas boca abajo con tapón expendedor y medidas de estaño para cada clase de servicio alcohólico. Los dos amigos toman asiento en los taburetes de uno de los laterales y se acodan en la barra acolchada.

–Estamos de enhorabuena –dice Bertoldino evidentemente satisfecho.

–*Carpe diem* –contesta Andrés alzando su copa.

–Tu comentario me parece muy a propósito de lo que estábamos hablando mientras nos quedábamos helados ahí afuera.

–Mi confusión.

–Tu confusión. Dime, ¿alguna vez has tenido alguna certeza sobre lo que querías hacer con tu vida?

–No lo sé. No lo recuerdo.

–Eso es imposible. Piensa. Sueños de juventud. Un tipo como tú no puede haberse abandonado a la inanición desde el principio.

–Quizá... –Andrés deja la respuesta en el aire–. Cuando entré en la Universidad acariciaba la idea de hacer teatro. No de interpretar obras –se apresura a anunciar ante el gesto de sorpresa de su amigo– ni de dirigirlas, sino de producirlas, de ser un magnate del teatro, por así decirlo. Pero eso no es una profesión sino una fantasía.

–En este país, sin duda –afirma Bertoldino–. Sí que es una idea extraña. ¿Te gustaba ese mundo?

–Sólo por lo que había visto en las películas. En realidad, ser el jefe de todos en ese tinglado farandulero, incluso de un circo, estar metido en ello moviendo los hilos, proyectando espectáculos... Sí, me parecía fascinante.

–El espectáculo humano.

–El espectáculo humano de todos los figurantes, del equipo en sí, el movimiento, el empuje, la maquinaria de poner en pie una ficción que cada día crea una ilusión de realidad maravillosa, el apagar las luces después, hasta el día siguiente, la puesta en pie de un entretenimiento, en definitiva. Todo el mundo quiere ser el intérprete, el director, el escenógrafo incluso... Lo que yo quería era ser el productor, el que levanta el tinglado, del que todos dependen, el que decide crear la fantasía, el hombre en la sombra sin cuyo concurso nada es posible. En fin, eso no es una profesión sino un problema de carácter.

–De carácter. Tú lo has dicho. Ése es el quid de la cuestión.

–¿Te parece?

–Tú eres un jefe, Andrés, no un subordinado. Ahí está la raíz de tu insatisfacción. Andrés le contempla con cautelosa expectación.

–No puede ser tan sencillo –dice al fin.

–Nada es sencillo. Un *haiku* es un artificio extremadamente complejo. La esencia es infinitamente compleja. La claridad es lo más oscuro que existe...

–¿Qué puedo hacer yo?

–¿Cómo quieres que lo sepa? Si no lo sabes tú, ¿quién lo sabrá por ti?

–Tengo treinta y siete años. No es edad para empezar a plantearse qué hacer.

–Quizá lo que debas plantearte es qué no hacer.

–Brillante respuesta, nada útil. No puedo dejar lo que tengo y no tengo adónde dirigirme.

–No digo que tengas que abandonar tu trabajo o cambiar de profesión, pero se me ocurre que quizá el primer paso fuera salir de ti mismo. Quizá tu problema no sea tu dedicación sino el modo en que te has ido aislando de lo exterior. El alma, dice Wallace Stevens, *is composed of the external world*.

Andrés Delcampo medita unos instantes.

–Sí –dice al fin–, es verdad que me he apartado del mundo exterior, que estoy encerrado en un escenario de vida pequeño y eso es insano. Parece como si el espacio que se ha abierto en este país lo hubiera hecho lejos de mí. No sé si es pereza o indolencia lo que me ataca, pero es cierto que vivo apartado de lo que

sucede, no porque no esté enterado sino porque no participo en modo alguno. Supongo que eso es lo que se llama perder las ilusiones.

–Las ilusiones, si me permites una opinión, se pierden por decepción o por desesperanza, que no es tu caso. Ni estás decepcionado ni desesperanzado; lo que has hecho es abandonarte al curso de la vida sin plantearte la posibilidad de dirigirla. Hay gente de la que se dice que se le va la fuerza por la boca; bien, en tu caso y buscando un símil, yo te diría que tu energía está intacta mientras te dejas llevar por la costumbre de un sueldo, por la irrisoria satisfacción de las necesidades cubiertas. En tu afán por cimentar te has olvidado de edificar y ya va siendo hora de que levantes la cabeza y pienses y mires el espacio que pretendes conquistar. No te digo que pongas en riesgo lo que ya tienes, pero si es necesario, tendrás que aventurarte en lo desconocido apenas vislumbres el camino. Quizá haber hecho en su momento lo que Cortés con sus naves. Ahora es demasiado tarde para trazar la línea sin retorno, pero tampoco te ha llamado nadie por el camino de los héroes ni de las grandes hazañas. Sal afuera y atiende a lo que veas: allí será donde encuentres la señal de partida.

–Toda esta conversación me produce impaciencia.

–Lo estás. Vivimos momentos que, sea cual sea su verdadero alcance, ya son históricos. Nunca volverás a tener una oportunidad como ésta, nunca volverá a estremecerse este país como lo está haciendo ahora. No te quedes en la rutina ni en la vulgaridad, muévete hacia delante.

–Es verdad. Es verdad –dice Andrés profundamente conmovido.

El día de la muerte de mi padre el teléfono sonó de madrugada y desperté en mitad del frío, como si me alzara de una tumba. Clara no estaba en casa, tampoco las niñas, me había quedado solo ese fin de semana. Me vestí a oscuras porque no quise encender la luz. Me entró un temor absurdo a la habitación, a los objetos, no quería verlos. Salí a la calle oscura en busca de un taxi y no había ninguno, de manera que caminé y caminé manzanas enteras de calles en completa soledad hasta dar con uno. Sólo las luces de las farolas contra la acera de losas grisáceas ante las fachadas en sombra. Cuando llegué al hospital me esperaba mi madre en una habitación de la planta sótano, una habitación helada concebida para los muertos, donde sólo había algunas sillas alineadas contra las paredes desnudas cubiertas de azulejos blancos a la luz triste y seca de unos tubos de neón. En otra pequeña habitación contigua, separada por una cortina blanca, yacía mi padre, ya amortajado, blanco y consumido, seco de vida, una grotesca presencia de lo que había sido. Mi madre y yo nos quedamos sentados en dos sillas contiguas, cogidos del brazo con las manos entrelazadas, esperando a que amaneciera.

Al cabo de una hora apareció Cadavia acompañado por Juan de Septiembre y el poeta feérico. Cadavia estaba tan viejo que me dio miedo. Entró en la habitación contigua y permaneció un buen rato en ella. Luego reapareció aún más viejo, abrazó a mi madre largamente y se sentó enfrente de nosotros con sus dos amigos. Apenas si se murmuraron unas palabras cuyo triste y apagado sonido fue lo único explícito de ellas. Mi madre se había ocupado de todas las gestiones y sólo me avisó cuando terminó de resolver la diligencias con la funeraria. Yo la miraba de reojo, pasmado de ver cómo aquella mujer obedientemente enamorada de mi padre, fiel y cariñosa, había sacado al exterior sin un titubeo la verdadera fortaleza que tuvo en vida de él y que quiso poner siempre a su servicio, sin dar un paso por su cuenta. Recuerdo haberme preguntado si lo hizo por protegerme del primer impacto o por tomar la sucesión al mando de la familia, y en este caso, no por un prurito de poder sino como una obligación jerárquica. Por evitar que el silencio nos abrumase, hablamos de esto y aquello, especialmente Juan de Septiembre, de aspecto más descuidado que nunca, pero que tenía conversación para todo; el poeta feérico, esquelético tras su enfermedad, no abrió la boca, muy compungido. Los tres formaban un grupo que, más que transmitir compasión, movían a ella. Así pasó el tiempo, como una blanca pesadilla, hasta que Clara hizo su aparición después de dejar a las niñas con la amiga en cuya casa de la sierra pasarían el fin de semana. De toda esa larga escena donde imperaban la desnudez y el helor de la habitación, donde sólo la voz quebrada por los años de Juan de Septiembre y la educada voz de mi madre como respuesta rompían el silencio, me queda el recuerdo de la luz grimosa y la sensación real de que seres fantasmales caminaban arriba y abajo por los pasillos que adivinaba al otro lado de la puerta entreabierta.

Así estuvimos, esperando y llamando por teléfono a los más allegados, hasta que el furgón vino a recoger el cadáver de mi padre para depositarlo en el tanatorio y nosotros lo seguimos, todos apretujados en mi coche que conducía Clara. Me dio tanta pena colocar a mi pobre padre tras la vitrina donde quedaba expuesto que

salí a pasear un rato a la calle.

Era enero del 83, un mes muy triste para morir; aún con las Navidades a la espalda; en la calle hacía un frío pelón que, al revés del que sufrí en el hospital, venía de fuera adentro; y entre el humo del cigarrillo y el vaho de mi aliento paseaba envuelto en una nube como un espectro albar calle arriba y calle abajo, mirando a los coches que se apelotonaban impacientes ante un semáforo cercano, rumbo al trabajo.

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir.*

Los versos se deslizan por su mente junto con el recuerdo del padre, esas coplas que tanto amaba él, que tanto consideraba. El ritmo de las palabras que se suceden cadenciosamente le produce un sentimiento de dolor y resignación que inunda sus pensamientos hasta hacerlos irreconocibles del mismo modo que las lágrimas empañan la mirada del que se duele sin remedio, sin contención. ¡Cuántas veces no le había escuchado repetir los queridos versos a media voz, con esa dulce tristeza que a veces ponía él en sus conversaciones! Hablaron poco, pero hablaron en vida y ahora Andrés se aferra desesperadamente al recuerdo de su voz para que aún no se vaya del todo, para tomar tiempo y despedirse tan despacio como fuera posible sin detener el paso de las horas.

El frío le impide quedarse quieto y patea el suelo con insistencia. Clara emerge del interior del tanatorio y se une a él en la acera de la calle. Andrés la abraza y llora en su cuello, llora sin medida ni vergüenza hasta que la dureza que siente en el pecho empieza a aflojar. Entonces el frío se licua y vuelve a pensar con claridad.

*Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y llegamos
al tiempo que fenecemos;
así que cuando morimos,
descansamos.*

No se deshace del abrazo de Clara mientras recuerda la voz de su padre recitando los versos. No se dicen nada. Poco a poco Andrés desliza una mano a lo largo de su espalda y con una leve indicación corporal la empuja hacia delante; caminan juntos, cogidos de la cintura, como dos novios ateridos que se reconocen en la calle, indecisos, en pos de un abrigo para su negocio amoroso. Aún falta para que amigos y allegados empiecen a acercarse a dar el último adiós. Dentro han quedado Cadavia y sus compadres como guardia pretoriana de una madre a la que le cuesta un mundo mirar a la cara. ¿Por qué no quiere ver su rostro? No es culpa ni reproche ni miedo ni fantasma sino una dificultad semejante a la que se siente al tragar ante una situación lacerante. La saliva no acude, la glotis se cierra, los nervios se tensan. De pronto siente a su madre de un modo tan distinto, ha estado siempre tan habituado a reconocerla del brazo de su padre que la soledad que ahora transmite le asusta, no sabe cómo afrontarla, no sabe, en fin, cómo devolver la mirada de esos ojos de soledad con la suya propia. ¿Quién es esa mujer? ¿Qué es

lo que quiere? Él no teme a la figura de la madre, teme a la soledad que se está constituyendo en el interior de ella, para la que no tiene alivio ni criterio sino solamente una honda emoción, un amor explosivo, una desnudez extrema porque, de pronto, el movimiento de una pieza ha trastocado inesperadamente todas las posiciones de las demás sobre el tablero y qué movimiento ha de elegir ahora que no afecte a la vida, al amor, a sus hijas, al dolor y la pérdida irreparable, al vértigo entre la tierra y el cielo, al nunca jamás y a la fugacidad de las cosas hermosas. La alegría huye del cuerpo y deja en él posos amargos.

Tienen que regresar a la sala que les ha sido encomendada porque la madre está sola con esos tres bohemios de los que sólo conoce de verdad a Cadavia, el amigo leal de Baldomero. Sabe que vendrán sus amigos además de los parientes, los conocidos, probablemente los mismos que fueron cercenando las ilusiones de su padre, que habrá encuentros inesperados y reconocimientos emotivos, y con un esfuerzo se dispone a encararlos. Será un día agotador al cabo del cual volverán a casa y él estará deseando hacer el amor con Clara, solos los dos, por fin solos tras el día negro. Siente el cuerpo de ella al tacto de sus manos, la cercanía física de sus cuerpos, y sabe que ella está sintiendo lo mismo, pero antes han de cumplir con el deber de enterrar a sus muertos para que la muerte no les reclame su deuda.

*¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
Qué fue de tanto galán...*

La vida en el pueblo, la llegada a Madrid, el trasiego de la casa cada día, los festejos, las conmemoraciones, el río amado, la plaza donde abrevaban las caballerías, la niñita con el anillo de la mano de Cadavia y Clara surgiendo de las aguas, el sonido de las gotas desprendidas de su cuerpo, el rumor de la ropa al desnudarse en el remanso y el olor de las cañas... ¿qué fue de todo aquello que ahora se concentra en la mano que acaricia la cintura para templar el dolor de la pérdida y el asombro por el hueco que la vida deja en él? Han de volver con la madre para aliviar su vacío también, imaginar cómo va a ser la vida sin su hombre desde ahora, cómo a él su propia existencia va a seguir alejándole de su madre indefectiblemente y cómo pensar en las niñas sabiendo que esta escena se repetirá algún día para ellas porque la vida, esa fría dama inevitable, no distingue entre la felicidad y el dolor, no distingue entre unas personas y otras, entre el honesto y el criminal, entre el bien y el mal.

De vuelta al lugar que preside la madre, aún vacío de gente, Andrés es consciente, por primera vez, de que un sacerdote se encuentra junto a ella y le habla. Los tres bohemios han salido discretamente al patio interior al que dan las distintas salas. Clara se percata de la reacción de Andrés y tomándole del brazo le conmina suavemente:

–Déjalo correr. Tu madre cree en ese consuelo. No tienes derecho a arrebátárselo.

Andrés acepta y acude a sentarse junto a ella. No puede evitar echar una mirada torcida al cura, que la recibe con gesto humilde. La coge de la mano, sonríe y espera. Pronto empezarán a llegar los condolientes.

El 1 de enero de 1986, España entró a formar parte de la Comunidad Europea y Andrés Delcampo descubrió que era padre de una niña que se disponía a cumplir doce años y de otra de nueve. Hasta ese momento lo había tomado como cosa natural, pero ese año comprendió que había tres mujeres en su casa frente a él como único representante masculino. Luis Bonafé, que era padre de dos niños, solía advertirle de la responsabilidad paterna frente al paulatino crecimiento de la personalidad de los hijos y, sin embargo, el descubrimiento le llenó de asombro. Esos dos seres exigían sus derechos con decisión y entereza cuando él aún seguía instalado en la etapa del padre dominante que concede favores y recibe admiración. Y lo peor estaba por llegar: Clara se había incorporado de manera estable a un grupo de comunicación de amplio espectro para el que realizaba labores de traducción y *editing* y, aunque buena parte el trabajo lo efectuaba en casa, su presencia física era requerida muy a menudo. Todo lo cual requirió la entrada de una persona interna con la misión de hacerse cargo de la casa y las niñas, para desesperación de Andrés, que por nada del mundo deseaba tener un testigo de su vida íntima y familiar instalado en su casa. La primera interna se despidió a la francesa al cabo de dos meses llevándose unas bisuterías y un traje de Clara; la segunda perdió a las niñas en el Parque del Oeste por dos veces consecutivas, y la tercera, en cambio, congenió con ellas porque era casi una adolescente sin malicia cuyo único defecto visible, bien visible en realidad, era la ropa increíblemente apretada y descocada que lucía y que atraía al personal masculino como moscas a la miel, lo cual divertía enormemente a las niñas cada vez que las sacaba al parque; pero lo cierto es que ni perdió a las niñas, ni se despidió ni hurtó nada; al contrario, las tres se adoraban y se encerraban en el cuarto de ella para ver la televisión, charlar y jugar. La televisión conjunta fue abolida cuando las niñas empezaron a decir con frecuencia «qué bueno que viniste», «voy a hacer un mandado» y «hoy queremos para cenar filetes de carne molida». Pero lo que inquietaba a Andrés era la concepción del mundo procedente de los culebrones venezolanos que constituían la base del pensamiento de Clorinda, la interna. Un día las niñas le dijeron que un señor que ellas conocían de haber estado en casa era el protagonista de la serie favorita de Clorinda, que se emocionó vivamente al conocer la noticia. Cuando Andrés accedió a ver el póster del galán que adornaba la pared del cuarto de la muchacha, descubrió horrorizado que se trataba de Rolando Singapur. «¿No querías taza? –se dijo–. Pues taza y media.»

Bonafé era, como buen izquierdista impenitente, un padre tradicional. Los chicos tenían racionada la televisión y los juegos en pantalla al mínimo, prácticamente a los fines de semana. Además recibían instrucción moral y tenían siempre presente el hambre en el mundo y las persecuciones políticas. Frente a los suspensos de las niñas Delcampo, los pequeños Bonafé aprobaban todo y trabajaban duro para evitarse castigos, no siempre con éxito porque, si no, serían como Bonafé, unos forzados de la verdad y de la dialéctica. Andrés le reprochaba que no supiera verlos como niños y Bonafé contraatacaba advirtiéndole que sus niñas serían unas

frívolas si continuaba haciendo concesiones. A las discusiones asistían, con regocijo, Clara, y con un cierto aire de superioridad, motivado por su falta total de sentido del humor, Paulina Bonafé.

A Andrés, sin embargo, no dejaban de inquietarle tanto los celos que por partida doble (esposa e interna) le suscitaba el galán venezolano como la teoría de su amigo Luis de que hacerles la vida fácil y cómoda a los niños es criar futuros irresponsables incapaces de valerse por sí mismos. De modo que el crecimiento de las hijas, la probable venida de Singapur a Madrid –estaba seguro de que sucedería porque no creía en la casualidad– y el hartazgo de su propio trabajo, que le parecía una pérdida acumulada de tiempo y de calidad humana, lo empujaron a tomar una decisión que, como todas las decisiones de envergadura, a todo el mundo le pareció –incluido a él mismo unas semanas más tarde– un verdadero dislate producto de un cruce de cables: abandonó el banco en el que trabajaba, por propia voluntad.

–Estos niños de ahora carecen del sentido del sacrificio. Si no los atas corto, en cuanto algo les disgusta se revuelven contra en ti en lugar de asumir el esfuerzo que supone enfrentarse a la adversidad –repetía Luis constantemente–. Les estamos dando un mundo que nosotros no tuvimos y en vez de apreciarlo lo toman como algo que se les debe por el hecho de ser ellos. ¡Eso –finalizaba con verdadero énfasis– es lo que tenemos que evitar!

–Sí, pero yo me he quedado en la calle y sólo tengo dinero para unos meses –protestaba Andrés.

–Nosotros somos hijos de la frustración y mira adónde hemos llegado. Eso es lo que hay que aprender cuanto antes: el sentido de la frustración. Eso es lo que nos ha hecho fuertes –insistía Luis cargándose de razón–. ¿Cómo va a salir nadie adelante en este mundo de zozobra sin una fuerte autoestima? ¿Y de dónde sale la autoestima? ¿Del triunfo constante? ¿De la comodidad? ¡No, señor! Sale de un carácter templado en la dificultad y en la alegría a partes iguales. ¡De ahí sale! –a estas alturas del discurso se le saltaban las lágrimas de emoción.

–Si por lo menos hubiera provocado mi salida –decía melancólicamente Andrés– ahora tendría una indemnización pactada en el bolsillo. ¡Con lo que yo sé de lo que verdaderamente sucede en los interiores del coloso!

–Eso te ocurre por pasarte de honesto. Les has dado una lección –le animaba Luis.

–Yo creo que por pasarse de gilipollas –masculó Paulina, y Clara se echó a reír.

En fin, que, superados los momentos correlativos de euforia y depresión, Andrés se encontró metido en una especie de *horror vacui* que no le dejaba dormir por las noches. Ni siquiera la euforia por la entrada de España en la Comunidad Europea como miembro de pleno derecho, de la que era absolutamente partidario, le levantó los ánimos. «Justo ahora –pensaba– voy y me quedo en la calle como un panoli.» Y lo que contribuía aún más a su progresiva dinámica de exasperación–desesperación era la muletilla permanente de Bonafé lamentándose de que España hubiera tenido que pagar el peaje de entrar en la OTAN para poder entrar en la Unión Europea, una humillación contraria, además, al espíritu neutral y pacificador

que cabía exigir a nuestro país.

–Mira, Luis, no me toques más los cojones con este asunto; si el precio de meter a este país en Europa y en la Historia es afiliarse a la OTAN, yo lo pago a ojos cerrados. ¿Pero no te das cuenta, pedazo de zoquete, de que no hay proporción entre una cosa y otra? ¿De que es ahora o nunca otra vez? Entre la derecha haciendo campaña en contra, que hay que tener narices para asumir la contradicción, y la izquierda cogiéndosela con papel de fumar, yo no sé cómo hemos podido llegar hasta aquí, la verdad. Y lo peor de todo es que la tuya es una actitud provinciana, o sea, lo contrario de lo que supone integrarse en Europa; cateto, que eres un cateto.

–Posibilista, que eres un posibilista sin ideología –contestaba Bonafé lleno de resentimiento.

–La ideología es pragmática, producto de su tiempo, pero los principios son los principios. Ideología es, por ejemplo, hacer o no hacer la reforma agraria, o cómo hacerla, todo ello asunto variable según las circunstancias y los momentos. Principio es, en cambio, que no se debe torturar a nadie. ¿Ves la diferencia?

–Posibilista –insistía Luis.

–Vale, para ti la perra gorda –finalizaba Andrés aún más exasperado.

Pero si, como se dice popularmente, «Dios aprieta, pero no ahoga» (que otros proclaman como «Dios aprieta, pero no suelta»), la fortuna decidió no dejar de lado a Andrés y resolvió echarle una mano. Y se dice aquí la fortuna y no el esfuerzo, la formación o el padrinazgo porque es a ella a quien debe aplicársele con toda propiedad el mérito de la vuelta a la vida laboral del ya no tan joven Delcampo, colgado del destino con una esposa y dos hijas en un tiempo de cambios prodigiosos, revuelta de costumbres y vientos de bonanza.

Una mañana de marzo en la que Andrés Delcampo regresa a su casa dando un paseo después de finalizar los trámites para el cobro de la prestación de desempleo en una oficina del Inem, oye que alguien le llama y al escrutar la calle para ver de dónde proviene la voz que lo reclama descubre a Mendo Méndez que le hace señas desde un automóvil negro con chófer. Sorprendido, pues le había perdido de vista desde, por lo menos, un par de años atrás, se acerca al automóvil, sube a él a instancias de su amigo y se saludan efusivamente.

–Mendo, Mendillo, Mendicante... ¿qué es de tu cochina vida? –le pregunta muy contento Andrés.

–Olvídate de Mendo. Soy Rodrigo. ¿Te acuerdas cuando os dije que ése era el nombre adecuado? Pues bien, lo he cambiado, en el Registro Civil. Rodrigo Méndez. ¿A que parece otra cosa? Pues es sencillísimo: vas allí, pides el cambio y en un pispás eres otro. ¿Qué tal?

–Claro, claro. Conozco el sistema. ¿Y tu padre? Le habrá dado un síncope.

–No. El síncope le dio antes. Mi padre murió hace año y medio.

–Vaya. No lo sabía. Cuánto lo siento.

–Ni te molestes. Fue el mismo valentón jactancioso hasta el último día. Por cierto, que yo sí que siento lo de tu padre. Me enteré tarde y la verdad es que te llamé un par de veces, pero luego supe que habías cambiado de domicilio y ya me pareció que no era el momento.

–Sí. Fue bastante jodido, pero la vida es así. O, mejor dicho, la muerte.

–Bueno, hombre, cuéntame. ¿Qué tal te va en el mundo de la Banca? Forrándote, ¿no?

–Forrándose... la Banca. Lo que es yo, era un puto consultor jurídico hasta que me harté y los mandé a la mierda.

–¡Anda! ¿Y qué haces ahora?

–Pues vengo del Inem, de solicitar la prestación de desempleo.

–Pero, macho, ¿qué me dices? ¡Eso no puede ser! ¡Hay que buscarte algo inmediatamente!

–Sí, en eso estoy; a ver qué sale.

–Nada, hombre. Nada de «a ver qué sale». Déjalo de mi cuenta, que para algo estamos los amigos. Yo estoy en la política, como sabrás. Un momento importante y, ahora, con la entrada en Europa, no veas. El cielo abierto.

–Respecto de la política, ya sabes que me interesa mucho, pero como ciudadano, no como protagonista. He estado moviendo unas cosas por ahí, pero me encuentro a la espera. Sin prisas, algo angustiado de todos modos y en espera.

–Cuenta conmigo.

–Pues tú verás, porque yo no sé muy bien hacia dónde encaminar mis pasos. Acuérdate de las famosas miles de salidas profesionales de la carrera de Derecho...

–Sí: camarero, acomodador de cine, monitor de campamento juvenil, taxista, cobrador de autobús...

–Ya no hay cobradores de autobús. Cómo se nota que tienes coche oficial.

–Lo decía de coña, hombre. En fin, tú no te preocupes que yo me pongo en

marcha. Tengo muchos contactos y ya verás cómo encontramos algo de tu categoría. Lo que complica un poco las cosas es que no te decidas por nada en concreto, para darme alguna pista, quiero decir.

–Actividad y jefatura. Ésa es mi meta. Ni ser un mandado a las órdenes de un imbécil, porque para imbéciles ya me tengo a mí mismo y lo sé hacer de cine, ni una cosa sedentaria, atado al duro banco de la rutina. Por lo demás, lo que tú quieras ofrecerme excepto, te lo repito, la política activa.

–¿Tan malo te parece?

–No. Me parece muy bien... para el que le guste. Estoy seguro de que tú lo estás disfrutando. Pero yo sólo quiero ser un votante con conciencia política que se gana la vida fuera de las instituciones del Gobierno. Es una vocación, chaval.

–Entendido. E insisto, cuenta conmigo. Mira, yo voy aquí al Ministerio, pero tú sigues con el coche, ¿eh? Marcial –dice al chófer–, ahora cuando me deje, lleve al señor a donde él le diga.

–Muy bien, don Rodrigo.

–Pero qué suerte que nos hayamos encontrado –dice Méndez, exultante.

Cuando Andrés volvió a casa y me dijo, así de sopetón, que había colgado el trabajo, me puse furiosa, porque un asunto que afecta a los dos hay que tratarlo antes de tomar una decisión, pero en el fondo me alegré porque Andrés se estaba condenando solo, ésa es la verdad. De todos modos, se lo reproché y él, a su vez, me reprochó mi silencio respecto al viaje a casa de mis padres, la semana de silencio y el distanciamiento que se había producido entre nosotros a raíz de aquello. Vale. Tenía algo de razón y yo tenía la mía. La distancia era anterior porque... porque en toda pareja se producen altibajos, te guste o no. Lo que pasa es que era un período; no sé si el famoso de los siete años que dictamina la sabiduría popular respecto de las relaciones matrimoniales, el refranero y todo eso. En cualquier caso, Andrés no tenía más que un poco de razón y yo tenía motivos muy poderosos para mantener mi silencio. Se ha picado y sólo tiene un poco de razón. O sea, sí la tiene, pero no por lo que él cree.

Y ahora estamos con las niñas y la interna en un piso comprado hace sólo cuatro años, con una hipoteca a las espaldas que, afortunadamente, como Andrés pertenecía al banco, la conseguimos en condiciones ventajosas, con mi trabajo que es aleatorio porque sigo siendo una colaboradora sin contrato laboral y con un marido en el paro. Un plan ideal en esta España ideal que parece que todos están disfrutando menos nosotros. Bueno, y los fachas, pero éstos padecen por otra razón, no por problemas económicos. Y, sin embargo, casi agradezco la situación porque, del mal el menos, me parece muy buena para que Andrés se espabile. Quedarse en la calle con cuarenta y un años tiene arreglo y le va a hacer ponerse las pilas. Sí, porque la rutina del banco lo estaba matando y como en el fondo no le interesaba un pimiento su trabajo era evidente que se iba a quedar año a año en la mediocridad. Y Andrés no es un mediocre, ni mucho menos. No entiendo cómo se colgó del banco, en ese departamento jurídico que debía de ser de lo más sinsorgo. Andrés no se mueve si no hay alicientes y allí no quedaba uno, ni uno sólo, para ponerle en marcha. La única solución era la castiza del cohete en el culo y esta reacción lo es, y además viene de él, ha saltado desde dentro de él, eso es lo mejor de todo.

Cualquiera que me oiga va a pensar que estoy loca y la verdad es que la situación no está para hacer risas, pero lo que cuenta es el espíritu. Lo único malo es que Andrés no sabe muy bien qué es lo que quiere hacer y yo sé por experiencia que estar dispuesto a hacer de todo es como no valer para nada. Creo que voy a llamar a Casilda, porque su marido tiene muy buenas relaciones. Y también el novio que se ha echado Julieta, que es un millonetis que la tiene como a una reina, ni te cuento. Qué graciosa Julieta y qué lista. Toda esta panda de amigos de Andrés, casados y solteros, muriéndose por sus huesos y ella, nada, a su aire, encantada con todos, porque es un alma de Dios, pero a la hora de meterse en la cama elige con un tino que ya quisiera yo; primero aquel tío que se la llevó a vivir a Roma a cuerpo de rey y ahora éste, en Londres.

Y si toca la mala racha, ya vendrá la buena. Todo menos estar mustios y cabreados. Yo, desde luego, no le pienso dejar que se venga abajo y, además,

siempre queda un recurso infalible para levantar la moral; porque, por más que haya habido diferencias entre nosotros, y en lo que me toca no deja de remorderme la conciencia, la atracción física es la atracción física. Y de mí no puede tener queja, como yo no la tengo de él, en cuanto a la alegre fornicación; además de que no estoy nada mal para mi edad; sí, porque lo último que puede hacer una mujer es descuidarse. No sólo por él sino en muy buena parte por ti misma. Hay que quererse.

De quien Julieta debería acabar enamorándose es de Bertoldino, que vino a nuestra casa de mi mano, por el trabajo editorial, y se ha convertido en el tronco de Andrés. Lo que es la vida: yo poco menos que abandonando a mis amigas para incorporarme a su mundo y ahora resulta que su amigo del alma es mío. Bertoldino la podría tener como a una reina en lo personal y menos en lo económico, pero así como tengo a Andrés convertido en un semiadolescente confuso, el otro es un tipo sentado, maduro, consciente de sí mismo. No digo yo que lleve una vida apasionante en cuanto a movimiento, a acción, pero sí que tiene una manera de ahondar y pensar, de sacar partido a la vida, de ver siempre algo distinto en los asuntos de todos los días que, la verdad, estoy segura de que Julieta jamás se aburriría con él, cosa que sí le ha ocurrido con el ligue anterior y le acabará ocurriendo con el millonetis.

Lo que me preocupa es que Andrés se pueda perder en el camino. Es resistente, es duro, es inteligente, es sacrificado cuando hay que serlo, pero le falta claridad. No me refiero a claridad para ver las cosas, para enfocar un problema y tomar una decisión, sino claridad en el sentido de que no tiene una meta, no sé, una vocación, como se suele decir. Nunca ha querido ser nada concreto y todo lo que ha hecho en la vida ha sido para ganarse el pan antes que para su satisfacción personal. Andrés nunca ha sabido qué es lo que quería ser, a qué quería dedicarse profesionalmente. No es que haya mucha gente que lo sepa, pero sí que hay gente que se adapta a su trabajo y mejora. Lo de Andrés es desinterés y eso le perjudica porque siempre hay alguien al lado que está dispuesto a pelear por el espacio que tú tendrías que ocupar; para ocuparlo hay que tener brío y Andrés no lo tiene porque no le interesa lo que hace, ése es el gran problema. Por eso digo que es bueno y malo que haya dejado el banco. Bueno para él, que aún está en edad de pelear por algo, y malo porque si ahora no encuentra por qué pelear ya no lo encontrará nunca y a medida que vaya cumpliendo años se irá empequeñeciendo; eso es malo para él y malo para nosotras. Al fin y al cabo, su padre cayó en ese desánimo, aunque las razones de su abatimiento fueron otras que tienen que ver más con los ideales que con la falta de claridad. Lo suyo fue la decepción de un hombre que tenía convicciones y lo de Andrés es la falta de convicción en lo que hace o ha hecho hasta ahora. Así que voy a tener que sacudirle el polvo y empujarlo adelante, pero encontrar su sitio depende sólo de él. También es una cuestión de carácter.

Juan de Septiembre murió en invierno arrastrado a la tumba por una pulmonía. Estaba tan bajo de defensas que lo hubiera matado un simple catarro. Cadavia, desde la muerte de mi padre, ya no era el mismo, porque a pesar de haberse incorporado a la vida bohemia lo seguía visitando con asiduidad, protegidos ambos por las meriendas que les organizaba mi madre, y su ausencia le quitó media vida. Cadavia estaba viejo, ya lo vi el día de la muerte de mi padre; ya no salía tan a menudo, y nos veíamos menos; era Clara quien lo visitaba más, lo cual indicaba su decadencia porque antes era él quien nos visitaba a nosotros. Iba por casa de mi madre a pasar alguna tarde, pero lo hacía de tarde en tarde porque le dolía la ausencia de su amigo del alma. Con la muerte de Juan de Septiembre, el mundo se ensombreció en torno a él, y la mala salud de Palacius, siempre tocado desde que estuvo a punto de irse al otro barrio por causa de un enfisema, le llenó de zozobra. A pesar de ello, entendió que el poeta feérico decidiera volver a su Gijón natal, al abrigo de la familia. «En realidad se va para morir allí», me comentó un día, muy afectado. Ahora Cadavia no tenía a donde ir, sólo dos ángeles guardianes, mi madre y Clara, se ocupaban de que no muriese, él también, de pura inanición vital. Se encerró en sus estudios, en sus candorosas maquinaciones esotéricas; sin embargo seguía acudiendo al café donde siempre se reunía el trío en sobremesa y donde aún quedaban algunos conocidos que eran sólo eso: conocidos. Se acabó el traspase porque para andar de copas hay que tener correa y pandilla. De lo primero aún le quedaba algo porque recuerdo haber salido con él más de una vez, como recuerdo también el esfuerzo que tenía que hacer yo, saturado de noctambulismo a esas alturas de mi vida. Clara me animaba a salir con él de tarde en tarde; la esposa animando al marido a salir de copas: el mundo al revés. Claro que lo hacía por él, porque lo adoraba, y por eso, a su vez, le encargaba cosas como recoger a las niñas del colegio o venir a merendar a casa o a almorzar en domingo. Daba pena verlo así, encogido, a él, que siempre había sido la imagen misma de la ternura y del buen ánimo.

Por eso nos quedamos de piedra cuando se presentó una tarde de domingo en casa con Mabelle. Lo habíamos invitado a almorzar, pero él, extrañamente dicharachero según me contó Clara, anunció que llegaría a media tarde con una sorpresa. Y a fe que lo fue. Apareció por casa del mejor talante, hecho un pincel y acompañado por una veinteañera que se colgaba de su brazo con sospechoso encandilamiento. Era una universitaria francesa que estaba en Madrid recogiendo material para trabajar en una tesis sobre la represión de la brujería en el siglo XVI llevada a cabo (en Lapurdi, en los Pirineos atlánticos) por un juez fanático llamado Pierre de Lancre y pretendía compararla con el papel desempeñado en España por una persona racional como el inquisidor Alonso de Salazar y Frías, que llegó al tribunal de Logroño en 1611 provisto de un edicto de gracia, un año después de que juzgaran y quemaran a varias brujas de Zugarramurdi, y consiguió desmontar la superchería en 1614. Cadavia nos ofreció una lección magistral sobre el asunto y una alabanza fervorosa de la idea que condujo a Mabelle a hacer su tesis, puesto que Zugarramurdi y Lapurdi son fronterizas y las dos disímiles actuaciones del

juez de brujas y el inquisidor demostraban la diferencia entre el fanatismo tenebroso y la racionalidad de la búsqueda de pruebas. Y aunque le advertí de que su exposición pecaba un tanto de nacionalismo, esto no hizo sino envalentonarle aún más llegando a afirmar que con respecto a la Inquisición y la España negra, unos llevan la fama y otros cardan la lana y, si no, que nos molestásemos en estudiar los casos de Pierre de Lancre o del mismo Calvino, cuando nadie acusaba de negrura a Francia o a Suiza. En fin, que estaba eufórico.

No era para menos porque la tal Mabelle era una jovencita de cuerpo generoso y corazón ardiente y al viejo Cadavia era evidente que la sangre volvía a hervirle en las venas, razón por la cual nos abstuvimos de todo comentario que no fuera el de alabar indistintamente la prometedoras tesis de la chica, sus encantadoras formas y la indudable aportación que Cadavia podía hacer a su trabajo, que presumimos larga y fecunda. Luego, cuando se fueron, Clara y yo cambiamos una mirada que lo decía todo; pero si al menos la bella Mabelle sacaba a Cadavia de su particular descenso a la postración, lo sensato era apostar por ello aun sabiendo que el asunto tendría un final tan previsible como desastroso. «No tiene por qué –arguyó Clara, sin demasiado énfasis–. Cadavia no es tonto y sabe más de la vida que nosotros. Quizá él cuenta con ese final desastroso y ha preferido elegir. Sería un buen punto a favor suyo.»

La experiencia enseña mucho, pero es intransmisible. Lo vengo observando con Beatriz, que ya empieza a comportarse como una preadolescente con sus trece años. Y lo mismo vale para quien viene por debajo que para quien está por encima. Cadavia me dio buenos consejos y por cada uno que acepté rechacé veinte: es mi historia. De manera que yo no podía decirle que se anduviera con cuidado, que no se hiciera ilusiones, que, esta vez sí, practicara a conciencia el *carpe diem*. Si él no estaba dispuesto a verlo por sí mismo, poco podría hacer yo. Clara, en cambio, me preguntaba a menudo y, sobre ello, dejaba caer que quizá yo debería hablar con él, templar un tanto su entusiasmo, frenarle un poco para que no se precipitara pendiente abajo en un ataque de euforia. Ella, que era el carácter audaz, recogiendo velas ante una amenaza en el horizonte, y yo, hecho un escéptico, dejando correr el tiempo. «Ese puente ya lo cruzaremos cuando lleguemos a él», era mi consigna. «Ese puente no lo vas a cruzar tú sino él», me respondía Clara. Bueno, qué más da. Cada uno es responsable de su propia vida.

Quien sí estaba un tanto escandalizada era mi madre que, para peor, seguía en contacto con la familia de Clara y no pudo dejar de mencionar este suceso, lo que ocasionó el horror de los Zubia, que ya no podían esperar mayor descrédito tras lo que consideraron un abominable acto de rijosidad y una falta de vergüenza y del sentido del ridículo. Menos mal que el tío Cadavia tenía sus modestísimas rentas a buen recaudo porque, si no, estoy convencido de que le hubieran cortado el grifo, que es lo que más les gusta hacer a los bienpensantes. Lo curioso del caso fue que la madre de Clara trató de suavizar la indignación de la mía y estoy seguro de que en ello tuvo bastante que ver su propia experiencia al haber quedado fuera de juego en su propia familia. La esposa-estorbo, provinciana y fiel, se rebelaba así contra su propia condición y contra el hipócrita que mantenía a su amante porque

aún no se atrevía a dar el paso que acabaría dando: el divorcio, contra el que tanto había anatematizado desde su puesto moral y político en la sociedad; porque la derecha nacional, beata y farisaica, se rasgó las vestiduras ante la Ley de divorcio, pero una vez implantada, con la pragmática inmoralidad que la caracteriza, la utilizó frenéticamente para deshacerse de la carga del matrimonio y emprender una nueva vida montando carne joven.

Carne demasiado joven era Mabelle para Cadavia, pero éste, al menos, no se deshacía de nadie para disfrutar la de la muchacha. Además, era una especie de anarquista de la vida, no un catolicón de pega. Lo único que saqué en limpio de este suceso, que tuvo sus consecuencias, fue una incógnita que aún persiste: ¿cómo se organizó Cadavia su vida sexual a lo largo del tiempo, que no fue poco? De pronto me veía otra vez en ese limbo infantil que hace que, en el colegio, nunca nos cuestionemos la vida sexual de los maestros, de los curas principalmente, escondidos bajo sus sotanas, o de las monjas bajo sus hábitos. Julieta Romeo me confesó una vez que ella y sus amigas se preguntaban, con toda la ingenuidad de una niña pequeña, si las monjas tenían piernas, cuestión esta más terrena e imaginativa que la controversia sobre el sexo de los ángeles. Pues Cadavia, en cierto modo, se asemejaba a esa modalidad porque jamás le habíamos conocido, ni de oídas siquiera, mujer alguna con la que se hubiera relacionado. Y como eso no era posible, estuve tentado a menudo, desde que se presentó con Mabelle, de preguntarle por su vida sexual. Porque lo cierto es que a mí sí me había dado consejos, y parecían de experto; es más, lo eran, puedo afirmarlo por propia experiencia. El secreto se lo llevó a la tumba, pues el otro que podría habérmelo desvelado, mi padre, estaba muerto y, en cualquier caso, me habría dado una respuesta genérica, sin entrar en detalle. Lo gracioso del asunto fue que Cadavia, Mabelle y nosotros dos nos vimos con alguna frecuencia, como dos parejas amistadas que se reúnen o salen a pasar el rato de vez en cuando. Vivir para ver.

Ese mismo año Mateo Perdiz ganó un premio de novela de cierta importancia que, según Bertoldino, le iba a ayudar a situarse de una vez por todas en el bullente panorama literario español. Habiendo renunciado a Julieta Romeo por imposible (¿acaso alguna vez pudo ser posible?) practicaba la monogamia ventajista, consistente en cambiar de novia cada seis meses. «Así, cualquiera se hace monógamo», protestaba Bonafé. El pobre Bonafé aún no sabía bien, a estas alturas, por qué se había casado con Paulina. «Tuvo que ser una alucinación, macho», me confesaba contrito. Ahora mantenía a una familia, no acababa de decidirse a buscar una compensación extramatrimonial y mucho menos a separarse de su mujer. «Hay que aguantar. Es por los niños. Por lo menos hasta que cumplan los quince», decía el triste sin ver la batalla contra la adolescencia que se avecinaba.

Quien dejó de frecuentar nuestras vidas fue El Figura. Como era un culo de mal asiento salió de España, primero a Francia, luego a Suiza y, finalmente, a Italia. El Figura era lo que se llamaba un negociante, siempre que había algo que comprar o que vender, ahí estaba él mediando. Como no era un experto en nada se convirtió en un experto en relacionar propietarios con compradores y acabó por conocer a medio mundo en toda Europa. Pasaba tanto tiempo en el aire como en tierra y practicaba la libertad de costumbres con toda soltura. Lo sé bien porque su mujer y yo acabamos en la cama y ahí me enteré de que llevaban una vida muy movida en la que nunca faltaba lo que el dinero proporciona. Pero es que, además, El Figura era un amigo leal que sabía distinguir perfectamente entre amigos y conocidos, lo que compensaba en parte la faceta de tarambana que había ido desarrollando a medida que se internaba en el mundo de los negocios. El caso es que yo le debo mucho porque me sacó del agujero en el que me había metido cuando me despedí del banco. Él residía en Milán cuando recibió mi eseoese. Yo había empezado a tocar cualquier puerta que pensara que se me podía abrir y avisado a todos los amigos y gente conocida. Hubo muchas y buenas palabras, deseos sinceros, apoyos afectuosos, pero nada concreto hasta que El Figura me llamó por teléfono emplazándome a ir a verle sin dilación. Lo hice por pura corazonada y porque siempre había apreciado su lealtad. Allí, sobre el terreno, me propuso poner en marcha una franquicia para España de una empresa de diseño artístico e industrial radicada en Milán. Yo, además de mi inclinación cada vez más acentuada por el buen gusto, no tenía mayor relación con el diseño que la personal que me había llevado a adquirir algún mueble, lámpara o pieza similar para la casa y, en especial, debo confesarlo, un ataque de locura que me entró por la Poltrona Frau 904 que casi me cuesta el matrimonio, además de un dineral que no teníamos. La Poltrona Frau 904 sigue siendo mi bien máspreciado, ¡qué digo!, el símbolo de mis preferencias estéticas. Aún la conservo. Cuando la Poltrona Frau, la butaca más bella diseñada jamás, entró en casa le puse un altar: casi podría decir que no me atrevía a sentarme en ella; me encantaba mirarla, cambié la disposición del salón para entronizarla, la saludaba por las mañanas y esa tontería saciaba mi sentido de la posesión de un bien; la compré con el primer crédito que pedí en mi vida –aparte de la hipoteca–, gracias a un aval de mi madre porque, puestos a hacer el loco,

hacerlo a fondo. Y desde que la compré, comencé a sentir un melodioso amor por la propiedad privada que, hasta entonces, me había parecido simplemente un concepto utilitario. En fin, que todo este conjunto de coincidencias acabó por poner en mis manos la gestión y el desarrollo de la franquicia en todo el territorio nacional y me convirtió en un burgués acomodado y a la última. Sí, porque el dinero empezaba a fluir en España y a impregnar las distintas capas sociales y todo el mundo quería quitarse el pelo de la dehesa. Lo que en principio era casi un favor de El Figura acabó convirtiéndose en un emporio y una jugada de verdadero alcance, una magnífica interpretación del futuro inmediato del país, lo cual me arrogo. Llegué a Milán con el aire de «a ver qué cae» y, de repente, me alcanzó la visión de lo que podía llegar a ser la oferta de El Figura. Él me dijo siempre: «¡Qué ojo tuviste, chaval!», y yo le replicaba que no era un problema de ojo sino de formación. Había llegado nuestra hora, los viejos esquemas se iban al garete como la escuadra del almirante Cervera ante la armada norteamericana en Santiago de Cuba y el futuro sólo lo sabíamos leer nosotros, lo cual quería decir que el capital nos necesitaba a nosotros. Podríamos decir que así echó a andar la España socialdemócrata. Mucha agua ha corrido bajo los puentes desde entonces hasta ahora. Pero no quiero dejarme llevar por la nostalgia, me lo digo cada mañana al levantarme. Sólo me interesa la memoria.

Clara se ha alejado aún más por la orilla. Ahora es una figura llena de gracia al caminar, reducida casi al estado de silueta ante el sol poniente. Por los colores que viste parece una emanación de la playa y sé que pasea descalza, pero no alcanzo a distinguir las sandalias colgando de sus manos, cruzadas a la espalda. Todavía queda gente que apura el día espléndido y hay un ritmo lánguido, casi perezoso, de recogida: toldos plegados, mozos recogiendo las colchonetas de las tumbonas, los últimos gritos infantiles que se confunden con los de las gaviotas lo mismo que sus carreras con el correteo de las lavanderas sobre la arena. El sol descende y parece que retira suavemente la luz como si velara el espacio para hacer sitio al anochecer que ha empezado a apoderarse del ámbito de nuestro sosiego. Ha sido un día caluroso, henchido de luz, de mar calma, de color azul y oro, del frescor de la brisa venida con las olas breves y tímidas. Clara y yo estamos esperando, ella disfrutando de un paseo iniciado casi sin querer, por la pura atracción de la orilla, y yo aquí a cubierto y sentado, sintiendo ese cambio apenas perceptible del calor gozoso y lento a la llamada del primer golpe de frescor, que llega como una bendición para certificar que el día ha sido hermoso y tolerante.

Esta beatitud física es también una presencia amorosa. El bienestar de la tarde está unido a esa figura que se aleja como un pájaro airoso por el borde del agua, yo estoy sujeto a ella por la vista y ese hilo invisible asienta la hora, el espacio, el lugar y mi propio cuerpo; es una especie de amplitud pagana dependiente de la diosa, una comunión a la que pertenezco como una parte más, discernible, pero inimaginable sin el resto. ¿Cómo he llegado aquí? Es una vida entera la que me ha traído hasta aquí y por alguna parte un geniecillo malo me susurra al oído: apura la copa que representa al destino. Sí, es cierto, he tenido que venir hasta aquí para poder contemplar la vista en su totalidad, pero eso supone haber quemado casi todas mis reservas. Toda una vida que culmina en un estado de contemplación donde el destino está cumplido. Una vida como precio. ¿Merecía la pena?

El 87 fue el año que Andrés denominó «de los diecinueves»: en España, el 19 de julio la banda terrorista ETA hizo saltar por los aires el aparcamiento del supermercado Hipercor en Barcelona con un saldo final (en esta clase de operaciones calculadas hay que hablar de saldo, positivo o negativo, depende de la intención final del criminal) de 21 muertos y 40 heridos, todos ellos ciudadanos que estaban de compras en ese local comercial; y el 19 de octubre, que fue posteriormente conocido con el sobrenombre de «lunes negro», el índice Dow Jones sufrió la mayor caída de su historia desde el crack del 29, inicio de la Gran Depresión, que arrastró una pérdida de más de 500 puntos. Pero Andrés estaba eufórico. La primera tienda-exposición de la franquicia Divino Disegno se abrió en Madrid en el otoño de ese mismo año con un éxito espectacular debido, hay que decirlo en su honor, a la campaña de lanzamiento que planificó basándose en la experiencia de la casa madre a partir del momento en que cerró el trato con los milaneses. Andrés, que no estaba acostumbrado a entusiasmarse con su trabajo, comprendió que acababa de encontrar su camino en la vida.

El paso de los años había herido de muerte el corazón de la antigua pandilla de amigos. A medida que cada uno se va abriendo paso en la vida, creando o no una familia, los lazos se van aflojando. De las viejas reuniones nocturnas en la casa de los Delcampo ya no quedaban ni los rescoldos. Si Andrés se veía con alguno, casi nunca era en pareja sino de hombre a hombre y con cita previa. La última vez que se encontraron casi todos fue con ocasión del premio a Mateo Perdiz y se celebró a la vasca, es decir, reunión sólo de hombres. Allí, Andrés pudo comprobar una vez más que, con la excepción de Bonafé, su trato con los demás había mermado considerablemente; no faltaban la alegría ni el buen entendimiento, pero, salvo los temas generales, no tenían mucho de que hablar entre ellos. El Figura pudo acudir entre viaje y viaje; en cambio, no hubo noticia de Cuchi Mendina.

El buen ánimo de Andrés, por no hablar directamente de excitación profesional, le había hecho entregarse en cuerpo y alma al proyecto puesto en marcha y Clara, que no tenía un pelo de tonta, comprendió que, por el momento, su relación pendía de la intimidad personal y de la costumbre más que de la atracción física, que seguía existiendo aunque más espaciada, lo cual no era mala situación habida cuenta de que la época más pasional y arrebatada había durado lo suyo. Ahora ella estaba más cerca de una serena regularidad donde el cariño y el erotismo andaban por el mismo camino. Se preguntaba, como es natural, si la balanza volvería a desequilibrarse y por qué lado, pero no tenía queja. Andrés estaba tan embebido que apenas había asuntos que debatir entre ellos, ni la actualidad nacional ni aun el desenvolvimiento de las niñas. Las dos niñas, que adoraban a su padre, echaban en falta su atención y lo pagaban con la madre; ya se sabe que los niños siempre buscan en el entorno el chivo expiatorio y allí no había otro que Clara; sin embargo, la sangre no llegó al río porque Beatriz, en plena preadolescencia, empezaba a manejar las primeras zonas de su independencia; era la pequeña Marta la que más acusaba la dedicación del padre a su negocio. Por otra parte, los roces entre Clara y Andrés se hacían inevitables: la edad, la costumbre, las

manías... ya se sabe.

Retirado Cadavia como ángel bueno de la familia debido a su insensata y apasionada relación senil con Mabelle, retirada de escena la madre de Andrés, que se había organizado una vida razonablemente agitada para su edad en un club de viudas que se divertía viajando por el país, encerrada en su destino provinciano la de Clara con la excepción de alguna escapada a Madrid que no dejaba de ser lacrimosa a pesar de sus esfuerzos por molestar lo menos posible, los únicos verdaderos amigos de la familia Delcampo Zubia eran Bonafé y Bertoldino. El primero estaba lleno de problemas personales porque vivía amargado por Paulina, por su desconcierto ante los hijos y por la pesada carga de la familia de ella, pues es sabido que en los matrimonios quien arrima el ascua a su familia es siempre la mujer. El caso de Clara –debemos hacer este inciso– era una excepción que provenía, como sabemos, de un incidente que la llenaba de vergüenza y de rabia. Bertoldino era soltero, sostenía relaciones amorosas esporádicas que no le comprometían más allá de la satisfacción del deseo y disponía de tiempo, aunque su trabajo como funcionario ya no era como antaño, la época gloriosa de la jornada de ocho a tres consumida a base de salidas a desayunar o a tomar el aperitivo para relajar el ritmo de un trabajo ya de por sí bastante relajado. Bonafé se acercaba de vez en cuando a recoger a Andrés, si es que no estaba de viaje, para tomar una copa a última hora de la tarde, antes de volver a sus casas. Bertoldino, en cambio, solía dejarse caer por la casa al anochecer y a menudo se quedaba a cenar, cuando no aparecía incluso con una cena adquirida en algún establecimiento de comidas preparadas o, lo más común, con una bandeja de comida japonesa que siempre era acogida con entusiasmo. Era hombre frugal, de gustos refinados, pero no excedidos, por lo que podía permitirse esos lujos. Andrés aportaba los vinos porque la vida mundana y de relación a la que le obligaba su trabajo le había introducido en el mundo esnob de la apariencia: vinos, ropa, restaurantes, complementos... incluso, ya fuera ésa la razón, ya sólo una excusa, la imagen de directivo de empresa lo puso al volante de un automóvil que sustituyó a su viejo utilitario nacional por lo que en los términos de las revistas del motor se llamaba una berlina de representación. De momento, así quedaba cerrado el equipamiento de su nueva vida.

Sin embargo, la relación con Clara seguía siendo firme: porque ambos estaban acostumbrados a necesitarse y también por las niñas. Lo único que habían hecho era recolocar sus prioridades de manera que no afectasen al eje de la convivencia. El nudo de la costumbre estaba atado y si la vida exigía cambios, ellos no los afrontarían al modo de Alejandro Magno sino desatándolo para anudarlo de nuevo. Éste, reconozcámoslo, era el verdadero secreto de los dos: protegían su sentido de la armonía.

El cual, naturalmente, iba a ser pronto puesto a prueba. Pero aguardemos el momento sin precipitarnos en su relato.

Es un día de primeros de noviembre de 1989 dudoso entre el color gris de las calles que refleja el cielo y un sol albino que pugna por abrirse paso entre las nubes apelmazadas. El clima desabrido obliga a Andrés y a Luis Bonafé, que están sentados a la mesa de una terraza del Parque del Retiro próxima a la Puerta de Alcalá, a protegerse embutidos en su ropa de abrigo. Se han citado a media mañana y tienen ante sí sendas cervezas y un plato de patatas fritas.

–No sé qué voy a hacer –dice Luis apesadumbrado–. Me siento cogido en una trampa de la que no puedo escapar sin hacer daño.

–¿Daño? –inquieta Andrés.

–Si el daño fuera –prosigue Luis– a mi mujer, te confieso que, a estas alturas, tanto me da. No queda nada entre nosotros. Nada. Maldigo el día en que cometí la torpeza de casarme con ella. Pero están los niños, son más o menos de la edad de los tuyos así que te puedes hacer una idea de lo que supone para ellos la separación de los padres. Si no fuera por ellos... No lo soporto, Andrés, no puedo con ello. Puede que sea un débil o un sentimental o las dos cosas, pero no soy capaz de dejar a mis hijos.

–¿Te parece preferible hacerles vivir una situación de tensión constante en casa? ¿Qué ejemplo van a tener de lo que es una convivencia? Los puede dejar marcados afectivamente, ¿no lo comprendes?

–Mira, Andrés, tú sabes perfectamente que Paulina es una burguesita que quería sentirse distinta cuando íbamos a la Universidad pero que, una vez instalada en el matrimonio, con su casa y sus hijos y la querencia a su familia, sólo está interesada en su papel de madre entregada a la educación y el cuidado de los hijos. En este tiempo se ha vuelto una persona opuesta a mí en todo: en ideas, en costumbres, en intereses... ¡Si estamos llevando tanto al niño como a la niña a un colegio religioso! Tuvimos que organizar la primera comunión con todo el boato de los trajecitos, la catequesis, el convite... acuérdate. ¿Tú me ves a mí tragando con todo eso?

–Es que eres un pardillo, Luis, de verdad. Tanta ideología y tanta leche y no sabes distinguir entre una mujer conservadora y una mujer liberal. De todos modos, estos desvelamientos de personalidad oculta no se producen de un día para otro. Tú mismo lo has dicho: si te hubieras plantado en lo del colegio religioso no habría venido detrás lo que ha venido. Lo que pasa es que has ido cediendo terreno palmo a palmo y para cuando has querido darte cuenta ya habías regalado cientos de metros. Al invasor es mejor detenerlo en la frontera porque si le dejas entrar en tu territorio te costará el doble sacarlo de allí.

–No lo entiendes, Andrés. Eso vale cuando los contendientes somos dos, pero aquí hay inocentes de por medio.

–Los inocentes, mal que te pese, se adaptan. Un niño se adapta a todo, es una máquina de adaptación.

–Pero sufren.

–Claro que sufren. Y más que van a sufrir. Es la vida, Luis.

–Me parece de una frialdad horrible lo que estás diciendo.

–Te estoy diciendo lo que hay. Llámame cínico si eso te conviene. Hay que ver las

cosas como son, no como quisiéramos que fueran.

–No sé; a lo mejor tú también has cambiado.

–Por supuesto que he cambiado. Y tú.

–Yo no.

–Pues entonces, peor. Ahí está lo malo, que no has cambiado. Eres tú el que sigue pensando como antes, por eso eres tan cuadriculado. Sacúdete los años de lucha, ésos han terminado, ahora se enfrentan los problemas de otra manera.

–¿De verdad te parezco cuadriculado? –hay una nota de dolor en la voz y un gesto de decepción en el rostro de Luis.

–No. Perdóname. No he querido decir eso –responde confundido Andrés.

Entre los dos amigos se extiende un silencio. Ninguno parece tener ganas de hablar.

–Tienes razón –dice al fin Luis–, soy un pardillo, un infeliz, un tonto de remate. Yo tenía que haber visto venir a Paulina. No me preguntes por qué me casé con ella porque te juro que no lo sé, lo he olvidado.

–Perdona si me meto donde no me llaman, pero... ¿la relación física os ha funcionado bien, o sea, normalmente?

–Normalmente –Luis hace una pausa–. Antes más que ahora, que estamos muy distanciados.

–¿Eso de buscarse a todas horas, de follar con cualquier pretexto?

–Pues sí, fíjate, sí, exactamente hasta que se quedó embarazada.

–¿Y no tienes conciencia de haberla dejado insatisfecha?

–No. Lo habría notado.

–A las mujeres como ella no se les nota.

–Ahora sí estás siendo un cínico; y un falso. Yo te digo que cumplí bien y que ella se sentía bien. Fue con el embarazo cuando cambió todo.

–Pues dicen que el embarazo produce más apetito sexual.

–No en su caso –contesta Luis secamente.

–Vale, lo siento, tenía que preguntarte –Andrés le envía un golpe cariñoso con el puño cerrado.

–Tengo una completa sensación de desastre –dice Luis–. Una sensación de desmoronamiento. ¿Te das cuenta de lo que es volver a vivir solo día tras día? Yo a mis hijos los quiero mucho, Andrés, y eso de meterme en un apartamento alquilado a rumiarlo todo me angustia no sabes cómo. No creo que pueda soportar ese día a día esperando el fin de semana que me toca ver a los niños.

–Y viviendo en precario, porque me temo que Paulina te pedirá una compensación económica que te va a dejar a dos velas. La verdad es que es un infierno, pero algo tienes que hacer.

–La que no tiene que hacer sino esperar es ella.

–Hombre, si a ti te rompe los nervios la situación, igual se los puede romper a ella. Quiero decir que si tienes resistencia para plantear una prueba de fuerza, lo mismo cede ella, lo mismo puedes sacar alguna ventaja que mejore tu posición.

–¡Pero qué ventaja, Andrés, no seas novelero! Con eso no gano nada, sólo encabronar aún más la situación.

–Pues, en ese caso, elige entre la peste y el cólera. O bien haz lo que tantos padres: acepta salir del domicilio conyugal, rehaz tu vida y consigue un régimen de encuentros con los niños lo más favorable posible. A partir de ahí, eres tú el que ha de ganar la partida con ellos. O no ganar la partida sino simplemente de seguir manteniendo el afecto.

–Que te crees que ella no va a encizañar.

–Cuanto más dure esta situación, más quemada estará ella y más encizañará, así que resuélvelo cuanto antes, te lo digo con toda franqueza. Ten en cuenta que si malmetiese sería porque quiere venganza y si quiere venganza es porque no te perdona que no hayas tragado con su manera de ver la vida de familia. Entonces estaríamos ante un caso de intolerancia insoportable que te obliga doblemente a buscar la vía de escape o, si no, a rendirte con todas sus consecuencias. ¿Lo vas a hacer? ¿Te vas a rendir por tus hijos? ¿Te compensa?

Luis sacudió la cabeza con pesar:

–No, no me compensa. Sería lo mismo que tirar mi vida por la ventana, sería aceptar que todo aquello en lo que creo no ha merecido la pena, que he perdido los años lastimosamente.

–En realidad, lo que quieres es que todo esto no haya sucedido. Eso es lo que sientes ahora en el fondo de tu alma, antes de cualquier otra consideración. Pero es un imposible, Luis. Hay que seguir.

*

–En estos casos –dice Clara ante el relato de los hechos trazado por Andrés– lo primero que hay que hacer es distribuir las responsabilidades. No hay culpables puros.

–Eso no arregla nada.

–Nadie habla de arreglar sino de aclarar. Escucha, no es lo mismo enfrentarse ciegamente que ponerse de acuerdo sobre el reparto de responsabilidades. En el primer caso, no hay más salida que acabar haciendo sangre; en el segundo, en cambio, se pueden pactar acuerdos sobre la base de que ambos reconocen sus razones, pero también sus sinrazones. Es una cuestión de clima: o clima de cuchillos o clima de entendimiento.

–Teniendo en cuenta cómo ha ido ajustando Paulina el acorralamiento progresivo de Luis, mucho me temo que ella no acepte culpa alguna. Se ve como una víctima y le gusta esa imagen.

–Andrés, Paulina no es una arpía; es una chica burguesa normal y corriente, cosa que debió calibrar Luis antes de comprometerse con ella; una chica que cada vez entiende menos a Luis...

–A quien ella debió calibrar a su vez... –interrumpe Andrés con sorna.

–... que le parece un marciano o una especie de santo laico incomprensible.

–Pues ella es católica. Le tendrían que encantar los santos.

–Luis es un idealista y como todos los idealistas ve la realidad como le conviene. Es un pedazo de pan, tendría que ser un marido ejemplar y lo sería probablemente con otro tipo de compañera, pero yo entiendo que una mujer que sólo aspira a ser un ama de una casa lo más parecida a la de sus padres, en la que ella vivió toda su infancia y adolescencia, acabe distanciándose de un marxista-leninista como el bueno de Luis Bonafé. Ella, en el fondo, no ha salido aún de casa de sus padres y lo que ha hecho y buscado desde el primer momento ha sido reproducir esa casa en la suya. O sea, que aún no se ha ido mentalmente de la casa paterna.

Andrés se la queda mirando con admiración.

–No sabía que fueras tan buena analista de almas.

–Pues ya podrías haberlo descubierto, con el tiempo que llevamos juntos.

Ambos se sonríen.

–No vamos a empezar ahora a discutir nosotros, ¿no? –dice Andrés.

–No, hoy no estoy por la labor –contesta Clara; hace una pausa antes de seguir hablando–. Así que estás de acuerdo conmigo.

–Creo que está bien visto lo que has enunciado.

–Sería bueno, pienso yo, que se separasen temporalmente; es decir, de modo que evitase el roce continuo con Paulina, como una prueba, a ver qué siente ella también, que no es un monstruo, y pudiendo ocuparse él de los niños mucho más que en un régimen de visitas pactadas, incluso pasando por la casa. A lo mejor esa distancia ayuda a aclarar algunas ideas y, por lo menos, si todo tiene que acabar, que favorezca el que se haga de una manera no digo cariñosa, pero al menos civilizada.

–Yo creo que ella se siente ya ganadora.

–¿Ganadora de qué? Para ella quedarse sola es un problema muy serio y, si no es tonta, lo sabe. No me parece que sea nada grata la vida de una madre soltera, que es en lo que se convertiría.

–Puede volver con su familia, en plan acogida y ofreciendo nietecillos.

–¡Andrés, por favor! Ni son tan nietecillos, que ya van cumpliendo años y ocupando espacio, ni la vida que ella ahora es real. La vida que ella ahora fue, ya no es. Chocaría con sus padres –los cuales, por cierto, son bastante metiques– en unos meses y entonces empezaría un camino de conversión... ¡que lo mismo la devuelve a Luis, ahora que lo pienso! Mira, el tiempo no pasa en balde; por mucho que ella añore el clima de su vida de hija de familia, de eso ya no queda más que el recuerdo.

–Tal como lo cuentas, todo parece muy sensato, pero luego...

–La cuestión está en saber si Luis tiene la suficiente ductilidad y sangre fría como para manejar el asunto. Yo creo, te voy a ser sincera, que está hasta las pelotas y que ya no quiere ni pensar. Incluso puede que, en lo hondo de su alma, haya una necesidad de sentirse libre, pero como fue católico y pasó a ser un rojeras, la culpa lo tiene convertido en un penitente que no sabe cómo librarse de su sambenito. Yo ya no creo que se sienta culpable ante Paulina, él mismo te lo ha hecho ver; ante quien se siente culpable es ante sus hijos y, como es un responsable total, se ve impedido de abandonarlos. Ahí es donde está el quid de la cuestión.

–Mira que eres retorcida.

*

–El día en el que los socialistas ganaron las elecciones, lloré –dice Bonafé–. Así como lo oyes, a lágrima viva. Y tú sabes que yo no los había votado –Andrés hace un gesto de reconocimiento–, pero lo viví como si se hubieran vuelto a venir abajo las murallas de Jericó. Uno miraba atrás, veía de dónde procedía y lo que acababa de suceder, y no daba crédito. Ahí estaba, por fin, la España silenciada dejándose ver y oír de una vez. Recuerdo que estaba ante el televisor y, de pronto, entre la multitud que lo celebraba, vi a un hombre de indudable extracción social baja que gritaba a la cámara: «¡Hemos ganado los pobres!». Tengo esa imagen grabada en la memoria. Y ahora me pregunto si ganó algo porque creo que no y que la izquierda verdadera ha quedado arrinconada mientras la renta media del país sube como la espuma.

–El dinero y la solidaridad nunca han ido de la mano –dice Andrés–. A medida que nos hacemos ricos vamos perdiendo espíritu de apoyo mutuo; de ahí viene esa frase que tanto divierte a todos de que «contra Franco vivíamos mejor». Lo cual a mí me da pena y no me hace pizca de gracia, pero creo que por motivos distintos a los tuyos.

–Tú nunca has sido una persona verdaderamente comprometida y por eso puedes verlo con esa distancia. Yo estoy realmente decepcionado.

–Si te refieres a que no he militado en ningún partido como tú en el PC, tienes toda la razón. Yo no he sido lo que llamabais un «compañero de viaje». Pero he prestado servicios, ¿no?

–No te estoy haciendo reproches, hombre, no te piques.

–No me pico. Como decía Guillermo Brown, yo sólo quiero hacer constar un hecho.

–Vale. Déjalo. A lo que voy es a que otra vez la socialdemocracia nos ha hecho la cama. Es triste.

–¿No fue al revés? A ver si ahora me vas a decir que Martov puso en su sitio a Lenin, por ejemplo. O piensa en Alemania antes del nazismo.

–No me refiero a eso. Yo entiendo lo que de bueno tiene la socialdemocracia y acepto los errores cometidos en algunos casos, pero ésta que tenemos aquí es pactista y se ha olvidado de sus principios.

–¿Como abandonar el marxismo, por ejemplo?

–Por ejemplo, como abandonar el marxismo –dice Luis retador–. El marxismo ha sido la ideología que ha marcado el siglo xx. «Un fantasma recorre Europa.» «Todo lo sólido se desvanece en el aire.» ¿Recuerdas?

–De todos modos –contemporiza Andrés–, a mi parecer la diferencia entre Don Carlos y el camarada Ulianov es considerable.

–De la teoría a la práctica siempre hay desniveles; son dos áreas distintas, no te

hagas ahora el interesante.

–Sea como sea, no es ésta mi discusión favorita. Me asombra que sigas quemado por la renuncia al marxismo del PSOE...

–Y por la entrada en la OTAN... –incide Luis.

–Contra la que estuvisteis de la mano de la derecha... –replica Andrés.

–¿Ellos? Esta vez compañeros de viaje, qué quieres que te diga. No hay que temer a las extrañas alianzas concretas cuando la casualidad establece coincidencias en el camino.

Andrés Delcampo tomó aire antes de volver a hablar.

–Tu pesimismo viene de otro lado, me parece a mí.

–¿Ah, sí? ¿De qué otro lado?

–Del otro lado del telón de acero.

Se produce un silencio. La luz del sol ha conseguido atravesar la capa de nubes y unos tímidos rayos intentan alcanzar el suelo aprovechando el momentáneo adelgazamiento de la capa gris del cielo, que ahora aparece iluminada por un suave resol. El camarero se ha alejado del quiosco y echa una mirada disimulada a la mesa a la que se sientan los dos amigos. Andrés le hace una seña para que repita el servicio y el camarero se retira presuroso.

–Es muy bueno, muy bueno, que haya caído el muro; pero se equivocan los que creen que eso va a ser una solución a algo. Ahora están de fiesta; mañana, cuando despierten, descubrirán que sólo ha caído un símbolo –dice Bonafé.

–Me parece un poco cínico lo que estás diciendo.

–¿Tú crees que va a mejorar en algo la vida de los que estaban al otro lado? Dales un poco de tiempo y verás.

–Yo estoy hablando de libertad.

–Y yo, pero no a cualquier precio. Si la de antes era la hora de los carceleros, ésta es la hora de los lobos. Todo el Occidente capitalista va a caer sobre esos países. Menudo panorama.

–En cualquier caso, no es peor futuro del que tenían. Luis, desengáñate. Ya sé que cuesta mucho desprenderse de las ideas que han crecido contigo, pero todo se somete a revisión si no quiere quedarse obsoleto. Mírate, estás en un momento muy jodido: tu matrimonio, tu familia, tus convicciones... tienes que darle salida a todo a la vez. Ya es mala suerte que se concentre así porque te desarbola el barco entero, pero quizá la coincidencia no sea mera casualidad, ¿has pensado en eso?

–¿Quieres decir que cuando el edificio se raja se cae entero?

–Quiero decir que esa posibilidad hay que considerarla.

–Eso no me hace ganar nada.

–No hablamos de ganancias sino de realidades que demandan respuestas.

–No puedo tomar una decisión sobre mi situación familiar; no puedo, en serio; tendría que ser de otra pasta para romper el vínculo ahora. Y te digo que el vínculo indesligable es el de padre a hijo; ésa es una verdad como un templo –hace una pausa–. En cuanto a lo ideológico, me ocurre lo mismo que con los hijos: es el sentido de responsabilidad el que mueve la voluntad en mi caso.

–No se pasa gratuitamente de la Iglesia al Partido –dice, mordaz, Andrés.

–Es verdad, todos hemos pasado, por nuestra educación, de la religión a la revolución.

–Mal asunto.

–No. Un camino como cualquier otro. Hay una parte de fe que es necesaria para sacar las cosas adelante. La diferencia está en la localización del Paraíso; para unos, en el cielo; para otros, en la tierra; pero todos hemos soñado con él.

–Hombre, lo del cielo es duro de tragar, es bastante infantil aunque reconozco que es una buena imagen. De todas maneras, a quien le consuele, con su alma se lo monte. Lo de la tierra, ya lo hemos visto: el «hombre nuevo» socialista, a tomar por el culo. ¿Dónde estaba? Una entelequia. A los que no somos unos reaccionarios de cuño autoritario y caciquil, ¿qué nos queda?

–No cometas el error de enterrar el marxismo y escucha a la Historia.

–No te digo yo que no vuelva a levantar cabeza, pero no seremos nosotros los que lo veamos. Después de la experiencia soviética, no.

–Al menos a vosotros, quienquiera que seáis, os queda la socialdemocracia –dice Luis con retintín.

–Yo soy un burgués occidental, eso está claro. Me conformo con no ser intolerante, con defender la causa de la libertad, con ser de la *fraternité* si consigo despejar esa incógnita, y, si no, me conformo con la lealtad a unos principios. Y, en cuanto a la igualdad, la verdad, no creo en ella. Quizá en la redistribución de la riqueza, en la ley de las compensaciones... pero la igualdad... la igualdad es el infierno, otra forma de totalitarismo.

–Suen a justificación... –empieza a decir Luis.

–Suen a lo que soy –dice Andrés, terminante.

*

–Y tú, ¿nunca has tenido ganas de ponerme los cuernos? –dice Clara con aire divertido.

–Qué pregunta tan tonta, verdaderamente –contesta Andrés malhumorado.

–O sea, que lo has hecho –dice Clara.

–¿Que yo qué?

–Que lo has hecho. No creas que me sienta mal. Me sentaría fatal que te enamorasas de otra. La verdad es que te arrancaría los ojos si lo hicieras. Pero lo de ponerme los cuernos, vaya, se puede aguantar.

–Si no fuera porque la risa te salta a los ojos, pensaría que se te ha aflojado un tornillo. ¿A cuento de qué viene esto?

–A cuento de que llevamos mucho tiempo juntos. Dime, ¿tú me quieres?

Andrés se revuelve, se pone en pie, camina como enajenado de un lado a otro de la habitación y se detiene junto a la ventana, como invocando al espacio exterior.

–¿Qué clase de pregunta es ésa? ¿Cómo que si te quiero? ¿Qué pretendes? ¿Ponerme cachondo?

–Sí.

Andrés se adelanta hacia ella, la toma por la cintura, la besa, recoge su cuerpo doblado y se deja caer, abrazándola, en el sofá; se desnudan, se abrazan, la ropa vuela por los aires, él está empalmado y sin mediar palabra entra en Clara cuyo cuerpo se arquea al recibirle, se entregan el uno al otro con avidez absoluta, ciegos a todo lo que no sean ellos dos en coito, así respiran hasta que parece acabárseles el aire y luego se aferran en la calma que les va sobreviniendo poco a poco, deseada, mimada, extendida, acariciada sin apuro; es el tiempo de la deliciosa plenitud de los sentidos que se van deslizando perezosamente con su botín, del deseo saciado que, sin embargo, no se retira sino que queda murmurando su encanto en ondas lentas, en tregua, seguro de volver y acariciando el retorno cercano del placer como una promesa deliciosa y segura y una evidencia concluyente que ninguno de los dos cuerpos desmiente sino al contrario, porque de nuevo se enlazan, ahora con otro tiento y otro tacto, dispuestos a seguirse el uno al otro como la noche al día.

*

–Nosotros, que ya no somos los que éramos –dice Andrés.

–Entonces vivíamos de noche –dice Luis–. De noche, como dice el dicho, todos los gatos son pardos y se podía sobrevivir fingiendo que éramos libres; ahora, en cambio, que somos libres, todos nuestros defectos están expuestos a la luz del día.

–Tú siempre tan pesimista.

–Y tú tan optimista. El carácter debe ser el espejo de una vida y las nuestras son bien diferentes. Tú acertaste con Clara y yo me he estrellado con Paulina. Jugarretas del destino.

–¿Qué oigo? ¿Tú, viejo estalinista, creyendo en el destino?

–Yo detesto a Stalin, no empieces con tus bromas, no estoy de humor.

–No fui yo quien acertó con Clara sino ella conmigo. ¿Te he contado cómo me eligió sin mi consentimiento a instancia de Cadavia?

–Vaya, déjate de fantasías, estoy hablando en serio.

–Pues no lo creas, pero así ocurrió. Me pregunto qué sería de mí sin la intervención providencial de Cadavia. El caso es que di con la mujer de mi vida y eso es irrenunciable, salvo que seas un imbécil. Si hubiera sido como Cuchi habría tenido cientos de mujeres de las que disfrutar y a las que explotar incluso; ésa es la ventaja de no dar con la mujer de tu vida porque, cuando la encuentras, ¿qué puedes hacer sino quedarte junto a ella? Buena vida se ha dado Cuchi. Éramos íntimos, pero nos ha llevado por distinto camino.

–Me pregunto si será cierto todo lo que se dice de él, si de verdad es el crápula que conocemos o es todo fachada –dice Bonafé.

–Es un crápula –enfatisa Andrés–. Yo no lo trato y la verdad es que me desagrada. El que al principio era un juerguista se transformó en un farsante que vive del

cuento, un inmoral. Lo peor es que se ha castigado mucho y lo va a pagar caro.

–Qué vidas tan distintas, ¿verdad?

–Lo que me asombra es cómo se le rinden las mujeres. No quiero hablar mal del género femenino, pero esa manera de rendirse ante esta clase de seductores sin oficio ni beneficio me resulta inaceptable.

–Algo tendrá el agua cuando la bendicen.

–Filosófico estás, amigo Luis.

–Me parece que, en el fondo, siempre estamos hablando de nosotros mismos, Andrés. Lo primero que hay que preguntarse es qué esperábamos de este cambio de vida, de sociedad, de sentimientos... y si en realidad no esperábamos sino una entelequia que ni sabíamos verdaderamente en qué consistía. Esto se llama pagar la novatada. Ésa es nuestra principal causa de zozobra. Quizá antes de la llegada de la democracia estábamos esperando a los Reyes Magos y no a nosotros mismos, que somos los que teníamos que llegar. Una copita de anís y un pedazo de roscón en el balcón, los zapatos junto a la chimenea y a dormir, que mañana despertaremos.

–Hum –dice Andrés.

–A ti te va bien: Clara, las niñas, ese mundo del diseño en el que te has metido de cabeza y con el que te estás forrando.

–Me gusta, por fin. Pura gestión de la belleza, que diría un esteta. Y a ti también te va el diseño, confíesalo.

–A todos nos gusta lo bello, mira qué gracia.

–Yo que tú me tiraba a Julieta Romeo.

*

–Por cierto, ¿adónde vas en tu misterioso viaje? –pregunta Andrés a Clara.

–Es un asunto personal, pero no misterioso.

–Clara, yo creo que deberías decir adónde vas.

–Yo creo que deberías confiar en mí y saber que si no te quiero decir nada es porque tengo mis razones y porque prefiero decírtelo a la vuelta. Es una cuestión de confianza. La confianza se tiene o no se tiene, pero se demuestra teniéndola.

–¿Y ni siquiera aprovechando la efusión erótica que nos embarga...?

–¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? Andrés, no seas infantil.

–Pues no me piques la curiosidad. ¿A ti no te han enseñado a ser discreta?

–No pretenderás que te oculte un viaje, digo yo que te darías cuenta cuando vieras que no estoy en casa.

–No hay confianza. A estas alturas, con diecinueve años de matrimonio a las espaldas, no hay confianza.

–¡Diecinueve años! ¡Casi la edad que tenía yo cuando nos casamos!

–Tenías veintitrés.

–Pues más a mi favor: casi, he dicho. He dicho casi, ¿no?

-No desvíes la conversación. Yo creo que diecinueve años soportándote me dan derecho a una explicación de tu viaje intempestivo.

-Si me has soportado tanto tiempo, ¿qué te cuesta resistir un poco más?

-Pero es que...

-¿Quieres venir conmigo?

-¿Ir? ¿Contigo? ¿Adónde?

-No trates de sonsacarme. ¿Quieres venir sí o no?

-¿Y las niñas?

-Típico tuyo.

-Hablo en serio, habría que colocar a las niñas.

-Andrés, quédate con ellas, haz la vida del padre adorado por sus dos hijas que les promete el paraíso que más les apetezca, de niñas que se aprovechan de su embobado padre, lo llevan a la bolera o a patinar, os quedáis viendo la televisión hasta las tantas, les das una cena a base de sándwiches y patatas y helado y al mediodía siguiente vuelvo y almorzamos todos juntos en uno de esos sitios de comida horrorosa.

-Vale, pero no entiendo el secreto entre nosotros. De verdad que no lo entiendo.

-Quizá sea una cabezonada mía, pero quiero hacerlo yo sola.

-¿Hacer qué?

-Descargar mi conciencia.

*

-¿Qué tal le va a Clara? -pregunta Luis Bonafé.

-Muy bien. Mucho trabajo, casi todo en casa. Suele ir a la editorial una vez por semana.

-O sea que hoy le ha tocado.

-No. Hoy se ha ido. Un viaje misterioso del que no me quiere hablar.

-No me digas.

-Se ha ido en autobús a primera hora, porque es una antigua y le encanta viajar en autobús, y regresa mañana. ¿Destino?: desconocido. ¿Motivo?: desconocido.

-Estás de guasa.

-No he hablado más en serio en mi vida. Ha debido de ir a ponerme los cuernos por ahí y, claro, no me lo quiere decir.

-Déjate de chorradas. Seguro que tiene sus razones.

-Tienes más fe en ella que yo.

-Falso. O no la hubieras dejado ir.

-Ya. Como que te crees que es posible retenerla. Tú no conoces a Clara.

-Sea como sea, tú tienes una fe absoluta en ella. Yo no he conocido a nadie que admire a su mujer más que tú, así que déjate de tonterías. Lo que sí es cierto es que el montaje del viaje resulta intrigante, como te digo lo uno te digo lo otro.

-¡Ajá! Luego te pica la curiosidad como a mí.

–La curiosidad, sí; ser un malpensado, no.

–Llámalo equis. Oye, por cierto, ¿te acuerdas de aquel hortera latino que se llamaba Rolando Singapur?

–¡No me voy a acordar! Menudo punto.

–Pues es un ejemplo. Yo creo que Clara me la pegó con él.

–Imposible. No le va nada ese tipo de hombre.

–Tú no tienes idea de lo que resplandece un pavo real cuando abre la cola.

–Que no, que no te empeñes. No me lo creo. A ver, cuándo fue eso.

–Una noche que estábamos en el Bourbon. Mateo Perdiz y yo salimos rumbo a casa y ellos se fueron a buscar tabaco o una botella o algo así y tardaron más de una hora en volver; con Clara bastante achispada, por cierto.

–¿Ellos? ¿Quiénes eran ellos?

–Rolando Singapur y Cuchi Mendina.

–¿Quieres decir que se montaron un trío?

–Llega a ocurrir eso y a Cuchi lo mato.

–Pues entonces lo que quieres decir es que se lo montaron los otros dos con Cuchi de mirón, por lo cual también tienes razones para matarlo.

–¿Te crees gracioso?

Luis le mira con un despectivo gesto burlón.

–Pero mira que eres gilipollas, gilipollas.

–Vale, pues dime qué hicieron en esa hora.

–Pues tomar un par de copas por el camino, ¿qué iban a hacer? Quien yo creo que se acabó tirando a Julieta fue ese Rolando de los cojones, me acuerdo perfectamente que Mateo me contó que Julieta estaba tonta con él.

–Sí, es verdad. Julieta estaba en casa, pero si se la benefició no fue allí.

–Da igual, nos quemó la oportunidad.

–¡Anda ya! Como que Mateo y tú os la ibais a ligar, no me jodas. Si os podía a los dos con una sola mano. Ahora es cuando te tendrías que lanzar y quitársela a ese millonetis que la tiene como a una reina. O si no, compartirla por un tiempito, que no hace mal a nadie. Os falta carácter para dar el paso.

–Oye, que no estoy para bromas con el problemón que tengo encima; sé un poco caritativo.

Andrés se deja escurrir por el asiento de la silla que ocupa con un gesto de pereza. Sopla de pronto un viento frío que viene del río que corre abajo, al otro lado del Parque del Oeste. Muestra una actitud de cansancio, de desgana, ante el panorama que acaba de dibujar: un fin de semana con Clara tan extrañamente ausente.

–Dentro de nada –le dice a Luis– tengo que ir a buscar a las niñas a casa de mi madre. Pensaba llevarlas a Galatea a tomar unos perritos calientes, pero mi madre se ha empeñado en que comamos con ella así que tendremos el clásico almuerzo de dos platos contundentes y postre dulce casero; qué pereza.

–Más pereza me da a mí volver ahora a casa y no me quejo.

–Porque eres un sufrido.

–También.

Clara Zubia baja del autobús con el bolso al hombro, la bolsa de viaje en la mano enguantada y las solapas del abrigo subidas por el frío. Duda al salir de la estación como si necesitara orientarse y después de ojear el cruce de calles en el que se encuentra, se decide a entrar en una tenducha de venta de prensa y artículos de papelería donde pregunta por una dirección. De nuevo en el exterior, se encamina con paso decidido siguiendo las instrucciones que acaba de recibir. Zigzaguea entre calles buscando su destino y por fin se detiene ante una casa estrecha de cuatro pisos, azulejo rojizo en la fachada y balcones con forjado. Como si le asaltara una súbita duda camina unos pasos más allá del portal, lentamente, meditativa. Es media tarde y la luz está empezando a ocultarse, lo que acentúa la sensación de tiempo desapacible que cubre la ciudad de provincia en la que se encuentra. De su actitud se deduce que se enfrenta a una seria preocupación. Por fin hace un gesto de ánimo para sí misma, se da media vuelta, regresa al portal que había dejado atrás y entra en él.

No hay ascensor y sube andando por las escaleras hasta el segundo piso. Sin dudarlo se dirige a la puerta izquierda y, tras un instante de vacilación, pulsa el timbre y espera. Se escuchan unos pasos que se acercan desde el interior de la vivienda. Oye girar la mirilla metálica y acto seguido la puerta se abre y una mujer de edad avanzada y pelo canoso recogido en un moño aparece en el umbral. A pesar de la macilenta luz del descansillo, Clara recibe la mirada de unos ojos que la escudriñan con interés.

–¿La señora viuda de Zárate? –dice Clara, inclinándose para depositar su bolsa de viaje en el suelo junto al felpudo.

–Sí. Soy yo. ¿Quién pregunta por ella? –la voz de la anciana suena firme.

–Soy Clara Zubia. Vengo a pedir perdón.

Tercera parte

I

Pequeña es la silla de la felicidad.

Sigurdur Breidfjörð

HOLA Soi Andrés y seme a
caído una muela ial limpiarla
seme a caído por el desague i llevo
4 dias sin que vengas.
Muchas Gracias!
Besos!

Andrés contempla la hoja de papel arrancada de un cuaderno que ha caído del interior de un libro de su padre. Por un momento se le humedecen los ojos y la mirada empaña la letra infantil. Una carta suya escrita al Ratón Pérez que su padre guardaba metida en el volumen de Obras de Jorge Manrique. De repente, no puede contener el llanto y se deja llevar. Recuerda, como una revelación, el momento en que, tras haberla escrito aplicadamente con un lápiz antes de irse a la cama, dobla en dos el papel y lo introduce bajo la almohada. Lo que acude inmediatamente a su cabeza es la imagen de su padre y no puede contener el llanto. Después, se limpia los ojos y la cara, primero con la mano, luego con ayuda del pañuelo. Imagina a su padre leyendo la nota y dándose un golpe en la frente al comprender que se le olvidó dejar la moneda bajo la almohada tras retirar el papel, hace cuatro días ya, un papel que guardó, con culpa y ternura, entre las páginas de su libro más amado. Por fin, mira a un lado y a otro para comprobar que nadie le ha visto llorar. Las voces de Clara y las niñas se oyen lejos, quizá en la cocina. Es la hora del almuerzo de un jubiloso día primaveral.

Andrés se acerca a la ventana y mira a lo lejos. «Me acuerdo –dice– del barco que se despega del muelle y lentamente se va deslizando para poner rumbo a la bocana del puerto. Lo veía de niño en mis vacaciones, en Vigo, y de pronto siento que soy yo el que se aleja con él mientras veo el muelle, los almacenes y las grúas, los edificios tras ellos, la ciudad en fin, asomando por sus torres emblemáticas, que van quedando atrás y que, a medida que se abre la vista, se empequeñecen por causa de la distancia. De pronto comprendo que el viajero soy yo, que el niño que me miraba desde el muelle soy yo alejándome de mis cosas, mi mundo, mi familia y que al avanzar el barco retrocede la costa que era el mundo seguro y fiel, donde queda mi infancia; entonces un hueco se me abre en el pecho, un hueco que sólo lo llena la resignación, la aceptación de lo inevitable, y entonces pienso, acodado a popa, cómo convertir la pérdida del adiós y la incertidumbre del viaje en el

sucedáneo de la seguridad perdida. Así me sentí a la muerte de mi padre y así me siento ahora con este papel entre las manos, esta constancia del tiempo ido, esta quietud desconsolada, esta emoción que sólo viene a recordar los mundos perdidos, el paso de los años. ¡Ah, el demonio es el tiempo! En la infancia te asusta su figura, la que te relatan para atemorizarte: rabo y cuernos, dolor y fuego; en la madurez, en cambio, se manifiesta como es: un ente sin rostro que deja sus marcas en tu cuerpo y que encoge tu alma cuando escuchas con inquietud su paso silencioso. Pero el barco se aleja conmigo. Adiós, ciudad de mi vida, reino de mi memoria, mi propia historia. Ahora que me adentro en el mar inmenso e insomne, en el temor líquido que carece de memoria y que nunca devuelve a sus víctimas, vuelvo mis ojos hacia el equipaje que reposa a mis pies: una carta, un libro, la imagen de mi padre, el anillo de Clara y los restos de mi conciencia, las fotos de mis hijas y unas cuantas monedas. Todo lo demás queda allá, en la ciudad que se achica en el horizonte y que desaparecerá por detrás de las aguas; navego en un vasto océano de soledad irreversible. Estaba limpiando mi muela y se ha ido por el desagüe del baño. Entonces ese niño se sienta a escribir con una fe absoluta la carta que lo explica. En cierto modo la emoción que me embarga es la misma que sintió mi padre. No estoy solo, por lo tanto.»

–Es mediodía, mi vida, y estabas hablando en voz alta –dice Clara abrazándolo por la espalda.

–Feliz mediodía, mi bella dama.

En el año que inauguraba el decenio de los noventa hubo muertes sentidas por el colectivo, en especial las de Barbara Stanwyck, Ava Gardner y el poeta Jaime Gil de Biedma. En cambio seguía vivo el padre de Clara, que el año anterior se había separado de su mujer con la intención de obtener el divorcio –contra el que había hecho campaña desde su condición de diputado– para casarse con una abogada treinta años menor que él, que era su mano derecha y su amante. La hermana de Clara y su cuñado, que han defendido a cara de perro sus derechos de herencia frente a las exigencias de la abogada, exigencias a las que el padre no era insensible como tampoco lo era al uso de su cuerpo lozano, están que no les llega la camisa al cuerpo porque han descubierto que la intrusa ya ha echado la uña al botín. La madre de Clara no tenía nada que temer porque su situación económica se había solucionado a priori, en cuanto aceptó el divorcio aconsejada por Clara. Esta intervención suscitó en su momento un duro cruce de acusaciones entre las dos hermanas, pues Adela, la mayor, culpabilizaba a Clara de haber propiciado la desmembración de una parte del patrimonio familiar, que no se habría visto afectado si la madre, mal aconsejada, no hubiera aceptado el divorcio. Estas disputas de familia con dinero de por medio son todas fastidiosamente semejantes y lo mejor que se puede hacer es abstenerse de entrar en la esterilidad de los reproches. La madre tomó la decisión de trasladarse a Madrid, donde compró un pequeño apartamento en el barrio de Salamanca, cerca del Parque del Retiro, en un edificio antiguo rehabilitado. Clara y Andrés vivían en la parte alta del mismo barrio, en la calle de Maldonado, en un piso adquirido en su día antes de la buena marcha de Divino Disegno y gracias a las cordiales condiciones del préstamo hipotecario que obtuvo de su antiguo banco. Adela y su marido atribuyeron esta reubicación de la madre a una conspiración para apartarla de ellos de cara al resto de la herencia que les correspondería a las dos hermanas. La sola insinuación de tal maniobra hizo que Clara cortara definitivamente toda relación con su hermana.

–La verdad es que la vida de familia es un asco –decía Andrés, airado.

–La nuestra, que también somos familia –contestó Clara–, no creo que sea exactamente un asco, pero piénsatelo...

Andrés negó categóricamente la sola posibilidad.

–Lo que no entiendo es cómo consigues ser tú siempre la que da el ultimátum –dijo luego, muy molesto consigo mismo; y, en verdad, le admiraba la capacidad dialéctica de Clara, que no había estudiado Derecho, para colocarle siempre entre la espada y la pared.

La madre de Clara, tras un mes de abatimiento y medrosidad en su nuevo y desconocido ambiente madrileño, del que la sacó Asunta, la madre de Andrés, incorporándola a su club de viudas y solteras que fatigaban la tarde madrileña de teatro en concierto y de cine en merendolas, fue templando poco a poco las relaciones con su hija. En cierto modo, su nueva vida, solitaria e independiente, le proporcionó una soltura de movimientos que se trasladó al carácter y fue encontrándose paulatinamente a gusto consigo misma. Clara reconoció el avance y, aunque a regañadientes, lo apoyó. Por su parte, el temor de Andrés de ver

instalada a su suegra en casa a todas horas con cualquier excusa se transformó en un discreto y agradecido trato que empezó a diluir la desconfianza ingénita del yerno. Al final, la vida ofrecía una oportunidad a las dos abuelas, cerrando un círculo abierto más de sesenta años antes, cuando eran dos jóvenes recién casadas.

La defunción que conmovió y reunió por una vez tras tanto tiempo a la vieja pandilla tuvo como desgraciado protagonista al Figura, que se hizo pedazos con su coche en una autopista italiana. Los amigos coincidieron todos en el crematorio, una vez trasladado el cuerpo a Madrid, invadidos por un temor desconcertado y la vaga sensación de que emprendían un nuevo tramo del camino de la vida, esta vez en compañía de la muerte. El de peor aspecto entre ellos era Cuchi Mendina, flaco y cansado; otrora tan jovial, parecía una sombra de sí mismo. Sólo Rodrigo Méndez mostraba buena disposición de ánimo a pesar del triste motivo del encuentro. Luis Bonafé le comentó malévolamente al oído a Andrés que al triunfador Rodrigo, que viajaba por la prosperidad de la mano de los socialistas, se le conocía más por el apodo de Mendaz. Clara estuvo constantemente al lado de Cuchi, conmovida por su aspecto, y aunque lo invitaron a almorzar, él se excusó y desapareció con una extraña prisa.

Hasta ese momento, la muerte había sido para todos algo que siempre les ocurría a los demás, sobre todo si eran viejos, pero la muerte del Figura los puso ante el espejo y, quien más quien menos, entendieron que ya no se hallaban a salvo. Todos habían pasado de los cuarenta y la confianza en la madurez, que daban por alcanzada, se empezó a resquebrajar al comprobar que no los defendía de nada. Si acaso, ahora disponían de un grado mayor de conocimiento, el cual más que confortarlos los abrumaba. Esta etapa de la vida, que inesperadamente los dejaba inermes por pura imprevisión, mostraba a las claras la cortedad de su andadura existencial. De pronto comprendían que los años de disipación o inconsciencia se les habían pasado en un vuelo; que, ensimismados, nada habían proyectado fuera de su círculo familiar o personal, salvo los viajes al extranjero para cambiar de aires y la constancia en el trabajo. Quizá el único que verdaderamente se había movido era Rodrigo Méndez, o Mendaz, cuya carrera en el mundo de misteriosos negocios mezclados con relaciones políticas le había reportado un sólido patrimonio. En cuanto a la vía del conocimiento, hemos de reconocer que la experiencia de Andrés, las decepciones de Bonafé, el consuelo literario de Mateo Perdiz, el sorprendente desánimo vital de última hora de Cuchi Mendina y el adiós del Figura no daban de sí mucho más que la representación de una especie de comedia dramática nacional en la que, como reconoció lúcidamente un día Andrés, «sólo hemos tenido papeles secundarios».

Fabio Bertoldino, que, aunque sólo fuera unos pocos años mayor, parecía el tío de todos ellos, trató de explicarles cómo una buena película nunca funciona sin una buena línea de secundarios y que, a la inversa, éstos son los que suelen mantener a flote cualquier film cuando los divos –el director, el guión, alguno de los protagonistas– fallan. Se lo agradecieron con palabras corteses y continuaron pensando, cada uno en su asilo mental, que la vida se les había escapado, que lo que pudo ser ya no era. En fin, que se los veía afectados de lleno por lo que todos

conocemos con el nombre de «crisis de contingencia». El otro apoyo que Andrés y sus amigos pudieran tener, el proveniente de Cadavia, no llegaría nunca porque estaba encerrado en un sótano del barrio de Argüelles con Mabelle, su Viviana particular. Así empezó, pues, el decenio de los noventa.

Aún no sé si Andrés ha entendido cabalmente mi encuentro con la madre de mi ángel.

«Un ángel... ¡tonta del bote!», me dijo mi hermana cuando le pregunté, pasado el tiempo. Mi hermana no sentía ningún remordimiento. Mi padre, erre que erre, sólo me contestó una y otra vez, desde el fondo de su caparazón, que él se lo había buscado. Ni un sólo comentario acerca de la familia que lo había protegido, ni una referencia remota a esa protección, nada, fue como si hubiera cegado una puerta a sus espaldas. Mi madre dijo lo que yo esperaba que dijera: «Ay, hija, no sé, no me acuerdo ya bien. En aquellos tiempos todo era muy peligroso; había que andar con cuidado».

Todos mintieron y todos sabían que mentían; antes o después lo supieron; yo creo que mi padre lo supo en el momento y que mi madre lo intuyó y no se atrevió a contradecirle. Adela lo supo también, más tarde, y me lo ocultó. Y aún tuve que forzarlos a hablar, e insistí hasta que mi padre se salió de sus casillas, pero lo negaron hasta el último minuto y no les importó que no les creyera; cada uno a su manera, vinieron a reprocharme mi demanda de verdad, de reconocimiento, pero lo único que verdaderamente me afectó fue su dureza de corazón. Si nada iba a cambiar, dijeron, para qué remover aquello. Ahora tengo ganas de contarles que fui a ver a Carmen Zárate, a pedir perdón en mi nombre y a mostrar mi vergüenza por el comportamiento de mi familia. Esto sí les dolería, mucho más que mis exigencias de contrición, porque los dejaba al descubierto ante una persona que los conocía bien y que era testigo cierto de su infamia. Del «haz lo que quieras» de mi padre al «no te atreverás» de mi hermana pasando por el «qué sentido tiene remover las cosas» de mi madre saqué la conclusión de que era yo la única que tendría que arriesgarse a que la escupieran a la cara; pero yo tenía que librarme del peso de la imagen de mi ángel, yo tenía que salvarlo y curarlo para que pudiera vivir libremente en mi imaginación. Y de repente, mientras yo temblaba de inseguridad y angustia a la puerta de su casa, esperando el cuchillo de su mirada en mis ojos y el desprecio en su gesto, pero decidida a afrontarlo por encima de todo rechazo, nos encontramos abrazadas sin darnos cuenta. El sentimiento fluye antes de que la razón responda. Ahora me represento la imagen de las dos mujeres abrazadas, ella y yo ante la puerta abierta de su casa, y veo cómo el tiempo anuda vidas que se perdieron y por fin, un día afortunado, se reconocen más allá del azar que las reunió y del incierto destino que las separó y ocultó tras el dolor y la ignorancia. Un día afortunado que es hijo del tesón y de la dignidad, de la entereza y del amor a la verdad, un día que amaneció porque una de ellas decidió cruzar a través del infierno de los miedos y otra aguardó sin desmayo a alguien cuya sola palabra le devolviera a su hijo muerto:

–Soy Clara Zubia. Vengo a pedir perdón.

Aún no sé si Andrés ha entendido cabalmente mi encuentro a solas con Carmen Zárate, pero algún día entenderá por qué se lo debía a mi ángel. Yo tenía tres años. Entonces todavía se perseguía con gran saña a los vencidos.

Miro al horizonte y espero. Clara se ha alejado tanto que parece una figurita reverberando a lo lejos en medio de la playa en bajamar, es como una graciosa pincelada vertical en el paisaje horizontal de arena y agua. Mi hija Beatriz sigue sin aparecer, han de ser un grupo reconocible, pero ni en la línea del paseo de Clara ni en el acceso que queda aquí cerca, a unos metros del chiringuito, se ve rastro alguno de ellos. ¿Habrá olvidado Clara que los esperamos? Su paseo es quizá un paseo encantado por su imaginación y la luz que acompaña la tarde espléndida a punto de recogerse; es un resplandor de despedida que brilla con dulce brío antes de apagarse y, al deslucirse, abre el espacio a la marea de sombra. Hasta mañana, pues. Me pregunto si no debería apurar la embriaguez de los sentidos que nos ha acompañado a lo largo del día con un buen cigarro y otra copa de ron helado.

Confieso que durante un tiempo las niñas me atemorizaron. Fueron los primeros años. Un bebé es un encanto hasta que te tienes que ocupar de él, es tan absorbente que te sientes esclavizado; la comunicación es tan elemental, la dependencia tan extrema, que me sentía perdido y atado a la vez. Clara no me lo reprochaba, pero sabía dar a entender el reparo a mis recelos, incluso a mi cobardía, aunque esto último sólo lo puedo decir ahora. El primer bebé y, para mayor castigo, el segundo, me hicieron sentirme como si hubiera caído en una trampa, una de esas fosas para tigres disimuladas con ramajes que veíamos en las películas de aventuras. Los bebés no hablaban, había que adivinarlo todo, me agobiaban al menor llanto, dormía a medias aguardando el sonido de un estertor agónico en mitad de la noche... Sólo cuando Bea, aprendiendo a tenerse en pie, se vino a mis brazos con un gesto de alegría que no olvidaré mientras viva, empecé a aceptar la emoción de la paternidad. Soy un bicho raro. Por entonces, además, los ruidos guturales empezaron a parecerse a las palabras y a partir de esa primera comunicación verbal me fui relajando poco a poco. La trampa se convirtió en un lugar de recreo.

No hay vínculo como el de padres e hijos; no hay lazo tan fuerte ni mayor fuente de inquietud, de amor o de iniquidad; no hay amor ni odio más pertinaces que los que se cuecen en familia. De un extremo a otro, el primero puede llegar a asfixiar y el segundo a supurar la maldad más infame. Y por encima de todo, el vínculo existe indestructible, condicionando nuestros sentimientos y nuestra razón. Beatriz y Marta hicieron un camino a la adolescencia sorprendentemente confortable para mí, que fui adorado como el buen rey por sus devotos. Supongo que toda niña ensaya con su padre sus primeras armas de seducción al sexo opuesto y yo me aproveché vergonzosamente de ello. No hay nada tan grato como dejarse querer, sobre todo cuando eres amado sola y llanamente por ser tú. Esa época en la vida de un adulto es una experiencia impagable e irrepetible. Al comienzo de la adolescencia, en cambio, el conflicto generacional se puso en marcha. Debíó de ser por el año 90 y, si fue ese año, Beatriz tendría dieciséis y Marta trece.

En realidad, la inquietud adolescente que todos los padres temíamos más que a un nublado, como se decía en mi pueblo, empezaba antes, en la preadolescencia. Cría hijos en la abundancia y te vaciarán la despensa sin contemplaciones. Pero

Beatriz resultó ser una chica juiciosa, lo contrario de Marta, mucho más audaz e impredecible. Recuerdo la serenidad de Clara en contraste con la amenaza fantasma que yo veía extendiéndose constantemente como el manto del mal sobre las niñas. Confieso que perdí todo el sentido de la dignidad: esas llegadas de las chicas a casa a las tantas de la madrugada y yo en pijama poniendo mi mejor cara de sorpresa al verlas.

–Papá, ¿no nos estarías esperando levantado?

–¿Yo? No. Sólo iba a la nevera a buscar agua; es que me he despertado de repente. ¿Qué hora es?

La dignidad por los suelos. La tonta presunción de ser creído, tan evidente para ellas como para mí. El fondo de cariño que diluía su reproche tras un mal disimulado gesto de incredulidad en su radiante juventud, que el cansancio de la noche no lograba esconder, era mi única justificación. Clara, entretanto, dormía a pierna suelta. Clara consideró siempre que no había motivo de preocupación hasta que no hubiera razón para preocuparse y yo, en cambio, no lograba conciliar el sueño. Siempre pensé que debería haber sido al revés, y Clara se reía de mí.

–Te escondiste de ellas cuando eran bebés y ahora te toca pagar los miedos que entonces no fuiste capaz de afrontar. En esta vida –remachaba– todo acto tiene sus consecuencias.

Bien merecido. Me pregunto si ella, que no estaba cegada por la adoración que sí me obstruía a mí, no conocía mejor a sus hijas que yo. Supongo que estas consideraciones se hacen siempre con benevolencia cuando tus hijos ya han entrado en el mundo por su cuenta. Entonces es el momento de echarlos de menos de otra manera, de regresar a la vida de pareja tal y como la concebimos al empezar a vivir juntos, de quedarse estupefacto ante la enormidad del tiempo transcurrido, de establecer la distancia exacta para volver a mirarnos y descubrir la huella del tiempo en nuestros cuerpos, en nuestros hábitos, en la soledad compartida, que ahora es definitiva. Beatriz se casó de pronto, tendría que decir inesperadamente, porque el cambio generacional había creado un modelo de culto a la felicidad del presente, a la idea de que el único fin de la vida era la satisfacción inmediata, a la duración indefinida de la irresponsabilidad; era un modelo de actuación que, por lo mismo que adelantaba la independencia formal, retrasaba la independencia real.

–Vivimos en la sociedad del espectáculo. Todo lo que no se visualiza, no existe –era la muletilla de un Bonafé consternado porque ninguno de sus hijos aspiraba a tomar casa propia y establecerse por su cuenta.

Beatriz resultó ser más bien reflexiva y Marta más bien intrépida, pero debió de ser el ejemplo de la primera lo que contuvo en ciertos límites a la segunda. La temporada de vida nocturna con que nos atormentaron las dos duró unos cuatro años, exactamente hasta el día en que sorprendí a Bea hablando en voz baja por teléfono, con la confianza de que nadie la escuchaba, confesando a alguna amiga que estaba encantada con que la obligara a volver a casa no más tarde de las dos de la madrugada porque ya no aguantaba estar toda la noche en pie. A Marta, en cambio, la retiró de la movida nocturna un repentino ataque de retraimiento del

que prefiero no saber las causas y que le duró sólo un año, pero que fue suficiente para templar su afición al noctambulismo. Como seguía siendo un culo inquieto, dio en la profesión más adecuada para ella: reportera gráfica. Y recuerdo cómo me reñí a mí mismo, debatiéndome entre la lucidez y el deseo, cuando acepté que estudiase periodismo, que no me parecía una carrera universitaria sino un pierdetiempo. Naturalmente, se cansó e inició otra carrera, no sé si de obstáculos o de sobresaltos, que comenzó en una mediocre academia de fotografía, siguió por el estudio de un jodido cabrón que se la beneficiaba, continuó en un buen centro especializado en Italia y, finalmente, volcada en la colaboración *freelancer* con una serie de revistas que le permitió hacerse un pequeño nombre, fue a dar con sus bonitos huesos en una agencia donde un jodido cabrón bastante más decente le enseñó de verdad lo que era la fotografía. Es buena profesional y es guapa, lo que mucho me temo que le llevará a tener una vida algo airada. Ha llegado a trabajar para mí. Sigue soltera y vive por su cuenta, pero llama de vez en cuando y, sobre todo, sigue unida a su hermana, lo que es un consuelo. En fin, sea la suerte, sea el poso de la educación recibida en casa (si no por otra cosa, al menos por el ejemplo), la verdad es que no puedo negar que sus vidas se han ido encajando en un modelo de vida razonable; distinto del nuestro, sin duda, pero razonable. Beatriz, como digo, se casó pronto, debería haber esperado un poco, pero quién soy yo para decírselo cuando Clara y yo... Mi yerno es un ingeniero de Telecomunicaciones, incluso lee libros, sensible a la belleza, hombre de carácter templado y, me lo digo a veces, el marido ideal para Marta o, mejor dicho, el que yo hubiera deseado que complementase a Marta. Pero Bea parece feliz en su matrimonio y yo debo alejar estos pensamientos de mi cabeza. Aquí estoy esperándolos, al final de las vacaciones, un abuelo retirado que cumple su ambición de dedicarse a leer a los clásicos grecolatinos y echar una mano con los nietos.

Pero el día que nos quedamos solos Clara y yo lo recuerdo como uno de los momentos de mayor desolación de mi vida porque, ante la dimensión del hueco que se había abierto de forma insospechada y brutal en nuestras vidas, simplemente nos miramos a los ojos, enteramente desconcertados, para decirnos: ¿Y ahora qué hacemos? Marta y Bea no habían hecho otra cosa distinta de lo que hicimos Clara y yo llegado el momento de partir. Lo que se nos hizo un mundo, de pronto, casi como una revelación, fue constatar que teníamos que aprender a vivir los dos solos otra vez, es decir, que ya sólo éramos una pareja, dos personas, dos seres humanos tan conocidos que no acertábamos a dar curso a este nuevo sentimiento de soledad inesperada. Porque aunque la conciencia del tiempo transcurrido pesaba ya como una losa, no imaginamos nunca que fuera a mostrarse con esa crudeza.

En fin, he conseguido mi ron –¿será legítima la cubanidad de la etiqueta?– y un farías, que es a lo más que se puede aspirar en un chiringuito de playa; los habanos están en la habitación del aparthotel. Hace años habría sido un buen brandy el botín; el farías, en cambio, no lo habría desdeñado del todo porque es uno de los símbolos fundamentales del espíritu nacional y en especial de la sobremesa de

taberna. Es hermosísima esta luz que se va desvaneciendo con la dulce pereza del final del día. La gente está de retirada y ahora es cuando la playa me gusta, paseantes distanciados, algunos perros que corretean alrededor de sus dueños aprovechando que los vigilantes ya se han ido... La voces que se van espaciando, el reflejo del sol descendiendo sobre el límite del mar, las tumbonas recogidas y agrupadas para pasar la noche, un hombre que corre con paso serio y atlético, dos jovencitas que caminan apresuradas, envueltas en sus pareos y luciendo descaradamente sus cuerpos recién estrenados, unos excursionistas con la mochila a la espalda y las botas anudadas por los cordones en torno al cuello, unos surfistas que recorren la orilla con la tabla pegada a un costado... las personas se van retirando y los colores se van apagando. Es esta especie de veladura de la tarde lo que provoca una expansión del ánimo, una beatitud extrema que linda con la voluptuosidad de la pereza. La tarde se va, pero tan despacio que dan ganas de llorar de gratitud.

Cuatro hombres irrumpen de pronto en una mesa vecina con un tapete verde y un mazo de cartas; se distribuyen ruidosamente, se incitan con expresiones y bromas un tanto soeces y el camarero, que más parece un cómplice, se llega en seguida hasta ellos con la bandeja a tomar la comanda. Hay un lío de cubalibres variados y copas de orujo o pacharán pedidos a coro y en seguida bajan el diapasón, aunque será por poco tiempo. Pero no voy a moverme de mi sitio ni aunque se desgañiten. Aquí estoy feliz.

–He quemado mi vida con las mujeres, Clara, y no me arrepiento; pero sólo tengo cuarenta y siete años y eso me hace llorar.

Cuchi Mendina está sentado en una butaca de brazos. En su postura de reposo se advierte una actitud de abatimiento, como si le costara un esfuerzo atender al mundo exterior. Se mantiene erguido a veces, conversa con Clara, pero al poco se cansa y se deja escurrir por el respaldo. Ambos hablan, sonríen, se entienden, pero hay un halo de tristeza que impregna la habitación. Clara está sentada junto a él. Entre ambos, una mesa auxiliar donde reposan un vaso de agua vacío y una jarra medio llena. Cuchi está vestido con una leve bata de lana de dibujo clásico sobre su elegante pijama. Clara lleva un vestido estampado en tonos verdes acorde con la primavera que se deja ver al otro lado de la ventana.

–Te has vuelto tan guapa con la edad... –suspira Cuchi.

–Creo que antes también lo era –le reprende ella.

–Oh, sí. Pero esta belleza de madurez es incomparable... Incomparable.

–Cuarenta y seis años –dice ella–, los mismos que tú.

–Y fíjate qué diferencia.

–Ah, vaya, no digas eso. Tú siempre tan elegante.

–Si no fuera como soy, me habría casado contigo.

–Falso de toda falsedad. Tú nunca te habrías casado conmigo –dice Clara con un gesto cariñoso–. Ni con nadie –añade–. Tú siempre has detestado el matrimonio. ¿Por qué inventas ahora esa mentira?

–Por necesidad.

–Eso sí me lo creo.

Los dos quedan en silencio. Cuchi la mira y ella, a su vez, mira por la ventana apartando la cara de los ojos de Cuchi. Las copas de los árboles se agitan ante la ventana por efecto del viento. El cielo está limpio y azul y su presencia es tan intensamente primaveral que Clara se estremece y entorna los párpados. Entonces encuentra la mirada de Cuchi.

–Deja de mirarme.

–Te has convertido en una dama digna de ser cantada por Tennyson.

–Oh, no, pobre de mí si bajara por el río como la dama de Shalott. No, no, prefiero ser quien soy. Que ningún pensativo Lancelot diga al verme arribar a Camelot: «Tiene un hermoso rostro; que Dios se apiade de ella, en su clemencia».

–Si yo no me hubiese echado a perder habría sido un buen Lancelot –dice Cuchi sonriendo melancólico.

–Has sido un Lancelot en tiempos de miseria espiritual, Cuchi. Mala suerte. Yo sé que merecías algo mejor.

–Pero no me arrepiento y, sin embargo, me muero de pena.

–Lo sé. Es duro encontrarse de pronto ante quien viene a exigirte que entregues tu alma y te despidas.

–No lo esperaba tan pronto.

–Tampoco yo. Ni nadie. Yo confiaba en el tiempo para que hiciera de ti, si no un Lancelot, sí al menos un Galahot; pero no te apenes porque yo misma cuidaré de

que tengas descanso en la Alegre Guardia.

–Me ahogo en un mar de impotencia, Clara. He dejado de luchar y cuando cierro los ojos sueño que desciendo al fondo como un peso muerto. Todo el mundo dirá: vivió de las mujeres y quemó su vida en estériles festejos. Ahora dirán que no he amado a nadie y que nadie me ha amado...

–No digas eso.

–... pero la verdad es que yo he amado a todas las mujeres que he tenido, en cierto modo ha sido así, y si he vivido a su costa lo he hecho noblemente, sin humillarme, por eso ellas saben que las he amado...

–No te atormentes.

–... ellas han sido generosas conmigo y yo lo he sido con ellas. Tú lo sabes. En un tiempo al menos he sido Lancelot y el recuerdo me llena de luz y me desgarr a la vez al ver el estado en que me encuentro. Sólo me consuela saber que eso forma parte de un destino trágico, que es a lo más que puede aspirar quien no alcanza a cumplir sus deseos más preciados.

–Héctor, calla.

–Sí, en la solemnidad del desastre vuelvo a ser Héctor y no Cuchi porque tengo que vestirme con mi nombre verdadero para afrontar este trance y no con ese apodo divertido que ahora me parece propio de un payaso. Gracias por recordármelo. Gracias.

–Me estás partiendo el corazón.

–No, por favor. Ya me callo. No hablemos de mí ni de esta situación detestable. Hablemos de las mujeres. Hablemos mal de las mujeres, que han sido mi perdición y mi conversación favorita.

Clara sonríe y le toma de la mano.

–Porque, en realidad, si no me he casado nunca ha sido por preservar mi integridad. Las mujeres, Clara, sois animales admirables y adorables hasta que dejáis de lado la maravillosa virtud de la seducción para armar el nido. Ah, el nido. Ésa es la meta verdadera, la que reduce vuestra bellísima animalidad que vaga salvaje a la vulgaridad de la vida doméstica, al espejo cotidiano, a la sujeción de los límites de la granja. Yo amo a Diana Cazadora no a la reina del hogar.

–Lo que soy yo –dice Clara con una inflexión irónica en la voz.

–Sí, lo que eres tú para el honesto rey del hogar Andrés Delcampo; lo que yo no soy para ti. Mi viejo y leal amigo entiende el amor de manera muy distinta a la mía, aunque, como tú, nunca me ha reprochado mis ideas.

–Sé que te gustaría volver al bosque.

–El bosque. Mi espacio más querido. El corazón de una vida libre donde todos los deseos se agitan ante ti y donde la oscuridad, el temor y la muerte acechan tus pasos en pos de ellos. Sí, Clara, perdona a este viejo amante de la épica. Yo no soy lírico, no puedo detenerme a convertir en palabras mi ansiedad, sino que soy cazador y persigo la pieza que ha de caer en mis manos a la carrera. Ése es mi placer y devorarla cuando al fin se rinde o le doy alcance. Saciarme y descansar y vagar de nuevo sin pensar en el mañana, sin cuidado por lo que vendrá después, fiado siempre en la fuerza de mi brazo y en la velocidad de mis piernas.

–Y siempre soñando con vislumbrar de pronto en un claro la sombra veloz de Diana Cazadora que escapa.

–¡Sí! ¡Por Dios, sí! –Héctor Mendina hace un enérgico ademán lanzando el brazo hacia delante y el esfuerzo le dobla y se inclina sobre sí mismo en la butaca.

–No te excites –dice Clara empujándole suavemente hacia atrás en busca del respaldo, que lo acoge de nuevo. El gesto de su cara recoge el esfuerzo y lo trasmuta en dolor. Ambos quedan en silencio–. La herida que no cicatriza ni cura es lo que mató a Galahot. ¿Recuerdas?

–Cuánto hemos jugado a la Mesa Redonda –exclama con voz apagada Héctor.

–Ésa es tu herida, mi querido caballero malhadado.

–Ella me tiene y me matará. Me cuesta soportarlo y seguir vivo.

–Pero tu vida, Héctor, ha estado llena de satisfacción. Tú eras el amigo alegre cuando todos se entristecían a mi alrededor. Tú has sido una referencia de amistad para Andrés. Tú nos has divertido y todos han envidiado tu fama de donjuán.

–Y todos han soñado con verme postrado y de patas en el infierno. Pues bien, heme aquí a la vista de todos.

–No para Andrés ni para mí.

–Pero hay un secreto que nos mata a dos de tres, mi hermosa dama.

–Cierto, pero aún no es la hora, mi triste caballero. Ahora nos ocupamos de ti. Mañana...

–No hay mañana –dice Héctor sombrío.

Clara le pasa la mano por la frente para recogerle una guedeja que ha caído sobre su cara. El rostro demacrado de Héctor se contrae con una sonrisa.

–¿Sabes? Tienes nombre de héroe mítico –dice Clara.

–No lo merezco. Mi vida no tiene la nobleza trágica del troyano.

–Era un padre de familia –dice Clara con intención.

–Para su desgracia.

–Creo que voy a empezar a compadecerte.

–No lo hagas.

–Sí, lo voy a hacer porque sé que te fastidia; voy a hacerlo hasta que te resulte insoportable escucharme y entonces tendrás que comportarte y dejar a un lado ese gesto estoico que no te va nada, a ti, que siempre has sido un cínico de los auténticos.

–Todo menos la compasión.

–Pues deja de verlo todo negro.

–Es negro morir.

–Tendrás que esperar a que llegue el momento. Por ahora sobrevives.

–Sobrevivir –dice Cuchi con desprecio–. Eso es para los débiles que se aferran a lo que sea con tal de seguir respirando. ¿Qué tiene que ver este tormento con mi vida? Yo no quiero vivir así.

–Y detestas morir. Qué difícil te lo pones.

–Morir es una canallada. Habría necesitado tiempo para prepararlo.

–Eso no se puede preparar.

–Para despedirme de mí mismo, por poco que fuera el tiempo concedido. Es esta

manera de caer, este desmoronamiento, lo que me espanta. Yo no tengo miedo a la muerte, sólo me desespero por tener que aguardarla de este modo.

Clara coge su mano entre las suyas y siente frío. La habitación misma es fría a pesar del sol pálido que entra por la ventana; es la frialdad aséptica de los hospitales, desnudez y metal, un olor blando a medicina o desinfectante, un silencio alrededor que desampara, donde las pocas voces ajenas y dicharacheras de las enfermeras que suenan como una bandada de gorriones en invierno que, bien se posan, bien levantan vuelo, son lo único saludable del ambiente opresivo y deprimente.

–Tienes que poner de tu parte, Héctor, no ganas nada dejándote llevar por el desánimo.

–¿Para qué? ¿Para seguir agonizando?

–Para vivir; para vencer a la muerte.

–Siempre envidié a los que mueren de golpe: en un accidente, de un disparo, por un infarto. No, Clara, no te engañes ni pretendas engañarme. A partir de aquí ya no hay vida, luchar no tiene sentido.

–Puedes ganar unos años, los que pedías para prepararte.

–¿Prepararme siendo poco menos que un impedido, siempre expuesto a cualquier infección? No hay tratamiento que me devuelva a mi vida y no quiero otra. Además ha atacado un cuerpo más bien destruido de por sí y hemos empezado tarde. El sida es una maldición, una condena, como lo fue la sífilis hace un siglo. No soporto la debilidad, Clara, y lo que soy ahora es un ser humano horriblemente débil, expuesto a todo, que debe temblar ante la amenaza de una simple gripe. Es mejor acabar de una vez.

–Ni lo pienses.

–No serás tú quien me lo ordene. Has llegado tarde y queda poco.

–Todo el mundo se agarra a la vida, Cuchi, tú mismo lo vas a ver. Ahora estás bajo el impacto de la debilidad, pero lo superarás. Aún te queda vida y cuando te toque morir, morirás dignamente.

Héctor Mendina sonríe. En el gesto de sus labios hay un trazo de pena tan hondo como su memoria y un amargo rictus de gratitud, reflejo del rostro de Clara. Entonces vuelve la cabeza a un lado, sobre la almohada en alto, y dice con voz casi inaudible:

–He visto la cara de la muerte y ya no puedo cerrar los ojos.

Mateo Perdiz y Rodrigo Méndez almuerzan juntos.

–¿Sabes lo de Luis Bonafé?

–Ni idea.

–Parece que ha dejado a su mujer y se ha largado con un guayabo.

–¿Bonafé? –dice Méndez–. Ya era hora. Sólo nos queda Andrés el Fiel.

–Es que parece que llevaba un año o más haciendo doble vida.

–¿Bonafé? –repite Méndez incrédulo.

–El mismo.

–¿Y los hijos?

–Con la madre, con Paulina, claro. Por lo visto pensaba salir de naja cuando los hijos terminasen el bachillerato, pero la mala suerte le ha dejado al descubierto y la señorita burguesita de Guadalajara lo ha echado de casa.

–Chico, qué generación la nuestra. No hay pareja que aguante, ja, ja.

–Andrés y Clara.

–Todo se andará.

–Pobre Bonafé, me da pena –dice Perdiz.

–¿Pena? Ahora se va a dar a la buena vida, chaval. Él aún no lo sabe porque es un pardillo, pero lo veremos con estos ojos que se ha de comer la tierra.

–Se te ve gozoso, ¿eh?

–¿Yo? A mí me va de puta madre y sin complejos.

–Pero te vas a casar con...

–¡Hombre, claro! Ni que fuera tonto. Es un verdadero bombón, la tengo loca y, bueno, el padre, ya sabes...

–Ya sé, ya. Menudo braguetazo.

–La vida, Mateo, no te da dos oportunidades. Hay que cogerlas al vuelo y en este caso, además, la niña es un premio.

–Uno de éstos necesito yo, pero literario.

–Eso está hecho, con el carrerón que llevas.

–Va despacio.

–Va por sus pasos, que no creas que no me entero de tu vida. Me cuentan, Mateo, me cuentan y me dicen que está al caer algo gordo. Ya sabes que yo tengo relaciones en todas partes.

–¿Ah, sí? ¿Qué has oído?

–Que te mueves muy bien y que escribes igual de bien...

–Bah.

–... y que hay honores que están al caer.

–Eso es un bulo.

–Eso, te lo digo yo, es tan cierto como que me llamo Rodrigo. Y tú lo sabes mejor que yo –hace una pausa–. Vamos, hombre, no seas remilgado.

–Bueno, vale, pero yo no he forzado nada ni quiero hablar del asunto...

–... hasta que salga. Ya. Lo entiendo. Es natural.

–Volviendo a Bonafé...

–Por cierto, ¿fue él quien me puso el apodo de Mendaz?

–¿Qué?

–Eh, Mateo, no te hagas el tonto. Yo sé muy bien que me llamáis Mendaz y, si quieres que te diga la verdad, me importa un huevo. Verás, yo creo que en esta sociedad en la que vivimos, no existen personas íntegras o personas venales sino personas audaces y personas débiles. El que no es ladrón sabe que, en el fondo de su alma, no puede presumir de integridad porque si no lo es se debe a que no se atreve a serlo, ésa es la última verdad; no lo son por miedo, por falta de iniciativa, por apocamiento... elige tú mismo la causa. Y las llamadas personas venales no son necesariamente deshonestas sino que ocupan un espacio que, de todas formas, iba a ocupar otro. Las fronteras entre ambos conceptos son difusas y, como todo en esta vida, llenas de claroscuros.

–Pero el claroscuro define.

–Define lo que muestra, no lo que esconde y, sobre todo, necesita de lo que esconde para definir lo que muestra.

–En eso llevas razón –dice Mateo convencido.

–¿Quién me llama Mendaz? ¿El pobre Bonafé? Mira su vida: una mujer a la que detesta, unos hijos a los que no controla, sus inocentes ideales trinchados... ¿de verdad crees que eso es lo que Luis quería para sí mismo? Y, naturalmente, el que me llama así, porque me he decidido a coger el toro por los cuernos, se lía con una joven a escondidas de su esposa durante ¿cuántos años?, ¿uno, dos? A mí me parece que más que Mendaz me debería apodar Audaz y él si que debería apodarse Mendaz.

–Eh, para el carro, que yo no he dicho que el apodo te lo haya puesto Bonafé.

–Pues quien haya sido. Se lo dije a Andrés y te lo digo a ti y se lo diría al Figura si no se hubiese matado en la Autostrada del Sole: para nuestra generación ésta es la hora de las oportunidades porque sólo nosotros entendemos el cambio que se está produciendo en este país. ¿O teníamos que seguir haciendo de contestatarios sin un duro toda la vida? Está muy bien la estampa heroica de Bonafé, que mira en lo que ha quedado esa especie de bígamo, pero yo te digo que no es más que un cura, que tiene alma de cura, de inquisidor y de salvador de almas. Mira a tu alrededor: o echas a andar sin mirar atrás o te quedas reconcomiéndote en tu rencor. Bonafé acabará como los del mundillo etarra, que son una mezcla de seminaristas, carlistas, tercermundistas y comunistas, o sea, bazofia mental cociéndose en su agujero.

–Hombre, Méndez, no irás a comparar al pobre Bonafé con un pro etarra.

–Pues no, porque ni mata ni ayuda a matar. Pero en cuanto a la actitud...

–Joder, macho, no te pases.

–OK, no me paso. Rectifico. Pero me parece un pobre hombre. Recuerda lo que era y lo que es ahora.

–Quién sabe lo que cada uno desea para sí mismo.

–En todo caso, tú y yo sabemos que estamos en el buen camino. Eso es lo que importa.

A veces me canso. Es tan difícil evitar la repetición, la insistencia de los hechos cotidianos... Cuando me casé con Andrés lo hice convencida de compartir el resto de mi vida con un hombre lo suficientemente inteligente como para evitar la monotonía y el aburrimiento. Yo lo quería, lo quiero ahora, aunque de manera diferente a cuando nos enamoramos, pero empiezo a pensar si no nos estamos convirtiendo en una pareja comida por las manías y las fobias, como si se nos hubiera endurecido el cerebro con el paso del tiempo y el hábito del día a día. Cuando la vida se convierte en un hábito algo va mal. Yo no tengo tiempo de aburrirme porque entre las traducciones, los *editings*, la niñas que ya no son niñas y la casa, voy servida; pero tampoco tengo tiempo de ver a nadie, las veces que salgo lo hago con Andrés y por lo general con gente de su entorno laboral, muy poco interesante, muy banal. Apenas tengo salidas con mis amigas por la misma falta de tiempo. La pandilla se fue a la porra porque... porque desde hace tiempo ya no somos universitarios permanentes. Tampoco me quedan muchas amigas y cuando paso por las dos editoriales para las que trabajo, nadie tiene tiempo de charlar un rato, bajar a tomar una copa, están todos bajo presión por la tiranía de las ventas, parece que molestas si te quedas unos minutos después de entregar tu trabajo o recoger el nuevo. En fin, a veces me quedo a comer allí al lado, aprovechando que salen ellos también a la hora del almuerzo, la gente de Literaria, porque lo que es los jefes parecen auténticos marcianos incapaces de distinguir un libro de otro.

Pero los hábitos. Y las manías. Y los cabreos. Las niñas viven en estado de ausencia. Andrés y yo no paramos de trabajar y ellas no paran de pedir. Para ellas el mundo es fácil, lo tienen todo a mano, consiguen lo que quieren... y me parece inevitable porque en este país que, de repente, ha empezado a nadar en dinero, todos los adolescentes están igual. Quién va a enfrentarse a eso, quién se va a poner a recordarles que nosotros siempre teníamos lo justo, que no sobraba nada. El dinero que me llegaba de casa pagaba mi estancia en Madrid, mis estudios y la comida en casa de la viuda de Segarra, pero todo lo demás lo pagaba yo con mis clases, incluso la ropa si no quería vestirme como dijera mi madre. Pero al menos podrían manifestar un poco de solidaridad, echar una mano, recoger su ropa (Beatriz empieza a hacerlo, según qué días), poner y quitar la mesa, hacer las cosas sin tener que estar detrás de ellas, comer lo que hay cada día sin rechistar... No hay más que echar un vistazo a su armario para darse cuenta de lo que ha cambiado la vida de los adolescentes de entonces a ahora. Bueno. No puede decirse de Andrés y de mí que ahora les demos lo que no teníamos porque sí teníamos, aunque mucho menos; lo que ocurre es que éste era un país provinciano y ñoño a más no poder, de mentalidad estrecha y de repente... Demasiado explosivo todo. En fin, Beatriz es una mujer y a Marta ya le ha venido la regla. Empiezan a despegar y no sé si Andrés se quiere dar cuenta, pero cada uno va a tener que ocuparse del otro dentro de poco y, entonces, las manías, los hábitos, todo lo que no hemos corregido y ha quedado enquistado en nuestra convivencia va a salir a la superficie para acabar por encerrarnos en la vejez.

Yo no temo a la vejez, que todavía está a distancia, pero cada mañana me miro al espejo. ¿Le gustaré? ¿Se irá apagando este amor y nos convertiremos en dos pelmazos resignados a soportarse porque la soledad es más temible? ¿Iremos viendo cómo los caracteres se enconan y se van royendo el uno al otro día a día hasta quedarnos mondos? La única ventaja de estar dándole vueltas a estas cosas es que, con la preocupación, no engordo.

Tengo miedo porque entre nosotros corre una amenaza que es la de una vida en la que todo se dé por supuesto y no haya sorpresa alguna. Eso lo he descubierto de repente, lo cual quiere decir que ya nos viene rondando. A veces pienso que, si las cosas fueran mal, me conformaría con que no nos agrediéramos, pero eso es como darse por vencido. No quiero esa vida, no quiero la rutina que acaba en la mezquindad, no hay nada más horrible que la mezquindad y el odio pequeño, que es donde acaba la mezquindad en la pareja.

Yo creo en la felicidad; ya sé que no es un estado sino algo que no se toca ni se fija, pero que está ahí, tan irrefragable como un sentimiento cuando aparece. Yo he leído que la felicidad consiste en merecerse la felicidad y no conozco definición más clara y más feliz que ésta, por eso tratamos de ser mejores con nosotros mismos, porque, si no te exiges tú, ¿a quién le vas a exigir nada? Ser mejor era la aspiración de San Agustín y su historia me ha conmovido siempre desde que tuve que estudiarlo. Ser mejor es competir contigo mismo, no con los demás, es una cualidad del espíritu, de los espíritus fuertes. Ésta es una época terrible y confusa, sólo apta para espíritus fuertes porque los débiles enloquecerán o perecerán. Quién entiende el mundo hoy en día.

No hay vínculo mayor que el de padres e hijos, pero cuando las niñas se vayan quedaremos Andrés y yo. Nos miraremos a la cara y recorreré los cuartos vacíos como un alma en pena; no quiero ni pensar en ese momento. Además seguiré siempre preocupada por la suerte de Bea y Marta, dispuesta a acoger sus fracasos y sus disgustos, dispuesta a alegrarme con sus éxitos, dispuesta a callar ante sus errores si ellas no me piden mi opinión... Hoy Andrés está fuera, viajando por Italia y Francia, y yo llevo una semana con la familia auestas, el pobre Cuchi se está muriendo de sida, ni Lourdes ni Casilda ni Carlota ni Julieta están a mano y la casa se me viene encima. Quizá debería llamar a mi madre, o a mi suegra, llevarlas a las dos a tomar chocolate con churros y darle a la lengua, pero no tengo cuerpo para eso, no tengo ánimos, no tengo voluntad. Lo único que tengo es ganas de echarme a llorar, meterme una buena llorera hasta que me canse. A lo mejor, después de la llantina, me vienen las ganas de salir a merendar, que es una manera de desahogarse o, quién sabe, salir a andar, simplemente andar por esas calles para sacarme la murria de encima y ver a la gente que va y viene porque esta ciudad, al fin y al cabo, es un dislate, pero un dislate muy variado.

Me canso. A ver si va a ser la edad.

Las madres de Clara y Andrés murieron en un accidente de autobús. Se habían apuntado a los viajes que el Estado organiza para la gente de la tercera edad y el autobús en el que viajaban se precipitó por un barranco ocasionando una verdadera catástrofe. El Gobierno de España había decidido desde tiempo atrás entretener lo más posible a la población jubilada y a tal efecto cientos de autobuses recorrían las carreteras de norte a sur y de este a oeste todos los días del año, hiciera frío o calor, llevando de excursión a los animosos ancianos con el resultado de que de vez en cuando moría alguno por el camino o quedaba ingresado en algún hospital. Aquel accidente, sin embargo, impresionó a toda la opinión pública excepto a los ancianos, que lo tomaron como un riesgo asumible y siguieron llenando los autobuses con el mejor espíritu, espoleados quizá por los cuatro días que les quedaban por vivir, como dicen los castizos, y por la inmovilidad forzosa de los años duros, cuando un simple viaje de un pueblo a otro vecino era una aventura para recordar toda la vida.

Esta vez las chicas, que ya tenían edad, se ocuparon de los asuntos de la casa mientras Andrés y Clara se ocupaban a su vez de los trámites de recuperación y el entierro y, sin tiempo para asumir la tragedia, lo hicieron todo y volvieron a sus trabajos. Las niñas sí se apenaron mucho, pero a ellos no les dio tiempo hasta pasados unos días, cuando a cada uno se le abrió un hueco en sus vidas, pues hubieron de asimilar que ahora no quedaba nadie por delante de ellos, que ellos eran ya la primera línea de combate ante el curso de la vida, que nadie les cubría las espaldas, que el pasado protector se había cerrado sin remisión, que ellos eran ahora la referencia.

El suceso fue un golpe para los dos porque, además del dolor por la pérdida, la vida les había mostrado una realidad que les cogió con el paso cambiado. A la casual fatalidad se unía una suerte de incompreensión lindante con la irrealidad. Sin embargo, algo positivo sacaron de ello: la brutal ausencia de las madres estrechó el lazo que los unía. Cada uno contemplaba al otro como la garantía del vínculo perdido y se cuidaban con un afecto rayano en la debilidad. Las niñas, sobre todo Beatriz, se percataron de la pena de sus padres y allí puede decirse que empezó su verdadera entrada en la edad adulta, guiadas por la conciencia de la pérdida y por los efectos de esa conciencia sobre la familia. Por primera vez en ellas, el otro suplantó al yo y en el yo de cada una empezó a germinar la generosidad. Y fue esa reacción lo que hizo posible que los padres recuperasen la estabilidad. Puede decirse que en aquel año el hogar de los Delcampo entró en un período de entendimiento en el que fue posible el desarrollo y afirmación de la personalidad de cada uno sin menoscabo sustancial de la de los demás. De hecho, de allí salió la idea de viajar a Sevilla en lo que en esos momentos era la bomba ferroviaria nacional: el tren de alta velocidad, conocido como Ave, objeto de toda clase de denuestos y acusaciones de megalomanía, despilfarro e inutilidad por la derecha reaccionaria y que, como ocurriera tras la promulgación de la Ley de divorcio, fue utilizado masivamente por esa misma derecha reaccionaria en cuanto echó a andar; se rasgaron las vestiduras en público, sí, pero sólo lo último adquirido en

las rebajas, no el *fond d'armoire*. En fin, el viaje a Sevilla surgió del reencuentro entre Andrés y Rodrigo Méndez de un año antes. Pero eso lo veremos más adelante.

Por ahora baste decir que Andrés se había convertido en un aguerrido empresario por cuenta ajena, pero el ejercicio de su trabajo en Divino Disegno le había proporcionado las claves para ir pensando en establecerse por su cuenta. Disponía de dinero, pero sobre todo disponía de crédito, además de una buena reputación. Sus contactos con diseñadores españoles le habían animado a estudiar la posibilidad de empezar a trabajar directamente o como asociado de algunos de ellos en la organización de una pequeña empresa bien gestionada que le permitiera cumplir el sueño que había hecho presa en él: ser un empresario creativo. Andrés no tenía dotes para el diseño, pero había adquirido un gusto muy depurado, lo que le permitía moverse con bastante seguridad entre los profesionales del oficio. Él entendía que en su persona se superaba el clásico antagonismo entre creativo y ejecutivo, por lo que su entrada como independiente en un mercado en alza como el del diseño industrial era una apuesta tan coherente como inevitable. A ello se añadía, además, que la relación de Julieta Romeo con el millonario seguía viento en popa, de modo que la influencia de Julieta, que estaba entusiasmada con el proyecto, podía suponer una aportación de capital capaz de despejar las últimas dudas de Andrés, si es que las tenía; porque, en realidad, su principal preocupación era la de resolver la relación con Divino Disegno de la mejor manera posible, ya que, con las franquicias, la marca se había extendido por todas las ciudades españolas de primera importancia y representaba un considerable volumen de negocio que, en todo caso y según su conciencia, se obligaba a dejar en buenas condiciones y orden antes de iniciar su aventura. Andrés Delcampo tenía en mucho su reputación personal y en modo alguno aceptaría que en el sector se dijese de él que había dejado en precario a su anterior empresa para quedarse con el *know how* y la cartera de clientes.

–Te creerás que te van a apreciar ese gesto –le comentó uno de sus colaboradores.

–Puede que no y puede que sí –le contestó Andrés–, pero no lo hago por ellos sino por mí. Es una cuestión de principios.

Clara temía por la aventura de Andrés aunque lo apoyaba sin fisuras. El temor se lo guardaba dentro. Por fuera se decía, para convencerse, que si a la edad de Andrés una persona no es capaz de jugarse el presente por el futuro, tiene que aceptar que ya no le queda nada por hacer. Decidió que lo apoyaría absolutamente. Clara creía en la fuerza del carácter; si la cosa salía mal, se arremangaría para enfrentar la penuria y la verdad es que no estaba dispuesta a achantarse ante la adversidad. En su corazón albergaba una fuerza superior a la de Andrés y la idea de jugarse el futuro en una aventura para la que consideraba a su marido perfectamente capacitado la excitaba. Clara era una mujer valiente que sabía distinguir muy bien entre sus temores y su capacidad de lucha. Andrés iba a montar su empresa pronto o tarde y si el asunto salía mal, ya se las ingeniarían para salir adelante. Si hasta entonces lo habían conseguido, ¿por qué razón no iban

a seguir haciéndolo? En los momentos decisivos hay que confiar en uno mismo y todo aquello que los había llevado hasta donde se encontraban no era un regalo del destino. Ésos eran sus razonamientos, a veces un poco contradictorios, producto de la inevitable vacilación ante lo que se presentaba como una apuesta de riesgo, pero, en cualquier caso, bien planteados.

Beatriz tenía dieciocho años y ya estaba en la Universidad. Marta continuaba su bachillerato. Sus adolescencias, pese a las actitudes bien distintas de cada uno frente a ellas, tenían a sus padres en vilo, pero no habían causado males irreparables; el dinero había dejado de ser un problema y lo trataban con familiaridad; ambos apreciaban su trabajo y en general se encontraban a gusto con él; su vida amorosa comenzó en un remanso del río del pueblo o, de acuerdo con el tío Cadavia, el día en que depositaron el anillo bajo la lengua de un Andrés dormido, y la verdad era que al cabo de tanto tiempo entre los dos reunían un buen currículo. Ahora se avecinaban cambios de importancia y lo mejor era meterse en ellos de cabeza.

España, entre los Juegos Olímpicos de Barcelona y la Exposición Universal de Sevilla, vivía en un estado de fasto permanente. El dinero corría a espuestas. «Creced y enriqueceos» fue el mensaje que percibió la gente y todos se pusieron a ello con entusiasmo digno de mejor causa, pues el ferviente empujón económico y social que el país recibía ocultaba intenciones espurias, en opinión de Luis Bonafé.

–Clara, ¿estás ahí?

Clara cierra el libro que estaba leyendo junto a la ventana y se acerca a la cama donde reposa Cuchi Mendina.

–¿Sabes? Estoy pensando que esta agonía dura demasiado. ¿No hay forma de ponerle fin? A mí qué diablos me importa seguir vivo en estas condiciones.

–No puedes volver a tu casa, Cuchi, no tienes a nadie que te cuide; yo sólo puedo escaparme un rato por la tarde y no todos los días.

–Creo que quiero ir a casa. Hay que arreglarlo. No soporto esta habitación compartida. Ya me han cambiado dos veces de compañero, por decir algo de estos dolientes que vienen y se van, y yo sigo como un muerto en vida. Lo mejor sería salir a la calle a cogerse un buen catarro y adiós muy buenas.

–No empieces con la cantinela de siempre.

–No tengo otro tema del que hablar.

–Atiende, Cuchi; la medicina hace progresos a una velocidad de vértigo. Lo que hoy no tiene cura, mañana está resuelto. Hay tanta gente infectada de sida que, aunque sólo sea porque sois un negocio, la ciencia, aliada a los laboratorios, trabaja a marchas forzadas.

–Me encanta tu optimismo tan economicista.

–Es la realidad.

–Supongo que tú te tomarías esto mismo de otra manera.

–No, yo me lo tomaría igual de mal, pero no me rendiría.

–Porque tienes alicientes en la vida. Yo no tengo ninguno.

–¿Y cómo has vivido hasta ahora?

–Eso ya da igual. Lo único que importa es que estoy atado a esta cama, atacado por un sida vertiginoso que, además, se ha complicado con mis propios excesos, un sida que ni siquiera ha ido por sus pasos, y teniendo que soportar cada día que me estoy muriendo, que ya nunca volveré a vivir tal y como yo deseo vivir, que es una espera cruel e inútil... y un tormento injusto, pues no hay pecado que lo justifique. Clara, ¿no puedes hacer nada?

–Pero ¿qué quieres que haga?

–Hay medios...

–Cuchi, por favor.

–No me obligues a tirarme por la ventana, me horroriza esa muerte.

–Cuchi, no digas burradas porque como se te ocurra tirarte me tiro yo detrás.

–No, no lo harás porque tienes dos hijas y a Andrés y... futuro, vida, aire, el mundo...

Un brillo intenso de humedad en los ojos delata la pena de Héctor Mendina.

–¿Tienes miedo? –pregunta Clara, conmovida.

–No, mi desolación, mi amargura, son tan grandes que no me cabe ni una pizca de miedo. Es peor que el miedo: es que no me soporto así, convertido en un guiñapo, esperando el final; es esta espera lo insoportable; mucho peor que la enfermedad, es la certeza y la inutilidad del tiempo que pasa. Lo veo pasar durante todo el día y lo escucho pasar cuando cierro los ojos por la noche fingiendo dormir.

–¿Nadie más viene a verte?

–¿Para qué? ¿Para asistir a la agonía del monstruo de feria? No le voy a dar ese gusto a nadie. Andrés ha venido una vez, pero es terrible, no soporta verme así, lo noto nada más verle entrar por la puerta; no tiene tu generosidad; o tu aguante, lo que sea.

–Pero está la familia.

–¿Qué familia visita a la oveja negra? Se alegrarán de librarse de mí. Yo he sido siempre un incordio para ellos.

–No para tu madre.

–Pobre, mejor que haya muerto sin tener que contemplar este espectáculo.

–Oye, ¿por qué te zahieres de ese modo? ¿A qué viene ahora esta imagen que estás dando de ti mismo como un desgraciado?

–No quiero morirme, Clara, y me voy a morir. No sabes lo que tienes, no sabes lo que es la vida. Yo sí lo sé; yo, como se dice, he apurado la copa hasta las heces; por eso sufro como sufro esta agonía, porque cada día que pasa me despido de lo que he tenido y me resulta imposible de soportar. Mi memoria, Clara, odio mi memoria, me la arrancaría de la cabeza si pudiese. Y esta espera, Dios mío, esta espera inclemente.

–Andrés va a venir a verte.

–No creo que vuelva, se siente muy mal, le asusto.

–No lo hemos podido ocultar, Cuchi. Quizá venga alguno más de los amigos, Bonafé...

–¡Pobre Bonafé! El alma más noble.

–Se ha separado; está hecho polvo; tenía una amante desde hace tres años y nadie sabía nada.

–Ése ha sido el problema de muchos de nuestros amigos: que siempre han follado mal y a destiempo.

–No seas malvado.

–Me lo puedo permitir, Clara, y además es la verdad. Parece que Clara va a hablar, pero de inmediato calla.

–Anda, vamos –dice Cuchi con una sonrisa forzada–, suelta lo que ibas a decir.

–No iba a decir nada.

–Mentirosa. Lo diré yo por ti: piensas que yo me veo así por no construir un nido y por no tener la moderación que ha rodeado vuestras vidas.

–No he pensado eso.

–Claro que lo has pensado. ¿Le vas a negar la verdad a un moribundo?

–No lo he pensado.

–Eres cruel.

–¿Te pasas así el día, royéndote por dentro?

–¿De qué crees que me quejo? ¿De la clase de vida que he llevado? ¿Del hecho de morir? No, cariño, te lo he dicho, me quejo de esta horrenda fatiga de sobrevivir cada día.

–Me agotas, Cuchi.

–Vete. Déjame.

En el bar inglés de un hotel de lujo de Madrid, Rodrigo Méndez y Andrés Delcampo charlan sentados en sendas butacas de cuero ante unos vasos de malta que reposan en una mesa baja. Rodrigo fuma y Andrés no. Las paredes, cubiertas por una *boiserie* que enmarca unos paños entelados de los que cuelgan grabados coloreados de estilo deportivo bajo unos focos dorados y estrechos, y las gruesas alfombras, tendidas sobre un suelo de moqueta color púrpura, emiten una confortable sensación de acolchamiento que ahoga las voces de los escasos clientes y los pasos del camarero atento al servicio. El conjunto recrea una serenidad irreal.

Rodrigo Méndez luce un aspecto radiante y expansivo y Andrés Delcampo parece más bien pensativo y recogido, como si hubiera de tomar una decisión de importancia allí mismo, sobre la marcha.

–El asunto es tan sencillo –propone Méndez– que no necesita mayor explicación. Todo en orden. Todo legal. Solamente tenemos que ponernos de acuerdo en el modo de emitir la factura.

–El asunto me inquieta un poco, Rodrigo, te voy a ser sincero. En cuanto al material, yo creo que puedo disponer de él en la fecha prevista, aunque me estás apurando mucho; pero, en fin, si ha de ser así, la cosa no tiene vuelta de hoja. Pero en cuanto a lo que se llama comisión...

–Gastos añadidos, seamos precisos. Hombre, Andrés, es una manera de hablar, tú lo sabes.

–... me preocupa la huella de ese dinero. Yo tengo una responsabilidad que cubrir y, como primera medida, me veo obligado a consultar por arriba; en otras palabras, necesito un visto bueno. Y luego, te diré que me vas a tener que dar la fórmula contable porque no la veo clara.

–Eso déjame a mí. Escucha, don Honesto, no te la cojas con papel de fumar. Tú diriges una empresa, ¿no? Esa empresa tiene que colocar sus productos, ¿no? Bien, yo te estoy diciendo dónde colocar una partida de mobiliario que os resuelve una parte importante de la facturación del año y a ti, personalmente, te supone una alegría económica. Estas cosas se cogen al vuelo, Andrés, porque no son ningún fraude ni nada por el estilo sino pura y dura transacción. Así es como se hace, así es como lo hacen todos, y tú no vas a cometer la tontería de desperdiciar un pedido semejante que además no es más que el primero, porque de lo contrario lo mejor es que te metas a cartujo –Rodrigo toma aire y prosigue animosamente–. O somos o no somos; en esto no hay medias tintas. Yo mismo, ¿me ves con pinta de cometer ilegalidades teniendo en cuenta para quién trabajo? Riesgos, sí, Andrés, pero los justos. Lo que sucede es que, como en todo, hay atajos y yendo por ellos se gana tiempo y dinero. ¿Me sigues?

–Sí, te sigo. Hay que ver lo que se parecen unos tiempos a otros.

–Eh, no te equivoques. El enchufismo es ya cosa de otra época. Ahora vivimos en el libre mercado. Oferta y demanda. Con Franco sólo había una oferta: la que ellos querían y todos a callar.

–Sí, el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente.

–¿Te acuerdas? Sinceramente, Andrés, ni tú ni yo esperábamos vernos en éstas, pero no olvides que te lo advertí: ésta es la época de las ocasiones y hay que aprovecharla antes de que cambie el viento o de que los jóvenes lobos que vienen detrás nos expulsen del territorio.

–Todas tus metáforas son metáforas de depredador, ¿te das cuenta?

–De cazador, en todo caso. El cazador cumple unas normas, no es una alimaña sedienta de sangre que va por ahí sembrando el campo de cadáveres que luego no consume. Cazar para vivir: ése es mi lema.

–No, si argumentos no te faltan. Así que tienes más asuntos en perspectiva.

–Tú y yo podemos hacer grandes planes. Mira, yo te estoy poniendo en la mano un asunto limpio y jugoso del que nos beneficiamos ambos. Pero asuntos hay muchos, todo es cuestión de ir por ellos. Los italianos te van a poner en un altar.

–Estaba pensando independizarme.

–¿Qué me dices? ¡Pero eso es mejor todavía! Andrés, lo veo tan claro que me deslumbra. Si te quieres independizar, nada como arrancar con una buena cartera de pedidos desde el inicio, ésa es la manera de conseguir financiación. Tú pones la factoría y la logística y yo me ocupo de que los catálogos lleguen a donde tienen que llegar. Es más, incluso estoy pensando que podríamos ser socios. No de una manera pública, claro, porque eso me quitaría libertad de acción, pero también podemos arreglarlo. Conozco a la persona adecuada: un *capo* de la ingeniería financiera. Yo tengo muchas cosas entre manos, ya lo verás, y al final todo acaba entrando en relación.

–¿Servicios a la patria? –dice Andrés con un íntimo regocijo.

–Sí, ¿por qué no llamarlos así? ¿Qué crees que es la Expo?: una manera de hablar al mundo, de reconfigurar una ciudad, de mover dinero, de dar trabajo, de crear infraestructuras. Y ahí queda luego. Es el sino de los tiempos, Andrés.

Andrés calla unos momentos, meditando.

–¿Así que lo llamamos Gastos Añadidos? –dice al fin.

–Es un nombre muy decente. En el fondo, es lo que es.

–Muy bien. Te doy respuesta en seguida. Ya veo que no hay más cera de la que arde.

–Tú lo has dicho. Oye, por cierto, ¿eres tú el que me ha colocado el sambenito de Mendaz?

–¿Yo? No, señor, nada de eso. Tienes cierta fama y a alguien se le ha debido de ocurrir, pero no viene de la vieja pandilla, al menos que yo sepa.

–Vale. Es que estas cosas empiezan siendo una broma entre amigos y acaban en infamia pública. No me gustaría que llegáramos a eso.

–¿Llegáramos?

–Ah, lo decía como cosa coloquial, no apuntaba a nadie en concreto. Mira, Andrés, la vida es de todos los colores, unos más lucidos que otros, y hay que vestirlos según las ocasiones. Lo que no se puede es ir desnudo por mitad de la calle; es preferible que te señalen con el dedo por otras razones que no por ir desnudo por el mundo. ¿Me explico?

–Te explicas. Siempre te has explicado, Rodrigo, desde que te conozco.

-Eso no irá con segundas...

-No, macho, va con tu carácter. Punto. No hurgues donde no hay nada escondido.

-Estamos de acuerdo.

Cuando me enteré de la condición terminal de Cuchi, me quedé frío. No supe por qué, pero me quedé frío. Incluso recuerdo que me lo reproché a mí mismo, pero, con todo, no me atrevía a ir a verlo, y eso que Clara, que estaba en plan hermana mayor o algo por el estilo, lo acompañaba a menudo y me animaba a visitarlo. Al fin hube de ir, con muy pocas ganas, y la entrevista resultó penosa porque yo me encontraba tan fuera de sitio que, en el afán por romper el hielo y dar sensación de normalidad, hice todos los comentarios inadecuados que me dictó mi torpeza. En la mirada cansada de Cuchi, que oscilaba entre la incomodidad y una comprensible resignación, pude ver reflejado mi propio desacierto que se unía además a unas ganas crecientes de escapar cuanto antes del cuarto. En la resignación y la forzada simpatía con que me aceptaba entrevisté también una especie de dolorida sorna.

Ahora conozco el porqué de aquel reparo mío: era el rechazo de la muerte. La tenía ante mis ojos, encarnada en la decrepitud de un amigo con el que había compartido tal cantidad de experiencias que, en cierto modo, era como contemplar la muerte de una parte de mi memoria, o más que eso, de mi propio ser; y no podía soportarlo. Yo, que vi morir a mi padre y acompañé el cadáver de mi madre, no me sentí tan tocado por el ala de la muerte como contemplando a Cuchi Mendina en el lecho donde agonizaba. Yo, que le conocía bien, sabía mejor que nadie lo que estaba sufriendo en esa larga, desesperada e inútil agonía y quizá por eso, y también porque con su muerte se llevaba algo de mí, no supe ofrecerle no ya el menor consuelo sino una verdadera muestra de amistad. Y me temo que mi egoísmo y mi ceguera fueron tales que no dudo de que se fue de este mundo interpretando mal mi rechazo. Lo cierto es que me quedé desnudo ante él, desnudo de palabra y de afecto, por la angustia que me producía reconocer que se moría; porque ésa era la verdad: que yo no le perdonaba que se estuviera muriendo.

Este recuerdo es especialmente doloroso y culpable y me ha vuelto de pronto al ver a lo lejos a Clara, a la que apenas distingo ya al encontrarse mis ojos con la luz del sol sobre el horizonte; ella sigue caminando difusa entre el velo del atardecer y la arena confundida con los reflejos del agua en la orilla. ¿Por qué tuvo que ser así la despedida del viejo amigo queridísimo? Cualquiera al que se le pregunte y que recuerde aquellos días le daría otra interpretación, llena de sentido, lo reconozco, pero falsa de toda falsedad. Celos, pensaría la gente. No, a pesar de todo, no hubo asomo de ellos. Fue el rechazo a la muerte. Al menos al Figura no tuve ocasión de verlo morir, y, sobre todo, la diferencia entre la instantaneidad de un accidente mortal y la obscena presencia de la muerte devorando un cuerpo y su espíritu días tras día explica que la primera conciencia de lo insufrible del hecho me sorprendiera de aquella manera. Sí, era obsceno y reconocible; ésa es la palabra: reconocible. No era una obscenidad genérica, ajena, como la de una película porno, sino un reconocimiento feroz, un golpe bajo, una degradación de insuperable fealdad y, sobre todo, la insoportable presencia de la fatalidad.

Clara es ya sólo un punto en el horizonte, donde las rocas se diluyen en el agua al pie de la arena. Si no fuera porque sé que ha de dar la vuelta, ya que está al final del camino, sentiría algo parecido al horror de la pérdida. Pero no debo pensar en ello.

De pronto la tarde se ha enfriado. El camarero ha empezado a levantar las mesas.

–No tenga cuidado, señor, puede terminar su copa sin prisas. Aún no vamos a cerrar –dice al percatarse de mi estado de ánimo. No sé cómo lo ha notado. Hoy tengo la sensibilidad a flor de piel.

Ya vuelve Clara, otra vez la pincelada vertical de su figura en el paisaje horizontal de arena y agua.

Mateo Perdiz se queda mirando a Andrés, abrumado por el desastre.

-Lo siento. Lo siento. Creí que sabías... Siempre he sido un bocazas, no sé callarme, no pienso lo que digo. Lo siento de veras. Yo...

-Cuchi Mendina -dice Andrés anonadado-. No me lo puedo creer.

-Yo tampoco pondría la mano en el fuego. No lo sé, ésa es la verdad. No me lo tomes a ciegas, puede ser un error, un error, a mí no me consta.

-Cuchi Mendina -repite Andrés. Mira sus manos ante él, abiertas, como pidiendo una explicación, pero mira sin ver, es un gesto inconsciente de estupor, la manos caen sobre los muslos, no levanta la mirada, bloqueada en algún punto de su mente hasta que al fin se cubre los ojos con la derecha sin reparar ni por un instante en el gesto de congoja de Mateo Perdiz, que le observa fijamente, con el aliento suspendido.

-¿Pero cuándo...?

-Te juro que creí que lo sabías...

-Te estoy diciendo que cuándo fue, que desde cuándo.

-No lo sé. Después de aquel día que nos lo encontramos en el Bourbon.

-¿Te refieres a Cuchi y al Rolando ese de los cojones?

-No, a Rolando, no. A Cuchi.

-Pero me lo habría dicho Clara.

-No sé, joder. A lo mejor fue una aventura de una vez.

-Mateo, espero que no me estés viniendo con una habladuría o algo por el estilo porque si esto viene de muy atrás la cosa es muy grave.

-Mira, yo no sé nada. No sé por qué se me ocurrió abrir la boca ni a cuento de qué ha venido. Lo siento mucho. No sé qué decirte. Y no, no tengo certeza, no lo he visto con mis ojos.

Que eres imbécil lo constatas siempre después de haberlo sido y yo soy una imbécil de marca mayor. Debí haberlo hablado con él, a riesgo de lo que fuera; pero ¿cómo se explican estas cosas? ¿Así por las buenas? Oye, que es que me he acostado con Cuchi aprovechando que fui a cantarle las cuarenta a mi familia. ¿Cómo iba a decir una cosa así? Además, no es cierto. Yo sabía que iba a ocurrir. En primer lugar, lo sabía desde la noche en que nos encontramos a Cuchi y el tontaina aquel venezolano en el Bourbon. Qué le vamos a hacer, me dio un tirón por Cuchi; sería el ambiente, las copas, la zalamería del otro, que también quería participar. El caso es que esa noche supe que pronto o tarde iba a acabar en la cama con Cuchi. Y así fue. Y lo peor es que sucedió a propósito porque, aunque yo estaba por los suelos cuando me enteré de lo de mi ángel, sin defensas, y era evidente lo que significaba buscar su compañía, fui a buscarlo; o quizá Cuchi intuyó también que era el momento. Pero no quiero excusas: pude haberme negado y no lo hice. Y lo peor es que no sé por qué no compartí con Andrés el golpe horrible de descubrir lo que habían hecho con el chico de aquella familia que antes había protegido a mi padre escondiéndolo de la furia miliciana; con mi ángel, maldita sea. Me guardé para mí sola el daño, por hacerme la fuerte o por pura vergüenza, tampoco lo sé. Todo mal hecho de principio a fin. Y aquí está el resultado. Me lo merezco, por imbécil.

Ha sido una pelea espantosa. Una de esas peleas en las que te cierras en banda y en vez de aceptar la parte que te toca, te emperras en rebajar al otro, a ver si así lo pones a tu altura y los dos lloramos juntos por nuestras bajezas. ¿Qué tiene que ver en esto la vida sentimental de Andrés? ¿A mí qué me importa si ha tenido o dejado de tener aventuras en todo este tiempo? Las tuvo antes de casarnos, pero nos queríamos y no me dijo nada, lo tuve que suponer, tampoco hablamos de ello, era supuesto y punto. Lo peor es que sospecho que no ha tenido ninguna desde que nos casamos y, si alguna ha habido, que también es muy probable, es seguro que fue cosa de una noche, un viaje, una circunstancia expresa. En todo caso, yo puedo echarle cosas en cara, pero ¿qué gano con eso?, ¿qué me alivia a mí de mi silencio con Andrés? Porque no es haber echado unos polvos con Cuchi, no, es el silencio, es callarlo, es haberlo dejado ahí atrás como si no pasara nada; o sea, era un asunto pendiente, sin asumir, sin cerrar; y esos asuntos acaban saltando siempre cuando menos te lo esperas. En eso tiene razón. No se la he aceptado, claro, pero la tiene. Habría que ver cuál hubiera sido su reacción si se lo cuento, no pierdas eso de vista, pero tengo que concederle el beneficio de la duda y, sobre todo, sobre todo, maldita sea, no habría sido un secreto, que es lo que lo hace más lamentable.

De todas formas... ¿acaso él me ha contado algo de su vida amorosa? Porque él y yo vivimos como si hubiéramos estado siempre bajo el hechizo del anillo. Si una muchacha se te desnuda en el río, digo yo que también tiene un punto pecaminoso, y sin embargo eso nos parecía estupendo. ¿Dónde está el problema? ¿En la pertenencia del uno al otro hasta que la muerte nos separe? Lo que más me duele es que seamos los dos unos hipócritas pero que a él le asista toda la razón cuando

dice que ha sido un engaño, cuando dice que me lo callé. Habría preferido mil veces tener una bronca entonces que no ahora, porque me siento culpable y me llevan los demonios por eso. Ahora está por ahí de viaje, haciendo vete tú a saber qué, tomándose la venganza, me imagino, lo cual diría muy poco en su favor aunque tenga derecho a vengarse. O no. ¿Por qué va a tener derecho a vengarse? Yo no he dejado de quererlo, y él tampoco a mí, aunque ahora esté hecho una furia. ¿Está furioso? Pues que se dé una ducha fría. ¿O porque yo haya cometido un error él tiene que devolvérmelo? ¿En qué consiste el amor? Yo no me habría ido de casa. O, por lo menos, me habría ido sólo un día, hasta que se me pasara el cabreo. No me duran más tiempo.

No lo sé. No sé cómo hubiera reaccionado, bien es verdad. Lo mismo estaba como él. La vida ha cambiado mucho en este país y, sin embargo, seguimos siendo presa de los mismos sentimientos primordiales: los celos, el miedo, la muerte... Parece tan absurdo desplomarse por un asunto como éste... y, mira, en un momento ha saltado todo por los aires. Yo ni siquiera creo que sea un problema de celos, yo creo que es un problema de orgullo herido. Y, por si faltaba algo, yo ahí visitando al pobre Cuchi, que se está muriendo solo en el hospital. No sé con qué ánimo voy a ir a verlo esta tarde, él no sabe la que está cayendo sobre mis espaldas, no se lo puedo decir. Pobre Cuchi, qué final tan terrible, tan fulminante. ¿Le digo algo a Andrés? Probablemente, cuando vuelva, si es que vuelve, Cuchi ya habrá muerto. Si es que vuelve... Sí, va a volver; pronto o tarde volverás; la cuestión es cómo volverás, para qué volverás, todavía no sé si se ha roto algo definitivo o no, yo quiero pensar que no, no sólo por mí, también por las hijas, pero estas cosas dejan huella, son heridas que no se restañan así como así porque ya estamos mayores, demasiado hechos, demasiado impotentes ante nuestros tics, ante nuestras manías. Es curioso que no sienta miedo sino pena, compasión por mi estupidez; es tan duro aceptar que lo sucedido no tiene vuelta atrás. Ese sueño infantil: si yo pudiera regresar en el tiempo, borrar la pizarra y escribir de nuevo, correctamente, el enunciado que me habían pedido. Pero ya es tarde, estás de regreso en tu pupitre y el profesor ya estudia la pizarra con gesto torvo y luego se vuelve, triunfal, hacia ti y te dice, feliz de mostrar la presa obtenida: «Zubia, vuelva usted al encerado», y tú sólo quieres que te trague la tierra, pero tampoco eso sucede.

No sé si estoy más avergonzada que furiosa. Me parece indecente que se haya largado sin más, sin aceptar una explicación, con ese aire de macho ofendido que aparenta tranquilidad, que pretende castigarte con la frialdad de una hoja de guillotina. En estos momentos es cuando cada uno muestra su mejor esgrima y ahí estará él en un hotel de Milán con un whisky en la mano y dando vueltas por la habitación como un león enjaulado y aquí estoy yo sin saber si reír o llorar, esperando a que lleguen las chicas para cambiar la cara. Y, además, yo estaba hecha polvo aquella semana, pero me sentí bien con Cuchi. ¿Por qué tengo que arrepentirme? Nunca más ha sucedido algo así. Me siento estigmatizada y es injusto. Ay, Clara, Clara, ¿por qué no se lo dirías entonces a Andrés?

II

*Take courage, lover!
Could you endure such grief
At any hand but hers?**

Robert Graves

La lluvia fina se expande como vapor de agua sobre el paisaje y lo convierte en una imprevista mancha de color verdegrís en la que se distinguen collados y hondonadas, casas y cercados, caminos y ribazos, animales quietos y pacientes, alguna figura humana que se apresura por la carretera bajo un paraguas negro. Andrés y Bertoldino están en la terraza, a resguardo del techado, mirando a lo lejos, hacia las lomas tras las que se adivina el mar. Ante ellos, reposan en la mesa dos vasos bajos cargados de hielo y ron blanco, una fuente de ostras abiertas, un pimentero y un plato con unos cuartos de limón cortados. Aunque el tiempo templado invita a salir al aire libre, no hay nadie más en la terraza. Ninguno de los dos parece sentir la humedad que empapa el ambiente. Cada uno con las piernas extendidas a ambos lados de la mesa, tocando el suelo con los tacones de sus zapatos, se mantienen apalancados en las dos ligeras butacas de anea que han tomado del interior del local. El cielo es una lámina invariable de color panza de burro que ha descendido sobre los hombres en esta mañana tan desabrida para cualquier actividad campestre como grata para la contemplación. A la terraza llegan, desde el fondo del local, donde está la barra a la entrada, voces altas de conversaciones bruscas y cordiales, atenuadas por la cristalera del salón restaurante que se encuentra entre medias. Con un suspiro que parece sacarlo de la ataraxia, Bertoldino se lleva la mano al bolsillo de su cazadora, saca un paquete de cigarrillos, se lo tiende a Andrés, que lo rechaza, extrae uno y lo enciende con parsimonia. Tras expulsar el humo, que se diluye por el vapor de agua del paisaje, recoge las piernas y se reacomoda en su butaca. Una brisa húmeda les cruza las caras como una fresca caricia, una palmada traviesa que los saca de su estado de placidez. Al sentirla, también Andrés se incorpora y estira los brazos hacia delante, luego mira a la mesa, toma una ostra, suelta la carne con ayuda del cuchillo, vierte unas gotas de limón y un golpe de pimienta y la engulle con evidente placer; en seguida da un sorbo a su ron helado y vuelve a la posición anterior en la butaca, como si necesitara concentrarse exclusivamente en las sensaciones del paladar. Bertoldino, que le ha estado observando, ríe entre dientes.

–Dulce vida –dice.

–Más necesaria que nunca –responde Andrés con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en lo alto del respaldo de su butaca.

De pronto la lluvia arrecia, la brisa les azota la cara bruscamente y un escalofrío les invade en pos de sus huesos.

Fabio Bertoldino, el poeta, ha de ser unos diez años mayor que Andrés. Es un hombre de rostro severo y flaco, aristas faciales pronunciadas, nariz aguileña, mandíbula firme y fuerte, pelo muy corto y empinado, ojos grises y labios carnosos sobre una prominente dentadura. Clara definió ese rostro como un cruce entre caballo y ave rapaz. Fuma sosteniendo el cigarrillo entre los dedos índice y corazón de una mano grande, manchada ya por la edad, propia de un hombre de buena familia rural. Viste una camisa vaquera, jersey de ochos, cazadora, pantalones de pana y unas botas de montaña. Instintivamente, Andrés lo compara con el extinto John Palacios y la diferencia salta a la vista porque el primero es un recto y duro tallo de bambú y el segundo era más parecido a un ligero y cimbreño tallo de trigo.

–Piensa –dice Bertoldino– que el matrimonio no es cosa pasajera, que está sujeto a corrientes subterráneas y escollos bien difíciles de sortear y que unas y otros acechan tanto más cuanto más poderoso es el amor: a mayor exigencia, mayor cantidad de obstáculos. Y si el amor se convierte o pretende convertirse seriamente en la singladura de toda una vida, entonces habrás de reconocer que la dificultad es extrema y la exigencia máxima. Contrariamente a lo que el común de la gente creería, cuanto más dura, más exige el amor. Es como una aventura que no acaba nunca hasta el fin natural. ¿Cuándo han sido plácidas, bondadosas, las aventuras?

–La aventura termina cuando cumple su misión –dice Andrés.

–Tú lo has dicho –consiente su amigo–. ¿Aceptaste embarcarte en el matrimonio para desembarcar sobre la marcha?

–No he dicho que quiera desembarcar.

–Eso es lo único que ocupa tu mente ahora: poner pie en tierra y abandonar. Pero considera las razones que te animan a ello. La principal será la venganza, supongo.

–¡No es cierto! –exclama Andrés.

–No mires en tu corazón sino en tu cabeza. Ahí es donde se esconde la idea. O donde trata de esconderse en este momento. Todo tu interés es demostrar que Clara ha cruzado el límite de lo permitido y que, en consecuencia, debe pagar por ello. Bien. Piensa, ¿quién ha fijado ese límite?

–Es un límite natural.

–No por cierto. Ni natural ni obvio. Se cruza la raya cuando se transgrede el pacto. ¿Qué pacto hay o había entre vosotros?

–Un pacto tácito.

–Ajá, he ahí el problema. En primer lugar, tácito no significa tácito. Y también callado. Si no hay pacto expreso, cada uno es libre de interpretar la fidelidad a su modo. La fidelidad, mi amigo, es una virtud perruna; la virtud humana verdaderamente digna de tal nombre es la lealtad. ¿Qué has decidido castigar, la infidelidad o la deslealtad?

–Las dos.

–Son contrarias en su esencia. No es posible. Y recuerda que la lealtad adquiere en muchas ocasiones apariencia de traición cuando no es más que un acto de valor: el de enfrentarse a alguien por amor a ese alguien. La persona leal busca

abrir los ojos al amigo, al amante, al ser querido.

–¿Abrir los ojos es entregarse a otro? ¿Es eso un acto de amor? Yo creo que es una traición, y una afrenta.

–Antes de seguir, contesta una pregunta: ¿a quién supones que ha traicionado ella, a ti o al amor que sienta por ti?

–A ambos, evidentemente.

–Ahí es donde te ciegas.

Andrés hace un gesto de desdén y se recuesta de nuevo, como apartándose de la conversación. Las voces procedentes de la barra han aumentado de volumen y llega hasta ellos con alguna nitidez una enconada discusión acerca de la reconversión de la cabaña vacuna de leche en ganado de carne. La discusión es a gritos, superponiéndose unos a otros hasta alcanzar un vocerío en el que nadie se escucha y todos hablan a la vez. Bertoldino, con una sonrisa, comenta:

–La eterna disputa de este país: es más importante hablar que atender. El otro no existe nunca en una discusión y el que habla sólo busca imponer sus razones, o lo que sean, por la fuerza y la insistencia de la voz. Parece que, volcados en la voz, perdida la razón.

–¿Así que tú no crees –dice Andrés incorporándose en la butaca– que haya deslealtad en Clara?

–Vamos por partes: ¿qué es lo que verdaderamente te hiere de su aventura?

–El silencio. Que lo callase. Todo este tiempo.

–Eso te hiere porque te sientes engañado; o, mejor dicho, humillado.

–Engañado. Con un tipo que, además, vive de las mujeres.

–Y muere por ellas –añadió con sorna Bertoldino–. El sida no viene por el aire sino por otros conductos más íntimos. Por cierto, ¿hay riesgo de contagio?

–No. Es una historia de antes. Es decir, si Clara no miente respecto a esa aventura. Yo no puedo saber si ha continuado, aunque fuera esporádicamente, en todo este tiempo.

–Demos crédito a Clara. Bien –Bertoldino enciende un nuevo cigarrillo antes de continuar hablando–. Estábamos en que lo que verdaderamente te hería era el silencio de ella, el engaño. Déjame preguntarte: ¿en tu caso habrías obrado de la misma manera o se lo habrías confesado a ella?

–Se lo habría confesado.

–¿Estás seguro? ¿Cierta y absolutamente seguro?

–No se puede ser tan tajante. Nunca sabes. Hay momentos y momentos. Tiene que ver con la ocasión.

–Así que es posible que, en atención a cualquier circunstancia inoportuna, hubieras decidido dejarlo para mejor ocasión.

–No lo sé. No creo –titubea unos segundos antes de volver a hablar–. Pero sí, cabe.

–¿No le concedes a ella el beneficio de la duda?

–No, porque fue deliberado por su parte. Lo ha dicho.

–Fue deliberado callar, entiendo.

–Y meterse en la cama con él.

–¿Eso también lo ha confesado?

–No, pero es evidente.

–Supongo que ella te dijo que pensaba que te haría daño saber lo sucedido y que confiaba en el silencio; que una golondrina no hace verano, como suele decirse.

–Algo así.

–De modo que lo peor no es el acto sino el engaño.

–Sí. No –rectifica Andrés enérgicamente–. Son los dos.

–Antes dijiste que lo que te hacía daño de verdad era el silencio.

–Yo... Es lo mismo, las dos cosas son lo mismo.

–De ninguna manera –protesta Bertoldino–. Si queremos entender el porqué de tu reacción, esto de que sin haberte largado de casa estés viviendo más fuera que dentro, el soportar la tensión de los encuentros en familia, con las chicas incluidas, a las que tú con tu silencio no has dado razón alguna y que no deben de entender nada de lo que está pasando... en fin, empieza por aclararte porque si lo que te duele es la pérdida de la propiedad, consentida, pero propiedad, de un cuerpo no es lo mismo que si la traición la colocas en el silencio.

–De un cuerpo y de un alma. De una persona.

–El alma, Andrés, no se la quedó Mendina, ni siquiera entonces; el alma y el corazón, ella te lo ha dicho y tú pareces no haberlo oído, siguen siendo tuyos. Tú no has perdido lo que llamas la propiedad, has perdido la exclusiva, si me permites que te lo diga así, y sólo por unos días y en un momento, según tengo entendido, en que ella estaba destrozada y tú apenas diste importancia a su estado. Por favor, no estoy de su lado, pero coloquemos todos los factores que dieron paso al hecho en su lugar.

–No lo justifica.

–Claro que no. Ella no se ha justificado, se ha explicado, simplemente.

–¿Y dices que no estás de su lado? No me fastidies.

–Esta conversación tiene sentido en tanto en cuanto confíes en mí; si no, tenemos que dejarla.

–Está bien. Lo retiro de momento.

–Curiosa precaución.

–Oye, ¿tú no eres demasiado racional para ser poeta?

Bertoldino da una calada a su cigarrillo por toda respuesta y exhala el humo lentamente mientras parece contemplar el paisaje con descuidado interés. Por un momento alza la mano con la que sujeta el cigarrillo como si quisiera señalar algo allá enfrente, pero renuncia o es un ademán malinterpretado por Andrés; sin embargo, en sus labios se dibuja, leve, una sonrisa torcida.

–Puede que sea un poeta racional, no metafísico, ni lírico –enuncia con deliberada lentitud–. Ni pastoril –añade burlón–. Lo mío es ser un escritor de culto que congrega a sus fieles en su pequeña parroquia de papel. ¿Racional? Sería la primera vez que me lo dicen. Ah, el poeta, *L'Albatros*, el vidente, Rilke el fino itinerante, el loco Scardanelli, el impetuoso señor Pound, el atormentado Celan... la imagen del arrebatado y la del melancólico son las imágenes más exitosas del poeta. Yo soy más modesto: la mayor parte de mi tiempo la consumo

racionalmente y sólo de tarde en tarde me poetizo. No se puede pedir más a un eficiente funcionario amante de los versos, de la música y de las matemáticas. Pero ¿no estábamos hablando de ti?

–¿Has estado enamorado alguna vez?, ¿perdidamente enamorado?

–¿Pretendes impresionarme?

–Hablo en serio. Enamorado como un animal.

–Los animales... Bien, no entremos en disquisiciones racionales. Te contestaré con otra pregunta: ¿crees que es posible decir que has vivido si no has estado enamorado? Yo he vivido. Intensamente.

–¿Y has sufrido también la pérdida? –insiste.

–Estoy solo.

–¿Te han herido en lo más hondo? –Andrés se alza en la butaca, acucia a su interlocutor.

–¿Has perdido tú a Clara?

Andrés va a contestar, pero se detiene, perplejo.

–Deberías dejar de nadar y sumergirte en aguas profundas. Tú has tenido alguna aventura, supongo, y probablemente lo has ocultado. Una aventura es un asunto azaroso y concreto que no tiene por qué afectar a una relación fuerte. Una relación que se rompe por una aventura es que ya estaba rota desde antes.

–No me confundas, Fabio. Te he dicho que lo que no soporto es el engaño, es decir, en este caso, el silencio. Pero, además, lo de Clara no es una aventura: es un encuentro deliberado y prolongado con un amigo mío que además es gigoló. ¿Acaso me he acostado yo con Julieta Romeo? Pues no habrá sido por falta de ganas.

–Te entiendo porque está buenísima.

–Y es de la quinta de Clara.

–Bueno, no comparemos. Cada una es cada una. ¿O ya no te atrae Clara?

–Ahora no sé qué decirte –contesta Andrés amoscado.

–Es decir, que te gusta –satisfecho con su intervención, Bertoldino se acomoda para encender un nuevo cigarrillo–. Bien. No sabemos cuánto duró lo de Clara y Cuchi; hasta donde me dices, esa semana larga en la que estuvo fuera de Madrid.

–Sí, porque con su familia estuvo un día y luego fue a encontrarse con Cuchi en un parador de turismo. Esa semana al menos, porque, luego, vaya uno a saber si se han seguido viendo.

–Por lo que conozco a Clara y teniendo en cuenta lo que te ha contado del asunto, yo diría que la cosa no continuó.

–Qué listo. ¿Cómo lo sabes?

–No es su carácter. No es mentirosa, no dice las cosas a medias, las cosas importantes.

–¿También el callar está en su carácter?

–Depende. Depende de sus razones. ¿Las conocemos?

–No hace ninguna falta conocerlas. Los hechos hablan por sí mismos. Y encima se lo monta con un follador profesional.

–Ya veo que de la amistad con Cuchi no queda ni rastro. Lo comprendo. Sin

embargo, debes de reconocer que lo de que sea Cuchi el ladrón de tu esposa te escuece como una herida abierta.

–Es una herida abierta.

–En todo caso, fue una semana y hace tiempo de ello. Tú sigues enamorado de Clara, al edificio no le ha salido ni una grieta a pesar de ese corrimiento de tierras – la imagen le hace sonreír a su pesar– y no tienes la menor intención de convertirte en ese padre que saca a sus hijas a comer los domingos y a echar el día con ellas para devolverlas a casa por la noche, ¿no es así? Pues en ese caso, arrégalo y quédate en paz.

–He perdido la confianza.

–Ya. No me digas que ahora miras a Clara como si estuvieras viendo a una ninfómana.

–Escúchame –dice Andrés exasperado–. Me han puesto los cuernos, me lo han ocultado, algo hay aún entre ellos porque Clara está asistiéndolo en el hospital o en su casa, no sé si ya lo han desahuciado del todo y enviado a casa, ella está imposible haciéndose la digna ofendida... ¡Ofendida! ¿Qué te parece? Me siento doblemente humillado, me siento traicionado, me siento...

–Lo que sientes es que Clara se ha rebajado a follar con un chulo, eso es lo que sientes.

Andrés se lo queda mirando de hito en hito.

–Pues sí –dice al cabo–. Eso es lo que siento. Lo que siento es que le he perdido el respeto.

–Así que a la mierda el callar, los cuernos, la traición y todo eso.

–Pues sí, todo eso –remacha Andrés.

Fabio Bertoldino sonríe mostrando su poderosa dentadura y se queda en silencio, mirando al frente, prendido del paisaje cada vez más húmedo y borroso por el vapor de agua que lo difumina. Las valvas de las ostras aparecen abandonadas por el calor de la discusión y en la fuente de porcelana blanca, como flotando en el agua deshelada, se mimetizan con el color del día. También el hielo de los vasos se ha deshecho así que Bertoldino toma el suyo, lo levanta, comprueba que efectivamente el ron se ha aguado durante la conversación y dice poniéndose en pie:

–¿Quieres otro ron? No deberíamos dejar solas a estas ostras.

Andrés, como ausente, niega con la cabeza.

–Voy a encargar que preparen ya la mesa y vuelvo –dice Bertoldino dirigiéndose hacia el interior del local.

Andrés acaricia el borde de su vaso distraídamente. Tiene un gesto pesaroso y de cansancio. La lluvia se mantiene con el mismo ritmo e intensidad y, a esta altura del mediodía, la humedad rezuma. Bebe despacio. Un sorbo y lo deja, aparta el vaso. El ron está aguado.

–Me dicen que diez minutos –Bertoldino regresa y no se sienta; se aproxima a la barandilla metálica de la terraza, apoya ambas manos en ella y las aparta de inmediato–. Está mojada –dice mientras se seca las manos con el pañuelo. Vuelto hacia Andrés, observa cómo éste ha perdido la mirada en el horizonte–. Día de

brumas –comenta–. Me fascinan los días brumosos, tiene un misterio especial esa naturaleza que brota de pronto entre la niebla o se esconde tras ella; parece que la tierra humea, suena un cencerro y aguzas la vista como un vigía sin saber por qué, si aguzas también el oído puedes escuchar ruidos y voces indistinguibles, como si una partida de elfos te estuviera acechando y embromando a la vez...

–Ahora sí pareces un poeta –dice Andrés sonriendo.

–Ah, sonríes. Tu cabeza se despeja como lo hará la niebla pronto, eso es bueno.

–Estoy dolido, apaleado, quisiera quedarme aquí sin hacer nada, mirando y bebiendo hasta la hora de dormir. Me encanta el silencio y me encanta el sonido de la lluvia mullendo la hierba al caer. Así debe de ser la felicidad.

–La felicidad tiene tantas formas que es imposible atraparla. Siempre se escapa por algún lado y cuando se escapa te deja un sabor amargo. La felicidad es una muchacha frívola y tentadora, pobres de nosotros.

–¿La felicidad es femenina?

–Muy femenina. Y nosotros muy masculinos. Por eso te envidio.

–¿A mí? ¿Por qué?

–Porque tu felicidad proviene del encuentro, de la pareja. Envidio tu estabilidad.

–¿Qué dices? Pero ¿de qué hablas? ¿Es que no te has enterado de nada de lo que hemos estado charlando?

–Por supuesto; si no, no te lo diría.

–No me fastidies, Fabio, no me digas que estás enamorado de Clara.

–Oh, no. Es imposible enamorarse de Clara, al menos para una persona consciente de sus limitaciones.

–¿Imposible? ¿Por qué?

–Porque ella te ama y tú la amas. Es un nudo que sólo puede romperse al estilo de Alejandro: con la espada. Y, la verdad, no parece que a él le diera un buen resultado a medio plazo.

–Pareces un cura reconviendo al esposo díscolo.

–¿Tengo yo pinta de cura? ¿Y tú de feligrés? No digas tonterías, por dios bendito. Te estoy diciendo la verdad que tú no ves, ofuscado por un hecho accidental que quieres elevar a categoría. Resulta cansado para gente como yo, que te llevo ventaja en experiencia y, perdóname, también en sabiduría...

–Mayor en edad, saber y gobierno –dice con sorna Andrés.

–Tú lo has dicho. Resulta cansado, digo, advertir del verdadero sentido de las cosas a alguien y ver cómo, en un acto de soberbia, sí, de soberbia –insiste al ver el gesto burlón de su interlocutor–, el adoctrinando cree zafarse de su maestro con su actitud displicente para luego, más tarde, al comprobar que se cumple lo predicho punto por punto, olvidar con fastidio cuanto antes a quien le advirtió. Y uno piensa: ¿para qué molestarse en hablar con quien no quiere oír? Todo cuanto necesitabas saber ha salido a la luz en esta conversación y yo no tengo nada más que decir. O sí, una última información: la mesa nos espera.

En la habitación del hotel, en el cuarto de baño, ante el espejo, Andrés se observa con atención. Ve la expresión de su cara, mezcla de ansiedad y decepción, y se dice que la vida pesaba demasiado. Sus ojos pequeños e irritados recorren las ojeras en primer lugar, descienden por la nariz afilada, brillante en la punta, luego se desplazan a las mejillas agudas, caen sobre la boca de labios delgados con pliegues en las comisuras y la barbilla fina y un punto insolente; el ceño apenas se insinúa, la frente es alta, coronada por las marcas de las entradas en el pelo revuelto y algo ondulado. Le parece la imagen de un hombre cansado o quizá sólo abrumado. Permanece en pie sin hacer movimiento alguno, desganado. Ha dejado de verse aunque siga mirándose. Afuera, la noche es húmeda y no han visto una sola estrella ni durante el paseo ni al llegar al hotel, pero ya no llueve. Siente deseos de echarse en la cama, vestido, y dejarse llevar por el cansancio hacia el sueño, pero no se mueve, no sabe por qué sigue allí, de pie, mirando su rostro como si estuviera esperando una orden, un gesto, un aliciente quizá, que lo saque del marasmo.

De pronto, en el espejo, ve detrás de él una habitación que no reconoce. Es larga y estrecha, con un entarimado deslucido y dos butacas de anea al fondo. En las butacas se sientan su madre y su abuela y entre ambas está en pie, mirándole, Clara Zubia niña. Las dos mujeres hablan sin percatarse, al parecer, de la presencia de Clara inmóvil con los brazos pegados a los costados. Levanta un poco los ojos para abrir la visión y entonces ve la cristalera de la galería y la reconoce y también la frondosa higuera que crece desde el jardín hacia la terraza abierta del piso superior. Al reconocer él la galería, Clara se desprende del marco de las dos mujeres que charlan y se adelanta unos pasos, sin dejar de mirar a Andrés; luego sonríe con picardía y sale por la puerta más cercana, a su izquierda, que da al comedor.

Se pregunta si es una señal. Ahora sólo distingue a sus espaldas la puerta del cuarto de baño entreabierta y una franja de pared alicatada. Parpadea y comprueba que no desea moverse, sólo estar. Respira hondo, con las manos apoyadas en la encimera del lavabo. Baja la cabeza y se encuentra mirando la superficie hipnóticamente blanca de la pila. Entonces la pila se transforma en una palangana encastrada en un soporte rectangular de mármol encajado en una pieza de madera con cuatro patas y una bandeja también de madera que las fija y sobre la que reposa una jarra de latón con asa y un pico en el borde. Alguien tan familiar que en seguida sabe que es su madre le frota enérgicamente las orejas con el agua estancada en la palangana, luego le recorre la cara y después recibe el suave masaje de una toalla. Cuando abre los ojos, sacudiendo la cabeza como un pollo mojado, reconoce en el espejo una carita que le contempla divertida con la barbilla apoyada en el toallero vacío adherido al lateral del mueble.

«Clarita ha venido a jugar contigo», dice su madre con voz brumosa. Y la niña asiente sin dejar de sonreír, disfrutando de antemano del momento en que ambos escapan al jardín a jugar. Pero, de repente, el gesto de la niña varía, la sonrisa queda helada en su rostro y, con pena sobresaltada, sale de su campo de visión antes de que él lo comprenda. Andrés levanta los ojos y se encuentra consigo

mismo en el espejo y con un gesto de ira en su rostro que le deja perplejo. Tras unos momentos de indecisión, abre el grifo y empieza a lavarse las manos mecánicamente, como queriendo justificar su presencia en el cuarto de baño o, simplemente, distraerse de su perplejidad. Busca la toalla para secarse y mientras lo hace vuelve a su imagen, que ahora sólo muestra el cansancio del día que termina. Es un cansancio del alma y no tanto del cuerpo, le parece, pero una sensación indefinida, semejante a la detención del tiempo, le mantiene en el mismo lugar y en la misma postura.

En el espejo, a su espalda, aparece ahora la figura de su padre. Está de pie en el salón de la vieja casa del pueblo, en mangas de camisa y con el chaleco desabrochado. Está agitado y parece nervioso y vigilante a la vez. Sobre la mesa reposa una copa mediada de un líquido blanco. Cerca hay una jarra de agua y un vaso de vidrio. Su padre, en su desasosiego, se acerca en un par de zancadas a la ventana y descorre las cortinas. Es la hora del amanecer, la luz del alba clarifica la penumbra de la habitación y la luz de las velas se debilita al encontrarse con ella. El reflejo revierte en la copa y el líquido amarillea levemente. Su padre se acerca a la mesa y vacía la copa de un trago. De pronto hace un ademán de atención y el perro que haraganeaba junto a la chimenea alza las orejas. El rostro del padre se contrae y de inmediato se distiende en una sonrisa. No es una sonrisa cualquiera, es una sonrisa de triunfo, un gesto de tierna hombría también. Al punto se apresura hacia un lugar de la habitación y el perro titubea antes de seguirle; luego se queda quieto, expectante, a cuatro patas y con la lengua colgando. Andrés se pregunta qué ha visto. No se atreve a creerlo, pero su intuición se lo dice. Está atónito. Se pregunta cómo es posible.

Se lo pregunta y por toda respuesta vuelve a mirarse en el espejo. Ahora es Clara surgiendo del agua en el remanso del río. El agua le alcanza justo hasta el comienzo del vello púbico. Su cuerpo es blanco e inocentemente joven, con los pechos pequeños y los pezones erectos rodeados por unaaréola dulcemente rosada. Andrés lo contempla atónito y ella se cubre cruzando los brazos por delante, pero en seguida los deja caer de nuevo, ofreciéndose a su mirada. Sólo cuando él advierte un destello de apremio en sus bellos ojos comprende que debe hacer algo y empieza a desnudarse sin dejar de mirar a un lado y a otro, aun a sabiendas de que aquél es su lugar secreto, donde nunca nadie puede encontrarlos salvo por causa de la fatalidad. Cuando queda completamente desnudo y extrañamente falto de todo pudor, Clara le sonríe y él extiende los brazos hacia ella antes de que sus pies se pongan en movimiento y tiene que agarrarse con las dos manos al borde de la encimera para no irse de frente contra el espejo.

Piensa que ha bebido demasiado, porque alargaron Bertoldino y él la sobremesa con la ayuda de unos vasitos de orujo blanco pequeños como dedos que engañaban a la mente. Cenaron en el restaurante, pero luego salieron a la terraza, bien abrigados. La noche era templada y el cielo estaba lleno de estrellas, miríadas de estrellas, aunque la humedad se colaba hasta los huesos. Le gustaban los hoteles, siempre le habían gustado. La primera vez que pernoctaron él y Clara en un hotel de cinco estrellas jugaron a un juego lascivo. Ella se tendió en la cama

vestida sólo con un albornoz que tomó del baño; se echó hacia atrás con las piernas recogidas y el albornoz semiabierto y Andrés, en el pasillo y vestido de pies a cabeza, golpeó en la puerta por fuera anunciando: «Servicio de bar». Ella dijo: «Adelante» y Andrés entró e hizo la pantomima de la sorpresa mientras simulaba depositar en la mesa una bandeja con un tentempié. Mimó tan bien el papel de camarero que sorprende a la clienta semidesnuda, que Clara, excitada, se bajó de la cama dejando entrever buena parte del cuerpo. Andrés, siguiendo en su papel, inició una discreta retirada y ella lo llamó con un ¡chist! y luego se acercó a él de manera insinuante con la cartera en la mano, sacó un billete y se lo entregó cerrando su mano sobre la suya. El albornoz estaba ahora abierto de arriba abajo. La respiración de ambos se volvió estruendosa y justo cuando ella alcanzó con la punta de los dedos el prominente bulto entre las piernas de él, Andrés la aferró por los hombros y la empujó hasta la cama; allí le arrancó el albornoz tirando de él con tal fuerza que ella se dio la vuelta y cayó de cara sobre las sábanas. Mientras la sujetaba por la base de la columna se arrancó la chaqueta y la corbata, se abrió a tirones la camisa, se bajó los pantalones y la penetró por detrás de un empellón.

Está empalmado, pero no se ha corrido. Se deja caer de rodillas al suelo con cuidado, abre el pantalón, extrae la verga y empieza a frotarla rítmicamente con la mano. Apoya el otro brazo en el borde de la bañera y también la frente. Ve las duras nalgas de Clara moviéndose atrás y adelante, acompasada con él; las gotas de sudor que caían del rostro de Andrés entre sus omóplatos bajaban por el canal de la columna vertebral y confluían en la hondonada del sacro. El ritmo fue ganando intensidad, la fusión de los cuerpos era tan placenteramente ardorosa que demandaba que no terminase nunca, pero entonces ya Andrés se sentía a punto de salir de su cuerpo y, de súbito, ella arqueó la espalda a compás de una sucesión intermitente de gemidos y Andrés se nubló y vació al calor de un violento sonido ronco, como está haciendo ahora sobre el suelo del cuarto de baño.

Permanece un rato en la misma postura, respirando anhelosamente, y cuando se serena, se pone torpemente en pie. Lo primero que ve es su propio rostro descompuesto por el esfuerzo. Nunca hasta ahora había visto su rostro justo después del placer, eso era algo que pertenecía a Clara. En seguida le recorre una sensación de incomodidad y busca las toallitas de papel para limpiarse y limpiar el suelo. Se le ha abierto un hueco a la altura del estómago, que siente como una pérdida que se extiende por el resto del cuerpo y que, al llegar al cerebro, se convierte en un malestar depresivo.

Mira al fondo del espejo buscando imágenes, pero ya sólo ve la puerta del cuarto de baño entornada a sus espaldas. Desalentado, se va quitando la ropa y sale en busca de su pijama. La noche sigue siendo estrellada, escandalosamente estrellada. El alcohol le ha sentado mal, lo nota ahora. Cuando se echa sobre la cama vuelve a pensar en Clara. Luego le llega la imagen de Cuchi y Clara juntos y la rechaza violentamente no sólo porque lo detesta sino porque también, advierte, le produce cierto morbo. Se levanta y camina por la habitación, alrededor de la cama. Le apetece un cigarrillo aunque apenas fuma. Abre la puerta del minibar y se queda contemplando los botellines de whisky, ginebra o ron, pero al final se decide por el

agua mineral. Esta escapada nortea hecha en complicidad con Bertoldino no ha sido una buena idea. Nada es una buena idea últimamente.

Abre de par en par el balcón y se asoma afuera. Un golpe de frío lo envuelve y le hace retroceder. El nublado que ocupaba una parte de su cerebro se disipa instantáneamente y sale de nuevo al balcón. Le envuelve un silencio absoluto, tan sólo punteado por el grito de un búho, o quizá fuese un cárabo, que probablemente vigila desde una imponente encina cercana. Lo que a la luz del día es el valle por el que discurre el río está ahora en sombras, pero son sombras en gradación porque las estrellas iluminan discretamente el escenario, de manera que puede distinguir formas cercanas con bastante precisión. Justo a la izquierda del balcón se alza una magnolia de flor clara que brota a rama desnuda. El interior de la flor es rosado o así lo parece a la luz de las estrellas. De pronto añora los días de las vacaciones estivales de su infancia, cuando subía con sus padres desde el pueblo al norte para bañarse en las playas de arena dorada. Lo añora porque el húmedo olor a tierra vegetal que exhalan el suelo y los árboles le trae intensos recuerdos de felicidad; aquel olor que liberaba la noche era único, era el olor del paraíso.

Andrés Delcampo hubiera permanecido allí, en el balcón abierto, toda la noche hasta ver amanecer, pero el cansancio del día, la cena y el alcohol pesan más que sus deseos, por lo que cierra las hojas del balcón resignadamente, echa un vistazo alrededor como si aquel gesto pudiera hacer aparecer por arte de magia un cigarrillo encima de su mesilla de noche y, con el talante un poco triste del que ya nada tiene por hacer y desea obstinado que no acabe la noche del día que ha muerto, se echa a dormir.

Justo ahora que tengo la vida bastante revuelta, me pongo a traducir la poesía de Elizabeth Bishop. Soy buena, soy ordenada, soy persistente y hasta metódica y, sin embargo, no puedo evitar meterme en líos de vez en cuando. Ahora, por ejemplo, traducir a Elizabeth Bishop yo, que no soy traductora de poesía. Suelen ser repentinos actos de amor, como la poesía de Bishop, o de afecto, como escapar con mis hijas a Isla Mujeres o... o tener una aventura con Cuchi. Esta última, aunque parezca increíble, puede acabar por costarme el matrimonio porque a Andrés le ha pasado lo que a Carlomagno con la doncella: que ha descubierto el poder del anillo y pretende deshacerse de él. La diferencia es que Carlomagno volvió a la cordura y Andrés, en cambio, se ha alejado de ella con la ceguera típica del que se siente ofendido. No hay nada peor en este mundo que un macho herido; esto, que jamás se me habría ocurrido pensarlo cuando era joven, me parece ahora una sentencia inobjetable. Y aquí me tiene, como una tonta, esperando a ver qué decide hacer. Mi mala situación es que yo no quiero romper nada, no porque no me atreva ni por ninguna clase de miedo sino porque no quiero, porque no veo razón para dejar de quererlo a él, porque no es la primera vez ni será la última que se le hinche una vena y nos tenga sobre ascuas hasta que se le pase. Sí, porque la verdad es que no es un caso de dependencia o de necesidad invencible sino puro y duro amor, es el hombre de mi vida. ¿Qué puede hacer una cuando se ha casado con el hombre de su vida? Si estuviera casada con un marido normal y corriente, me dolería más o menos, pero lo dejaría ahí plantado, por lo menos hasta que reflexionase; pero con Andrés, ¿qué hago?

La amiga tópica que todas tenemos me diría: «No será tan hombre de tu vida cuando te deja plantada». «Sí –le diría yo–, lo que pasa es que no me ha dejado plantada sino que no pierde excusa para salir pitando de viaje y cuando vuelve se convierte en un tieso educado al que no hay manera de entrarle.» O sea, que ni se muere padre ni cenamos.

Naturalmente, las niñas están recibiendo un ejemplo fatal. Quieren a su padre, quieren a su madre y no entienden lo que pasa porque no se lo queremos contar. Ya, ¿y por qué no se lo queremos contar? Al fin y al cabo la que queda como una adúltera soy yo, no él, que de eso también tendríamos que hablar, pero paso. Las chicas están dolidas y, aunque se lo callan, la situación les hace sufrir, como a cualquier persona sensible; y más a ellas, que tienen menos defensas. Por otra parte, Andrés está encantador cuando le vemos, no sé si para joderme a mí o porque no quiere que sufran o una mezcla de las dos cosas. Así que, en medio de todo el follón, aquí me tienes dedicada a la Bishop. El poema se titula *Insomnio*, que es lo que sufro en estos momentos en que la noche me deja libre, las niñas duermen apaciblemente y yo me veo reflejada en el espejo que cuelga en la pared de enfrente, donde tantas veces he visto reflejada la imagen de Andrés que viene a decirme: «Ya es tarde, vente a la cama, tengo ganas». Y yo también tengo ganas y nos vamos los dos abrazados. Pero ahora sólo tengo insomnio y nadie va a venir aparte de la propia Elizabeth Bishop a echarme una mano, tan sensible que lo agradezco con esperanza mientras me pregunto si esto es verdad, si esta historia

se ha acabado, si yo estoy aquí y él está del otro lado del espejo y cómo decirle que lo quiero aquí, que tengo ganas, que la noche me mata.

*The moon in the bureau mirror
looks out a million miles
(and perhaps with pride, at herself,
but she never, never smiles)
far and away beyond sleep, or
perhaps she's a daytime sleeper.*

*By the Universe deserted,
she'd tell it go to hell,
and she'd find a body of water,
or a mirror, on which to dwell.
So wrap up care in a cobweb
and drop it down the well*

*into that world inverted
where left is always right,
where the shadows are really the body,
where we stay awake all night,
where the heavens are shallow as the sea
is now deep, and you love me*.*

–He visto a mi padre el día en que yo nací –dice Andrés, serio y concentrado.

Andrés, sentado a la mesa, desayuna un bizcocho con el café. Bertoldino, enfrente, se solaza ante un plato de huevos revueltos con panceta, café con leche y zumo de naranja. El día ha amanecido limpio de nubes y el paisaje adquiere una nitidez y profundidad conmovedoras gracias al aire lavado por la lluvia durante el día y la noche anteriores.

–Eso es un verdadero privilegio –comenta Bertoldino sin inmutarse.

–Oh, no, no es lo que tú piensas. Le he visto como te veo a ti ahora. Estaba en el salón principal del viejo casón del pueblo.

–Yo no lo he negado, qué caramba. No deja de parecerme una extravagancia si no es un sueño, pero en este mundo que nos ha tocado vivir todo es posible. ¿Te viste a ti mismo también? ¿Recién nacido?

–No.

–Lástima.

–No fue un sueño. Puede que fuera una alucinación, pero no fue un sueño. Yo estaba ante el espejo del baño y vi muchas cosas del pasado.

–*The past strikes again.*

–¿Por qué sería? Vi a Clara adolescente surgiendo del agua...

–Como Afrodita. Muy interesante.

–Vi a Clara conmigo, vi a mi madre y a Clara niña.

–Advierto mucho protagonismo de Clara, ¿por qué será? –dice Bertoldino irónico.

Andrés mueve la cabeza pensativamente mientras mordisqueea su bizcocho sin demasiado interés.

–Tienes razón. Es significativo.

–Guárdatelo para pensarlo más adelante –hace una pausa mientras recoge del plato los últimos restos del revuelto–. Porque –prosigue– tú no te has separado de Clara, ¿no es así? Lo que haces es irte de casa y regresar, alternativamente.

–Es cierto. Estoy y no estoy. Me viene bien viajar.

–Ha de ser incómodo eso de vivir con una mujer con la que no tienes deseo de convivir. Ni de charlar –Bertoldino carga de intención su observación.

–Es mejor así, por las chicas. Nosotros tenemos aguante, nos conocemos bien. No pasa nada.

–¿Eso piensa ella?

–Lo que ella piense me trae sin cuidado.

–¿Dormís en habitaciones separadas?

–¿A qué viene eso?

–¿Folláis, a pesar de todo?

–Oye, no te metas en nuestra vida íntima porque no es de tu incumbencia.

–Ese bizcocho va a durar más que tu matrimonio –observa Bertoldino–. Sólo pretendía saber –continúa diciendo con tranquilidad– en qué términos estáis ahora; y te recuerdo que eres tú quien ha sacado este tema de conversación un montón de veces desde que estamos aquí.

Andrés abandona el bizcocho mordisqueado y se concentra en el café. El tintineo de la cucharilla contra la pared de la taza ocupa todo el espacio del restaurante habilitado para el desayuno. No hay nadie más que ellos en el comedor. Ambos permanecen callados.

–¿Sabes? –empieza a decir Andrés–, he estado pensando en mi vida mientras estaba esta mañana en el cuarto de baño y creo que hemos tenido una vida regalada.

–¿Tú y yo?

–Sí. Todos nosotros. Nos hemos librado de dos guerras, la civil nuestra y la Segunda Guerra Mundial, sólo sabemos lo que es la paz, nos hemos librado también de la hambruna y el miedo de la posguerra, nos han educado en colegios decentes, no hemos pasado frío ni abandono, hemos crecido siempre a favor de la abundancia que nos rodea ahora, nos hemos librado de los curas y del régimen, hemos tenido trabajo, nos han querido...

–Habla por ti.

–Tú eres un producto de la burguesía que se ha ido construyendo después de la guerra igual que yo. Me da lo mismo que tus condiciones fueran más duras que las mías. Lo cierto es que nos hemos criado como señoritos.

–Si te parece de señoritos tener sólo un pantalón de quita y pon y zapatos de Segarra...

–Corta por ahí, que ya sabes de lo que estoy hablando. Cuando a mí de pequeño me hacían tomar para crecer sano una de las pócimas más apestosas que ha inventado el hombre, el aceite de hígado de bacalao, recuerdo que mi madre, por estimularme, me premiaba, a cucharada tragada a pelo, con una aceituna con hueso. Ni siquiera de anchoa, que era un lujo. ¡Una aceituna con hueso! Vaya miseria. Así que no me vengas con pobreza porque carencias las hemos tenido todos en un país en el que no había de nada, pero no hemos sido pobres. ¿O tú sí?

–Supongo que acabas de darte cuenta de que no sabes nada de mí.

–Cierto.

–Mi padre era un hombre, viudo temprano y sin estudios, que vivía con lo puesto y que me llevó hasta la Universidad. Un campesino en el que debieron de quedar rescoldos de lo que fue el lado bueno de la República, el amor a la cultura, el afán de superación, la idea de igualdad, en fin, cosas que le sirvieron para resistir y sobrevivir en mil oficios. Un campesino que se tuvo que echar a la ciudad. Era un hombre duro y tierno que amaba el conocimiento y no disponía de medios para alcanzarlo, pero me empujó a mí para llegar hasta allí. Tú has sido más señorito que yo, con diferencia; te lo digo con afecto, sin ninguna suspicacia, pero es así. Quizá tu vida te haya parecido blanda. La mía no lo ha sido. A mi padre se le saltaron las lágrimas cuando llegué con mi título universitario a la portería donde vivíamos. Era el portero de la finca. Y para entonces ya habíamos dejado de vivir de pensión en pensión, los dos en la misma habitación siempre; no sé yo si se iría de putas para aliviarse, pero nunca nos separamos y la portería la cogió para que tuviéramos un sitio estable. Un golpe de suerte. La vida no daba para más, chaval.

–Lo siento, creí que tú...

–No sientas nada por esa causa. Enterré a mi padre después de haberle ayudado a vivir decentemente y estoy en paz con él. A buen padre, buen hijo. Lo de mi vida, en cambio, es sólo cosa mía.

–¿No conociste a tu madre?

–Nací en el 36 y mi madre murió de tisis en plena guerra, al año siguiente. Me guardaron unos tíos lejanos, unos hijos de puta, hasta que mi padre regresó del frente en el 40 y cargó conmigo. En fin, todo eso me ha enseñado a disfrutar de la vida y del buen carácter que creo que tengo. La zona oscura es la que nutre los poemas y procuro mantenerla a raya. Cuestión de experiencia.

–Me dejas impresionado.

–No suelo hablar del pasado; que lo guarde la memoria, que para eso la tengo. He visto muchas cosas y, créeme, la vida ha sido muy dura en este país. Lo que pasa es que como ahora corre el dinero por las calles la gente olvida. En todas las escalas sociales hay ahora nuevos ricos, incluso entre los pobres, sobre todo si lo comparamos con lo de antes. Y te diré algo: esta riqueza, real o aparente, volverá a todo el mundo más egoísta, más interesado y más insolidario. ¿No vas a terminar de desayunar?

–No. Me falta humor.

–¿Qué tendrá que ver la falta de humor con el hambre?

¿Volvería a montar una empresa por mi cuenta? No. La pregunta está mal hecha. Qué tal: si volvieras a tener cincuenta años, y con lo que sabes ahora, ¿te atreverías a montar una nueva empresa? La respuesta es: quizá. Porque, en realidad, no lo sé. La lógica dice que no, que nunca hubiera debido dejar Divino Disegno, que la red de franquicias que monté en España y Portugal era sólida y rentable y lo sigue siendo, que a partir de cierta edad no se deben correr aventuras; pero lo hice y la pifí. Sin embargo, tengo nostalgia de aquella aventura que estuvo a punto de llevarme a la ruina e incluso a la cárcel por deudas, cosa que nunca ocurre con la gente verdaderamente asentada en la riqueza. De hecho aún sigo creyendo firmemente que la mía era una idea revolucionaria en el mundo del diseño, pero aprendí una lección que de bien poco me ha servido porque nunca tuve una segunda oportunidad. La lección es ésta: que uno no puede lanzarse al vacío sin red; y llamo red no sólo al dinero sino a la cobertura social. Yo tenía dinero, un dinero importante, pero no un fondo de resistencia activo; tuve que haberlo previsto, sabía lo suficiente para haberlo previsto. Y tenía ideas, eso es lo que me perdió. Las ideas valen para venderlas a quienes las explotan: el núcleo duro. En cuanto a las relaciones, son casi tan importantes como el dinero. Con todo mi currículum, conocimientos y relaciones, yo no era, lo comprendí más tarde, más que un paracaidista; no estaba en el núcleo duro del negocio, no era uno de ellos sino, bien que me pesa aceptarlo, un empleado; un asalariado de alto nivel, pero un asalariado. O quizá no tenía el empuje suficiente para ingresar en el núcleo, y ésa es la versión que prefiero: que no estaba dispuesto a mancharme hasta más arriba del codo. Ahora me alegro porque otra cosa que sé es que cuando hay que apelar a cerrar los ojos y la conciencia lo acabas pagando, por lo que decía antes: porque una vez pringado, de nuevo descubres que no perteneces al núcleo duro sino al club de los cabezas de turco. Mejor para mí que el montaje se viniera abajo, pues me libró de la infamia. Al fin y al cabo conseguí rescatar una parte pequeña de la inversión y la herencia de Clara estaba sin tocar. Deliberadamente sin tocar, pues en su día tuvo la lucidez de resolver el régimen de gananciales y pactar una separación de bienes de ahí en adelante. Yo me quedé a dos velas, pero ella sostuvo a la familia en los peores momentos. Ella y Méndez, quien, lo que son las amistades que han compartido la etapa de formación en la vida, volvió a echarme una mano para salir del pozo, el amigo Mendaz.

Él también creía pertenecer al núcleo duro. Lo que le salvó fue su amoralidad, su falta de escrúpulos. Hoy sigue en la brecha y, a estas alturas, puede que lo desalojen de su privilegiado despacho, pero seguirá flotando como un corcho. Yo, en cambio, tengo aún cinco años por delante hasta la jubilación como todo horizonte, pero no me hallo incómodo en este segundo plano en el que permanezco porque ya empiezo a prepararme para disfrutar del ocio. Sí, el ocio, ese sueño de la sociedad del bienestar. ¿Que para qué quiero el ocio? Para pensar. Ahora tengo que entender qué ha sido mi vida y para eso necesito tiempo y tranquilidad: he vivido, he luchado y he perdido; de todo ello se desprenden muchas lecciones que, si bien ya no me sirven para nada, al menos podré disfrutar

de ellas. La vida consiste en subir hasta que llegas a una meseta; una vez en ella sabes que ya no alcanzarás más altura, hasta ahí has llegado, así que procura que sea una meseta alta, una meseta castellana por lo menos. En el mejor de los casos te mantendrás en ella por un tiempo largo, y en el caso normal, el que afecta a la mayoría de la gente, sabes que un día empezarás a descender y ojalá que sea paso a paso, sin coger velocidad ni perder pie. El pobre Cuchi me lo hubiera echado en cara, esa cigarra traidora. Yo, que posé de cigarra, es verdad que jugué fuerte una larga temporada, pero regresé al hormiguero cuando aún era tiempo. Ah, sí, sé que me llamarías derrotista, viejo prematuro, acomodaticio... y no es verdad. Asómbtrate Cuchi: no estoy de vuelta en el redil porque me haya rendido, como supongo que piensa más de uno, sino por sabiduría, por la experiencia del conocimiento. De hecho, estoy más cerca de la serenidad que nunca porque me siento bien por dentro. «Si no eres bueno para ti, ¿para quién serás bueno?», decía Brecht; qué tiempos aquellos de las frases-talismán. Ahora soy modesto, pero firme, en mis intenciones; empiezo desde mí mismo para ir abriendo el campo hacia fuera y, por ahí, hasta donde pueda llegar a extenderme, que no ha de ser poco si la vida me da cuerda. Tengo la sensación de haber retrocedido a aquella encrucijada donde se decidían nuestros destinos para tomar por fin el camino bueno y todo lo que hago ahora procede de la serenidad, es un camino de serenidad en pos de la armonía. La armonía se irradia, es algo así como la teoría del cuerpo místico que, como decía no recuerdo quién, es la única aportación original del cristianismo, el cual, como todas las religiones, está formado por una amalgama de creencias de procedencia muy diversa. ¿Sería Frazer, aquel Frazer que escribió sobre la muerte del rey sacerdote, el portador de la rama dorada, a manos de su sucesor en el matrimonio con la Diana *Nemorensis* del bosquecillo de Nemi? ¿Recuerdas la fascinación que te producía el mito? Ay, Cuchi, ahora entiendo que lo tuyo era morir joven y así ha sido.

Miro la arena que se extiende hacia el crepúsculo, miro el fin de la playa que se difumina al pie del promontorio que se adentra en el mar, el promontorio hasta el que ha llegado Clara antes de dar la vuelta, ella siempre tan animosa, tan andarina, su figura lejana y aún difusa caminando por la orilla del mar pisando el agua. Cada vez más vacía, la playa se hace más hermosa. Hoy el día se retira calmosamente tras haberse henchido de luz, como si, exhausto, buscara la sombra para quietarse y descansar. Un dios pagano ha pasado por aquí y ha dejado su estela. El agua vuelve hacia la costa, tímida y tenaz, a medida que la estela que cruzó la playa anunció el fin de la bajamar por el influjo de una luna aún indecisa, casi vaporosa; las finas olas entran en la arena de puntillas; el vaivén de su llegada, un rumor cadencioso, también adormece al día. Es la cantinela de la pleamar y tú la escuchas, como Ulises, aferrado a tu silla de tijera, sabiendo que ella, la que retorna andando por la orilla, es la que rige las mareas.

–La *Tercera* de Schubert es lo que yo llamo una animosa sinfonía –dice Bertoldino–. Es la que quisiera escuchar yo en compañía de esta mañana deliciosa. No cabe aire más transparente que el que viene detrás de un día de lluvia fina y constante, como la de ayer. Y si la versión de la *Tercera* es la de Carlos Kleiber, alcanzaríamos la perfección. Mira, la nitidez y profundidad de visión es tan hermosa que la emoción me puede; hasta podría llorar y todo; lo haría si no supiese que las lágrimas enturbiarían la contemplación.

–Prefiero la *Séptima* de Beethoven –dice Andrés Delcampo– a la *Tercera* de Schubert.

–Estocada a traición. Dime, ¿por qué mantener este duelo en un día tan hermoso? Pero, volviendo al asunto, me permito recordarte que tú has tenido alguna que otra aventura antes y después de tu casamiento con Clara.

–Después nunca.

–Nada de importancia querrás decir, pero no nunca. Y, teniendo en cuenta que Clara y tú estáis comprometidos por un hechizo de amor desde los cinco años de edad, el antes cuenta tanto como el después. En cuanto al «nunca después», ¿necesito recordarte a la mujer del que llamabais El Figura, según me contaste? Si yo no estoy mal informado creo que tuviste tratos con ella, tratos carnales, por decirlo crudamente y a la antigua.

–A ellos no les importaba, eran una pareja abierta.

–¿Dejará por eso de ser un acto de adulterio con la esposa del amigo que, por si fuera poco, te dio la entrada en el único campo de trabajo que te ha permitido encontrarte a ti mismo? Estocada parada.

Andrés arruga el ceño e inclina la cabeza a un lado, quizá por evitar la mirada del otro.

–Lo de los cuernos –continúa diciendo Bertoldino– es una falacia, Andrés, lo único verdaderamente importante y dramático en esta vida es la pérdida amorosa. Justo la única que no está en cuestión entre vosotros, *porque* –subrayó la conjunción de causa alzando una mano para detener la protesta que iniciaba Andrés– sigue viva. Matarla es asunto vuestro, pero tendréis que cometer un crimen ya que por derecho esto no tiene otra salida que aceptar la verdad.

–El hechizo se ha roto.

–Pues ha llegado el momento de recomponerlo.

–¿Cómo?

–Instalándolo definitivamente en la realidad.

–No hay conjuro para eso.

–No es un conjuro lo que hace falta.

*

Andrés Delcampo y Fabio Bertoldino recorren lentamente el malecón que

conduce al faro. El mar golpea con fuerza y a veces una miríada de gotas salta sobre el parapeto y amenaza con llegar hasta ellos. La parte por la que caminan, muy por debajo de la cresta del muro de contención, está sembrada de charcos que se forman entre las piedras irregularmente unidas por el cemento. De este lado, el agua de mar, encauzada, se limita a sacudir de manera tozuda y constante la base del muro. El día está despejado y sopla un nordeste que les azota en la cara con insistencia.

–¿Necesitas un conjuro?

–Necesito a Cadavia, que muere de amor en un oscuro sótano en brazos de una joven bruja llamada Mabelle. Sin su ayuda no es posible.

–Yo puedo proporcionarte un conjuro si eres lo suficientemente fuerte como para soportar sus efectos.

–No creo haberte revelado el fin que persigo con ese conjuro, conquie mal puedes ofrecerme nada.

–Oh, bueno, yo no pretendo poseer los méritos y el conocimiento de tu amigo Cadavia y mucho menos su magia. Mi conjuro sería racionalista, lo cual parece un contrasentido, lo sé, pero es el que está a mi alcance. Al fin y al cabo... ¿no hablábamos de instalar el viejo hechizo roto en la realidad?

–Es una manera de hablar.

–¿Qué te parecería si te dijera que tu amigo Cuchi no ha sido el único en gozar del favor de Clara?

–¿Qué? ¿De qué estás hablando?

–Lo has oído perfectamente. Puede haber habido alguien más. En ese caso yo quisiera saber si te afectaría tanto como te ha afectado lo que tú llamas, con un tanto de teatro, la traición del amigo.

–¿Qué es esto? ¿Una prueba psicológica? ¿Una broma de mal gusto? ¿Qué?

–Una pregunta bien sencilla.

–¿A cuento de qué viene esa pregunta tan inconveniente?

–A que puede ser verdad. ¿Tanto te cuesta aceptar una hipótesis? Dime, ¿te molestaría o te dolería? ¿Más o menos?

–Me parecería odioso. Me parecería un engaño insoportable. ¿Vale así?

–¿Y si te dijera que he sido yo el que ha tenido contacto carnal con ella?

Andrés detiene el paso y se queda mirando fijamente a Bertoldino en silencio. Su rostro revela una fuerte tensión. En sus ojos se lee la incredulidad con la misma incertidumbre que la sospecha. Respira con fuerza, aparta la vista como si deseara espantar sus pensamientos y vuelve a mirar a su compañero.

–Supongo que no estás hablando en serio.

–¿No me irás a matar?, no sin dejar que me encomiende al cielo.

–Te lo vuelvo a preguntar: ¿estás hablando en serio?

–Sólo buscaba tu reacción. Ya la tengo.

Bertoldino echa a andar de nuevo y Andrés le sigue mecánicamente.

–Ahora va a resultar que eres un celoso compulsivo, amigo Andrés. Un celoso de proporciones cósmicas. Dime una cosa, ¿cómo has podido vivir todo este tiempo en la confianza absoluta? ¿Es que no tienes ojos en la cara, no vives en el mundo?

Más que absoluta, diría yo confianza inocente. ¿O creías tan ciegamente en el hechizo del anillo que ni siquiera pensaste en ello? Hasta las más honestas princesas de los cuentos tienen un arranque erótico en algún momento. No puedo creer que hayas estado viendo a Clara hasta ahora como una relación que se da por descontada.

–Tu opinión, en estos momentos, no puede interesarme menos.

–Ya que anoche estuviste ante el espejo viendo visiones, no estaría de más que esta vez te mirases de frente y a la luz del día y repasaras con todo cuidado lo que acabas de mostrar a tu pesar. ¿Lo ves? La fuerza del anillo sigue ahí. El anillo, no. Su fuerza, es decir, su enseñanza, sí. He ahí mi conjuro.

Han llegado al pie del faro, una simple torreta de señales que marca la punta del espolón. Ante ellos se abre una extensión de agua en un ángulo de ciento ochenta grados, como si ambos se encontraran en el último pedazo de tierra a partir del cual sólo existe el mar inabarcable. Han tenido que sortear las embestidas de las olas sobre el espolón, porque al final del paseo, el parapeto se achica y el agua salta por encima a menudo, de manera que junto al faro parecen atrapados entre las embestidas del mar que los empapa y el oleaje domado que se interna por la cara interior del espolón, que hace orilla con el interior de la rada.

Fascinados por el espectáculo se resguardan contra la pared de la torreta. Andrés, serio, con la vista perdida en el mar eterno y Bertoldino, relajado, siguiendo el cabrilleo de la espuma de las olas que se empujan unas a otras agitadamente. El viento ha acabado por llevarse las pocas nubes que amanecieron con los dos amigos y el cielo, limpio y azul, se refleja en la superficie del agua en movimiento.

Aprovechando una racha de calma, los dos amigos se alejan de un salto y recorren apresurados la parte del malecón que está medio desguarnecida con la intención de ponerse a salvo de la mojadura. Luego retoman su ritmo de paseo y avanzan en silencio, Andrés cabizbajo con las manos en los bolsillos, Bertoldino mirando hacia la estrecha playa de arena gris que cierra la rada al otro lado del agua. Por encima de la playa, en una pendiente muy pronunciada, trepa una formación de encinas y castaños entremezclados. Entre la playa y la pendiente está, como incrustado en la falda del monte, el pequeño pueblo de pescadores en el que almorzarán cuando sea la hora. Al abandonar el paseo cruzan ante el edificio de la lonja de pescado y tienen que sortear las redes extendidas por el suelo. No se observa más actividad que la de un hombre que parece estar recogiendo sus artes de pesca en el interior de uno de los habitáculos anejos al edificio, protegidos por puertas metálicas de persiana, donde se amontonan los trastos.

–Esta conversación ha sido una encerrona –dice por fin Andrés vuelto a la calma–. Una encerrona de la peor especie, si quieres que te diga lo que siento.

–Lo lamento, pero eres tú el que se ha encerrado en sí mismo, el que se ha atocinado con su propia desgracia. Afortunadamente te llevo diez años y eso hace que te hiera lo justo; por respeto. Hay que respetar a los mayores y *también* –añade con toda intención– a quien se lo gana con su merecimiento, como el caso de la mujer que te tiene hechizado.

-Ya no es lo mismo.

-Como todo en la vida. Ya no creemos en las hadas, pero aunque no podamos verlas con los ojos de la niñez o con la alegría de la juventud, a veces nos sorprendemos conversando con ellas o reconociéndolas en un paisaje, en un sentimiento, en un gramo de locura o de felicidad. La vejez nos hace torpes, pero también sabios y sensibles. Yo estoy más cerca que tú, ya te iré contando lo que sucede a medida que se va apoderando de nosotros, pero no dejo de tener una cierta confianza.

-Tendrías que haber conocido al poeta feérico.

Creo que aún no he descrito físicamente a Clara. Las preocupaciones de un narrador son tantas y es tanta y tan variada la carga que ha de distribuir, que asuntos de importancia quedan a veces descolgados y engullidos por la vorágine de vida que ha de ocuparse en ordenar.

Ella es, sin duda, una mujer atractiva. Irradia ese esplendor de las mujeres maduras en las que el tiempo ha ido añadiendo las marcas propias de la gente de vida intensa y, pese a ello, armónica. Clara es aún delgada y esbelta y se mueve desplegando una gracia peculiar, como si fuera el espíritu de la cordialidad; por eso mismo es percibida como persona acogedora. Es verdad que tiene genio, aunque se echa de ver en seguida que es propio de su vitalidad. Como Andrés, mide un metro setenta, y su desenvoltura y su figura cimbreña no la hacen menguar con los años. La mirada es casi adolescente, en cambio. Es la misma mirada que sorprendió a Andrés Delcampo en el remanso del río, sólo que ya no tiene el punto de tímida expectación que mostraba entonces. Sabe ser incitante a la manera que lo son aquellos cuya seguridad procede de la experiencia, lo cual la hace aún deseable pues los años, en su caso, hablan a su favor. Su rostro es también delgado, la nariz afilada y flexible, los pómulos marcados, los ojos interrogantes, las orejas recogidas hacia atrás y las manos, que usa siempre con delicadeza, son finas y mariposean cuando se excita. Todavía se recoge el pelo en una cola aunque cada vez más tiende a llevarlo suelto, liso y recogido en parte tras las orejas para despejar la cara. Tiene cuarenta y nueve años en 1994. No es una belleza canónica, pero es una persona físicamente armoniosa que se hace notar.

Al conjunto de todo ello se lo llama personalidad. Cuando aparece en público en seguida se deja ver. El peso de los años, unido a un agradable gusto en el vestir, razonablemente clásico mas no ajeno a la moda, forma parte de su atractivo. No es habitual que la edad juegue a favor de las mujeres salvo en los casos de personalidad acusada, es decir, de aquellas que mantienen un espíritu activo. Clara ya no es la muchacha vigorosa, vitalista y veinteañera y eso se advierte en las líneas de su rostro, que señalan la dureza del trabajo diario de tantos años ya. Posee la distinción propia de una persona culta y atenta a las complejidades de la vida. Andrés la considera arrebatadora y eso también la rejuvenece.

Se divierte con sus hijas, las adora, pero nada le espanta más que parecer una compañera suya, o una hermana mayor. Es muy consciente de su maternidad, habla a las claras, sabe contemporizar y acepta las confidencias. Las chicas aún no le han perdido el respeto, quizá no se lo pierdan nunca porque en casa es una presencia muy poderosa y mucho más contundente que fuera de ella, donde no necesita hacer valer su mando porque puede decirse que es su propio jefe aunque, naturalmente, tenga que vender su trabajo. Es una lectora insaciable a pesar del tiempo que la lectura profesional la ocupa en sus labores editoriales. Apenas oye música, pero le encanta bailar, como a Andrés. Hacen una pareja de baile excelente. El mal tiempo le disgusta, aborrece las estaciones oscuras y ama la primavera y el verano. También el mar.

Me da igual lo que pienses, pero tengo que decírtelo por la amistad que os teníais: Cuchi ha muerto esta madrugada. He dejado a mis hijas en casa para poder velarlo porque la familia no quiere saber nada de él, aparte de ocuparse del entierro. Lo hemos llevado al tanatorio y de ahí saldremos para el crematorio. La familia no quiere las cenizas y yo, tal como están las cosas, no me las voy a llevar a casa. He hablado con Luis Bonafé, que sigue siendo el más compasivo de todos vosotros y viene para acá. Ya sé por qué le ha ido tan mal en la vida: tiene todos los defectos de las buenas personas; pero viene y se quedará con las cenizas. Pobre, qué va a hacer con ellas; dice que si esparcirlas por el Retiro, enfrente del chiringuito donde todos los años se sentaba a recibir a la primavera; no me parece mala idea. Lo que me duele, Andrés, es que sólo fueras una vez a visitarlo al hospital. Te he dejado recado en casa para cuando llegues, en vista de que anoche decidisteis Bertoldino y tú pernoctar en Burgos, no sé por qué. Ya da igual que llegues a tiempo, él no te va a ver, pero deberías venir. Él te lo perdonaría, pero yo no. No te lo voy a perdonar. No tenías derecho a cometer semejante acto de narcisismo egoísta. Tú no sabes lo que es la muerte, aunque hayas perdido a tus padres, porque lo que has sentido por ellos es la ausencia, pero la muerte no la has visto. Yo sí he visto la de Cuchi. No te puedes imaginar lo que es la soledad ante lo inevitable. No te puedes imaginar lo que Cuchi sentía en el fondo de su alma al ver acercarse día a día, de la noche a la mañana, ese final que te convierte en nada. Ha tenido el coraje de afrontarlo hasta el final aunque sabía que no servía para nada, que era mejor pegarse un tiro o saltar por la ventana. Ha tenido el coraje de ser fiel a sus convicciones, sí, el gigoló, el guapo que vivía de las mujeres: la convicción de que no hay nada detrás de la muerte, de que no hay consuelo que valga ni Dios que lo defienda; ha tenido el coraje de mirar de frente a la nada antes que caer en la patraña del perdón de los pecados y la resurrección de la carne y la vida perdurable amén; ¿te acuerdas de esa frase? El pecador le ha hecho un corte de mangas a la divinidad y otro a los funcionarios de la divinidad, a los hipócritas y fariseos, y tú ni siquiera te has acercado a verle una sola vez, qué te habría costado, no sabes lo que te lo hubiera agra decido, estoy segura, porque yo sí que he acompañado su soledad y su desesperación ante la evidencia fría de la muerte, ante esa expulsión de la vida tan injusta, tan indeseable. Morir es un hecho de crueldad infinita, es una puta da horrible; joder, Andrés, me avergüenzo de ti. No sé cómo has podido, todo por tu maldito orgullo, porque te sientes humillado. ¿Cómo puede humillarte un hombre comido por una enfermedad que lo devora por dentro sin remisión? Tú no sabes lo que es el sida, no sabes lo que es ver cómo te vas convirtiendo en un desecho humano sin fuerza, sin vida, sin respuesta, en un cuerpo emaciado y falto de toda dignidad humana. Y a pesar de ello, Cuchi aguantó hasta el último minuto sin desmoronarse; destruido, deprimido, pero sin desmoronarse. Yo le he visto llorar de impotencia, Andrés, a tu amigo, joder, porque era tu amigo; no sé cómo has podido abandonarlo de esa manera, de repente pienso que a lo peor es que eres una mala persona y no quieres saberlo y yo tampoco. Lo peor era la debilidad, la conciencia de su debilidad, no podía

soportarla, siempre solo, en fase terminal, mantenido en el hospital por el dinero de su familia porque no tenía ni casa a la que volver, pero solo como un perro. ¿Quién se merece eso? No he tenido en mi vida experiencia más amarga. Ni siquiera el descubrimiento de la infamia de mi padre con la familia Zárate me ha dolido tanto como la agonía de Cuchi. Hablábamos de ti, él me hablaba mucho de ti, sé más cosas de aquella época de las que tú mismo puedes recordar. Es verdad que nunca hicimos piña, como con otros, pero él rondaba siempre cerca, como un ángel volador, con su vida loca, con su presencia luminosa siempre, que escondía, ahora lo sé, mucha oscuridad. Iba y venía, ¿te acuerdas? Desaparecía. Cosas de Cuchi, decíamos. Siempre fue un vago, un perezoso irresponsable, pero a su manera sabía vivir. A ninguno de nosotros nos hizo daño, quizá no se lo hizo a nadie aparte de lo que hay que dar y tomar por los gajes del oficio, era un cabrón y un buen amigo y era un hombre tierno por debajo de su capa de cínico desvergonzado, eso lo sé yo, lo sé muy bien, Andrés, aunque te duela. Yo no quería verle la cara a la muerte tan pronto y me ha rozado con su negra mano y desde ahora la siento ahí, no me amenaza, no hace un mal gesto, no me mira, pero ya sé que está ahí, es como una sombra que se incorpora a tu vida, ya no puedo regirla, ya tengo que vivir con ella hasta el día que me alcance la muy hija de puta.

Tendrías que ver esta sala, Andrés, tan fría, tan funcional, estoy yo sola sentada en un sofá de skay y a mi lado, tras una cristalera, está el cadáver de quien fue Héctor Mendina, tu amigo del colegio; qué sentirías ahora, Andrés, si lo vieras tan blanco y chupado y empequeñecido que parece un niño arropado en su mortaja. ¿Qué es lo que hace la vida de nosotros? ¿Qué hacemos nosotros con ella? ¿Qué sentíais entonces, codo con codo en el pupitre, con el palillero y la plumilla y la tinta en el hueco del tintero y los libros metidos en la bandeja y el cuaderno de escritura? ¿Qué soñabais, inconscientes de la vida que teníais por delante? ¿Cómo has podido dejarlo morir así, Andrés? Las niñas me han visto tan apenada que querían venir conmigo, pero yo no las he dejado venir, tampoco al hospital cuando él vivía, aún no les ha llegado la hora de mirar a la muerte de cara. Están bajo la tutela de Carlota por si necesitan algo, a estas horas Beatriz ha de estar ya en la Facultad y Marta no sé, en su academia supongo, Carlota las tiene controladas. Yo estoy esperando al bueno de Luis. ¿Sabes que Luis se me declaró una vez? Te lo digo ahora que no me oyes. No pasó nada, claro. Yo creo que en la época todos te tenían envidia y estaban medio enamorados de mí, lo cual me encantaba, también te lo digo; pero no hubo nada. Nada excepto con Cuchi. Y no me preguntes por qué, porque nunca te lo diré, no te lo mereces y, tal como estás de ciego y de resentido, seguro que tampoco lo entenderías. Por lo menos Luis Bonafé va a venir. Es desesperante estar aquí y que nadie aparezca. Podría haber venido su madre, que murió; seguro que le quería, probablemente con esa mezcla de amor y debilidad que tienen las madres por los hijos calavera. Los hermanos, una mierda de hermanos. En fin, a lo mejor aparece alguien. ¿Por dónde andas, Andrés? No puedo pasar esto sola y te necesito; ahora mismo te necesito. ¿Qué va a ser de nosotros? Estoy tan triste, Andrés, tan triste que quiero llorar, pero me da vergüenza que los que pasan por ahí fuera, de charla, deudos y amigos de alguien que yace en alguna

de las otras salas, contemplen la imagen de una mujer que llora sola en una sala vacía del tanatorio junto al cadáver...

En el año de gracia de 1994 sucedió un hecho inaudito: el ex director general de la Guardia Civil –instituto armado de naturaleza militar que forma parte de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado español– se dio a la fuga. Que un director general de cualquiera de las instituciones del Estado se dedique a amasar una fortuna procedente de la corrupción no es corriente, aunque sucede en ocasiones; que lo haga el director general de la Guardia Civil, vaciando hasta las arcas de las pensiones de los huérfanos del Cuerpo, es un escándalo impensable, el desiderátum del desorden, la burla más incalificable, la apoteosis de la malicia. Los socialistas, a los que Andrés y su cuadrilla venían votando animosamente, se tuvieron que comer, por éste y otros escándalos de semejante jaez, un eslogan que los había llevado al poder a partir del año 82: «Cien años de honradez». Como ocurriera con Bettino Craxi en Italia, la imagen de limpieza del socialismo –que en verdad no era sino una socialdemocraciasaltó hecha añicos y con ello se incorporaron a la corriente general política de los nuevos tiempos en que la corrupción atacaba por igual a quienes no sabían ocultarla y a quienes la fortuna unas veces y la astucia otras les proporcionaba una coartada momentánea. Pronto se vería que en la clase política nadie estaba en situación de arrojar la primera piedra, pero la ira ciudadana estaba en marcha con toda razón y sólo hacía falta encauzarla. Ante esta situación, la derecha tradicional española empezó a encargar a sus sastres de toda la vida trajes de cordero con la mano izquierda mientras con la derecha desatraillaban a la jauría de perros que salieron corriendo tras las posaderas de los socialistas. Así se organizó una batahola de todos contra todos en la que pagaron bastantes justos por pecadores, pero donde rodaron cabezas con toda razón. «Al final dará igual –dijo Luis Bonafé con una frase que se hizo célebre–, porque el resultado va a ser que tendremos que elegir entre la peste y el cólera.»

La vida personal de cada uno hasta ese momento estaba bastante tocada del ala. Bonafé, que a la sazón convivía con la joven a la que había mantenido escondida a los ojos de su familia y de los amigos, se sumió en una muda depresión de la que no había modo de sacarle. Él nunca había votado socialista sino comunista y, aunque votaba tapándose la nariz para no oler el tufo a viejo rojo que emanaba del PC, sus convicciones seguían firmemente asentadas en el marxismoleninismo. El disgusto se lo ocasionaba, en realidad, la idea de que la izquierda en su conjunto se resentiría gravemente de esa pérdida de cien años de honradez. Sin haber sido nunca amigo de la socialdemocracia, comprendía sin embargo que el socialismo al menos mantenía una sensibilidad social más o menos difusa que ahora quedaría vaciada de contenido y a la intemperie, pues nadie con un mínimo sentido de la decencia sería capaz de encontrar excusa o abrigo a semejante granujada. En consecuencia, se quedó mudo, apenas si participaba en las conversaciones apasionadas o maliciosas en torno al tema, tanto en su trabajo como entre sus amigos, y poco a poco empezó a adueñarse de él la sensación de que toda su estancia en el mundo era un gigantesco equívoco, un perpetuo amagar y no dar en el que había consumido los mejores años de su vida. Se sentía como el hombre

que, habiendo emprendido el camino justo y teniendo noticia efectiva de él, descubre que lo ha perdido en su confiada marcha y que la sola verdad de su existencia le resulta vitalmente insuficiente.

Bien distinta era la actitud de Andrés, que si en lo personal mantenía los valores forjados en la época universitaria, descreía paulatinamente de los políticos. Habiéndose convertido en un pragmático, consideraba la política y la democracia como un bien y a los políticos y a la masa como un mal inevitable. Reconocía, sin embargo, que, en general, el ciudadano español votaba con más cabeza de la que demostraba luego en su comportamiento social, deudor de un ancestral atraso cultural que lo apartaba de la comprensión, del pensamiento y de las ideas y que atribuía a la nefasta influencia de la Iglesia. Clara era un poco más comprensiva con el común de los mortales españoles aunque relacionaba la subida del nivel de renta con el ascenso de la insolidaridad y los malos modos, de lo que protestaba siempre con apasionamiento. Ambos, cada uno a su manera y con tristeza, se resignaron a ver pasar pronto o tarde el cadáver del Gobierno bajo sus ventanas. «Tanto como han hecho los socialistas por este país –se lamentaba Andrés–, para acabar chapoteando en los desagües del Poder.» Esa palabra, Poder, se había convertido en la bestia negra de todos ellos, con la excepción de Méndez, que mientras se lamentaba de los recientes sucesos con la boca pequeña ponía a buen recaudo su capital y sus relaciones previendo un cambio en la dirección del viento. Méndez sabía bien que el poder corrompe porque la experiencia y el conocimiento del terreno le habían dotado no sólo de una regular fortuna sino de un cinismo a prueba de bomba. De hecho habían sido sus contactos tan bien trabajados durante años los que le habían convertido en un descreído simpático y mundano que, bien es cierto, nunca dejó de lado a sus amigos. Tan sólo pedía que lo comprendieran como él los comprendía a ellos.

Mateo Perdiz, en cambio, estaba como un alma sin cuerpo. Como escritor escorado a la izquierda se encontraba desfondado por los acontecimientos y todo su rencor lo volcaba hacia la derecha política imaginando su alegría al poder morder en hueso. «¿Cómo es posible –se decía– regalar el campo al adversario de este modo?»

Trató de convertir sus lamentos en poesía sin lograrlo, pues era narrador en estado bruto y el fracaso lo desfondó aún más. Como novelista de éxito ascendente y premios menores, pero sustanciosos, se preguntaba si no había llegado el momento de tomar una actitud más neutral desligando política y literatura como le venía aconsejando el amigo Méndez desde su segunda novela. Quizá había llegado el momento de entrar en la intimidad del alma humana, en sus recovecos y anfractuosidades, y abandonar la superficie efectiva y brillante, pero un tanto superficial, de los conflictos histórico-sociales tal como los venía tratando. Perdiz tenía un modesto público que lo leía con avidez, pero venía observando que la acción y el misterio y los secretos ocultos ganaban adeptos mientras que los lectores de signo ideológico se mantenían estancados. Ahí estaban las cifras de ventas para demostrarlo. Por eso no dejaba de pensar que quizá el descalabro de los socialistas era una señal de que se avecinaban tiempos nuevos y cambiantes,

opinión con la cual concordaba en todo Rodrigo Méndez, uno de sus mentores en el proceloso mundo de los secretos ocultos, la acción y el misterio de medrar en la vida.

Quien se mantenía a distancia de todo era Bertoldino. La suya era una actitud de verlas venir. Andrés se había preguntado en más de una ocasión cuál había sido el auténtico efecto de la pobreza en él, esa épica lucha desde que el padre, como medio de supervivencia, se dedicaba a comprar lo que fuera en un lugar para venderlo en otros hasta el momento en que exigió a su hijo, como toda contraprestación, que terminase sus estudios, primero el bachillerato y luego, quemándose las pestañas para no perder la beca, la Universidad. Y Andrés sabía que en el fondo de Bertoldino había una insatisfacción: la de no ser más que un funcionario con la vida resuelta. Bien es cierto que su poesía cotizaba en la bolsa del prestigio literario, pero algo en el fondo lo reconcomía respecto a los esfuerzos de su padre, quizá no ser un brillante abogado, un juez de la Audiencia o algo por el estilo. Es decir, la sensación de haber volcado todo el esfuerzo titánico suyo y de su padre, más aún de su padre, en una plaza de funcionario por meritorio que fuera. De ahí también, quizá, la poca importancia que daba a su poesía, como si ésta fuera algo que uno lleva encima como detalle estético: un *foulard* o una bufanda de colores vistosos.

Bertoldino les explicó que se veía venir. Que lo sucedido era ciertamente un despropósito inimaginable, la guinda más tonta de la tarta más basta, pero que la decadencia se veía venir porque si hay algo peligroso en la vida política son las mayorías absolutas. La mayoría absoluta –decía– tiene razón de ser ante la necesidad imperiosa de un cambio radical que sólo se puede llevar a cabo así o con un gobierno de concentración. En el caso español y a la vista de la historia reciente, lo segundo era impensable: un acuerdo de consenso, sí; un gobierno de concentración, no; faltaba cultura política para poder llevarlo a cabo. Pero quien se ve investido de poder absoluto pronto empieza a cultivar una inclinación al yerro absoluto. Cuando el poder de partido establece la inevitable lejanía con el ciudadano, la adulación se encarga de crear en el político el espejismo donde se reflejan los deseos y no las realidades. A partir de ese momento aceptará con benevolencia a personajes corruptos e interesados en cantidad creciente y su alejamiento de la realidad se hará irrevocable. Este determinismo exacerbaba a Andrés, sobre todo porque, hasta el momento, la teoría de la decadencia del poder se había demostrado cierta. A pesar de los refunfuños de Clara, que no acordaba con él, Bertoldino decía aspirando un cigarro que la adquisición de la democracia no era un problema de años, que quizá lo fuera de todo un siglo, porque había mucho atavismo que enterrar y mucho ejercicio de templanza por ejercitar. La mirada sombría y el modo ensimismado de fumar cuando decía esto les recordaba a sus oyentes que, de todos ellos, él era el único que había visto todos los aspectos de la vida nacional, desde el fin de la guerra hasta el momento, y que lo había hecho desde posiciones sociales bien distintas; en otras palabras, que era un curtido veterano cubierto de cicatrices en comparación con las experiencias de sus vidas.

Así estaban las cosas en 1994, tras la vergüenza ajena que les supuso a todos la fuga del país del ex director de la Guardia Civil. En realidad fue un vía crucis diario porque la noticia, a medida que se descubrían más detalles del asunto, ocupaba las portadas de todos los medios. Hubo dimisiones, alegría feroz en el bando rival, que soltó a los perros e hizo sangre a conciencia, cebándose en lo justo y en lo injusto... Incluso llegaron a salir a la luz pública fotografías del fugitivo en una especie de orgía donde se le veía en calzoncillos medio caídos entre un par de señoras en paños menores, fotografías a la vista de las cuales Andrés no pudo por menos de desesperarse no sólo por el hecho en sí, sino porque quien había sido todo un director general de la Guardia Civil mostrara ese aspecto lamentable de gordinflas con pinta de zumbado rodando por lo que parecía una habitación de piso barriobajero y cutre en un auténtico delirio chabacano.

–Con todo lo que ha mangado, por Dios, y que tengamos que ver esto. Es que no queda ni un gramo de dignidad y, encima, resulta que era un pelanas –se lamentaba Andrés, por ejemplo–, un cebollo, un tipo sin la menor clase.

–O sea –le contestaba Bonafé indignado–, que a ti no te parecerían tan mal los delincuentes elegantes, que hay delincuentes y delincuentes, que si el delincuente es educado no es lo mismo que si es un tuercebotas, que...

–Anda y vete a tomar por saco.

Y se enzarzaban el uno con el otro. Bertoldino los observaba con una sonrisa triste y sólo Clara se metía por medio para enfriar las discusiones. Al fin y al cabo, se sentían impotentes ante el penoso espectáculo que se escenificaba en todos los medios de difusión y a cuenta de ello vivieron una temporada de nervios en la que saltaban por cualquier motivo. No por razones de interés partidista sino por lo que evidenciaba de deterioro de la situación en general.

El viaje de vuelta, lo recuerdo bien, fue un viaje silencioso. Yo conducía y Bertoldino ocupaba el asiento del copiloto. Me había pedido permiso para fumar durante el viaje y, como es natural, y aunque me desagradaba el olor a tabaco en el interior del coche, no me opuse. Bertoldino era para Clara y para mí una especie de decano de nuestra generación. Bien es verdad que nos llevaba diez años, pero ésa era la figura que ocupaba y por la que le concedíamos autoridad y respeto.

Habíamos salido con el alba para evitar el tráfico de regreso a Madrid y a las nueve y media de la mañana ya estábamos en el Hostal Landa, en Burgos, desayunando con buen ánimo, roto además el silencio que nos había embargado durante la primera mitad del trayecto de vuelta. Entonces quise aprovechar para llamar a casa pensando que a aquella hora ya estaría bien despierta Clara y así fue como me enteré de la muerte de Cuchi. Clara no estaba, pero sí Marta –Beatriz tenía clase en la Universidad desde primera hora–, a la que había dejado de guardia por si yo me presentaba de improviso, pues no había dado noticias de la hora de mi vuelta, o porque prefería que las chicas no asistiesen tan pronto al espectáculo de la muerte, como comentó luego Beatriz, molesta por lo que ella consideraba un trato infantil: «Papá, que el año pasado se murió una compañera nuestra y fuimos todas las amigas al entierro», me dijo entre quejosa e indignada. Adiós a Cuchi, toda una historia se desvanecía en el aire.

El resto del trayecto conduje con un vacío en el cuerpo que no me sacó de la carretera porque soy metódico y experimentado, pero pasó en un vuelo. Bertoldino fumaba y callaba, consciente de mi estado de ánimo. De pronto, todo el enfado desaparecía sustituido por un malestar indefinible y vidrioso. En ese momento me sentía como si en mi conciencia no quedase un solo gramo de resquemor por el engaño y la relación entre Clara y Cuchi, como cuando se pasa un paño por una superficie y, en apariencia, queda limpia y sin huella; en cambio, otra clase de incomodidad ocupaba su lugar, una incomodidad indefinible, artera, acusadora, un reproche que nacía del propio interior de mi conciencia lo mismo que nace el mal cuerpo tras una noche de juerga excesiva. Un reproche que no apuntaba a Clara sino a Cuchi y que me viene a la memoria ahora mismo con la nitidez de entonces porque creo que es uno de los peores recuerdos de mi vida. En pura justeza debo confesar que es también uno de los mejores: hizo aflorar un sentimiento inesperado de vacío y negativismo extrañamente unidos por el vértice del desamparo personal y a la vez, lo que quizá no sea más que un reflejo de egoísmo, un intenso deseo de vivir. Todavía hoy me pregunto por el alboroto de sensaciones que se me anudó en el pecho –lo sentía así, físicamente– durante toda la segunda parte de aquel camino de vuelta. ¡Qué lejos quedaba de repente todo el conflicto suscitado por el descubrimiento de la relación de Clara con Cuchi! Pasaba una y otra vez ante mis ojos fijos en la carretera como una veladura que se fuera desprendiendo de mi cerebro por efecto de la velocidad, jirones de una historia vieja que se agitaban al viento y sobre la que me preguntaba cómo era posible que hubiese permanecido en torno a mi cabeza lo mismo que un velo de gasa ajada que se resiste a ser deshilachado por un saliente que lo tiene atrapado. De nuevo volvía

a ser yo, el amante de Clara deseoso de caer en sus brazos, y todo lo que se había venido interponiendo entre nosotros desaparecía como por ensalmo. Todo, excepto la figura de Cuchi, que pesaba como un saco de pena sobre mi espalda.

Todas estas figuraciones fueron apareciendo y desapareciendo a lo largo del trayecto, yendo y viniendo como fantasmas invitados que, sin embargo, no se quedan; se despiden y vuelven, pero no se quedan. Bertoldino, que apenas había abierto la boca desde que abandonamos el Landa, preguntó:

–¿Cómo te sientes?

–Culpable –le contesté con toda conciencia. Sí, me sentía culpable de no haber visitado a Cuchi más que una miserable vez sabiendo las condiciones en las que se encontraba, próximo a la muerte. Ahora no sé si lo hice porque me daba miedo la muerte o por despecho, pero entonces lo que me echaba para atrás era el rencor. Incluso llegué a reprochar a Clara que lo estuviese atendiendo porque al fin y al cabo él se lo había buscado. En cambio, no tuve valor para preguntarle si ella estaba bien, físicamente bien, es decir, y ahora me avergüenzo de ello, si la había contagiado. La verdad es que cuando lo hicieron Cuchi aún no debía de ser portador del virus, pero tampoco estaba seguro de que hubiesen vuelto a repetir el acto después de aquellos días que pasaron juntos mientras yo estaba tan tranquilo subido a una rama del guindo y agitando las piernas al aire como cuando era chaval. La verdad es que la confianza es uno de los sentimientos más difíciles de gobernar y requiere tanto valor personal como fe en el otro, una fe que incluso debe superar el error o el descuido porque nadie es perfecto ni está libre de tentación. Yo no tuve confianza en Clara de un modo deliberado y si no le pregunté fue porque no me atreví. Ella me dijo, más tarde, que se había hecho la prueba apenas supo de la enfermedad de Cuchi y me lo dijo a poco de morir él para no dejarme en la agonía de preguntarme en silencio si ella estaba también infectada, «porque –dijo– te conozco bien y sé que eres capaz de venir a preguntármelo en mi lecho de muerte, pero no antes».

Pero entonces, camino de Madrid con Bertoldino, lo que poco a poco invadía mi conciencia era la sensación de culpa. Una sensación que venía acompañada por el recuerdo porque allí, al volante, lo que acudía a mi cabeza mientras miraba a la carretera era la visión de momentos vividos juntos, con Cuchi, ya en el colegio ya en la Universidad, a la que él no se apuntó porque se estaba graduando de vividor a mis espaldas, en la vida nocturna, en el dinero fácil y en las malas compañías que manejaba como nadie porque él era el peor de todos; y, sin embargo, seguía siendo Cuchi, el compañero del colegio, el amigo leal, como si me necesitara para seguir manteniendo viva la parte noble de su carácter en el aire viciado de sus andanzas adultas. Conmigo, ahora estoy seguro, seguía siendo el chico del colegio, el amigo confiable, quien sabe qué parte de su niñez deseaba mantener incorrupta. Recuerdo bien, como si la estuviera viendo ahora mismo, la mirada de reojo que me echó Bertoldino porque se me habían escapado las lágrimas y las sentía correr por mis mejillas. No era un llanto fluido sino lagrimones que asomaban de uno en uno antes de desprenderse hacia los labios. Y recuerdo el gusto salado en la boca, el cariñoso apretón en mi brazo de la mano de Bertoldino, el ruido del motor

encubriendo el silencio y los dos mirando hacia delante sin nada que decir.

Llegamos directamente al cementerio y los encontramos en la capilla. Era una capilla funcional y fría con unos cuantos bancos, un atril a un lado del altar desde el que hablaba un cura convencional por un micrófono absurdo porque los cuatro gatos que se sentaban en los bancos no necesitaban de aquella sonoridad artificial. Detrás del altar, al otro lado de donde se encontraba el atril, estaba el féretro enfilado hacia una cortina tras la que se ocultaba el horno crematorio. En su conjunto aquel espacio ritual me pareció falso y frío, alejado de todo honor y de todo sentimiento. La muerte en el pueblo era mucho más impresionante y también más humana con su cortejo de actos y ceremonias, con la presencia de la gente, con su lentitud y su extensión en el tiempo propios de la exigida solemnidad del dolor. Entramos y reconocí las siluetas de Clara, de Bonafé y su compañera, de Mateo Perdiz y, para mi asombro, del propio Mendaz. A última hora Clara los había reunido a todos. No había nadie más. La familia brillaba por su ausencia y eso me reprodujo la culpa acompañada de una punzada de dolor por el miserable abandono en que lo habían dejado. Pensé en su madre, que lo había criado y que lo había querido tanto a pesar de todo.

Bertoldino y yo entramos sigilosamente, pero Clara se volvió de inmediato. Recuerdo su sonrisa como si la vida hubiera vuelto a empezar. Tenía mala cara, pero la sonrisa la borró por un instante. Bertoldino y yo nos pusimos detrás de ella, aguantamos el insípido sermón lleno de promesas imposibles de vida después de la muerte y asistimos a la entrada del féretro en la boca infernal del horno. Luego nos quedamos esperando fuera, hablando de trivialidades con gesto compungido, hasta que nos dieron la urna con las cenizas y Clara y yo nos la llevamos a casa.

Esa misma noche salí a volar con el tío Cadavia. Hacía mucho tiempo que no volábamos por el cielo de Madrid, de un tejado a otro, en compañía de los ladrones sigilosos que se descolgaban por las ventanas y saludaban a mi tío afectuosamente, y decidí ir a buscarlo para hacer una excusión nocturna, como en los viejos tiempos. No sé por qué me dio la ventolera, pero lo hice. Fui hasta el sótano donde vivía en el barrio de Argüelles y estuve al acecho hasta que Mabelle, su Viviana guardiana, salió a la calle y entonces lo saqué de allí por un ventanuco que daba al patio, subimos al tejado y nos largamos tan felices a fisgonear por todas partes. Unos ladrones nos ofrecieron jamón, calamares fritos y un cuartillo de vino tinto. Yo me sentía tan feliz que me olvidé de todas mis penas y en un alto que hicimos sobre un tejado de la calle del Humilladero me acordé de pronto del anillo mágico y le pregunté por él. Con gesto misterioso, se llevó la mano a un pequeño bolsillo delantero, lo extrajo y me lo puso en el dedo donde yo llevo la alianza. «Este anillo es para ti para siempre; guárdalo como recuerdo porque su poder principal ya se cumplió, pero si un día necesitas deshacer el hechizo, rómpelo en dos partes y arrójalalo a un pozo profundo.» «Entonces querrá decir que he perdido a Andrés», dije yo. «Entonces habrá sido tu decisión, no la del anillo», contestó él. Yo me puse triste y pregunté: «¿Y si lo pierdo un día contra mi voluntad?». Y él me dijo: «Ya no lo necesitas, ni a él ni a mí. Entonces erais niños, pero ahora sois dueños de vuestro destino». Entonces comprendí que el tío Cadavia había muerto y todos los ladrones vinieron a reunirse en torno suyo. Se lamentaban y hablaban de él con palabras elogiosas. Vinieron de todas partes y por un momento temí que se hundiera el tejado donde nos habíamos posado. Luego, en silencio, empezaron a pasarse el cuerpo unos a otros en procesión. El tío Cadavia era tan viejito y estaba tan flaco que lo llevaban en volandas como si se tratara del cadáver de un pájaro. Yo los seguía con mucha pena camino del cementerio.

Cuando lo enterraron me quedé allí frente a su nicho, en la soledad de la noche, sin pensar que habrían cerrado las puertas del cementerio espectral y tendría que pernoctar en él. Estaba sentada en el suelo, con las rodillas en la barbilla y la espalda apoyada en el muro del nicho, sin sueño y sin saber qué hacer. Pensé en volver al sótano y decirle a Mabelle que su prisionero había escapado para siempre, pero me pareció una inutilidad. De pronto reparé en el anillo. Ahora tenía una calidad mate, como si hubiera perdido el brillo. Recordé con toda nitidez la escena de aquel día lejano y se me escaparon las lágrimas sin poderlo remediar; pero no lloraba de pena, lloraba de felicidad. Entonces me levanté e hice como los ladrones: me deslicé entre las tumbas, llegué a la tapia, la escalé, corrí por la calle hasta dar con el primer bloque de casas, que eran modernas, subí a la azotea y volé de tejado en tejado, como me había enseñado mi tío, hasta alcanzar mi casa. Entré por la ventana, como ellos, y como iba en camisón me metí directamente en la cama, a la que Andrés había vuelto después de su viaje al norte y en la que dormía a pierna suelta sin enterarse de nada.

Por la mañana tendría que contarle que el tío Cadavia se había ido de este

mundo.

Parte cuarta

I

*Refugium peccatorum, ora pro nobis**

Letanías lauretanas

Tengo sesenta años cumplidos. A esta edad, uno percibe la muerte. No ya físicamente –eso es cuando una enfermedad o lesión ataca con gravedad suficiente para dejar inerme– sino como una presencia, como una figura nueva en el paisaje de tu vida, una figura que antes no estaba, alguien que anda por ahí, que quizá ha estado rondando de puntillas a nuestras espaldas, de la que no nos hemos apercebido antes en todo caso. Yo lo llamo a eso la conciencia del final, sin importar que el final se encuentre cerca o lejos, según el destino de cada cual. De pronto nos percatamos de que está ahí, dentro del escenario, y es entonces cuando se queda a formar parte de nuestra vida diaria. No amenaza, no interrumpe, no atosiga, no envejece; simplemente está ahí. Y espera.

En julio de 1995, lo recuerdo bien porque me encontraba veraneando en las islas Baleares, ante el Mediterráneo, el ejército serbio invadió Srebrenica, la Ciudad de Plata, deportó a veinte mil ciudadanos y masacró a ocho mil bosnios, niños incluidos, sin el menor asomo de piedad ni humanidad. Según leí en la prensa, los francotiradores se divertían eligiendo el blanco; por ejemplo, un niño que salía a la carrera de un edificio con un paquete de alimentos bajo el brazo. El francotirador lo seguía cuidadosamente con la mira telescópica y, cuando lo tenía a tiro, apretaba el gatillo y el infeliz quedaba tendido en mitad de la calle y su precaria porción de comida tirada a su lado. Luego, el francotirador hacía una muesca en la pared o en la culata de su arma y probablemente encendía, satisfecho, un cigarrillo. Yo aún sigo pensando que mi vida ha sido un privilegio porque no he tenido que esconderme de las bombas, luchar en una trinchera, mendigar o ser torturado o esclavizado; habrá quien piense que es precisamente ese privilegio, esa vida a cubierto en un país del primer mundo, lo que me hace estremecer cada vez que las imágenes o las crónicas me ponen ante los ojos el horror del mundo moderno y, especialmente, el insufrible trato que reciben los niños de la mayor parte del planeta: niños soldado, niños esclavos, niños de la calle, niños maltratados, niños hambrientos, niños abandonados, niños encerrados en asilos inmundos, niños violados...

La guerra de los Balcanes me conmovió en lo más hondo porque para mí fue el ejemplo imborrable de las nuevas guerras, las guerras contra los civiles, las guerras sin honor, sin reglas y sin compasión. Qué lejanos aquellos tiempos en que los guerreros se definían por sí mismos y el valor se medía cara a cara, sin subterfugios, sin tramposas estrategias, como en el tiempo de las guerras eubeas. Ahora el elemento esencial de toda guerra es el aterramiento de la población civil,

el verdadero blanco de un ataque mortífero no sólo del atacante sino también del defensor que se protege con escudos humanos. Quizá en los tiempos en que la información requería ser llevada en mano la maldad no fuera menor pero no era conocida más que por unos pocos o en círculos limitados; sin embargo, ahora tenemos el conocimiento al minuto, y es tanto y tan tupido que su efecto es el de dormir las emociones como un filtro que neutraliza la indignación. No hay respuesta proporcionada a esta avalancha de maldad que nos deja inermes. Pienso en mis hijas y me pregunto qué será de su posible felicidad. Yo no la he merecido sino que la he encontrado por azar; no tenía el menor derecho a ser infeliz y lo he sido en pequeña escala. Todo ello es una carga pesada de llevar.

Pero, finalmente, uno descubre que el terror está a la vuelta de la esquina. Recuerdo un suceso que me conmovió en lo más hondo por aquellas fechas. Un chico de no más de diez años llegó prácticamente muerto a un hospital de Madrid. Entonces se descubrió una historia de horror inconcebible: el chico llevaba años metido en casa, sin salir nunca a la calle, desnutrido y golpeado sistemáticamente por sus padres. Eran gente pobre, extranjeros, que vivían en una corrala madrileña tradicional donde todas las noches podía escucharse la voz del pequeño gimiendo y suplicando: «Mamá, no me pegues». Era hijo de una relación anterior de la mujer, que ahora estaba conviviendo con otro hombre, del que tenía otro hijo que, éste sí, salía a la calle, era alegre y conocido en el barrio y estaba en perfectas condiciones físicas. Si es espantoso pensar en la desdichada vida del primer niño, en el horror de su vida encerrado en un piso miserable sin conocer otra cosa de este mundo que el hambre, el aislamiento y el dolor infligidos hasta llevarlo a la agonía y la muerte en el hospital, más espantoso aún es imaginar a los vecinos escuchando noche tras noche durante todo ese tiempo los gritos, las voces y golpes del drama que se desarrollaba en el interior de la vivienda sin intervenir, sin llamar a la policía, haciendo oídos sordos, saludando a los padres y haciendo gracias al niño sano cada vez que se los encontrasen en la escalera. ¿Cómo se puede vivir, y dormir, con semejante atrocidad diaria? ¿Qué clase de dureza de corazón consiente que sufra así un inocente? Vergüenza sobre ellos y sobre nosotros porque tampoco nadie se atrevió a decir en voz alta que lo maltrataron y lo mataron entre todos, a un niño que vino al mundo y sólo supo de él lo que era el miedo, la desafección y el dolor, condenado a desconocer hasta el más ínfimo grado de cariño, de risa y de esperanza. Ciegos a la evidencia del encierro, sordos al grito terrible: «¡Mamá, no me pegues!». Y esa representación del infierno estaba allí mismo, en la misma ciudad alegre y confiada en la que yo vivía. La imagen del niño recluido y torturado se quedó en mi memoria como un clavo en la nuca.

Mientras tanto, seguimos viviendo. Todos estos recuerdos se me han echado encima por mencionar a la muerte, aquí, de pronto, en esta playa del dulce atardecer donde aguardo en paz y en calma el regreso de Clara por la orilla y la llegada de mi hija. De pronto, este recuerdo en especial ha cruzado por mi mente de manera alevosa por inesperada. Ha sido, en efecto, esa presencia sensible de la muerte. Aparece como lo ha hecho ahora, sigilosa, no se la ve y apenas se la siente, es como el roce de un ala o del aire agitado por el vuelo del ala. Yo trato de pensar

en ella lo menos posible porque, a pesar de que en los tiempos que corren, a nuestra edad nos decimos unos a otros que somos jóvenes, y lo parece a pesar del imparable deterioro que nos acompaña, no conviene llamar su atención. «Ah, pues aún era joven», se dice corrientemente de alguien que muere a la edad que yo tengo, sesenta años. No niego que, a pesar de la falacia, es una actitud animosa y animadora. Todo depende del carácter de cada uno y yo he decidido vivir; con manchas en el alma, lleno de aprensiones, pero vivir. Al final descubrimos que la única realidad incontestable es la de la muerte; el resto es pura ficción aleatoria tras la necesidad del nacimiento, que aunque sea necesario no justifica nuestra existencia más que por un azar físico y mental ajeno a nuestra voluntad. Aunque, bien pensado, quien tiene voluntad de salir del útero materno tiene voluntad de vivir. La muerte sólo depende de la vida. La muerte es tan real que, como decía aquel hombre tan lúcido y tan buen escritor, el polaco Lem, «el primer requisito de la inmortalidad es la muerte».

Pero ¿por qué la he sentido pasar a mi lado como un fantasma o una breve sombra esquiva? ¿Qué quiere decirme con su paso leve? ¿O acaso la he sentido cruzar apresurada tras los pasos de un alma que huye? El sol está cada vez más cerca del horizonte y quizá sea eso, esa suave vibración de la luz que se produce en el aire a rebufo del oleaje con que el mar anuncia el primer frescor de la brisa vespertina, lo que la puso en movimiento para mi sobresalto. Sea como fuere, la ignoraré. La estela de recuerdos, en cambio, permanece incólume en mi cabeza. Hechos como el de la toma y masacre de Srebrenica o la muerte del niño escondido son pura violencia que nos asalta diariamente, hablan de la muerte con otro lenguaje, su brutalidad anonada, nos vemos obligados a digerirlo como parte de nuestra dieta cotidiana de realidad, el pensamiento sufre de empacho o de acidez frecuentes, se ulcera, se resiste a probar bocado. El cuerpo quiere expulsar ese malestar, pero lo detiene el último miedo al vacío que los sentidos no pueden soportar. Cansa pensar.

Con un esfuerzo, me pongo en pie. Los malos pensamientos, el peso del tabaco y el alcohol, la mención al vacío, el propio cambio de temperatura... me empujan a pasear. Voy caminando lentamente hacia la orilla enfrente de mí, moviendo las piernas anquilosadas a causa de la inmovilidad como el anciano que aún no soy. Respiro hondo y una bocanada de aire que huele a algas me despierta por completo. De nuevo agradezco la tarde, el cuerpo se expande, el olor del yodo del mar me devuelve también ese fondo de sabor intenso del ron dulce y fuerte que permanece en el paladar y se mezcla ahora con la plenitud del olor penetrante del mar. Una vela surge en el horizonte rumbo a la boca del puerto deportivo. Alineadas a lo largo de la orilla hay varias cañas de pesca fijadas en la arena con los sedales tirantes. El rumor de la pleamar entrando en la orilla se escucha distintamente ahora. Me quedo mirando a las olas llegar, cada vez más cerca de mis pies, y por fin me retiro de nuevo hacia el chiringuito; al regresar, vuelvo la cara a la luz y, a pesar del relumbre del sol, veo a Clara, que viene avanzando por la orilla; ya no es una pincelada en el paisaje sino una figura distinguible.

¿Qué tenía Clara que atraía tanto a los hombres del entorno de Andrés? No sabemos si además atraía a otros porque no es el asunto de esta historia. Si Andrés había tenido, como cabe suponer, sus aventuras fugaces nunca confesadas, porque para qué confesar algo que en sí no tiene importancia ninguna y, en cambio, la tendría –excesiva, desproporcionada y, por lo tanto, innecesaria– precisamente si se produjera la tal confesión... ¿por qué no iba a poder disfrutar ella de otras tantas aventuras tan fugaces como las de su marido? La aplastante seguridad del planteamiento de Andrés fue aceptada por el grupo sin apenas discusión por lo que consideraban evidencia incontrovertible y, en cambio, la posibilidad de que Clara adoptase la misma actitud provocaba un morbo indudable. El misterio del atractivo de Clara suscitaba un interés que iba más allá de la aventura imprevisible, de la casualidad o el arrebató fugaz. Su atractivo parecía emitir el sello de lo duradero, de lo intenso, de lo comprometido; un aroma irresistible, en fin, que arrastraba tras de sí a los machos y los paralizaba por temor a un desenlace de larga y dolorosa cicatrización. La tentación que representara para todos ellos generó una duda permanente que oscilaba entre el temor y el temblor amorosos y que quizá fuera, a fin de cuentas, el secreto de la tentación, que la leyenda del anillo habría acrecentado considerablemente.

Clara, a punto de cumplir cincuenta años, era también, además de atractiva como se ha dicho, una referencia de estabilidad. De un modo u otro, todos los hombres de su entorno habían ido manifestando con el tiempo una confianza en ella que la convertía en receptora de las debilidades y titubeos de los más allegados. A Clara no le disgustaba este estado de cosas, pero tampoco le resultaba agradable; lo consideraba un defecto posicional producto de la ancestral debilidad del ser humano masculino, lo cual la colocaba en una indeseada hornacina de santa a la que se dirigían las oraciones de todos los devotos atribulados que se postraban a sus pies para exponer sus penas ya que no podían exponer otra cosa; así que, en el trato, advertía que sus fieles la consideraban como una santa en la que se pone toda la confianza en la seguridad de no ser defraudados, sí, pero una santa de buen ver a la que abrir sólo sus corazones; sin embargo, pronto o tarde, más bien tarde por el natural respeto debido a los santos, ella veía brillar el deseo en sus ojos codiciosos, de manera que la adoración alcanzaba un punto de ebullición entre turbia y excitante que la obligaba a replegar velas para poner coto a la incontinenia que amenazaba con derramarse en el curso de las cada vez más audaces confidencias personales. Era una situación distinta a la de su íntima amiga Julieta Romeo, pues mientras esta última se veía obligada de continuo a refugiarse en la frase, no por convencional menos pertinente, «yo no tengo la culpa de estar tan buena», propia de las mujeres o bien ingenuas o bien de muslo acogedor, Clara no conseguía deslindar con claridad en la atormentada mente de sus interlocutores la frontera entre la necesidad de ayuda espiritual y la necesidad de arrimo material, sobre todo a partir del momento en que éstos se veían y sentían reconocidos en sus tribulaciones.

Luis Bonafé, Mateo Perdiz, el mismo Méndez –aunque éste no tenía penas del

alma de ninguna clase-, El Figura, Cuchi Mendina y hasta Rolando Singapur, que lo intentó en directo y a calzón quitado... todos ellos anduvieron tras Clara Zubia en algún momento de sus vidas, incluso en varios momentos, siempre entre la cautela y el deseo, como felinos al acecho. Clara lo había comentado en algunas ocasiones con Andrés, inquieta por los desencuentros y malentendidos que pudieran producirse y que dieran al traste con un compañerismo típico de la camaradería masculina en el que Andrés parecía encontrarse de lo más a gusto, pero Andrés siempre había quitado importancia a esas escaramuzas porque nunca pasó por su imaginación que Clara accediera a las pretensiones ocultas (excepto en el caso de Singapur, que eran diáfanas) de ninguno de ellos, lo cual le traería, como hemos tenido ocasión de comprobar, muy penosas consecuencias.

¿Y Bertoldino?

Clara Zubia conoció a Fabio Bertoldino, como bien sabemos, a través de la editorial para la que ella trabajaba, pues Bertoldino oficiaba en ocasiones de traductor, lo mismo que ella, aunque en el caso de éste se trataba más bien de una prestigiosa y siempre concreta condescendencia, pues no era su oficio el de traducir narraciones. Bertoldino se había convertido para la editorial, a raíz de una primera coincidencia, en el introductor en España de un exquisito escritor japonés apreciado en el mundo entero. Él lo traducía del inglés, pero colocaba su traducción bajo la atenta mirada de una amiga peruana hija de japonés y nativa que dominaba ambos idiomas, español y japonés, a la perfección. Clara siempre sospechó que entre ambos, Fabio y la peruana, había una *entente* muy *cordiale* que entrelazaba su primoroso trabajo conjunto de traducción con una refinada lascivia. De hecho, sintió una gran curiosidad por aquella relación de la que ni él ni ella hablaban nunca. Clara llegó a conocer a la peruana de rasgos orientales, que era una mujer algo más joven que ella, pequeña y delicada, con ese toque femenino recatado que esconde bajo la superficie la promesa de una actividad volcánica, lo que la obligó a mirar a Bertoldino de otra manera. ¿De modo que aquel espigado veterano de modales tranquilos y estoicas maneras desataba por las noches al animal que llevaba dentro sobre el cuerpo de la peruana? Bertoldino, que percibió el sentido de las miradas de perversa curiosidad que Clara le dirigía cuando los veía juntos, esperó su ocasión y la tomó a espaldas de Andrés sin miramiento y sin pasión, como un coleccionista de figuras de porcelana. Esto sucedió una vez y no más porque entonces Clara descubrió que la lascivia residía en el otro cuerpo, que por alguna razón necesitaba de un *partenaire* como el poeta para ejercitarse en el sexo y Bertoldino, que a su vez entendió el sentido profundo del deseo de Clara, se retiró silenciosamente por unos días dejando el terreno libre a ambas para que practicasen un rito amoroso que Clara, cumplida su curiosidad, abandonó en seguida. De esta relación fugaz jamás habló a Andrés y, así como siempre había tenido remordimientos por no haber confesado la relación con Cuchi Mendina, asunto agravado al descubrirse accidentalmente gracias a la torpeza de Mateo Perdiz, en el caso de la concubina irregular de Fabio Bertoldino consideró que aquélla era una experiencia tan singularmente personal que sólo le pertenecía a ella y, por lo tanto, la consideraba intransmisible. Sólo Bertoldino lo supo,

inevitablemente, pero nunca se cruzó entre ambos el menor comentario, la menor referencia al hecho. Como tampoco habló con Andrés del encuentro inicial con Bertoldino y la peruana. Estuvo a punto de confesarlo cuando se descubrió lo de Cuchi, pues se dio cuenta de que aquel momento era el ahora o nunca y eligió nunca como respuesta ajustada a las aventuras de una sola noche que, de un modo vago, aceptó Andrés haber tenido. Lo hizo a regañadientes, escabulléndose, sin concreción alguna, y ella pensó que, en tal caso, no tenía sentido que ella reconociese su única y concreta falta aparte de la de Cuchi. La otra, la de mujer a mujer, la consideraba como hemos dicho sólo suya y he de decir que yo comparto esa actitud.

Así pues, habida cuenta de que la fortaleza de Clara no podía ser rendida por el asedio, los pecadores amigos de su marido derivaron el acercamiento a una suerte de confianza en su comprensión que les sirvió para aliviar sus propias penas buscando la confidencia y el consejo. El corazón de Clara se convirtió en la caja de resonancia de las inseguridades, dudas y frustraciones de la pandilla hasta el extremo de que alguno de sus miembros, como Perdiz o Bonafé, siguieron acudiendo a ella en la tribulación cuando la pandilla se disolvió por el propio transcurso de sus vidas y ya sólo se veían de tarde en tarde. Lo que preocupaba a los más contumaces o adictos al masaje de conciencia era la razón por la que Clara había tenido una relación amorosa con Cuchi. Una relación breve, sí, pero amorosa. La imagen de una Clara entregada a aquel calavera les trastornaba casi tanto como a Andrés, en un ejercicio de simpatía contradictoria e hipócrita, pues deseando todos estar en el lugar de Cuchi se solidarizaban emocionalmente con Andrés. Todos ellos estaban de acuerdo: que una mujer tan segura y dueña de sí misma cayese en brazos de un gigoló, precisamente de un gigoló, era, aparte de altamente morboso, un asunto incomprensible que la humillaba a ella y humillaba también a Andrés (opinión esta última que, de nuevo, navegaba entre la camaradería y la hipocresía). ¿Cómo era que Cuchi había dado con la puerta secreta que rendía el corazón de la diosa? La pregunta los tuvo endemoniados en la época de mayor celo hasta que éste cedió por su propio peso y los agrupó en torno a la necesidad de consejo y comprensión que sus almas, atribuladas por el sinuoso decurso de la vida, necesitaban principalmente. Y ahí los esperaba Clara, en el único terreno en el que podía ofrecerles algo. Donde no pudo haber amor fructificó la compasión.

Porque lo cierto es que Clara Zubia estaba perdidamente enamorada de Andrés Delcampo y Andrés Delcampo reconoció ante sus amigos que si él se había mantenido básicamente fiel a Clara (subrayó el adverbio básicamente con vehemencia para mostrar el lado ambiguo de la excepción a la regla) era porque desde el principio supo que había encontrado a la mujer de su vida, y ¿qué demonios puede hacer el hombre que encuentra a la mujer de su vida? Es tan difícil encontrarla que nadie en su sano juicio se arriesgaría a perderla porque es uno de esos acontecimientos que sólo se produce una vez en la vida («Y no muy a menudo a juzgar por las caras que tengo ante mí», comentó a su estupefacto auditorio). Cuando el reconocimiento se produce, uno sabe que ha encontrado lo que estaba buscando, incluso aunque no supiera qué estaba buscando ni si estaba buscando

algo. Entonces fue cuando los asombrados y descreídos amigos íntimos de Andrés Delcampo oyeron por primera vez y de primera mano la admirable y bella historia del anillo mágico.

El portador del anillo, que se lo entregara a la pequeña Clara aquel célebre día del mes de abril de 1950 para que lo depositase bajo la lengua del durmiente, ya no estaba en este mundo. Encerrado en un sótano de Madrid, sin sus amigos muertos o desaparecidos, apenas volvió a ver la luz del día. La hermosa Mabelle lo encadenó a sus encantos y con artes traicioneras le extrajo su saber hasta dejarlo exhausto. A veces lo abandonaba días enteros y volvía a él para mantenerlo en vida con la luz de sus ojos y poco más, pues apenas se alimentaba de otra cosa que no fuera la presencia de ella. Andrés lo olvidó, pero no Clara, pues en realidad ella era el único y esporádico nexo que los unía, pero desde que Mabelle lo raptó y el pobre Cadavia no tuvo ojos más que para ella, la relación se fue espaciando. Quizá hubiese querido traspasar a Clara muchos más conocimientos de lo que ya le había entregado, pero la intención se extravió en las vueltas del tiempo y tampoco Andrés echó de menos sus enseñanzas. Así es como circulan los hombres y las mujeres por la vida, bajo la expresa indiferencia con la que ella, soberbia y suficiente, les ignora.

–Mi hijo mayor –dice Bonafé– es un gandul criado en libertad; el pequeño es más aplicado, pero también considera que el bienestar es algo que se le debe. Los dos han crecido en un ambiente relajado, antiautoritario, comprensivo y todo lo que me devuelven es insolencia y un amor desmesurado al placer y al dinero.

–Los hijos, Luis, dan lo que reciben. Con esto no quiero decir que los hayamos educado mal sino que les hemos mostrado un mundo del que eligen lo que les conviene. Ahora están buscando un toque de personalidad.

–¿Personalidad? Buscan distinguirse, buscan su personalidad y todo eso... Vale. Bien. ¿Y cómo lo hacen? No tienen que pelearse la vida, Clara, se la hemos regalado.

–No seas pesimista. La gente demuestra quién es cuando la prueban. Los hijos son secretos, Luis. Unos más que otros, pero siempre secretos. Lo que está pasando por dentro de ellos lo podemos intuir porque tenemos un modelo: nuestra propia adolescencia, nuestra propia juventud. Sin embargo, los tiempos cambian; no cambia la esencia, cambian los modos. Estoy segura de que tus hijos se están enfrentando a problemas parecidos a los nuestros, pero que se los plantean de modo distinto porque la vida ha cambiado con los tiempos. La frustración, el amor, el desengaño, las esperanzas... son los mismos, en el fondo.

–¿Frustración dices? Mis hijos no soportan la frustración, reaccionan como chicos consentidos, malcriados. Su reacción no es entender, no es asimilar, es la furia descontrolada, romper algo... No soportan sino que descargan y ahí se acaba la respuesta.

–Ya veo que tienes un día negro.

–No hay dureza, Clara, no hay resistencia.

–Hay deseo de vivir. Por ahí se empieza. ¿Qué vas a hacer? ¿Que no soportan la frustración?: ya la soportarán. Se aprende de muchas maneras, Luis. Que el mundo no es suyo, que hay que ganárselo, lo aprenderán también. Yo comprendo que te duela saber que les espera una sorpresa tras otra cuando se caigan del burro por primera vez; pero tú lo único que puedes hacer por ellos, tal y como me dices que están las cosas, es pasar de tantos principios y tantos valores como acumulas, porque no se los vas a meter a la fuerza, y esperar. Esperar con cariño, esperar con dignidad, esperar con confianza, sí, a pesar de todo. Yo creo que la mejor educación es el ejemplo. Si tu ejemplo ha sido positivo lo usarán cuando les haga falta usarlo, no lo dudes. ¿No te das cuenta de que están perdidos buscándose? Si yo fuera tu hija, saldría de estampía cada vez que tratases de darme un consejo. Deja ya la dialéctica y pon un poco más de confianza en las personas, hombre.

–Me estás haciendo polvo en lugar de ayudarme –Bonafé queda unos momentos reconcentrado y luego sigue–.¿De verdad que me aborrecerías?

–Hombre... aborrecer, lo que se dice aborrecer, no. Pero que me parecerías un plasta incapaz de entenderme, eso seguro.

–Me das la puntilla.

–Te doy lo que te mereces por leninista. Y, por cierto, no te vayas a creer que mis hijas son dos soles. Ahora me llevo mejor con ellas que su padre porque su padre

está tan imposible como tú, aunque de otra manera.

–Pues a mí me parecen dos chicas ideales.

–¿Lo ves? ¿Ves como estás ciego de puro mirarte el ombligo? Ellas están buscando conocerse con toda clase de miedos e inseguridades disfrazadas de superioridad vital y desdén por lo viejo. Lo viejo somos nosotros. Pero saben que el último lugar del mundo donde el amor y el apoyo subsisten a pesar de todo y contra todo somos nosotros. Y ahora, dime, ¿qué pensarán si cuando vuelven al calor reciben una patada? Parece mentira que tú, que tanto alardeas de dureza, seas incapaz de soportar con comprensión los desaires que te hacen tan sólo para ocultar sus propios topetazos con el mundo, tan sólo para comprobar, en el fondo, bruto más que bruto, que los sigues queriendo. Y más: que ellos también te están probando a ti, tirando de la cuerda para comprobar que al otro lado sigues tú, sujetando el otro cabo.

–Joder, esto último no lo había pensado.

–Porque eres un dogmático, porque los hombres tenéis muy poca flexibilidad; poca flexibilidad que procede de la costumbre de mandar, no sé si has pensado en eso.

–¿A que todavía me vas a echar una bronca?

–Piensa lo que quieras, es lo que te mereces. Por tocino.

Ambos se quedan en silencio.

–¿Qué tal ven ellos lo de tu novia? –pregunta Clara.

–Querrás decir compañera.

–Ah, bueno, pues compañera. Yo creía que estabais por casaros.

–No tengo la menor intención de casarme. Con una vez, me basta.

–Ya. ¿Y ella?

–¿Ella? Pues tampoco hemos hablado de eso.

–Qué raro, ¿no?

–Raro, no. Somos una pareja de hoy, no necesitamos sacramentos ni contratos civiles. Nos entendemos bien.

–O sea, que ella se tira no sé cuánto tiempo siendo la otra, que no te lo he dicho hasta ahora, pero hay que tener cuajo para tenerla ahí aguantando mecha, y cuando por fin os vais a vivir juntos no te dice ni media palabra sobre la idea de casarse.

–No me lo dice porque es una mujer en cuya cabeza cabe algo más que la idea del matrimonio.

–Cabeza no sé la que tenga, pero aguante tiene un rato. Al final, Luis, vas a acabar demostrando que eres más antiguo que el hilo. Yo siempre he creído, perdona que te lo diga por las bravas aprovechando que estamos hablando con toda confianza, que los comunistas, o lo que seas tú, y los curas no tenéis tantas diferencias. La más importante, que vosotros creéis que el paraíso está en la tierra y los curas creen, o eso dicen, que está en el cielo. O sea, que sois unos reaccionarios de tomo y lomo unos y otros.

–Lo que me faltaba por oír: ahora resulta que soy un reaccionario porque no me quiero casar con mi compañera; que soy un reaccionario porque no quiero cumplir

con los ritos pequeñoburgueses. Hace falta cara dura para decirme esto a mí.

–A ti te lo digo, compañero. ¿Sabes lo que es un ortodoxo? Eso es lo que eres tú, un puñetero ortodoxo. Y los ortodoxos lo son bajo cualquier ideología. Tú no quieres casarte por las mismas razones por las que un cura cree que hay que casarse para no vivir en pecado. En tu caso, piensas que el pecado es casarse y lo adecuado es no casarse. Es lo mismo, pero vuelto del revés. Los ortodoxos se tocan. ¿Por qué no le preguntas a tu compañera si quiere casarse contigo? Digo preguntarle, no incluir una amenaza implícita en la pregunta, que es lo que estoy segura de que harás. Venga, hagamos la prueba. Yo voy de testigo.

–Bueno, y si quiere casarse ¿qué?

–Pues que te cases con ella, hombre, y te dejes de prejuicios y miramientos.

Se produce un nuevo silencio entre ambos.

–¿Sabes que lo he pensado? –dice Bonafé.

–Parece una chica maja. Si la quieres de verdad, dale una alegría. Ya tendrás tiempo de divorciarte. No –rectifica Clara de buen humor–. No es por eso. Es por vuestra serenidad, por vuestra armonía... Joder, Luis, después de tantos años, hijo, parece mentira que todavía tengas que estar escurriendo el bulto. Tus dos hijos son mayores de edad. Tu mujer, te odie o no, se ha hecho a la idea de que no queda ni rastro de vuestro matrimonio. ¿No te parece que ya es hora de que le des un respiro a tus sentimientos, a tus verdaderos sentimientos, quiero decir? Estás con quien quieres estar y, sin embargo, sigues viviendo bajo una sensibilidad reprimida. Dale una patada en el culo a Lenin, hombre, que no por eso se va a desmoronar el marxismo, si es lo que te preocupa.

–Mira que tienes mala leche.

–La peor. Anda, repite conmigo: me caso porque me sale de los cojones.

–No pienso hacerlo.

–No piensas hacer ¿qué?

–Repetirlo.

–Estupendo. ¿Ves qué fácil es? Me pido ser madrina. Porque será una boda civil, digo yo.

–Y a Andrés... ¿por qué le ha caído un chollo de tía como tú?

–No te creas. Estamos en guerra gracias al estúpido de Mateo Perdiz.

Clara se queda pensativa. Luego continúa a media voz:

–Y, sobre todo, gracias a mí, por parva.

–Si no llega a ser por la coincidencia del entierro de Cuchi habríamos estado no sé cuánto tiempo sin vernos –dice Mateo Perdiz–. Parece mentira lo que son las distancias; para cuando quieres darte cuenta, han pasado años.

–Años, no, pero casi –apostilla Andrés–. Estamos viviendo una especie de dejadez que nos va a convertir en fantasmas.

–Cada uno se dedica a un oficio distinto y eso nos separa. No hay coincidencia si no nos empeñamos en ello. Yo ahora estoy jodido.

–Como yo, que me estoy hundiendo sin poder hacer nada por evitarlo –dice Andrés.

–Pero si a ti te va de cine.

–Y a ti. Se ve que no es oro todo lo que reluce.

–Yo, Andrés, estoy que no vivo. Estoy en un momento en que tengo que dar el salto o pierdo el tren. Esto de la vida literaria ya sabes cómo es, todo está en el aire, todo depende de un juicio, de una aparición oportuna, hay que publicar periódicamente o te olvidan, los premios se te van escurriendo de las manos en dirección a otros mejor colocados... No sé qué hacer, no puedo dejar pasar más tiempo sin un reconocimiento firme, duradero. Estamos en manos de gente arbitraria o venal, unos veletas que se contradicen, que hoy piensan esto y mañana lo contrario. Hay que saber gestionar la fama, Andrés, te lo digo yo.

–Tienes enemigos.

–No. No creas. Lo que no tengo son suficientes amigos. La gente tiene que percibir que posees poder para que te hagan caso y yo, desgraciadamente, o no lo tengo o no lo manifiesto adecuadamente.

–Pero tú has tenido...

–Yo he tenido y he dejado de tener. Por alguna razón que se me escapa, no he sabido administrar el momento de alza y ahora me encuentro en una meseta que no sé si es definitiva o provisional. Si no salgo de ella, es porque he perdido el tren.

–Pues no sé si es peor lo mío. He dejado mi trabajo anterior, que me ha dado mucho dinero, y he empezado a establecerme por mi cuenta. A lo peor es tarde y debí hacerlo antes, pero el caso es que no arrancamos y el plazo se agota. Es desesperante.

–Si repasas los nombres de los premiados de ámbito nacional de unos años a esta parte, no te lo crees. Ya no hay orden, ni jerarquía, ni obra escrita que valga. Nadie lee, sólo valen las componendas. Yo te consigo una conferencia y tú me colocas un artículo en la revista tal o cual. El trueque, Andrés, el trueque, que ahora se llama tráfico de influencias. Hacer una carrera literaria es llorar, en serio lo digo.

–Yo tengo un amigo –dice Andrés–, un poeta del que quizá hayas oído hablar, que dice que él vive voluntariamente con lo justo para evitar crearse necesidades superfluas que le atarían o le harían susceptible de corrupción, bien económica, que no creo porque es poeta, bien moral. Es un escritor de vocación y no quiere torcerla.

–Tendrá rentas. Tú hurga y ya verás como descubres que algo o alguien lo mantiene.

–Que yo sepa, no. Vive de su trabajo de funcionario y con ese sueldo se apaña. Sencillamente, no quiere la tentación del lujo para poder escribir en libertad.

–Eso queda muy bonito, pero ni hablar. Hoy en día el escritor es un profesional, Andrés, que vive de su profesión. Los amateurs se han acabado, son de otro tiempo. Ahora los escritores somos alguien porque el dinero corre. Hemos pasado de apestados o sospechosos a personajes exóticos, pero reconocibles, a los que se sienta a cualquier mesa. Es el sino de los tiempos. Además, se ha acabado la literatura hermética, hay que ser claros y amenos, que es algo que no está reñido con la buena escritura.

–Eso háblalo con Clara, que es la que entiende. Yo ya tengo bastante con mis problemas.

–Lo que hay que hacer es dar con el tema, con lo que el público quiere. Ahora es el público el que te señala el camino y ahí es donde has de poner todo tu esfuerzo. Nos hemos liberado de complejos, buscamos al lector para ver qué es lo que necesita. Yo, te lo digo muy en serio, estoy por la popularidad.

–¿Te puedes creer que me vaya a ir al tacho por el puto dinero? Voy a salir adelante, eso lo sé, pero de pronto he empezado a coger miedo al crédito. Me produce incomodidad acumular crédito. No estoy acostumbrado. Quiero decir, no estoy acostumbrado para mí; sí lo estoy para otros, por cuenta ajena, pero no para mí. De repente sientes algo parecido al vértigo.

–No por la popularidad chabacana, ya me entiendes. Hoy en día se lee más, este país también ha cambiado en eso. Nos hemos sacado muchos tabúes de la cabeza. Yo, antes, no podía soñar con tener los lectores que tengo ahora. Ahora vives de la literatura, no sólo de los libros, claro, hay muchas opciones a causa del interés que se ha generado por la cultura. Lo que hace tener la tripa llena, ¿verdad? Lo primero, comer, y luego vendrá el pensar y el ocio inteligente. Hoy un escritor ya no puede ser un diletante o un presuntuoso. Hoy hay que trabajar duro, pero vives. Y algunos muy bien, por cierto, y ya te puedes imaginar en quién estoy pensando.

–Lo tengo todo en el aire, Mateo: mi matrimonio, mi negocio, mis hijas que están saltando del nido por su cuenta... incluso los amigos; antes éramos una piña y ahora es un acontecimiento que nos encontremos. El tiempo nos está matando, el paso del tiempo. Yo tenía que haberme independizado antes.

–¿Qué sentido tiene escribir para cuatro gatos? Hay que coger al toro por los cuernos. Si la gente quiere sencillez, démosle sencillez. Lo que hay que hacer es trabajar por una nueva literatura. Los medios audiovisuales están cambiando la relación con el conocimiento, la información está en la base de todo lo que nos concierne y la información es directa, sin subterfugios, llena nuestras vidas, nos impregna lo queramos o no: la información es ahora tan poderosa que no podemos dejar de incorporarla a la creación. Yo estoy por la información. La escritura reflexiva ha pasado a la historia, la reflexión se cuece en la información y eso va a convertirse en un estilo nuevo. Quien dé con ello dará con la novela del siglo XXI.

–Me pregunto si no estoy a tiempo de renegociar mi relación con Divino Disegno y dejarme de fantasías. El millonetis de Julieta Romeo se comprometió a avalar los créditos y de repente deja de dar señales de vida. Soy perro viejo y sé

leer en los silencios. He llegado a pensar que tiene problemas con Julieta, problemas de relación, ya sabes, pero me temo lo peor y entiendo que ella tampoco se la vaya a jugar por mí. No sé qué pensar. Me da miedo mi propio pesimismo.

–No me escuchas, Andrés.

–Tampoco tú me escuchas a mí. Te estoy diciendo que me encuentro al borde de la ruina, además de otras cosas como la relación con Clara, y tú estás ahí diciendo chorradas para justificar que has abjurado de tu idea de la escritura y lo único que te importa es vender más libros.

–Y tú no piensas más que en vender más objetos de diseño. Estamos todos en lo mismo, Andrés, ¿a qué estás jugando?

–A sobrevivir, Mateo. Estamos en una época de vacas gordas y yo puedo perderlo todo. No sé si te das cuenta de lo duro que es verte a estas alturas de tu vida jugando a la ruleta rusa con una familia a las espaldas.

–Vale. Yo no tengo familia. ¿Y qué? Hay que coger este tren o nos vamos a la mierda. Recuerdo que una tía mía me contó una vez que, nada más acabar la guerra, la Guerra Civil, no tenían nada que llevarse a la boca, andaban con las cartillas de racionamiento y todo eso y cuando se hacían con algo especial, yo qué sé, café, azúcar, tabaco, ni se planteaban disfrutarlo; se echaba a la calle e iba diciendo, a media voz para que no la trincasen: tengo tabaco... tengo tabaco... Mi tía, no te digo más, que era una señora burguesa de toda la vida. No había vergüenza o dignidad que valiera, era el hambre. Pues a mí no me va a pasar eso, te lo digo ya, por enrocarme en la dignidad de la literatura, que no se sabe bien lo que es y que a nadie le importa un carajo, de manera que no me vengas con moralinas. La vida va por otro lado, Andrés, nos estamos haciendo viejos y hay que estar al abrigo porque fuera hace mucho frío.

–La posguerra era la posguerra, no había nada, ahora no estamos en las mismas. Al revés, lo que hay es dinero a espuertas. Si se ha acabado hasta el proletariado.

–Más a mi favor. Sólo quería decirte que hay que luchar donde está el frente, no donde te imaginas que está. Yo quiero vivir de mi oficio, Andrés, y mi oficio es la literatura como el tuyo es...

–Yo no tengo oficio –le interrumpe Andrés con aire desdichado–. Me he dado cuenta de que no sé hacer nada y me he quedado solo. Gestionar, ¿qué es gestionar? Me gustaría tener el corazón de hielo de un buen ejecutivo, me gustaría vender un tranvía al primer panoli que me encontrara por la calle, me gustaría ser un intrigante meticulado y retorcido, pero en cambio sólo he sabido trabajar para sacar adelante los negocios de otros, ahora no me vale conmigo mismo porque tengo miedo, otra clase de miedo.

–Yo también tengo miedo. Te estoy contando lo que quiero hacer y no sé si puedo hacerlo. No sé si habrá respuesta. No sé si me he equivocado, pero a estas alturas no tener éxito es una equivocación que, además, no tiene arreglo. Yo estoy tan solo como tú, pendiente de gustar para ser alguien. La vejez me da miedo, Andrés, y está a la vuelta de la esquina.

–Por lo que he leído, ésta es la crisis de los cincuenta. No hay mucho margen de

maniobra. Creo que se llama crisis de contingencia. Ya no puedes ser sino lo que eres y a nosotros nos ha pillado en un momento de desánimo, por decirlo animosamente. Qué quieres que te diga, valiente conversación estamos teniendo. Espero que por lo menos tengas una buena novia que te alegre la vida.

–No me quejo.

–Pues ya es algo.

–Tú tienes a Clara. Te has quedado con la que nos gustaba a todos.

–Mateo, no metas el dedo en el ventilador. Por ese lado, ni un comentario.

–No, hombre, no te lo tomes por la tremenda. Eres el que ha tenido suerte, a eso me refiero.

–La suerte hay que merecerla, Mateo. No sé yo si no me he equivocado también en ese asunto.

–Oye, no me jodas. Clara es la mujer de tu vida. Eres el único que ha conseguido esa hazaña. Yo creo que hoy no es tu día, macho, eso es lo que te pasa. Los días malos hay que meterse en la cama y olvidarse de todo.

–Déjame en paz.

–Con ese pedazo de mujer que tienes...

–Deja en paz también a Clara.

Mateo Perdiz hace un ademán de impotencia con los brazos abiertos.

–De verdad que estás insoportable. No me extraña que tengas los problemas que tienes. Has cambiado mucho, antes no eras así.

No tiene sentido. Tengo la urna con las cenizas de Cuchi a la vista, esperando a mañana para esparcirlas por el Parque del Oeste en memoria de los cientos de vermuts con ginebra que nos hemos tomado en las terrazas del Paseo de Rosales la vieja panda. Yo creo que las voy a echar por el primer talud, el que está pegado al seto al otro lado del cual se extienden las filas de mesas con sus sillas bajo los toldos por la acera ancha del Paseo. Lo único que me alegra es pensar que estamos en primavera y Cuchi lo agradecerá, no desde su nada actual sino a través de nuestro recuerdo, que sí permanece. Todavía siento el escalofrío que me recorrió cuando vi entrar el féretro por la terrible boca de fuego.

No tiene sentido que Andrés se vaya a dormir esta noche a un hotel, pero lo comprendo. A veces hay que hacer cosas sin sentido. Anoche se vino a dormir a casa, a la vuelta del viaje, y ahora hace como que tiene que irse de nuevo y se planta en un hotel. ¿Y mañana por la noche? Bea y Marta lo han dejado por imposible, ellas no entienden y, además, les duele. Quizá se habían hecho la ilusión, al vernos a los dos tan compungidos, de que la mala racha había llegado a su fin; no saben por qué estamos en esta situación, no se lo he contado, creo que no debo hacerlo, por ahora. Ellas piensan que es sólo uno de esos picos que se dan en la convivencia y les parece que dura demasiado porque han visto otros, aunque nunca una separación, si la podemos llamar así, una separación tan atípica diría yo. Bea lo disimula mejor, porque es muy cuidada, muy contenida con los sentimientos cuando se hace necesario, pero Marta es transparente.

No sé lo que piensa Andrés sobre todo esto porque se ha encerrado como una ostra. Para mí que no sabe cómo salir del atolladero y el silencio y la distancia son su modo de posponer una decisión, un modo típicamente masculino, dejar pasar el tiempo, dejar morir los conflictos... que nunca mueren sino que se reproducen y cada vez afectan a más áreas de uno mismo, como el cáncer. ¿Es tan difícil de ver esto? Es la dejadez, yo creo, que la maman desde niños cuando dejan sus cuartos convertidos en verdaderas leoneras donde la ropa se amontona en el suelo, la mesa está llena de libros, apuntes y fetiches revueltos y en general las cosas sin recoger y todo anda manga por hombro recibiendo polvo porque los chicos nunca arreglan los cuartos, eso es cosa de las niñas, por lo visto. Yo recogía, vaya si recogía, pero estas dos, hasta hace poco, nada de nada. Ahora ya sí, edades decisivas, ahora ordenan cuidadosamente sus armas de mujer.

No entiendo que el amor haga daño. No tiene sentido, pero es así. Sin embargo, nadie puede romper una pareja si no está rota de antemano y Andrés y yo nos seguimos queriendo. No se ha roto nada, el amor persiste, a qué viene este fingimiento. Es cansancio. Es pereza. Es ofuscación. El corazón es frágil cuando se lo confunde, pero es duro y firme cuando se lo amenaza. ¿Qué tengo yo que me rodean los corazones frágiles? Seguridad, fortaleza, comprensión... Nada de eso parece valer ahora para Andrés y, sin embargo, sufre con soberbia; necesita un abrazo, un lecho, una sonrisa, un respiro tanto como lo necesito yo. Amor y sufrimiento son dos caras de una misma moneda. Dos caras, una moneda, la unidad básica. Pero nunca la soledad, nunca, nunca; ni para mí, que no la soporto,

ni para él, que le horada por debajo de su apariencia suficiente. ¡Es tan hermoso y tan relajante dejarse llevar por la debilidad después de la batalla! Quiero que esta situación acabe de una vez, quiero que acabe después de esparcir las cenizas de Cuchi Mendina por el talud de hierba del Parque del Oeste.

Una noche en el Parque, ya de madrugada, una noche de julio, urgidos por la más desatada pasión, jóvenes y ebrios, nos internamos entre los árboles a sabiendas y él me penetró, insolente y exaltado como un héroe griego, tendida sobre la hierba que exhalaba un olor embriagador, rodeados por la cantinela de cientos de grillos excitados, cobijados por las copas de los árboles en círculo, a cubierto de la claridad de las farolas, bajo la noche estrellada que derramaba su aliento como nosotros el flujo ardoroso que manaba de nuestros cuerpos y nos empapaba. Luego, exhaustos, escuchamos en silencio el sonido de la naturaleza cuando el nuestro se acalló por completo y así permanecemos pegados, unidos, confundidos, deseados, abiertos a la preciosa sensación de ser libres e inocentes, de exhibir ante el universo la verdad de nuestros genitales estrechados con un amor largo, lento, un mórbido sentir que nos desleía al uno en el otro, una médula de felicidad.

Dice Andrés que yo tengo la costumbre de recordar experiencias de belleza cuando empiezo a deprimirme, por la teoría de los vasos comunicantes. Debe de ser verdad. Debería saber también, por ejemplo, que ningún encuentro con Cuchi fue, ni de lejos, tan intenso y tan verdadero como éste; que el amor no es un regalo caprichoso ni frágil ni puede romperse a voluntad de terceros porque, cuando es verdadero, es un asunto de dos y sólo uno de esos dos será capaz de romperlo por su propio esfuerzo y por ningún otro, pues no es como el hechizo, que queda en manos del hechicero o del príncipe que se abre paso entre la maleza para besar en los labios a la hechizada. Un amor es una construcción que se erige con la intención de permanecer y ese permanecer es un misterio, uno de los misterios más insondables que acompañan al ser humano en la tierra. Quienes lo rompen y abandonan no merecen amor; quienes lo sostienen –y han de ser dos voluntades– son, quizá, los únicos aventureros reales en un mundo que ha perdido el sentido de la aventura.

También dice Andrés que cuando estoy al borde de una crisis mi expresión es de solemnidad, que parece que restaña y envuelve mis heridas. Puede que se deba a mis lecturas de los clásicos, a los tiempos de los grandes amores y los nobles discursos de las damas y los caballeros. Yo espero, sin sueño, al día de mañana. Diremos adiós al viejo amigo que nos separó, diremos adiós a los presagios y a las sombras y el héroe regresará al hogar con el cansancio señalado en sus cicatrices.

Fuimos a echar las cenizas de Cuchi Mendina en el Parque del Oeste y luego nos sentamos en una de las terrazas a tomar el vermut con ginebra y las aceitunas a las que añadimos unas patatas fritas y unos boquerones en vinagre para mostrar la contundencia de nuestro recuerdo y de nuestro adiós. Estábamos, me acuerdo muy bien, los de siempre: Mateo, Méndez, Bonafé y Bertoldino como invitado, además de Clara, la única mujer que el grupo aceptaba desde los viejos tiempos del remate del noctambulismo madrileño en nuestra casa, la primera casa que tuvimos todos. Yo creo que el grupo habría aceptado también a Julieta, que seguía estando imponente a sus cuarenta y nueve años, aunque en su caso por pura lascivia residual y nostálgica, pero estaba atravesando un período de crisis con el millonetis y se quedó en Londres; una crisis que acabó en desastre, no para ella, que seguía teniendo un gancho asombroso a su edad, sino para mí, que me quedé colgado de la sombra de su benefactor.

Aquella fue la última reunión de la pandilla. No hemos vuelto a reunirnos y creo que no lo haremos otra vez hasta la muerte del que haya de iniciar el turno de adioses al mundo. Puedo imaginar cómo los concurrentes serán cada vez menos, siluetas que engulle el aire hasta llegar al postrero, que no tendrá más remedio que acompañarse a sí mismo. Era un día de abril que amenazaba lluvia. El viento se llevaba las nubes abriendo claros que volvían a cerrarse en seguida. Embutidos en abrigo y chaquetones, con los cabellos revueltos a capricho de la ventolera, empezamos una retahíla de recuerdos y anécdotas en la que no participaron ni Bertoldino, prudentemente al margen, ni Clara, que seguía afectada por el trance. Ahora pienso que no era sólo el trance sino la concurrencia de problemas, empezando por nuestra propia situación, lo que le impedía participar activamente en una conversación que en mi memoria permanece alegre aunque un tanto forzada. En el último decenio, cuando nos vimos fue de dos en dos y con relativa frecuencia. Quizá el más constante conmigo fuera Bonafé.

Nadie propuso seguir el encuentro con un almuerzo, así que al final nos quedamos solos Clara y yo y decidimos ir a buscar alguna de las tascas de Argüelles que tan bien habíamos conocido y frecuentado en tiempos pasados. Era un reestreno comprometido porque acudíamos como esos compañeros que deciden un día volver a visitar el escenario donde transcurrió su celebración de paso del Ecuador y descubren, no sólo que no hay nada que rescatar, sino que aquel lugar mítico ha sido dismantelado por el progreso comercial, el turismo de masas y la falta de alicientes. Después de deambular un rato por las calles que vertían a los bulevares comprobando que la mitad de los locales habían desaparecido y la otra mitad se habían repintado y repulido hasta perder la gracia y la pátina de otros tiempos, encontramos una tasca de la que fuimos asiduos y que estaba tal cual la recordábamos, hasta seguían ofreciendo el entrecot al ajillo que en aquel entonces nos parecía el colmo de la sabrosura. Era un local reducido, de ambiente taurino, donde la barra dejaba el espacio justo para unas pocas mesas. Nos dieron un plazo de espera razonable, así que salimos a la calle a deambular un rato hasta la hora pactada. ¿Cuánto tiempo hacía que no recorriamos el barrio

universitario? Estábamos en el corazón del mundo emocional de la pandilla, El Figura incluido, y a pesar de los cambios nos invadió la melancolía. Evidentemente, el barrio había cambiado de atmósfera; ahora era un barrio burgués, aún con resabios de lo popular, donde el mundo de las habitaciones alquiladas a estudiantes, los restaurantes económicos y los colmados clásicos ya no tenían sentido porque eran los propios padres, profesionales o funcionarios de buen nivel, los que se habían trasladado de provincias a Madrid con sus hijos para estar cerca de la Universidad.

–No me acordaba de que lo espolvoreaban también con perejil picado, el entrecot, digo –dijo Clara con los ojos brillantes.

Sentados a la mesa, algo aturridos por el ruido de las con versaciones, pero por fin contentos y relajados, recibimos casi con lágrimas en los ojos la vieja y querida ración de morcilla frita, el entrecot al ajillo con patatas, la frasca de vino y la deliciosa incomodidad de los años jóvenes en los que cualquier descubrimiento nos parecía maravilloso. Y al salir, satisfechos, rebosantes, comprendimos sin el menor asomo de duda que teníamos que zanjar nuestras diferencias de una vez por todas.

Llevo dos días en blanco sin poder trabajar en la traducción. Cada vez que empiezo, tengo que dejarlo al rato porque traduzco sin atención, mecánicamente. Andrés está en casa y, al menos de puertas afuera, el conflicto ya no es tal. Toda la buena pasta de la que está hecho Andrés ha entrado en acción y la historia de Cuchi se borra, en lo que tiene de malentendido y en lo que tiene de hecho consumado porque en ambos casos se asumen las consecuencias. Punto final. No diré una palabra acerca de una tarde y un trío con Bertoldino y menos aún de su amiga peruana. En primer lugar, porque carece de importancia; en segundo lugar, porque lo considero asunto exclusivo mío, precisamente porque no tiene ni tuvo trascendencia. Pero estoy preocupada por mí y por Andrés. Por mí, porque envejeczo sin remedio; por él, porque hay algo en su plan de independizarse que no funciona, no sé por qué siempre tuve el palpito de que no funcionaría; y éste es el peor momento para que las cosas vayan a peor, por las niñas, que aún dependen de nosotros para lo que es dinero, ropa, estudios, deporte... y por nosotros mismos, porque circunstancias como éstas hay que afrontarlas con la moral alta, no a medio gas.

Me da miedo envejecer y me da miedo que las niñas se vayan de casa. Me doy cuenta de que ese día Andrés y yo nos sentaremos el uno frente al otro y nos preguntaremos: «¿Y ahora, qué?». Es el síndrome de las habitaciones vacías. De repente nos quedamos otra vez solos, pero ahora sin juventud, tal como somos. Echás la mirada atrás y vas juntando todo lo que has hecho hasta ahora y te das cuenta de que todo eso eres tú y nada más que tú, que desde el momento en que los hijos echen a volar definitivamente ya no quedaremos más que nosotros dos, tan conocidos el uno por el otro que lo imprevisible parece alejarse también de nuestras vidas. Me da miedo porque es el momento de aceptar que ya sólo queda repetir hasta el final los mismos gestos y las mismas actitudes, las mismas palabras y los mismos movimientos... es saber siempre lo que va a suceder antes de que suceda y entrar en el reino de la nimiedad hasta que el mundo personal se haga tan pequeño que ya no quepamos en él y nos lleve la muerte o, antes que ella, la senilidad. Sé que aún falta, que me abandono a mis sensaciones, que esto no es más que un golpe de inquietud, la expresión de un golpe de inquietud, sí, pero ese golpe empieza a ser recurrente. Ahora llega la menopausia, quizá engorde, las arrugas no mienten, hace años que me tiño el pelo, se me hace insoportable pensar que ya no seré interesante, que debo empezar a cuidarme como una vieja señora siempre pendiente del fingimiento y del artificio de los adornos. La dama del collar de perlas. Me pregunto si Andrés y yo guardamos la suficiente vida dentro como para soportarnos.

Pero ahora, Clara, no te puedes dejar caer. Por todos y también por ti misma. Andrés está pasando un momento muy duro, creo que se da cuenta de que el asunto en el que se ha metido le viene grande, no sé si hizo bien dejando su trabajo en Divino. Él es un organizador muy bueno, tiene ímpetu, ideas, capacidad de formar y motivar equipos, pero no es un gerente, un hombre de gestión financiera. Ahí debió de haberse puesto de acuerdo con un socio que supiera la mitad del

negocio que a él le falta y, si no lo encontraba, haber esperado. Cada vez que le veo salir para una entrevista en la que parece que el asunto se va a arreglar y le veo volver con una cara de palo que significa que no ha sacado nada positivo o cuando le veo devanar los días en espera del cumplimiento de una oportunidad abierta que después se convierte en otra esperanza fallida, me desfondo, lo reconozco. Me desfondo porque nuestros recursos van desapareciendo y si él se queda en la calle con una mano delante y otra detrás, yo no tengo más que lo que tengo y no basta para los cuatro y eso nos descompone a los dos. Por eso no quiero tocar mi herencia, que llegará un día a pesar de mi hermana y el cabrón de mi cuñado, porque Andrés ha consumido prácticamente la suya y hemos vendido el piso anterior y no queda otra cosa.

Pero ahora no te puedes dejar caer. Hay dos cosas que tengo claras: la primera, que seré siempre una mujer delgada, no soporto la condena de la gordura a partir de cierta edad, me odiaría por parecer una dejada. La segunda: que sólo empezaré a utilizar collar de perlas a partir del año que viene. Madura, sí, pero siempre delgada y elegante.

Un caluroso día de septiembre Andrés Delcampo está paseando por el pasillo de su casa, la que fuera casa de sus padres, en el barrio de Retiro en Madrid, adonde se cambiaron poco después de la muerte de su madre. La casa está en penumbra y en silencio con las persianas echadas, lo que rebaja en algún grado la temperatura de la calle. El reloj de pared del vestíbulo da las cinco de la tarde lentamente y la onda se expande por el pasillo hacia las escondidas habitaciones, llenando el espacio con su grave sonido ceremonial. Andrés se detiene, como si lo dejara sonar, y reanuda su paseo cuando el silencio se aposenta de nuevo. En el salón, ajena a la actitud de su marido, Clara Zubia ha desplegado sobre la mesa de comedor una pila de folios en blanco, un par de diccionarios, el ordenador, un atril con un libro abierto y una jarra de cristal con un vaso al lado. Escribe con tanta concentración que no se percata de que, de vez en cuando, Andrés asoma la cabeza, la mira, titubea y desaparece. Sus pasos apenas se escuchan porque camina con sumo cuidado, lo que revela nerviosismo. Lleva la camisa por fuera del pantalón, remangada y semiabierta, y está descalzo. Por enésima vez, se acerca a la puerta del salón y, justo al llegar a ella, escucha un ruido adentro y Clara aparece en el umbral con la jarra en la mano. Al encontrarse de improviso con Andrés está a punto de dejar caer la jarra del sobresalto.

–Qué susto me has dado.

Andrés le coge la jarra con una sonrisa de disculpa y se dirige a la cocina mientras ella permanece, sorprendida aún, a la puerta del salón. Andrés llena la jarra con agua del grifo, saca unos hielos de la nevera que deja caer dentro y regresa. Clara ha vuelto a su lugar ante la mesa y él la sorprende desperezándose con los brazos extendidos. Deposita la jarra en la mesa, duda, hace un ademán que es, al mismo tiempo, de permanencia y retirada y esta confusión se hace evidente a los ojos de Clara, que empuja la silla hacia atrás y se le queda mirando.

–Muchas gracias –dice señalando con los ojos la jarra llena de agua. Se sirve mientras tintinean los hielos contra el cristal exhalando un fresco y alegre sonido, bebe con calma un par de sorbos, deja el vaso en la mesa, cruza las manos en el regazo y esboza una sonrisa expectante–. Tú me dirás –dice.

Andrés da una vuelta sobre sí mismo como si abortara el deseo de salir de allí; alza los hombros y los deja caer, carraspea y, finalmente, con las manos en los bolsillos y la cabeza baja dice:

–Tenemos que hablar.

Clara sospecha de qué van a hablar, porque asiente con gesto comprensivo. A Andrés, evidentemente, le cuesta empezar. Ella no le ayuda, sólo espera, serena, las manos ante sí como si abrieran el halda.

–Siento decirte esto, pero las cosas van mal.

Silencio. Ella espera.

–Cuando digo las cosas, me refiero, como te puedes imaginar, a mi proyecto.

Ella asiente en silencio y espera.

–He estado aguantando todo lo que he podido, tú lo sabes; no sé cómo explicarlo; el proyecto se hunde porque he me dado mal, ésa es la verdad; he

medido mal los costos, he me dado mal los plazos, he medido mal la inversión; he metido a gente antes de tiempo... –se detiene.

Ella, tranquila, espera.

–Ahora me encuentro con que tengo que liquidar todo: material, oficina, las dos personas que estaban ya conmigo, la deuda generada por la inversión, echarme para atrás en compromisos medio adquiridos... Un desastre.

Andrés se mueve de un lado a otro delante de Clara, las manos en los bolsillos, la cabeza gacha. Cuando habla rehúye mirarla a los ojos. La penumbra le ayuda.

–Sólo cuento con lo que queda de mi patrimonio para hacer frente a todo y no sé si podré afrontarlo después de los gastos que he venido acumulando hasta ahora, gastos que se revelan inútiles como te puedes suponer y en una parte irrecuperables.

Silencio.

–Supongo que tendría que haberte tenido al tanto, haber compartido un poco más todo el proceso, pero no quería darte más preocupaciones de las que ya tienes y... bien, ha sido un error, es posible que tú hubieras advertido lo que yo no advertía... o no quería advertir. En todo caso, lo que te quiero decir es que estoy literalmente arruinado.

–Y asustado –dice ella.

–Sí. Es verdad.

–Más asustado que arruinado.

–Más, cierto. Pero arruinado.

–No es una buena noticia, desde luego.

–No.

–¿Has pensado lo que vas a hacer?

–Puedo renegociar la deuda; mejor dicho, una parte de ella. El problema es qué hago ahora. Voy a cumplir cincuenta y necesito un trabajo con urgencia. ¿Dónde lo voy a encontrar?

–¿Has pensado en algo?

–No hago otra cosa desde hace días. No duermo.

–¿Desde cuándo estás así?

–No sé. Meses.

–No pienses que no se te notaba, pero meses... Podías haber hablado antes. ¿Qué te pasa? Estas cosas se comparten, siempre ha sido así.

–Estaba muy encerrado.

–Incluso cuando nos distanciábamos, física o mentalmente, lo que había se compartía. Es una manera de vivir. ¿Qué ha pasado ahora?

–No lo sé; sinceramente, no lo sé. ¿Dejades?

–¿Ha sido por todo lo de Cuchi?

–No. Eso era un añadido. No, te digo la verdad, ha sido como un dejarse llevar, como perder... –titubea, se detiene buscando la palabra adecuada.

–... las ganas de estar juntos –termina ella.

–¡No! –la respuesta es impulsiva; en su rostro se marca una expresión de sufrimiento también; se encuentra confundido, avergonzado e irritado, todo a la

vez.

–No quiero decir que hayamos llegado al final de nuestro matrimonio, espero que me entiendas; me refería a tu estado de ánimo, a tu sentimiento cuando te he dicho lo de perder las ganas de estar juntos. ¿A ti no te ha ocurrido nunca? A mí, sí.

–¿A ti?

–Te vuelvo a decir que hablamos de sensaciones, de sentimientos concretos en tiempo y lugar, no de conclusiones finales. Escucha, Andrés, la nuestra no es precisamente una vida de aventureros sino que navegamos por una corriente de rutina y, como es natural, una se cansa, una y uno, vale para los dos. Ya me gustaría a mí irme contigo a descubrir las fuentes del Nilo, pero no nos ha tocado esa clase de vida y lo más probable es que hubiésemos acabado en las fauces de los cocodrilos o tiroteados por una partida de fanáticos o agonizando de alguna enfermedad tropical. Ese mundo no es el nuestro. En el nuestro no hay aventura sino continuidad, repetición, un circuito cerrado... y eso gracias a dios, o a la materia en su caso, porque nuestros padres se tuvieron que chupar una guerra civil que no la quiero yo para mí ni para mis hijas... vaya, ni para nadie. Así que, sí, yo también me he sentido harta, despegada, aburrida... y he tirado para adelante. Eso es lo único que valoro de verdad: que he tirado para adelante; porque no ha sido por no haber nada mejor a la vista sino porque merecía la pena, para mí merecía la pena: ésa es mi aventura. Parece poco, pero es mucho, es toda una vida a cambio de algo, de un buen motivo: merecerme mi vida, merecerme la felicidad.

–¿Y eres feliz o lo has sido?

–Sí; contigo, sí.

–No me digas eso ahora.

–¿Por qué no? ¿Te da vergüenza?

–En cierto modo.

–A mí no.

Andrés se acerca, acaricia su rostro, acaricia su pelo; ella sentada; él, de pie. Se muestra indeciso y emocionado, pero se separa con alguna brusquedad, como si un mal pensamiento cruzara su mente. Vuelve a pasear de un lado a otro por delante de Clara. Parece estar luchando consigo mismo.

–Déjame que te ayude –dice Clara–. Lo primero es saber que no tienes otra salida, que lo de abandonar tu proyecto es por razones económicas.

–Por razones económicas. No tengo un duro.

–¿Nada?

–Nada es lo que va a quedar después de que deshaga todo el tinglado. Ahora, naturalmente, me queda algo, aparte de esta casa, que no vamos a tocar.

–¿Y si encontramos financiación?

–¿De dónde?

–Tú contesta. ¿Y si encontramos financiación?

–Como sabes, que el millonitis de Julieta entrara en el asunto era crucial porque podía avalar una parte muy importante de la inversión. Ahora eso se ha quedado en nada. Lo que te quiero decir es que me he confiado y he invertido yo solo; he confiado estúpidamente y contra todo mi conocimiento del terreno en que este

imbécil cumpliría su palabra y ahora resulta que no era su palabra sino vagas promesas que se han ido disolviendo en el aire. Por eso estoy hundido. Así que no, no hay manera de sacarlo adelante. Mi fantasiosa empresa de diseño se va al carajo.

–Pero ¿es mucho lo que necesitas? Yo tengo mi herencia, yo puedo pedirle a mi padre que me la adelante, no sé si toda, pero una parte.

–¿Te imaginas la reacción de tu cuñado y de tu hermana?

–Me imagino la reacción de mi padre, que ya es bastante. No porque me la vaya a negar sino por todo lo contrario, porque está deseando que vuelva, ¿comprendes? Y ahí sí que la hemos fastidiado porque a estas alturas ya ha calado a su yerno y a mi hermana y sabe que le vigilan como buitres al animal moribundo.

–¿Se está muriendo?

–No, qué va. Es un pedrusco. Pero la vejez lo ha vuelto sensiblero. Quiere cariño como sea y esos dos no le dan más que fingimiento. No es tonto y lo sabe.

–En todo caso –corta Andrés–, lo tuyo no se toca.

–No lo tocarás tú, que ya me encargo yo de eso; pero yo lo toco cuando quiera; a ver si me vas a decir tú lo que tengo que hacer.

–Mira, Clara, vamos al grano: voy a liquidar la empresa; o, mejor dicho, la pre-empresa. Voy a ponerme a buscar trabajo, que ya tengo lanzadas mis redes, y todo lo más que acepto es que, entretanto, si surgen problemas te protejas tú y protejas a las niñas.

–¿Quieres hacer el favor de dejar de mandarme? Y si yo quiero invertir en esa empresa porque me fío del que la va a llevar, ¿no puedo invertir en ella? ¡Estaría bueno! ¡Porque tú lo digas! Con mi dinero hago lo que me parece.

–Pero si no tienes una perra.

–Tengo lo que gano, con lo cual, efectivamente, no puedo invertir ni un céntimo; pero tengo a mi padre esperando con los brazos abiertos.

–Insisto: no lo acepto. Y además, piensa en lo que te va a pedir a cambio, porque ése acaba viviendo en nuestra casa.

–Te equivocas. Haber sido un preboste del régimen le ha dado mucha autoestima. Busca el perdón de la única hija que sabe que le quiere a pesar de todo y ahí lo único que se juega es el dolor que me causa ofrecerle ese perdón.

–Me niego en redondo. Soy yo el que dice que eso se ha acabado y punto final.

–Pero ¿por qué? Ha sido la ilusión de tu vida poder llegar a tener tu propia empresa y es un negocio que conoces al dedillo, en el que tienes un nombre y una posición, donde yo te he visto feliz por fin después de dar tumbos de un lado a otro, acuérdate del banco y lo que te aburría aquello, de las galerías de arte... ¿Lo tienes a la mano y por un dinero que sí podemos conseguir te echas atrás? ¿Eso qué es? ¿Orgullo? ¿Que no has podido conseguirlo por ti mismo? No me fastidies, Andrés, no me hagas enfadar ahora. ¿Vas a cumplir cincuenta y a buscar trabajo otra vez?

–Mucho me temo que es lo único que puedo hacer.

–No lo consentiré. ¿Sabes lo que significa tu nombre? Es de origen griego.

–No me digas que significa algo. Mira que eres maniática con esas cosas.

–Pues haberle preguntado al tío Cadavia.

–Cadavia y sus hechicerías.

–Que bien te vinieron a ti.

–Eso es verdad, aunque te tengas en tanta consideración –dice Andrés sonriendo por primera vez.

–Valiente y viril, eso significa, así que hazle honor. Y además te diré otra cosa: a los que llevan ese nombre se los considera muy amantes de una pareja estable, te interesa saberlo.

–Muy bien. O sea, que todos los Andreses son monógamos.

–Digo, o dice la leyenda, que tienden a buscar pareja estable, que es lo que verdaderamente aprecian y desean, no digo que todos la encuentren necesariamente. Tú eres de los afortunados.

–Te veo muy crecida, ahora que mi estrella se apaga.

–Deja de decir tonterías y habla en serio; no trates de escaparte. Estamos en ver si se puede rescatar tu proyecto que, por cierto, no me has dicho ni cómo se llama.

–Porque no tiene ni nombre. Y vamos a dejar de hablar de ello.

–Has sido tú el que ha convocado esta reunión. Ahora te jodes.

–Clara, no entiendes o no quieres entender lo que te estoy diciendo. Tú no sabes en qué consiste un proyecto así porque tú siempre has trabajado en casa y para otros. Montar una empresa es un concepto que tú contemplas como un problema casero, familiar, y no es así. Entran en juego factores que están en otra dimensión. Olvídate de poner dinero. Es lo que nos faltaba, dilapidar lo poco que nos queda.

–Oye, que mi padre ha hecho una pequeña fortuna, si no estoy mal informada.

–Estabas informada por tu madre, un ama de casa que vivía en la luna.

–Sí, pero no era tonta para el día a día, como todas las madres de entonces, y tenía un pesquis para deducir de lo que aparentaba no ver que ya lo quisieras tú para tus negocios. Pero da igual. ¿Qué más da? ¿Es que no se te ocurren más que pegas? ¡Andrés, demontre, parece que no quieres dejarte ayudar!

Clara advierte instantáneamente cómo se le muda la cara a su marido, pero hace como si no lo viera.

–Sea como sea, lo importante es no hundirse. No te entiendo bien, Andrés; tú, cuando te motivas, puedes con todo. Esta actitud que mantienes ahora no va contigo... A no ser... –Clara enfatiza deliberadamente–. A no ser que haya algo más que no me has contado.

Andrés levanta la cara y la mira a los ojos.

–Sí. Hay algo más.

Silencio. Ella espera. Él parece estar buscando algo en su interior, palabras, ánimo, decisión. Desvía la mirada sin bajar la cabeza. Le cuesta empezar a hablar, como si la boca se negara a cumplir lo que el cerebro le manda.

–En fin –dice–, lo inevitable se ha hecho realidad. Lo que tengo que decirte es que, en lo que se refiere a mi salida de Divino Disegno, las cosas no fueron como te lo he contado. No es fácil de explicar, espero que lo entiendas –empieza a relajarse–. Yo creo que todo lo bueno que soy para sacar adelante un proyecto, lo tengo de malo para entender y reaccionar ante el comportamiento desleal, que es

el pan nuestro de cada día y que no consigo asimilar. En Divino Disegno, te acordarás, entró un gerente financiero al mismo nivel directivo que yo. Teníamos los papeles repartidos: yo me encargaba de la parte comercial y la formación de equipos y él del dinero. No me hizo gracia, porque antes más o menos, con la ayuda del contable, lo llevaba yo todo, pero entendí que, ante la expansión del grupo en España y Portugal, en la central de Milán prefiriesen dividir las responsabilidades. Si hice algo mal que provocara esta decisión, yo no lo sé; es posible que sí, pero no tengo constancia ni conciencia de ello. Lo que no supe ver es que la mera entrada del otro establecía necesariamente una lucha por el poder. Como no lo vi, me confié y, para cuando quise darme cuenta, el tipo se me había montado encima y yo era el número dos. A partir de ahí, en parte por el poder y en parte porque le parecía más glamuroso mi trabajo, empezó a segarme la hierba bajo los pies. Yo tardé en percatarme y, para cuando me di cuenta cabal de su actitud, ya tenía demasiado terreno que recuperar. En resumen, el tipo tenía una carta guardada, un hombre de su confianza para ocupar mi puesto, un hombre al que yo acepté con la mayor inocencia. Y cuando descubrió sus cartas me di cuenta de que toda la fuerza estaba de su lado. Ahí empezaba mi declive y era cuestión de tiempo que me apartaran de un negocio que yo había creado de la nada y ahora se lo quedaría él, que sólo tenía que aguardar a que le sirvieran en bandeja mi cabeza como resultado de sus intrigas.

Clara le miraba atentamente, sin mover un músculo de la cara.

–Llámame idiota, pero nunca he valido para la intriga, ni por activa ni por pasiva. Me acordé de mi padre, de un incidente que lo abatió de por vida. No sé si fue esa herencia o mi convicción de que no había nada que hacer, el caso es que presenté la dimisión. Un ataque de orgullo, ya ves. Otra estupidez. Por eso y sólo por eso me propuse crear mi propia empresa. Lo malo vino cuando comprendí que crear de la nada sin una infraestructura previa era una labor imposible para mí. No puedo contar en firme con nadie más allá de las dos personas que están conmigo y a las que estoy pagando, y luego, en fin, está todo lo demás. No podré abrir el negocio, Clara, el agujero que he hecho en mi patrimonio es irreparable; tengo que rendirme y, lo que es peor, estoy asustado, realmente asustado, como no lo he estado nunca antes en mi vida.

Un silencio. Clara se pone en pie y encara a Andrés.

–¿Por qué has esperado para decirme esto?

–Por vergüenza.

–¿Vergüenza? ¿Vergüenza de ti o de mí?

–Las dos cosas.

–Tendrías que haber luchado, Andrés. La empresa era cosa tuya y eso no podían dejar de reconocerlo. Ésa era tu fuerza. Tendrías que haber luchado.

–Creo que no hubiera sacado nada en limpio. Es decir, no me habrían echado si yo me pongo firme, pero habría quedado siempre a las órdenes del otro y eso era la muerte lenta. Lo que siento es no haber planteado un choque y haber sacado un dinero importante... que de todas formas se hubiera comido mi fantasía como se ha comido lo demás. Podía haberlo hecho, pero no es bueno salir de esa forma, te

deja marcado. Lo mío fue también un acto de orgullo insensato, una españolada, si quieres que te diga la verdad. Ya sabes que para un español es siempre más importante un gesto que una idea; y no digamos ya el desprecio por contemporizar, el maldito pragmatismo. No pude, Clara, me salió del alma.

–Y el otro se frotó las manos pensando que había calculado bien, que eras un perfecto gilipollas.

–Lo reconozco.

–Es para matarte.

Andrés deja caer los brazos a lo largo del cuerpo con gesto abatido. Clara se acerca lentamente a él, roza sus hombros con las manos, amaga una caricia y, de pronto, lo abraza tiernamente.

–Pero mira que eres gilipollas –musita. Andrés calla y la abraza también. Permanecen así, unidos, de pie, dejando que el tiempo se asiente en el abrazo. En la penumbra de la habitación componen una sola silueta inmóvil–. Quién nos iba a decir –empieza ella– que tendríamos que empezar de nuevo, a nuestra edad. Tú todavía estás de buen ver, pero yo ya no tengo otra opción que sacar tiempo de donde no lo hay.

–Tú sigues siendo la única digna de admiración.

–Pero vieja.

–La belleza más noble, la mujer más valiente.

–Vamos a salir adelante.

–La mejor compañera.

–Si cuento contigo.

–La mujer de mi vida.

–Eso es lo que quiero ser.

–Es la verdad. Ruega por mí.

–¿A quién puedo rogar yo?

–¿A tu corazón?

–Demasiado bien sabes que no es necesario. No te recrees en la escena. Y no busques refugio hasta que hayamos solucionado este endemoniado asunto. Quizá hasta sea un aliciente a estas alturas de la vida. Nos estábamos dejando llevar por la rutina. Venga, levanta ese ánimo y...

Andrés la besa en los labios; ella responde y se abandona en su boca. El abrazo los convierte ahora en una silueta viva, un murmullo emotivo, un sentimiento intenso y entregado, un estremecimiento que se deja notar como la luz que se filtra por las celosías y perfila las sombras que los rodean.

II

Vendrá, vendrá el amor sobre el piso de cera.

Jorge Guillén

En el año 1996 el Partido Socialista perdió las elecciones generales a favor del derechista Partido Popular. Fue la lógica consecuencia de su actitud de ojos cerrados a la corrupción. En opinión de Andrés, el costo político de esta negación de la realidad era propio de un grupo que se perpetúa en el poder, por lo que encontró lógica la sustitución. De hecho, pensaba que todo grupo que se perpetúa en el poder sin renovarse pierde contacto con la realidad y que en un país como España, con una democracia recién estrenada y varios siglos de autoritarismo e intolerancia a sus espaldas, el ejercicio del poder tardaría al menos otro siglo en asimilar las reglas de una democracia real. Por el contrario, a su amigo Bonafé el suceso le produjo una consternación sin límites, que le fue reprochada.

–O aceptamos la democracia o no la aceptamos. Éste es el resultado de las urnas y se acata –dijo Andrés.

Bonafé insistía:

–El país aún no está preparado para que vuelva la derecha. Los cambios no se han asentado. La derecha no cree en la democracia, se apunta a lo que sea con tal de recobrar el poder. En una democracia la alternancia es cierta, pero éstos se toman la pérdida del poder como una ofensa personal. Se descarrarán a la primera oportunidad. Quedaba mucho por hacer antes de permitirles acceder a un poder desde el que pueden deshacer a su antojo y volver a posiciones reaccionarias tradicionales.

–Deja de suponer y espera a ver –sentenció Andrés.

Clara estuvo de acuerdo con él y todos se adentraron en la nueva etapa de mejor o peor humor. Únicamente Bertoldino se mantuvo a la defensiva, a la espera, según explicó luego, de ver si asomaba el revanchismo entre las filas conservadoras.

–Que asomará –añadió más tarde–. No creo que puedan resistirlo. Me recuerda lo que le dijo el escorpión a la rana cuando, al atravesar el río a lomos de ésta, le hincó su aguijón y, a la dolorida pregunta de ella, contestó mientras ambos se hundían: Es mi naturaleza.

–Da igual –contestó Andrés decidido–. ¿Acaso estábamos dispuestos a soportar las desvergüenzas de los otros? Ellos nos lo han buscado.

Andrés consiguió liquidar su proyecto de empresa a costa de todos sus ahorros y de una deuda bancaria renegociada a la que debería hacer frente mes a mes, pero se negó en redondo a que Clara intentase obtener dinero de su padre. Le recomendó que estrechase lazos con él porque a estas alturas la indignación moral ya no tenía sentido y porque tenía dos hijas a las que no debía privar de la parte de

herencia que les correspondiera y, muy digno, como un pecador penitenciado, asumió que él solo se encargaría de cancelar su deuda (sin saber bien cómo). Todos sus movimientos estratégicos fallaron uno tras otro, pero en el ínterin, gracias a su relación con un prestigioso diseñador, entró en contacto con una firma catalana que veía con buenos ojos la idea de tener un representante en Madrid. Era como una jibarización de su anterior estatus, pero había que comer.

–De ésta me convierto en tendero y, si sigo así, acabaré de recadero –comentó con buen humor.

Andrés no era hombre que se achantase ni se sintiera rebajado cuando se trataba de arrimar el hombro para salir adelante. Se tragó su orgullo, porque era hombre orgulloso y hasta un punto soberbio, y, una vez superado el primer trago, decidió que no se dejaría intimidar por la adversidad.

–Es duro empezar a bajar la escalera, pero más duro sería no tenerla –se dijo con buen juicio.

Clara le observaba con admiración callada; callada porque ella conocía bien su tendencia a engallarse y, en estos momentos, recoger la admiración de Clara le haría recrearse e incluso confiarse, pero sí que le hizo notar su apoyo.

Ese mismo año Beatriz cumplió veintidós y lo celebró finalizando sus estudios de Derecho en la Universidad. Sin embargo, fue un final de carrera negro para ella porque en el mes de febrero un pistolero de la banda terrorista ETA asesinó vilmente en su despacho de la Facultad a Francisco Tomás y Valiente, un profesor al que Beatriz, que había sido alumna suya, admiraba y quería mucho, tanto por su sapiencia de jurista como por su sentido ético.

–Nosotros –le dijo su madre– que hemos vivido cómo la policía franquista tiraba a Enrique Ruano por la ventana, tenemos que ver ahora cómo esta banda de desalmados asesina a un hombre justo.

Marta, su hermana, con diecinueve años cumplidos, cambiaba de novio como de camisa, lo que llevaba a su madre a mal traer recordando con amargura la muerte de Cuchi. No se cansaba de aleccionar a Marta, pero ella, díscola y desafiante, no hacía más que repetir con fastidio que estaba perfectamente al tanto de esos peligros y otros que su madre ni siquiera se podría imaginar, afirmación que redoblaba su preocupación por el futuro de su hija. Andrés, al que empezaba a gustarle su papel de hombre sereno ante la adversidad, aprovechaba para recomendarle que la dejara en paz y confiase en ella, a lo que Marta respondía que ella no necesitaba confianza de ninguna clase y que la dejaran en paz de verdad. Sin embargo, la casual presencia de Andrés en pie a altas horas de la madrugada cuando Marta regresaba de sus correrías nocturnas y sus no menos casuales explicaciones por andar en pie a esas horas denotaban una inquietud inversamente proporcional a la trabada lógica con que pretendía justificarse. Clara era como su nombre, en cambio, y el choque de fuerzas provocaba chispazos que le creaban una especie de mala conciencia e inseguridad respecto al comportamiento con su hija.

–No te preocupes, mamá –decía Beatriz, tan juiciosa–. Está en la edad de la tontería, pero se le pasará.

–Es que yo no quiero crear una rebelde sin causa –contestaba Clara.

–¿Rebelde? Si en el fondo es más buena que yo. Tú hazme caso.

Clara pensaba que se estaba haciendo vieja, que la incomprensión se estaba apoderando de ella a medida que se le morían las neuronas. Total, que unos por otros, todos estaban con algún conflicto encima. Lo cual, cuando menos, era bueno para mantener la mente atenta y el alma despierta.

Andrés Delcampo cuenta cómo encontró a Cadavia en su sótano después de que Mabelle lo hubiese dejado, temporalmente al parecer, y escapado a Francia. Al verlo cobró absoluta conciencia de que estaba ante el último de sus antepasados y le pareció un sinsentido que aún anduviese portando su cuerpo sobre la tierra, una extravagancia, un descuido del tiempo y del destino. También lo debió de sentir así el propio Cadavia, que lo primero que hizo al verlo aparecer fue presentar sus excusas por hallarse en tan extremo grado de vejez: transparente de puro delgado, convertido en un espíritu desnutrido, aleteando con pie inseguro y brazos reducidos al hueso y la piel, se mantenía asombrosamente erguido, sin embargo, y todo el rescoldo de vida que le quedaba parecía condensarse en los ojos, cuya mirada seguía traspasando a quien lo enfrentase. Salieron a la calle, Cadavia del brazo de Andrés, en un trayecto que se hizo angustioso por interminable, y al llegar al bar de la esquina junto a su protegido de antaño, se dejó caer en una de las sillas, la más cercana a la puerta, junto a la ventana, y Andrés hizo lo mismo; quedaron sentados en ángulo recto ante una mesa baja de la que surgía, en un jarroncito de cristal, el tallo cortado de una planta cuya flor, de un azul intenso y luminoso estimulado por el sol que atravesaba la cristalera, exhalaba un insólito aliento de vida en medio del mortecino y pardo moblaje que se extendía por el recinto como los pecios de un naufragio.

–Ernst Jünger amaba este azul del acónito –dijo Cadavia después de un silencio.

En su cara de gasa, los ojos destacaban audazmente como dos pequeños insectos de caparazón iridiscente. Miraban a Andrés con un movimiento nervioso en el que se trababan la prisa, la expectación y el afecto mientras sus labios se contraían como si temiera empezar a hablar sin control. Andrés sonrió y le tomó de la mano. Al contacto, el gesto del anciano se relajó y sonrió también, dirigiéndole una mirada honda y agradecida. Andrés mantuvo su mano entre las suyas y así permanecieron unos minutos, en la progresiva serenidad del reconocimiento que no necesita de las palabras. La mano que sostenía parecía tan frágil que apenas si se atrevía a acariciarla, no fuera a rasgarse o deshilacharse. Sin embargo, latía y emitía calor y él lo recibía como un saludo de bienvenida, como una espera cumplida también o, si no, como el reconocimiento de un encuentro desde siempre convenido.

Cadavia habló largo y tendido, apoyado en un brazo del butacón y volcado hacia su protegido, que hoy parecía ser el protector. Andrés le relató el conflicto creado en torno a la enfermedad y muerte de Cuchi Mendina, la ruptura del hechizo del anillo, la conciencia de ser ahora los únicos supervivientes de un mundo íntimo del que Cadavia también se disponía a despedirse como antes lo hicieran todos los seres queridos que les habían dado cobijo en la vida a Clara y Andrés.

–Pero el hechizo, querido mío –explicó Cadavia con su vocecilla–, no se ha roto nunca, solamente se ha transformado, como reza la primera ley de la termodinámica, porque los tiempos han cambiado y el esplendor místico de los tiempos antiguos ahora se muestra a quien se encuentre en disposición de recibirlo bajo otra luz que no es mágica, pero que procede igualmente de la

sabiduría. En cierto modo, tu saber y tu conciencia son ahora también portadores del anillo. ¿A quién se lo ofrecerás? Piensa en ello mientras te mantienes en el amor a Clara, pues si te apartas de ella te tocará vagar desorientado por el tiempo que te quede de vida con la sola compañía *de tu sombra que te sigue a zancadas por la mañana o de tu sombra que al atardecer se levanta para encontrarte*. Yo puse en las manos de ella un aliento de vida tan fuerte que sólo la bajeza, el desprecio o el rencor podrían atacarlo con daño, pues únicamente la malevolencia de esos tres negros sentimientos reunidos es capaz de atinar con el lugar exacto donde la hoja legendaria del azar impidió que el amor bañase por entero a los dos cuerpos abrazados. De este modo el hechizo preservó también la libertad de amar. Yo os abandonaré bien pronto, así que el resto del camino habréis de hacerlo solos. La vuestra es, desde el principio, una voluntad de permanecer unidos que os ha venido alimentando a través del tiempo: he ahí el hechizo. Contemplaos con sinceridad y dignidad: el secreto es el respeto mutuo que se gana día a día. El día en que yo acompañé a la pequeña Clara hasta tu dormitorio se inició una aventura que aún continúa hoy. No hay aventura sin esfuerzo, sin dolor, sin perseverancia, sin sacrificio, sin alegría... No hay mayor recompensa ni felicidad que tu propio merecimiento. Así os lo deseo hasta el final de vuestros días.

No habló más porque el esfuerzo lo dejó dormido. Andrés permaneció en la butaca, a su lado, mirándolo dormir. Esto sucedió tan sólo tres meses antes de la muerte de Cadavia en los brazos de Clara.

–La soledad es dura –reconoce Bertoldino–. La soledad es un modo de vida espartano si uno lo piensa bien. Pero te recompensa a su modo. La única manera de sobrellevarla es poseyendo una fuerte vida interior; de otro modo, resulta insoportable. Ése es el privilegio del artista: la soledad se convierte en arte; de ella extrae su obra, le da forma y la da a conocer generosamente. O quizá no tan generosamente: puede que sea más bien un acto de egotismo cuyo destino último escapa a la voluntad del artista; o aún más radical: le trae sin cuidado. Tú tratas con otra clase de artistas porque los diseñadores son artistas industriales, una especie mestiza. Para el artista verdadero, el triunfo y el fracaso son él mismo; para los artistas volanderos, el triunfo está sometido al reconocimiento público y el fracaso es insoportable porque los hace invisibles. Esa especie es flor de un día, moda de temporada. Los auténticos no pactamos porque nuestro reino no es de este mundo.

–Hablas como un inmortal, lo cual es de lo más arriesgado –dice Clara–, porque ésa es una aspiración que se aleja de nuestras vidas, ¿no crees? ¿Quién sabe lo que será de tus versos cuando todos hayamos muerto?

–Con que un solo hombre o mujer lea uno, seguirán vivos. El lector da vida, como antes la dio el autor. Ventaja para los poetas, porque un verso cabe en cualquier parte: un calendario, una pared, una nota en la cartera... En cambio los novelistas lo tienen crudo porque exigen la lectura completa y, mi querida Clara, tú no lo verás y tu trabajo no peligrará, pero la masificación acabará con el lector clásico.

–Siempre se necesitará a gente como yo para hacer libros, ya sean clásicos o ciberlibros.

–Te engañas. Te pongo un ejemplo: periódicamente se viene hablando de que la novela agoniza, de la muerte de la novela... Tú no crees en eso porque es tu trabajo y yo porque no veo traza alguna de que vaya a morir por sí misma; *por sí misma*, subrayo; pero es cierto que puede morir porque lo que está muriendo es el lector complejo. El lector de novelas, quiero decir, porque el de poesía siempre será un tipo tan amateur, tan a su aire, como el poeta.

–Si es así, no quiero verlo.

–Magro consuelo.

–Y tanto. Pero ¿quién me quita a mí a Conrad, a Flaubert, a Tolstói, a Bernhard? ¿Acaso crees que mi Jane Austen o mi George Eliot desaparecerán de la faz de la tierra? ¿Crees que nunca más nadie disfrutará de la endemoniada y maravillosa prosa de Faulkner o de James? ¿Y qué me dices de Cervantes o de Will Shakespeare?

–Ése era un poeta.

–Y su poesía se representará por los siglos de los siglos. El mundo que se está abriendo ante nosotros y para nuestros hijos es el de la información, un caballo salvaje que nadie consigue dominar. ¿De qué estamos hablando?: de herramientas, simplemente. La producción en serie trajo un cambio descomunal, la informática traerá otro, pero todos seguimos siendo humanos aunque con esa tendencia pueblerina a creer que lo que a nosotros nos ocurre nunca antes ha ocurrido.

Bendita ignorancia.

–La gente común piensa que un ordenador sustituye al saber y sustituye a la vida.

–La gente siempre ha sido torpe para entender el valor de los bienes que llegan a sus manos por las buenas, como el maná. La abundancia y la ignorancia los hace reyes. Pero déjame que te diga que te veo apocalíptico, Bertoldino.

–Miro y pienso.

–La soledad es mala consejera.

–Y buena compañera, aunque tú no lo creas. Sólo hay que saber entenderla y acoplarse con ella. Entonces se vuelve incluso grata.

–El matrimonio del poeta y la soledad. He ahí un buen asunto para armar un poema moral.

–Tienes razón; hay algo matrimonial en lo que he dicho sobre la soledad. Es una hembra terrible que hace de la posesión un tormento, pero también ofrece la ventaja de ser incorpórea, lo cual evita muchos roces.

–¡Cínico miserable! ¡Engendro masculino!

–Admito tus sarcasmos y te advierto que me ponen del mejor humor. Querida, si tú quisieras...

–¿Tener roce contigo? ¡De ninguna manera! Ya sabemos lo que es eso y que conviene olvidarlo. No abuses de mi buen humor. Pero sí quiero decirte algo: a mi edad sigo siendo una hembra dispuesta y receptiva, por usar el nombre que tú nos has dado. La compañía no ha conseguido aburrirme, esa conclusión que los machos consideráis imperativo de vuestra condición. Con la soledad, en cambio, es difícil complacerse. ¿O me equivoco? ¿Existe erotismo en la soledad, que no sea el que practicaba Onán?

–También ese sarcasmo me divierte. Dime una cosa, ¿cuánta mentira hay en tu verdad?

–¿No me crees? La mejor mentira es la que más se parece a la verdad, como sabes, así que miento muy bien. Pero en este caso te estoy diciendo la verdad; lo que pasa es que las verdades, muchas veces, no son ni limpias ni relucientes sino turbias como aguas pantanosas. La vida es un pantano, es lo que hay, y en él chapoteamos todos; el mentiroso, el encubierto y hasta el cínico lo comparan con un lago plateado y las personas como yo reconocen las cosas como son. A veces, para protegerse, hay que aliviar los efectos pestíferos y hacer oídos sordos a los avisos de peligros; entonces se miente un poco, lo justo, esa mentira tan parecida a la verdad. Cuando te digo que con la práctica he alcanzado una madurez sexual que me llena, estoy diciendo la verdad.

–¿La verdad verdadera? ¿Tan rica y variada es la monogamia?

–El eros es rico y variado. Del mismo modo que no es necesario batirse en duelo para describir un duelo, tampoco es necesario saltar de cama en cama para aprender a descubrir tu cuerpo. La variedad no es un problema de cantidad sino de imaginación. La aventura, Fabio, en estos tiempos ya no consiste en internarse en la selva en busca de Livingstone. La aventura del carácter, la aventura de la voluntad, la aventura del deseo que busca fondo... es el territorio de la epopeya

moderna. Sólo los líricos descubriste imágenes como relámpagos entre las hilachas del drama. Los novelistas, los creadores de mundos, aún son epopéyicos a su manera. ¿Te ha gustado esta interpretación? ¿Te sientes arrumbado como poeta y como hombre? Ay, soledad, soledad –concluye Clara con una tibia sonrisa.

–Bien. Concedido. Eres monógama y ésa es la mentira que más se parece a la verdad. Lo de la aventura del carácter y toda esa farfolla ya me parece más fantasioso. Queda bien, dicho así; halaga la vanidad de las personas comunes como nosotros, pero la excepcionalidad se consigue de otra forma.

–¿Y quién quiere ser excepcional hoy en día? La gente quiere tener dinero y no tener que pensar. La excepcionalidad es flor de un día, exactamente de ese día en el que sales por la televisión y tus vecinos y el buen pueblo dice: «¡Mira, mira, es el Bertoldino que sale en la tele!». Al día siguiente todo el mundo te dice que te ha visto y otro ocupa tu lugar y repite el proceso. Me recuerda un programa de la época de la tele una, grande y libre que se titulaba *Reina por un día*. Eso es la excepcionalidad en nuestros tiempos. La aventura ya no se ve, excepto, quizá, cuando la cantan los poetas o la relatan los narradores, aunque éstos ya son poco más que servidores del gusto público; pero la aventura está dentro y ahí sobrevivirá hasta que los tiempos cambien.

–Échale un galgo a esa liebre.

–Yo busco la felicidad, Fabio, unas veces la encuentro y otras, no; yo creo que la felicidad no es más que la suma de momentos felices que hemos vivido. Eso está dentro de uno y se nota, pasa a los demás, emite buena onda. Ésa es la gente que a mí me gusta, ésa es la gente aventurera de hoy.

–¿Andrés, por ejemplo?

–Andrés tiene un punto de cenizo que lo mantiene entre dos aguas, lo reconozco. Pero es atractivo, es honesto, es un buen padre y un buen compañero, tiene muchos defectos y lo sabe; es un tipo responsable y leal que sabe reconsiderar las cosas cuando hace falta; en suma, un hombre al que admiro...

–¿Después de tanto tiempo?

–No. Precisamente por todo el tiempo que llevamos conviviendo. Yo lo respeto por eso y lo quiero. Y además, Fabio, no le des más vueltas: es el hombre de mi vida.

–Oh, oh, eso es definitivo.

–Menos zumba, que no eres el más indicado para hablar así, tú, el tío más seco y más palo tieso que conozco.

–En la intimidad gano mucho.

–Yo prefiero la exterioridad. Es más sano. Tanto interior asfixia.

–¿No eras tú la que hablaba de la aventura interior?

–De la aventura personal, si puedes distinguir. No es lo mismo. Lo personal es lo personal, el total de lo que eres, no la parte de ti mismo que permanece escondida en la madriguera acechando a la presa que pasa por delante para llevársela dentro y comérsela a gusto.

–¡Ya lo tengo: la tarántula! O, no sé... la araña esa africana que hace un hoyo en el suelo y se esconde dentro y se tapa... ¿Cómo se llama? La he visto mil veces en los

documentales de la National Geographic.

–La araña poeta.

–Muy graciosa; eres tan graciosa...

–Pues es un don natural, no creas que lo he aprendido de nadie. Me sale espontáneamente.

–Habíamos empezado a hablar de la soledad y hemos acabado en los reproches.

¿No es curioso?

–Yo trataba de hacerte salir de tu fortaleza.

–Querida mía, ya soy muy mayor para salir a pelear a campo abierto. Lo pude hacer en otro tiempo. Quizá lo hice y no me fue muy bien; quizá no tuve el coraje que se necesita, la valentía trágica de un Héctor. Quizá conocía demasiado bien a Aquiles como para enfrentarme a él. Yo he sido siempre un solitario, primero por accidente o por incompetencia, luego por vocación y, finalmente, por puro egoísmo. Quizá nunca tuve la suerte de conocer a alguien como tú.

–Yo no soy importante.

–Lo eres para Andrés.

–Entonces es un sentimiento reflejo; quizá esté ahí la fuerza.

–¿Por qué no lo intentamos aquella vez?

–Tú, no sé. Yo, porque podía enamorarme y eso me habría obligado a elegir.

–¿Tenías miedo a elegir?

–No, tenía miedo a tener que llegar a la situación de elegir.

–Eso es cobardía.

–No lo entiendes, Fabio. Eso es amor. Hay veces en la vida en que la elección comporta una obligación; una obligación elegida, pero esa obligación nace de la confianza. El amor es confianza. Yo he elegido siempre y en cualquier circunstancia a Andrés. Precisamente por eso podría o pude tener una aventura, pero no otro amor, no voy a engañarme. El amor también es sacrificio, pero merece la pena, más que nada en este mundo. Por eso, si hay fondo, la valentía es permanecer.

–La confianza en otro es un riesgo excesivo. La única confianza que puede tener sentido es la confianza en uno mismo.

–Te lo he dicho: no hay aventura sin riesgo. Los demás son tan necesarios como uno mismo.

–No, no me convencerás. Hablas de la elección como si eso te obligara para toda la vida. Ahí es donde se funden las parejas. Las relaciones duran lo que duran. Afortunadamente, ahora podemos rectificar. Antes, no, y el matrimonio solía ser un martirio, sobre todo para vosotras las mujeres.

–Muchas gracias por esa falsa consideración. Yo sólo te digo que, cuando eliges, te obligas a cumplir con tu elección *hasta que el cumplimiento se demuestre imposible*.

–A eso se le llama aguantar, pura y simplemente.

–Porque no sabes lo que es el amor, que es algo mucho más poderoso y duradero que un arrebató o una fascinación.

–El otro suele fallar, siempre, con el tiempo. Acéptalo. Es natural.

–O puedes fallar tú mismo. No, lo del fallo como única posibilidad ni la acepto ni

es natural. Cada uno es cada uno, no puedes aplicar una regla fija. Escucha, si una relación no da más de sí, se acabará, pero sólo entonces. Lo que suele hacer mucha gente es dejarse caer cuesta abajo en cuanto empiezan las dificultades, los conflictos, las incomodidades...

–A nadie le gusta sufrir, querida mía.

–Sin esfuerzo no hay recompensa.

–Eso no es más que una manifestación de miedo y de debilidad, aunque pueda parecer lo contrario.

–La fuerza nace de la debilidad.

–En fin, sea como sea, parece que tu amor por Andrés es una convicción que se acerca peligrosamente a la obcecación.

–Yo quiero a Andrés. Eso es una certeza. Cada uno confía en el otro. Lo siento en el corazón. Nosotros perduraremos, ¿sabes? Perduraremos.

–¿Eso que veo es una lágrima?

–Eso es una emoción. La expresión verdadera. El amor verdadero.

–Me inclino ante él; con asombro y dolor me inclino ante él.

El año 2000 el mundo entero se dispuso para la ceremonia de pasar de un siglo al siguiente. Eran tiempos de euforia y en tiempos de euforia las celebraciones se convierten en ejercicios de desmesura. A medida que mediaba el año, la gente pudiente y la gente animosa, que eran mayoría, empezaron a pensar en formas exóticas de celebrar la entrada del nuevo siglo. Los que habitaban el hemisferio norte planearon recibirlo en el hemisferio sur; los del este en el oeste y los más excitados hicieron sus reservas de hotel en sus correspondientes antípodas. Corría el dinero y se hacía necesario derrocharlo, al menos allí donde lo había. Era un fin de año único, el rey de los fines de año; el jolgorio tenía que ser sonado para honrar a tal señor. Pero no todo era alegría. El año 2000 fue un año bisiesto que, como dice el refrán popular, son años de muertos, y hubo una muerte que conmovió a toda la familia Delcampo: la de Charles Schulz, el creador de Charlie Brown. Lo leyeron los padres y lo leían las hijas; algunas de sus viñetas se recortaron y decoraron las paredes con el rango de aciertos memorables. Andrés no se conmovía tanto desde la muerte de su adorado Jacques Brel. También afectó a la familia la nueva victoria del Partido Popular en las elecciones generales, que obtuvo una mayoría absoluta. Ninguno se olió la exhibición de autoritarismo cerril que iba a suponer este cheque en blanco que la muy reaccionaria derecha española no tardaría en aprovechar, en su mejor estilo ventajista. Pero la más clara señal de alegría la ofreció un acontecimiento familiar de primera importancia: la boda de Beatriz Delcampo con un ingeniero de Telecomunicaciones que era aún más tranquilo y juicioso que ella y que introdujo en casa los domingos, como tema recurrente de conversación, el desastre de una fusión realizada en un ataque de megalomanía: la de la ambiciosa compañía española Terra, perteneciente a Telefónica de España, dirigida por un amigo del colegio del propio presidente Aznar designado a dedo, el cual, tras cubrir América Latina de norte a sur, decidió el asalto al Imperio, con la compañía norteamericana Lycos, adquirida a bombo y platillo por la primera. En realidad, lo que consiguió fue provocar el estallido de la burbuja informática, el fin del dinero rápido y fácil por Internet, el descalabro del sector y una recuperación que tardaría seis años en llegar.

Mientras tanto, Andrés Delcampo había ido remontando su situación laboral y económica a partir de la compañía catalana que lo puso al frente de su franquicia madrileña y de su incorporación como profesor a una Escuela de Diseño para encargarse de la asignatura de Gestión y Marketing. Con ello salía de casa a las nueve de la mañana y no regresaba hasta las once de la noche, pero al menos consiguió que ingresara de nuevo en la familia un dinero que, desde el despido voluntario de Andrés, sólo venía por el lado de Clara. Más tarde, en el mismo año bisiesto 2000, murió el padre de Clara y la herencia, a pesar de favorecer a su hermana y su cuñado, supuso para la familia Delcampo la creación de un colchón considerable, aunque ambos siguieron acatando religiosamente sus obligaciones laborales. Una vez que se ven las orejas al lobo, la prudencia se adueña de la voluntad. Esta vez decidieron cubrirse diversificando riesgos y, entre otras inversiones, adquirieron dos céntricos apartamentos en Madrid que pusieron a

nombre de cada una de las hijas. En fin, todo muy en la línea tradicional de la burguesía acomodada. Ellos cumplían en ese año final del siglo xx cincuenta y cinco años, Beatriz veintiséis y Marta veintitrés. Y además del cambio de siglo, ese año celebraron también los treinta de matrimonio. Clara lo recibió y celebró con alegría; Andrés, más contenido, con admiración.

La ceremonia del paso del siglo dejó una resaca larga. Andrés y Clara se quedaron repentinamente solos a causa de la boda de Beatriz; Marta vivía ya por su cuenta en Nueva York, donde se ganaba la vida por misteriosos procedimientos nunca aclarados mientras practicaba fotografía con un tipo al parecer muy afamado que Andrés siempre sospechó que se la tiraba; aunque no dejaba de reconocer que, si ella quería aprender de verdad, estaba en el lugar adecuado. De manera que un buen día Clara y Andrés se sentaron a desayunar y comprendieron que volvían a estar solos, que de repente eran una pareja que, treinta años más tarde, empezaba una nueva vida y que no sabían muy bien qué hacer con el hueco que las chicas dejaban y, sobre todo, consigo mismos. Las echaban de menos con una intensidad impensada y se preguntaban si se bastarían el uno al otro para vivir con el ímpetu y el acicate que hasta ahora habían aportado las dos hijas. Fueron no ya semanas sino meses de desconcierto.

–La cantidad de veces que hemos suspirado por estar solos y a nuestro aire –decía Andrés– y ahora resulta que estamos poco menos que como dos extraños que no saben qué hacer para llenar los tiempos muertos.

–Pero ¿no lo habíamos venido previendo desde hace algún tiempo? –preguntó Clara.

Hicieron prácticas de cocina sofisticada, volvieron a ir al cine con cierta asiduidad aunque, lo que para ellos era *el* cine tuvieron que buscarlo en los centros de venta de audiovisuales; aquellas películas de Nicholas Ray, Billy Wilder, Ingmar Bergman, Howard Hawks, John Ford, Douglas Sirk, Robert Bresson, Eric Rohmer, Stanley Donen, Fritz Lang, Jean Renoir y, en fin, la gente de la época de oro del gran cine. Empezaron a coger gusto por el paseo, primero en Madrid y, ya más animados, pasaron a las escapadas de los fines de semana, primero a lugares cercanos ya conocidos, como Cuenca, La Mancha en la época del florecimiento de los campos de azafrán, los campos de cerezos del Jerte, el esplendor de Toledo, los campos de Soria bajo el recuerdo de Antonio Machado, el Bierzo... y, de allí en adelante, comenzó la pasión por los viajes y, con los viajes, un rebrote erótico que les hizo sentirse de nuevo en casa; porque si nunca perdieron ese entendimiento, el rebrote presentó las características de una explosión primaveral inesperada. Lo cierto es que les costó relativamente poco tiempo adaptarse a su nueva situación de segunda luna de miel, por decirlo de manera adecuadamente cursi, hasta el punto de despertar una preocupada curiosidad en sus dos hijas.

–Parece que hubieran estado esperando a que nos largáramos para ponerse a disfrutar como dos jilgueros –le contó Beatriz a Marta por teléfono–. ¿Tú crees que los estábamos reprimiendo cuando vivíamos en casa?

–No me cuentes esas cosas que me pongo mala –decía su hermana.

El siglo xxi era una incógnita que se abría ante ellos, cada uno lo tomaba a su

manera, pero los cuatro tenían la sensación de que había comenzado una nueva época, aunque fuese una estupidez condicionar su cumplimiento a una medida de tiempo que no era sino un mero sistema de conteo inventado para atrapar y codificar, por medio de esa magnitud, la sucesión de instantes que llegan y pasan inexorablemente en la actividad de los seres vivos.

Parte final

I

*E tu caminante
procedi piano; ma prima
un ramo aggiunti a la fiamma
del focolare*.*

Eugenio Montale

Tengo la escena grabada en la memoria. ¿Por qué a veces se me escapan asuntos que antes recordaba sin dificultad? Incluso cosas tan simples como el nombre de un actor secundario en una película determinada cuya actuación recuerdo con todo detalle; por ejemplo, el de Arthur O'Connell, el viejo cobardón de *El hombre del Oeste*, de Anthony Mann, cuando al interponerse en la trayectoria de la bala dirigida a Gary Cooper, la recibe él en pleno pecho. Cooper le pregunta a O'Connell, que agoniza, por qué ha tenido ese absurdo e inesperado gesto de valor y él le contesta que lo hizo porque si mataban a Cooper, él sería hombre muerto; es un momento supremo que ilustra ante nuestros ojos la valentía ciega del débil, lo que da lugar a una paradoja trágica. La chica era Julie London, una mujer que cantaba con voz profunda, carnosa y envolvente. La escena en que los bandidos la obligan a desnudarse y a Cooper a contemplarlo es una de las más tensas, violentas y dramáticas que ha dado el cine, una violencia que procede de la esencia misma de la escena, no de ningún abuso efectista. En fin, todo esto venía a cuento de la memoria, de sus ausencias, porque hay miles de recuerdos perdidos en la oscuridad de la memoria, aunque otros permanecen en ella como el faro que guía a los barcos en la noche. En todo caso, era una escena impresionante, sobre la que aún me sigo interrogando, quizá con la esperanza de descubrir un día por qué ésa y no otras.

Estábamos a orillas del Cantábrico, como hoy, pero era un día de un color gris metálico en el agua y en el cielo y viento desapacible. Éramos pocos. Yo estaba paseando con la camisa puesta cuando un movimiento me llamó la atención. Sí, fue un movimiento, no una escena entera pues todo sucedió tan rápido que mi conciencia tomó la delantera a la completa percepción del suceso. A su hijo se lo llevaban las olas. El padre, en la orilla, y a juzgar por sus gestos, trataba de hacer una llamada de socorro con su teléfono móvil mientras dos o tres personas que se hallaban cerca gritaban en la orilla sin atreverse a entrar al mar, que se revolvía agitado por corrientes encontradas. La desesperación, los gritos, el ruido del mar y el cruce de las olas componían un instante sombrío y brutal frente a aquel hombre que se agitaba desesperado. Y, de pronto, el padre tira el teléfono y se adentra en el mar. En vano tratan de detenerle porque no tiene opción de llegar al hijo, pero se desase de todos y se tira al mar. ¿Por qué se lanzó? A pesar de su estado sabía que no podía hacer nada, el Cantábrico acecha siempre el menor descuido y una playa

abierta es un peligro mortal para los imprudentes. Las olas lo arrastraron sin remedio, y durante unos segundos aún se vieron sus brazos moviéndose sin sentido tras el hijo ya desaparecido. El viento estrellaba gotas frías de agua en los rostros de los que mirábamos impotentes, gotas de lluvia o de agua del mar, no las distinguíamos en el espacio gris y destemplado que nos convertía en figuras espantadas de un paisaje atroz. ¿Por qué se tiró al agua? Cada vez que me lo pregunto recibo una descarga emotiva, que me llena la cabeza con un golpe sordo y amenazador; porque de golpe supe por qué lo hizo: quería morir. No podía hacer nada por salvar a su hijo y por eso quería morir. Morir era la manera de soportar el absurdo infinitamente intolerable de la pérdida.

Entonces empecé a pensar en la muerte. Esto sucedió hace tiempo, no importa cuándo. Empecé a mirar a la muerte con otros ojos, no como un hecho que se produce de manera natural aunque arrastre consigo el dolor y la desolación de la pérdida de un ser querido sino como una amenaza.

La Nada. ¿Cómo no tenerle miedo? Es la suma y conjunción de todos los terrores: la pérdida de la identidad, la certeza de dejar de ser. Su mención abre un abismo incomprensible, un espacio infinito que nos anula y nos lleva a deducir que la vida es un accidente material al que pertenecemos por decisión ajena un conjunto de seres vivos dotados de la inteligencia necesaria para comprender la infinitud de su indiferencia. Yo comprendo que tanta gente busque consuelo, que prefiera la idea de Dios a la idea de Nada. Lo comprendo, en particular, por haber tenido una educación católica, pero lo aborrezco en la misma medida. Si al menos cada uno pudiera quedar en soledad con Dios para recrear su consuelo... Pero la intolerable injerencia de la Iglesia, la administración del Dios que ella hace a su antojo, el carácter temporal y ambicioso de su dominio en la tierra, son la causa de mi aborrecimiento. «Mi reino no es de este mundo», dijo Jesús, y los sacerdotes, para sus adentros, anularon *de facto* la cláusula negativa.

Si no hay consuelo para la mente civil, ¿cómo afrontar la muerte sin caer en la desesperación que lleva al padre a arrojarle a las mismas olas que se han llevado a su hijo? Ante ella sólo caben la serenidad o el suicidio, como modo de, paradójicamente, enfrentarse a ella. El suicida no sé si desea morir, considerado en frío, pero es evidente que desea anular la vida: al escapar de ella se cruza un instante con la muerte; después, nada. También tiene otro aspecto, según el italiano: «Se necesita humildad, no orgullo». No lo creo. Ni una cosa ni la otra. Es una huida y un solo gesto. No es una huida de la muerte sino una huida. Corre, infeliz; ella, la portadora de la guadaña, te librará de la vida y del miedo que daba alas a tus pies. Al fin y al cabo, la Nada es la suprema indiferencia: el no ser. La serenidad, en cambio, es una aceptación, no es indiferencia. La Nada carece de todo, también de indiferencia. La serenidad es un estado de ánimo no perturbado por ninguna pasión o alteración. No es constante y se conquista con disciplina y experiencia. Puede quebrarse en cualquier momento, por el miedo, por ejemplo. No es indiferencia, necesita de la vida y sus condiciones para manifestarse. Al cabo del tiempo, la naturaleza, compasiva, ayuda por medio de la vejez, aunque esta función requiere lucidez o inconsciencia, no hay término medio. Sesenta años no me hacen viejo y por eso aquella escena aún regresa a mí de vez en cuando y me muestra el miedo y luego siento a mis espaldas, mirando sobre mi hombro, a la Nada como una presencia ominosa. ¿Alcanzaré la serenidad necesaria para morir en paz? Tan horrible como perder a los seres queridos es la idea de separarse de ellos por toda la eternidad. ¿Qué será de mis hijas?, pienso. ¿Qué será de ellas cuando yo no esté?, pienso, y en seguida me doy cuenta de lo grotesco de esta última pregunta, de la negativa a morir que hay tras ella pues, en realidad, ese deseo de velar por ellas, ¿no implica un anhelo de escapar a la muerte? No hay vínculo más poderoso que el que existe entre padres e hijos, para lo bueno y para lo malo. ¿Y Clara? Que no me oiga decirlo; ahora distingo ya con claridad su figura. Yo moriré antes que ella porque es imposible que una figura tan esbelta no me sobreviva. La veo caminar con la misma gracia de siempre, adivino su fino cuerpo delgado bajo el ligero vestido gracias al contraluz del sol que desciende; también

yo puedo presumir de cuerpo esbelto, pero ella se mantiene erguida con una distinción de la que yo carezco. Le sienta bien la vejez, le confiere dignidad y elegancia, y sigue resultando tentadora. ¿Me estaré volviendo celoso?

No, aún no quiero desaparecer, puede que no lo quiera nunca. Cuando llegue el momento haré como Marta niña, cuando lo irremediable caía sobre sus esperanzas de conseguir algo: «Otra oportunidad, papá, sólo otra oportunidad, papá, la última, por favor, papá», con un tono tan lastimero como eficiente. Pero la muerte no cederá, como yo cedía a menudo aun sabiendo que sería una oportunidad perdida. Somos hijos de la vida, no de la muerte; ella es fría como el hielo y nunca baja los ojos tras mirarte, salvo en el momento supremo. Pero no, no quiero desaparecer; o seré más preciso: no pienso en desaparecer, salvo en esos momentos en que de pronto el espíritu se cubre como el nubarrón que se lleva la luz del día y reaccionas apretando el cuello de tu chaqueta justo bajo el mentón, alertado y sacudido por el rechazo del cuerpo al recibir en la cara el viento que trae la lluvia. Sin embargo, ¿por qué me asaltan ahora estos pensamientos, justo cuando la luz dorada que cubre la playa y Clara se acercan con un mismo paso hacia donde yo estoy, en este esplendor final del verano?

De repente, ella se ha detenido.

Clara se queda inmóvil con la cabeza vuelta a un lado, el cuerpo recto y las manos juntas por delante con las sandalias colgando. Sigo la dirección de su mirada y entonces veo a Beatriz, que avanza con esfuerzo por la arena blanda y seca y saluda a su madre con la mano en alto, y a su marido detrás, con un niño de la mano y el otro en brazos. Clara, estática, aguarda con actitud complaciente a que lleguen hasta ella. Es el centro de la escena para ellos y para mí, la referencia de todos. Siempre fue tan esbelta, pero ahora lo es con una dulce entereza, un porte de reina; el viento desprende y agita unas hebras de su cabello ante la cara y hace ondular la falda de su vestido entre las piernas. Siguen avanzando hacia la orilla, donde se encuentra Clara, y al sentir Beatriz la arena firme y húmeda bajo los pies, se despoja del calzado y coge sus zapatillas con la mano igual que lo hace su madre con las sandalias y el gesto me conmueve. Cuando mi yerno suelta a los niños sobre la arena, que salen corriendo como dos bichejos, ella se acucilla suavemente para recibirlos. Ahora están juntos. Todos se besan y se reúnen a su alrededor. Luego Clara alza su rostro y con un leve movimiento de cuello vuelve la cara hacia mí para indicarles dónde me encuentro. Hay en ese gesto un reconocimiento cariñoso y cómplice.

Mi yerno lucha para que los niños no se metan vestidos en el agua. Trato de recordar a Beatriz y Marta en sus primeros años. Todos los niños son iguales: en cualquier continente, bajo cualquier religión, sean de la raza que fueren, en su primera infancia todos reaccionan del mismo modo ante un juguete o una golosina. Los diferentes somos nosotros, los adultos. Ahora estos dos me compensan de la distancia que a veces puse con las niñas, demasiado pequeñas para entenderme con ellas aunque más bien debía ser al revés: demasiado adulto para volverme niño. Cuando trato de jugar con ellos estoy enmendando la torpeza de antaño y Beatriz suele mirarme con sorna. Entonces le recuerdo que cuando creció, cuando se puso a andar, rompí la barrera psicológica, y ella se ríe y dice que me perdona.

–Pero reconoce que, como bebés, para ti éramos un estorbo –apuntilla.

Quizá sea el paño del tiempo que borra tantas cosas, pero lo cierto es que ya no quiero acordarme de las razones por las que recelaba de las dos criaturas como si fueran de una especie desconocida hasta entonces, porque ahora, cuando juego con mis dos nietos, me resulta difícil de entender aquella actitud que me reprochan. Quizá no lo fuera tanto, tan reprochable; quizá es una de esas leyendas íntimas que se fabrican en el interior de las familias para uso y referencia y así quedan en la memoria de todos, olvidadas de su verdadero origen. ¿Te acuerdas de cuando papá no nos hacía ni caso? Ellas no pueden recordar, no tenían edad de recordar, es una falacia. Seguro que la broma procede de la propia Clara contada a las niñas a otra edad.

«Los niños son como esponjas, lo absorben todo; cuando no pueden hacerlo por la vía de las palabras, lo hacen por la vía de las sensaciones. No nos damos cuenta de que, para un niño, un ejemplo vale más que mil razones», me susurra en la mente una voz que se parece sospechosamente a la de Clara.

Me resigno. He olvidado muchas cosas. Ya sé que es imposible recordarlas todas,

yo no lo pretendo, pero unas veces por necesidad y otras por defecto, busco en la memoria cosas que no encuentro. A veces me veo con gente que me describe con toda nitidez y precisión una escena o un momento compartido, habido entre nosotros tiempo atrás y, por más que hago por recordar, no acude a mi cabeza. Me encuentro ante una especie de lienzo blanco, otra forma de la nada, al que en vano trato de extraer información, un detalle, una brizna de tiempo, la sombra de una imagen. ¿Serán los primeros síntomas de senilidad? Estas inquietudes lo único que demuestran es que la muerte ya ha empezado a rondar cerca. La amenaza se va haciendo audible, perceptible, como el sonido de la guadaña anticipa la presencia del campesino entre la hierba alta. Ahora que el verano se va extinguendo y los castaños de indias ya están perdiendo la hoja y la copa va tomando ese color marrón de textura seca que los afea tanto pienso en el fin de los días de holganza con melancolía, la misma melancolía que desprende la inevitable desnudez en que queda la playa, abandonada a la caída del sol por esos últimos bañistas que recogen y cargan con pereza sus pertenencias y deshacen a paso cansino el camino que los trajo a ella.

Nadie piensa en la violación del orden natural que supone la muerte de un hijo hasta que tiene un hijo. Para un padre no hay experiencia mayor del desorden que la muerte del hijo. De pronto las horas se descomponen, la noche suprime el día, la sangre cristaliza en agujas hirientes. El suyo es un grito que se ahoga en el vacío, un dolor que envenena como ningún otro. El mundo se quiebra como un espejo donde su imagen se refleja. El hombre se adentró en el mar porque deseaba morir.

Empecé a pensar en ello desde aquella tarde nefasta de la que fui testigo. Me aventuré en la muerte de mis hijas como en una pesadilla que finalmente no era sino un exorcismo. «Si lo imagino, no sucederá porque la ficción no se confunde jamás con la vida», me decía a modo de alivio. Pero la pesadilla duró unos años, los que necesité para asimilar que, si la muerte sobrevenía, ésa sería una realidad insoslayable. No puedo decir que recé, aunque estuve a punto de hacerlo. El gesto con el que rechacé ese recurso fue, creo yo, lo que empezó a devolverme la serenidad. Nadie es el guardián de su futuro o, al menos, nadie puede decir que lo es hasta que lo sobrepasa y lo guarda dentro de su vida como una parte más de sí mismo. Por eso pensé que si alguna vez me alcanzaba la desgracia de perder a una de mis hijas mi problema no sería perderla sino, aún peor, el de aceptar la vida sin ella. Eso no lo sentía con Clara, sin embargo. La muerte de Clara, como la mía tendría que serlo para ella, era un suceso natural, propio del orden de las cosas, como la caída de las hojas de los árboles caducifolios en el otoño. La soledad, el dolor, la pérdida... serían entonces las secuelas del cumplimiento de una ley de vida. Pero la muerte del hijo deja suspendido al padre entre dos vacíos, el anterior y el posterior, y la soledad, el dolor y la pérdida se convierten en un horror antinatural donde toda esperanza y todo aliciente se consumen en sí mismos sin el menor apoyo, sin consuelo alguno.

Veo a Beatriz y a sus hijos, mis nietos, y pienso de manera egoísta y alborozada que la cadena sigue, que no estoy solo, que las amenazas han pasado como nubarrones de tormenta arrastrados por el viento. Como en tantas ocasiones, es una suerte que no sé si merezco porque nunca la adversidad me ha probado lo suficiente como para comprobarlo. Mi vida ha sido una vida interesada e interesante para mí y los míos y creo que para nadie más. Pertenezco a los anónimos afortunados y ni siquiera he tenido que ejercitar la voluntad necesaria para enmendar una adicción, como aquellos que acuden a las reuniones de los alcohólicos anónimos. Tengo la sensación de que la vida se me ha dado así y no he tenido otra cosa que hacer que responder a los estímulos, más o menos excitantes, con que se ha dignado obsequiar a un tipo como yo. Algo humillado sí que me siento porque a todos nos gustaría haber sido héroes en algún momento de nuestras vidas, pero los héroes empezaron a morir a las puertas de Troya y su ejemplo, que es la materia de la que están hechos, sólo se manifiesta como añoranza en una vida cotidiana donde la tecnología ha arrinconado a la poesía y el valor se confunde con el descaro y la intemperancia. No le concedo un valor especial a lo que he hecho hasta ahora aunque reconozco que le he dedicado mi tiempo y que he sentido siempre más estímulos que decepciones. Por eso me

impresiona tanto la imagen del padre que se echa al mar a morir, detrás de su hijo, porque me imagino dentro de la escena y no sé qué habría hecho yo, si echarme al mar, lo que me causa una angustia insoportable, o quedarme en la orilla, inerme, sabiendo que de esa vida que se llevan las olas sólo queda el sonoro vacío de una playa de arena ante la inmensidad del mar. Así me lo confesó un amigo lejano con quien me encontré una vez, al cabo de mucho tiempo; acababa de enterrar a su hijo. «Cuando se fue –me dijo–, el hueco lo llenó el miedo.»

Ahora, negando la imagen horrible, tengo ante mis ojos esa imagen feliz de grupo familiar, exterior tarde, ante el mar Cantábrico. Pienso que quizá la mayor alegría de mi vida es haber tenido dos hijas, haberlas criado, amado y soportado. Quién me lo diría años atrás. Yo, que habría deseado ser un aventurero y sólo he sido, a fin de cuentas, un empleado. El mundo moderno es un residuo escurrido y menor del de los héroes griegos.

¿Por qué me ha dado ahora por pensar en la muerte, precisamente cuando al fin ha llegado el resto de la familia y los tengo a la vista manifestando alegría sencilla y primaria por el encuentro? ¿Acaso la ausencia de mi otra hija ha cruzado por mi mente como una sombra esquiva? Marta es tan independiente que confieso sentir por ella una envidia activa. Ese mundo a medias fantasioso y turbulento de la fotografía profesional que ha elegido le da a su vida un sello especial y, por qué no, un tanto aventurero. Como en toda forma de trabajo más o menos artístico, destacar es algo que sólo se concede a los mejores y no sé si ella logrará serlo, pero estoy seguro de que al menos se ganará la vida con su cámara. Un gran fotógrafo no abunda como, por ejemplo, abunda un alto ejecutivo; hay profesiones que requieren verdadero conocimiento y otras que sólo requieren tesón, estrategia y falta de escrúpulos. En Nueva York, Marta es un alma perdida entre la multitud, pero yo la imagino como en aquel poema que me mostró Clara un día y que no se me va de la cabeza, porque la imagen me parece tan bella como el recuerdo mismo de mi hija

*The apparition of these faces in the crowd;
Petals on a wet, black bough*

y entonces, al reconocerla, sé que será siempre distinta y auténtica, que su carácter es tan sólo la expresión de su independencia y sería incapaz de reprocharle los mil y un disgustos que nos ha dado mientras estaba con nosotros, rebelde, pero nunca estúpida ni malintencionada. Al revés que su hermana, más bien conciliadora y confortable, Marta es transparente y tozuda. La transparencia no ayuda socialmente y necesitará fuerza y resistencia para sobrevivir; pero, en cambio, cuando encuentre a su hombre, será firme como su madre. Yo envidio en secreto ese carácter y envidio su alma aventurera, en efecto, hoy en Nueva York, aprendiendo, mañana quién sabe dónde, aprendiendo y peleando por su hueco en la vida. Por más que la presencia habitual de Beatriz halague mi paternidad, sigo echando de menos a Marta. Los hijos se crían para que vuelen solos y abandonen la casa paterna, pero creo que nunca te acostumbras. Mi única costumbre cumplida se llama Clara, la que ahora se dobla como un junco sentada sobre los talones para acariciar a sus nietos.

Les hago señas con el brazo en alto y los mayores señalan a los niños la presencia cercana de su abuelo. El saludo es un juego al que ellos se entregan con el característico y excedido entusiasmo infantil, pero la abuela los retiene a su lado por la cintura y en seguida regresan a ella, a llenarla de zalamerías. De pronto me vienen a la cabeza los amigos, traídos quién sabe por qué enredo de las sensaciones. El bueno de Bonafé, siempre con su conciencia a cuestas; Mateo Perdiz soñando con ese reconocimiento que, al faltarle, lo humaniza; Mendaz, retirado con su fortuna y su inescrupuloso optimismo; el pobre Cuchi en su agonía

con mi rechazo miserable; El Figura estampado en la Autostrada del Sole; Bertoldino, reducido a la ascesis por su estómago estragado y los problemas de circulación en sus piernas; y aquellos otros compañeros del descubrimiento de la amistad: el tiempo de la Universidad... El zopenco de Rabanera, Jorge Basco que era el más listo de todos; el sensible Chéspir; López Mansur, *il miglior fabro*, tan perdido; Andrés Palacio... ¿qué habrá sido de ellos? De nuevo pienso en esa idea de poder echar la moviola atrás y verlos niños. ¿Qué ha sido de nosotros, de aquellos niños crecidos en los tiempos duros del hambre, la precariedad, la beatería, la autoridad... y la bendita imaginación? Seamos quienes seamos o lo que seamos ahora, hemos sido niños y fuimos lo mejor de nuestras vidas entonces, con tan pocos pertrechos como un taco, unas canicas, unas chapas de refresco modeladas o unas tiras de mártires en Semana Santa. No me voy a entregar a la nostalgia del mismo modo que nunca volveré a sentarme *–los ojos ardiendo como faros–* en mi butaca arropado por la oscuridad compartida de una sala de cine de sesión continua. Sólo me alegro de haber vivido así aquellos años y siento no haber sido tan consciente de ello como lo soy ahora, cuando todo ha pasado, pero así pasa la vida de los hombres y de las mujeres.

¿Qué pensaría Cadavia de todo esto? ¿Qué sintió mi padre en su día?

Clara camina con los dos niños a su lado, cada uno de una mano. Ahora luce el sombrero trenzado de Beatriz bajo el que se ha recogido el pelo, aunque las hebras siguen asomando al viento. A contraluz siempre, su cuerpo ligero y delicado, cada vez más ligero con la edad, tan fuerte y flexible como una rama de avellano, se insinúa bajo la tela ligera de su vestido que ondea con gracia. Las sandalias han quedado en reposo en la arena como si marcaran el punto de partida de esa expedición que más parece la ilustración de un cuento infantil.

Beatriz y su marido han aceptado sentarse a mi mesa y el camarero les trae unas cervezas y unas patatas fritas. Yo pediría mi tercera copa si no fuese porque aún me espera la cena y no tengo intención de perdonar el vino. Éstas son las pequeñas satisfacciones que sirven de combustible para seguir rodando. Se acaba el verano y no siento cansancio sino deseo de volver, todavía deseo de volver. Todos los finales de verano han sido, desde hace mucho tiempo, un deseo de volver; la inactividad tiene sus plazos, fuera de los cuales la vida aburre. Si supiera escribir, redactaría mis memorias, pero el contacto con Clara me ha servido sólo para llegar a hablar con propiedad. A ella, en cambio, la idea de escribir un diario, una memoria o algo semejante le parece una grosera intromisión en el territorio de su amada literatura. Pero quizá decida escribir para los nietos, al fin y al cabo eso es algo que pertenece al *hortus conclusus* de los sentimientos de familia, lo que sé que le encanta.

La luz se va y Clara regresa con los niños; el sol apenas asoma sobre la línea del horizonte y la dorada estela que deja sobre la playa va a tomar una levísima aguada gris mientras el cielo empieza a mostrar una coloración azul más concentrada y que preludia la aparición de la noche. Ella y los niños, como una Tytania que se acercara llevando de la mano a dos duendecillos, avanzan a un paso contento y solemne a la vez que, no sé por qué, me trae a la memoria el «Rondeau pour la Fête Marine» del *Alceste* de Lully, que descubrimos en un concierto reciente de Jordi Savall. A la mañana siguiente me escapé a la hora del almuerzo para buscar el disco y tuve la suerte de encontrarlo. Quizá tenga nostalgia de la corte del Rey Sol, no lo sé, pero lo cierto es que escucho esa música y me invade un sentimiento de felicidad que me hace pensar que acaso antes de esta vida viví otra como súbdito de Luis XIV, un súbdito complacido sin duda, un leal súbdito musical. Cuando suena en casa, Clara cruza por delante de mí con su fina estampa de sesenta años juveniles y me sonrío cómplice con una sonrisa que yo entiendo bien lo que dice: todo está bien, seguimos contentos, vivimos lejos del miedo. Yo le contesto interiormente que sí, que es cierto, que por alguna razón hemos sobrepasado las tierras duras y alcanzado el valle que ahora nos acoge. La vejez aún nos concede un respiro; el deterioro puede esperar.

Me pongo en pie sobre la arena, dificultosamente al principio. Mis piernas ya no soportan mi peso con el descaro de antaño.

II

*Anava sola,
descalça com la mar, vestida
com la mar**

Gabriel Ferrater

La vida demuestra que la experiencia personal es intransmisibile. Sólo puedo compartir cuanto sé o parte de lo que sé con alguien que quiera escucharme, pero eso es información, no experiencia. Se pueden tomar lecciones del relato de un amigo o de un desconocido que escribe una novela que yo leo, pero la experiencia personal es intransmisibile. La razón de esta afirmación parece una perogrullada, pero es así: es intransmisibile porque es personal. Ni siquiera el deseo de conocimiento permite que la experiencia se transmita. Por las mismas, he de decir que todo se puede aprender siempre que se tenga humildad suficiente y un buen maestro; todo, excepto mi experiencia. Y, sin embargo, nada desea más un padre que transmitir su experiencia a sus hijos. Cuesta mucho entender que la experiencia de ellos es una conquista personal y única, que incluso por más razón que tengamos y más previsores y clarividentes que seamos, son ellos los que han de construirla y si un día sus hallazgos coinciden con nuestros pronósticos, habrá sido mérito de ellos haber alcanzado tal coincidencia, no nuestro. Eso es algo que cuesta asimilar porque el deseo amoroso trata de someter a la realidad, pero la realidad es inexorable. La transmisión de la experiencia es sólo un deseo, pero es un deseo de amor. La realidad dice que mi vida y mi experiencia no deben buscar excusas fuera para justificarse o explicarse porque es dentro de mí donde tienen sentido. Mi vida es mi experiencia. Otra cosa bien distinta es que gracias a cómo soy, gracias a mi experiencia, pueda asentar sentimientos como el amor o la amistad, que son expansivos y necesitan de los demás. El grado de conocimiento adquirido sirve para pilotar esos sentimientos, para elegir y actuar, para disfrutar de la vida y también para soportar el dolor y la adversidad. Eso es lo que harán Beatriz y Marta, construir su experiencia mientras yo me debato entre el temor y la confianza, hijos ambos, por cierto, de la experiencia. En cambio, mi experiencia me dice que no debo temer por Clara, que duerme tranquilamente a mi lado, con el rostro vuelto hacia la ventana iluminada por la luna.

El resplandor es intenso y se adentra en la habitación arrinconando a las sombras contra la pared opuesta. Puedo ver con una claridad gratificante el silencio del sueño, la quietud de las cosas, el paso callado del tiempo... todo envuelto en una atmósfera irreal que, sin embargo, contemplo despierto como los magos de los cuentos que se introducen en las estancias cerradas donde ha de producirse el hechizo o revelarse el secreto.

Veo dormir a Clara, un brazo extendido hasta el borde de la cama y el otro

recogido con la mano sobre el pecho. Respira de manera casi imperceptible, como si temiera incomodar a alguien, pero es una respiración relajada, constancia de un sueño merecido. El cuerpo se extiende bajo las sábanas marcando su delgadez, y sus perfiles resaltan por las sombras que delinean los contornos. Viéndola en esta luminosa penumbra parece frágil y firme a la vez, es una imagen encantadora. Siempre descansa con esta actitud después de hacer el amor, como si a un placer siguiera el otro. Me gusta verla dormir así. De vez en cuando me quedo contemplándola mientras espero el sueño porque con los años me cuesta dormir, al parecer es cosa de la edad; de mi edad, no de la suya, porque ella no tiene problemas. A mí no me importa este preludio de insomnio frecuente; antes me quedaba leyendo, ahora me quedo pensando; precisamente por quedarme pensando me encontré viéndola dormir y se me está haciendo costumbre. La miro y, poco a poco, llega el sueño, como si ella me llamase inconscientemente desde el vagaroso mundo en el que está sumida.

Otras veces me levanto y paseo por la casa. La casa está vacía, no hay niñas. Paseo por ella con la convicción egoísta del deber cumplido y con la añoranza de las voces perdidas. Donde antes encontraba cada día el tumulto del amor familiar ahora encuentro una estimable quietud; donde había riña y grito ahora hay silencio y serenidad; donde sonaban carreras y juegos ahora sólo queda el eco de los pasos. La casa me habla constantemente de la vejez, no de la decadencia sino de la vejez. Vejez es una palabra que suena a torpeza y ranciedad y aunque yo sólo tenga sesenta años y no muchos remiendos, aún no me acostumbro a usarla, más bien huyo de ella y, a la vez, pienso que es estúpido cargarla de connotaciones ofensivas. Un viejo no es un inútil, como Clara y yo podemos atestiguar, pero en el fondo tengo miedo de esa palabra, recelo de ella: viejo; sigue siendo una palabra arrojadiza, contiene una carga de desdén o de compasiva comprensión y ninguna de vitalidad. Y sin embargo somos vitales. Ella es vital. Clara ha envejecido bellamente, aún me admira la calidad de su piel; su gesto es alegre, como si la idea de estar viva circulara por su sangre; las arrugas no son arrugas crispadas sino la evidencia de una vida ganada; si es verdad que cada uno tiene ya a estas alturas la cara que se merece, creo que ella es más hermosa que antes. Me parece algo milagroso haber llegado hasta aquí y seguir unidos, pero la comprensión de esta unión rebasa los límites de la fantasía porque está firmemente asentada en la realidad y no al revés. Hay que saltar del sueño a la realidad para entender su sentido. Lo que una vez fueron imaginarias construcciones de futuro ahora es real. El arco que une el entonces con el mañana ha sido al fin dibujado completo. Es la aventura de la vida. Y la vejez, se me ocurre, puede ser el lugar privilegiado que uno ha de alcanzar para poder contemplar la magnitud, el recorrido y el trazo del arco.

Es tiempo de meditar. Aún recuerdo la primera vez que mis ojos toparon con el primer poema del *Cántico* de Jorge Guillén, que Clara compró pensando en mí. Sentí una mezcla de atracción y rechazo; lo primero porque no podía apartar los ojos de aquel movimiento fundacional; lo segundo porque –eran los tiempos de la Universidad combatiente– me pareció que la suya era la poesía de un conformista:

*(El alma vuelve al cuerpo,
Se dirige a los ojos
Y choca.) –¡Luz! Me invade
Todo mi ser. ¡Asombro!*

Las palabras capaces de enarbolar una imagen radiante alzan un mundo. La misma imagen que me hizo fruncir el ceño en los años de estudiante acabó por desarrollar todo su poder y me mostró, ciñéndose a mi experiencia de la vida, que la estrofa encerraba el secreto múltiple del despertar a la vida. Pensé en mi nacimiento, pensé en mi madre alumbrándome y en mi padre aguardando el instante absoluto que la imagen guardaba dentro, y entonces, en una doble revelación, comprendí la felicidad de la escritura y el amor de Clara por la lectura. Así empecé a leer sin prejuicio, ya por entonces convertido en marido y padre. Mi padre me confesó, cuando le hablé de ello, mientras seguía con curiosidad mis explicaciones, que aquel día vio pasar a dos cigüeñas ante la luz del amanecer, las dos primeras del año, y lo tomó como un presagio.

–¿Un presagio de qué? –le pregunté yo.

–Un presagio de duración –me contestó enigmáticamente.

¿Clara y yo? Pero él no podía saberlo. En todo caso, así ha sido. La realidad puede ser tan mágica como el poema, la coincidencia no es casual donde la voluntad del poeta se encuentra con la voluntad del lector. Desde el primer verso, el poema está tocado por el amor a la vida, rotundo y menudo como un grano de albillo al sol de septiembre. Ah, las uvas que recogíamos en los viñedos de casa al final del verano; las uvas, los higos de la higuera que crecía arrimada a la galería y que alcanzábamos con las manos desde las ventanas de guillotina abiertas, los cangrejos pescados en el río y cocidos para la cena y las tardes en las eras aguardando impacientes la invitación a montar en el trillo. ¿Quién quiere deshacerse de los recuerdos, aunque nos lleven a tiempos y emociones perdidas? Cada vez que siento la tentación de entristecerme con ellos recito la estrofa de Guillén y despierto de nuevo. No es la nostalgia lo que necesitamos, vieja gruñona, sino la luz de la memoria.

En casa paseo por las habitaciones deshabitadas o me quedo en la cama, apoyado en los cuadrantes y pensando, como ahora. El trabajo del día no es propicio para pensar, tanto en la tienda como en la escuela. No sé por qué sigo en la Escuela de Diseño cuando ya no necesito ese dinero para vivir ahora que las niñas ya no están, pero es como un vicio; enseñar es como reafirmar tu vida, reconocer lo que tiene de bueno lo que has hecho y transmitirlo a los demás. Si la experiencia es intransmisible, el conocimiento no lo es; sobre todo si lo imparte alguien que no sea tu padre o tu madre: los alumnos me contemplan como si fuera el depositario de la sabiduría, al fin un reconocimiento desde la juventud misma, venganza contra mis hijas. Así que continúo trabajando de la mañana a la noche mientras Clara hace lo mismo con sus traducciones y ediciones; creo que ninguno

de los dos queremos jubilarnos, ella puede seguir indefinidamente, yo tengo un límite y no me gusta la idea futura de enfrentarme a las horas vacías, de manera que habré de buscar nuevos alicientes además de la lectura, que es cada vez más intensa. ¿La música? ¿Los viajes? A veces se me abre un abismo a los pies y tengo que hacer un esfuerzo para no mirar abajo. Dura lo que dura un escalofrío y desaparece, pero la huella queda, leve, artera. También los días tienen su lenguaje, unas veces admonitorios y otras exultantes. Ahora se acaba el verano y la luz se va antes, camino del otoño. Me gusta y no me gusta la melancolía del otoño, pero detesto el invierno: frío y oscuridad. Creo que me levantaré a encender un cigarrillo. He vuelto a fumar, muy poco, a última hora de la tarde sólo, un par de cigarrillos o tres con whisky y soda y otro más después de la cena.

Hay un psicólogo junguiano que cree en la existencia de unos seres del otro mundo llamados dáimones, seres que se comunican con nosotros los humanos por medio del sueño. Los dáimones son seres fabulosos: ninfas, héroes y dioses que toman la forma de los amigos con los que hemos estado el día antes de la noche del sueño. Esta idea, sugerente, es más bien una especie de consuelo por los disgustos que nos da la vida, pero no hay que olvidar que la imaginación existe. La imaginación es la puerta a otro mundo. No es el Más Allá, ese invento compasivo, sino la fluida corriente de nuestras ensoñaciones. La imaginación está poblada de imágenes míticas, que son distintas de los dáimones: un océano, un abismo, una fiesta desenfadada, un maremoto, un sombrío bosque virgen, un manicomio, un río siempre cambiante y siempre el mismo... Estas imágenes pertenecen al mundo en el que Cadavia creía firmemente. Yo no poseo la sensibilidad de Cadavia, pero Clara sí y estoy seguro de que en estos momentos, mientras duerme, está en realidad visitando esos mundos, posiblemente acompañada por Cadavia como un afectuoso Virgilio. Lo cual me recuerda la lista de los cuatro trabajos recurrentes por los cuales él consideraba que una vida de héroe se cumplía de manera completa: muerte y resurrección, búsqueda del tesoro escondido, viaje al mundo inferior y rapto de un mortal por un dios. Bajo este prisma he de reconocer que mi vida no soporta la menor consideración. En otras palabras: no he sido un héroe, no he cumplido las esperanzas que alumbré en mí mismo cuando era un niño. Mis sueños son enrevesados y multitudinarios, los pueblan personajes reales y fantásticos mezclados a cientos y de manera tumultuosa, lo cual debe de tener origen en el desconcierto con que he gobernado mi vida. Sólo se me ocurre pensar que el tesoro escondido sea el amor de Clara. En tal caso sí habría realizado al menos una de las tareas que cualifican al héroe.

La luna llena ilumina la noche. Todo el mundo exterior aparece nimbado por un halo de luz que hace surgir de la oscuridad un mundo feérico donde cualquier aparición parece posible. No hay nadie en el espacio vacío que se extiende ante la ventana, la soledad iluminada de la calle que corre a mis pies se extiende hacia delante, progresa hacia el descampado vacío, llega hasta la misma playa y se pierde hacia el mar, donde la vista ya no alcanza a distinguir los contornos. Con la ventana abierta se escucha el rumor del oleaje que proviene del fondo de una oscuridad grata y misteriosa que la luna no alcanza a definir, y el piadoso batir de las olas sobre la orilla es como una oración paciente que recorre de lado a lado la escondida playa con la frecuencia de un corazón. El velo plateado cubre la tierra y suaviza las formas que perfila –árboles, setos, matorral, montículos– más allá de la inmediata línea de farolas de luz amarillenta pegadas a la fachada del edificio, focos intrusos que delimitan el entorno humano en la naturaleza salvaje. Nadie camina de madrugada. Nadie vela de madrugada excepto yo. Desde la ventana veo también el cielo cuajado de estrellas con Venus luciendo por delante de la Luna. Mañana será un día de cielo limpio y el sol alegrará los juegos y las carreras de mis nietos entre la espuma y las risas al borde del mar.

¿Con qué sueña Clara? En sus labios se dibuja una ligera sonrisa de paz; sin duda

los dáimones que la visitan han tomado la figura de seres queridos y se encuentra feliz entre ellos. No hay agitación sino reposo. No ha cambiado de posición. El cabello suelto se extiende por la almohada. Me pregunto cuál es el secreto que sustenta esa combinación de firmeza y fragilidad que recorre su cuerpo menudo, su rostro encantado, mientras respira imperceptiblemente, como si sintiera que no debe quebrar el silencio de la habitación, como si ésta la estuviera mirando amorosamente con una mezcla de arrobo y protección que ella, en su sueño, no quiere sobresaltar. Todo el entorno contribuye a crear una suspensión mágica de la actividad, y sólo yo, despierto y cuidando de no hacer un movimiento de más, soy testigo de esta celebración íntima de la imperturbabilidad, del sueño del tiempo. Para el intruso que soy, ésta es la revelación de un estado del alma y de la naturaleza de las cosas que ante el ser humano no acostumbra a ponerse al descubierto. La percepción me hace entrar en una especie de recogimiento del que no me atrevo a salir, fascinado y atemorizado a la vez, como quien penetra sin darse cuenta en un recinto sagrado y ante la revelación suspende hasta el aliento, dudando entre creer y sentir, conturbado hasta el límite de su experiencia.

La presencia del silencio es mórbida y llana. Con extrema suavidad me deslizo de la cama con los pies por delante, piso delicadamente el fresco suelo y me levanto con suma prudencia hasta despegarme por completo del colchón. Después empiezo a caminar midiendo cada paso sigilosamente, alcanzo la puerta entreabierta, la entorno después de atravesarla y avanzo hacia la cocina, donde dejé abandonada la cajetilla después de cenar. Aún contagiado por las mil precauciones tomadas, me sirvo un vaso de whisky; el ruido del licor golpeando el fondo de la copa, el de los hielos extraídos cuidadosamente, el del agua de seltz y el rasgueo del fósforo al encenderse parecen retumbar en el espacio de la cocina, lo que revela el grado de hiperestesia que el escenario del dormitorio me ha producido.

¿Con qué sueña Clara esta noche? Si no fuera por el miedo a romper el encanto de la escena, me tendería a su lado para abrazarla, recogería su cuerpo con el mío, nuestros viejos cuerpos repentinamente rejuvenecidos por el deseo, y haríamos el amor de una manera lenta y tierna, haciéndolo durar como dura el conocimiento cuando nos recreamos en él. Pero la verdad es que esta noche yo soy el intruso y debo permanecer en los márgenes exteriores del ensueño. Puedo mirar como un *voyeur* fascinado y quedar atrapado en el no-tiempo, lo mismo que aquel fraile que oyó cantar a un pájaro y quedó en trance, o bien, con talante maduro y reflexivo, hacer lo que estoy haciendo: tomar una copa, fumar un cigarrillo y dejar que las meras sensaciones externas de la noche se introduzcan en mi cuerpo hasta que cuerpo y mente se encuentren y me acueste a dormir. Sin embargo no puedo evitar un cosquilleo nervioso que me recorre a ratos y que reconozco con asombro: ese inquietante y atrevido malestar que invade a los enamorados cuando se encuentran ante su amor, que ni la certeza ni la presencia del otro curan, sólo el abrazo amoroso, el beso que sella y enciende a la vez la convicción que únicamente consigue la unión de los dos cuerpos. ¿Miedo? ¿Duda? No, es algo bien distinto, hondo y firme: es la extrañeza de volver a constatar lo ya sabido y de volver a

insistir en la experiencia; es la exigencia de atrapar en el tiempo lo que parece efímero, la gloria del instante, en pos de la duración, en pos del deseo de eternidad; porque el auténtico anhelo del amor verdadero es la eternidad y es, de entre todos, el único caballero dispuesto a justar con la muerte.

La madrugada es propicia a toda clase de pensamientos. Miro hacia atrás y no me gusta lo que veo ahora. Yo viví aquel momento en que el régimen de Franco se desmoronó sin estruendo. Es imposible atar corto a una sociedad entera, un organismo vivo que pretendieron embutir en un dictado de normas ramplonas y principios caducos. Agotada la paz de los cementerios, empezaron a apuntar los primeros brotes y yo estaba allí. El miedo mudaba la cara. Los jóvenes tienen eso a su favor: la juventud, las ganas de vivir, la necesidad de sacudirse el yugo. El franquismo nos hizo odiar la intolerancia y ejercer la solidaridad. Además, consciente o inconsciente, la masa social empezó a moverse. No hubo revolución, afortunadamente, y tras la larga noche del franquismo amaneció el día. A nosotros nos gustaba la noche, era nuestro territorio, fue donde aprendimos a vivir por nuestra cuenta. Una día, tras la última copa, el poeta feérico declamó: *un gato cruza el puente de la luna* y todos lo vimos, admirados, un gato mexicano. Y una vez que hubo llegado el día, nos convertimos en protagonistas de la Historia. Toda la fe, todo el poder de convicción, todos los deseos se reunieron en la esperanza de hacer del nuestro un nuevo país. Al principio el paso era estrecho y nos dejamos los pelos en la gatera, pero acabamos por pasar de una vez por todas al otro lado. Allí nos esperaba la realidad.

La realidad es una señora que tiene muchas vueltas. Cuando decide mostrarse atractiva nos comportamos con ella como adolescentes; luego las relaciones se ensombrecen. Pensamos que lograremos hacerla cambiar y, en efecto, sucede; pero, como decían en mi pueblo, es mucha mujer para dejarse dominar. Una cosa es una cosa, cambiar, y otra, otra, dominar. Un joven se basta con su mochila y su deseo de viajar; un adulto se desplaza de otra manera. La verdad es que el cambio de vida y de escenario se convirtió en una aspiración general. Ni siquiera el golpe de Estado que intentaron unos militares cerriles y equivocados pudo impedirlo. Cayeron tabúes ancestrales, cayó la represión del sexo, cayó la moral de tufo eclesiástico, cayó el miedo a hablar, cayó el andrajoso mito del Imperio, cayó el desprecio al pensamiento... sí, todo eso cayó, pero nadie carga con su pasado sin consecuencias. No se borra en años una actitud de siglos.

Me he preguntado a menudo si estoy satisfecho y la verdad es que no lo sé. Lo estoy cuando pienso en lo que nos hemos quitado de encima. No lo estoy con la vida tal como es ahora. Hay algo que nos ha socavado: el dinero. El país empobrecido y asfixiado era más solidario; ahora el individuo se ha vuelto individual para peor: sólo piensa en sí mismo. Los más inquietos, los que en su juventud más hicieron por cambiar este país, se muestran decepcionados, y si no lo están es porque para medrar han tenido que prescindir de la memoria. Se empezó a hablar de una generación «desencantada»; valiente estupidez; para desencantarse hay que haber estado encantado previamente y, sí, quizá ése haya sido un defecto capital que la realidad se ha encargado de enterrar con su tozudo paso constante. Yo no me siento desencantado, al contrario, creo que todo cuanto sucede era previsible aunque no hayamos querido verlo. No se tomó Zamora en una hora y yo no veré en vida la verdadera transformación de este país, si es que

no se tuerce de nuevo por algún arreón de la marca de intolerancia y el rechazo al pensamiento que cabe en toda alma cultivada a la sombra de las iglesias. Un país que prefiere un gesto a una idea tiene todavía mucho camino que recorrer hasta la verdadera libertad.

Bonafé piensa en las ilusiones perdidas, Méndez trata de rehacer su fortuna a costa de cualquier oportunidad, Mateo Perdiz nunca obtendrá el reconocimiento que siempre quiso y que vendió por un plato de lentejas, y yo no he llegado a ser nada definido. No puede decirse que sea un buen balance. La gente es más superficial que antes, cosa extraordinaria, probablemente aturdida por la proliferación de bienes de consumo y por esa representación banal de sí misma que es el espejo público. Pero yo estoy aquí junto a Clara que duerme y con ella parece estar durmiendo la tierra misma.

Todo lo que he vivido hasta ahora me da que pensar, pero, sobre todo, el gran enigma ha acabado siendo la voluntad del amor de permanecer. Es verdad que las parejas se deshacen y, sin embargo, la idea del amor para siempre sigue existiendo. Recuerdo dos versos imborrables de un amigo de Clara, un antiguo compañero de Universidad y anhelos culturales, ludópata incomprensible, que falleció de cáncer: *Nos juramos amor eterno, pero el amor murió y nosotros seguimos viviendo*. Creo recordar que eran así y, si no los recuerdo literalmente, ése era su sentido. Son dos versos nobles y estoicos, no tanto cínicos como desolados por la comprensión de una realidad, de ahí su nobleza. La voluntad de permanecer contra la fugacidad de los sentimientos. Pero ¿dónde se asienta esa fugacidad cuando la voluntad es verdadera? El maestro de la obstinación amorosa fue Quevedo – gracias otra vez, Clara –, ese tipo peculiar de español recalcitrante que si alzó como nadie la maravilla de la palabra castellana también descendió a las más toscas groserías; un tipo valiente, sí, pero reaccionario, un pesimista atroz, un visionario de la decadencia de su país. Entre el sentido del ridículo y la trascendencia sublimada hemos acabado dando tumbos por la hipocresía, por la envidia, por la arrogancia... Y sin embargo ese deseo de trascendencia a la antigua tiene un eco heroico que no deja de conmover el corazón de gente de a pie como yo. *Serán ceniza* –dice el poeta–, *mas tendrá sentido;/ polvo serán, mas polvo enamorado*. ¡Quién puede olvidar el final de este soneto único, de esa iluminación de nuestra lengua! También habló de la fugacidad tocando un nervio particularmente sensible de la trascendencia: *y solamente/ lo fugitivo permanece y dura*. Yo, que puedo creer en la voluntad amorosa de permanecer con toda autoridad, dudo y me pregunto y pienso si no soy un débil, o un conformista o, como en parte debió de serlo Quevedo, un idealista que esconde sus bajezas. Todo el mundo piensa que lo duradero es una ilusión y que la duración es propia del hombre medroso que se cobija en su guarida. Hoy nada dura, esto es verdad. Todo se rompe antes y nada se repara después. Cuando yo era un niño cuidaba mi ropa porque sólo tenía un juego de quita y pon y era tan consciente de ello que un desgarrón o una mancha difícil de sacar me angustiaba más que cualquier castigo. Beatriz y Marta, en cambio, destrozaban y ensuciaban faldas o camisas que ni siquiera se zurcían, sino que tiraban o empleaban como trapos para el calzado mientras Clara corría a comprar ropa nueva.

Me pregunto qué ha sucedido para que Clara y yo estemos aquí, ahora, esta noche por decisión propia, por propio deseo. Tal y como se entendía el matrimonio en nuestra época, seguir juntos era una cuestión de suerte o de inercia, la separación era una mancha infamante sólo soportable, según y cómo, entre la hipócrita clase alta. Fuimos nosotros los que empezamos a romper ese tabú en nombre del derecho a la libertad, del derecho a equivocarse, de la posibilidad de rehacer vidas condenadas... y sin embargo Clara y yo hemos perseverado. No ha sido por miedo, por convicción o por costumbre sino por el deseo de seguir juntos; ni siquiera lo consideramos la mejor opción porque nunca se nos planteó así; era mucho más que eso, era un estado de vida, lo es todavía, más que nunca. Ni en las

peores discusiones asomó la sombra de la ruptura. Así es como ha sido y no dejo de preguntarme por qué.

He dado muchas vueltas al asunto y lo primero que siento es lo mismo que esta noche al verla dormir: un amor consciente, un sentimiento compartido. No es la distancia –ella dormida, yo en vela–, que marca una emoción contenida y autosuficiente, ni una elaboración de mis sensaciones –cariño, ternura, el tiempo– sino algo muy profundo y verdadero, una convicción tan fuerte como el deseo de vivir. Dentro de la familia es más poderoso el vínculo entre padre e hijo que entre padre y madre; de la esposa uno puede alejarse o prescindir por acabamiento, por cansancio... pero no sucede así con los hijos, con ellos el vínculo es hasta la muerte. A menudo sucede que los esposos se mantienen unidos por la vejez y el miedo a la muerte y se protegen aunque se odien porque la soledad es aún más temible que todo ello a esa edad. Pero la voluntad de permanecer... ¿O es el deseo? ¿O son ambos?... La voluntad... Yo creo que, finalmente, los sentimientos son como el agua que riega la conciencia mientras ésta se va construyendo y no la deja secar.

Cuando pensamos en voluntad, pensamos en disciplina, en esfuerzo, y lo concebimos como una violencia racional hacia un imaginario deseo natural contrario a ese esfuerzo, que tendría su origen en la imagen del paraíso terrenal donde todos los frutos de la tierra se encontraban a la mano. Esa terrible y vengativa condena, «comerás el pan con el sudor de tu frente», no es más que la invención del ser humano desamparado y expuesto a la muerte para poder consolarse en la tribulación y a la que llamó Dios; es un acto reflejo de temor y desesperación que acaba por desviarse hacia la simple rendición de la razón. Pero la voluntad también es alegre, la voluntad es el camino hacia la consecución del deseo y muchas veces sentimos una satisfacción íntima que nos llena cuando alcanzamos el deseo perseguido. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con el amor? Permanecer es un acto de la voluntad, pero por arduo que sea, el resultado ha de ser más alegre que arduo y el esfuerzo ha de merecer la pena; sólo la generosidad es capaz de alcanzar esa meta. Si tantas veces creemos tener una fe ciega en el amor, ¿por qué no tenerla también en la generosidad? La persona generosa no espera recompensa, ni siquiera contrapartida, pero cuando la generosidad llama a la generosidad, ese camino de ida y vuelta se convierte en un lazo poderoso y firme. Es la confianza la que permite que dos generosidades intimen. Para ser generoso hay que vencer el miedo a la traición, a la indefensión, a la pérdida. Mucha gente piensa que la generosidad es la virtud de los tontos, pero no hay virtud más arriesgada que ella, eso sólo lo sabe quien es capaz de jugar fuerte en busca de lo mejor. Quien no se arriesga al confiar no encontrará respuesta adecuada; es preferible errar. La generosidad, la comprensión, el cariño... quedan expuestos e inermes cuando no hay respuesta, pero cuando se manifiestan lo hacen para alimentar ese amor que quiere permanecer pese a tantos tropiezos, tantos desacuerdos, tanta inseguridad como nos proporciona la vida. La voluntad de permanecer es, en principio, el deseo de seguridad que está en lo profundo de todo ser humano, de toda criatura viva.

Pero el nudo que nos ata a Clara y a mí, por lo que creo que me dice la

experiencia, la intransmisible experiencia que llega hasta aquí, lo sustancial del misterio, es el respeto mutuo. Ni en los momentos más difíciles, lúcidos o airados, he llegado a dejar de sentir un profundo respeto por Clara como persona, como ser humano. La verdad es que yo admiro a Clara y nunca he dejado de admirarla, ni siquiera cuando, además, he estado a punto de odiarla. El amor empieza a desmoronarse cuando el respeto se quiebra y por esa fisura se abre el edificio entero. Dos personas que no se respetan no pueden entenderse más que por obligaciones ajenas al amor, como la fuerza o el miedo.

No sé si es siempre así, pero en mi caso lo ha sido. Lo creo y, como siempre que llegamos Clara y yo a alguna conclusión que nos convence por su solidez, empezamos a dudar; quizá sea esa duda, más que nuestras convicciones, la que verdaderamente nos ayuda a seguir adelante. Me gustaría que ella despertase ahora para poder contárselo, pero, una vez más, la experiencia es intransmisible. Y es intransmisible porque, llevado al extremo el ejercicio de la vida, cada uno está solo consigo mismo. Ésa es la última y dura verdad. Pero aun conociendo esa verdad, Clara y yo hemos sobrevivido juntos hasta ahora. ¿Acaso la experiencia puede transmitirse entre los amantes? La soledad es lo primero que aprende el recién nacido: de pronto se encuentra en un lugar distinto, en una especie de vacío pavoroso, y llora. Todos los cuidados que recibe de inmediato no bastan para borrar esa primera experiencia, que se fija inconscientemente en el cerebro y que todo el amor del mundo conseguirá paliar, pero no borrar. No, la experiencia de los amantes es de otro orden, lo que ellos se transmiten es la experiencia del amor, no la experiencia radical de la soledad. La soledad en el instante de entrar en el mundo, la muerte en el instante de salir de él: una vida entre dos nada, antes y después. Eso es lo que yo he vivido y viviré. El amor y la suerte se aliaron conmigo y, si yo los invoqué, he logrado mantenerlos unidos. Ésa es mi parte. La de Clara ha sido aportar felicidad y fortaleza; sin ella yo sería la mitad de lo que soy.

En fin, aquí hemos llegado, como un par de navegantes solitarios que partieron de un continente para arribar a otro; el viaje de la vida, que aún continúa, alcanza ahora la última orilla. He vuelto al dormitorio. La luna se ha desplazado e ilumina los pies de la cama; el rostro de mi amada ha quedado sumido en una suave claridad cuya dulce luz me devuelve a la joven veinteañera con la que inicié la aventura de este viaje. El empuje de la marea suena al otro lado de la ventana.

¿Continuarán así nuestras vidas, asistiendo puntualmente a la orilla con cada flujo y reflujo de la existencia cotidiana? La Luna envía un resplandor a la Tierra que clarea la oscuridad y destierra miedos y aprensiones. Casi puedo ver los reflejos plateados de las olas rompiendo en la arena, más allá de las breves dunas que separan el baldío que se extiende entre ellas y mi ventana. Las estrellas siguen luciendo. No hay una nube. Me vuelvo a mirar a Clara que duerme como una niña. Es una niña fuerte a la que las huellas del tiempo sobre su cara y su cuerpo prestan una belleza singular, la armonía de una música interior que concuerda con la música de la vida, no sé explicar de otra manera la sensación de plenitud que emana de su sueño. Yo, que la he visto envejecer, me admiro de su elegancia y la deseo por ello. La elegancia es también producto de la voluntad, es la voluntad de agradar que se convierte en un bien noble, un sentimiento refinado. Quien no sabe dar no sabe recibir y por eso los ególatras, los aprovechados, los cínicos, sólo pueden abrazar ídolos de barro que ellos mismos crean a su imagen y semejanza, gente de alma miserable, diosecillos. Estoy a unos pasos solamente de Clara y tengo la tentación de abrazarla con la pasión con que se abraza a una verdad, pero no voy a despertarla. Ella vive ahora en su sueño y yo lo velo y puedo esperar.

¿Qué se hizo de aquellos jóvenes rebeldes y arrojados? Los que lucharon contra el miedo, ¿qué se hicieron? ¿Qué fue de tanta ilusión como trajeron? París 1968, Vietnam, Tlatelolco, allí el espíritu soñó, allí el destino los fue probando y muchos resistieron y muchos más cayeron o abandonaron sus esperanzas en el polvo de las cunetas y en el oropel de una tierra que se prometieron con inocencia o con malicia, de un destino iluminado que la luz de la realidad dispersó a los cuatro vientos. Hoy hemos arribado a Ítaca y nos rodean los pretendientes cortesanos. Penélope no existe, sólo estamos nosotros, los que quedamos, ellos y nosotros. El escenario es mentiroso, un decorado falso que reconocemos bien, nosotros somos reales y hemos desembarcado; cargados de años y de experiencias, pero hemos llegado. Clara es la verdad que estoy velando y ha llegado conmigo hasta aquí. Una vez navegamos a vela cruzando el mar hacia una isla del Mediterráneo; yo estaba de guardia junto al timón, siempre atento a la luna para orientar el barco, y antes de que amaneciera, aún ceñidos a la oscuridad y al viento, bajé a buscarla a su litera para que prosiguiera la guardia. Yo la había guardado de todo peligro durante la travesía nocturna; ella iba a hacer lo mismo y entre medias cambiamos un beso que sellaba nuestra confianza en medio de un mar oscuro y expectante. Luego dormí en paz y amanecí finalmente en una cala de aguas color turquesa.

Esta noche que preludia el final del verano es una invitación al amor, la luna pasa y Clara descansa. Por la mañana será la luz del sol la que caliente nuestros cuerpos.

La mar estará baja, el cielo azul y el aire transparente hasta la línea del horizonte. Entonces recogeré entre mis brazos el dulce cuerpo de Clara y escucharemos juntos los rumores de la mañana, quizá las voces de los niños confundidas con el gorjeo de los pájaros entre los árboles que se alinean en la acera delante del baldío. Escucharemos los sonidos del despertar, las primeras voces en la calle, recibiremos por la ventana semiabierta los olores del desayuno, tostadas y café sobre todo, pensaremos que hay que vivir y disfrutar, pero engañaremos al día fingiendo más sueño hasta que la explosión de la luz nos despierte definitivamente. Entonces yo me alzaré ligeramente sobre ella y le diré:

–Buenos días, mi bella dama.

Y ella me contestará:

–Buenos días, mi amor.

Epílogo

El día 11 de marzo de 2004 tuvo lugar en Madrid un sangriento atentado terrorista en el que murieron 191 personas y más de 1.500 resultaron heridas de diversa consideración. Fue el atentado más cruento de la Historia de España. La masacre fue obra de un grupo de fanáticos fundamentalistas islámicos, al parecer como consecuencia de la entrada de España en la guerra de Irak, una decisión del Gobierno contraria al sentimiento del noventa por ciento de la población, según las encuestas. El Gobierno, a dos días de las elecciones generales, se encontró atrapado entre la espada y la pared, pues si aceptaba que los causantes del desastre eran fundamentalistas islámicos, aceptaba de facto que el atentado era una consecuencia de su decisión de entrar en la guerra de Irak, guerra ilegal carente del necesario refrendo del Derecho Internacional, lo que podría suponer su derrota electoral. En tal circunstancia, el Gobierno de la nación optó por atribuir el atentado a la organización terrorista vasca ETA y esta mentira, puesta al descubierto a las pocas horas, resultó decisiva para que la opinión pública y los votantes otorgasen la mayoría parlamentaria al partido de la oposición, en unas elecciones en que las encuestas finales mostraban previamente un empate técnico.

Aquella mañana, Andrés Delcampo salió desde la tienda camino del parque del Retiro de Madrid, embutido en su chándal, para encarar su paseo diario. Era la primera hora de la mañana. A poco de entrar en el parque empezó a escuchar sirenas de ambulancia o de policía en número creciente, invadiendo el espacio por el que corría y creando una hiriente cacofonía que se fue extendiendo por su cuerpo como un haz de malos presagios hasta el punto de obligarle a abandonar su ejercicio y regresar bajo una creciente sensación de desasosiego a su lugar de partida. Allí recibió por radio las primeras noticias del desastre, que se fueron imponiendo a su trabajo a medida que transcurría la mañana y llevando su espíritu a un estado cada vez más intenso de dolor e incredulidad. Los terroristas habían hecho reventar varios trenes de cercanías cargados de gente que se dirigía a su trabajo. Lo que más le sobrecogió de todo ese horror fue la ciega ignorancia e inhumanidad de quienes hubieran causado aquella masacre.

A la mañana siguiente la ciudad lo conmovió. Un silencio espeso se había extendido sobre calles y plazas. Los automóviles se desplazaban sin hacer ruido. La gente caminaba sin hablar, pero en sus pasos y en sus ademanes se advertía la uniforme sensación de pesar que los reunía a todos. El silencio tenía el peso de la congoja, era como un velo de penitencia que recorría las calles. Los peatones y los automovilistas se cedían el paso, actuaban con delicadeza, se miraban sin cautela ni reserva, con un franco gesto de comprensión que excusaba cualquier palabra de más, nadie hacía de menos a nadie, la ciudad respiraba con un recogimiento y una

reserva propias de los deudos y vecinos afligidos que concurren a un velatorio y todo el mundo se dirigía a sus respectivas ocupaciones con un paso entre abrumado y compasivo donde el silencio y la discreción se daban la mano. La ausencia de ruido hacía pensar en una sordera momentánea. Fue un día gris, desguarnecido y estupefaciente en el que aún brillaban al sol pálido los últimos rescoldos de un pasmo generalizado. Fue un día, en su pena, cabalmente solidario. Era una ola lenta de solidaridad que limpiaba de maldad y rencor hasta el último recodo de la vía más pequeña. Nunca antes el dolor se había mostrado con tan abrumadora sinceridad como al comienzo de aquella mañana donde el alma apesadumbrada de una ciudad entera mostraba su duelo.

Andrés Delcampo sostenía la idea de que el dinero y la vida fácil habían acabado por descomponer la solidaridad que los años de escasez había creado entre la población; que el individuo sólo se ocupaba de sí mismo y de los signos externos de riqueza y bienestar y había olvidado el trato colectivo, la compasión, el espíritu desinteresado hacia los demás. Por debajo de esa superficie latían valores de conducta que se resistían a desaparecer, sí, pero una mayoría, desde las clases altas hasta el viejo proletariado reconvertido en pequeña burguesía, estaba sometida a las leyes del beneficio ciego; la pobreza era sólo el estado de los marginados; la tecnología se había adueñado de almas y voluntades; la ignorancia campaba por sus respetos; el descaro y el desprecio eran valores en alza. Tan sólo aquella mañana en la ciudad malherida volvió a sentir que los hombres y las mujeres volvían a ser vecinos de verdad sobre un sentimiento común. Pero fue sólo aquella mañana.

Un año después, un día a finales del verano de 2005, velando el sueño de su compañera Clara Zubia, comprendió que, por más que la abundancia insensibilizara y arrojara al egoísmo mentes y corazones, el amor era el último reducto de la conciencia humana. En ese día del final del verano de 2005 se detiene esta historia. Exactamente el día antes de que el huracán Katrina tocara tierra y barrera literalmente la ciudad de Nueva Orleans, convirtiendo la más sensual y excitante de las ciudades norteamericanas en un caos de muerte y desolación. Ese verano, Andrés había reservado una habitación en un edificio de apartamentos situado frente a la playa y, además, un apartamento contiguo para los últimos días en donde se quedarían su hija, su yerno y sus nietos. Estuvo todo el día un tanto melancólico, lleno de sensaciones ambiguas, esperando a su hija mientras caía la tarde, sentado en su chiringuito y recordando a su otra hija díscola y rabiosamente independiente a la que amaba con todo su corazón. A la noche no pudo conciliar el sueño y entonces se entretuvo en pensar y fue entonces cuando llegó a la conclusión de que el amor verdadero era la fuente de la vida. Aceptó que haberlo conocido era la mayor satisfacción que podía recibir por el esfuerzo de mantenerlo vivo y quiso creer que se lo había transmitido a sus hijas. Luego se echó a dormir junto a su esposa y aquí es donde acaba esta historia de dos personas corrientes, no diré que vulgares, unidas por un hechizo novelesco y una voluntad de sobrevivir que quizá sólo el amor es capaz de mantener durante toda una vida.

Y ahora usted, lector, se pregunta quién le cuenta estas cosas y cómo las sabe.

Quizá le atrae la suposición de que soy un superviviente, un náufrago de este tiempo que nos ha tocado vivir. Bien, no sabría decirle por qué le he contado esta historia, quizá por aburrimiento, quizá por curiosidad. Pero entiendo que todo lector tiene derecho a saber con quién ha estado hablando en la intimidad de su lectura. Mi nombre, que viene de muy abajo, pero que me lleva por los tejados, dudo que le diga mucho, aunque le confieso que soy un cronista fiable de cualquier alma errante o sedente. Si no le parece mal, llámeme... llámeme Asmodeo.

Madrid, 2007-2009

Pero si el amor se pudiera iniciar y controlar por medio de la química, entonces los novelistas se quedarían sin trabajo.

Mo Yan

Reconocimientos

Además de los autores que figuran al pie de cada una de las citas que abren los distintos capítulos, aparecen insertos en el texto de la obra versos de Jorge Manrique, Carles Riba, Jaime Gil de Biedma, Raúl González Tuñón, César Vallejo, Charles Baudelaire, Rubén Darío, Francesco M.^a Piave, Elizabeth Bishop, Miguel Hernández, W. B. Yeats, T. S. Eliot, Ezra Pound, Antonio Sarrión, Jorge Guillén, Octavio Paz, J. A. Gabriel y Galán y Francisco de Quevedo. Las traducciones de los poemas de Carles Riba y Elizabeth Bishop son, respectivamente, de Alfonso Costafreda y de Sam Abrams y Joan Margarit.

Mi gratitud al minucioso trabajo de corrección (y sugerencias) de Mauricio González García y a la generosa lectura de Encarna Castejón, Ana Rosa Semprún de Castellane, Mercedes Casanovas y Ofelia Grande de Andrés.

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.



Edición en formato digital: agosto de 2010

© José María Guelbenzu, 2010
(Mercedes Casanovas Agencia Literaria, S. L.)
© Ediciones Siruela, S. A., 2010
c/ Almagro, 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-489-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

_ * Tú llegabas, risa de las aguas, hasta los atrios del hombre de tierra.

_ * Una dama en los campos encontré/ bella como ninguna, hija como de hadas.

_ * ¡Oh primavera, juventud del año!/ Juventud, primavera de la vida.

_ * Pura en la soledad y en la hora lenta, una mujer, / con movimiento de árbol o de grito amoroso, desliza/ dulcemente a lo largo de los brazos alzados la túnica.

Mientras/ brilla ya el torso secreto, queda cautiva en el lino, / arriba, la cabeza. Un instante o dos. ¡Ah! ¿bastan para que se rompa/ oscuramente el lazo entre la bella y este/ tímido junio que de ella, desnuda en la onda, esperaba/ alegría e impulso fluvial para hacerse perfecto?...

 * Jóvenes cabalgando por la calle/ en la brillante estación que comienza, / pican sin razón las espuelas/ haciendo que sus corceles brinquen.

 * Los ciudadanos caminaban de dos y de a tres, y hablaban, / bebiendo la oscuridad a falta de aire.

 * El alma, dijo, está compuesta/ del mundo externo.

 * ¡Ten coraje, amante!/ ¿Podrías resistir ese dolor/ de otras manos que de las tuyas?

 * La luna en el espejo del buró/ mira un millón de millas/ (y quizá, con orgullo, se mira a sí misma, / aunque nunca, nunca sonría)/ lejos, muy lejos, más allá del sueño./ O quizá ella duerme durante el día.// Abandonada por el universo, / *ella* le ha dicho que se vaya al infierno,/ y ha encontrado un cuerpo de agua/ o un espejo en el cual morar./ Así envuelve las cuitas en una telaraña/ y las deja caer en el pozo para siempre// dentro de aquel mundo invertido/ donde la izquierda es siempre la derecha, / donde la sombra es realmente el cuerpo, / donde nosotras estamos despiertas toda la noche, / donde ahora los cielos son superficiales/ como el mar es profundo y tú me amas.

 * Refugio de pecadores, ruega por nosotros.

 * Y tú, caminante, / continúa despacio; pero antes/ añade una rama al fuego/ del hogar.

 * Andaba sola,/ descalza como el mar,/ vestida como el mar.